

BARBARA KINGSOLVER

Conducta migratoria

Destino

Sinopsis

Dellarobia Turnbow es una joven pelirroja, carismática, rebelde y valiente tan impopular como envidiada por los habitantes del pueblo en el que vive. Un embarazo a los diecisiete años cambió el rumbo de sus planes y sus deseos de iniciar una vida lejos de la granja que comparte con su marido e hijos en las montañas Apalaches. Un día, en búsqueda de emociones más fuertes, inicia una aventura amorosa con un joven. De camino al encuentro de su amante, Dellarobia se halla, de pronto, en un valle que parece envuelto en llamas. Los bosques están cubiertos de mariposas monarcas que, a causa del cambio climático, en vez de migrar a México como han hecho durante siglos, han acabado en las Apalaches. El insólito acontecimiento despierta la curiosidad de visitantes, científicos y líderes religiosos y se dan teorías de todo tipo. Dellarobia se encuentra de nuevo en el ojo del huracán ya que, a los ojos de los lugareños, ella ha llevado el milagro al pueblo, visión que choca con la de los científicos llegados a la zona.

El enfrentamiento entre unos y otros cambiará la percepción que del mundo tenía la joven. Barbara Kingsolver, escritora y bióloga, nos ofrece una magnífica historia que se ha convertido en un bestseller literario en Estados Unidos.

Autor: Kingsolver, Barbara

©2014, Destino

ISBN: 9788423348022

Generado con: QualityEbook v0.73

1

La medida de un hombre

SE tiene cierta sensación cuando se tira toda una vida por la borda y es en parte de euforia. O al menos así se lo parecía de momento a una mujer de cabellos de fuego que marchaba cuesta arriba al encuentro de su propio fin. No había inocencia en nada de lo que hacía. Ella misma era consciente de su propia temeridad y se maravillaba de que una chispa diminuta de entusiasmo pudiera pesar más que las densas y sofocantes consecuencias de una larga desgracia. La vergüenza y la pérdida se contagiarían también a sus hijos, y eso era lo peor en un pueblo donde todos se conocían. Incluso las cajeras adolescentes del supermercado la tratarían con frialdad después de aquello.

Repiquetearían las uñas pintadas sobre el mostrador mientras ella rellenaba su cheque, contemplarían con desaprobación la harina de avena y los guisantes congelados de una familia deshecha e intercambiarían miraditas con el chico de los recados: «Es ella». ¡Cómo apreciaban todos sus vidas estables y resueltas! Hasta el día en que la esperanza desaparecía de los anaqueles en todas sus versiones, incluidas las más baratas, y entonces el corazón tenía que seguir la única instrucción que le quedaba: «Huye». Como a un animal acosado por los cazadores o a un caballo de carreras, ganar o perder le era indiferente en esa fase, porque en ambos casos habría sentido la misma agitación en la sangre y la misma respiración entrecortada. Fumaba demasiado: otra mortificación que añadir a la lista. Pero para ella la suerte estaba echada. Mucha gente elegía esa salida: miraba a la cara a los desastres futuros y los llamaba de otra manera. Ahora había llegado su turno. Podía reconocer la opresión en el pecho y llamarla dicha, en lugar de verla como la misma falta de aliento que estaría sintiendo en ese momento en su casa, cargando con la pesada cesta de la colada y comportándose como una sensata madre de familia con dos hijos.

Los niños estaban en casa de su suegra. Los había dejado esa mañana con una excusa muy poco convincente, y pensar en ello justo en ese momento podría haber acabado con ella. Sus caritas levantadas mirándola, como los redondos corazones de dos margaritas: «Me quiere, no me quiere». Tantas esperanzas depositadas en un recipiente tan precario. Siendo realistas, su familia era un siniestro total. No había mejor expresión para describirla. Como un coche estrellado contra un poste telefónico, sin nada que pudiera aprovecharse. Ningún marido que mereciera la pena perdonaría el adulterio, llegado el caso. Y, aun así, ella sentía que la misma mano cuyo contacto podía derribar todo lo que conocía la estaba ayudando a subir esa cuesta. Quizá ansiara el colapso con una avidez más fuerte que la razón.

En lo alto del prado, se apoyó en la valla para recuperar el aliento y sintió que la malla de alambre cedía levemente bajo el peso de su

espalda. Estaba saltando sin red. Abrió el bolso, contó los cigarrillos y descubrió que tendría que racionarlos. No era uno de esos días que se planifican. La chaqueta de ante había sido un error: demasiado abrigada. ¿Y si llovía? Miró con disgusto el cielo de noviembre: el mismo techo graneado y sin vida que llevaba ahí toda la semana, todo el mes, desde siempre. Todo el verano. Quienquiera que estuviera a cargo del tiempo había retirado de la circulación el azul y había clavado en lo alto esa bazofia de cielo blanco sucio, como una chapucera obra de escayola. El estanque del prado parecía reflejar más luz de la que el cielo podía ofrecerle. Las ovejas se amontonaban en torno a su resplandor, como si ellas también hubieran renunciado al sol y se conformaran con una segunda opción. Pequeños charcos titilaban a lo largo de la carretera 7 en dirección a Feathertown y también en sentido contrario, en dirección a Cleary, donde una larga hilera de baches relumbraba con brillo acuoso.

Las ovejas en el prado, al pie de la colina. Las tierras de la familia Turnbow. La casa blanca de madera de la que no se había apartado ni una sola noche en más de diez años de matrimonio. Y eso era todo: la versión de su vida en pantalla panorámica desde los diecisiete años, sin contar las breves excursiones al hospital para parir. Por lo que parecía, aquel día iba a salirse del cuadro para diferenciarse así de las desafortunadas ovejas que permanecían de pie en el fango, rodeadas de los hoyos de sus propias huellas —como marcas de zapatos de tacón—, soportando los malos tratos de la vida. Habían cargado la pesada lana durante todo el bochorno del verano y, ahora que ya casi era invierno, las iban a trasquilar. La vida para ellas era una larga proposición que siempre las cogía por sorpresa. Su prado parecía anegado. En el campo adyacente, el huerto que laboriosamente habían plantado los vecinos el año anterior se estaba muriendo bajo la lluvia. Desde lo alto, todo le pareció fijo y extraño, incluso su casa, probablemente debido al punto de vista. Estaba acostumbrada a mirar hacia afuera por esas ventanas y nunca hacia adentro, dada su compañía habitual de personitas que hacían rodar camiones de plástico por el suelo. Ciertamente, nunca había subido hasta esa altura para evaluar el estado de su mundo doméstico. El estado del tejado no era nada alentador.

Su coche estaba aparcado en el único lugar del condado donde no podía dar pábulo a las habladorías: el sendero de su garaje. La gente conocía aquel monovolumen y, aun así, lo seguía considerando propiedad de su madre. Era lo único que había rescatado de su muerte: cuatro ruedas poco fiables, adecuadas para hacer recados cortos con los niños. A cambio, tenía que soportar la inquietante sensación de que su madre se montaba aún en el coche, acomodaba su menudo cuerpo entre las sillas de seguridad de los niños y se estiraba por encima de ellos para echar la ceniza del cigarrillo por la ventanilla abierta. Pero ahora no pensaba en nada de eso. Esa mañana, después de dejar a los niños con Hester, había pisado a fondo el acelerador durante todo el kilómetro de vuelta a casa, sintiéndose ligera y temblorosa como una cometa. Había entrado en la casa sólo para cepillarse los dientes, quitarse las gafas y ponerse delineador. No le hizo falta ningún preparativo más para salir corriendo por la puerta trasera, a destrozarse su reputación. Las eléctricas

pulsaciones del deseo retumbaban por su cuerpo, como la alarma de un despertador que se dispara al amanecer y pone irremediabilmente en marcha los sucesos del día.

Se abrió camino por el barro pisoteado, a lo largo de la valla, levantó la cadena de la puerta metálica y pasó al otro lado. Más allá de la valla comenzaba un vulgar descampado de hierbas y arbustos espinosos, atravesado por un viejo camino en desuso que discurría entre una maraña de frambuesos silvestres. En los últimos tiempos, había llegado hasta ahí solamente una vez, dos veranos atrás, para recoger frambuesas con Cub y varios amigos de su marido. No había sido idea suya, ni mucho menos. Estaba como un tonel, embarazada de Cordelia, y había pensado que si se ponía de parto, iba a tener que parir allí mismo, entre las zarzas. Por eso sabía exactamente qué junio era. Preston debía de tener cuatro años. Lo recordaba agarrado de su mano, como si de ello dependiera su vida, mientras los amigos de Cub los asustaban a los dos con historias de serpientes. Observó en ese momento que los tallos leñosos de los frambuesos tenían un color extraño para una planta. No sabía nada acerca de la naturaleza, pero ¿rosa fuerte? Era el color del pintalabios escarchado que habría querido ponerse una niña de trece años. Ella se había saltado esa fase del rosa y había pasado directamente al Coral Inmoral y al Rojo Llévame al Huerto.

Los arbolitos dispersos se convirtieron en un bosque donde los árboles aferraban en los puños las últimas hojas del verano. Por alguna razón, se puso a pensar en la mujer de Lot, la de la Biblia, que se volvió para echar una última mirada a su casa. ¡Pobre mujer, convertida en estatua de sal por una desobediencia tan nimia! Pero ella no echó la vista atrás, sino que se encaminó hacia el bosque por una carretera llena de rodadas que la familia de su marido siempre había llamado «el camino grande» y que, en cierto modo, era «el buen camino». Claro que sí. Iba por el buen camino hacia la perdición. No había reparado en la ironía mientras preparaba el plan. La carretera que subía por la falda de la montaña debió de trazarse mucho tiempo atrás, para los leñadores, y el bosque había vuelto a crecer. A veces Cub subía con su padre en el quad, por ese mismo camino, hasta el cobertizo desde donde cazaban pavos salvajes. O, mejor dicho, solían subir unos cuantos años antes, cuando el peso combinado de los dos Turnbow, padre e hijo, era unos treinta kilos inferior y cuando los dos usaban los pies para algo más que para enmarcar la pantalla del televisor. Es posible que incluso entonces la carretera estuviera medio abandonada, porque recordaba que solían llevarse la sierra mecánica para despejar el camino.

En aquellos tiempos, Cub y ella subían solos hasta allí de vez en cuando, para ir supuestamente «de picnic». Pero no habían vuelto a subir desde los nacimientos de Cordie y Preston. Había sido una locura sugerir como lugar de encuentro el cobertizo que la familia usaba para cazar pavos. «Un nido de amor», pensó ella con las palabras de una novela romántica. «Un lugar cochambroso para hacer cosas sucias», pensó también con las palabras de su suegra. ¿A qué otro sitio podrían haber

ido? ¿A su dormitorio, donde habrían tenido que ponerse en situación entre camisetas de trabajo tiradas por el suelo y bajo la atenta mirada de una Barbie con una pierna de menos? Ni pensarlo. El Wayside Inn, el motel de la carretera, era un sitio deprimente ya de entrada, antes incluso de empezar a disfrutar de los beneficios del pecado. Mike Bush, en el mostrador de recepción, la habría saludado llamándola por su nombre: «¿Cómo está, señora Turnbow? ¿Qué tal están los niños?».

De pronto, el camino se volvió confuso, bloqueado por un montón de ramas. Lo atravesaba la copa de un árbol caído, tan inmenso que tuvo que trepar y pasar entre las ramas, que aún conservaban algunas hojas húmedas adheridas. ¿Sabría él encontrar el camino o se echaría atrás al toparse con ese muro vegetal? Le dio un vuelco el corazón ante la sola idea de perder esa oportunidad. Cuando consiguió pasar, consideró la posibilidad de quedarse a esperarlo. Pero él conocía el camino. Le había contado que también había subido a cazar pavos desde ese mismo cobertizo unos años atrás. Con sus amigos. Nadie a quien conocieran Cub y ella. Gente más joven, seguramente.

Entrechocó las palmas para despegarse la grava mojada y se puso a observar el cadáver del monstruo caído. El árbol estaba intacto, ni talado ni roto por el viento. ¡Qué desperdicio! Después de siglos de sobrevivir, simplemente había dejado de agarrarse al suelo. El ancho puño de su masa de raíces yacía, desgarrado y desnudo, sobre una zanja de arcilla en la ladera boscosa. Igual que ella, que parecía haberse soltado de la base de su vida. Con tanto llover sobre mojado, en todo el condado estaba pasando lo mismo. Lo había leído en el periódico: árboles colosales que caían por la noche y destrozaban el tejado de la casa familiar o aplastaban el coche aparcado en el sendero. La tierra absorbía el agua hasta convertirse en una esponja blanda, y entonces los árboles se desplomaban. Cerca de Great Lick, toda una ladera de bosque añoso se había desmoronado a la vez, provocando un alud de troncos astillados, rocas y fango. La gente estaba desconcertada, incluso algunos hombres como su suegro, que solían comentar «Eso no es nada» cuando oían las noticias más terribles y pretendían haberlo visto todo. Pero nadie había visto nada parecido y todos lo reconocían. Quizá pensarán que, en una época tan extraña, Dios estaba prestando atención y no dejaba pasar ninguna mentira.

La carretera subía abruptamente hacia la cresta de la montaña y se perdía en un simple sendero. Todavía faltaba más o menos un kilómetro y medio, calculó ella. Intentó apresurar el paso, imaginando que la larga melena rojiza balanceándose sobre su espalda le daría un aire atlético, aunque en realidad le dolían los pies tremendamente, lo mismo que los pulmones. Botas nuevas. Otro desastre para añadir a la lista. Las botas eran de piel de becerro auténtica, hechas a mano, de color marrón oscuro y terminadas en punta lustrosa. Eran tan preciosas que casi se había echado a llorar cuando las había descubierto en la tienda de ropa de segunda mano, mientras buscaba algo decente para ponerle a Preston cuando empezara el jardín de infancia. Costaban seis dólares y estaban casi nuevas, con las suelas casi intactas. En el mundo había

alguien que podía dar un paseo corto con unas botas nuevas carísimas y después desecharlas, sólo porque sí. No eran exactamente de su número, pero le sentaban tan bien que las había comprado de todas formas. Era lo primero que se compraba para ella en más de un año, sin tener en cuenta los productos de higiene. O los cigarrillos, que seguramente no contaban. Le ocultó las botas a Cub sin ninguna razón, excepto quizá para darles más valor. Para que fueran sólo suyas. En el curso normal de la vida familiar, le arrebatan casi todo de las manos: el peine, el mando a distancia, el centro más tierno del sándwich, la última Coca-Cola, que llevaba toda la tarde esperando abrir... Una vez había soñado que unos pájaros le arrancaban mechones de pelo para fabricarse nidos rojos.

Pero Cub no se habría fijado en las botas si se las hubiese puesto, ni tampoco había tenido ella ocasión de ponérselas. Entonces ¿por qué se las había calzado esa mañana para recorrer un camino enfangado en el otoño más lluvioso de la historia? Tenía hojas negras pegadas al cuero repujado, como escamas de pez, hasta media pantorrilla. Pero llevaba mucho tiempo viendo ese día con los ojos de la mente, como una película que repusieran sin cesar. Por eso se había puesto esas botas. Con el cerebro infrautilizado, funcionando a diario en un ambiente que olía a orina y puré de plátano, las fantasías eran de las pocas cosas que tenía en abundancia. Se las podía permitir. Cuando se ponía a fabricar seriamente una fantasía, pensaba sobre todo en los besos, pero también en otros detalles, como el escenario y la ropa. Quizá fuera ésa la diferencia entre el modo de fantasear de los hombres y el de las mujeres: la ropa, presente o ausente. Las botas de piel de becerro formaban parte de la fantasía, lo mismo que la chaqueta de ante que le había prestado Dovey, su mejor amiga, y la bufanda de felpilla roja que llevaba anudada al cuello. Cosas que se iría quitando despacio. También había imaginado que haría frío, como realmente hacía. Sus pensamientos desbocados no habían borrado por completo los inconvenientes. Las mejillas arreboladas, las manos de él alisándole el pelo naranja sobre las sienes... Todo formaba parte de la fantasía. Esa mañana se había puesto las botas como si hubiera recibido instrucciones escritas.

Y ahora estaba en una situación comprometida, pero aún no había cometido ningún crimen imperdonable. Nunca había conseguido estar más de diez segundos a solas con él, detrás de algún establo o una valla metálica, escondidos a la vuelta de la esquina del lugar donde había dejado el coche, con los niños atados al asiento con los cinturones de seguridad, discutiendo a voces. «Si todavía los oigo, es que están vivos.» No era un pensamiento muy favorable para el romanticismo. Sin embargo, la anticipación de verlo le ponía la piel de gallina. Sus ojos como el cristal ambarino de una botella de cerveza. Su cara llena de hoyuelos. Su sonrisa, que rimaba con *brisa*. Su forma de cogerle la cara con ambas manos —¡Dios santo!—, mirándola a los ojos y frotándole las puntas del pelo entre el pulgar y el índice, como si estuviera contando dinero. Esos momentos de éxtasis la llevaban a sentarse en el suelo del armario, noche tras noche, para tontear con él por teléfono mientras su familia dormía con los ojos dulcemente

cerrados. Mientras ella susurraba en la oscuridad, las camisas de trabajo de su marido le acariciaban con indiferencia la coronilla desde sus perchas, casi como hacía el propio Cub cuando ella se sentaba en el suelo con el bebé mientras él ocupaba todo el sofá para ver la televisión, sin prestar atención a sus tormentas internas. Cub funcionaba a cámara lenta. Su blanda gentileza era simplemente el material del que estaba hecho, como la composición de una prenda de vestir, y ella lo sabía. A veces una mujer tiene que soportar las cosas sin quejarse, pero esa forma de ser de Cub lo hacía parecer tonto como una vaca y a ella la ponía furiosa. Todo lo que hacía la fastidiaba. Como cuando permitía que su madre le diera órdenes y le dijera que no dejara nada en el plato o que se metiera la camisa por dentro del pantalón, como si fuera un niño de cien kilos. O la vergüenza que le producía su apodo. Podría haber sido *Burley Junior* si se hubiera empeñado, pero sus padres y el resto del pueblo lo llamaban *Cubby* («Cachorrito»), como si aún fuera un niño, porque a su padre, que también se llamaba Burley Turnbow, lo apodaban *Bear* («Oso»). Un cachorro tenía que crecer, pero con veintiocho años, él seguía esperando en la puerta de la madriguera familiar, con los hombros encorvados y expresión meditabunda, apartándose el flequillo rubio de los ojos. Ahora iba a tener que soportar el bochorno de la conducta de su mujer o no enterarse. ¿Por qué tenía que seguir queriéndola tanto?

A ella misma la sorprendía su propia traición. Era como ver por televisión una versión enloquecida, imparable y ligeramente más mona de sí misma, haciendo cosas que nadie habría hecho en una vida normal, sin seguir un guión, como poner a Cordelia a dormir la siesta antes de hora, mientras Preston estaba en el parvulario, para poder disponer de un minuto de trato íntimo con un hombre que no era su marido. La necesidad de llamarlo era más fuerte que la de fumar, como si una sirena le aullara al mismo tiempo en los dos oídos. Más de una vez había pasado por delante de su casa después de decir a los niños, que iban en el asiento trasero, que había olvidado algo y tenía que volver al supermercado. Les decía que iba a buscar helados o polos para que no se quejaran, pero incluso un niño de cinco años podía ver que el camino que seguían no era el del supermercado. Preston había llegado a expresar sus sospechas desde su asiento elevado, que le permitía ver algo más que los árboles y los postes del teléfono.

El «hombre del teléfono», como llamaba ella a su obsesión —su nombre era demasiado vulgar; nadie destrozaría su vida por un Jimmy—, no era realmente un hombre hecho y derecho. Veintidós años, le había dicho él, y probablemente estaba exagerando. Vivía con su madre en una caravana y pasaba los fines de semana haciendo las cosas que interesan a la población masculina de su edad, como mezclar cerveza con sierras mecánicas o cerveza con tiro al blanco. No tenía ninguna excusa para arruinarse por alguien que quizá no tenía edad para comprar legalmente la cerveza que bebía. Pero ansiaba aliviar el loco anhelo que sentía. Se había encaprichado otras veces de otros hombres, pero ahora lo sentía como un asunto de vida o muerte, sobre todo cuando estaba en la cama al lado de Cub. Había probado a tomarse uno de los tres o cuatro Valium que quedaban en el frasco que le habían recetado diez

años antes, cuando había perdido a su primer bebé. Pero la pastilla no le había hecho nada, probablemente estaría caducada, como todo lo de esa casa. La semana anterior se había pinchado el dedo adrede con una aguja, mientras le cosía un parche a un pijama de Cordie, y se había quedado mirando la sangre que le brotaba de la piel, como un ojo granate que le devolvía la mirada. Todavía le dolía la herida.

Mortificación de la carne. Pero nada de eso impidió que siguiera pensando en él, ni que marcara impulsivamente su número de teléfono, ni que hiciera planes, ni que pasara con el coche por delante del lugar donde él le había dicho que iba a estar trabajando, solamente para verlo encaramado al poste, con su arnés de cuero. Un extraño giro del azar lo había puesto en su camino la primera vez: un árbol se desplomó un día sin viento y arrastró consigo los cables del teléfono, justo delante de su casa. Cub y ella no tenían teléfono fijo, de modo que el problema ni siquiera era suyo, pero había que reconectar las líneas caídas.

—Para la gente que todavía depende de los cables —le había explicado Jimmy con una sonrisa maliciosa. Y todo lo que vino después había sido absurdo, como una lluvia torrencial en una semana con pronóstico de sol radiante que anega los campos y destroza los mejores planes. Es inútil culpar a la lluvia o al barro, que no son más que elementos. El desastre son las expectativas frustradas.

Y allá iba ella, arriesgándolo todo, con la menuda barbilla levantada, andando desarmada hacia la refriega. Sufrimiento, familia rota. Quiebra económica. No imaginaba cómo se las iba a arreglar para conseguir dinero si Cub la dejaba. No había tenido un empleo ni había hablado regularmente con otros seres humanos desde que había cerrado el Feathertown Diner, cuando estaba embarazada de Preston. Nadie volvería a darle un trabajo de camarera. Se pondrían de parte de Cub, y la mitad del pueblo diría que lo había visto venir, sólo porque la gente disfrutaba con todo tipo de desastres. «Ya era así en el colegio.» «Siempre pasa lo mismo con las guapas.» «Las primeras en florecer son las primeras en echarse a perder.» Dirían lo mismo que su suegra le había dicho a Cub: «Esa Dellarobia es una buena pieza». Como si fuera parte de un vestido cuyas piezas estuvieran distribuidas encima de una mesa, con alfileres clavados aquí y allá, medio montado a partir de un patrón con errores de fábrica. ¿Qué pieza le faltaría a ella?

Probablemente, más de uno querría dar su opinión al respecto. Le faltaba la pieza que piensa en el futuro, desde luego. Una ama de casa sin empleo ni cualificaciones que tira todo por la borda para correr detrás de un chico bien parecido, incapaz de mantener a sus hijos, actuando como si el futuro no existiera. Aun así, él la miraba como si estuviera dispuesto a traerle las manzanas de oro o el río Mississippi. Cuando le rodeaba los tobillos o las muñecas con los dedos, como una pulsera, admirando su tamaño diminuto, hacía de ella una joya cara y no una mujer sin importancia. Nadie la había escuchado como él la escuchaba. Ni tampoco nunca la habían mirado así, ni le habían tocado el pelo con reverente asombro, tratando de describir su color: entre una

señal de stop y un atardecer, le había dicho él. Entre el rojo de los tomates y el de las mariposas. Y su piel. «Bombón», la llamaba él.

Nadie la había llamado nunca de ninguna manera, excepto por su nombre de pila, que era lo primero que había soltado su madre para el certificado de nacimiento, convencida de que era bíblico, medio atontada por la anestesia. Más adelante se dio cuenta de que se había equivocado. No aparecía en la Biblia, sino que lo había oído en una clase de manualidades, en el Club de Mujeres. Cuando lo encontró en una ilustración, en una revista de labores, le gritó a su hija que lo fuera a ver. Dellarobia tendría entonces unos seis años y aún recordaba la fotografía de la «guirnalda al estilo Dellarobia»: una amalgama de piñas y bellotas pegadas sobre una base de poliestireno.

—En cualquier caso, es algo bonito —había insistido su madre.

Pero la caída en desgracia parecía presagiar futuros acontecimientos. Su conducta hasta ese momento no había sido la prescrita por su Salvador. Excepto en lo referente a casarse joven, por supuesto. Ésa era la voluntad del Señor para todas las chicas con grandes sueños, pero sin planes concretos, sobre todo cuando había un bebé en camino. El bebé que no llegó a ser del todo, al que nunca pudo ver, el monstruo. La enfermera de prematuros le había dicho que tenía el cuerpo cubierto de un vello raro y muy fino, rojo como su pelo. Preston y Cordelia, que llegaron más tarde, fueron rubios los dos, cortados por el mismo patrón que los Turnbow; pero aquel primer bebé, envuelto en su pelambre roja, era malo y salvaje como ella. Había obligado a dos adolescentes atónitos a casarse a toda prisa y se había marchado después con una carcajada, dejándolos varados. Varados y buscando otro bebé durante cinco años, para llenar un hueco que nadie se había propuesto abrir.

El movimiento de algo le llamó la atención y le hizo desviar la vista hacia arriba. ¿Cómo era posible que una agitación tan insignificante captara tanto la atención? No era casi nada, apenas una mota naranja suspendida sobre las copas de los árboles que surcaba el cielo por encima de su cabeza y derivaba hacia la izquierda, donde la ladera caía abruptamente a un lado del sendero. Hizo una mueca, pensando en fantasmas pelirrojos. Inventarse cosas no era propio de ella. Fijó la mirada en el sendero, decidida a no levantar la vista. Estaba perdiendo la batalla contra la montaña; iba jadeando como una oveja. Un álamo junto al camino la invitó a hacer un alto. Se recostó contra la suave corteza y se protegió del viento con las manos para encender el cigarrillo que llevaba media hora deseando fumar. Inhaló por la nariz, contó hasta diez y entonces cedió y volvió a mirar hacia arriba. Sin las gafas, le llevó un momento localizar y enfocar la forma movediza, pero seguía ahí, dejándose arrastrar por el viento sobre el terreno ondulado: una mariposa naranja en un día de lluvia. Su incongruente impetuosidad la hizo pensar en los pasatiempos de los libros infantiles en los que hay que descubrir al intruso: una manzana, un plátano y un taxi. Un amable granjero, una mujer casada con dos hijos y un atractivo hombre del teléfono. Mientras terminaba el cigarrillo, observó la mota de color

intenso que sobrevolaba el barranco y después, con mucho cuidado, apagó la colilla con la bota. Cuando echó a andar de nuevo, ajustándose la bufanda alrededor del cuello, bajó la vista al suelo y no volvió a levantarla. «Más le vale a ese chico que esto merezca la pena», pensó. No era el pensamiento más romántico del mundo, pero quizá era una señal de que estaba recuperando la cordura.

La última parte del camino era la más empinada, o al menos eso recordaba de sus escapadas de estudiante. ¿Quién podría olvidar una cuesta que rompía los tobillos? Rocosa, empinada y oscura. Había llegado a la parte del bosque que la gente solía llamar «la granja de los árboles de Navidad», porque tiempo atrás habían plantado allí muchos abetos con algún propósito que nunca llegó a conseguirse. De pronto, el aire le pareció más frío. El bosque de abetos tenía su propio clima espectral, como si le irritara que no le prestaran atención. ¿En qué habría estado pensando para sugerir ese cobertizo de caza como lugar de encuentro? El romanticismo le parecía tan inalcanzable en ese momento como en cualquier otro día de cargar bebés y recoger muñequitos del suelo. Podía haberse facilitado las cosas y haber ido a destrozarse la vida a un motel de carretera, como cualquier persona sensata, pero no. Tenía las piernas cansadas y le dolían las nalgas. Sentía que se le estaban formando ampollas en los dos pies. Las botas que esa mañana le habían parecido adorables ahora le resultaban idiotas, con sus taconcitos pensados para menear el trasero enfundado en unos vaqueros y no para caminar de verdad. Empezó a andar con cuidado, considerando lo mucho que un esguince de tobillo le empeoraría el día. El sendero era un caos de piedras sueltas, casi vertical en algunos puntos y tan lleno de rodadas que tenía que agarrarse a las ramas para mantener el equilibrio.

Con alivio, llegó a un tramo de terreno llano, tapizado de agujas pardas de abeto. Pero algo oscuro se cernía en una rama tendida sobre el sendero. Un avispero fue lo primero que le vino a la cabeza, o un enjambre de abejas en busca de un nuevo hogar. Lo había visto antes. Pero el objeto no zumbaba. Se acercó lentamente, con la esperanza de pasar cuanto antes por debajo, sin importarle si lo identificaba o no. Tenía un contorno erizado, como un manojo de hojas muertas o una piña invertida, pero mucho más grande. «Como un armadillo en un árbol», pensó ella sin la menor idea del tamaño que podía tener un armadillo. Estaba cubierto de escamas y acababa en punta por debajo, como si tuviera la consistencia de un jarabe y pudiera empezar a rezumar en cualquier momento. No le apetecía mucho pasar por debajo. Por segunda vez deseó no haberse olvidado las gafas en casa. Estaba bien ser vanidosa, pero ahí, en medio de la naturaleza, era necesario ver bien. Forzó la vista para distinguir mejor las ramas oscuras, iluminadas a contraluz por el cielo pálido. El ángulo la hizo sentirse un poco mareada.

El corazón se le aceleró. Había objetos similares por todas partes, colgando como gigantescos racimos de uvas de todos los árboles que alcanzaba a ver. «Hongos» fue la palabra que le vino a la cabeza y que

hizo que la boca se le torciera en una mueca de disgusto. Estaban apareciendo muchas enfermedades nuevas en los árboles. Se lo había oído decir a Cub. Los veranos lluviosos y los inviernos benignos de los últimos años habían traído nuevas plagas que, al parecer, se estaban comiendo el bosque. Se ciñó un poco más la chaqueta y pasó a toda prisa por debajo de la cosa erizada, agachando la cabeza, aunque el objeto se encontraba por lo menos tres metros por encima del sendero. Un metro y medio por encima de ella. Aun así, su cuerpo se estremeció y se pasó los dedos por el pelo, pensando, sin embargo, que era una niñería tener miedo del hongo de un árbol.

El tiempo no se decidía entre el frío y el calor. En la penumbra del bosque de abetos, hacía frío. Los hongos le recordaron que tenía que frotar las cortinas de la ducha con detergente para quitarles el moho, uno de los grandes acontecimientos de su vida. Trató de no pensar en eso y de concentrarse más bien en el premio que le esperaba al final del ascenso. Lo imaginó aguardándola de pie delante del cobertizo y se vio a sí misma sorprendiéndolo por detrás, visualizando la imagen de su trasero enfundado en unos vaqueros. El hombre del teléfono le había prometido que subiría temprano si podía e incluso le había insinuado que tal vez la esperara desnudo, con un edredón grande y mullido, y una botella de vino espumoso Cold Duck. Ella, que llevaba varios años alimentándose de los potitos y los zumos que dejaban sus hijos, se emborracharía en diez minutos. Volvió a estremecerse y rezó para que fueran los temblores del deseo y no el frío de un día húmedo o el miedo a los hongos de los árboles. ¿Por qué tenía que ser tan difícil notar la diferencia?

El sendero salía de la penumbra hacia un luminoso mirador que daba al lado abierto de la ladera, y allí tuvo que pararse en seco. Había algo que no cuadraba. O que simplemente era raro. Las copas de los árboles por encima de su cabeza estaban cargadas con las mismas masas amarronadas, pero eso era lo de menos. La vista a través del valle era desconcertante e irreal, como una película de ciencia ficción. Desde el mirador, se veía la ladera de la montaña vecina, de arriba abajo, y en toda esa vertiente, el bosque estaba densamente poblado por esas cosas erizadas. Los abetos en la lejanía neblinosa no se parecían a nada de lo que había visto hasta entonces; tenían las ramas caídas y bulbosas. Los troncos y las ramas más gruesas presentaban un aspecto escamoso y moteado, como si estuvieran cubiertos de copos de cereales para el desayuno; y ella, que era madre de dos niños pequeños, había visto muchas cosas cubiertas de copos de cereales. Casi todo el bosque que alcanzaba a ver, desde el valle hasta la cresta montañosa, parecía alterado y pálido, con el color pajizo de las hojas muertas. Eran árboles perennes. Su color debería haber sido el verde oscuro. Y lo que se veía no eran hojas. Se movía. Las ramas parecían temblar. Dio un paso atrás sin proponérselo, para alejarse del mirador y de la visión inquietante de los árboles, aunque estaban muy lejos, al otro lado del aire tenue del barranco. Metió la mano en el bolso en busca de un cigarrillo, pero se controló.

Un leve desplazamiento de las nubes alteró la luz del día, y todo el paisaje se intensificó, iluminándose ante sus ojos. El bosque reverberaba con un fuego interior.

—Dios mío —murmuró ella, pero no para pedir ayuda (no estaba en muy buenos términos con su Salvador), sino para apuntalar su voz en el mundo, porque ninguna otra cosa en ese instante parecía tener sentido.

El sol asomó un poco más, acarició el mundo con su calor y toda la montaña pareció reverberar en un estallido de luz. Un brillo de renovada intensidad ascendió por el valle en ondas concéntricas, como cuando un guijarro perturba la quietud de un estanque. Cada rama ardía con un fulgor anaranjado.

—Dios mío —volvió a susurrar ella.

Habría sido incapaz de describirlo con palabras que parecieran sensatas. Árboles incendiados, arbustos en llamas. Le vinieron a la cabeza Moisés y Ezequiel, y unas palabras de las Sagradas Escrituras que ocupaban cierto espacio en su mente, pero ya no parecían tener sentido, si es que alguna vez lo habían tenido: «Brasas ardientes o teas encendidas se movían entre los seres vivientes».

De pronto, le pareció que las llamas se levantaban de algunos árboles aislados, formando lenguas de chispas anaranjadas que estallaban como los leños de pino al remover una hoguera. Las chispas ascendían en espiral hacia el cielo, en remolinos semejantes a tornados. Vórtices de luz sobre un cielo gris. A plena luz del día, sin entender nada, ella miraba. Desde lo alto de los tornados, las chispas subían todavía más y surcaban el cielo por encima del bosque oscuro, sin dirección.

Un incendio forestal habría rugido, pero esa desolación estaba consumiendo la montaña en absoluto silencio. El aire seguía frío y despejado. No había humo, ni crepitaciones, ni chasquidos. Dejó de respirar un segundo y cerró los ojos para escuchar, pero no oyó nada. Sólo un levísimo repiqueteo, como de lluvia sobre las hojas. «No hay fuego», pensó. Pero sabía que sus ojos, cuando los abriera, le dirían: «¡Fuego, fuego! El bosque se está incendiando. Huye ahora mismo de aquí». ¿Hacia abajo o hacia arriba? No estaba segura. Echó un vistazo a la oscura incertidumbre del sendero y al abismo infranqueable del valle. Veía lo mismo en todas partes. Todos los árboles estaban ardiendo.

Se tapó la cara con las manos e intentó pensar. Estaba a varios kilómetros de sus hijos: Cordie, con el pulgar en la boca; Preston, con los ojos de largas pestañas fijos en el suelo, absorbiendo la culpa como una esponja, aunque no hubiera hecho nada malo. Sabía muy bien cómo serían sus vidas si ella sufría un accidente mientras iba al encuentro del pecado. Hester los abrumaría por siempre jamás con la vergüenza. O peor aún. Podían creer que se había marchado y los había abandonado. Nadie pensaría en ir a buscarla a la montaña. Se le llenó la cabeza con

el vocabulario del periodismo de sucesos: «las piezas dentales de la víctima», «sus allegados», «sus restos calcinados hallados entre las cenizas».

Y Jimmy. Se obligó a pensar en su nombre: era una persona y no sólo el destino de su trayecto. Jimmy, que quizá ya estuviera allá arriba. Y en ese simple segundo, la preocupación se le desprendió como una mota de ceniza mientras veía por primera vez la realidad de ese día. Para ella, era el fin de toda la comodidad y la seguridad conocidas. Para él, algo completamente diferente, una especie de juego. Nada que fuera a cambiarle la vida. «Nos marcharemos juntos», había pensado ella. Pero ¿adónde? ¿A la caravana de su madre? De alguna manera, ese hombre se había convertido en todo su mundo, y ella no había sabido tomarle la medida. No era un niño ni un padre de familia, sabía trepar por los postes del teléfono y sabía marcharse cuando era preciso. En cuanto se olierá un problema, bajaría por el otro lado de la montaña y se iría a su casa. De eso no le cabía la menor duda. Tenía el instinto de los jóvenes. Se presentaría a trabajar antes de que nadie se diera cuenta de que había pedido un día de baja por enfermedad. Si después ella aparecía en las noticias como un cadáver chamuscado, él mantendría en secreto la historia de ambos para no perjudicar a su familia. O al menos eso diría. Era increíble lo que había estado a punto de hacer. Palideció ante las dimensiones que había alcanzado su estupidez, enorme y sin vigas maestras, que podía desmoronarse como la carpa de un circo.

Estaba sola allá arriba, mirando unos árboles en llamas. Las volutas de la fascinación rodearon el miedo. No era un incendio forestal. Se sintió invadida por la silenciosa euforia de la huida, aunque sabía que no era necesario huir, y se maravilló por el modo en que podía entenderse a sí misma, en soledad. No recordaba la última vez que había tenido tanto espacio para existir. Aquello no era otro falso eslabón añadido a la pobre cadena de acontecimientos de su vida, la misma que la había llevado a escaparse con las botas que otra había desechado. Era el final de todo eso. Una belleza de otro mundo se había aparecido ante ella, una visión de gloria que la había obligado a detenerse. Sólo para ella se levantaban esas ramas anaranjadas, sólo para ella se habían convertido en luz resplandeciente las sombras alargadas. Parecía el interior de la alegría si es que alguien podía verlo. Un valle de luces, un viento etéreo. Seguramente quería decir algo.

Podía salvarse, podía salvarse a sí misma y también a sus niños, de suaves mejillas y aliento lechoso, que confiaban en lo que tenían, aunque toda su felicidad y su fortuna dependieran de una madre con la cabeza en otra parte. No era tarde para reparar el error, para bajar la cuesta y reunirse con ellos. Los árboles en llamas estaban ahí para salvarla. Era la convicción más extraña que había tenido en su vida y, aun así, no dudaba en absoluto. No era supersticiosa. Había conocido la mala suerte y le daba lo mismo pasar por debajo de una escalera que rodearla. No se consideraba excepcional, ni creía ser tan importante para Dios como para que Él se tomara el trabajo de conjurar maravillas o enviar señales solamente para ella. Lo único que la diferenciaba de los

demás era la desmesura de su infernal obsesión. Y para poner freno a algo tan descomunal, hacía falta una zarza ardiendo. El fuego se combate con fuego.

Sus ojos le seguían enviando señales de peligro al cerebro, como cuando se dispara la alarma de un coche en un aparcamiento desierto. No les hizo caso porque de momento había asimilado una fórmula vital que iba más allá del miedo y la seguridad. Sólo se preguntaba cuánto tiempo más podría contemplar el espectáculo sin darse la vuelta y marcharse. Era un lago de fuego, algo mucho más feroz y maravilloso que el fuego y el agua por sí solos. Algo imposible.

El tejado de su casa, cuando volvió a verlo, todavía presentaba las manchas oscuras de las tejas rotas, y su coche seguía en el sendero donde lo había dejado. Con la mente en llamas y los pies inseguros por lo que acababa de ver, intentó mirar la casa y su revestimiento vinílico con los ojos de quien había recibido una revelación. Lo que había atrapado su atención allá arriba, fuera lo que fuese, le había parecido violento como una inundación, suficientemente poderoso para alabear el oscuro tejado y levantar las esquinas blancas de su hogar y su seguridad. Pero no, todo seguía ahí. La vida que poco antes había dado por muerta la estaba esperando. Las ovejas continuaban en sus puestos, reunidas de dos en dos o de tres en tres. El huerto de melocotoneros del vecino se seguía pudriendo en su cuadrícula perfecta, dejando al descubierto la agotada suerte de otra familia. Ni una sola cosa en el mundo de Dios había cambiado, pero había cambiado todo. O quizá estaba soñando. Había bajado de la montaña en menos de la mitad del tiempo que había tardado en subir, pero ese paréntesis le había bastado para poner en duda el día completo: lo que había planeado, lo que había visto y lo que no había hecho. Todas y cada una de esas cosas eran enormes. ¿Qué pasaría si todo quedaba en nada? Una vida medida en monedas de cincuenta centavos, cupones recortados y esperanzas sacrificadas entre paredes sin impermeabilizar. Se había decidido por la pérdida y el desgarró como alternativa, pero era posible que hubiera otras opciones. Un lago de fuego la había hecho volver en busca de algo.

¿De qué? De un jardín sembrado de juguetes de plástico gastados y de un césped raquítico sin apenas tierra para crecer por culpa de las prisas con que su suegro había allanado la parcela. De un rosal descuidado junto al porche que Cub le había regalado para el Día de la Madre, porque había olvidado que las rosas la entristecían.

El Ford Taurus gris metalizado seguía en el sendero, aparcado con prisas y de cualquier manera, con las llaves puestas en el contacto, donde siempre las dejaba, como si hubiera alguien en la casa que pudiera conducirlo. Oyó una vez más el sonido metálico, como de un tubo cayendo al suelo, que sonaba cuando metía la primera marcha. No podía ser más tedioso ni más familiar. Igual que todo lo demás. Cuando salió a la carretera y encendió la radio, la tristeza la inundó como el agua. Kenny Chesney la estaba esperando agazapado, listo para entonar con su voz meliflua que quería saber qué se sentía cuando era para

siempre y decirle que se fuera galopando. La apagó sin más. Entró en el sendero de sus suegros y vio enseguida la vieja casa, con dos ventanas sin cortinas en la planta alta que siempre le recordaban las órbitas vacías de una calavera. Los macizos de flores de Hester se habían disuelto bajo la lluvia incesante del verano, igual que el huerto. Hacía nada que habían empezado a enlatar los tomates y ya no había más tomates que enlatar. Los famosos rosales de Hester tan sólo eran protuberancias espinosas cubiertas de moho. A Hester sí que le gustaban las rosas. A Dellarobia, en cambio, su olor empalagoso y su facilidad para perder pétalos le traían a la memoria los funerales de sus padres.

Cuando salió del coche, distinguió un solo detalle de color vivo en todo el jardín delantero: un diminuto calcetín verde lima tirado en el peldaño de piedra donde esa misma mañana se le había caído a ella cuando había dejado a los niños. Lo levantó y se lo guardó en el bolsillo mientras subía la escalera, incómoda por tener que volver a enfrentarse a la mujer que ella misma había sido hasta hacía unas pocas horas, una mujer agonizante. Abrió la puerta sin llamar.

La recibieron los olores de un interior abarrotado: a perro, a alfombra y a leche derramada. Sintió el emocionante alivio de ver la sonrisa de sus hijos, como en las horas posteriores a un accidente de tráfico que podría haber sido mucho peor. Estaban los dos juntos, sentados en el suelo del cuarto de estar, convertidos en la imagen del más completo abandono. Con la cabeza apoyada sobre los ricitos de Cordie, Preston la rodeaba con sus brazos y le sostenía delante un libro ilustrado. Los collies se habían situado a los lados, tumbados pero con la mirada alerta, como un par de protectoras esfinges. Cuando entró, todas las miradas volaron hacia ella, que llegaba ansiosa de rescatar a sus hijos, pero no veía a la abuela por ninguna parte. Las lastimeras cejas oscuras de Preston eran idénticas a las de su padre, como trazadas con una regla a través de la frente. Cordelia le tendió las dos manitas y se echó a llorar con una mueca desoladora que dejaba a la vista los dientes inferiores. El runrún de la televisión en la cocina se interrumpió bruscamente, y Hester apareció por la puerta, vestida todavía con el albornoz y con el largo pelo gris enrollado en rulos de gomaespuma rosa. En nombre de sus hijos, Dellarobia la miró con gesto ofendido, probablemente una versión con menos dientes de la mueca de Cordie. ¡Ni que le pidiera a su suegra que cuidara a sus hijos todos los días de la semana! Ni siquiera se lo pedía una vez al mes.

Hester se cruzó de brazos.

—No te esperaba tan pronto. Como siempre vas de aquí para allá...

—Gracias por no quitarles la vista de encima, Hester.

—Fui solamente un minuto a la cocina —se defendió ella, señalando la puerta con la cabeza.

—Está bien, está bien. No te preocupes.

Dellarobia sabía que cualquier tono que utilizara con Hester estaría mal. Las conversaciones con ella la dejaban agotada, incluso antes de empezar.

—Iba a calentar unos filetes de pollo y unas verduras para el almuerzo.

«¿Para el almuerzo de quién?», se preguntó Dellarobia. Por lo visto, ese almuerzo iba a requerir algo más que dientes de bebé, por no mencionar cierta habilidad con el cuchillo. Pero no dijo nada. Las dos se volvieron para mirar a Cordelia, que estaba de pie en precario equilibrio, con la cara roja y llorando a gritos. Estaba mojada y probablemente llevaba toda la mañana así. El bulto de los pañales dentro del pelele amarillo era del tamaño de una calabaza. No era de extrañar que le costara mantener el equilibrio. Dellarobia aspiró una vez más el humo del cigarrillo mientras intentaba decidir si era mejor cambiar a Cordie allí mismo o marcharse cuanto antes.

—No deberías fumar delante de los niños —declaró con voz rasposa su suegra.

Y eso lo decía la mujer que probablemente le había echado el humo a Cub en la carita enrojecida a los dos minutos de nacer.

—¡Oh, no! ¡Yo jamás haría eso! Yo solamente fumo cuando me tumbo a tomar el sol en la Riviera.

Hester cruzó una mirada con Dellarobia y se puso a estudiar las botas y la bufanda de felpilla con cara de asombro.

—¡Qué arreglada vas! ¿Qué te ha dado?

Dellarobia se preguntó si su aspecto delataba cómo se sentía: como una mujer que huía de un incendio.

—Preston, cariño, dile adiós a la abuelita.

Se puso el cigarrillo entre los dientes para poder acaballarse a Cordelia sobre una de las caderas, coger a Preston de la mano y conducir a su familia hacia un lugar mejor.

Territorio familiar

LA mañana del día del esquila amaneció fresca y agradable. Solamente por eso, por unos pocos grados más de temperatura, las nubes grises se escabulleron hacia lugares desconocidos, como una tropa de gatos vagabundos. La pesada tarea de hacer pasar noventa ovejas e incontables corderos por la caseta del esquilador se convirtió en una buena jornada de trabajo y no en el suplicio que todos esperaban. Hasta donde le alcanzaba la memoria, Dellarobia no recordaba ningún otro esquila otoñal tan agradable. Después de todos los meses de lluvia, el aire en el interior del establo parecía extrañamente seco. Mechales flotantes de lana moteaban los rayos de luz que se derramaban por las ventanas altas, y el aire olía sobre todo a lanolina, más que a orina o a barro. El vellón cortado estaba lo bastante seco para limpiarlo, apalearlo y mondarlo cuando aún conservaba el calor de la oveja. Dellarobia estaba frente a su suegra en la mesa de limpieza, al lado de otras cuatro mujeres, ocupada en quitar con las manos las impurezas de la lana extendida ante ellas. Las seis se habían dispuesto ordenadamente alrededor de la mesa, como los números de un reloj, pero como manecillas que apuntaban hacia el centro y no hacia fuera.

No cabía duda de que el buen tiempo había sido una suerte. Si las ovejas hubiesen tenido que esperar toda la mañana bajo la lluvia para ser trasquiladas, parte de la lana se habría embarrado demasiado para venderla, y por unos pocos milímetros de lluvia se habrían perdido buenos ingresos. Pero la suerte era una explicación demasiado simple para Hester, que para entonces estaba declarando que Dios les había mandado el buen tiempo. Dellarobia encontró irritante su autocomplacencia.

—Entonces ¿crees que Dios hizo parar la lluvia solamente por nosotros?
—le preguntó.

—Dios nuestro Señor es todopoderoso —replicó Hester, que podría haberse pasado la vida enlazando unas citas bíblicas con otras.

Estaba imponente, con su blusa roja de cuadros con botones nacarados y ribetes blancos. Todos los demás se habían puesto ropa de trabajo, en cambio Hester casi siempre se vestía como si después fuera a asistir a una fiesta country. Pero la fiesta nunca se materializaba.

—Entonces, Dios debe de odiar a los Cook.

La insolencia le arreboló las mejillas a Dellarobia, como si hubiera bebido una segunda cerveza con el estómago vacío. Si su suegra sugería

que Dios participaba en las buenas o malas rachas de los granjeros, tenía que aceptar entonces todas las consecuencias de su afirmación. La cosecha de tomates de los vecinos se había disuelto en una pestilencia líquida en la propia planta por culpa de las lluvias incesantes del verano, y su huerto se había cubierto de una membrana fúngica gris que estaba matando la fruta a la vez que sofocaba a los árboles.

Valia Estep y su melnuda hija, Crystal, bajaron la vista, lo mismo que las dos Norwood, concentradas en quitar las vedijas sucias, las pajas y los abrojos del blanco vellón, como si el mundo entero dependiera de la erradicación de esas pequeñas imperfecciones. Los vecinos solían acudir los días de esquila, que empezaban a las seis de la mañana con bocaditos de jamón y café. Todos menos los desafortunados Cook, que en los cinco años transcurridos desde que se habían instalado en la granja no habían conseguido ganarse la aprobación de Hester. La granja de los Norwood lindaba con la finca de los Turnbow al otro lado de la montaña, y ellos también criaban ovejas desde hacía generaciones, por lo que la ayuda prestada les sería devuelta cuando esquilaran a sus animales. Valia y Crystal acudían únicamente por amistad, a menos que tuvieran alguna vaga deuda que nadie hubiera mencionado. Todos pertenecían a la misma iglesia que Hester, que vista por Dellarobia era un complicado esquema piramidal de deudas y créditos morales, con el Señor como último responsable, pero con un montón de mandos intermedios.

—Yo no he dicho ni una palabra de los Cook —se defendió Hester, que no estaba dispuesta a dejarlo correr—. Valia, ¿tú has oído que yo dijera algo de los Cook?

—No, me parece que no —replicó Valia tímidamente.

Dellarobia sabía que su suegra podía contar con el apoyo ilimitado de esas mujeres. La confianza de Hester en su propio juicio era francamente muy poco femenina. Nunca dudaba de sí misma, ni siquiera de su guardarropa. Tenía botas de cowboy de muchos colores, incluidas unas con las puntas redondeadas de piel de lagarto verde lima. Pero lo que a Dellarobia le fastidiaba en ese momento era su lógica egoísta. Si Hester y Bear tenían una mala racha, como la terrible sucesión de catarros que habían sufrido el invierno anterior, culpaban al técnico que no había sabido repararles la caldera y les había cobrado de todas formas. Pero cuando ese mismo invierno le diagnosticaron cáncer al pequeño de los Cook, Hester insinuó que Dios había tenido algo que ver en su enfermedad. Dellarobia había dejado pasar durante años ese tipo de comentarios, demostrando en la práctica tan poco carácter como Valia o el resto de las ranas que croaban en el coro de su suegra.

Pero ya no.

—Pensé que era eso lo que querías decir —replicó—: que Dios paró la lluvia para nosotros, pero no para los Cook. Debemos de gustarle más que ellos.

—No sé qué te ha dado últimamente, pero sea lo que sea no es bueno. Deberías hacer examen de conciencia y recordar que Dios te ha mandado respetar a tus mayores —dijo Hester con voz gangosa.

Se imponía a los demás desde su altura de un modo que jamás habría conseguido su hijo, que medía por lo menos cuarenta centímetros más que ella. Sólo Hester lograba que su nuera se sintiera reducida a su verdadero tamaño: el de una persona que se compraba las sudaderas en la sección infantil para ahorrar dinero.

—Los Cook también son mayores que yo —respondió Dellarobia serenamente—. Y siento lo que les está pasando.

Ella tampoco sabía qué le había dado últimamente, pero las réplicas que antes se tragaba como una ración diaria de piedras habían empezado a saltarle de la boca como batracios. La extraña experiencia vivida en la montaña había obrado en ella el efecto de una terapia de choque. A Dovey, su mejor amiga, le había contado que ese día había ido a ver a alguien, pero ni siquiera Dovey sabía lo que se había encontrado: una potente deflagración brotando de un bosque corriente. No sabía qué nombre darle. No tenía palabras que inscribir en unas tablas como las de Moisés cuando bajó de su montaña. Pero lo mismo que Moisés, ella había vuelto a casa trastornada y sin paciencia para las pequeñas mezquindades cotidianas de la gente. Se sentía avergonzada por su pasión artificial y por el daño que había estado dispuesta a causar. Hester no era la única que vivía en un mundo de fantasía con la justicia de su parte; había mucha gente como ella en esa familia y quizá en todas las demás. Se fabricaban sus pequeñas casas de autocomplacencia y bendiciones especiales, se metían dentro y cerraban la puerta de golpe, sin saber que la montaña a sus espaldas estaba en llamas. Dellarobia se sentía expulsada de la autosatisfacción, como si hubiese salido despedida de un vehículo en un accidente de tráfico. Se había alejado de aquel valle de fuego sintiéndose a la vez poderosa y desamparada. Se sentía peor que años atrás, cuando el bebé nacido muerto la había hecho volver a casa con complicadas heridas que ni siquiera podía describir. Pero ni entonces ni ahora Hester se había interesado por sus problemas personales. No era ese tipo de persona. Parecía ignorar esa vertiente del pensamiento.

Valia las interrumpió:

—¿Habéis visto el episodio de «Jackass» en el que intentan hacer esquí acuático en un lago helado? ¡El jeep rompió el hielo y se hundió!

Siempre se podía contar con las Estep para cambiar de tema en una conversación.

—No entiendo cómo dejan a la gente ir a la tele para hacer esas tonterías —intervino Crystal, sacudiendo su masa de rizos—. Con ese criterio, mis hijos tendrían que ser famosos.

Crystal era un producto del fracaso escolar, con dos hijos, ningún marido en su historial y un conocido problema con la bebida; pero había podido empezar de nuevo, tras ser salvada por Alcohólicos Anónimos y la iglesia evangélica de la Comunidad de la Montaña. Ahora se mordía constantemente el labio inferior, como si siempre estuviera a punto de darle un puñetazo a alguien. La salvación tenía su precio, evidentemente.

Hester se llevó las manos a la nuca, se dividió en dos la fina coleta gris y tiró de las dos mitades al mismo tiempo y con fuerza para ajustarse el peinado. Era uno de los más o menos cinco mil hábitos personales de su suegra que irritaban a Dellarobia. ¿Por qué no se compraba una goma que apretara más? Hester usaba los tirones de la coleta como una especie de señal: «La próxima vez te lo haré a ti». Si Dellarobia pensaba consumir su esperanza de vida en el seno de esa familia, su nueva política de decir lo que pensaba iba a resultarle terriblemente incómoda, porque los ponía a todos en tensión, incluida a ella misma. Pero tenía la sensación de que no podía elegir. Algo se había abierto en su interior, y ella se sentía caer calamitosamente, como el jeep a través del hielo. Jimmy había desaparecido de su vida, como también habían desaparecido —tenía que reconocerlo— varios hombres antes que él.

Nunca le había sido infiel a Cub, al menos de una forma física, pero a lo largo de su vida de casada había tenido que olvidarse varias veces de algunos hombres, del mismo modo que otros intentan una y otra vez dejar el tabaco. Por eso, en ambos casos, podía aplicarse el mismo chiste: lo había hecho tantas veces que sabía hacerlo muy bien. Había dejado de atender las llamadas de Jimmy y él tampoco había insistido. Todavía se quedaba despierta por la noche, pero tras los párpados cerrados ya no veía a un amante que casi podía tocar, sino unas llamas que formaban dibujos de ondas y torbellinos. Un lago de fuego.

Inhaló el aire oloroso a lanolina para quitarse de la cabeza el fuego y las inundaciones. Con su distracción, estaba ralentizando el ritmo del trabajo. Su tarea consistía en dejar cada pocos minutos la mesa de limpieza para ir a buscar más lana al otro lado del establo. Pasó junto al contenedor de madera que había acondicionado como parque de juegos para Cordie, le tocó levemente los suaves pelillos de la cabeza y entró en los dominios de los hombres. En una de las puertas de la caseta de esquileo intensamente iluminada, su marido sujetaba una oveja blanca grande, a la espera de ponerla en manos del esquilador, mientras Peanut Norwood, el escuálido vecino, aguardaba en la puerta de enfrente, listo para llevarse al animal en cuanto estuviera esquilado. Dellarobia sonrió al ver la camisa de fieltro rosa que lucía el larguirucho de su marido. Durante muchos días de colada, a lo largo de los años, había visto cómo esa camisa pasaba del burdeos al rosa fuerte, pero su marido todavía la llamaba su «camisa roja» y, probablemente, la veía de ese color. Cub no era un hombre que vistiera de rosa adrede.

Su marido le hizo un gesto para que se acercara y la estrechó rápidamente con un brazo, quizá como simple maniobra para evitar que

se pusiera en medio y molestara. El estruendo de balidos nerviosos impedía cualquier conversación, pero ella se quedó un minuto, observando atentamente al esquilador, Luther Holly. No era que Luther fuera atractivo de ninguna manera corriente. Era un hombre hogareño, casado y con nietos. Había practicado la lucha grecorromana en el colegio y tenía cincuenta y muchos años, o tal vez más de sesenta. Era bajo, con la cara llena de pecas y las piernas ligeramente arqueadas. Pero cuando manejaba las tijeras de esquilar, sus movimientos podían hacer concebir pensamientos pecaminosos a cualquier mujer. Le quitó a Cub la lanuda oveja de las manos y el animal se debatió durante cinco segundos antes de someterse con un suspiro y dejar que Luther lo hiciera apoyar los cuartos traseros sobre el tapete de esquila. El hombre inmovilizó a la oveja rodeándole el pecho con un brazo mientras con la otra mano le pasaba suavemente la vibrante esquiladora, desde el cuello hasta el abdomen, con movimientos largos y cuidadosos, como los que habría usado para afeitarse. La esquiladora eléctrica parecía antiquísima, con su tembloroso cilindro de acero y el cabezal suspendido de un trípode; pero en manos de Luther, era un instrumento de gran delicadeza.

Dellarobia observó que, antes de pasar por la rampa para cumplir con su deber, cada oveja hacía una pausa, bajaba los cuartos traseros y orinaba, tomándose su tiempo para asimilar la situación, antes de entrar por la puerta. «Observa y aprende», pensó, sintiendo una simpatía poco habitual por esas bestias, cuyo tonto desamparo en general la fastidiaba. Pero en ese momento le parecieron más listas que las personas. Si el bosque a sus espaldas se incendiaba, las ovejas sabrían de inmediato lo que debían hacer. Ya fuera huir o acurrucarse unas contra otras, tomarían la mejor decisión no sin antes llenarse la barriga de hierba, por si acaso. Eran mucho más realistas que las personas. Y también lo eran los border collies. Sabían observar, con las orejas en posición de alerta y las patas delanteras bien plantadas, soportando con paciencia el caos generado por los indisciplinados humanos, mientras el mundo se desmoronaba a su alrededor.

Su suegro se mantenía a distancia de la imponente presencia de Luther, cerca de la puerta del establo, donde les arreglaba las pezuñas a las ovejas y las inspeccionaba ostensiblemente en busca de heridas de la esquiladora antes de enviarlas al campo con una palmada en el cuarto trasero. Luther era demasiado habilidoso para causarles cortes a los animales, pero Dellarobia observó que Bear abría aparatadamente el frasco grande de tintura de yodo y aplicaba el desinfectante sobre una mera sospecha de herida. Bear Turnbow tenía un talento especial para prestar atención a los errores más nimios.

Los collies, *Roy* y *Charlie*, se movían en laboriosas órbitas alrededor de los hombres, perpetuamente atentos a la circulación del ganado y a los deseos de sus amos. A un silbido de Bear, los dos se fundían en un torrente blanco y negro de autoridad canina que empujaba al rebaño por el laberinto de paneles y puertas estrechas, como el contenido de un reloj de arena. Hester quería que las ovejas llegaran ordenadas por

color: primero, las blancas; después, las grises; a continuación, las pardas, y por último, las negras, para facilitar la clasificación de la lana. Las ovejas islandesas tenían todos los matices del mal carácter, como le gustaba decir a Cub, pero a Dellarobia le gustaba el aspecto variopinto que presentaban en el campo y también la poca importancia que daban al color de sus congéneres. Las ovejas pardas podían parir corderitos blancos, o a la inversa, y a veces incluso daban a luz mellizos de diferentes colores sin que tal cosa fuera motivo de escándalo. La oveja blanca que había traído Cub llevaba a la zaga un cordero grande de color gris azulado que a los seis meses aún pretendía mamar. Los más persistentes eran los corderos machos, mamones insaciables. Preston había sido igual. Todavía le suplicaba que lo amamantara cuando su hermana ya había nacido y lloraba a gritos al ver en su lugar a una intrusa. Ella conservaba aún la sensación de estar hueca después de los años que había pasado con un niño que chillaba para sacarle la leche y otro que monopolizaba su cuerpo por dentro. Había sido como someterse a la vez a obras de minería profunda y a cielo abierto. Pero los corderos machos no iban a tener que enfrentarse con sus sucesores porque al cabo de diez días irían al matadero. Había que retirarles la leche a las ovejas antes de que llegaran los carneros sementales, y los corderos no podían quedarse en el prado común, a menos que estuvieran castrados. Así pues, a fin de cuentas, el matadero tenía sus ventajas.

Luther inclinó la cabeza en dirección a Dellarobia mientras daba un puntapié a la lana corta acumulada en el tapete para desecharla. El gesto podía significar «Hola, señora Turnbow» o «¡Ponte a barrer!», o quizá ambas cosas a la vez. Ella cogió la escoba y barrió la lana desechada hacia la pila que se amontonaba en un rincón de la caseta. Tras eliminar la porción inútil de la lana, Luther le dio la vuelta a la oveja para quitarle el resto del vellón de una sola pieza, del cuello a la cola y de lado a lado, moviéndose como si estuviera enzarzado con su ayudante en un combate de lucha libre. La postura inclinada hacia adelante habría hecho llorar a la mayoría de los hombres, pero él la mantenía todo el día y hacía que pareciera sencilla.

Sin embargo, una mujer no podía eternizarse allí, parada con sus zapatos de trabajo, observando a Luther. Dellarobia recogió una brazada de lana desechada, la sacó de la caseta del esquilador y fue a echarla al contenedor de madera que había apartado para Cordie.

—¡Eh, chiquitita! ¡Mira esto! —canturreó mientras dejaba caer mechones de lana sobre su hija, como si fueran copos de nieve.

Recordó que de niña pensaba que la nieve debería ser así, suave y agradable, y no fría y húmeda como era en realidad. Entusiasmada, Cordie se puso a coger puñados de lana y a arrojarlos por el aire con tanta fuerza que cada vez que lo hacía se caía de espaldas.

Dellarobia se apresuró a volver a la caseta del esquilador para recoger el vellón que Luther había terminado de separar. Lo enrolló como si

fuera una alfombrilla de baño para llevarlo a la mesa de limpieza. Antes de que terminara el día, limpiarían alrededor de doscientos vellones, quitándoles los restos de paja y otras impurezas, así como las imperfecciones provocadas por el corte. Las mujeres trabajaban deprisa. Extendían cada nuevo vellón sobre la mesa y se inclinaban encima como animales absortos en la tarea de espulgar a sus crías. Tiraban los residuos al suelo del establo, y los restos variopintos se les iban acumulando alrededor de las piernas. Era el segundo esquila del año. También llamaban a Luther en primavera, después de la parición, para librar a las ovejas de los vellones densos y fieltros del invierno y dejar el terreno libre para que crecieran limpios los finos vellones del verano, mucho más valiosos. Este segundo esquila, el del final del otoño, era el que les procuraba ganancias. Cuando los vellones estuvieran limpios, empaquetados y amontonados en grandes pilas delante del establo, Cub y Bear los meterían en contenedores de madera para enviarlos a la hilandería.

Sabía que Luther tardaría sólo unos minutos en trasquilar al cordero que le pasarían a continuación, después de su madre, por lo que volvió corriendo para recoger la suave lana gris y apartarla del resto de los vellones. La lana del primer y único esquila de los corderos machos era más fina y valiosa que la lana corriente. Hester podía conseguir hasta cincuenta dólares por los vellones de lana virgen vendiéndolos por internet a hilanderías artesanales. El año anterior había amortizado de ese modo el precio del ordenador en una sola temporada. La carne de los corderos ya estaba vendida a una cadena de supermercados, y la gente se la comería en Navidad, pero su lana seguiría abrigando durante muchos años.

Dellarobia volvió a su puesto en la mesa de limpieza, a tiempo para oír el final de una de las innumerables anécdotas que siempre acaban igual: «¿Te puedes creer tamaño descaró?». La «descarada» era evidentemente una amiga de Crystal, pero los detalles resultaban confusos. La mujer había venido a visitarla y había sufrido algún tipo de daño por culpa de sus hijos.

—Estaban haciendo el tonto como siempre, ¿no? —Crystal tenía la desagradable costumbre de terminar cada frase con una pregunta—. Jugando con las pistolas de agua, ¿no? Y Jazon se escapa de su hermano, ¿verdad? Y supongo que ella intenta escaparse de los dos, ¿no es así? Por eso, cuando Mical la cerró de golpe, ella ya estaba gritando: «¡Chicos, vais a arruinarme el abrigo!». Y entonces, ¡bam! ¡Y a llorar! Estaba preocupadísima porque le fueran a mojar la chaqueta de seda que, después de todo, no tendría que haberse puesto para venir a mi casa, porque, vamos a ver, tengo hijos, ¿o no?

Dellarobia estaba habituada al discurso sembrado de preguntas de Crystal y a su mezcla constante de tiempos verbales, pero aun así no consiguió entender del todo lo que había sucedido. Desvió la mirada hacia las Norwood, dos señoras entradas en años, cuyas idénticas

melenas teñidas de negro quedaban divididas por la mitad por una franja de raíces blancas.

—¿Qué fue lo que cerraron de golpe? —preguntó al ver que nadie se ofrecía para explicárselo.

—La puerta del coche que le pilló la mano —replicó Crystal con voz cansada en un canturreado tono descendente. Parecía cansada de la historia, a pesar de contarla con tanto entusiasmo.

—¡Uy!

—Lo que quiero decir —se empeñó Crystal— es que siento mucho que Brenda se haya roto varios dedos, ¡pero los accidentes ocurren! Podría haber pasado lo mismo aunque mis hijos no hubiesen estado allí.

—Brenda quiere que Crystal le pague los gastos médicos, pero ella se niega —explicó en voz baja una de las Norwood, como si Dellarobia fuera una espectadora que hubiera entrado al cine con la película empezada.

—Ya sabes quién es Brenda. Su madre y ella trabajan en la escuela dominical de la iglesia —dijo la otra.

Una de las Norwood era la mujer de Peanut y la otra, su hermana. ¿Cómo era posible que se parecieran tanto? Debía de ser por el tinte y las sempiternas raíces blancas. Dellarobia solía llamarlas en secreto «las mofetas».

—A ver si lo he entendido bien, Crystal —dijo—. ¿Crees que si Mical no hubiese estado allí, Brenda se habría pillado los dedos ella sola?

—Los accidentes ocurren —repitió Crystal en tono más enérgico.

—Claro que sí. Y prueba de ello son los hijos que tienen algunas.

Molesta todavía por la discusión anterior, Hester le lanzó una mirada asesina a Dellarobia. Estaba a punto de tirarse de la coleta.

—Tú mejor ocúpate de los tuyos —dijo.

Dellarobia sintió indignación. Su hija estaba perfectamente feliz revolcándose en la caja de lana desechada, como una diminuta paciente de psiquiátrico en una celda acolchada, y Preston corría en círculos por allí cerca profiriendo esa especie de zumbido que producen los niños cuando quieren hacer ver que van a toda velocidad. Los que iban como locos por todo el establo eran los hijos de Crystal, dos niños pecosos demasiado corpulentos para sus edades, con el pelo cortado al rape y camisetas que se les habían quedado pequeñas. Jazon y Mical. ¿Qué clase de madre bautiza adrede a sus hijos con faltas de ortografía? Dellarobia los había visto hacía un momento, estaban saltando desde el

altillo con sacos vacíos de pienso anudados sobre los hombros, como capas de superhéroes. Pero habían desaparecido y eso no era buena señal. Roy, uno de los collies, solía permanecer atento a los niños y ahora parecía preocupado.

—Preston, ven aquí un minuto —lo llamó Dellarobia—. ¿Dónde están tus amiguitos?

Su hijo se le acercó jadeando ostensiblemente, con el flequillo recto pegado a la frente y las gafitas torcidas.

—Fuera. Querían pisar la caca de oveja, pero el señor Norwood no los ha dejado. ¡Mira!

Con un vigoroso salto, Preston les dio la espalda y reveló que llevaba echado sobre los hombros un vellón blanco entero a modo de capa.

—Vas a estropear la lana —le dijo Hester.

Pero el pequeño se volvió y, con la voz de un personaje de dibujos animados, gritó:

—¡Soy Lanamán!

—¿Ah, sí? ¿Y qué superpoderes tienes? —le preguntó Dellarobia, pero Lanamán ya se había puesto otra vez en órbita alrededor de la mesa de limpieza y estaba gritando la respuesta mientras corría. Le decía, entre otras cosas, que era «difícil de manejar» y que podía comer hierba.

Sus diabluras destrozaron el vellón en menos de un minuto, tal como Hester había pronosticado, y eso fue suficiente para acabar con la paz familiar. Hester le ordenó a su nuera que se llevara a casa a Preston, Cordie y los otros dos niños, y no los dejara salir por el resto del día.

Ofendida, Dellarobia habría estado dispuesta a discutir, pero reconoció la autoridad de Hester y dejó que Crystal ocupara su puesto de transportadora de vellones. Ya no tendría ocasión de contemplar los bíceps de Luther Holly hasta el próximo esquileo primaveral. Fue a buscar a los niños y avisó a Cub de que los habían mandado castigados a casa para que no se preocupara si no los veía. Su ira se desmoronó, se transformó en una familiar tristeza sin fondo. Había sido solamente un vellón y ni siquiera era muy valioso. Una abuela más amable se lo habría dejado a Preston todo el día para que jugara, ya que era evidente que lo hacía muy feliz. Pero esa mujer no tenía la menor sensibilidad para la alegría de los niños. Era capaz de quitarle toda la diversión a los helados, al barro o a la pesca con lombrices. Estar con Hester evocaba en Dellarobia la angustia de la infancia de Cub. Habría querido recogerlo también a él para llevárselo lejos. Probablemente, ahí habían empezado todos sus problemas familiares.

A las cinco y media, estaba tumbada en el incómodo sofá de sus suegros, con Cordie dormida sobre el pecho. La tostada con mermelada que Mical le había pedido y no se había comido yacía aplastada en el plato, justo en el suelo, donde Jazon la había pisoteado y después se había negado violentamente a que ella le quitara la zapatilla deportiva para limpiarla. Había llegado a amenazarla con los puños. Aunque estaba en tercero de primaria, el personaje de matón de Jazon no era ninguna broma, ya que medía y pesaba prácticamente lo mismo que ella. Probablemente, los profesores habían retrasado su ingreso en el parvulario para posponer lo inevitable. Dellarobia había tenido que ceder y pasar gran parte de la tarde andando a gatas por el cuarto de estar, con una bayeta mojada en la mano, persiguiendo las huellas pegajosas del pie izquierdo de Jazon impresas en las alfombras, el suelo y los cojines del sofá, e imaginando la ira de Hester si se le escapaba una sola. Cuando Jazon empezó a correr y saltar contra la pared para averiguar hasta qué altura podía dejar una huella de mermelada, el pobre y obediente Preston perdió los nervios, se echó a llorar y provocó también el llanto de Cordelia. Al final, Dellarobia les enseñó a todos un juego de cartas por dinero (una medida desesperada) en el que los niños podían apostar los zapatos. Cuando ganó la zapatilla pringosa, la escondió en el piso de arriba, en la cesta de la ropa sucia.

Tenía la cabeza momentáneamente ausente por culpa del barullo cuando la sobresaltó su teléfono, que con su frenético tintineo la llamaba desde algún lugar debajo de los cojines del sofá. El propio aparato debía de haberse arrojado al abismo desde su bolsillo, tratando de huir. Intentó mover a Cordie sin despertarla, pero el teléfono dejó de sonar antes de que pudiera encontrarlo. Dovey. Pulsó la tecla de llamada.

—Socorro —gimió—. Estoy atrapada en un episodio de «La dimensión desconocida», encerrada con un niño que tiene poderes mentales sobre los mayores y ha convertido a un vecino en ardilla gigante con tres cabezas.

—¡Cómo me fastidia cuando pasa eso! —respondió Dovey—. ¿Y ahora cómo está? ¿También tiene tres culos?

Dovey y Dellarobia habían llegado al mundo con los apellidos Carver y Causey, y habían asistido a una escuela donde los niños se sentaban por orden alfabético. Desde entonces, nadie había podido separarlas.

—¿Dónde estás? —preguntó Dovey.

—En casa de Hester y Bear, que es como decir en el infierno, en la sección de cuidados infantiles. ¿No podrías venir? Te juro que me estoy volviendo loca.

—No, no puedo. Estoy en un descanso del trabajo. He tenido que venir porque hay tres compañeros que están de baja por enfermedad.

—¿Tres? Entonces ¿tendréis que cerrar en sábado? ¡Qué fastidio!

Dovey trabajaba en la carnicería del Cash Club, un mundo masculino donde los hubiera, y era de constitución tan frágil que tenía que subirse a un cajón para usar la picadora. Pero se hacía respetar. «Sé amable, pero lleva siempre un cuchillo afilado» era su lema.

—Esta tarde hay partido —dijo Dovey—. Estoy segura de que se han quedado en casa por eso: la gripe del baloncesto. Así que, ya ves, tendré que cerrar y, sí, estamos desbordados. Por eso no pude contestarte cuando me mandaste algo así como... dieciséis mensajes. Te pasaste un poco.

—Lo siento.

Dellarobia volvió a tumbarse en el sofá y apoyó otra vez a Cordie sobre su pecho, boca abajo, sin interrumpir el reconcentrado sueño de la niña.

—Pero esos angelitos tuyos no pueden ser el problema —dijo Dovey—. El problema eres tú.

—En realidad, el problema son los dos hijos de Crystal Estep. Valia y ella vinieron para el esquila y Hester aprovechó la ocasión para ponerme en mi sitio.

—¡Dios! ¿Te ha colocado a las dos joyitas? ¿Cómo se llamaban? ¿Jazz y Micro?

—Eso mismo. Tengo bajo mi custodia a dos hombrecitos con subfusiles de plástico que planean venderme en el mercado de esclavos.

—No entiendo para qué fabrican ese tipo de juguetes.

—Dice Crystal que Jazon y Mical se disfrazarán de terroristas en Halloween.

—Entonces, no irán disfrazados. Bueno, te daré un consejo: tienes que sacar la fiera que llevas dentro. Es lo que dice el instructor en el vídeo de kickboxing. Y recuerda: apunta siempre a la entrepierna.

Dellarobia bajó la voz.

—Si quieres que te diga la verdad, los hijos de Crystal me dan un poco de miedo. Ella misma nos contó que a una amiga suya que fue a visitarlos le rompieron los dedos de una mano con la puerta del coche.

—Huye mientras puedas. Pero antes, ponles un vídeo de una película muy larga, para tener tiempo de llegar a la frontera del Estado antes de que reaccionen.

—¿Un vídeo? ¿Estás de broma? Jazon y Mical me odian porque aquí en casa de Hester no hay X-Box. Lo único medio infantil que tiene mi suegra es un DVD que llevan horas poniendo, probablemente para vengarse de mí. Sale esa especie de teleñeco con el pelo rojo apelmazado y voz chillona.

—¿Quieres que te confiese una cosa? Ese muñeco es la razón por la que no he tenido hijos. Esa voz es una treta de la industria farmacéutica para vender tranquilizantes a los padres de niños pequeños.

—Tengo que reconocer que mis hijos tienen mejor gusto. Escucha — replicó Dellarobia, levantando el teléfono.

Preston se había metido los dedos en los oídos y estaba caminando en círculos mientras cantaba a gritos una canción sobre un canguro y un elefante.

—¿Lo oyes? Es mi hijo. Al pobre lo están volviendo loco. Por suerte, su hermana estuvo un ratito mordisqueando el perrito de peluche y se quedó dormida enseguida.

—Te aconsejo que hagas lo mismo. Ahora tengo que irme. Se me está acabando la pausa.

—De acuerdo. Ya estoy mordisqueando el perrito de peluche, ¿lo oyes?

—Dellarobia...

—¿Qué?

—Ahora no, pero en algún otro momento, ¿vamos a hablar de eso?

—¿De qué?

—De ti.

—¿De mí y de qué más?

—De lo que pasó hace dos viernes. Con el tipo del teléfono.

—No pasó nada. Ya te lo dije. Se acabó.

—¡Pero si tenías una obsesión de categoría cinco en la escala de los huracanes! ¿Cómo es posible que se haya acabado sin más?

Se lo había contado a Dovey cuando el tormento le atenazaba de tal modo la garganta que se creía a punto de morir ahogada. Y si su amiga había visto algún motivo de crítica, se lo había callado. Lo mejor de una amistad podía ser la capacidad de mantener la boca cerrada ante la perspectiva de la autodestrucción. Dovey había capeado con fortuna

desigual sus propias tormentas con los hombres y parecía entender su tendencia a la aniquilación. Lo que la desconcertaba era la vuelta a la cordura, y Dellarobia lo comprendía. De las dos noticias, la última era la que más parecía alejarse del guión estándar.

—Si tuviera una explicación razonable, te la contaría, Dovey. Lo único que puedo decirte es que no fue decisión mía. Pasó algo. Estaba ciega y ahora veo.

—Ahora sí que estás hablando como una loca. ¿Tiene algo que ver con la religión?

Le costó mucho responder. En veinte años, nunca le había ocultado nada a Dovey, pero no había palabras que lo explicaran. «Cuando pases por los ríos, no te anegarán. Cuando pases por el fuego, no te quemarás, ni la llama arderá en ti.» Era del libro de Isaías.

—No, no tiene nada que ver con la religión —contestó.

—Te conozco —dijo Dovey— y no puedo entenderlo.

—Yo tampoco.

—De acuerdo, pero seguiremos hablando de esto.

—Sí, claro. Ve a trabajar, anda. Oigo que viene la brigada de rescate.

Los esquiladores ya debían de haber terminado. Dellarobia los oía frente a la puerta delantera, quitándose el barro de las botas. Sabía que tenía que parecer activa para que Hester no la llamara perezosa, pero el dulce peso del cuerpecito dormido de su hija la mantuvo inmóvil en el sofá. Los collies entraron corriendo y se pusieron a dar vueltas por el salón sembrado de juguetes, como habrían hecho los ayudantes del sheriff en una vieja película del oeste al llegar al campamento de los comanches. Después, se retiraron al piso de arriba. Las patas de los perros por la escalera sonaron como una catarata invertida.

Desde su posición horizontal, Dellarobia vio que Bear se cernía sobre Luther en actitud amenazadora, aparentemente por no estar de acuerdo con el pago exigido. Estaba segura de que Bear no insistiría demasiado. Los criadores de ovejas vivían con el temor permanente de enemistarse con Luther por alguna infracción cometida, como la de rebajar el número de ovejas esquiladas al extenderle el cheque. Luther era el único esquilador del condado y sus habilidades tenían más demanda que las de un médico o un traficante de drogas. De hecho, Dellarobia y Cub tuvieron que cambiar la fecha de su apresurada boda cuando descubrieron que coincidía con el día que Luther tenía reservado para los Turnbow en su agenda. Dellarobia había discutido por eso con Hester, y todavía se sentía humillada por las prioridades de la familia, pero aun así había tenido que trasladar la boda de octubre a noviembre, es decir, del primer trimestre al segundo. Tampoco en noviembre se le

notaba mucho, pero haber tenido que hacer esa concesión no le parecía un detalle menor. Habían pasado más de diez años y ya por aquel entonces Luther era el único esquilador de los alrededores. Los jóvenes no querían saber nada de un trabajo tan duro y preferían conducir un camión o estar sentados delante de una pantalla.

Buscó a Cub, pero todavía no había vuelto. Hester lo habría dejado en el establo, barriendo. Su suegra y las otras mujeres estaban reunidas en torno al fregadero de la cocina, pero Crystal no estaba con ellas. Probablemente estaría haciendo lo posible para tener otro hijo horrendo y colocárselo también a Dellarobia. Supuso que nadie le daría las gracias. Se sentó lentamente y dejó a Cordie sobre los cojines del sofá, pidiéndole a Preston que la vigilara y la protegiera de los juegos violentos. Para entonces, Jazon y Mical estaban usando el canto de un cedé para hacer saltar por los aires unas piezas de Lego. Estiró la espalda rígida mientras esperaba que alguna persona mayor de edad expresara de alguna forma su reconocimiento.

—De nada —anunció por fin—. Voy a ver si mi marido necesita ayuda.

Las cuatro mujeres se volvieron simultáneamente para mirarla con la boca abierta, como si su vida se hubiera convertido, de pronto, en una aburrida función de teatro escolar.

—Los niños tienen hambre —añadió—. Si vais a comer algo, pensad también en ellos, ya que estáis.

Fuera de la casa, en el prolongado crepúsculo invernal, las sombras eran más largas de lo que esperaba. Los perros que Bear tenía encerrados resoplaban y gruñían por lo bajo, tal vez porque habían olido algún mapache que les habría gustado perseguir y despedazar. El viento sacudía las puertas de la construcción metálica donde Bear tenía su taller, detrás de la casa, en medio de lo que parecía un cementerio de camiones. Dellarobia nunca había entrado en ese taller porque sabía que le habría infundido nostalgia del otro taller donde su padre fabricaba muebles, mucho tiempo atrás. Incluso ese pensamiento fugaz, mezclado con el ruido de las puertas golpeándose, la hizo verse a sí misma sentada sobre sus hombros, tocando los remates de los cabeceros de cama que su padre producía con la magia del torno.

Se sacó del bolsillo trasero de los vaqueros un paquete de cigarrillos muy aplastado y encendió uno, dispuesta a insultar a cualquiera que se atreviera a pedirle que esperara un minuto más. Estaba intentando con todas sus fuerzas no fumar delante de los niños. En más de seis horas se había escapado solamente un par de veces, una de ellas cuando había subido al piso de arriba para esconder la zapatilla de Jazon. A decir verdad, el reproche que le había hecho Hester el otro día le había dejado huella. Pero ahora Dellarobia sintió que se le despejaba la cabeza, mientras atravesaba el terreno fangoso, antes de entrar en la tormenta algodonosa del establo, donde refulgía la luz de los fluorescentes y era como si hubiera nevado en un espacio cerrado.

Encontró la escoba exactamente donde la había dejado, junto al rastrillo para las hojas y al lado de las cajas de bolsas de basura. Si Cub estaba limpiando, lo debía de estar haciendo sin ninguna ayuda tecnológica. ¿Dónde se habría metido? Cuando abrió la boca para llamarlo, tuvo la extraña sensación de que iba a salirle la voz chillona del teleñeco y de que él iba a contestarle con voz de niño. Dellarobia no había nacido en esa familia y eso era motivo suficiente para explicar su bajo rango en la jerarquía familiar, pero sus suegros no tenían perdón por tratar a Cub como lo trataban. ¿Cómo podía un hombre llegar a ser alguien si lo máximo a lo que sus padres aspiraban para él era que barrierá lana en un establo? Ella tampoco habría tenido mucho empuje si la hubiera criado una madre como Hester. Su suegra usaba la misma fusta para todos los caballos. Esa mañana incluso había lanzado varias indirectas al esquilador sobre la necesidad de hacer segundos cortes, pero él no le hizo caso, como tampoco había hecho caso a los aspavientos de Bear con la tintura de yodo. Puede que el ruido del cilindro metálico vibratorio que tenía al lado del cráneo sofocara las voces de toda la familia. A Dellarobia le habría venido bien algo así.

—¿Cub? —llamó y oyó una respuesta lejana, no sabía si de un animal o de su marido.

Miró en los corrales, uno tras otro, y en ninguno había ovejas. En la caseta de esquila, la lana desechada le llegaba a la altura de las rodillas, por lo que dedujo que Crystal había debido abandonar su puesto de chica de la limpieza más o menos a los diez segundos de empezar. Tenía suerte. Podía desertar sin que nadie le organizara un consejo de guerra. Dellarobia llamó a Cub varias veces más y en cada ocasión oyó una respuesta, hasta que por fin se dio cuenta de que la voz venía de arriba. Subió al altillo por la estrecha escalera y allí se lo encontró, tumbado de espaldas sobre una fila de fardos de heno. En esa época del año, el heno debería haber ocupado todo el altillo, como en el apretado interior de una maleta, de pared a pared y desde el suelo hasta el techo, pero más de la mitad del cavernoso recinto estaba vacío. Habían perdido la siega del final del verano porque para segar hacían falta tres días consecutivos sin lluvia, para cortar, limpiar y empaquetar el heno. Todos los granjeros de los alrededores habían estado siguiendo con atención los informes meteorológicos como si hubiesen sido los pronósticos de una casa de apuestas, a la espera de una racha de tres días secos. Los que se arriesgaron a segar habían perdido porque el heno se les había empapado. Pero los que esperaron también habían perdido porque se habían quedado sin segar.

—Cub, cariño, ¿qué te pasa? ¿Estás muerto?

—Más o menos.

—Otras veces te he visto más agotado que ahora y, aun así, has resucitado al ver una cerveza fría.

Cub se incorporó.

—¿Traes cerveza?

—¿De la cocina de tu madre? ¿Tú qué crees?

Su marido volvió a desplomarse en el heno mientras se quitaba la gorra de John Deere y se la ponía encima de la cara. Ella se sentó enfrente, sobre la hilera más baja de fardos, apilados en forma de ancha escalera que llegaba hasta las vigas del techo. No quedaban muchas granjas con el equipamiento para producir fardos cuadrados, en lugar de rollos grandes, mucho más fáciles de mover con tractor o con carretilla mecánica. Pero los fardos cuadrados eran perfectos como mobiliario. Acercó uno para usarlo de reposapiés, apoyó encima las piernas y se recostó en la pinchosa pared de heno, esperando a que su marido diera nuevas señales de vida. Tumbado de espaldas, parecía una montaña: alto en el centro y en suave declive hacia los dos extremos. Cub se tapó un poco más la cara con la gorra.

—Lo que pasa es que estás cansado —sugirió ella.

—No, es más que eso.

—¿Estás enfermo?

—Estoy harto.

—¿De qué?

—De la granja.

—Te entiendo.

Era consciente de su cigarrillo encendido y de que sólo un imbécil o alguien de la ciudad habría fumado en un henar, que podía incendiarse en un santiamén. Sin embargo, fumar habría sido un peligro en cualquier otro momento, pero no ese año, cuando hasta las tortugas mordedoras se habían arrastrado fuera de los charcos enfangados en busca de terrenos más altos y secos. Quizá un poco de humo de tabaco ayudara a secar el heno. Era evidente que a Cub no le importaba que fumara, porque siguió tumbado sin decir nada. Al cabo de un momento, habló debajo de la gorra.

—Papá está negociando un contrato con una maderera.

—¿Para talar árboles? ¿Dónde?

—En la ladera detrás de nuestra casa. Hasta arriba de todo, ha dicho.

—¿Por qué se la ha ocurrido eso ahora? Esos árboles siempre han estado ahí.

—Han subido los impuestos y dentro de poco vence una letra del préstamo para comprar maquinaria. Tú y yo estamos atrasados con los pagos de la casa. Estamos ingresando todavía menos dinero que el año pasado. Y es posible que tengamos que comprar heno en Missouri para el invierno, después de perder la mayor parte del nuestro.

Ella se miró el dorso de las manos.

—Tú y yo debemos solamente un mes.

Esperaba que Bear y Hester no se hubieran dado cuenta del retraso en el pago, pero cada centavo ganado o perdido en la granja quedaba registrado en el mismo libro. Sus suegros conocían cada detalle de sus vidas, igual que los vecinos y, en último término, todo el pueblo, gracias al equipo de reporteras de la peluquería.

—Estuve hablando con el hombre del banco por lo del pago —dijo ella—. Ed Cameron, ya lo conoces. Ha dicho que no importa, siempre que nos pongamos al día antes de fin de año.

—Pero la ejecución hipotecaria de la maquinaria de mi padre sí que importa.

Dellarobia sintió que algo se derrumbaba en su interior.

—¿Puede pasar?

—Es lo que ha dicho papá.

Habría querido tirarle algo a alguien, aunque no necesariamente a Cub. Le molestaba profundamente que sus suegros nunca les dijeran nada, ni siquiera cuando se trataba de algo importante. Bear ganaba tanto o más con su taller de metalurgia y reparación de máquinas que con cualquier cosa que pudiera pasar en ese establo. Durante años había firmado varios contratos para fabricar piezas de repuesto para diferentes empresas e incluso para el Departamento de Transportes. Les había suministrado soportes para los quitamiedos de la carretera, según tenía entendido. Dellarobia no se inmiscuía. Bear le daba más importancia a esos contratos que al trabajo corriente de la granja, tal vez porque había aprendido el oficio de soldador en el ejército. Había pedido un crédito enorme para ampliar el taller, pocos meses antes de que todos los departamentos de transporte se quedaran sin presupuesto, porque de pronto todo el mundo condenaba el gasto público. El préstamo para equipamiento estaba vinculado a una hipoteca sobre la finca.

—Entonces ¿qué pasará con nosotros si hay que abandonar la granja de la noche a la mañana?

Su marido siguió tumbado y silencioso sobre su cama de heno. El único dinero que ganaba Cub fuera de la granja era el que le pagaban por conducir un camión de transporte de grava, y eso lo hacía muy de vez en cuando, ya que últimamente tampoco esa empresa estaba muy activa. Desde que la economía se había venido abajo, la gente se conformaba con lo que tenía. Ya nadie cambiaba la grava de los senderos.

Su impasibilidad ante la crisis era previsible. En caso de incendio, lo primero era echarse una siesta. Dellarobia volvió a intentarlo con una pregunta más sencilla:

—¿Cómo te has enterado?

—Escuchando. Papá habla más con Peanut Norwood en un día que conmigo en todo un año.

—¡Dios mío, si le está contando sus problemas a los vecinos, es que estamos al borde del abismo! Ya sabes cómo es tu padre.

—Sí, ya lo sé.

—No hay mala noticia que Bear Turnbow pueda omitir.

—Sí, yo también lo he pensado. Pero supongo que es peor para los Norwood. Peanut también quiere talar su lado de la montaña. Dicen que es más fácil si lo talan todo de una vez.

—¿Quieren talarlo todo? Cub, cariño, ¿podrías al menos sentarte y hablar de esto como las personas? ¿Quieres decir que van a cortar todos los árboles y dejar la montaña pelada?

Cub se sentó y miró a su mujer con ojos acongojados. Tenía lana pegada en los pantalones y heno en el pelo. Toda una facha.

—Es como se saca más dinero. Por lo que ha dicho papá, es más fácil cuando no tienen que seleccionar los árboles.

Dellarobia se quedó mirando fijamente a Cub, intentando encontrar los motivos por los que se casó con él, aunque tuviera que retroceder en el tiempo como siempre hacía. Trató de recordar lo que había visto en él cuando aún se fijaba: la cara fina y el mentón alargado, que le daban apariencia de delgadez pese a la barriga creciente; las pestañas espesas y unas cejas que parecían trazadas con regla a través de la frente, detrás de los rubios mechones que le caían sobre los ojos. La causa de su matrimonio estuvo a la vista de todos durante su boda, pero ella había olvidado un poco los motivos anteriores. Recordaba una bonita camioneta, otros planes cancelados y tal vez uno o dos gramos de tristeza. Un chico llamado Damon, que la hacía morir cuando la besaba y que al final la había dejado, dándola por muerta. Pero allí estaba Cub,

con su fe incommovible en que ella sabía más que él de todo, menos de mecánica automotriz. Y a cambio, su salvaje gratitud sexual, un sentimiento tan próximo a la adoración religiosa como podría haber inspirado cualquier chica de su condición. Sus maneras infantiles lo volvían adorable. Pero ese tipo de encanto se agota y ése era el problema, un mensaje que debería grabarse en los anillos de boda de todas las mujeres.

—Entonces ¿el trato ya está cerrado? —preguntó ella por fin—. ¿Ha hablado tu padre con la gente de la maderera?

—Lo que no sirva para madera o leña lo pueden triturar para fabricar papel. Es lo que ha dicho.

—Ay, Cub. Esto va a quedar todo arrasado, como después de una guerra, igual que la finca de los Buchman. ¿Has visto esa montaña desde que talaron el bosque? Parece un vertedero. Nada más que barro y astillas.

Cub empezó a desprenderse hilachas de lana de las rodillas de los vaqueros, de una en una. El aire estaba tan seco que la lana se le pegaba al cuerpo por la electricidad estática. Era muy raro que la humedad disminuyera tanto de un día para otro. Dellarobia despejó una pequeña parte del suelo y, con mucho cuidado, aplastó la colilla de su cigarrillo con la puntera de la bota de trabajo.

—Paso por ahí con el coche cada vez que voy al Food King —dijo—. Parece como si la hubieran bombardeado. Y desde que empezaron las lluvias, toda la montaña se desmorona y baja hasta la carretera. Muchas veces hay cuadrillas de obreros quitando el barro. Debo de haberlo visto unas seis veces desde julio.

La voz de Cub se fue apagando, en tono de derrota.

—Bueno, al menos no tendrás que pasar por la ladera talada de papá cuando vayas al supermercado.

Ya estaba perdiendo el interés, listo para pasar a otro tema. Por la noche, cuando se sentaba a ver televisión, era lo mismo: cambiaba constantemente de canal, con la mirada perdida. La exuberante mujer del vestido de seda que anunciaba un collar de esmeraldas falsas se convertía rápidamente en la captura del pez más grande de la historia en el Amazonas. O las noticias de la Fox se metamorfoseaban en un programa de última hora de la noche, donde un humorista contaba chistes de cristianos y sureños. Cub decía que el zapeo lo relajaba, pero a Dellarobia le hacía rechinar los dientes.

—Tengo que volver a la casa —dijo ella.

Hester les debía de estar dando la cena a Preston y a Cordie, probablemente una selección de productos con riesgo de asfixia: uvas,

guisantes y rodajitas de salchicha. No tenía sentido discutir con Cub, ya que ninguno de los dos tenía voz ni voto en los planes familiares. Su marido y ella eran como niños en el asiento trasero de un coche discutiendo sobre los méritos de un destino desconocido.

Se puso de pie, pero en lugar de dirigirse a la escalera, se dejó llevar por el impulso de acercarse al otro extremo del altillo, donde la gigantesca ventana estaba abierta para ventilar el heno. Cualquiera podría haber tomado carrera a lo largo del henar y salir volando de un salto. Por primera vez en su vida, comprendió cómo llegaba una persona a emprender ese vuelo: tenía que necesitar tan desesperadamente una alternativa a su situación que la única salida era una ventana en lo alto de un establo. Estuvo a punto de hacerlo. Le faltó muy poco. Pero la insensatez de su idea le dio miedo y la hizo retroceder y apartarse de la ventana, tratando de serenarse, con los ojos cerrados.

Cuando volvió a abrirlos, bajó la vista hacia las ovejas que deambulaban a la luz tenue del atardecer, asombrosamente flacas sin su lana. En la iglesia de Hester, el pastor Bobby solía decir que Jesús contemplaba a su rebaño desde las alturas, y a Dellarobia le pareció una imagen muy adecuada. Un creador omnisciente probablemente vería a los humanos como el mismo tipo de bestezuelas ignorantes y torpes que aquellas ovejas, que en ese momento se estaban dando topetazos como locas. Hester decía que los topetazos eran su manera de decidir quién mandaba en el rebaño, por lo que hasta cierto punto era una conducta normal. Sin embargo, Dellarobia había notado que el esquileo siempre les dejaba una profunda incertidumbre sobre quién era quién. Lo había preguntado, pero nadie en la familia le había sabido dar una explicación. Se las quedó mirando, extrañamente fascinada. Ovejas malhumoradas bajaban la cabeza para apartar corderos que no eran suyos, mientras los pobres intentaban mamar de la ubre equivocada, al tiempo que los ejemplares mayores se enfrentaban contra jóvenes esmirriadas, como sacando a la luz disputas que hacía tiempo estaban zanjadas. De pronto, eran extrañas, aunque siempre habían estado juntas. En la quietud del anochecer, se oían los repetidos golpes del entrechocar de cráneos y cuernos. Debían de tener una buena razón; por lo visto, los animales siempre actuaban con algún propósito. A diferencia de las personas.

Entonces lo comprendió: el olfato. Debían de reconocerse de ese modo. Y todos sus olores particulares habían sido eliminados con la lana. Habían quedado ciegas a las identidades ajenas y así seguirían, hasta que volvieran a fabricar un buen aroma personal. Dellarobia sintió un chispazo de orgullo por haber resuelto el misterio ella sola. Quizá algún día se lo revelara a Hester.

Volvió sobre sus pasos y se sentó frente a Cub.

—¿Cuándo crees que tus padres pensaban contarnos lo de la ejecución hipotecaria?

—No lo sé.

—Un día de éstos sonará el teléfono y nos dirán: «¡Eh, chicos! Haced las maletas y empezad una vida nueva porque hemos perdido vuestra mitad del negocio familiar». O nos dirán que tenemos que mudarnos a su casa, o ellos a la nuestra. Te aseguro, Cub, que no pienso vivir otra vez bajo el mismo techo que tu madre. Y si no hay otra alternativa, prefiero que vayas llamando ya mismo a la policía, porque te prometo que habrá un homicidio.

—Ya lo sé, cariño.

—Si no puede pagar el préstamo, ¿por qué no devuelve la maquinaria?

—Por la depreciación, supongo. Devolverla no es suficiente. Quieren la granja.

Dellarobia se sorprendió. Las máquinas estaban casi nuevas. Se preguntó si alguien entendería realmente cómo hacían los bancos, con una sola palabra, para quitarle a uno el suelo que pisa y convertir las cosas reales en nada más que aire.

—Entonces ¿crees que va a aceptar que talen los árboles?

—Ha dicho que el trato está prácticamente cerrado. Va a firmar.

—¿Son de aquí? —preguntó ella.

—¿Quiénes?

—La compañía maderera. Los jefes.

—¿Estás de broma? ¿Conoces a alguien de este condado que tenga algo más que la parcela donde se agacha para cagar?

—Gracias por regalarme esa imagen.

Recordó el artículo de una revista que aconsejaba entre otras cosas cerrar la puerta del baño para que el matrimonio no perdiera su misterio. No sabía con certeza si realmente lo había leído o si sólo deseaba que alguien lo hubiera escrito.

—No, no son de aquí —dijo Cub—. El tipo que vino era de Knoxville. Y ni siquiera lo enviaban de la sede central, sino de una filial de Warehouse o algo así. La sede está en el oeste.

—Ya entiendo. Vienen hasta aquí y se llevan la madera de los pobres para fabricar quién sabe qué. Papel higiénico para la gente de la ciudad, supongo.

—Bueno, cariño, es dinero y nos hace falta.

—Ya lo sé. ¡Venga, cantemos el himno oficial de los catetos: *Confórmate con lo que te dan* !

—Si así es como lo ves, lo siento, pero no creo que tengamos otra opción.

Era cierto que parecía sentirlo. Le dieron ganas de romper algo de un puñetazo con todo ese *sentimiento* . Habría preferido que se enfadara. Pero en lugar de enfadarse, siguió sentado donde estaba, desprendiéndose hilachas de lana de los pantalones con la lentitud y la pasividad que a ella le hacían hervir la sangre. Salvo en ocasionales excepciones en la cama, Cub hacía todas las cosas de su vida en primera marcha. Tardaba cuarenta minutos en vaciar los putos bolsillos de los vaqueros. En el instituto, Dovey lo llamaba *Flash* . Se puso furiosa cuando Dellarobia salió con él por primera vez. Se habían jurado que encontrarían a alguien que las sacara de allí y para eso tenían que salir con tipos mayores, con cuenta bancaria y buenos modales, que fueran de cualquier parte menos del pueblo.

Pero esos pensamientos eran inadmisibles. Dellarobia hizo un esfuerzo para tratar de ser otra: una esposa llegada de Marte con una personalidad más agradable. Había bajado de la montaña completamente convencida de que tenía que haber algo nuevo en los lugares de siempre. Ralentizó la respiración y se quedó mirando las pequeñas hilachas pegadas a los pantalones de su marido mientras él se las quitaba de una en una. El aire de la noche era fresco y seco por primera vez en varios meses, lleno de estática y promesas. «Tiempo de chispas», lo llamaba ella. Noches en las que, de pronto, el aire se volvía tan seco que el pijama echaba chispas al rozar con las sábanas. ¿Por qué el tiempo fresco reseca el aire? Ella se hacía miles de veces ese tipo de preguntas y solía recibir casi siempre las mismas respuestas estúpidas: que las orugas predecían el tiempo o que los caminos del Señor eran misteriosos. Muy bien, buenas noches. Había que tener paciencia con la gente menos dotada intelectualmente, y ella lo sabía, pero ¿cómo era posible que todos estuvieran por debajo de la media? Sospechaba que a la mayoría les daba igual.

Había visto árboles en llamas en la montaña y, por alguna razón, ese conocimiento era solamente suyo. ¿En qué habría estado pensando? Toda la situación la llenó de pánico y la obligó a parapetarse tras su empecinamiento.

—No pueden talar ese bosque —dijo.

—¿Por qué no?

—No sé por qué no.

Un lago de fuego. ¿Qué diría Cub de eso? El camino al fin del mundo, una vívida sugerencia moral que llevaba toda la vida oyendo y en la que probablemente creería. El Apocalipsis. A ella la cabeza le funcionaba de otra forma. El incendio y la inundación eran conceptos opuestos y, por lo tanto, se cancelaban mutuamente.

—El mundo puede sorprenderte —dijo por fin—. Podría haber algo increíble allá arriba.

Cub levantó la línea de las cejas.

—Son sólo árboles, Dellarobia.

Ella conocía sus recelos hacia la gente que defendía los árboles. Era muy fácil querer salvarlos cuando no eran tus árboles y no estaba en juego tu hipoteca.

—Pero ¿qué clase de árboles? —insistió—. ¿Grandes, pequeños, rojos, azules? ¿Cómo son? Si Bear va a firmar un contrato para que talen sus árboles, yo creo que debería subir hasta ahí arriba y echar un vistazo a lo que está vendiendo. Los dos deberíais ir.

Cub dejó de desprenderse hilachas de lana de los vaqueros y la miró, como si tuviera delante a una mujer completamente diferente. Como las ovejas esquiladas, desconcertadas ante las cosas familiares. Se quitó la gorra, se pasó una mano por el pelo desordenado y volvió a ponérsela sin dejar de observar a su mujer. Por primera vez en un largo período de invisibilidad, ella sintió que realmente la veía.

—¿Para qué? —preguntó él al cabo de un momento.

—¿Cómo que para qué? ¿Te parece raro recorrer tus tierras?

—No son mis tierras todavía.

Dellarobia había subido al altillo con el rastrillo de las hojas y de pronto se imaginó que se acercaba a la ventana del henar y lo dejaba caer, solamente para oír el gratificante estrépito metálico. Cub todavía conducía la misma camioneta de cuando salían juntos, que ya iba por el tercer cambio de motor y tenía tantos kilómetros encima que cualquiera habría dicho que Cub había viajado a algún sitio, aunque en realidad ni siquiera había llegado a la frontera del Estado y tampoco le importaba. ¿Qué se necesitaba para mover a un hombre que cuando se quedaba sin combustible (y tampoco tenía mucho) parecía una montaña?

—Si no son tus tierras, entonces ¿qué somos nosotros? ¿Jornaleros? —preguntó ella—. Trabajamos en esta granja. Prácticamente no tenemos otra forma de ganarnos la vida, así que ya va siendo hora de que la consideres tuya aunque tu padre no se haya muerto todavía. ¿Por qué te niegas a actuar como si algo en el mundo te perteneciera?

—Una vez recorrí todo el vallado. Cuando se escapó el carnero.

—¡Pero por Dios! ¡Si eso fue el invierno que yo estuve embarazada de Preston!

—No hace falta que tomes el nombre de Dios en vano.

—En los últimos cinco años, casi no te he visto sacar las botas de este establo. No me lo puedes negar, Cub. ¿Cómo sabes lo que hay allá arriba, en lo alto del barranco? Podría haber cualquier cosa. Vais a vender algo y ni siquiera sabéis lo que es.

—Seguro que una mina de oro no hay. Sólo árboles. Árboles y nada más.

—Árboles, sí, de acuerdo. Pero podrías ir a verlos. La compañía maderera te podría estafar sin que te dieras cuenta. Te dirán que la madera no vale nada, pero eso no es cierto.

—¿Cómo sabes que no es cierto?

—Porque tú y yo hemos estado ahí arriba. Bebimos más de una botella de vino en ese cobertizo para cazar pavos.

Al decirlo, se sonrojó. Su piel pálida siempre estaba dispuesta a delatarla, pero Cub no sospechó nada. Quizá pensó que se sonrojaba por los pecados que había cometido con él y sonrió.

—Deberíamos subir a ese cobertizo un día de éstos, ¿eh, nena?

—De acuerdo, eso haremos. Echaremos un último vistazo antes de que os llevéis todos los árboles por delante y convirtáis las tierras de tu familia en una especie de Iraq.

—En la finca de los Turnbow no hay ningún árabe, Dellarobia.

—No es eso lo que quería decir. De todos modos, si por ti fuera, podría haber terroristas acampados en la cresta de la montaña y tú no te enterarías. ¿Quién los descubriría? Nadie de por aquí se baja nunca de la camioneta. Probablemente, esa cresta es el lugar más seguro del mundo para esconderse.

Cub levantó la vista al cielo y ella se sintió abrumada por un exceso de energía inútil, como un perro persiguiéndose la cola. Se daba cuenta de que esa conversación iba a seguir el camino de todas sus discusiones anteriores: desde el terreno firme de las quejas fundadas hacia las arenas movedizas de las trivialidades sin sentido, sin perder ni un ápice de la dignidad ultrajada.

—Tu padre y tú deberíais echar un vistazo a vuestra propiedad de vez en cuando. Es lo único que digo.

—¿Y por qué se te ha ocurrido, de repente, atormentarme con esto?

—No lo sé. Por muchas razones. Podría haber un tesoro en el jardín de tu casa y tú sin saberlo.

Cub meneó la cabeza.

—Lo que estás diciendo ahora es lo que dices siempre: «Trabaja más, Cub. Hazlo todo más deprisa, Cub».

—No, no es eso.

—Bueno, ¿y qué quieres que haga? Al quad se le partió un eje el mes pasado.

—Sí..., a él solito se le partió, por lo que veo. Sin la ayuda de tus amigos borrachos.

—Ninguno de ellos estaba completamente borracho.

«Allá vamos —pensó ella—, hacia las arenas movedizas de la estupidez.»

Se puso de pie.

—Me voy a la casa de tu madre. Sólo he querido decir que Dios te ha dado pies, si no recuerdo mal, para que los pongas uno delante del otro. Ve ahí arriba y echa un vistazo a lo que estás vendiendo antes de que desaparezca. No hay otra forma de hacer negocios.

—¡Hacer negocios! ¿Desde cuándo eres licenciada en ciencias empresariales?

El desprecio que oyó en su voz la sorprendió. Ni siquiera estaba siendo él mismo, sino un remedo de su padre en un intento desesperado por parecer muy hombre. Dellarobia se dirigió a la escalera sin mirar atrás.

—Tú di lo que quieras. Así se hacen los buenos negocios. Aunque nada de esto sea mío.

Una maraña de razones los hizo subir a la montaña, y la insistencia de Dellarobia fue una de ellas. Las otras podían resumirse en la desconfianza de Bear y Peanut Norwood hacia la empresa maderera y posiblemente la que sentían el uno respecto al otro. Cuatro hombres con cascos de seguridad habían marcado los límites de la zona propuesta para la tala y habían declarado que correspondía a los Turnbow y los Norwood asegurarse de que se respetaran los límites de sus respectivas propiedades. Los hombres de los cascos, subcontratados por los verdaderos responsables, que estaban en California, habían llegado desde Knoxville en una furgoneta con un letrero que decía «Money Tree

Industries» junto al dibujo de un árbol cargado de dólares. Eso solo era suficiente para desconfiar de ellos.

Cub se decidió a reparar el quad para no tener que hacer el trayecto a pie. Le hicieron falta cuatro amigos y casi todas las tardes de una semana para cambiar el eje estropeado. Dovey le comentó a Dellarobia que el esfuerzo que era capaz de hacer un hombre con tal de ahorrarse un poco de trabajo físico no tenía límites. Un viernes por la mañana, los integrantes de la expedición se embarcaron en el quad: Cub iba al volante, Bear a su lado y Peanut Norwood en la plataforma de carga abrazándose las rodillas, aunque podría haberse acomodado mejor si hubiese tenido forma de fardo de lana. Desde la ventana de la cocina, Dellarobia vio cómo el robusto vehículo subía por el empinado prado, como un sapo ancho y achatado con tres hombres agarrados al lomo. Su vida se había convertido en una especie de fábula en la que los miembros de su familia se marchaban uno a uno por el camino grande para ir al encuentro de su destino. No podría haber dicho qué era exactamente lo que esperaba que los hombres descubrieran allá arriba, pero su estado de agitación era agudo. Diez minutos después de que se marcharon, se sorprendió doblando la ropa sucia mientras la limpia seguía en la secadora.

Menos de una hora después, los hombres regresaron, mudos de asombro, para recoger a sus mujeres y llevárselas como testigos.

En el quad no cabían todos, por lo que iban a tener que andar. Para su sorpresa, Dellarobia dijo que quería ir con ellos pese a que Cordelia estaba comiendo sus cereales en la sillita alta y Preston salía del jardín de infancia a las doce y había que ir a buscarlo. Pero ella quiso ir de todos modos. Esa mañana Dovey no trabajaba y podía quedarse con los niños. Cub pidió a sus padres que esperaran diez minutos, hasta que llegara Dovey. Su firmeza en nombre de Dellarobia fue sorprendente.

Mientras subían la montaña, ella sintió que se le aceleraba el corazón, por varios motivos, pero sobre todo por la extraña sensación de repetir un recorrido que apenas unos días antes había emprendido con intención deshonesto, pero acompañada esta vez de su marido y su familia política. Era como un *reality* televisivo pensado para poner de manifiesto y explorar sus sucesivos fracasos, los fracasos de una esposa que no dejaba de enamorarse de extraños y que se bajaba una y otra vez del vagón del matrimonio, aunque sólo fuera mentalmente. Atravesaron el lodazal del final del prado, cuyo perímetro habían pisoteado las ovejas, atormentadas por el convencimiento de que la hierba era más verde al otro lado. Ella también había pensado lo mismo la última vez que había salido por esa verja, como un perro que recorre sin cesar los límites de su encierro con un solo mensaje: «Sacadme de aquí». Cub sostuvo el portón para dejarla pasar y ella fue incapaz de mirarlo a los ojos.

Con la cara enrojecida, el corpulento Bear, líder del pelotón, abría la marcha. Había servido en el ejército siglos atrás y conservaba algunos

vestigios de su época de militar: el corte de pelo, la costumbre de levantar pesas y la tensión sanguínea. Se había esforzado por mantener un aspecto musculoso, pese a su corpulencia, su edad y la superioridad natural que le confería su metro noventa de estatura. Hester le compraba los pantalones en una tienda de tallas especiales, en las raras ocasiones en que iba de compras a Knoxville. Cub era casi igual de alto, pero se las arreglaba para ponerse unos Wranglers de la talla 38-36, que a Dellarobia le sonaba a las medidas de una pantalla de televisión. Suponía que la estancia en Vietnam explicaba las diferencias entre los dos Burley Turnbow, padre e hijo, tan similares en dimensiones y tan diferentes en porte y actitud como esos envases que advierten de que el contenido puede haberse asentado. Oía los bufidos y los jadeos de Cub, que iba a la zaga de la expedición casi sin abrir la boca. Los dos hombres mayores no le daban ninguna oportunidad de intervenir. Bear y Peanut Norwood hablaban mucho, pero no conseguían explicar nada y casi todo el tiempo se contradecían o reconocían que era imposible describir lo que habían visto. Cub fue el primero en decir que parecían insectos.

Hester se puso furiosa con él.

—Si me haces subir esta montaña para ver un bicho, hijo mío, acabarás con el culo caliente, ya lo sabes.

Cub insistió, a pesar de la amenaza.

—Pero no son bichos normales, mamá. Es muy bonito, ¿verdad que sí, papá?

Al menos en eso, Bear y Norwood estaban de acuerdo. Los dos afirmaron que era cierto: era muy bonito. O al menos lo habría sido, si no fuera porque lo cubría todo por completo.

—No os lo vais a creer —les advirtió Cub—. Es como si algo se estuviera apoderando del mundo.

Se adentraron en fila india por el camino grande y los hombres, finalmente, se callaron para concentrar toda su energía en el ascenso. Un pavo salvaje lanzó su reclamo desde lo alto de la pendiente y una hembra le contestó, como era habitual. Normalmente, uno de los hombres habría manifestado en voz alta su deseo de haber cogido la escopeta, pero en esa ocasión nadie dijo nada. Dellarobia no recordaba un noviembre más triste. Los árboles habían perdido las hojas pronto por culpa de la lluvia incesante. Tras adquirir brevemente un toque de color, las habían dejado caer por manojos, tal como pierde el pelo un paciente de quimioterapia. Aún subsistían algunos grupos de hojas pardas en las zarzadoras, pero las flores azules se habían deshecho en una lanilla blanca. El mundo parecía reseco. Curiosamente, los perales sin hojas del jardín de Hester habían intentado florecer de nuevo con pequeños brotes que surgían como pústulas a través de la corteza. Nunca había llegado del todo el calor del verano, ni tampoco el frío

cuando fue su turno, y todos los seres vivos parecían anhelar el sol con la angustia de quien ha crecido sin amor. El mundo de las estaciones normales se había terminado.

Al menos no llovía. Dellarobia se alegraba de sentir calor en los hombros a través de la chaqueta. La luz tenía una fuerza que había olvidado, incluso cuando empezaron a adentrarse en el bosque. El cielo no era azul, pero lucía con el blanco frío de las nubes altas en una fina capa reflectante. Podría haberse puesto las gafas de sol graduadas si hubiera recordado en cuál de los cajones llenos de cosas inútiles las había dejado. Pero esta vez se había puesto las gafas normales. Fuera lo que fuera lo que había allá arriba, se había propuesto verlo con claridad. Se fijó en varias cintas anaranjadas de las que usaban los madereros para marcar los árboles, pero los hombres ya no estaban prestando atención a los límites de la finca. Bear los hacía avanzar a buen ritmo. Dellarobia era la antepenúltima de la fila, detrás de su suegra y delante de Cub. Se moría por descansar un momento o fumar un cigarrillo o, mejor aún, por hacer las dos cosas, pero habría preferido morir antes que ser ella quien lo propusiera. Había ido prácticamente sin que la invitaran. Pero Peanut Norwood ya se estaba llevando la mano al pecho de forma prometedor y quizá sugiriera hacer un alto. No podía confiar en que lo pidiera la afilada Hester, con sus botas de cowboy de piel amarilla. ¡Adelante, soldados del Señor! Dellarobia desvió la vista del trasero huesudo de Hester, enfundado en unos vaqueros Levi's que se le abolsaban. Esperaba que Cub encontrara más agradable su propia retaguardia. Cada vez que se quejaba de ser tan menuda, Cub le respondía que ella era como un coche deportivo: ninguna carga inútil, pero todo lo necesario para ir a toda velocidad. Quizá fuera precisamente esa vista lo que lo animaba a seguir caminando. Antes de casarse, ella había conocido el poder de sentirse físicamente admirada y de alterar la energía de una habitación con sólo entrar. Se preguntaba si no residiría ahí su problema: echaba de menos aquello. Echaba de menos que fueran tras ella. Le parecía un sentimiento superficial y despreciable, y esperaba que no fuera la medida de su valor. Recorrió el bosque con la mirada y no notó ningún cambio con respecto a las dos últimas semanas, excepto que los árboles parecían más muertos. Y ella también, claro. Nada había cambiado, excepto cada minuto de su vigilia y un extraño fuego en sus sueños.

Tras doblar un recodo del sendero, toda la cadena de colinas, con la ondulada dorsal cubierta de abetos, se abrió ante ellos. Aquí y allá asomaban precipicios de piedra caliza, como dientes grises sonriendo entre dientes verdes. En los puntos iluminados por el sol, la cumbre de los montes desprendía un fulgor tenue. El color podría haber sido un efecto de la luz, pero no lo era. Dellarobia se volvió, arriesgándose a mirar a Cub a la cara.

—¿Es eso? —preguntó con calma—. ¿Ese brillo en los árboles?

Él asintió.

—Lo sabías, ¿no?

—¿Cómo iba a saberlo?

No le respondió. Mientras seguían avanzando, su mente culpable se puso a recorrer cientos de callejuelas, preguntándose qué habría querido decir su marido. ¿Sabía que había estado allí? Ninguna posibilidad tenía sentido; no era posible que le hubiera leído el pensamiento, ni que ella hablara en sueños. Eso sólo pasaba en las películas. Sólo se lo había contado a Dovey, que no la habría traicionado ni aunque la torturaran. Entraron en la fría penumbra del bosque de abetos, cuya densidad era completamente diferente del ambiente de cielo abierto y troncos ampliamente espaciados del bosque de árboles de hoja caduca.

—¿Por qué habrán plantado aquí estos abetos? —preguntó Dellarobia.

Necesitaba oír la voz de alguien.

—El padre de Bear no fue el único que los plantó —respondió Hester—. Hubo otros que también lo hicieron. Tu padre también, ¿verdad, Peanut?

Dellarobia siempre había sospechado que se trataba de un asunto delicado, pero ahora comprendía por qué la familia bromeaba de vez en cuando con «el timo de los arbolitos de Navidad». No tendría que haber preguntado.

—Los tipos del programa de extensión agrícola se lo aconsejaron —dijo Norwood—. Los castaños se estaban muriendo por culpa de los hongos y había que plantar otra cosa en su lugar. Entonces pensaron en el mercado de los árboles de Navidad.

—¡El mercado de los árboles de Navidad! —escupió Bear—. ¡En los años cuarenta! ¡Cuando cualquiera podía talar un cedro joven de su propia parcela! No sacaron ni un centavo, claro. Ni siquiera merecía la pena talarlos y mucho menos transportarlos.

Los viejos abetos medían más de quince metros, eran como fantasmas de Navidades pasadas. Con esas palabras, una imagen le vino a Dellarobia a la mente: un esqueleto encapuchado que señalaba unas lápidas y que había aterrorizado su infancia. Aparecía en un libro de la biblioteca, uno de Charles Dickens. Pero ése era el fantasma de las Navidades futuras y lo que ella tenía delante eran simplemente árboles geriátricos. Fantasmas de la inoportunidad, en todo caso. No iba a mencionarlo, pero sabía que algunos granjeros habían vuelto a plantar abetos de Navidad y estaban contratando jornaleros mexicanos para trabajar en invierno, presumiblemente los mismos hombres que se presentaban en verano para trabajar en los campos de tabaco. Antes volvían a su tierra en invierno, pero últimamente se quedaban todo el año, como los gansos de Great Leak, que habían dejado de emigrar al

sur. Había visto a esos jornaleros en lugares como Cash Rite, un comercio de Feathertown especializado en créditos, al que ella tenía que acudir de vez en cuando para conseguir un avance sustancialmente recortado de la paga de Cub, cuando llegaban muchas facturas seguidas. Las granjas de árboles de Navidad eran la prueba de que todas las cosas pasadas acababan por regresar, pero con peor margen de ganancias.

La conversación cesó mientras el grupo ascendía por un tramo especialmente empinado del sendero lleno de rodadas, hasta llegar a una sección plana, que ella reconoció como el sitio donde se había parado para fumar. Recorrió el lugar con la mirada, convencida de que Cub reconocería el filtro de la marca que ella fumaba si lo descubría en el suelo. Se sentía tensa por el nerviosismo y el cansancio. Pronto rodearían la ladera y podrían ver todo el valle, y entonces ¿qué? Varios árboles a los lados del sendero presentaban las masas erizadas que ella había visto la vez anterior, los hongos, si es que lo eran, pero los hombres no parecieron fijarse. Siguieron avanzando a paso más rápido, con la vista al frente.

Hester parecía cada vez más enfadada por haberse dejado arrancar de su rutina. Canturreaba incesantemente entre dientes, de manera tenue y monótona. Quizá fuera un himno religioso. O tal vez la sintonía de un programa televisivo. Con Hester no se sabía nunca. Dellarobia ni siquiera habría considerado la posibilidad de ponerse a cantar por lo bajo o hacer cualquier otra cosa que requiriera más oxígeno. Ninguno de ellos estaba en forma, excepto Hester, que mantenía milagrosamente la línea y el buen estado físico con su régimen de gaseosa Mountain Dew y cigarrillos Camel Light. Dellarobia contaba los pasos para que pasara el tiempo, sin apartar la vista de sus pies. Observó una especie de dardos tirados en el camino, primero uno y después varios, dispersos por el suelo como si fueran basura. Eran del mismo color naranja que la cinta de marcar de los madereros, pero estaban hechos de una materia quebradiza que se deshacía bajo las botas; pequeñas puntas en forma de V, semejantes a flechas orientadas en todas las direcciones posibles, como si alguien las hubiera desperdigado adrede con el único propósito de causar confusión, para que la gente se perdiera en el bosque.

Doblaron el recodo que llevaba al mirador y pudieron contemplar todo el panorama. Los dardos dorados ocupaban el aire y formaban remolinos como de hojas secas en medio de una tormenta. Alas. Los dardos bajo sus botas también eran alas. *Mariposas*. ¿Cómo era posible que no las hubiera visto? Dellarobia se sintió estúpida, o ciega de una manera que no podrían haber corregido las gafas. Cerrada a la verdad. Había estado dispuesta a asumir el torrente de emociones que le había erizado el vello de la nuca y a aceptar la maravilla, pero había cerrado los ojos y había mirado sin ver. La densidad de mariposas en el aire le produjo esta vez la sensación de estar bajo el agua, sumergida en un estanque profundo, entre peces brillantes. Llenaban todo el cielo. A través del valle, incluso el aire resplandecía con un fulgor dorado. Cada árbol de la ladera opuesta estaba cubierto de llamas temblorosas y,

naturalmente, eran mariposas. Hacía días que llevaba esa visión en su interior, sin saberlo, como un embarazo ignorado. El fuego estaba vivo y era incomprensiblemente inmenso, una congregación ilimitada e incontable de insectos del color del fuego.

En esta ocasión se manifestaron en movimiento, como criaturas en vuelo. Ahí estaba la diferencia. Las copas de los árboles y las hondonadas habían adquirido un extraño relieve, expuestas por el juego del aire, un aire lleno de la temblorosa luz de las mariposas. El espacio entre los árboles resplandecía, más vivo y real que los propios árboles. El escamoso bosque soportaba aún en sus ramas la bulbosa carga que ella había visto antes, o una carga incluso mayor, si es que tal cosa era posible. Las ramas se doblaban casi hasta partirse bajo el peso de las *mariposas*. La realidad de lo que estaba viendo le quitó el aliento. Algo que no pesaba nada multiplicado por un millón seguía sin pesar nada. Su mente se enfrentó a unas matemáticas que siempre había creído coto exclusivo de los profesores o la pura invención.

—¡Dios bendito! —exclamó Hester, atónita.

—Ahí lo tienes —dijo Bear—. Sea lo que sea, no creo que sea bueno para la empresa maderera.

—Supongo que la maquinaria se atascaría —convino Norwood—. O tal vez estemos ante una de esas prohibiciones del Gobierno. Alguna especie amenazada.

—No, nada de eso —replicó Bear—. Tantos bichos no pueden estar amenazados.

La cantidad era indiscutible. Incluso en el sendero, alrededor de sus pies, había mariposas detenidas o arrastrándose, como hojas secas motorizadas marchando por el suelo del bosque. Dellarobia se agachó y agitó una mano encima de una de ellas, esperando que se asustara y huyera, pero se quedó donde estaba, con las alas cerradas. Después, las abrió por completo, en una repentina revelación anaranjada. Cuatro alas, con la simetría de un lazo de zapatos. Preston había pasado toda la mañana tratando de atarse los cordones y mordiéndose el labio inferior por la concentración, pero allí estaba la perfección sin esfuerzo. A él le habría encantado verla. Dellarobia dejó que la mariposa se le subiera a la mano y se la acercó a los ojos. Las alas anaranjadas estaban atravesadas por líneas negras bien definidas, como de delineador líquido para ojos aplicado por una mano experta. En casi treinta años de andar por la hierba del mundo, no recordaba haber pasado dos minutos a solas con una mariposa.

La mariposa salió volando y ella descubrió de pronto que Hester y Bear la miraban. Los dos parecían expectantes, o incluso acusadores, como si le correspondiera a ella poner remedio a ese paisaje absurdo y convertirlo en algo corriente y real. No consiguió imaginar lo que podían querer. Cub también la estaba mirando a través de la luz

movediza y, para su sorpresa, la atrajo hacia sí y le pasó un brazo por los hombros.

—Mamá, papá, escuchadme. Esto es un milagro. Ella ya lo había presentido en una visión.

Bear hizo una mueca.

—¿Y qué más, hijo?

—De verdad, papá, es cierto. Ella lo predijo. Después del esquiteo, estábamos hablando los dos en el altillo del establo y ella dijo que teníamos que venir aquí arriba. Por eso te insistí tanto para que viniéramos. Dijo que había algo grande aquí arriba, prácticamente en el jardín de nuestra casa.

Dellarobia sintió el miedo que le infundían sus secretos. Sólo recordaba su impaciencia y que aquella noche le había hablado airadamente a Cub, le había dicho que allí arriba podía haber cualquier cosa. Terroristas o árboles azules.

Hester la miró a la cara forzando la vista, como si intentara leer con poca luz.

—¿Qué está diciendo Cub? ¿Por qué dice que tú lo pronosticaste?

Un movimiento de las nubes alteró la luz, y a través de todo el valle, el envoltorio de mariposas que cubría el mundo se transfiguró y abrió las alas al sol. Una luminosidad creciente barrió el paisaje, en una oleada que inundó la ladera. Dellarobia abrió la boca y dejó escapar una suave exhalación, un aliento precursor que podría haberse convertido en palabras, en risas, o en sollozos. Pero fue incapaz de darle forma.

—¿Quieres una visión? Aquí la tienes: veo una esposa entrometida —dijo Hester.

Bear meneó la cabeza disgustado, en un gesto que lo definía, como las placas de identificación que aún llevaba colgadas del cuello, aunque todos habían olvidado su guerra. Un hombre corpulento y poderoso, entre gente insignificante. Así se veía él.

—Bueno, pues tendrá que dejar de darse tanta importancia —dijo—. Vamos a fumigar a esos bichos y a seguir adelante. Tengo un poco de DDD guardado en el sótano.

—¿Qué dices que tienes en el sótano? —preguntó Norwood.

—DDT —la corrigió Cub—. Papá, el DDT está prohibido por ley desde que tengo memoria. No te ofendas, pero lo que tienes guardado debe de ser otra cosa.

—¿Por qué crees que lo he guardado? Sabía que sería difícil de conseguir.

—A estas alturas ya estará malo. Habrá caducado —argumentó Hester—. Han pasado muchos años.

—Pero, mujer, ¿cómo quieres que caduque un veneno? ¿Qué puede pasarle? ¿Que se vuelva *tóxico*?

Bear se rió de su propia broma, pero fue el único. Normalmente, Cub se acobardaba como un cachorro cuando oía ese tono de voz de su padre, pero esta vez manifestó una extraña firmeza.

—No hay suficiente insecticida en el mundo para matar a tal cantidad de bichos, papá. No creo que sea la mejor solución.

—Entonces, supongo que tendrás dinero para pagar el préstamo de la maquinaria.

Los ojos de Bear eran del color de la hojalata sin pintar y exactamente igual de fríos. Dellarobia guardó silencio. Sabía que Bear había recibido un pago inicial por la madera y que había utilizado parte de ese dinero para pagar el préstamo y los impuestos, y tanto el banco como la Administración eran como una tumba: nunca devolvían nada de lo que recibían, por mucho que uno cambiara de idea.

—Escucha, papá. Todo tiene un motivo, todo tiene una razón.

—Es cierto, Bear —dijo Hester—. Esto podría ser un mensaje de Dios.

Cub pareció sobresaltarse y se volvió para mirar a Dellarobia.

—¡Es lo que dijo ella! Que teníamos que venir aquí arriba y echar un vistazo porque podía ser un mensaje de Dios.

Dellarobia rebuscó en su mente lo que podía haber dicho para que él lo interpretara de ese modo, pero no encontró nada. Una vez, en la cama, él le había preguntado por qué estaba sonriendo con los ojos cerrados, y ella había contestado algo acerca de colores que se movían como si fueran de fuego. Y nada más. Cub levantó la mirada al cielo.

—Es como la décima maravilla del mundo —dijo—. Probablemente, la gente pagaría por verlo.

—Es probable —convino Norwood.

—Deberíamos esperar a que se marchen volando por sí solas —declaró Cub, como si ya hubiera tomado antes ese tipo de decisiones—. Seguro que la empresa maderera nos concede un plazo de espera.

Bear soltó un soplido dubitativo.

—¿Y si no se van?

—No lo sé. —Cub seguía agarrado a los hombros de su mujer—. Tendremos que ver en esto la mano del Señor y confiar en Sus designios, como dijo ella.

Tanta soltura era impropia de él. Dellarobia se preguntó si no estaría actuando con el único propósito de atormentarla para vengarse. Pero los engaños y las falsedades no eran propios de su marido. Sencillamente, la tenía sujeta como un escudo delante de su cuerpo. Hester y Bear estaban a poco más de un brazo de distancia, e incluso ese breve espacio entre ellos se llenó de mariposas, como cuando el agua inunda una grieta. Estaban en cada centímetro del aire y se movían hacia abajo siguiendo esa ruta, dando tumbos, como una ráfaga de viento o la crecida de un río. Dellarobia observó en torno a su suegro una especie de diagrama de resistencia del viento que las mariposas hacían visible al seguir sus suaves trayectorias lineales por encima de él y a su alrededor. Las personas —ella y las otras que también estaban presentes— eran peñascos humanos en el torrente de mariposas. Había mariposas cruzando su campo visual continuamente, a escasa distancia: motas negras y anaranjadas que la hacían parpadear y después se fundían con la masa caótica lejana. Le resultaba muy difícil creer lo que le revelaban sus ojos. O sus oídos: un crujido incesante y tenue, como el roce de un vestido de seda.

Los ojos de Hester pasaban alternativamente de su hijo a su nuera, y Dellarobia no tenía idea de lo que sucedería después. Durante años se había mantenido en un rincón de la granja, sin pisar realmente el territorio de la familia Turnbow, y de pronto se encontraba en el centro de la acción. Se sintió como un rehén en manos de su marido, como si de repente fueran a sonar los megáfonos de la policía y a empezar los balazos. Mirarse los pies le daba vértigo por culpa de las sombras de las mariposas, que circulaban como guijarros en el fondo de un torrente impetuoso. El efecto óptico de la corriente amenazaba con hacerle perder el equilibrio. Para no verlo, levantó la vista al cielo y los demás la imitaron, sin poder resistirse. Incluso Bear la imitó. Todos juntos vieron la luz que se filtraba a través de las alas resplandecientes. «Como brasas», pensó ella. Era un torrente de fuego, el calor que ansiaban desde hacía tanto tiempo. Sintió que su respiración volvía a quebrarse en risas o sollozos dentro de su pecho, en exhalaciones cortas, vocales y agudas que no pudo contener. Los sonidos que salían de su boca rozaban claramente la locura.

Los dos hombres mayores se apartaron de ella como si les hubiera dado una bofetada.

—¡Dios Todopoderoso, esta chica está recibiendo la gracia divina! — exclamó Hester, y Dellarobia no pudo contradecirla.

Espacios para la congregación

DELLAROBIA sintió que la atmósfera estaba agitada en la cafetería de la iglesia, el llamado «Café en Cristo». Crystal Estep estaba estacionada en una de las mesas centrales, minuciosamente arreglada para la misa, con una cascada de rígidos rizos lacados sobre los hombros. Todo un Niágara de reflejos rubios era Crystal, sentada a solas con su desayuno y tan concentrada en él que cualquiera habría dicho que aquélla era su primera cita con la Pepsi y el donut glaseado. La gente no solía esforzarse tanto por parecer inocente sin ninguna razón, le pareció a Dellarobia. Miró a su alrededor para encontrar el resto de la historia y lo localizó cerca de la máquina de zumos, donde vio dos mesas ocupadas por Brenda, la examiga de Crystal, la de la mano aplastada por la puerta del coche, y un grupo de amigas suyas con expresiones airadas. Dellarobia se dio cuenta entonces de que la damnificada era esa Brenda en concreto, una de las tres hermanas que atendían la guardería de la iglesia junto con su madre. Brenda parecía estar de baja ese día y no perdía ocasión de levantar los dos dedos medios escayolados, básicamente para hacerle a Crystal un gesto obsceno en medio de la iglesia.

Dellarobia no pensaba mezclarse en sus querellas. El principal propósito de ir a la iglesia era dejar a Preston y Cordie en la escuela dominical y tomarse un respiro de las rencillas sobre quién fue el primero en hacer qué. Evidentemente, Crystal ya se le había adelantado y había dejado a Jazon y Mical en manos de las hermanas de Brenda, lo cual no dejaba de ser interesante. Dellarobia se bebió el café abrasador en dos rápidos sorbos, sin sentarse, tiró el vaso de plástico a la papelera y se dirigió por el pasillo hacia el templo. Los tacones de sus botas burdeos golpeaban con fuerza el suelo encerado, anunciando su localización en la iglesia como un GPS. Un Jesús con aspecto decepcionado la miraba desde la pared. Un mes antes, había estado a punto de arruinarse la vida con esas mismas botas, cuando se las había puesto con la intención de cometer adulterio. «¡Mirad, mirad todos! — parecían decir sus pasos—. Aquí viene la pelirroja pecadora.» Sintió que había perdido el control de su vida, pero de una forma nueva e irreparable, a menos que hubiese podido volver atrás, hasta antes de ser la actriz secundaria de la familia Turnbow y de casarse con Cub, cuando era simplemente una chiquilla que intentaba seguir su propio camino. Era agotador estar siempre lamentándolo todo. Lamentaba, por ejemplo, haber tenido que salir corriendo de la cafetería. De hecho, se sentía desposeída. Esa cafetería había mejorado sustancialmente sus estancias en la iglesia de la Comunidad de la Montaña desde que la habían inaugurado en septiembre. La iglesia era por sí sola un animado centro urbano donde siempre estaban añadiendo o proyectando nuevos tipos de espacios para la congregación. La estructura prefabricada de

la escuela dominical había sido reemplazada el año anterior por un edificio rojo, y ahora, desde que habían abierto el ala nueva, era posible recorrer trechos bastante largos prácticamente sin salir a la calle. Una pasarela techada comunicaba el templo con la sala de la Hermandad Masculina y con el soleado Café en Cristo, un local con suelo de baldosas donde era posible sentarse y quedarse un rato a solas frente a un *muffin* de moras, junto a otros fieles que también estaban dispuestos a ver el sermón por la televisión en circuito cerrado. La imagen gigante de la cara pixelada del pastor Ogle en las múltiples pantallas resultaba perfectamente cercana y personal para los que no necesitaban la experiencia en directo, como le pasaba a Dellarobia. La asistencia a la iglesia era un requisito impuesto por su matrimonio. Cub estaba convencido de que si se quedaban en la cama los domingos por la mañana, su madre se moriría o lo desheredaría, y prefería no tener que averiguar cuál de las dos opciones tendría lugar. A Dellarobia no le habría importado intentarlo, pero no, tenían que ir a la iglesia.

Al menos de ese modo salía y veía a gente. Poco importaba que fueran amigos o enemigos mientras comieran con la boca cerrada y usaran zapatos sin trabillas de velcro. Casi no veía a nadie desde el cierre del restaurante, seis años antes, y no había imaginado que echaría de menos las largas jornadas de pie o el salario que apenas le llegaba para pagar la gasolina. Pero ser madre y ama de casa era la más solitaria de las soledades, una soledad en la que nunca estaba a solas, pero siempre estaba sola. Pasaban días y días, horas y horas dentro de los días, y días dentro de las semanas, sin que llegara a vestirse por completo, sin que leyera una sola línea medianamente larga y sin que dijera ni una sola palabra que no terminara en «- ito». A veces ni siquiera tenía tiempo de cepillarse los dientes o de poner un pie fuera de la casa. Era simplemente la maternidad, con el coste acostumbrado de una generosidad superior a lo permitido por las propias dimensiones físicas. Había visto ovejas en el prado con corderos gemelos de más de treinta kilos cada uno que corrían tras ellas y casi las tumbaban dándoles topetazos en las ubres para hacer brotar la leche. Así estaba ella: superada. Una vida de amor que le retorció las entrañas, sacralizada por el techo y los muros que la contenían y el aire que respiraba.

Por eso, la iglesia era para ella una hora en la cafetería, la satisfacción de beber un café, la tranquilidad, la sensación de haberse puesto zapatos, el suelo limpio y el tiempo libre; un recordatorio de que podía pertenecer a algo de las dimensiones de esa congregación si ellos la aceptaban. No se sentía totalmente fuera del ámbito de los creyentes. Había pasado por diferentes fases. Mucho tiempo atrás, cuando su padre lo había perdido todo de golpe (el taller de ebanistería, la salud y la luz interior), le había rezado a Jesús para que se lo devolviera. Cuando murió, su madre abandonó la religión y dejó que Dellarobia se ocupara de todo el trabajo en ese frente. Cuando su madre también enfermó, sintió que la duda lo impregnaba todo. Pero Cub la había convencido para que volviera a rezar durante los años en que ambos intentaban sin éxito que ella se quedara embarazada, y al final sus

oraciones fueron doblemente escuchadas: Preston y Cordie, más que suficiente, de momento.

Por esa razón, Dellarobia era lo que Hester llamaba «una cristiana del teléfono de urgencias»: en caso de necesidad, recurría a Dios. Eso la diferenciaba de los que llamaban diariamente al Señor, lloviera o hiciera sol, para comentarle los sucesos del día y sentir su amor. En otra época, Dellarobia había tenido a su madre para eso. Pero, evidentemente, Jesucristo era un interlocutor más fiable y menos proclive a emborracharse hasta quedar inconsciente o a morir de cáncer de hígado. No era de extrañar que mucha gente lo eligiera como su mejor amigo. Pero ¿qué podía hacer ella si no había química? Dellarobia diseccionaba demasiado la vida y todo lo que tenía delante. Durante un año, todos los miércoles, había asistido con Cub al grupo de estudios bíblicos y le había encantado la sensación de volver a la escuela, pero sus continuas preguntas habían puesto a la gente en su contra. Nada más empezar, en el Génesis, identificó dos versiones completamente diferentes del origen y sugirió que quizá solamente hubiera que escuchar y sentir los versículos como si fueran música, en lugar de tomarlos como el libro de instrucciones que acompaña a un electrodoméstico. Ese punto de vista no fue del agrado de la directora permanente de los debates, Blanchie Bise, fanática de la interpretación literal de la palabra divina. Sin embargo, la primera regla para que algo fuera *creíble* era una historia bien construida. Al final, Hester había dado su autorización para que Dellarobia dejara de asistir a los miércoles bíblicos.

Se detuvo un momento en la puerta del salón de los Faros Sagrados, el nombre con el que habían bautizado el templo, porque el pastor Ogle decía que cualquiera de los fieles podía considerarse un faro de la fe. El santuario recién remodelado era enorme. La iglesia era el mayor espectáculo de Feathertown, con diferencia. Los domingos por la mañana, Bobby Ogle conseguía que la gente se levantara de la cama y acudiera a misa incluso desde lugares bastante alejados, como Cleary, localidad más importante situada a unos veinte kilómetros de distancia. Dellarobia se puso a observar el mar de cabezas vistas por detrás: las de las mujeres, con vívidos tonos individualizados, y las de los hombres, asombrosamente uniformes. Trescientas personas que bajaban la voz y se preparaban para lo que iban a recibir: un alimento espiritual que para ellas era completamente real. Dellarobia sintió una punzada de envidia, como si todos recibieran puntualmente su salario, y el cheque de su paga fuera el único que rebotara. No tenía sentido. Aquel primer día en la montaña había creído sin problemas en una gloria celestial fabricada especialmente a su medida; pero allí, en ese recinto, no hacía más que luchar contra las perpetuas dudas que le planteaba su condición. La única gloria que podía imaginar en ese instante era la del *muffin* de moras que había planeado comprar en la cafetería. Lo ansiaba tanto como un cigarrillo. Ansiaba la blandura esponjosa de ese *muffin* sobresaliendo por encima del molde de papel acanalado, desmigajándose por toda la mesa y recubriendo dulcemente su garganta con lo que fuera que tenía dentro, probablemente alguna de esas cosas que obstruían las arterias como la grasa de tocino en un desagüe.

Sopesó sus opciones: el *muffin* , Crystal, Brenda... Y decidió que no. Localizó la cabeza de Cub, como una torre junto a la de su madre, y se dirigió hacia ellos por el pasillo central, evitando el contacto visual con los visitantes habituales del templo.

Rápidamente, se sentó al lado de Cub. Él pareció encantado y enseguida le cogió la mano y entrelazó sus grandes dedos con los deditos de ella. Fue levemente triste, pero a la vez muy auténtico, que él la reclamara como suya allí mismo, delante de Hester y Dios, si es que alguno de los dos estaba mirando. Era una de las pocas cosas que sabía hacer bien si se lo proponía: hacer feliz a Cub. Se pasaba el día prometiéndose a sí misma que lo intentaría, casi con tanta frecuencia como respiraba; sin embargo, con la misma regularidad, la idea de que estaba hecha para otra cosa le echaba por tierra el propósito. Para otra cosa, o quizá para otra persona. Apoyó la cabeza sobre el hombro de Cub y suspiró, con la nostalgia del desayuno que no había podido tomar. Sería capaz de soportar una hora más si su estómago no se ponía a gruñir.

El pastor Ogle subió al escenario, vestido como de costumbre: vaqueros y camisa con el cuello desabrochado, nada fuera de lo normal. Pero por el solo hecho de verlo en el estrado, la atmósfera de la congregación cambió, como el tiempo meteorológico. Por las respiraciones contenidas y la atención expectante, Bobby Ogle muy bien podría haber sido la famosa marmota que predice el final del invierno. Si ella hubiese sido capaz de atraer de ese modo la atención de la gente, aunque sólo fuera durante diez segundos, no quería imaginar lo que hubiese sido capaz de decir. Bobby era increíble. Y ni siquiera había empezado a arengar a los fieles, sino que estaba haciendo las últimas comprobaciones con el director del coro, antes de empezar a cantar el primer himno. Ella había visto a los predicadores de la televisión, con sus peinados de peluquería y sus anillos de diamantes, que resplandecían a la luz de los focos del estudio, y se preguntaba cómo era posible que alguien confiara el dinero de las limosnas a unos hombres tan ostentosos. El pastor Bobby era todo lo contrario, poseído por el mismo encanto descuidado que probablemente habría tenido Jesucristo. De haber vivido en la época actual, quizá Jesús se habría comprado la ropa en las mismas tiendas de ocasión donde Bobby compraba la suya, y habría cambiado la melena hippy por un corte como el de Bobby, con flequillo recto. El pastor parecía un buen chico, un joven al que todo el mundo habría querido invitar a cenar a su casa. Aunque Bobby, a diferencia de Jesús, habría vaciado la nevera. Debía de pesar por lo menos ciento treinta kilos. Había jugado al fútbol americano con los Feathertown Falcons, igual que Cub, pero cinco años antes. Dellarobia se había enterado por casualidad de que sus compañeros de equipo lo llamaban *Tetitas* Ogle, por su anatomía. Los chicos pueden ser muy crueles. ¿Cuántos de los fieles lo recordarían aún? Habría apostado dinero a que muchos de ellos se habían reído en algún momento de Bobby Ogle al verlo correr por la línea de las cincuenta yardas con la delantera bamboleándose. Pero él había hecho algo en la vida: había estudiado en el seminario, había fundado esa iglesia con su mujer y había criado a sus hijas gemelas, sin dejar en ningún momento que la amargura le agriara el espíritu. La explicación estaba en la expresión de su cara mientras

escuchaba a Nate Weaver, el director del coro: pura paciencia. La mayoría de la gente consideraba a Nate demasiado engreído. Parecía ir vestido para un espectáculo completamente diferente, embutido en su brillante traje marrón como una salchicha en su tripa. Su nueva perilla no era suficiente para disimular la creciente papada, si es que se la había dejado para eso. Dellarobia sabía que esos pensamientos la convertían en una persona pequeña y mezquina.

El pastor Ogle estaba por encima de esas cosas. Le dio unas amables palmaditas a Nate en el hombro, fue hacia el centro del escenario y se detuvo un momento bajo la brillante luz de los focos sin ninguna nota en la mano. No había púlpito. Sólo Bobby y nada más, de pie en la laguna de su propia sombra. Con un gesto, indicó a la congregación que se pusiera de pie para entonar *¡Oh, qué amigo nos es Cristo!*, y todos le obedecieron. El señor Weaver se puso a agitar la mano para dirigir el coro, de la manera excesivamente vigorosa que tanto irritaba a Dellarobia. Hester monopolizaba el himnario y obligaba a Cub a inclinarse hacia ella para compartirlo, consiguiendo de ese modo poner de manifiesto incluso allí, en la casa del Señor, que tres son multitud. Iba más llamativa que nunca, con un vestido azul con chorreras como los que usaba Loretta Lynn en las galas del Grand Ole Opry. El pastor Ogle se había ganado a Hester, que antes frecuentaba una iglesia baptista de línea más dura, y Dellarobia sabía que parte del cambio se debía a un acuerdo marital. Bear ya no asistía a la misa. En esta iglesia, tenía la posibilidad de quedarse todo el tiempo en la sala de la Hermandad Masculina, donde podía jugar a las damas y oír música country con el volumen suficientemente bajo para que quien lo deseara escuchara al mismo tiempo el sermón retransmitido por circuito cerrado. Bobby había dado con la clave de los fieles modernos. Había notado que a muchos les aprovechaba más la experiencia de la salvación si tenían un mando a distancia en la mano.

Dellarobia pensó que la Hermandad Masculina debía de tener su encanto, sobre todo en ese momento, mientras la congregación atacaba el cuarto verso de *¡Oh, qué amigo nos es Cristo!* y lo arrastraba como un arado por un suelo de arcilla reseca. En la Hermandad Masculina, nadie estaba obligado a cantar. Lo único que le faltaba era un ambiente un poco más acogedor para las hembras de la especie. Ella había entrado un par de veces para sacar una Coca-Cola Light de la máquina y había observado que incluso estaba permitido fumar. Habitualmente, la familia se dividía en cuatro: Bear iba con los hombres; los niños, a la escuela dominical; ella, a la cafetería, y Hester, al santuario con Cub detrás, manejando a su hijo como a una trucha al final del sedal, que siempre acababa por recoger y capturar. Dellarobia había intentado que Cub se quedara con ella en la cafetería, donde había sobre todo mujeres jóvenes, pero también algunas parejas. Después de todo, el tema dominante del ministerio del pastor Ogle era que «El amor de Cristo está en todas partes en igual medida». Pero resultaba inútil luchar contra Hester, porque era una persona hecha para ganar. Era su naturaleza: correosa, recta e invencible.

El blando y redondo Bobby era justo lo contrario. Se ganaba a la gente de otra manera, utilizando las manos para empujar y tirar de sus fieles, como si estuviera amasando, para hacer surgir la gracia de Dios. Como un humilde panadero haciendo pan. La gente decía que había sido un niño expósito, abandonado al nacer y adoptado por un ministro mayor y su esposa, que ya habían fallecido. Dellarobia se preguntó cómo sería no saber nada de la familia de origen. Todos sus parientes directos habían muerto, pero al menos los había conocido. Bobby dedicaba todos los sermones del Día de la Madre a la santa mujer que lo había recogido, atendiendo al llamamiento de Dios de proteger a los desamparados. Bobby era el amor personificado, hasta el punto de que se rumoreaba que su iglesia negaba el infierno o que en su versión del cielo todo el mundo iba a parar al mismo sitio, incluso los criminales y los musulmanes. Dellarobia no podía confirmar ni denegar las acusaciones. Bajo la luz que emanaba de Bobby, todo parecía posible. En ese momento, mientras calentaba el ambiente y todos los presentes cantaban a la felicidad y al amor mirándolo, su cuerpo parecía sintetizar una especie de vitamina a partir de la mirada de los fieles. La coleta de Hester prácticamente ondeaba al viento, movida por la brisa de los «aleluya».

Después del himno, Bobby dijo en voz baja:

—Querrán sentarse.

Lo dijo sin signo de interrogación y moviendo una mano en dirección al suelo, como ordenando a un perro que se sentara. Todos obedecieron. Dellarobia mantuvo los ojos abiertos durante las oraciones. Era un viejo hábito, tal vez porque era observadora por naturaleza. Abrió el bolso sin hacer ruido y se aseguró de que el teléfono estuviera en modo de vibración, ya que a Dovey le gustaba enviarle mensajes de texto los domingos por la mañana para divertirse. Tenía uno en espera: «Yo os haré pescadores de hombres. Vosotros pescaréis y Dios limpiará las tripas». El gusto de Dovey por los chascarrillos bíblicos era ilimitado. Se le ocurrían leyendo las marquesinas de las iglesias. Antes de que existieran los SMS, los pasaba en papelitos doblados durante las clases de salud e higiene o historia, en el instituto. Dovey era católica de familia italiana —ella y sus cinco hermanos, todos con caóticas cabelleras de rizados oscuros—, y decía que había aguantado suficientes horas de iglesia durante la infancia para todo el resto de su vida. Dellarobia sacó las gafas del bolso y se las puso, posiblemente para fastidiar a su suegra. «Los chicos no se propasan con chicas que llevan gafas», solía canturrear Hester cuando se las ponía, y ella estaba tan harta de oírlo que podría haber gritado. Si hubiese sido cierto, la buena señora no habría tenido los nietos que tenía. La gente podía pasar por alto cualquier cosa cuando le convenía, incluso la fabricación de los bebés.

Bobby terminó las oraciones con un recordatorio para que todos tuvieran presentes en su pensamiento a los enfermos y los afligidos, y mencionó a los miembros de la congregación que necesitaban ese tipo

de apoyo. La lista era impresionante, pero él nunca llevaba nada anotado. Dellarobia intentó una vez más quitarse de la cabeza el *muffin* perdido, pero el bollito seguía presente en la burbuja de sus pensamientos, próximo a alcanzar el tamaño de un neumático Goodyear. Se dio cuenta de que la camisa de cuadros de Bobby era de la tienda Target y recordó que había estado a punto de comprarle una igual a Cub. Al pastor Ogle no le gustaban los trajes brillantes. No le interesaban las cosas de este mundo; sólo el amor. Oyó que mencionaba la inminente misa de Acción de Gracias, antes de distraerse otra vez. El maldito *muffin* no se le iba de la cabeza. Se suponía que después iban a casa de Hester para la comida del domingo. Le vino a la memoria una blusa azul marino que Dovey le había prestado en junio para un funeral. Lo recordó al reconocer a Eula Ratliff entre los miembros del coro porque la muerta había sido su madre. De no haberlo hecho, la blusa podría haberse quedado en su abarrotado armario hasta que muriera alguien más, aunque tampoco importaba demasiado. Su armario y el de Dovey estaban más o menos fusionados porque desde octavo curso compartían talla de ropa. Y aún hoy seguían usando la misma, lo que significaba que todavía conservaban la misma figura adolescente. Dovey lo consideraba un éxito en Dellarobia, después de tres embarazos, pero para ella no era ningún mérito ser capaz de meterse en una talla treinta y dos, sino más bien una forma de inexistencia. A veces se preguntaba si no se habría casado con Cub con el propósito subconsciente de formar parte de algo con más volumen.

Una pareja de rezagados se sentó silenciosamente junto a ella en el banco. Enseguida, los dos cerraron los ojos para rezar, dejándole total libertad para observarlos. El hombre llevaba unas gafas de sol de aspecto deportivo sobre la cabeza, como si acabara de bajarse de un descapotable. Pero si la chica que lo acompañaba era su mujer, entonces no había ningún descapotable en la historia. Probablemente, había dedicado un par de horas a arreglarse el pelo y aplicarle laca, y había convertido cada uno de los mechones del flequillo en pequeñas lanzas, todas ellas apuntadas hacia los ojos, lo que a Dellarobia le produjo un escalofrío. Todo lo referente a los ojos le causaba aprensión. Preston tenía una costumbre que la ponía enferma y que consistía en pasarse el lápiz por la línea del nacimiento del pelo mientras pensaba en lo que iba a escribir. Cuando lo hacía, ella sentía como si la punta afilada fuera a clavarse en su propia carne y parpadeaba como reflejo defensivo. Le habría gustado esconderle todos los lápices.

El ayudante del pastor leyó un pasaje bíblico acerca de la voz del Señor, que desgajaba las encinas y desnudaba los bosques, tal vez para recordar a la congregación que era otoño. En ese momento, el hombre de las gafas deportivas parecía estar mirándola subrepticamente. Dellarobia había pasado por una fase en que se ponía minifaldas para ir a la iglesia, incitada por su amiga Dovey, que una vez le había dado una grimosa estola antigua de piel de zorro, con la cabeza y las garras intactas, y la había desafiado a llevarla a misa. Pero eso había sido antes de que nacieran los niños. Ahora se consideraba afortunada si conseguía abrocharse todos los botones y cerrarse las cremalleras, y ya no se proponía ir llamativa, sino solamente presentable, como por

ejemplo con el jersey verde de cuello vuelto y la falda vaquera que se había puesto ese día. ¡Pero esas botas! Iba a tener que tirarlas al río.

El coro se lanzó con una versión a ritmo de rock and roll de *Toma mi vida, es para Ti*, interpretada con guitarras eléctricas, batería y teclados. La congregación podía intervenir, pero en los números especiales, el sistema de audio daba preferencia al coro, que siempre sonaba muy bien, como los himnos que pasaban por la radio. Pese al pomposo señor Weaver, los miembros del coro parecían divertirse y pasarlo en grande. Todos, excepto un tipo mayor que se veía demasiado serio, con una mano apoyada en el pecho, como si pensara proponerle matrimonio a Jesús y temiera una respuesta negativa. Los demás rebotaban de entusiasmo: levantaban las cejas y ponían un signo de exclamación al final de cada frase. «¡Toma mis pies, son para Ti! ¡Haz que corran para Ti!» Dellarobia buscó entre los miembros del coro a sus compañeros de promoción: Wilma Cox, con su gigantesca blusa de cuadros; Tammy Worham, que se había apellidado brevemente Squier y ahora Banning, con sombra azul en los ojos y un escote un tanto excesivo para los ojos del Señor, y Quaneesha Williams, la única afroamericana del coro, que se mecía levemente con la música, con ansias evidentes de moverse con más libertad. Dellarobia le daba la razón. Todo habría sido mejor en ese templo si se hubiera podido bailar. Muchas de las grandes necesidades de la vida se resolvían con el cuerpo y no con la cabeza. Esa creencia le había traído problemas, claro, últimamente con el hombre del teléfono. ¿Quién era ella para juzgar los sucesivos maridos de Tammy o su escote? Se le vino abajo el ánimo como una cometa rota.

El pastor Bobby inició su sermón con una cita de la Epístola a los corintios: «Toma cautivo todo pensamiento y hazlo obedecer a Cristo». Para Dellarobia fue como si le hubiera leído la mente. Durante meses, lo había intentado todo menos fustigarse la carne para dejar de tener pensamientos impuros y, al final, le había bastado una zarza ardiendo que después resultó ser un montón de mariposas. Ahora intentaba con frecuencia guiar su mente hacia la visión de aquellas laderas en llamas, sobre todo por la noche, con la esperanza de acostarse con la sensación de ser una persona de cierto valor.

—Jeremías 17, 9 nos habla de los pensamientos rebeldes —estaba diciendo Bobby—. «Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso.» Es difícil reconocer que es así porque nos da miedo, pero es cierto. Todos los que estamos presentes aquí, y también me incluyo, somos capaces de llamar a las cosas por un nombre que no les corresponde sólo porque nos conviene.

Tenía los ojos muy separados y una manera muy peculiar de colocar las palmas de las manos hacia arriba, como si estuviera suplicando. Era difícil imaginar dramas domésticos en su casa. Pero, realmente, ¿quién no se mentía a sí mismo?

—Decimos que es ambición —dijo Bobby—. Decimos que es una gran pasión. Pero el verdadero nombre de lo que sentimos es codicia o lujuria. Todos tenemos un talento especial para creer en falsedades y entregarnos a ellas con devoción cuando queremos que sean verdad.

—Es cierto —dijo alguien en la penumbra, en voz baja.

—El Creador nos hizo así y Él sabe que tenemos esa tendencia.

Una vez más, las palabras de Bobby fueron recibidas con expresiones de asentimiento. El pastor observó a su rebaño con la más tierna de las miradas, como un padre cuando mantiene una conversación importante con sus hijos pequeños.

—El Señor quiere que fortalezcamos nuestros corazones contra esos engaños. Cuando luchamos contra la envidia, la culpa, la impaciencia, la dureza de corazón o la lujuria, Dios quiere que usemos nuestras mentes racionales y demos a cada una de esas cosas su verdadero nombre. Todos queremos estar en nuestros cabales y no dejar que los malos pensamientos nos dominen. Necesitamos que nuestra mente se comporte como debe. ¿Cómo podemos lograrlo?

Dellarobia se preguntó cuántos más de los fieles presentes en la sala sentirían que el sermón iba dirigido personalmente a ellos. Si Bobby tenía algo que sugerir, ella era toda oídos.

—Es inútil concentrarse en un pensamiento malo y tratar de erradicarlo —dijo—. No sirve para nada, de verdad. Porque entonces sólo veréis lo que queréis eliminar. El cazador ve únicamente aquello que persigue. ¿Me entendéis? Sí, claro que sí. Hay una forma diferente de hacerlo. La Epístola a los filipenses nos aconseja que sustituyamos los malos pensamientos por pensamientos buenos: «Pensad, hermanos, en todo lo que es verdadero, todo lo honesto, todo lo justo, todo lo puro, todo lo amable, todo lo que es de buen nombre. Si hay virtud alguna, si hay algo digno de alabanza, en eso pensad. Y la paz será con vosotros».

Dellarobia quedó impresionada por su habilidad para construir un argumento y utilizar referencias relevantes. Se preguntó si Bobby habría cursado la asignatura normal de lengua o la versión que habían preparado para los chicos del equipo de fútbol, cuyos únicos requisitos para aprobar eran, básicamente, que el alumno respirara y tuviera pulso. Apostaba a que Bobby había estudiado lengua con la señora Lake, igual que ella, y, de ser así, estaba segura de que sabría diferenciar entre el Ulises de Homero y el de James Joyce, y de que sería capaz de emplear una metáfora, algo que ella no había sabido hacer en la clase de estudios bíblicos de Blanchie. Pero al menos allí había encontrado una forma de salvación que Dellarobia podía apreciar: un paréntesis semanal, durante el cual no tenía que oír a adultos decir «me se ha caído», «no doy más de sí» o «contra más».

Lo único malo era que Bobby repetía mucho la frase «Convendréis conmigo en que...», y eso, al cabo de un rato, resultaba cargante. Dellarobia ya lo había notado antes y él lo estaba haciendo de nuevo.

—¿Os dais cuenta de lo que intenta decirnos el Salvador? Convendréis conmigo en que debemos apreciar la sabiduría de Su consejo. ¿La apreciáis?

¿Por qué tenía que repetirlo siempre? ¿No había mil maneras diferentes de decirlo? Pero la señora Lake había fallecido y ella había sido quizá la última que se fijaba en esas cosas. Para entonces, la congregación estaba cada vez más exaltada.

—¡Sí, hermano Bobby, la apreciamos!

Lo bueno de la cafetería era que no había que participar. Dellarobia hundió la cabeza dentro del cuello vuelto de su jersey verde, aunque el pastor Ogle nunca ponía a nadie en situación embarazosa y ella lo sabía. Aprovechando el entusiasmo de los feligreses, Bobby animó a la gente a expresar los pensamientos odiosos que ocupaban su mente. Sin embargo, nadie estaba dispuesto a decir nada demasiado concreto.

—¡He tenido malos pensamientos! —Era lo más explícitos que llegaban a ser, o también—: ¡He dicho falsedades!

Ella se imaginaba perfectamente los malos pensamientos en cuestión: vídeos pornográficos de los que esos hombres habrían deseado deshacerse o sorbos de whisky que esas mujeres habrían preferido no desear todas las tardes, en el instante en que conseguían dormir a sus bebés. Toda la congregación tenía el aspecto de querer olvidar algo, pero Bobby lo ignoró amablemente.

—Habéis hablado con honestidad de las cosas que se apoderan de vuestra mente —dijo—. Pero ahora quiero preguntaros otra cosa: ¿Cuáles son las cosas que amáis?

Repitió varias veces la pregunta de diferentes maneras, tal como hacían *Roy* y *Charlie* cuando guiaban a las ovejas, dirigiendo con suavidad a un grupo terriblemente disperso hacia la decisión colectiva de moverse en una nueva dirección.

—¿Qué ha enviado el Señor a vuestra casa y a vuestra familia para llenar con Su gracia vuestra vida?

—¡A mi nietecita Haylee! —exclamó alguien.

Se hizo un largo silencio, durante el cual muchos se alegraron sin duda de no haber sido tan impulsivos como la embobada abuela. Había cierto alboroto fuera del templo, en el vestíbulo de entrada: gritos de mujeres apenas audibles, pero en absoluto amistosos.

Bobby salvó el momento de incomodidad felicitando a la orgullosa abuela y tranquilizándola.

—Benditos sean los niños —dijo—. Es muy hermoso que la pequeña Haylee ocupe el primer lugar en tu corazón. Y vosotros convendréis conmigo en que nuestra hermana Rachel es un faro de la fe. Quiero que lo digáis todos.

Lo dijeron.

—Dios bendiga a nuestra hermana Rachel.

La congregación empezaba a animarse. Dellarobia nunca había prestado mucha atención a la costumbre de que los «faros de la fe» participaran en el desarrollo de la misa. Pero resultaba conmovedor. Un viejo flaco con una camisa blanca que le estaba grande se puso de pie.

—Nuestra hija Jill se ha recuperado del cáncer y el pelo le ha vuelto a crecer muy bonito. Doy gracias a Dios por el pelo rubio de mi Jill.

Dellarobia se sorprendió sumándose a las exclamaciones por el pelo de la hermana Jill con tal gratitud que, según empezaba a temerse, aquello podía acabar en lágrimas. La gente agradecía las cosas más inverosímiles. Las sorpresas se fueron sucediendo a medida que los fieles enumeraban sus bendiciones: un porche nuevo para la autocaravana con vistas al atardecer, la boda de un primo discapacitado, un ternero completamente blanco... De pronto, Cub se puso de pie a su lado y empezó a hablar. Dellarobia se sintió sacudida por la voz sonora de su marido, que casi parecía estar cantando. Decía que algo maravilloso, como una visita del cielo, había llegado a su montaña y que eran mariposas.

—No os lo podéis imaginar, es como un mundo aparte. Ojalá todos pudierais venir a verlo.

—Te agradezco la invitación, hermano Turnbow —dijo Bobby—. Reconozco que eso que nos cuentas parece un milagro.

—¡Alabado sea Dios! —exclamaron algunos, pero lo dijeron sin entusiasmo, con el mismo tono con el que habrían dicho «Que pases un buen día», a pesar de que no les importaba el día que pasara su interlocutor. Parecían menos convencidos que Bobby de que algo milagroso hubiera tenido lugar en la finca de los Turnbow.

Cub se puso un poco a la defensiva.

—Tendríais que verlo para entenderlo —dijo—. Mi padre y mi madre os lo pueden confirmar. Es diferente de todo lo que hayáis visto. Y lo más importante es que ella lo predijo. Mi mujer, que está aquí conmigo, lo profetizó.

Para la profunda desazón de Dellarobia, tiró de ella para que se pusiera de pie.

—Mi mujer tuvo una visión o algo parecido —continuó—. Dijo que todos necesitábamos abrir los ojos e ir a echar un vistazo allá arriba antes de que empezaran a talar los árboles. Intuía que algo realmente grande iba a pasar en nuestra finca.

Dellarobia no sabía hasta qué punto Bear pensaba hacer público su plan de talar el bosque y se preguntó si estaría escuchando el discurso de su hijo desde la Hermandad Masculina o si sólo estaría leyendo la revista *Caza y Pesca*. La intervención de Cub fue tan inesperada que ella sintió que se le aflojaban las rodillas. Bobby, en cambio, permanecía de pie con su firmeza habitual y estudiaba a la familia con sus ojos separados. Su mirada se posó en Hester.

—Hermana Turnbow, ¿me lo confirmas? —preguntó con suavidad—. ¿Me confirmas que tu familia ha recibido esa bendición?

Dellarobia nunca había visto a Hester en actitud tan sumisa y entregada. Por nada del mundo habría querido decepcionar a Bobby.

—Es verdad —dijo su suegra con voz ronca, pero sin aclararse la garganta—. Mi nuera fue quien nos lo dijo. Supongo que fue una profecía.

Dellarobia sintió náuseas. Cub la agarró con fuerza por los hombros, como para impedir que se deslizara hasta el suelo, lo que por otra parte no habría sido nada extraño. La convicción de su marido le resultaba pasmosa, y una vez más se preguntó si no le estaría gastando una broma cruel para castigarla. Pero los suyos eran pensamientos culpables, falsedades de una mente mal dirigida que la apartaban de la verdad, como habría dicho Bobby. Cub era confiado como un niño e incapaz de cometer ninguna crueldad, ni en la iglesia, ni en ningún otro sitio. Y si eso no era suficiente por sí solo para construir un matrimonio, al menos valía algo.

El creciente griterío del vestíbulo interrumpió el gran momento de Cub. Tenían que ser Crystal y Brenda, las que discutían fuera del templo.

—¡No les hables de ese modo a mis hijos! —gritó una de ellas.

—¡A tus hijos los voy a estampar contra la pared si me los vuelvo a encontrar! —chilló la otra.

Todas las miradas se fijaron en Cub, como si su corpulencia pudiera servirles de ancla contra la tormenta que arreciaba afuera. Él prosiguió con determinación, frunciendo el entrecejo.

—Nos ha hecho pensar que el Señor ha puesto Su mano allá arriba — dijo—. Íbamos a talar ese bosque, pero ahora tenemos un dilema.

Dellarobia sintió las miradas rebosantes de dudas. Había pasado cada domingo sentada en la cafetería, bebiendo café y escribiendo la lista de la compra, y no se merecía un milagro. Aun así, oyó en la sala un leve repiqueteo de aplausos, como un puñado de grava cayendo en una tina de hojalata. Alguien sentado muy cerca exclamó:

—¡Alabado sea el cielo! ¡La hermana Turnbow ha presenciado un milagro!

El que así habló fue el hombre que había llegado tarde, el de las gafas de sol sobre la cabeza. ¡Y ella que había pensado que la estaba mirando! La gracia de Dios le había llegado en su hora más oscura, con su luz y movimiento surgidos de la nada. Sintió que volvía a marearse, y el hecho de haberse saltado el desayuno no la ayudó a mantener la compostura. Detrás de ella, Cub le pasó los brazos por debajo de las axilas, en lo que pudo parecer una demostración de afecto poco habitual, aunque en ese momento era lo único que la mantenía en pie. Lo último que hubiese deseado ese día, o cualquier otro, era ser exhibida como modelo en medio de una iglesia, pero Cub la condujo suavemente hasta el extremo del banco y la plantó en medio del pasillo, como una imagen sagrada.

—Hermana Turnbow —dijo Bobby—, tu familia ha recibido una gracia especial. Todos convendréis conmigo en que así ha sido. ¿También tú convienes con nosotros, Hester?

Pareció un desafío. La cara que puso Hester fue como de haberse tragado un hueso de pollo. Estaba acostumbrada a brillar en todo lo relacionado con la iglesia y hacer de comparsa de Dellarobia no figuraba en su programa. Pero no había espacio para la competencia. Tuvo que ceder.

—Sí, yo también.

El pastor Ogle le sonrió primero a Hester y después a Dellarobia, como si pasara un gran ramo de flores de los brazos de una a los de la otra. Bienvenidas al rebaño. Pidió entonces a todos los presentes que convinieran con él en la necesidad de celebrar la maravillosa abundancia del jardín del Señor.

En ese momento, las puertas del fondo del templo se abrieron de par en par para dejar paso a Brenda y Crystal envueltas en su particular atmósfera de hostilidad. En realidad, eran Crystal y toda la familia de Brenda, la de los dedos rotos. La madre de Brenda encabezaba el grupo, seguida por la propia Brenda y sus otras dos hijas; a continuación venían Crystal, los gamberros de sus hijos y un montón de

chiquillos de la guardería, que rodeaban a las personas mayores como un enjambre de abejas.

—Siento interrumpirte, Bobby —dijo la madre de Brenda, apoyándose una mano en la cadera y tratando sin éxito de que la disculpa pareciera sincera.

A Dellarobia la familia de Brenda le recordaba al dúo de las Judd, con una madre que siempre quería parecer más guapa y delgada que su hija. Pero Brenda llevaba el peinado hecho una pena, por lo que era muy probable que la batalla hubiera llegado a la violencia física. El pastor Ogle unió las manos y sus labios formaron una pequeña «o».

—Tendréis que perdonarnos —insistió ella—, pero mis hijas y yo necesitamos irnos de inmediato, por la seguridad personal de Brenda, y tenemos que devolver estos niños a sus padres. —Miró a su alrededor mientras meneaba ligeramente la cabeza de lado a lado en un gesto desafiante, como el de las chicas provocativas de los videoclips musicales—. Lo siento, pero supongo que ya estaríais a punto de terminar.

Los niños echaron a correr por el pasillo, con Preston a la cabeza, que se dirigía hacia Dellarobia. El pequeño la agarró por el borde del jersey y tiró con fuerza, como si quisiera trepar por ella como por la copa de un árbol. Detrás venía Cordie, chillando y tendiéndole los brazos, y tras la pequeña, muchos niños más, gimiendo como gatos asustados. Al cabo de un momento, todos estaban abrazados a Dellarobia. Cub la sujetó con fuerza y consiguió mantenerla de pie. Ella se sentía como el mástil de la bandera en aquella famosa estatua de los soldados de Iwo Jima.

—Dejad que los niños vengan a mí —dijo el pastor Ogle, con una risita encantadora, recuperando la calma—. Amigos míos, quiero que celebréis la visión de estos pequeños. En su inocencia, ellos saben que nuestra hermana ha recibido la gracia de Dios.

Mientras tanto, la madre de Brenda se alejaba moviendo las caderas y salía del templo con sus acompañantes. La pesada doble puerta se cerró tras ellas como en una silenciosa plegaria. Todos los ojos se movieron en círculo desde el fondo del templo hasta el frente, girando como una gran bandada de estorninos que han abandonado un sitio para posarse en otro: el espectáculo de la hermana Turnbow. Y esta vez no era Hester. La familia tenía un nuevo faro.

En boca de todos

HESTER las llamaba «mariposas del rey Guillermo» y se refería a cada una de ellas como si hablara del propio soberano.

—Ahí va el rey Guillermo —decía por ejemplo.

Esa vez lo dijo en la cocina. Dellarobia levantó la vista de lo que estaba haciendo, aunque desde su puesto, de espaldas a la ventana, no podía ver la mariposa. Aun así, la vio pasar indirectamente, reflejada en Hester, Crystal y Valia, que estaban de frente a la ventana inundada de luz matinal y seguían su movimiento con los ojos. Incluso los collies se pusieron de pie, con las orejas erguidas, en estado de alerta ante la inusual atención humana. Si alguien se lo hubiese preguntado más adelante —pensó Dellarobia—, probablemente ella misma habría creído que había visto la mariposa. Era muy fácil dar falso testimonio.

Ver un «rey Guillermo» por allí abajo, alrededor de la casa de Hester, se estaba convirtiendo en algo cotidiano. El Día de Acción de Gracias, mientras Cub y sus primos Turnbow rememoraban en el jardín sus épocas de deportistas, Dellarobia se había sentado en los peldaños del porche con Preston para contar las mariposas que pasaban volando; contaron once. Sospechaba que llevaban todo el verano escabulléndose valle arriba, en dirección a su convención en la montaña. O tal vez llevaran años. Era posible que nadie las hubiera visto dada la tendencia general a mantener la vista clavada en la carretera y las facturas del mes anterior. La teoría de Bear era que los insectos habían nacido espontáneamente dentro de los árboles, pero Dellarobia sabía que eso sólo delataba su ignorancia. Si habían nacido, algo tenía que haber subido antes a poner los huevos. Hasta los milagros requerían cierta coherencia interna.

—¿De dónde ha salido ese nombre de «rey Guillermo»? —preguntó Valia mientras manipulaba unas madejas húmedas de lana multicolor que colgaban de un viejo armazón de madera y goteaban sobre el hule desplegado debajo.

Esponjaba y levantaba los bucles de lana como si fuera una peluquera cardándole el pelo a una cliente.

—Lo aprendí de mi madre —respondió Hester—. Valia, cariño, si no dejas de vapulear esas madejas, acabarán apelmazándose.

Valia retiró las manos como si la lana abrasara. Hester no lo notó porque estaba revolviendo el tinte en los cazos. Tenía más aspecto de

bruja que nunca, con sus botas más viejas y arruinadas, el delantal manchado y tres enormes calderos hirviendo sobre los fogones de su antigua y monstruosa cocina: una bruja de estilo country-western. La tarea que tenían las mujeres entre manos era uno de los proyectos invernales de Hester: teñir toda la lana que se había quedado sin vender al cierre del mercado estival de Feathertown. Los tonos naturales estaban bien, pero llegaba un momento en que la gente se cansaba de tantos grises y ocres. La solución de Hester era alegrar la lana dándole un toque brillante, y su instinto no iba desencaminado porque cada primavera, cuando el mercado volvía a abrir sus puertas, las clientas estaban tan hartas del invierno que se abalanzaban sobre cualquier cosa que tuviera color, como zombis sobre un corazón palpitante.

Dellarobia estaba sentada a la mesa, preparando madejas para teñir, con Cordelia a su lado, instalada en la sillita alta de madera donde mucho tiempo atrás se había sentado su padre y quizá incluso su abuelo. La casa estaba llena de antigüedades de los Turnbow con la mitad de los tornillos medio sueltos. Dellarobia comprobaba las patas de la sillita cada vez que sentaba en ella a uno de sus hijos y había tenido que asegurar a Cordie con un paño de cocina porque el artefacto carecía de correas. Aquella sillita era anterior a toda noción de seguridad infantil. Cordie estaba comiendo compota de manzana, sin perder la concentración en el juguete al que llamaba *la ganca*: un establo de plástico rojo, con palancas que hacían salir a los animales al tiempo que emitía el sonido correspondiente de cada uno. Un niño de ciudad se habría hecho una idea muy deficiente de una granja a partir de un juguete como aquél, ya que la vaca, el caballo, el perro y la gallina eran todos aproximadamente del mismo tamaño y todos proferían el mismo rebuzno asmático. Pero a Cordelia no le importaba.

—¡Muuuu! —exclamaba ella al ver a la vaca diminuta asomando a través de su puerta endeble.

Dellarobia le había hecho la misma pregunta a Hester acerca del nombre del rey Guillermo. Evidentemente, su suegra debía de haber prestado cierta atención a las mariposas en otra época, porque se sabía el nombre de unas cuantas variedades: las colas de golondrina, las mariposas tigre, las mariposas de la col... Y ahora las del rey Guillermo, que acababan de adueñarse de su finca.

—No me importaría que vinieran solamente los de la iglesia —se quejó Hester a Valia—; pero es que ahora, desde que salió la noticia en el periódico, todo el mundo quiere subir. El viernes después de Acción de Gracias se presentaron unos treinta. No es normal para el día siguiente a Acción de Gracias.

—No, no es normal —convino Valia—. Ése es un día para ir de compras.

—¡El guau-guau dice «guau, guau, guau»! —anunció Cordie, asintiendo con la cabeza.

Dellarobia había conseguido acorralarle el pelo lanoso en dos rubias coletas salvajes, con el centro tan enrevesado que cualquiera habría pensado que estaba medio borracha mientras se las ataba. Pero la niña sólo permitía que la peinara hasta ahí, y ella sentía una secreta debilidad por esa vena salvaje de su pequeña. Ella misma había tenido que tragarse esa faceta de su carácter mucho antes de que su hija naciera, pero ahora la veía rebrotar en Cordie, como la hierba bajo las lluvias primaverales.

—Era muy bueno el reportaje que apareció en el periódico, ¿verdad? — dijo Valia—. Lo recorté y guardé un ejemplar para ti. Que no se me olvide, Crystal. Lo tengo en el bolso.

Crystal, perdida en su mundo, le hizo una mueca a su teléfono móvil. Se suponía que había venido para ayudar con la lana, pero todavía no había tocado ni una sola madeja.

Dellarobia sabía lo que pensaba Hester del reportaje. La periodista era una chica de Cleary, una ciudad a unos veinte kilómetros de distancia, donde la gente iba a la universidad para poder mirar a los de Feathertown por encima del hombro. Cuando se había presentado en la granja, con sus pantalones planchados y sus zapatos en punta, Hester la había llevado en el quad a la montaña a ver las mariposas, pero a ella sólo le interesaba Dellarobia. No la Dellarobia real, sino la que había tenido una visión, la que predecía el futuro y, probablemente, era capaz de hacer florecer un arbusto seco con solo orinarle encima. Dellarobia no podría haber imaginado que los rumores llegaran tan lejos. Cuando aún no acababa de acostumbrarse a ser el centro de una controversia familiar, se había convertido en la estrella de la iglesia. Y ahora resultaba que estaba en boca de todos. La periodista le había pedido a Hester que la llevara directamente a casa de Dellarobia y la siguiente media hora fue bastante desagradable. La chica llevaba una cámara de fotos. Dellarobia tenía puestos unos pantalones de chándal y lucía el universal peinado deshecho de las madres agotadas. Cordie se había saltado la siesta y circulaba por el cuarto de estar emitiendo una erupción volcánica de exigencias, babas y lágrimas. No era el ambiente más favorable para el periodismo, y Dellarobia hubiera dado cualquier cosa por sustraerse al extraño interrogatorio de la chica del periódico.

Sin embargo, cuando se publicó el reportaje, Cub casi estalló de orgullo y se lo guardó para enseñárselo a los compañeros del transporte de grava. La fama lo impresionaba en todas sus manifestaciones. Había sido el tipo de niño que recorta imágenes de jugadores de fútbol, Jesucristo y los delincuentes más buscados del país para pegarlas en las paredes de su habitación. Había llorado en sexto curso, cuando se enteró de que los superhéroes no existían. Dellarobia era su Mujer Maravilla. Pero Hester estaba indignada con el artículo, pues llamaba a Dellarobia «Nuestra Señora de las Mariposas». Hester se quejaba, entre otras cosas, de que era un apelativo propio de católicos.

El día se oscureció de pronto y se oyó retumbar un trueno a lo lejos, un sonido poco habitual para comienzos de diciembre. La lluvia empezó a golpear la ventana, confiriendo a la cocina una sensación de reclusión que no contribuyó a aliviar la creciente impaciencia de Dellarobia. Le importaba muy poco su supuesta santidad, pero ¿y si fuera ésa su única oportunidad de hacer algo grande y ella pasaba todo el invierno tiñendo lana y escuchando la radio de Hester? Notó que Cordie había cambiado el tema de su monólogo, de «mu-mú» a «po-pó».

—A mí me pasa exactamente lo mismo —rezongó por lo bajo, mirando con desagrado la brazada de madejas que Valia estaba a punto de dejar caer sobre la mesa, entre Crystal y ella.

El montón de lana grisácea que tenía delante ya era gigantesco, y ella se sentía como una niña quisquillosa con la comida sometida a una pesadilla de espaguetis. Habían acabado la temporada con más lana sin vender que nunca, lo que no dejaba de tener su lógica, dada la situación de la economía. Su tarea del día consistía en anudar en forma de ocho cada madeja de lana, para que no se enredara en el baño de tinte, y ponerla a remojar en detergente, a la espera del gran cambio de color. Hester dosificaba los polvos del pigmento, según el peso de la lana, y cuidaba los cazos. Valia pesaba las madejas antes de procesarlas, y Crystal no hacía nada en absoluto.

—¿Falta poco para hacer un descanso? —dijo Dellarobia, preguntándose si Crystal captaría la indirecta y empezaría a ayudar—. Porque yo no puedo quedarme mucho rato más.

Hester y Valia no le hicieron caso. Estaban discutiendo los detalles de la inminente visita del pastor Ogle.

—¿Te parece que quite esta mesa y busque otra mejor para poner aquí? —preguntó Hester con cara de preocupación—. La antigua de mi madre está arriba, en el ático. Podríamos bajarla. Es más pequeña, pero no está estropeada como ésta.

El estropicio al que se refería era un semicírculo oscurecido en el centro de la mesa que parecía observar a Dellarobia como si fuera un ojo. Durante la breve temporada en que Cub y ella habían vivido con sus suegros, entre su boda acelerada y la apresurada construcción de su casa, Dellarobia había marcado la mesa de la cocina con una sartén caliente. ¡Tenía diecisiete años, por el amor de Dios! La sartén le estaba calcinando las manos a través de las agarraderas. Durante todos esos años, la quemadura había sido para Hester un importante tema de conversación.

—¿No podrías poner un mantel? —preguntó Valia—. ¿Qué piensas servirle?

—Café y pastel, creo. Podría hacer el bizcocho de mermelada.

Valia asintió con expresión pensativa, como si estuviera en juego la política internacional.

—El baño de caramelo es difícil, pero tienes razón: a Bobby le encantará. Podrías poner manteles individuales. Y un centro de mesa o algo.

—¿Te parece que será suficiente con el café y el pastel?

—¡Alerta alienígena! —masculló Dellarobia, consiguiendo por fin que Crystal levantara la cabeza del teléfono—. ¡Hester acaba de pedirle consejo a tu madre!

—¿Y qué? —replicó Crystal, arqueando las cejas.

«¡Que le han trasplantado la personalidad!», pensó Dellarobia. La idea de que el pastor Ogle visitara su casa estaba desquiciando a su suegra. De hecho, era sorprendente que Hester no lo hubiera recibido antes. Bobby visitaba de buen grado a sus feligreses y sus bizcochos de mermelada. Pero lo verdaderamente sorprendente era ver a Hester acobardada con la perspectiva.

—¡*Popo!* ¡*Popo!* —volvió a gritar Cordie, sacudiendo con fuerza las piernecitas para que su madre le prestara atención.

Tenía un brazo tendido hacia la mesa, con los deditos estirados como si la manita fuera una pequeña estrella de mar.

Dellarobia siguió su mirada hacia el frasco del tinte.

—¡Ah! ¿Rojo? —le preguntó.

—*Popo* —replicó Cordie, mirando a su madre con cansado alivio.

—Lo siento, chiquitina. Ya veo que estabas tratando de decirme algo.

Le besó las yemas de los dedos, alargó la mano para tocarle la naricita y provocó en ella un sonriente parpadeo. Después, cogió otro frasco.

—¿Y éste?

—*Vede* .

—¡Hester! ¿Lo has oído? ¡Cordelia sabe los colores!

Sólo Hester podría haber parecido tan poco impresionada con la genialidad de su nieta. Al parecer, sólo tenía ojos para Bobby Ogle. Dellarobia estudió la etiqueta del frasco. Tenía tantas advertencias que cualquiera que la leyera hasta el final probablemente habría querido salir huyendo. Echó un nuevo vistazo a los calderos de Hester y se

preguntó si serían los mismos que usaba en verano para las conservas de tomates y pepinillos.

—¿Os parece bien que Cordie se esté comiendo la compota al lado del... —preguntó, acercándose a los ojos la letra diminuta—... del trifenilmetano?

—Cub prácticamente se bebía estos tintes cada vez que teñíamos lana, cuando era pequeño —replicó Hester con sequedad—. ¡Y miradlo ahora!

Se hizo un silencio. Durante el breve momento de incomodidad, Cordie arrojó la cuchara a través de la mesa y soltó una retahíla de vocales que hizo levantar la vista a los dos perros, con cara de haberse perdido algo. Dellarobia se agachó para recoger la cuchara.

—Tal vez deberíamos probar colores diferentes esta vez —propuso.

Aunque Hester vestía de manera bastante pintoresca, su forma de teñir carecía de inspiración. Nunca se apartaba de los colores comerciales, que tenían nombres glamurosos, como «Amazonia» o «Rubí», pero eran el verde y el rojo de siempre. Más o menos como la vida real.

—¿Qué tienen de malo mis colores? —preguntó Hester, sin preguntarlo realmente.

—Podríamos combinarlos un poco. Estoy segura de que esos polvos se pueden mezclar para conseguir tonos intermedios.

«Entre el rojo de los tomates y el de las mariposas», le había dicho él, tocándole el pelo, como si su color, por sí solo, tuviera un valor exquisito e incalculable. Todavía recordaba de vez en cuando, en accesos sorprendidos, los halagos ilícitos. Sentía vergüenza cuando echaba la vista atrás y se preguntaba cómo se habría dejado engatusar de nuevo. Ya le había pasado otras veces antes, nunca con tanta fuerza, pero sí con la misma estupidez. Dos años atrás, había sido el hombre de ojos celestes de la Rural Incorporated, que la ayudaba semana tras semana con los papeles del seguro médico, cuando estaba embarazada de Cordie. Y antes de eso, Mike, el tipo que a veces sustituía al cartero habitual. Y el viejo amigo de Cub, Strickland, el de los bíceps marcados, que podaba árboles para ganarse la vida. Ella sabía que era un defecto suyo, que una insidiosa debilidad en el corazón o en la voluntad le hacía perder el control y entregarse en cuerpo y alma a algo que no era nada, sino únicamente el fruto de su propia imaginación.

Hester y Valia habían retomado el tema anterior: el continuo goteo de visitantes para ver las mariposas. Recuperando su personalidad habitual, Hester se lamentó de que el milagro les hubiera tocado a ellos. La inminente visita de Bobby había abierto las compuertas a los feligreses, y Bear y Hester no hacían más que discutir acerca de la decisión más conveniente. El milagro sería lo que fuera, pero un contrato con una empresa maderera era dinero en el banco.

Mientras tanto, Cordie había descubierto el juego de hacer levantar de la silla a los mayores. Tiró la cuchara junto a las Crocs verdes de Crystal y se puso a observarle la cara atentamente para ver los resultados. Pero Crystal se resistía a distraerse del minúsculo teclado de su teléfono y utilizaba con frenesí los dos pulgares en su desesperado intento de comunicarse. Dellarobia pensó que su actitud era un poco simiesca, a la vez que recordaba que ni siquiera había cobertura para el móvil dentro de la casa.

—Crystal, ¿podrías hacer un hueco en tu agenda y recoger la cuchara de Cordie?

Crystal miró al suelo.

—¿Quieres que la lave?

—Un poco de suciedad no le hará daño a nadie —canturreó Valia, sin levantar la vista de sus números.

No podía perder la cuenta de las madejas que pesaba. Trazaba las cifras a lápiz en cuidadosas columnas, con una expresión que a Dellarobia se le antojó desalentada, como si estuviera anotando la puntuación de un juego que estaba destinada a perder. ¡Qué pareja formaban esa madre y su hija! Valia no tenía opiniones propias, era capaz de pedirle perdón a su propia sombra y hacía siempre exactamente lo que le decían los demás, todo lo cual la convertía en la amiga perfecta para Hester. Crystal, por su parte, vivía la enorme equivocación que era su vida como si todo fuera un desfile y ella fuera la animadora, lista para recibir los aplausos y firmar autógrafos. Su confianza en sí misma era tan pasmosa como innecesaria. ¿Cómo era posible que dos personas con el mismo material genético fueran tan diferentes? Pero ahí entraba la crianza. No era de extrañar que un felpudo como Valia hubiera criado a un par de botas.

Crystal anunció de pronto:

—¿Sabéis lo que deberíais hacer con toda esa gente que viene a visitar la granja? Cobrarles la entrada.

—¿Ves? Eso mismo le he dicho yo a Bear —replicó Hester—. Yo también lo pienso.

—¿Por qué no lo haces? ¿Qué te lo impide? —preguntó Valia.

Hester arqueó las cejas y apuntó con la barbilla a Dellarobia, como si su nuera fuera una niña ignorante de los códigos de los adultos.

—¡Eh, a mí no me mires! El que se fue de la lengua en la iglesia fue tu hijo. Cúlpalo a él.

Dellarobia se puso de pie y echó una brazada de madejas anudadas en el fregadero. «Pensad, hermanos, en todo lo que es verdadero.» Las palabras de Bobby volvieron a resonar en su mente sin razón alguna, y estuvo a punto de decirlas en voz alta. Pero en lugar de eso, dijo:

—Y ya que estamos, culpemos también a Bobby Ogle. Y a Jesús. ¿Por qué no culpamos también a Jesús? Hay que reconocerle el mérito a cada uno.

—¡Ten mucho cuidado con lo que dices si no quieres arrepentirte!

—No pienso arrepentirme. ¿Y sabes qué, Hester? Yo no he dicho nunca que lo de la montaña sea obra del Señor. ¿Quieres cobrar a la gente? ¡Adelante! ¡Cobra! ¿Por qué no?

Por un momento, las dos cruzaron las miradas. Las palabras «cristiana renacida» resonaron en la cabeza de Dellarobia mientras pensaba en un mundo donde Hester ya no la atemorizara. Pensó que sería fantástico volver la espalda al reproche permanente y encontrar otros motivos para vivir. Así sería la vida de los negadores del infierno, como decían que era Bobby. Considerando los últimos acontecimientos, a Dellarobia no le habría importado que fuera verdad. Se volvió, desató el paño de cocina que mantenía a Cordie en su sitio y lo usó para limpiarle los trozos de compota de manzana que se le habían pegado a las muñecas regordetas.

—Lamento salir corriendo —dijo—, pero tenemos que irnos ya mismo. El autobús escolar pasará por la puerta de casa a las doce y diecisiete.

—¿Has dejado ir a Preston en el autobús? —preguntó Hester, desafiante.

—Sí. Quería ir con los niños mayores y hoy lo he dejado. Tengo que llegar a tiempo para que no se le ocurra cruzar la carretera solo. Me llevo a *Roy*, ¿de acuerdo? A Preston le encantará encontrar a *Roy* esperándolo cuando baje del autobús.

—Llévate los dos perros —dijo Hester.

—No, los niños se alteran demasiado cuando están los dos.

Limpió someramente la silla alta con el paño de cocina y levantó a Cordelia por las axilas mientras inhalaba con alivio su fragancia agrídulce de bebé, como si estuviera oliendo sales. Con Cordie acaballada en la cadera, silbó suavemente y llamó a *Roy* por su nombre mientras salía de la cocina, al tiempo que ordenaba a *Charlie* que se quedara en su sitio. Para su disgusto, *Crystal* se levantó como si a ella también le hubiera silbado y anunció que tenía que ir a buscar a sus hijos. La siguió afuera y se quedó junto al monovolumen mientras Dellarobia le abría la puerta a *Roy* y aseguraba a Cordie en su asiento de bebé. Cuando se inclinó para abrocharle el cinturón a su hija,

Dellarobia sintió la lluvia en la espalda, como diminutas agujas heladas que le caían en el espacio entre la camiseta y los vaqueros.

—¿Le pones el cinturón solamente para ir hasta tu casa? —preguntó Crystal.

—El noventa por ciento de los accidentes se producen a menos de un kilómetro de casa.

Dellarobia no sabía si eso era verdad y, en realidad, no se habría molestado en asegurar a Cordie en su asiento si no hubiera tenido por testigo a la madre más perezosa del mundo. Alguien tenía que dar el ejemplo.

—Pero tú no estás a un kilómetro de casa. Estás a cien metros.

—¿Y a ti qué te pasa, Crystal? Los niños de primero y tercero no salen hasta la tarde. No me dirás que a Jazon y Mical los han mandado de nuevo al jardín de infancia y sólo van por la mañana.

Crystal recompuso la expresión, que pasó a ser de asombrada picardía.

—Pensé que podríamos hablar unos minutos tú y yo.

—¿De qué quieres hablar?

—De nada. De cualquier cosa.

Dellarobia se metió en el coche y se sentó, sin cerrar todavía la puerta, con las manos sobre el volante, esperando. Sabía que Crystal iba a pedirle algo porque el modo pedigüeño era su estado normal. Optó, entonces, por el ataque preventivo.

—No voy a quedarme a cuidar a tus hijos.

—¡Pero si no te lo he pedido!

—¿Lo firmarías?

La lluvia estaba empezando a arreciar, pero Crystal no se movió. Cuando llovía, la gente solía reírse y decir «No te vas a derretir», pero el treinta y cinco por ciento de la masa de Crystal era probablemente maquillaje y productos de peluquería, por lo que en su caso era muy posible que se derritiera. Dellarobia dejó escapar un suspiro.

—Anda, sube.

Crystal dio la vuelta hasta el lado del acompañante, se dejó caer en el asiento y se abrochó ostentosamente el cinturón de seguridad.

—¿De verdad tienes que ser tan...?

Antes de que Crystal terminara la pregunta, habían completado el recorrido de noventa segundos hasta el sendero de Dellarobia. El cuerpo blanco y negro de *Roy* se derramó del coche y empezó a dar vueltas por el jardín, ansioso por descubrir qué proyecto le aguardaba.

—*Roy*, al suelo —dijo Dellarobia, y el perro se tumbó en el césped empapado antes de que ella terminara de decir las tres palabras.

La hierba todavía estaba lejanamente verde. Aún no la había quemado el invierno porque no había nevado, ni habían tenido ninguna helada intensa. Cordie ni siquiera tenía un abrigo de invierno. Bastaba ponerle dos sudaderas para salir, una encima de la otra. Y ni siquiera era negligencia. Todavía no había sido preciso abrigar a los niños. El frío aún no había empujado a Dellarobia a correr a Target o a la tienda de segunda mano para comprar ropa de abrigo. Parecía imposible que fuera diciembre. Cuando un par de conocidos le habían preguntado si estaba preparando la Navidad, se había quedado atónita, sin saber qué decir. ¿Preparando qué? Después, se había sentido como una idiota. La gente automáticamente calculaba el coeficiente intelectual de una madre más o menos por la edad de sus hijos, dividido quizá por el número de niños y redondeado a la talla más próxima de pijama. Pero la rareza del tiempo debía de haberlos desconcertado un poco a todos. Cada vez que salía a la puerta, Dellarobia tardaba unos segundos en situar el mes del año en que se encontraban, y Cub le había comentado que a él le pasaba lo mismo. No parecían estar en ninguna estación conocida, sino únicamente en la estación de los aguaceros repentinos y las nubes incontinentes.

Dellarobia intentó concentrarse en su preocupación más inmediata: el primer viaje de Preston en el autobús escolar. El conductor no sabría dónde dejarlo, a menos que la viera a ella esperando junto a la carretera. Quizá llegara antes de lo previsto. La lluvia era cada vez más intensa, pero no podía correr el riesgo de entrar en la casa en busca de un paraguas. Un niño de cinco años era demasiado pequeño para ir solo en el autobús de la escuela. ¿En qué habría estado pensando? Ya era bastante escalofriante mandarlo con extraños, lejos de casa, para encima añadir a la mezcla un conductor distraído. Se plantó al final del sendero, entre el buzón y el viejo arce, y mandó a Crystal a buscar un paraguas.

Crystal entró en la casa y se tomó su tiempo mientras Dellarobia se abría la cremallera de la cazadora para envolver con ella a Cordie, que se estaba empapando. Al otro lado de la carretera, las vacas del prado encharcado levantaron las cabezas en un breve momento de atención, como para darle la bienvenida al club de los seres patéticos. Le zumbó el teléfono y lo pescó con la mano izquierda en el interior del bolso que llevaba colgado del hombro, con Cordie acaballada en la otra cadera. Un mensaje de texto de Dovey: «A Moisés lo encestaron». Dovey juraba que realmente veía esas frases en las marquesinas de las iglesias,

cuando pasaba con el coche de camino al trabajo, y quizá fuera cierto. Puede que las iglesias hubieran entrado en la misma competencia por la originalidad que impulsaba al resto de la publicidad, pero ella sospechaba que su amiga ponía mucho de su parte. Con el pulgar libre, le contestó: «:)». Una sonrisa.

Al final, Crystal llegó con el paraguas y las tres se refugiaron bajo su verde luminosidad. No había mucho espacio, dadas las dimensiones de la cabellera de Crystal. Roy se sentó obedientemente junto a las rodillas de Dellarobia, pero se fue apoyando más y más contra sus piernas a medida que aumentaba la humedad. Cordie, desde su percha en la cadera de su madre, saludaba con la manita a todos los coches que pasaban mientras golpeaba rítmicamente el muslo de Dellarobia con los zapatos embarrados. Todos los vaqueros de Dellarobia tenían huellas de piecitos. Si se comportaba como un felpudo, ¿estaría condenando a sus hijos a ser como Crystal?

Una camioneta Chevy roja ralentizó la marcha hasta casi detenerse, tan cerca de ellas que pudieron oír el ruido de los limpiaparabrisas y ver la cara del tipo que iba al volante, que las miró con ojos libidinosos. ¡Por el amor de Dios! ¡Eran madres esperando el autobús escolar!

—Ése del coche era Ace Sayers —dijo Crystal cuando la camioneta hubo pasado—. Me contaron que ha tenido que hacerse una *colonostopia* .

—Gracias por la información.

—Y como te estaba diciendo... —prosiguió Crystal—, iba a pedirte una cosa.

—Ya me lo imaginaba.

—¿Por qué? ¿Porque todos en la iglesia creen que eres una santa? Lo siento, Dell, pero yo no pienso lamerte el culo.

—Muy bien, no lo hagas. Pero no me llames «Dell». Me harté de ese apodo cuando empecé a salir con Cub.

—¿Por qué?

—Por la cancioncita infantil: *El granjero va con Dell, Dell, Dell* . No dejaban de cantárnosla.

—Ah sí, perdona.

—Te perdono si quieres. Y tampoco me llames «Dellie». Me suena a nombre de charcutería.

Crystal la miró con expresión preocupada.

—¿Qué es esto? ¿El manual de instrucciones para hablar contigo?

—Sí.

Se quedaron un momento en silencio, viendo pasar otros dos vehículos, ambos conducidos por señoras mayores, afortunadamente. Dellarobia habría deseado no estar siempre a la defensiva con su nombre. En el colegio, cuando las chicas más populares se inventaban apodosos cortos y monísimos, como «Liz» o «Suze», ella habría querido encontrar otro igual de tentador, pero nunca lo había conseguido. Se había quedado con el nombre completo: Dellarobia, como la guirnalda de la revista. Y ni siquiera era el nombre de una heroína bíblica, como había creído su madre.

—Ya que has sacado el tema, ¿es eso lo que están diciendo en la iglesia?
—le preguntó a Crystal—. ¿Que soy una santa?

—¿Cómo quieres que lo sepa?

Dellarobia sabía que Crystal fingiría ignorancia durante unos diez segundos y después se lo contaría todo. Tres, dos, uno...

—Bueno, sí, algunos lo dicen. Lo dicen muchos si quieres que te diga la verdad. Pero no los Worsham, ni tampoco los Banning, ni los Weaver. Ellos no lo creen.

—Me alegro de que hayas hecho una encuesta.

—La gente habla, es así... Y algunos te critican, ¿sabes? No les hace mucha gracia que el pastor Ogle te preste tanta atención, sin ser...

—¿Sin ser qué?

—Sin ser muy devota, supongo.

—¿Lo dices porque me echaron de los miércoles bíblicos?

—¿Te echaron?

Crystal parecía realmente asombrada. Hacía poco que se había incorporado a la congregación.

—Fue hace mucho tiempo. Supuse que reunirse para hablar de la Biblia significaba precisamente eso: hablar. Pero me equivoqué. Y para que lo sepas, no me echó el pastor Bobby. Me echó Hester.

—¿No eras tú la que iba a la iglesia con una especie de pellejo de zorro? Tammy me ha contado que era una especie de bufanda con una cabeza que se mordía la cola.

—Era una estola de zorro que Dovey había encontrado en algún sitio. No me puedo creer que la gente todavía me lo reproche. ¿No deberían prescribir en algún momento los atentados contra el código de vestimenta?

—Pero también hay otros, como por ejemplo la hermana Cox, la que siempre está con lo del amor al prójimo y esas cosas. Me parece que ellos creen que pasó algo allá arriba en la montaña, una especie de milagro. Por eso quieren subir a ver.

—La verdad es que merece la pena. Te sorprenderías.

Dellarobia no había vuelto a subir a la montaña desde que había estado con sus suegros. Desde entonces, Hester se había hecho cargo de todo el tráfico de visitantes y no parecía que eso fuera muy justo. De pronto, las mariposas se habían convertido en propiedad de la Comunidad de la Montaña. La iglesia y Hester tenían su propio milagro. Tampoco es que Dellarobia tuviera mucho futuro como guía turística; jamás la habrían dejado subir con un bebé acaballado en la cadera y un niño pequeño agarrado a una pierna. Pero aun así, cuando los grupos pasaban por detrás de su casa para subir por el camino grande, Dellarobia cerraba los postigos con la sensación de que le habían robado algo para después pasárselo por delante de las narices.

—Oye —dijo Crystal—, a propósito de eso que quería pedirte... No es mucho. Verás, escribí una carta y pensé que tú podrías echarle un vistazo, teniendo en cuenta que se te dan bien la gramática, la ortografía y esas cosas.

—¿Una carta para quién?

—Para la sección «Querida Abby» del periódico.

Dellarobia dejó escapar una exclamación que sobresaltó a Cordie y al perro.

—¿Quieres que te corrija una carta para «Querida Abby»? ¿Sobre qué?

—Sobre lo que pasó con Brenda. Sabes quién es, ¿verdad? La que cree que yo...

—Sí, ya lo sé: Brenda, la de los dedos rotos y la familia que quiere partirte la cara.

—Lo que pasa es que nadie ha querido oír mi versión. Me enteré de que la madre de Brenda piensa escribir a Abby para pedirle consejo y zanjar el asunto de una vez por todas. Pero sólo le dará la versión de Brenda, ¿no crees? Por eso tengo que escribirle yo también.

—¿Qué demonios pinta Abby en todo esto? ¡Piénsalo, Crystal! Es una señora mayor que vive a un millón de kilómetros de distancia. ¿A quién le importa lo que diga ella?

Crystal la miró con expresión incrédula.

—¡A todo el mundo! ¿Por qué crees que el periódico publica todo lo que escribe?

La gente leía su columna porque era ingeniosa y amable, una combinación poco frecuente, y menos frecuente todavía era su perfecto dominio de la gramática. Dellarobia había sido una fiel lectora de la sección de Abby, así como de la página de sucesos y el resumen de noticias nacionales hasta que Cub insistió en que ya no podían renovar la suscripción al *Cleary Courier*. Habían discutido por eso. «¿Por qué pagar por las noticias cuando puedes verlas gratis por televisión?», era el argumento de su marido. «Porque con tu continuo zapeo es imposible llegar al final de cualquier noticia», era el suyo.

—Te diré una cosa, Crystal. Tú puedes escribir tu carta, pero yo prefiero no inmiscuirme. ¿Qué quieres que te diga? ¡Es la madre de Brenda! No me gustaría encontrarme con esa señora en un callejón oscuro.

—A mí también me da miedo, no te voy a engañar —convino Crystal—. Pero antes de que corrijas mi carta, quiero advertirte de que he cambiado algunas cosas.

—¿Algunas de las cosas que han pasado?

—No, sólo un par de detalles sin importancia. No menciono nada acerca de la bebida porque eso ya no le importa a nadie. Cuando una lleva un tiempo sobria, es como si hubiera empezado de nuevo. Además, hablo de «mi marido y yo», en lugar de decir que soy madre soltera.

Dellarobia empezaba a preguntarse si el autobús llegaría antes de Navidad. Cordie se estaba retorciendo como un gusanito porque quería bajar al suelo; pero estaban demasiado cerca de la carretera. Y la lluvia estaba formando sábanas de agua sobre el asfalto. La cuneta se había transformado en un río lleno de hojas, y seguía creciendo. Sintió que tenía empapadas las zapatillas deportivas.

—A ver si lo entiendo —dijo—. ¿Vas a mentirle a Abby para que se ponga de tu parte? ¿De verdad crees que eso va a favorecerte?

—Escucha, tú no tienes ni idea de cómo puede ser la gente. Tú estás casada.

—¿Pero no me había convertido en la comidilla del pueblo?

—Sí, pero estás casada, ¿me entiendes? Creo que Abby no me prestaría atención si supiera que mis hijos son ilegítimos. También le digo que he aceptado a Cristo como mi salvador.

—No creo que eso le preocupe mucho. He leído en algún sitio que es judía.

—¡Me estás tomando el pelo!

Al final, el autobús asomó en lo alto de la colina, moviéndose hacia ellas como un dorado buque de cruceros, en su ancha y cuadrada majestuosidad. Dellarobia habría querido saltar de alegría y hacerle señas con las manos, como si estuviera a punto de rescatarla de una isla desierta. Detrás del vehículo venía la cola habitual de conductores impacientes, que sin duda estarían maldiciendo su suerte por haber quedado atrapados en ese infierno a cámara lenta, obligados a parar cada doscientos metros, sin ninguna esperanza de adelantar al autobús en esa carretera llena de curvas. Dellarobia pensó en todos los juramentos que ella misma había soltado desde esa posición y, ahora, como reciente madre de un pasajero del autobús escolar, pidió disculpas en su corazón a todos los conductores de autobuses del mundo. No sabía con certeza si era preciso indicarle que parara, por lo que sintió un gran alivio cuando vio que se encendían los intermitentes. La señal de stop asomó por un costado del vehículo como una orgullosa ala roja. Dellarobia saludó con la mano a la conductora con la esperanza de ganarse la simpatía de aquella mujer de quien dependía la seguridad de Preston. Pero ella ya estaba bajando la ventana del autobús, que se abrió con un chasquido.

La mujer se asomó.

—¿Es usted?

—Soy la mamá de Preston, sí —replicó Dellarobia mientras Crystal gritaba al mismo tiempo—: ¿Quién?

—Usted no. Ella. ¿Es usted la que ha tenido la visión?

—Oh, no. Otra vez esa mierda.

Esperaba que su exabrupto no hubiera llegado a todas las orejitas que aguardaban dentro del autobús.

—La mujer de las mariposas —insistió la conductora—. ¿Es usted?

—Soy la madre de Preston Turnbow. ¿Está Preston ahí dentro?

El niño salió por la puerta como el premio de una máquina de chicles, radiante en su chubasquero amarillo y con una sonrisa tan ancha que parecía como si se le hubiera estirado la cara.

—¡Quédate ahí y no te muevas! —le advirtió Dellarobia mientras cruzaba rápidamente la carretera para cogerlo de la mano y llevarlo de vuelta a casa.

—¡Roy! —gritó Preston, corriendo a saludar al collie y rodear con sus bracitos la gorguera blanca que el pelaje de Roy formaba alrededor del cuello.

Toda la familia echó a andar para resguardarse de la lluvia con Crystal pegada como una garrapata. En cuanto llegaron al porche, Dellarobia dejó a Cordie en el suelo y sacudió el paraguas.

—Yo también quiero verlo —dijo Preston.

—¿Qué quieres ver?

—Eso de las mariposas.

—Nada de «Hola, mamá», ni de contarme cómo te ha ido el día. Sólo «quiero ver las mariposas».

El niño levantó la vista con una expresión tan triste y contrariada que Dellarobia se sintió muy mal. Cinco años y medio, y ya tenía una línea de preocupación entre las cejas.

—Por favor —dijo el niño.

Ella se arrodilló y dejó el paraguas en el suelo para poder apoyar las manos en los hombros de su hijo y mirarlo a los ojos.

—¿Cuándo quieres ir?

—Ahora.

—¿Bajo la lluvia?

—Sí.

—Es un camino muy largo. Hay que caminar muchísimo.

El pequeño sonrió.

—¿Qué dices, mamá? ¡Podemos ir en el quad!

—Eres digno hijo de tu padre.

Crystal había entrado en la casa con Cordie y había sacado la carta del bolso. Dellarobia se quitó todas las capas de ropa ensopada, hasta quedarse solamente con el sujetador, y se puso encima la cazadora impermeable con capucha para ahorrar tiempo y ropa limpia.

Empezaba a oscurecer. Encontró las llaves del quad en el bolsillo de la chaqueta roja de Cub.

—¿Hacemos un trato, Crystal? —dijo—. Si te quedas aquí y cuidas a Cordie durante una hora, yo corrijo tu carta. Mi hijo y yo vamos a ver las mariposas bajo la lluvia.

—No sé conducir muy bien esta cosa —advirtió.

En realidad, nunca había hecho mucho más que sacarla del garaje, pero empezaba a acostumbrarse. Más que un coche, parecía un cortacésped motorizado, sólo que mucho más rápido. Con Preston sentado delante de ella, recorrió un buen trecho dando tumbos hasta conseguir que el vehículo avanzara un poco más lentamente por la abrupta pendiente del prado.

—También cuando conduce papá vamos dando saltos —dijo Preston en tono amable.

Cub había empezado a llevar a Preston en el quad cuando era pequeño, y Dellarobia sólo los dejaba dar unas pocas vueltas alrededor de la casa. Cub estaba monísimo en su papel de mamá gallina, con la mochila portabebés asegurada sobre el pecho, haciendo avanzar los robustos neumáticos del vehículo por el terreno desigual. Era difícil entender para qué llevaba al niño a dar un paseo que no conducía a ninguna parte a cero kilómetros por hora. ¡Pero estaba tan orgulloso de tener un hijo!

En lo alto de la colina, Dellarobia encontró la manera de parar y echar el freno antes de dejar que Preston saltara del vehículo para abrir la verja. Cuando ella pasó con el quad, él ejecutó con tanta diligencia la tarea de cerrar el portón que todo el ganado del mundo podría haber estado a su cargo. Dellarobia buscó debajo del impermeable un trozo de camiseta seca para limpiarle las gafas antes de continuar, pero recordó, asombrada, que no llevaba nada debajo del chubasquero. Alguna vez lo había hecho con Dovey: salir completamente desnuda debajo del abrigo, sólo por experimentar la sensación excitante de ir así por la calle. Ahora lo más excitante en su vida era evitarse la tarea de lavar más ropa. Encontró en el bolsillo un pañuelo de papel arrugado y lo usó para limpiar con cuidado las gafas de Preston. Después limpió las suyas, por el placer de ver mejor. Desde el supuesto milagro, se ponía siempre las gafas. ¡Al diablo con los chicos y las ocasiones de flirtear! Necesitaba ver hacia dónde iba. Para su alivio, el camino grande era bastante fácil de transitar. Los neumáticos se agarraban limpiamente a las rodadas, que, de hecho, no habían sido pisadas por ningún otro vehículo.

—¿Tienes hambre? —preguntó—. Hace bastante frío, y cuando tienes frío y estás mojado, es normal que tengas hambre. Si es así, deberíamos volver para que comas algo.

Preston era delgaducho y pequeño para su edad, y se quedaba sin combustible con facilidad. No tenía reservas.

—Las señoritas nos dieron de comer en el cole —dijo el niño solemnemente, como informándole de algo que quizá ella desconociera, como el reglamento de una cárcel.

—Ya lo sé, cielo. Hemos enviado tu sobre. Pero algunas veces llegas a casa con hambre.

Se preguntó cuánto tiempo tardaría Preston en descubrir que no había dinero dentro del sobre, sino un impreso oficial. Su hijo era uno de los niños que tenían beca de comedor, como lo había sido Dellarobia a partir del tercer curso. Una tradición familiar.

Preston no dijo nada y ella deseó que no se lo hubiera tomado como una reprimenda. Una vez, mientras Cub y ella discutían por el recibo de la luz, se dieron cuenta de que Preston estaba yendo de una habitación a otra, apagando todas las luces.

—No es ningún problema —insistió ella—. Comer es bueno. Tienes que comer para crecer. ¿Sabes cuál es mi tipo de niño preferido? ¡El que tiene tanta hambre que podría comerse un caballo!

Finalmente, el pequeño soltó una risita. Costaba un poco engatusar a Preston para que se comportara como un niño normal. Dellarobia aceleró.

—Si vemos algún caballo, lo atraparemos para la merienda —dijo, y el niño se rió con más ganas.

—¡Podría comerme un perro! —gritó—. ¡Podría comerme a *Roy*!

—¡Pobre *Roy*! ¡A *Roy* no! —contestó ella, que de pronto se sentía inesperadamente libre, como si hubiera salido a divertirse en la ciudad, aunque en realidad no había salido de su finca.

—Ahí va el rey Guillermo —dijo Preston.

Dellarobia no vio nada porque la capucha le tapaba la mitad superior del campo visual.

—¿De verdad? ¿Ya has visto una?

Redujo la velocidad hasta casi detenerse, antes de confiarse y apartar la vista del camino, para poder levantar la mirada hacia los árboles. Tal como había dicho Preston, su majestad estaba revoloteando bajo la lluvia.

—Tienes buena vista. «Rey Guillermo» es como las llama la abuela Hester, ¿no?

—¿Y cómo las llamamos nosotros? —quiso saber el niño.

—Igual, supongo.

Se preguntó qué historias les contaría Hester a los visitantes que subían hasta allí, y deseó conocer el verdadero nombre de las cosas para enseñárselo a su hijo, que era tan observador. Los profesores solían exasperarse con ella, la niña de las preguntas inagotables, pero Preston era todavía peor. Se echó atrás la capucha porque ya casi no llovía. Seguían cayendo gotas de los árboles desnudos, pero el cielo empezaba a clarear. Cerca del bosque de abetos, el aire sobre el camino cobraba vida con el revoloteo de las mariposas.

—¿Qué te parece si paramos aquí y seguimos andando? —dijo ella, aliviada por poder apagar el motor ruidoso y continuar el camino a pie.

Quería ver la carita de su hijo mientras contemplaba las mariposas. Aunque tenía el pelo mojado y pegado a la frente, y las gafas de montura de alambre cubiertas de gotas de lluvia, Preston estaba en la gloria.

—¡Ahí-va-el-rey-Guillermo! ¡Ahí-va-el-rey-Guillermo! —gritaba una y otra vez, disparando la frase como una ráfaga de ametralladora, como cuando gritaba «¡Tres-dos-uno, despegue!» antes de arrojar un objeto al aire.

Pronto hubo demasiados reyes para que Preston pudiera anunciarlos a todos, pero siguió moviendo los labios en silencio.

No había tantas mariposas volando como antes. No eran un río en movimiento, pero quedaban muchas flotando a la deriva. Revoloteando por el sendero, parecían borrachas o quizá un poco locas.

—Ellas también deben de tener hambre —dijo Preston—. ¿Qué comen?

—No tengo ni idea —confesó ella.

Su hijo tenía razón: seguramente necesitarían comer después de haber soportado varios días de lluvia incesante. Se sintió un poco avergonzada de que un niño de cinco años le hiciera preguntas que a ella no se le habían ocurrido, pero se negó a ser la primera en la larga lista de gente que se encogería de hombros en lugar de contestarle.

—Tendremos que buscarlo —añadió.

—¿Dónde?

—En Google, supongo.

—De acuerdo —dijo el niño.

Googlear «mariposa». Sonaba gracioso, como hacerle cosquillas a una merluza, pero ella sabía que a Preston no le parecería cómico. Él se plantaría delante del ordenador de Bear y Hester, pulsaría las teclas y encontraría lo que necesitaba. Tener hijos no era como decía la gente. Era inútil enseñarles a seguir los pasos de los mayores. En cuanto dejaban el biberón y descubrían internet, los padres no servían para nada, excepto para proporcionarles zapatos y una cazadora en invierno. Pero Preston todavía le hacía preguntas, y eso la conmovía. La hacía sentir que eran un equipo. Allí, en el bosque amenazador, le apretaba con fuerza la mano, como si estuvieran cruzando la calle, para acercarse a los árboles cargados de mariposas. El suelo estaba tapizado de alas.

—Mira —le dijo ella, señalando los cúmulos pardos suspendidos de las ramas.

Para entonces, los árboles estaban invadidos por completo. Incluso los troncos estaban forrados de mariposas desde el pie hasta la copa, convertidos en peludas piernas de gigantes. Era un bosque hecho de mariposas, mágicamente adornado con oscuros racimos colgantes que aparentaban ser trenzas de bruja o cúmulos de hojas muertas. Ella veía esa realidad porque sus ojos conocían el secreto. Pero Preston aún no lo había descubierto. Vivo e inmóvil, el secreto aún lo estaba esperando. Dellarobia observó el rápido movimiento de sus pupilas oscuras, que trataban de resolver el enigma y veían sin ver. «Es mío, es nuestro», le decía a ella su corazón, formulándole promesas desde dentro. Era mucho mejor que la Navidad. No veía el momento de darle su regalo: la visión.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño.

—Eso también son las mariposas. Ya sé que parece muy raro que cuelguen de esa forma, pero todo lo que ves son mariposas.

—¡Halaaa! —gritó el niño, soltándose de su mano.

Fue corriendo hasta un colosal racimo que casi tocaba el suelo desde una altura de diez metros, haciendo que el niño pareciera diminuto a su lado. Antes de que ella pudiera impedirlo, Preston alargó la mano y lo tocó, provocando un repentino despertar. Una miríada de alas empezaron a abrirse y agitarse dentro del cúmulo. La parte más baja de la erizada columna se desprendió, cayó al suelo con un golpe seco y causó un estallido en cámara lenta del que surgieron un sinnúmero de mariposas que se dispersaron volando.

Preston volvió la vista hacia ella, esperando una reprimenda.

—No es nada. Puedes tocarlas, supongo, pero ten cuidado.

Dellarobia se acercó un poco más para ver el espectáculo tal como lo estaba viendo su hijo. No había examinado de cerca los racimos y aún entonces le resultaba difícil entender cómo estaban hechos. Ninguna mariposa parecía aplastada ni pegada a las alas de las demás. No era como un amontonamiento de coches en un desguace; no era nada ni remotamente tan simple. Parecían adheridas por las delicadas patas delanteras a alguna parte del árbol: a la corteza, las ramas o las mismas puntas de las agujas de abeto. Las líneas generales del árbol aún resultaban visibles por debajo: la columna del tronco y las ramas, que se abrían como escobas, pero todo resultaba aumentado y exagerado por las ocupantes. Sólo en los extremos de los cúmulos colgantes parecía como si algunas mariposas estuvieran agarradas a las patas de las otras. «Las inseguras y las desesperadas», pensó Dellarobia. Ningún mundo estaría completo sin ellas.

—Mamá, huelen —dijo Preston.

Ella inhaló el aire, recordando que llevaba varias horas sin fumar, pero no detectó ningún olor.

—¿Bien o mal? —preguntó—. ¿Cómo huelen?

Lentamente, Preston redujo la distancia y acercó la cara a los últimos centímetros que lo separaban de esa forma de vida, hasta tocarla con la nariz. Olfateó y pronunció su veredicto:

—Bien. Un poco como las luciérnagas y un poco como el polvo.

Crystal los estaba esperando en la puerta trasera, con el abrigo puesto y el bolso colgado del hombro, lista para salir pitando. Tenía en la mano la carta para Abby, pero había vuelto a meterla en el sobre.

—¡Crystal, lo siento! Te debo un favor, de verdad. Hemos tardado más de una hora. Puedes llevarte mi coche si tienes que ir a buscar a los niños. ¿Dónde está Cordie?

—Durmiendo la siesta. Te dejaré el coche en casa de Hester, ¿de acuerdo? —Desvió la vista hacia el pasillo y dijo en voz baja—: Hay alguien en la puerta delantera.

Dellarobia vio que *Roy* estaba plantado a pocos centímetros de la puerta y la miraba directamente, como si fuera capaz de ver a través de la madera. No ladraba, pero gemía como si estuviera hablando y agitaba la punta blanca de la cola en lentos círculos. *Roy* era un excelente juez del carácter humano, por lo que podía deducirse que la presencia en la puerta no era una amenaza. Pero había que atenderla.

—¿Quién es?

—¡No lo sé! Llevan ahí..., no sé..., quince minutos.

—¿Son más de uno? ¿Hombres o mujeres?

—Son una familia, creo: una pareja y una niña pequeña.

—¡Dios santo, Crystal! ¡Si traen una niña, no pueden ser asesinos en serie! Quizá necesitan ayuda. ¿Por qué no les has abierto la puerta?

Crystal miró a Preston por el rabillo del ojo y se tapó un lado de la boca con el sobre.

—Son extranjeros —susurró.

Dellarobia tuvo un momento de desconcierto, y Crystal aprovechó para salir por la puerta de la cocina. Preston se situó al lado de Roy delante de la puerta, pero ella sabía que no iba a abrirla, porque conocía muy bien, como todos los niños, el peligro de los extraños. Dellarobia se asomó por el ventanuco de la parte superior de la puerta, pero no vio nada. Tuvo que ponerse de puntillas y mirar hacia abajo para verlos finalmente en el porche: un hombre y una mujer, los dos más o menos de su altura o quizá incluso más bajos. Parecían mexicanos, o en todo caso, gente de piel bastante oscura, sobre todo el hombre. ¿Serían testigos de Jehová? ¿Viajarían por el mundo para difundir su causa?

Abrió la puerta de inmediato.

—¿En qué puedo ayudarlos?

La que habló fue una niñita que estaba entre los dos adultos:

—¡Preston!

—Hola, Josefina —dijo el niño efusivamente, hablando como si fuera el hombre de la casa.

La mirada de Dellarobia pasó de su hijo a la pequeña y de ésta a sus padres.

—¿Esta niña es amiga tuya, Preston?

—Está en la clase de la señorita Rose, como yo —contestó él.

Los dos se dieron un abrazo obediente y estereotipado, como dos niños en una reunión familiar, mientras Dellarobia miraba a los mayores sin saber qué hacer. El hombre lucía un poblado bigote y vestía ropa de trabajo, cazadora y gorra con visera. La mujer iba un poco más arreglada, con vestido floreado de aspecto veraniego bajo un cárdigan azul. Por lo visto, tampoco esa familia había sacado del armario los abrigo de invierno. El hombre y la mujer le estrecharon con firmeza la

mano a Dellarobia mientras le decían sus nombres: Lupe y Reynaldo, y un apellido que olvidó al instante.

—Bueno, pasad —dijo ella.

La niña les dijo algo a sus padres y los dos la siguieron cautelosamente, se limpiaron los zapatos en el felpudo y entraron en la casa de manera tan dubitativa que no fue fácil cerrar la puerta tras ellos. Dellarobia empezó a desabrocharse el abrigo, pero de pronto se dio cuenta, con un nuevo sobresalto, de que estaba medio desnuda debajo. La ropa mojada que se había quitado antes de salir yacía todavía en el vestíbulo, en un charco de agua. Los visitantes iban a pensar que los habitantes de esa casa eran unos cerdos.

—Siento mucho que hayáis tenido que esperar tanto tiempo ahí fuera. Habíamos salido. Sentaos, por favor, en el salón. Estaré con vosotros dentro de un minuto. Preston, hazme un favor de niño mayor: ve a la cocina y tráeles a todos un vaso de agua.

Una vez más, la niña se dirigió a sus padres en español, intercambiando esta vez varias frases. Lo que les dijo, fuera lo que fuese, obró el efecto deseado, porque los dos fueron directos al sofá y se sentaron. Dellarobia fue rápidamente a ver a Cordie, que estaba durmiendo, y enseguida corrió a su habitación para peinarse un poco y ponerse algo decente. Cuando volvió al cuarto de estar, vio que Preston había servido el agua en los vasos de plástico que le permitían usar. A Lupe le había tocado el de *Shrek*, y a Reynaldo, el de *Bob Esponja*, pero los dos los sostenían como si fueran copas de cristal. Dellarobia observó que la mujer llevaba medias debajo de unas sandalias de verano de material plástico y sintió pena por ella porque sabía exactamente lo que significaba estar atrasada en todos los pagos. El hombre se había quitado la gorra y la había dejado sobre el apoyabrazos del sofá. Su bigote trazaba dos líneas curvas en la comisura de los labios, como un paréntesis, como si todo lo que fuera a decir tuviera que ser tranquilo y casual. Josefina era su princesa, con pantalones acampanados de flores y camisa de cuadros. Estaba sentada entre sus padres, sonriendo tímidamente a *Roy*, mientras su padre le tendía el dorso de la mano al perro para que lo oliera y la animaba a ella a hacer lo mismo. *Roy* se dejó acariciar debajo del hocico y después fue a tumbarse en el vestíbulo, satisfecho de haber cumplido con su labor de guardián.

—Bueno —dijo Dellarobia, preguntándose si debía ofrecerles galletas. Quitó una pila de ropa de uno de los sillones, para sentarse, y Preston se dejó caer junto a ella, en la alfombra—. Me alegro de conocer a una amiguita de Preston. Es mi hijo mayor, por lo que todavía se me hace raro mandarlo al jardín de infancia, donde vive en otro mundo completamente diferente y del que yo no sé nada.

Al instante, lamentó haber dicho eso del «otro mundo» porque pensó que quizá lo malinterpretaran, pero ya era tarde para cambiarlo, pues la niña ya lo estaba transmitiendo. Los mayores sonrieron y asintieron,

al parecer sin sentirse ofendidos. Dellarobia empezaba a comprender que esos padres no entendían ni una palabra de inglés. Debían de vivir en Feathertown, ya que su hija estaba matriculada en la escuela del pueblo. Pero fuera cual fuera su situación, era evidente que se manejaban con una niña de parvulario como intérprete. ¿La llevarían también cuando iban de compras o al banco? Dellarobia no tenía manera de saberlo. Y no podría haberse sorprendido más por lo que la niña dijo a continuación.

—Mi mamá y mi papá quieren ver las mariposas.

—¿Estás de broma?

La niña empezó a traducir, pero Dellarobia la detuvo.

—No, no les digas eso. Pregúntales cómo se han enterado de lo de las mariposas.

—Las conocemos mucho —respondió Josefina, esta vez sin consultar a sus padres—. Se llaman *mariposas monarca* y vienen de *México* —explicó, pronunciando en español el nombre de las mariposas y el de su país de origen.

—Ah —dijo Dellarobia, atónita.

—Las *monarcas* vienen de Michoacán, y nosotros también somos de allí.

Josefina le sonrió con toda su blanca dentadura, ganando por momentos en aplomo y desenvoltura. Era un poco más alta que Preston y parecía mucho mayor. Quizá la habían matriculado en el jardín de infancia, aun siendo mayor, para que aprendiera el idioma, supuso Dellarobia. O tal vez había vivido el doble que cualquiera de los niños de su edad que había en el pueblo. Parecía probable.

—Monarcas... —dijo Dellarobia—. Sí, creo que he oído antes ese nombre.

Intentó hacer memoria. Tal vez en Discovery Channel.

—Monarcas —repitió la niña, tratando de imitar el acento de Dellarobia.

—¿Estás diciendo que antes estaban allá abajo y que ahora han venido a vivir aquí arriba?

Dellarobia se arrepintió de haber dicho «allá abajo» y «aquí arriba» porque pensó que quizá esos términos fueran ofensivos para los inmigrantes. Pero a la niña sólo le interesaban las mariposas.

—No —respondió—. Les gusta vivir en Michoacán. En los árboles. Viven en grandes, grandes... —Trazó una figura con las manos mientras

trataba de encontrar las palabras—. En *racimos* —dijo, finalmente, en español—, como las uvas.

Dellarobia se quedó boquiabierta.

—Sí, exacto. Como grandes racimos de uvas suspendidos de los árboles. ¿Los has visto?

La niña asintió con la cabeza. Enseguida les dijo algo a sus padres, que también asintieron vigorosamente.

—A mi mamá, alguien le contó que las mariposas habían venido. Una amiga suya lo leyó en el periódico. Antes de venir aquí fuimos a otra casa a pedir que nos las enseñaran. Pero la señora nos dijo que teníamos que darle dinero para verlas, y entonces nos fuimos.

—Te refieres a Hester, mi suegra. ¿Era una señora con el pelo blanco recogido en una coleta?

Dellarobia se señaló una coleta imaginaria en la nuca.

—Sí —asintió Josefina.

—¿Quería cobraros por ver las mariposas? ¿Eso cuándo fue?

—Hace días.

—¿Por Acción de Gracias?

La niña le preguntó a su madre, que le respondió con una palabra que Dellarobia entendió. «Noviembre.»

—Fue en noviembre —le confirmó Josefina.

«¡Esa bruja!», pensó Dellarobia. Les estaba cobrando a todos menos a los feligreses de su congregación. Si de verdad se había producido un milagro, Hester tenía que sacarle provecho.

—¿Cómo se os ocurrió acudir aquí?

—Hoy Preston vino en el autobús, y yo vi que eras buena y amable.

—Bueno, gracias. Podéis subir y ver las mariposas cuando queráis. Gratis. Esa señora con la que hablasteis no es la dueña.

La niña tradujo y todos sonrieron. Dellarobia se preguntó si querrían subir en ese preciso instante.

—El único problema —aclaró— es que tengo un bebé que está durmiendo, así que ahora no es un buen momento. Podemos ir otro día

de esta semana si queréis. ¿Me apuntáis vuestro teléfono para que os llame?

Arrancó una hoja del bloc de dibujo de Preston y se la dio a la niña, que se la pasó a su padre con las instrucciones correspondientes. El hombre sacó un lápiz del bolsillo, escribió un número de teléfono y le devolvió la hoja. Era un número de diez dígitos, con el prefijo de la zona, pero escrito con pulcras cifras de aspecto extranjero. Los siete tenían un palito atravesado, como la letra «t».

—Entonces —dijo Dellarobia mientras doblaba en cuatro el papel—, ¿ya habíais visto esto en vuestro país? ¿Habíais visto a las mariposas reunidas?

—En Michoacán, mi papá es *guía* de las *mariposas monarca* —respondió la niña, medio en inglés, medio en español.

Estaba cada vez más entusiasmada. Botaba casi imperceptiblemente en el sofá y se quedaba sin aliento cada vez que hablaba.

—Mi papá lleva a la gente a caballo por el bosque —prosiguió— para que vean a las *monarcas*. Lo explica todo, cuenta las *mariposas* y hace muchas cosas más para los... para los *científicos*. Y mi madre les prepara tamales.

Dellarobia sujetó suavemente entre sus manos la cabecita de Preston y se la levantó para que la mirara a los ojos.

—¿Habéis hablado de esto en la escuela? ¿De las mariposas?

—La señorita Rose le dijo algo a la señorita Hunt, pero a nosotros no —respondió el niño—. Josefina me preguntó si había visto a las mariposas, porque ella sí que las había visto. Dijo que formaban esas cosas enormes en los árboles. —Miró a Josefina y otra vez a Dellarobia, temiendo como siempre haber dicho algo malo—. Por eso yo también quise verlas.

—¡Vaya! No me lo puedo creer —dijo Dellarobia sin saber por dónde empezar a preguntar—. ¿Tenéis estas mariposas en México? ¿Todo el tiempo? ¿O sólo aparecen a veces?

—En invierno —dijo la niña—. En verano, las *monarcas* vuelan por todas partes, beben de las flores y llegan hasta aquí, hasta este país. Y en invierno se vuelven para Anganguero, que es mi pueblo. Todos los años lo mismo.

—¿Y así es como se ganan la vida tus padres? ¿Trabajando con las mariposas y la gente que va a verlas?

—Mucha gente de... —Josefina hizo una pausa, con los ojos fijos en un punto a media distancia, mientras buscaba las palabras—. De todos los sitios. De miles de países.

—¿Quieres decir que llegan turistas de todo el mundo? ¿Cuántos? ¿Cien, doscientos?

Se preguntó si la niña sabría diferenciar entre unas docenas y varios cientos.

—Miles de personas. Cien millones de mariposas.

Ésa fue su respuesta.

—¿Cómo sabes cuántas mariposas hay?

La niña pareció ofendida.

—Porque mi padre es *guía* y yo voy con él a caballo.

—¿Sabes montar a caballo? —preguntó Preston en un susurro con expresión reverente, como si su amiga fuera una de las Supernenas.

—Perdona que te lo pregunte, pero ¿por qué no os quedasteis allí? —dijo Dellarobia.

—No hay más. Se fueron.

Dellarobia se inclinó hacia adelante, con las manos apretadas entre las rodillas, temiendo extrañamente lo que pudiera venir después. Fuera o no un milagro, lo de la montaña era un regalo. Se había atrevido a imaginar incluso que era un regalo para ella en concreto, pero ni una sola vez se había planteado que quizá fuera robado.

—¿Quieres decir que las mariposas no han vuelto?

—¡Ahora no hay nada! —exclamó la niña con evidente tristeza—. El agua, el barro... Hubo una *riada* ...

Miró a sus padres e hizo varias preguntas, que ellos contestaron, pero no dijo nada más.

—¿Una inundación? —preguntó Dellarobia suavemente.

Pensó en el desprendimiento de tierra de Great Lick, que se había llevado un trozo de la carretera 60, en septiembre. En las noticias lo habían descrito como una vorágine que había llenado el valle de piedras, barro y árboles astillados.

—¿Se desplomó una ladera? —insistió Dellarobia, ilustrando con el movimiento de las manos lo que quería decir.

Josefina asintió con expresión grave mientras su cuerpo se encogía en el sofá.

—*Un corrimiento de tierra* —dijo su madre en español, sentándose a la niña en la falda y rodeándola con ambos brazos con gesto protector.

Toda la familia parecía al borde de las lágrimas.

—Lo siento —dijo Dellarobia.

El padre dijo algo en español, en voz baja, y Josefina tradujo:

—Ha desaparecido todo.

—¿Qué es lo que ha desaparecido?

—Las casas, la escuela, la gente...

—¿Perdisteis vuestra casa?

—Sí —dijo la niña—. Todo. La montaña. Y también las *monarcas* .

—Debe de haber sido terrible.

—Terrible, sí. Murieron algunos niños.

«Dios mío», pensó Dellarobia. Muchas cosas podían ser «terribles», pero había diferentes grados de horror. El desprendimiento de tierra de Great Lick se había llevado un tramo de carretera y nada más. No había destruido ninguna escuela, ni se había cobrado vidas.

—¿Cuándo fue eso? —preguntó—. ¿En qué año?

La niña preguntó y la madre respondió con una palabra que Dellarobia logró entender. Josefina la repitió:

—*Febrero* .

—¿Fue el invierno pasado? Entonces ¿tú lo recuerdas? ¿Cuándo pasó? ¿Hace diez meses? ¿Vinisteis a Feathertown después de eso? ¿En primavera?

La niña asintió.

—Mis primos y mi tío ya trabajaban aquí desde hacía mucho.

—Ah, ya entiendo. En el tabaco —dijo Dellarobia.

—Tabaco —repitieron los padres, asintiendo con la cabeza.

El hombre se señaló a sí mismo y dijo «tabaco» en español, y varias cosas más. Era evidente que podía seguir la conversación hasta cierto punto. La imagen que Dellarobia se había hecho de esa familia no hacía más que cambiar. Habían tenido una casa y un trabajo que consistía en dar algún tipo de asistencia a unos científicos. Ahora, el hombre sobrevivía como jornalero. Dellarobia se sintió abrumada por el alcance de las cosas que ignoraba: montañas que se desplomaban y aplastaban a la gente. Esa noche, iría con Preston a casa de Hester y usarían juntos el ordenador.

Le tendió una vez más al hombre la hoja de papel doblada y le pidió:

—¿Le importaría escribir aquí el nombre de su pueblo? ¿Del lugar de donde vienen? Para poder...

¿Qué iba a decirle? ¿Que lo quería para buscarlo en Google? Sonaba morboso, como un caso de voyeurismo. Aunque ¿qué otra cosa eran las noticias de la televisión? Pero los mirones se sienten mucho más decentes cuando las víctimas no están sentadas en su propio sofá.

—Para saber un poco más del lugar de donde venís ustedes —dijo finalmente.

El hombre le devolvió el papel, con varias palabras escritas bajo el número de teléfono: «Reynaldo Delgado. Angangueo, Michoacán».

El apellido que Dellarobia había olvidado y el pueblo que ya no existía.

Después, siguieron un buen rato sentados, en silencio. Dellarobia había participado en muchas reuniones convocadas para rezar por diferentes causas, pero no sabía qué decir a una familia que había perdido su mundo, incluida la montaña bajo sus pies y las mariposas que llenaban el aire.

De proporciones nacionales

EL hombre llegó en un Volkswagen Escarabajo. Su coche formaba parte de la larga cola de los desafortunados que habían quedado atrapados detrás del autobús escolar, a los que Dellarobia compadecía sólo a medias mientras hacía subir a Preston al vehículo. Todas esas personas que hacían rugir los motores y agitaban las manos deberían haberse calmado y haber aceptado su destino.

—¿Llegáis tarde al trabajo? Pues, ¡mala suerte! —dijo ella con expresión desenfadada, mirando a los conductores, mientras el autobús liberaba los frenos y se alejaba rezongando a paso de caracol.

Por eso se sintió un poco abochornada cuando, después de saludar en dirección a la ventana que contenía la carita de Preston como en el marco de un cuadro, el Volkswagen naranja se salió de la fila y se detuvo justo frente a ella, al otro lado de la carretera. ¿Habría interpretado el tipo que se estaba burlando de ellos? Metió una mano en el bolsillo del abrigo para tocar el teléfono, pero fue un gesto sin sentido. Si hubiera salido corriendo, no habría necesitado más de veinte zancadas para meterse en su casa. Vio entonces que del pequeño coche salía un hombre increíblemente alto y delgado que se desplegó como una regla de carpintero.

—Estoy buscando la granja de los Turnbow —dijo con un acento que sonaba fascinante, sobre todo al pronunciar el apellido de la familia.

—Yo soy Dellarobia Turnbow —respondió ella, pero lo dijo tan atropelladamente, como un bloque ininterrumpido de sílabas, que el hombre se echó a reír.

—¿De verdad? ¿Todo eso es usted?

—Y ahí no se acaba —respondió ella, riendo—. También tengo segundo nombre y apellido de soltera: Catie y Causey.

—Está muy bien —dijo él mientras cruzaba la carretera a grandes pasos para estrecharle la mano—. Yo también tengo un nombre un poco raro: Ovid Byron. Pero usted es la primera que me supera en ese aspecto.

Tenía una forma muy rara de hablar, con un deje que le recordaba al de los cantantes de *reggae*. Dellarobia tomó nota del nombre y el apellido, y levantó la cabeza para contemplar a la persona que los llevaba. Estaba habituada a convivir con hombres corpulentos, pero ése le sacaba un palmo incluso a los Turnbow. Era alto, de piel oscura y muy

guapo. Alto y oscuro hasta la exageración. Y sí, también guapo hasta la exageración. Era tantas cosas ese señor Byron que por sí solo constituía un público de excepción, de ahí que Dellarobia sintiera el impulso de improvisar una actuación para él.

—Veo que tiene el nombre de dos poetas: Ovidio, como el poeta clásico, y Byron, como lord Byron. —Estaba jugando fuerte. Hacía mucho tiempo que había aprobado la asignatura de lengua con honores, pero por la expresión de su interlocutor, supo que había dado en el clavo—. Bastante mejor que yo —prosiguió—. A mí me pusieron el nombre de una guirnalda hecha con basura recogida en el bosque —añadió con una pequeña reverencia.

—¿Cómo ha dicho que se llamaba?

—Dellarobia —respondió ella, pasándose una mano por el pelo, que combinaba bastante bien con el color del coche del desconocido: naranja como el equipo de la Universidad de Tennessee. Quizá fuera un aficionado de dicho equipo, pero ella no iba a preguntárselo. También era posible que, simplemente, le gustara el color, por la misma casualidad por la que ella había nacido pelirroja. Pelirroja y, a esa hora de la mañana, aún sin peinar. Debajo del abrigo llevaba un pijama gris de cuadros y no se había atado las botas. Llegar cada mañana a tiempo para que Preston cogiera el autobús era una lucha que la dejaba medio grogui.

Por fortuna, no parecía que el tipo se hubiera fijado en el pijama. El hombre repitió con cuidado su nombre, dividiéndolo en dos partes —«Della Robbia»—, y frunció el ceño con expresión de concentración, como si estuviera considerando momentáneamente varias posibilidades.

—Un artista —declaró por fin—. Estoy bastante seguro de que era un pintor del Renacimiento italiano. Della Robbia. O tal vez un escultor. Creo que pintaba naturalezas muertas. «Basura recogida en el bosque», como dice usted.

—¡No, no puede ser! ¿Me está tomando el pelo?

—No, pero puedo equivocarme. —Se echó a reír—. Debería buscarlo, mujer. Después de todo, es su nombre.

La naturalidad del recién llegado le quitó el aliento. ¡La había llamado «mujer»! ¡Y le había dicho que llevaba el nombre de un artista! Eso solo ya era suficiente para hacer renacer a cualquiera. No dejó de darle vueltas a la idea mientras terminaba la extraña conversación y esperaba a que el desconocido fuera hasta el coche a buscar su mochila y su cámara. Lo condujo hasta el jardín trasero de la casa y, una vez allí, le señaló el camino. Finalmente, consiguió ubicar el acento del fascinante Ovid Byron. Hablaba exactamente como el cangrejo que canta *Bajo el mar* en *La sirenita*.

En cuanto lo perdió de vista, su primer impulso fue correr a casa de Hester y mirar en el ordenador. Nunca se le había ocurrido buscar su propio nombre en Google. Pero en lugar de eso, se contentó con encender un cigarrillo y contemplar el porche trasero, con su bodegón de botas embarradas, cajas de cartón y un triciclo de plástico tumbado de lado, de aspecto comatoso. Faltaban diez minutos para que Cub saliera a trabajar y aún tenía que darle el desayuno a Cordie, pero se decantó por la única opción que normalmente se le ofrecía en tiempos de agitación personal. Fue hasta un lateral de la casa, donde no podía ser vista desde ninguna ventana, y llamó a Dovey.

—¡Eh! ¡Más despacio! ¿Cómo has dicho que se llama? —preguntó Dovey cuando Dellarobia, en una larga frase interminable, le explicó con pelos y señales todos los pormenores del encuentro.

—Lo que intento decirte es que todavía no sé cómo he podido ser tan estúpida —dijo Dellarobia, que aún no había terminado de presentar el testimonio inicial—. ¡Llevo toda la vida convencida de que tengo el nombre de una manualidad publicada en una revista de labores, y ahora me entero de que me llamo como un artista italiano!

—Puede que el tipo se lo haya inventado. Quizá sea su manera de entrarle a las chicas. ¿Quién es? ¿Qué hace?

Dellarobia no pudo darle muchos detalles al respecto. Sabía que había recorrido medio país para ver las mariposas. Le había dicho que venía de Nuevo México. No de México, el país, sino de Nuevo México, el estado, porque no era extranjero. Alguien le había remitido el reportaje que el *Cleary Courier* había publicado en su web, y entonces él había llamado a la periodista para confirmar los datos y la localización. Después, había viajado en avión hasta Knoxville y allí había alquilado un coche.

—Vino en un Volkswagen Escarabajo, ¿te lo he dicho ya? Creo que estaba un poco abochornado por el coche. Dijo que había reservado un Prius, pero le dieron un Volkswagen. ¿Qué clase de empresa alquila Escarabajos?

—Espera un segundo —la interrumpió Dovey—. ¿Ha cruzado medio país en avión y ha conducido hasta tu casa solamente para ver *mariposas*?

—Así es.

—¿Parecía... un poco loco?

—¿Cómo quieres que lo sepa? Me paso el día con personas que quieren comerse las chinchetas que encuentran por el suelo.

—¿Cómo de mayor es ese tipo?

—Mayor que nosotras, pero no *mayor*. Tendrá..., no lo sé..., ¿cuarenta años?

—¿Qué clase de adulto viaja en un día laborable y se gasta el dinero en un billete de avión solamente para ver mariposas?

—Dímelo tú, si lo sabes. ¿Crees que me lo he inventado? Le mostré el camino desde aquí y le dije que podía subir cuando quisiera. No pienso dejar que Hester se aproveche de él. Probablemente, le cobraría el doble por ser de color.

—¿De color? ¿De qué color? ¿Qué pinta tiene?

—Pinta de no ser de aquí: mide algo así como un metro noventa, es flaco como un palo y parece afroamericano, pero no del todo. ¿Cómo explicarlo? Tiene la piel bastante clara para ser negro. Y tiene un acento increíble: meloso, suave como la seda.

—¡Ya sé! ¡Es Barack Obama!

Dellarobia se echó a reír.

—Quizá. ¡Viajando de incógnito!

—No, en ese caso tendrías más de un Volkswagen en el sendero —dijo Dovey—. Viajaría con agentes del servicio secreto.

—Es cierto. No hay ningún agente.

Dovey puso voz de presentadora de televisión:

—En un escándalo de proporciones nacionales, el presidente ha sido visto hoy flirteando con una atractiva mujer de Tennessee que se había asomado en pijama a la puerta de su casa.

«De proporciones nacionales.» A Dellarobia le pareció que al menos eso era cierto.

—¿Quién te ha dicho que todavía estoy en pijama?

—La seductora de Tennessee, casada y madre de dos niños, lo niega todo.

—Y adivina qué más.

—Sería incapaz de adivinar nada más, créeme.

—¡Va a volvee-eeer! —exclamó Dellarobia, canturreando las palabras.

—Eso espero. No iré a quedarse a vivir en la montaña.

—No, tonta. Va a volver aquí, a nuestra casa. —Dellarobia no quitaba la vista del porche delantero, aunque todavía no parecía que fuera a entrar ni a salir nadie—. Ni siquiera se lo pregunté antes a Cub. Simplemente, lo invité a cenar con nosotros.

—¡Eres la bomba! ¡No lo conoces de nada y lo metes en tu casa!

La admiración de Dovey animó a Dellarobia.

—Ya lo sé. Es una locura, ¿no? Supongo que me salió la vena protectora cuando me dijo que se alojaba en el Wayside. Es un sitio espantoso, Dovey, reconócelo. ¿Has pasado por ahí últimamente?

—¿Para qué? ¿Para conseguir metadona o charlar con alguna prostituta?

—A eso mismo me refiero. El pobre hombre ha hecho todo el viaje hasta aquí para acabar en ese hoyo. Le dije que no comiera lo que sirven en ese restaurante, porque podría ser mortal.

—Y ahora tú vas a cocinar para él.

—Pues sí, tendré que pensar en algo. ¿Qué podría hacer?

—No lo sé. ¿Esa especie de pollo mexicano con maíz? Te queda muy bien.

—¿Y si resulta que el tipo es de México? Porque me parece que la receta es falsa...

—¿Otro mexicano llamando a tu puerta? ¿No habías dicho que era más bien...?

—Sí, más bien negro, creo. No lo sé... Como Bob Marley.

—Pero ¿qué me estás diciendo ahora? ¿No me digas que tiene rastas?

—No. Es como el hermano formal de Bob Marley, el que no ha probado las drogas y ha ido a la universidad. ¡Vaya! Ahí está Cub, que ya se va a trabajar. Tengo que dejarte.

—¿Se lo vas a decir?

—¿A Cub? Ahora mismo, no. Es mejor no darle mucha cuerda. Se lo diré cuando vuelva del trabajo.

Cub ya la había visto desde la puerta delantera y le estaba haciendo señas para que entrara en la casa. Dellarobia le hizo señas a su vez, mostrándole el teléfono.

—¡Es Dovey! —le gritó—. Tiene una emergencia personal. En un segundo estoy ahí. ¿Dónde has dejado a Cordie? ¿En la sillita?

—En el parque —contestó él, metiéndose los faldones de la camisa por dentro del pantalón mientras se dirigía a la camioneta—. Hoy tenemos muchos repartos. No creo que pueda volver antes de las cinco.

—¡Yo te voy a dar «emergencia personal»! —exclamó Dovey por el teléfono.

—Lo siento.

—Eres tú la que ha invitado a cenar a un hombre misterioso de talla internacional, posiblemente el líder del mundo libre.

—Sí, será mejor que me ponga en marcha —contestó Dellarobia—, porque mi casa parece el vertedero de residuos tóxicos del mundo libre.

—¡Eh! —siguió Dovey—. ¿Sabes qué me has recordado? *Adivina quién viene a cenar esta noche*.

—¿Qué quieres decir?

—Sí, mujer... Aquella película antigua. Aquella en la que una chica blanca lleva a su novio a casa y a sus padres casi les da algo porque resulta que el novio es Sidney Poitier.

—¿Sidney Poitier? Me suena.

Dellarobia sintió que le estaba fallando la cabeza y que empezaba a olvidar los nombres familiares y los títulos de las películas. En otro tiempo, sacaba las películas de la biblioteca de seis en seis, junto con todos los libros que podía llevarse a casa. La biblioteca estaba en un local pequeño y sencillo en Feathertown, bajo una capa permanente de polvo. Llevaba un tiempo cerrada, pero antes congregaba a todo tipo de gente: viejos que hojeaban libros ilustrados de temas marítimos, amas de casa que buscaban novelas de amor y guías de reparaciones domésticas... De niña le gustaba observar a los adultos y apreciar sus muchas diferencias. Ahora sólo se relacionaba con gente que estaba emparentada con ella por sangre o matrimonio, o con personas que no hablaban, como en el supermercado.

Dovey no estaba dispuesta a renunciar a su metáfora cinematográfica.

—Tienes que haber visto *Adivina quién viene a cenar esta noche* en uno de esos maratones que hacen de la Hepburn en el canal TCM.

—Sí, claro, seguro que la he visto entera, desde los títulos del principio hasta los créditos del final —dijo Dellarobia—. Los recuerdo vagamente.

—No me digas que eres incapaz de llegar hasta el final de una película sin dormirte...

Dellarobia hizo una inspiración, como para hablar, pero no dijo nada. La televisión de Dovey, como todo lo de su amiga, sólo dependía de Dovey. Por muy estrecha que fuera su relación, ¿cómo iba a entender ella lo que era vivir en una familia en la que había que absorber la información fragmentariamente: un trozo de película, unos minutos de comedia, un poco de lucha libre y vuelta a empezar? Dellarobia dirigió la cara al cielo, sintiendo que se le llenaban los ojos de lágrimas y parpadeando para combatirlas. Si ni siquiera Dovey la entendía, ¿qué le quedaba?

—Hace mucho que no salgo —dijo al cabo de un momento.

—¡No lo necesitas, corazón! El mundo ya viene a tu casa.

A las seis menos diez, Dellarobia contempló abochornada todo lo que había en su cocina: los platos irrompibles Corelle; las sillas baratas que no combinaban con la mesa; los restos de mocos y compota de manzana que aún le parecían detectables en todas las superficies, aunque se había pasado el día entero frotando; la lavadora y la secadora, apiladas en su pequeño nicho; la ropa limpia amontonada detrás de las delgadas puertas de láminas; la bolsa térmica con el logotipo de la NASCAR en la que su marido se llevaba el almuerzo, y su propio marido, de hecho, con el pelo demasiado largo, los hombros caídos y totalmente incapaz de ver que había motivos para abochornarse. Sentado a la mesa, leyendo la página de deportes del *Courier*, parecía la ilustración del «antes» en uno de esos anuncios de tratamientos milagrosos. Pero eso era todo. Dellarobia se había casado con él de forma apresurada y no parecía que fuera a haber un «después».

—¿De dónde ha salido ese periódico? —le soltó ella secamente, notando en su voz el mismo tono que había usado unas horas antes, cuando había sorprendido a Cordie metiéndose monedas en la boca.

Cub no levantó la vista.

—De casa de mamá.

O sea, que ella no podía suscribirse al periódico, pero él sí podía leerlo en casa de su madre.

—Si no vas a ducharte, al menos podrías cambiarte de camisa.

—Por una vez he trabajado una jornada completa. Deberías dar gracias a Dios.

—Se nota por cómo hueles. Muchas gracias, Dios —dijo ella entre dientes, odiándose a sí misma por lo que sentía.

No era mucho mejor que Hester cuando lo trataba de ese modo. No podía culparlo por haber reaccionado mal al enterarse de que ella había invitado a cenar a un extraño que había conocido esa misma mañana. De hecho, lo había asimilado bastante bien: parecía asombrado, pero no desconfiado, como habrían actuado otros hombres si sus mujeres hubieran trabado amistad con un desconocido que se encontraba de paso por el pueblo. Le había avisado de que se trataba de un hombre mayor, negro y posiblemente extranjero, para evitar sorpresas que pudieran resultar embarazosas. Tal vez Cub creyera que esos rasgos inhabilitaban al desconocido para pretender a su mujer y que, por lo tanto, no hacía falta que estuviera celoso. Pero ¿debía estarlo? Dellarobia habría querido llorar, por lo muy nerviosa que estaba. Deseó haber visto la película que le había mencionado Dovey, porque entonces quizá habría sabido cómo actuar. Abrió la boca para pedirle a Cub que pusiera la mesa, pero se detuvo a tiempo. Era mejor que organizara ella las cosas para que el señor Byron no tuviera que beber en el vaso de *Bob Esponja* .

Eso, si el señor Byron se presentaba. La duda empezaba a destrozarle aún más los nervios, porque parecía como si el hombre se hubiera esfumado. Dellarobia había pasado toda la mañana con un ojo puesto en la ventana trasera, vigilando, pero no lo había visto bajar por el prado. Suponía que pasaría por su casa cuando volviera de la montaña para decirle alguna cosa: «Gracias. Bonitas mariposas. Hasta luego». A media tarde, supuso que se habría marchado ya, pero cuando se asomó, vio que el Volkswagen seguía estacionado, tan anaranjado como siempre, con su gran sonrisa curva en la parte trasera. Pensó que quizá le habría pasado algo al hombre. Imaginó las posibilidades: se habría perdido, se habría caído, se habría roto un tobillo... No era una persona habituada al campo; eso se notaba.

Secó con un paño la olla de los macarrones y se arrodilló para guardarla, esquivando a Cordie, que en ese momento entraba en la cocina con la cabeza tapada por la manta verde, como un fantasma. Cub se agachó para levantarla del suelo y ponerse sobre las rodillas el pequeño envoltorio, que no paraba de soltar grititos de felicidad.

—¿Qué habrá dentro de este fardo de trapos viejos? —preguntó, balanceándola de un lado a otro y haciéndola reír a carcajadas.

La mitad del tiempo, era como si Cub no recordara que tenía hijos, pero no había ninguna duda de que los adoraba.

—Cielo, ¿has visto a la nena por algún sitio? —preguntó.

—No, hace semanas y semanas que no la veo —replicó Dellarobia.

—¿No crees que deberíamos tirar de una vez por todas estas mantas viejas?

Levantó el verde y movedizo fardo por encima de la cabeza, provocando en la pequeña un acceso de risa histérica que un desconocido habría tomado por angustia, aunque Dellarobia sabía que no lo era. A Cordie le encantaba desaparecer. Y no dejaba de tener su gracia porque apenas unos meses antes Preston se había divertido tapando con esa misma manta el juguete al que la pequeña se dirigía gateando, para verla sentarse y chillar desesperadamente ante la repentina desaparición. Entonces Cordie aún no sabía buscar debajo de la manta, y Preston no se resistía a repetir el experimento, sorprendido por la convicción de su hermana de que las cosas que no veía dejaban de existir. Pero en algún momento, en el tiempo transcurrido desde entonces, Cordie había conquistado la mayor verdad del mundo.

—Tengo que dar de cenar a los niños —dijo Dellarobia—. Mira, está anocheciendo. ¿Qué debe de estar haciendo ese hombre todo el día en la montaña?

Cub depositó sobre el linóleo a su hija, que salió corriendo hacia el cuarto de estar.

—Sea lo que sea —dijo—, ya nos enteraremos.

—No parece muy interesado.

—¿Desde cuándo recogemos gente de la calle para darle de cenar en nuestra casa?

«Ya está —pensó ella—, ha reaccionado después de todo.» Era muy propio de Cub tardar sesenta minutos en darse cuenta de que estaba enfadado.

—Desde que decidimos comportarnos como cristianos, supongo —respondió ella—. ¿Por qué? ¿Qué planes tenías para esta noche? ¿Ver la tele como un niño hiperactivo con déficit de atención?

Cub resopló ruidosamente para expresar su disgusto y volvió a sumirse en la lectura de la página de deportes. Había sido una crueldad mencionarle el déficit de atención. Cuando estaban en la escuela, a Cub le costaba mucho seguir las lecciones. Pero su forma de manejar el mando a distancia, saltando sin cesar de las noticias al bricolaje y de los documentales al canal de compras, la ponía enferma. ¿Por qué habría tantos canales? De vez en cuando, Dellarobia se fijaba en una imagen curiosa que le llamaba la atención al cambiar de canal: una mujer nadando sola en medio del océano o una pareja de ciegos que recibía en su casa a un montón de huérfanos, pero habría tenido que arrebatarse el mando a Cub y sentarse encima para disponer de un mínimo de tiempo que le permitiera entender lo que estaba viendo.

Se moría por un cigarrillo, pero no quería oír lo que seguramente le diría Cub si en ese momento salía al porche a fumar. En lugar de eso, fue a ver el horno y llamó a gritos a los niños pensando que sería mejor seguir adelante y sentar a Cordie en su silla mientras terminaba de poner la mesa. Preston acudió obedientemente, pastoreando a Cordelia e intentando con todas sus fuerzas levantarla en brazos, como si hubiera sido capaz de sentarla en la silla alta. Sus deseos de ser útil no conocían límites. «Como *Roy* y *Charlie* —pensó ella—. Mi hijo tiene la personalidad de un border collie.» Rápidamente, le quitó a Cordie de las manos.

—No puedes levantar a tu hermana, cariño. Pesa la mitad que tú.

—Podría salirte una hernia —intervino Cub detrás del periódico.

A Dellarobia le hubiera gustado dar de cenar mucho antes a los niños y ponerlos delante del televisor mientras ella atendía al invitado. Probablemente, el señor Byron no estaría habituado al alboroto de una cena con niños pequeños. Pero Preston se había negado en redondo en cuanto se había enterado del plan, aunque ella intentó sobornarlo con un postre que le encantaba, hecho con gelatina y galletas. Preston no era muy goloso, por lo que no resultaba fácil engatusarlo. Si un misterioso desconocido había llegado al pueblo, él quería tener la primicia.

—Me pondré de centinela —anunció, mirando a la puerta trasera, a la delantera y finalmente a su madre—. ¿Por qué lado vendrá?

—No lo sé, supongo que todavía estará en la montaña. Cub, ¿te parece que vayamos a buscarlo? Lleva ahí arriba desde las ocho de la mañana.

—Tiene suerte de que no esté lloviendo —respondió Cub secamente.

—De momento, no. Para variar —dijo ella.

Cub dobló el periódico, pero no hizo ninguna otra concesión a la importancia que su mujer daba a la ocasión, que estaba condenada al fracaso si él se empeñaba en poner mala cara. Ella necesitaba que él pusiera de su parte.

—Es un visitante que ha venido a nuestro pueblo —dijo ella con calma—, y no un vagabundo que ha aparecido en la carretera. Y aunque fuera un vagabundo... «No olvidéis la hospitalidad, porque por ella, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles.» Está en la Biblia.

Cub la miró con expresión contrita. El parecido con Preston la dejaba a veces sin aliento.

—Ese hombre ha venido desde muy lejos para ver la bendición que nos ha enviado Dios —prosiguió ella, cautelosamente—. He pensado que

quizá yo podría explicarle algunas cosas acerca de las mariposas, ya que está interesado.

—Sí que podrías, sí —dijo Cub—. Ahí te doy la razón.

Dellarobia llevaba varios días atosigando a Cub con toda la información sobre las mariposas monarca que había leído en la Wikipedia, y probablemente a él no le importaría tomarse la noche libre y dejar que otro tomara el relevo en ese aspecto.

Sonaron unos golpes en la puerta delantera y todos se sobresaltaron. La familia tenía los nervios de punta, incluidos los niños. A Dellarobia no le habría extrañado que Cordie se hubiera echado a llorar solamente por el estrés. Se arrancó el delantal y corrió a abrir la puerta.

—¡Hola! ¡Bienvenido a nuestra casa! —exclamó, sintiéndose la anfitriona perfecta de un programa de televisión.

Lo llevó a la cocina y le presentó a Cub y a los niños; después, cogió unas agarraderas y corrió hacia el horno para dejar de humillarse a sí misma. Se había cambiado la ropa de mamá y se había puesto una túnica rosa de punto, *leggings* y aros en las orejas, pero de pronto le pareció que tampoco iba bien así. Se veía demasiado arreglada.

El señor Byron le preguntó si podía usar el servicio para refrescarse.

—¡Desde luego! ¡Claro que sí! Ha estado todo el día a la intemperie. ¡Preston, cariño! Muéstrale al señor Byron dónde está.

Se arrodilló para mirar dentro del horno. Al principio, había pensado preparar pastel de carne, pero enseguida le había entrado el pánico: ¿y si era vegetariano? No habría sido nada raro, sobre todo si venía de fuera. ¿Tendrían un plan las buenas amas de casa para dar de cenar a un perfecto desconocido? Finalmente, se había decidido por una cazuela de macarrones con atún, con una receta un poco más original que la habitual, pues requería una lata de patatas paja y dos de judías verdes. Le pareció una apuesta bastante segura.

Preston saltó de la silla para ayudar al invitado, pero se acercó rápida y discretamente a su madre y le preguntó al oído:

—¿Qué es el servicio?

—El baño —le susurró ella a su vez.

Preston asintió y salió de la cocina con el gigantesco forastero detrás. Dellarobia observó que las botas que llevaba el hombre parecían caras, pero el resto de su ropa era bastante corriente: cazadora gastada, camisa azul de pana y pantalones vaqueros, si es que podían considerarse corrientes unos pantalones con un largo de pierna de más de un metro. Seguramente ese hombre tendría que comprarse la ropa en

tiendas de tallas especiales. O se la compraría su mujer si estaba casado. Dellarobia dejó la cazuela sobre la mesa, le sirvió a Cordelia una pequeña porción de macarrones con queso y se puso a soplarlos para que se enfriaran. Mientras tanto, con una cuchara en cada mano, Cordie golpeaba la bandeja de la silla alta como si fuera un batería de heavy metal, marcando el ritmo con la cabeza de enmarañados rizos. Cuando volvió a la cocina, Preston le echó un vistazo a su hermana y después miró a su madre como diciendo: «Por favor, dime que yo nunca he tenido esa edad». Pero al menos Cordie no estaba chillando. Cub sacó de la nevera la jarra de té con azúcar cuando ella se lo pidió y, por fortuna, tampoco él chilló. Hasta ahí, todo iba bien. Cuando volvió el invitado y todos estuvieron sentados, Cub bendijo la mesa:

—Te agradecemos, Señor, estos alimentos y la compañía. Amén.

Dellarobia observó que el señor Byron tampoco cerraba los ojos para rezar. Era algo que tenían en común.

—Bueno, señor Byron, cuéntenos algo sobre usted —dijo Cub.

El hombre levantó una de sus manos largas y finas, como un guardia de tráfico.

—¡Oh, no! ¡Nada de «señor Byron»! Llamadme «Ovid», o me haréis sentir un anciano.

Su acento la seguía fascinando. Le recordaba a los cantantes de *reggae*.

—De acuerdo —respondió ella, sabiendo que Cub jamás lo llamaría por su nombre de pila. Incluso a ella le costaba hacerse a la idea de llamarlo «Ovid», aunque al principio había sido capaz de tratarlo de manera bastante desenfadada. Ahora sólo temía que se le escapara la canción de Bob Marley que le estaba sonando en la cabeza: *No woman, no cry*.

—Pero tú no, Preston —añadió—. Tú tienes que llamarlo «señor Byron».

Preston asintió con el tenedor a medio camino de la boca.

—¿Y qué puedes decirnos de lo que has visto allá arriba, en nuestra montaña? —preguntó Cub.

Ovid meneó muy lentamente la cabeza y bebió un largo sorbo de té helado.

—No sabría muy bien por dónde empezar.

—Son monarcas —le dijo Dellarobia.

Ovid la miró de manera un poco extraña.

—Las mariposas —le explicó ella enseguida—. Son mariposas monarca. Te costará creerlo, pero son unos insectos asombrosos. Forman esas aglomeraciones que has visto.

Con una gran sonrisa, el invitado pareció haber comprendido.

—Es cierto. Forman esas aglomeraciones.

—Pero no sólo aquí y ahora. Todos los inviernos salen de todas partes de Estados Unidos y también de Canadá, supongo, y vuelan hacia el sur para reunirse en un grupo enorme, como el que has visto ahí arriba. Millones de mariposas. Preston y yo estuvimos viendo fotos en internet. Es lo mismo que has podido observar en la montaña: racimos de mariposas que cuelgan de los árboles y cubren prácticamente bosques enteros. ¿Te lo imaginas? Bueno, claro que te lo imaginas, porque lo acabas de ver. Pero ¿te imaginas que una cosa tan pequeña y frágil sea capaz de hacer un viaje tan largo?

—Mi mujer es una experta —dijo Cub con orgullo—. Ella fue la que nos llevó hasta allá arriba. Gracias a ella, las encontramos.

Ovid asintió, escuchando y masticando con expresión pensativa.

—Me gustaría oír más acerca del descubrimiento —dijo.

Dellarobia notó que el invitado tenía pequeños tirabuzones grises entre el pelo corto y oscuro, cerca de las sienes, y que se le marcaban leves arrugas a los lados de los ojos cada vez que sonreía. Sacudió la cabeza, como para restarle importancia al cumplido de Cub, pero siguió hablando porque aún le quedaba mucho que decir.

—Vuelan miles de kilómetros hacia el sur, como las aves cuando emigran. Son el único insecto capaz de cubrir volando distancias tan grandes e incluso de sobrevolar el océano. Pueden volar más de ciento cincuenta kilómetros en un solo día. ¡Es increíble! Apuesto a que no pesan ni cinco gramos.

—Ni la mitad de eso, diría yo —replicó Ovid.

—Así es. Pero ahora viene lo más difícil de creer.

—Veamos —dijo él con una sonrisa.

—Por lo general, emigran a México. —Dellarobia apoyó el tenedor sobre la mesa y se inclinó hacia adelante—. Millones de mariposas se reúnen en un lugar concreto, en una montaña de México. Siempre en el mismo sitio. Y yo me pregunto: ¿por qué México? ¿Qué tiene de particular esa montaña?

—Buena pregunta —repuso Ovid.

—Creo que algunas van a California —prosiguió ella—. Pero, sea como sea, diría que el noventa y nueve por ciento de las mariposas acaban en México.

El recuerdo de la familia mexicana y su catástrofe le ensombreció el ánimo, pero no pensaba sacar ese tema. Quería que el desconocido la relacionara con algo bonito, sin aspectos negativos. Se echó el pelo hacia atrás y le sonrió, antes de continuar:

—Año tras año, volaban siempre al mismo lugar. Supongo que lo llevaban haciendo desde siempre, desde que Dios las creó. Pero ahora, por alguna razón que desconozco, en lugar de irse a México, parece que han decidido venir aquí. ¡Justamente aquí!

—Esta finca pertenece a la familia de mi padre desde hace casi un siglo —dijo Cub como si eso tuviera alguna importancia.

Dellarobia dio un bocado a la cena y trató de ser paciente con la forma que tenía su marido de ver las cosas. No le habría extrañado que mencionara a continuación el contrato con la maderera. Pero pensó que quizá al señor Byron le interesara una conversación de hombres. No era fácil adivinarlo. Alargó el brazo e intentó limpiarle la cara a Cordie, pero la niña apartó la servilleta cantando «na-na-na-na». Tenía el temperamento artístico de la familia. Con los dedos sucios de salsa de queso, se puso a pintar la bandeja de la silla alta, moviendo las dos manos en grandes círculos. *Paisaje de planeta con dos soles*, por Cordelia Turnbow.

Por un momento, todos dejaron de hablar. En el silencio de la conversación, se oyó un ruido sofocado de aplausos, procedentes del televisor del cuarto de estar, que nadie había pensado en apagar. Parecía alguna tontería de Spike TV, que los niños no podían ver. Más o menos una vez por semana, Dellarobia amenazaba con dar de baja la televisión por cable, pero tenían contratado un paquete con Bear y Hester, y les salía prácticamente gratis. Además, era poco probable que la familia pudiera sobrevivir sin la televisión por cable. Era como una droga. Se inyectaban los canales en vena.

—Además, comen una planta venenosa que se llama «algodoncillo» —dijo Preston—. ¡Díselo, mamá!

—Es cierto. Comen algodoncillo, que por lo visto es tóxico. En realidad las mariposas no comen. No tienen boca para masticar y lo único que hacen es beber el néctar de las flores. Pero cuando van a poner huevos, buscan una planta de algodoncillo. Y las larvas, cuando nacen, se comen las hojas, que son venenosas.

Preston intervino casi sin aliento:

—¡Y cuando se las comen y crecen y se transforman en mariposas, entonces ellas también son venenosas! ¡Por eso no se las come ningún animal!

—Tóxicas o de sabor desagradable para las aves —confirmó Dellarobia, repitiendo de memoria lo que había leído.

Ovid cruzó los brazos delante del pecho con cara de haber quedado muy impresionado, mientras asentía admirativamente, mirando a Preston.

—¡Qué niño tan listo! Me ha contado un pajarito —dijo mientras describía un círculo en el aire con un dedo hasta apuntar directamente hacia Preston— que eres un científico.

—También las llaman «mariposas del rey Guillermo» —lo interrumpió Dellarobia—. Así las llama la gente de por aquí. No sé por qué.

¿Estaba compitiendo con su hijo de cinco años por la aprobación de ese hombre? Mortificada, se mordió el labio.

—Mariposas del rey Guillermo —repitió él—. Nunca lo había oído. — Giró un poco la silla hacia Preston y, con su acento meloso, le preguntó —: Dime una cosa. ¿Por qué crees que una mariposa está dispuesta a volar una distancia tan larga para pasar el invierno con sus compañeras?

Preston dejó el tenedor en el plato y cerró los ojos, intentando hacer funcionar hasta la última neurona. Finalmente, arriesgó una respuesta:

—¿Para no estar sola?

—Una hipótesis razonable —replicó Ovid—. Sus amigas están muy dispersas, ¿sabes? Vuelan por todas partes, en un territorio muy grande. Por eso, si un chico mariposa vuelve a reunirse con el grupo, tendrá más oportunidades de encontrar una chica mariposa. Y será una chica doblemente atractiva porque vendrá de un lugar muy alejado del país. Tú todavía eres demasiado joven para pensar en esas cosas, claro. — Ovid le hizo un guiño a Cub—. Pero algún día, cuando tengas un coche... —Levantó la vista al cielo y emitió un silbido—. Entonces entenderás lo que te quiero decir.

Dellarobia quedó atónita por ese giro de la conversación y tuvo que hacer un esfuerzo para mantener la boca cerrada. No podría haber adivinado lo que estaría pensando su marido mientras se atiborraba de calorías. Parecía amigable, hambriento y ligeramente perdido. En otras palabras, era el Cub de siempre.

Ovid prosiguió:

—¿Por qué otra razón crees que se van tan lejos? ¿Por qué se van al sur? ¿Por qué eligen un país como México, donde siempre hace sol?

—¡Para estar calentitas! —exclamó rápidamente Preston, como un concursante en un programa de preguntas y respuestas.

—Para no morir de frío, exacto. Eres muy listo, Preston. Ahora intenta verlo de otra forma. ¿Y si esa mariposa fuera, en realidad, de clima cálido y soleado? Como yo. Yo también vengo de un sitio así. Pero la vida me ha dado la oportunidad de marcharme al norte para ver algunas cosas que me interesan mucho. ¿Y si la mariposa hiciera lo mismo que yo, pero no pudiera soportar las heladas invernales? ¿Qué crees que haría nuestra amiga?

Preston rió entre dientes y miró a su madre.

—¿Comprarse un abrigo?

—¡Ojalá pudiera! Pero es una mariposa.

El hombre tenía una sonrisa arrebatadora, y tan ancha que le dejaba al descubierto los colmillos.

—Era una broma —dijo Preston con afectación—. Seguramente volvería a su casa en invierno, para no congelarse.

—¡Exacto! —exclamó Ovid con un aplauso, para enorme deleite de Preston. El hombre sabía cómo hablar a los niños—. Entonces ¿qué deducimos de todo esto? —preguntó—. Que quizá la señorita monarca no es de aquí después de todo, aunque esté en nuestros jardines. No es una mariposa de aquí que se marcha al sur en invierno, sino una mariposa mexicana que viene al norte en verano para hacer turismo.

Preston asintió con los ojos muy abiertos y aspecto de estar siguiendo realmente el razonamiento.

—Pero ya sabes que un científico no puede conformarse con meras suposiciones. Necesita medir las cosas, hacer experimentos... ¿Cómo podemos descubrir la verdad acerca de la señorita monarca?

—¿Se lo preguntamos a alguien? —sugirió Preston.

—Buena idea. Se lo podemos preguntar a su familia.

—¿Cómo?

Preston estaba enganchado. Era un pequeño pez con gafas que había mordido el anzuelo.

—Hay formas de hacerlo —dijo Ovid, recostándose en el respaldo de la silla mientras cruzaba sus largas piernas y colocaba un tobillo sobre la rodilla—. Hay gente que lo ha hecho. ¿Y sabes qué han averiguado? Que todos sus parientes son mariposas tropicales. De toda su familia, los *Danaus*, la señorita monarca es la única que ha tenido la brillante idea de ir a probar fortuna a países más fríos.

Dellarobia estaba anonadada. Se sentía embaucada, turbada, furiosa, fascinada...

—Me ha contado un pajarito —dijo, señalando a Ovid— que *tú* eres un científico.

Él separó las manos en señal de que había sido descubierto y sonrió con tanta franqueza que toda su cara se convirtió en un luminoso paisaje. El suyo era un mundo con un sol de más, como el de Cordelia.

—¿Y por qué no lo has dicho antes? —Dellarobia se sofocó y tosió un poco, hasta recuperarse. Después se terminó su vaso de té—. Me has dejado que hiciera el ridículo y que quedara como una tonta. Muchas gracias.

Cub parecía haber despertado repentinamente. Dejó caer las dos manos abiertas sobre la mesa, como si acabara de entender la broma, y declaró:

—Entonces eres... *mariposólogo*, ¿no?

—Entomólogo, experto en lepidópteros. O biólogo, si lo preferís. No me importan mucho los títulos.

—Pero... —Dellarobia tardó un momento en encontrar la forma adecuada de expresar su pregunta—. Todo eso lo has estudiado en la universidad, ¿no es así? Incluso es probable que *enseñes* en la universidad.

—Así es. En la Universidad Devary, en Nuevo México. Estudié en Harvard y os aseguro que ahí... —Miró a Preston con expresión cómplice—. Ahí sí que hacía frío.

—¿Has venido hasta aquí desde Nuevo México? —preguntó Cub—. ¡Madre mía! ¿Cuánto hay? ¿Tres mil kilómetros? ¿Cuánto has tardado conduciendo?

—Vine en avión. Ha sido un viaje bastante largo y en una butaca bastante estrecha.

—Yo no he viajado nunca en avión, y mi mujer tampoco —repuso Cub con desbordante admiración.

El propio Cub se sentía parte de ese viaje. Su pequeño rincón en el mundo había aparecido en el mapa de ese hombre eminente. Aquella era una cena de proporciones nacionales. Dellarobia se sentía como si hubiera recibido un golpe en la cabeza.

—Has venido hasta aquí porque eres un estudioso de las mariposas monarca, ¿verdad? —dijo.

—Correcto. He pasado el día haciendo un censo rápido, allá arriba.

«Un censo *rápido* de nueve horas», pensó ella. ¿Las habría contado todas?

—Entonces ¿qué haces? ¿Experimentos, observaciones? ¿Y después escribes lo que ves?

El hombre asintió.

—Conferencias, artículos, un par de libros. Todo sobre la mariposa monarca.

—¡Un par de libros! —exclamó ella, recordando la cara que había puesto su invitado cuando le informó de que se llamaban «mariposas monarca».

De modo que había cosas peores que darle pastel de carne a un vegetariano, y una de ellas era atosigar con datos sacados de la Wikipedia a la persona que probablemente los había descubierto. Se había comportado como su hija, risueña y cubierta de queso. Había actuado como un bebé con la cara sucia, pero sin la excusa de ser realmente un bebé.

Preston, por otra parte, parecía ansioso por sentarse en las rodillas de ese gran hombre, y Cub también lo habría hecho si hubiera podido. Sólo Cordie permanecía indiferente, dando los últimos toques a su composición y dejando que también su pelo entrara en el cuadro. Ovid Byron no parecía ofendido mientras se servía la segunda porción de macarrones.

—Entonces —preguntó Dellarobia— ¿qué tipo de cosas estudias en esas mariposas?

El hombre terminó de masticar un bocado antes de responder.

—Cosas que, probablemente, os parecerán muy aburridas: taxonomía, evolución de la conducta migratoria, efectos de las moscas taquínidas parásitas, aspectos energéticos del vuelo, dinámica de poblaciones, deriva genética... Y también la que es, a día de hoy, la pregunta más interesante y alarmante que podemos plantearnos en este campo: ¿Por qué razón una proporción sustancial de la población de mariposas

monarca, que pasa el invierno en México desde que Dios las puso en el mundo, como has dicho tú, se ha congregado por primera vez en la historia en el sur de los Apalaches, más concretamente, en la granja de la familia Turnbow?

Todos levantaron la vista al oír el apellido de la familia al final de una frase tan solemne.

Con la visión periférica, Dellarobia captó los restos de un globo rosa que colgaban de la lámpara sobre la mesa, vestigio de una fiesta de cumpleaños celebrada meses atrás. Lo había pasado por alto durante el maratón de limpieza del día y de muchos días anteriores. Pequeño, flácido y arrugado, parecía un testículo que ha recibido un golpe, y aunque ella, obviamente, nunca había experimentado nada parecido, podía suponer lo que se sentía. Más o menos así se sentía ella ahora. Tras una patada en la entrepierna, hay que seguir adelante, pero ¡Dios, cómo duele!

—Ovid —dijo—, ¿por qué me dejaste hablar de ese modo durante media cena, cuando tú podrías habernos dicho muchísimo más sobre las mariposas?

El hombre se echó a reír y agachó la cabeza, con un fingido gesto de remordimiento, para que ella se sintiera mejor.

—Tendrás que perdonarme, Dellarobia. Es un hábito egoísta. Si sólo me escucho a mí mismo, no aprendo nada.

La extensión de un continente

PRESTON renunció a la esperanza de unas Navidades blancas y preguntó a su madre si Santa Claus sabría conducir un barco. Así era el mes de diciembre que estaban soportando. La lluvia caía a chorros y borbotones; no era una lluvia normal, sino un diluvio que se estrellaba contra las ventanas, como si les estuvieran arrojando cubos de agua. A veces el agua atravesaba los setos, la visibilidad se reducía a cero y las ráfagas de viento parecían brotar del suelo, de tal manera que llovía en todas direcciones. El nivel del agua subterránea estaba subiendo en todas partes. El jardín delantero se había convertido en un estanque lleno de hierba. Dellarobia no podía dejar que los niños salieran a jugar afuera, a menos que quisieran ponerse las botas de goma para chapotear. Si hubiese hecho sólo un poco más de calor, habría considerado la posibilidad de ponerles los bañadores para que pudieran corretear como en verano, bajo los aspersores.

Pero era pleno invierno. En el programa matinal de la radio, Johnny Midgeon había cambiado el villancico *Navidades blancas* por *Navidades mojadas* y cada día se inventaba versos nuevos. Dellarobia estaba tan harta de la lluvia que habría querido ponerse a llorar a gritos. Hacía días que el agua fustigaba los marcos de las ventanas y se colaba por debajo de la puerta de la cocina, formando charcos en el linóleo. Ella estaba cansada de fregar e intentaba bloquearla con toallas enrolladas. Eran tiempos bíblicos. «Sálvame, oh Dios, porque el agua me ha llegado hasta el alma.» Recordaba en particular ese versículo de los salmos porque sonaba dramático y moderno, y a algo que podría haber dicho su amiga Dovey.

En ese momento, habría dado cualquier cosa por salir al porche trasero y fumar un cigarrillo rápido, pero se lo impedía la toalla rosa enrollada que yacía al pie de la puerta, como una serpiente gorda y húmeda. Sabía que su tacto sería frío, como el de un animal muerto. Tocó el paquete de cigarrillos en el bolsillo de la sudadera, sintiéndose atrapada. Cordie estaba sentada en el suelo, entretenida con su teléfono de juguete. Dellarobia se esforzaba mucho para que sus hijos no fueran fumadores pasivos. ¿Qué habría hecho la señora de Noé? Su casa se estaba convirtiendo en un barco y su familia parecía perdida en alta mar.

Tiró suavemente de la puerta para abrirla, arrastrando con ella la serpiente rosa, y observó marcas de hocico en la contrapuerta, hasta una altura de unos sesenta centímetros. No parecía que fueran de los perros. Dejó abiertas la puerta y la contrapuerta de malla para escuchar a Cordie, y se escabulló hacia el porche trasero, donde se apresuró a encender un cigarrillo. Tras la inhalación, exhaló un largo y

silencioso signo de exclamación, anonadada ante el espectáculo que se abría ante sus ojos. El estanque estaba completamente desbordado. La zanja de drenaje que atravesaba el centro del prado se había transformado en un torrente. Tras el vendaval de la noche anterior, una avalancha de ramas y troncos había rodado por la ladera, formando a lo largo del prado una sucesión de diques dispersos que desviaban el agua en pequeñas cascadas. Por esas tierras no había corrido nunca ni siquiera un riachuelo, en ningún año que Cub pudiera recordar, y de pronto la colina se había convertido en una catarata que bajaba desde la cima en sucesivos peldaños. No tenía la vista acostumbrada a tanto movimiento detrás de su casa. Le daba miedo. Montones de residuos oscuros marcaban el límite que había alcanzado el agua antes de retirarse, y ella sabía que no eran hojas, sino cadáveres. Eran el último episodio de la invasión que había irrumpido en su vida. Antes de ese año, prácticamente no había mirado nunca una mariposa, y ahora los insectos se habían convertido en protagonistas de su pequeño drama doméstico, que ya no era sólo doméstico. Miró en dirección a la autocaravana del doctor Byron para ver si veía en ella señales de vida.

El hombre al que impulsivamente había invitado a cenar dos semanas antes vivía ahora junto al establo. A Dellarobia, el arreglo le parecía irreal, como tantas otras cosas derivadas de su temeridad inicial. Había sido idea de Cub permitirle aparcar el vehículo detrás de la casa, cerca del viejo establo de las ovejas, y también había sido idea suya sacar un alargador para enchufarlo a la red eléctrica exterior de la casa. A Dellarobia ni siquiera se le habría ocurrido sugerirlo. La finca no era suya. Después de tanto tiempo en la granja de sus suegros, sentía que su seguridad dependía de algo mucho más tenue que un cable alargador anaranjado. Lo único que le había ofrecido a Ovid Byron aquella primera noche, además de la cazuela de macarrones, había sido una advertencia respecto al motel. Le había dicho que era preferible que no se alojara allí cuando volviera.

Porque iba a volver. Lo había anunciado aquella misma noche. Su semestre en la universidad estaba a punto de terminar y, si se lo permitían los Turnbow, quería regresar con un pequeño equipo de investigadores para averiguar qué hacían las mariposas en la montaña: la «pregunta alarmante», como había dicho él. Les contó que cuando hacía su trabajo de campo en lugares agrestes y apartados solía alojarse en una autocaravana, y Cub enseguida le había señalado un lugar en el prado, a través de la ventana. Le propuso estacionar allí su vehículo, cerca del objeto de su investigación. El viejo establo tenía electricidad y no se usaba en invierno porque a Hester le gustaba supervisar las montas y la parición de las ovejas en el otro establo, el que estaba junto a su casa. Dellarobia se quedó boquiabierta. Hasta ese momento su marido ni siquiera parecía capaz de ir a orinar sin pedirle opinión a Bear y a Hester, y de pronto le ponía la alfombra roja a Ovid Byron a los cinco minutos de conocerlo, tal como había hecho ella. Claro que Cub era proclive a adular a cualquier persona o cosa que tuviera cierta fama. Una vez Dellarobia lo había visto quedarse sin habla mientras intentaba hacer el pedido en una hamburguesería cuando reconoció a un piloto de la NASCAR en el local. No era de

extrañar que no hubiera podido resistirse a Ovid Byron, un hombre muy simpático que podría haber encantado a una serpiente. La gente instruida tenía un poder especial.

Y ahora ese hombre tan agradable residía en una autocaravana blanca con una joroba en el techo, adosada a la cabina de una camioneta Ford, un vehículo curtido en las carreteras, que parecía haber albergado más de un acontecimiento de su vida. Ovid Byron tenía allí dentro su hogar dulce hogar: la cocina, el frigorífico y todo lo necesario. Había venido conduciendo desde Nuevo México con sus jóvenes ayudantes: Pete, Mako y Bonnie, estudiantes de posgrado, de doctorado o de algo. Ya era tarde para preguntarlo porque Dellarobia había fingido que lo entendía todo perfectamente cuando se los presentaron. Por desgracia, se había distraído mirando los músculos de los brazos de Pete y comprobando que Bonnie, de ojos oscuros y talle finísimo, estaba mucho más guapa en pantalones de camuflaje y forro polar de lo que ella jamás podría haber soñado. Los estudiantes se alojaban en el Wayside. Dellarobia se preguntaba cómo se las arreglarían para distribuirse dos chicos y una chica, y lamentaba sinceramente la mala calidad del motel. Pero sólo se quedarían una semana más. Eran jóvenes urbanos, con estudios avanzados, y podían arreglárselas.

De todos modos, pasaban cada hora de luz en la montaña, excepto durante los aguaceros más indescritibles. Por las noches se reunían en torno a una especie de mesa plegable, dentro de la autocaravana, pero ella no sabía qué hacían exactamente. Había visto montones de cuadros con números y sabía que jugaban al póquer por centavos porque la habían invitado a jugar con ellos. Había aceptado una vez, después de acostar a Cordie y Preston. No sabía muy bien si era preciso llevar un regalo a los anfitriones cuando la casa era una autocaravana, pero les llevó de todos modos un frasco de judías verdes con eneldo. Los jóvenes alborotaban jugando a las cartas mientras Ovid, sentado aparte, tecleaba industriosamente en su pequeño ordenador, que se abría como un libro y le iluminaba la cara con un fulgor azul. La luz confería un color extraño a su piel en la penumbra de la autocaravana y convertía sus gafas en dos inescrutables rectángulos de luz.

Dellarobia se sentía culpable por no invitar a esa gente a su casa para que realizaran allí sus actividades vespertinas, pero Ovid no quería perturbar la vida familiar. Les había dicho que, de lo contrario, no aceptaría el trato. Los cuatro le habían asegurado que aquella era la vida de los biólogos de campo. Ovid parecía orgulloso de su vivienda móvil. El retrete estaba en un armario diminuto que con la puerta cerrada se convertía en ducha. La mesa se plegaba y los asientos se unían para formar una cama grande. Tendría que ser realmente muy grande para acomodarlo a él con su estatura. Dellarobia se preguntaba si estaría casado o tendría familia. No se decidía a preguntárselo. El proyecto de pasar allí todas sus vacaciones no hablaba muy bien de sus lazos familiares. Sin embargo, el día anterior había anunciado que se marcharía para Navidad y Año Nuevo, que dejaría allí la autocaravana y que regresaría en enero para quedarse una larga temporada más.

Pero ella no sabía muy bien si se iba porque quería pasar las fiestas con los suyos o porque no quería inmiscuirse en la vida de los Turnbow durante esas fechas de celebración familiar.

La sobresaltó un ruido de golpes dentro de la casa. Aplastó rápidamente el cigarrillo en una maceta llena de colillas y entró a toda prisa. Encontró a Cordie de pie, con el auricular de su teléfono amarillo de juguete en la mano y el resto colgando del cable.

—¿Eras tú la que golpeaba? —le preguntó Dellarobia.

—*Abela* —replicó Cordie.

Dellarobia se sorprendió al levantar la vista y ver a Hester en el vestíbulo.

—Era yo —dijo Hester—. ¿Dónde estabas?

—Limpiando. Estaba ordenando un poco el porche trasero —mintió ella mientras repasaba con rapidez lo que Hester podía reprocharle esa mañana: los platos del desayuno todavía en el fregadero y Cordie vestida únicamente con camiseta y pañal. Había intentado vestirla, pero la niña la había castigado toda la mañana con una lluvia de «noes» que la había hecho sentirse lapidada por el pecado de ser madre.

—Tanta agua me está volviendo loca —añadió—. Siéntate. Te haré un café.

—Ya he tomado café, pero puedo beber otra taza si no te importa prepararlo.

Hester miró a su alrededor en busca de un lugar donde dejar el chubasquero mojado.

—No hace muy buen día para salir, ¿no?

Dellarobia se hizo cargo del abrigo de Hester, como si fuera una invitada.

—«Extiende tu mano desde lo alto; redímeme y sácame de las muchas aguas.»

—Eso mismo estaba pensando yo hace un momento —replicó Dellarobia, sorprendida—. Me estaba acordando de los salmos de catástrofes. La gente suele pensar que los salmos sólo hablan de cosas agradables.

Su suegra no pareció muy impresionada por su comentario acerca de los salmos. Intentó concentrarse en una sola cosa a la vez: colgar el chubasquero, limpiar la mesa... Hester era prácticamente una extraña en su casa. Todo sucedía siempre en la casa grande: el esquileo, el

envasado de los tomates, las conversaciones familiares, los velatorios... Su casita de dos dormitorios parecía pequeña y endeble en comparación con el caserón donde Cub y su padre habían pasado la infancia, pero el problema no eran las dimensiones ni la cantidad de sillas. Bear a veces transigía y se acercaba a la casa de su hijo para desmontar y volver a montar un motor, y en los últimos tiempos, Hester conducía a sus grupos de visitantes hasta la colina cercana. Pero a todos los efectos prácticos, el rincón de la finca que ocupaba la casa de su hijo era una zona muerta para Bear y Hester. Habían construido la casa once años atrás con un préstamo bancario. Ellos mismos habían elegido el plano y los colores, y habían aportado la entrega inicial como regalo de bodas, cuando Cub embarazó a Dellarobia, como ellos decían. Desde entonces, no habían dejado de lamentar el gasto.

—¡Abela ! —volvió a exclamar Cordelia, dejando caer el teléfono y poniéndose a bailar.

A Dellarobia le sorprendió que se pusiera tan contenta por ver a su abuela, pero entonces se dio cuenta de que la radio emitía *Jingle Bell Rock* a todo volumen. Apagó la música y Cordie se desplomó en el suelo, como una marioneta a la que han cortado los hilos.

—Lo siento, cariño, pero la abuela y yo necesitamos oír lo que decimos.

Cordie se vengó de inmediato haciendo un ruido infernal con el disco del teléfono de juguete. Si algún objeto albergaba en su interior un ruido terrible, esa niña siempre conseguía encontrarlo.

Dellarobia intentó concentrarse en la preparación del café. Tenía los nervios alterados por la presencia de Hester, que sólo podía traer malas noticias. La familia llevaba semanas discutiendo por todo lo referente a las mariposas, sobre todo por el cobro de las visitas y el hecho de haber dejado que el biólogo se instalara en la finca. En la iglesia cada vez se oían más comentarios acerca del papel de Dellarobia en el supuesto milagro, y el periódico había publicado un segundo reportaje, que la mencionaba otra vez en el titular. Si Hester y Bear culpaban a alguien por todo lo que estaba sucediendo, no era precisamente a Cub. ¿Sería posible que sus suegros quisieran pedirle el divorcio en nombre de su hijo? Fuera cual fuera la misión que la había llevado a casa de su nuera, Hester iba vestida con desusada discreción: camisa de cuadros, vaqueros, cinturón con una gran hebilla de plata y botas viejas. Estaba tan empapada que la coleta le goteaba. ¿Necesitaría una toalla?

—Veo que tienes un árbol en casa —dijo Hester con el mismo tono que habría empleado para comentar que había visto una alpaca en el baño.

—Tenemos un ambiente muy navideño, ¿verdad? Preston fue ayer con Cub a cortar ese pequeño cedro, al lado de la valla. Tuvimos que trasladar el televisor para hacerle sitio.

Dellarobia estaba exagerando el entusiasmo por culpa de los nervios. Sus hijos nunca habían tenido un árbol de Navidad en casa, ni una sola vez. Sólo los habían tenido en casa de Hester. Todo lo hacían allí, incluida la entrega de los regalos de Santa Claus. Ese año, Preston había preguntado por qué a Santa Claus no le gustaba su casa, y eso había sido suficiente para que Dellarobia tomara una decisión.

—Lo malo es que no tenemos adornos —añadió con la esperanza de que Hester captara la indirecta.

Hester tenía cajas y cajas de adornos navideños; tenía tantos que no habría podido colgarlos todos en un solo árbol. ¿No se suponía que los abuelos compartían ese tipo de cosas? Dellarobia había perdido a toda su familia, por lo que sólo podía hacer suposiciones al respecto. A veces deseaba haber conservado los juguetes de madera que le fabricaba su padre en el taller, juguetes de una sencillez que sólo había reconocido como pobreza en retrospectiva, cuando su padre ya había muerto. Cuando los recibía, era demasiado pequeña para envidiar las Navidades de los otros niños y sus regalos que funcionaban con pilas. Encendió la cafetera con gesto decidido y sólo entonces se dio cuenta de que había dejado el agua en la jarra, en lugar de echarla en el depósito de la máquina.

—El prado de abajo está totalmente encharcado —dijo Hester.

«Perfecto —pensó Dellarobia—. Fin del tema del árbol de Navidad.»
Corrigió su error y volvió a encender la cafetera, esta vez correctamente.

—Todas las reproductoras están allá abajo —prosiguió Hester—, pero no me gusta. No es bueno para ellas.

—Tendrá que parar de llover, ¿no?

—Dicen que no —replicó Hester—. El prado de abajo suele estar bien, y la hierba es buena. Pero este año, no.

El atronador repiqueteo del teléfono de Cordie no paraba nunca. Dellarobia pensó que habría que castigar físicamente a los diseñadores de juguetes como ése. Contó los segundos hasta que empezó a salir el café. Fuera lo que fuera lo que había llevado a Hester a su casa, estaba segura de que no eran las ovejas.

—Podrías traerlas aquí, al prado de atrás —le ofreció— si te parece bien. Después de todo, también son tus tierras.

—Ya sé que son mías. Pero hay que vacunarlas y, antes de que nos demos cuenta, empezarán a parir. Quiero tenerlas cerca, donde pueda vigilarlas.

—Nosotros podríamos vigilarlas por ti. A Preston le encantan los corderos y a mí también. Es la parte que siempre me ha gustado más: ver nacer a los corderitos.

—No es ningún juego —dijo Hester—. Hay que saber muy bien lo que haces.

Dellarobia hizo una mueca, de pie frente a la cafetera y de espaldas a su suegra. Hester siempre presentaba todo lo que hacía como lo más difícil del mundo; pero por lo que Dellarobia había visto, lo único que hacía durante la parición era entrar en el establo todas las mañanas y ver si alguna oveja había parido gemelos. Sin embargo, no dijo nada.

Hester se puso de pie y fue a mirar por la ventana, presumiblemente con el propósito de evaluar el estado de la hierba para sus valiosas ovejas. Pero en lugar de eso, preguntó sin preámbulos:

—¿Está ahí, dentro de esa cosa?

—¿Quién, dentro de qué cosa? ¿No estábamos hablando de las ovejas?

—Tú sabes de quién hablo.

—¿Del doctor Byron? No lo sé. No me informa de sus horarios.

Las ventanas de la autocaravana tenían cortinas de cuadros, amarilleadas como un periódico viejo y habitualmente cerradas del lado de la casa. Tras comprobar que no era mucho lo que podía ver, Hester volvió a la mesa. Dellarobia se sentó frente a ella con dos tazas de café. Le pasó una, junto con el azucarero, y vio cómo le echaba al café una sucesión de cucharadas rebosantes de azúcar. ¿Dónde metería todas esas calorías? Misterios del universo. ¿Y la dulzura? ¿Adónde iría la dulzura?

—Parece extranjero —declaró Hester—. ¿Al menos sabes si es cristiano? Podría ser cualquier cosa. ¡Y tú aquí con los niños! Bear y yo no sabemos muy bien qué pensar.

Dellarobia puso cara de póquer. Si Hester quería jugar, ella estaba dispuesta.

—No creo que vaya a robarnos. Nos paga doscientos dólares al mes de alquiler.

—¿Os paga alquiler?

—Hace mucho que lo acordamos. ¿No te lo ha dicho Cub? —Sabía que no; Cub tenía miedo de mencionar el asunto. Bebió un largo sorbo de café quemante para que Hester tuviera que esperar—. Fue idea del doctor Byron. El Gobierno le concede una subvención con la que cubre

los gastos cuando sale a investigar. Dice que son sus «dietas» y nos da una parte a nosotros. Supongo que el dinero servirá para pagar el préstamo de Bear.

La expresión de Hester se volvió más seria.

—¿Trabaja para el Gobierno?

—No directamente. Es un poco complicado. Trabaja en una universidad, y lo que hace aquí es parte de su trabajo. Supongo que el Gobierno paga para que la gente investigue.

Hester resopló.

—¡Vaya un trabajo! ¡Mirar mariposas!

—¿En lugar de mirar ovejas?

—Las ovejas sirven para poner comida sobre la mesa y ropa sobre los hombros de la gente.

—Bueno, supongo que Dios creó a las mariposas por alguna razón, y a nosotros nos ha enviado un buen cargamento. Quizá sólo deberíamos aceptarlo y rezar.

Entusiasmada por su descaro, se bebió el café en silencio, reprimiendo una sonrisa.

Cordie empezó a dar vueltas por la habitación, gritando:

—¡Guau, guau, guau!

Todavía sostenía en la mano el auricular del teléfono de juguete y arrastraba el resto del aparato por el suelo, llevándolo de paseo, como si fuera un perrito. Cada pocos segundos, se volvía para ver si la seguía. Como era un teléfono, no tenía ruedas, por lo que se dejaba arrastrar muy mal. Se caía de lado todo el rato, como una tortuga vuelta del revés a la que arrastraran por el cuello hasta matarla.

Dellarobia se sorprendió cuando volvió a mirar a su suegra y descubrió que tenía los ojos llenos de lágrimas.

—Hester, ¿qué tienes? ¿Qué te pasa?

Rápidamente, Hester desvió la cara, tal vez porque no quería revelar sus emociones. Cuando volvió a hablar, su voz fue firme y seca.

—Te aseguro que yo rezo mucho. Y todavía no sé qué hacer.

Dellarobia alargó una mano para serenar a Cordie, que para entonces había descubierto que podía levantar el teléfono por el cable y hacerlo botar sobre el suelo, como un yoyó. Con la voz más dulce que logró articular, le preguntó a su suegra:

—¿No sabes qué hacer, a propósito de qué?

Hester tenía su expresión habitual de enfado y desaprobación, pero sus ojos grises eran dos pozos llenos de expectativas que parecían venir de otra parte. Dellarobia creyó ver en ellos a una persona más joven, a alguien que tal vez tenía esperanzas y podía enamorarse, a la chica que se vestía de ese modo para ir a fiestas con música country.

—Bear ha firmado el contrato —dijo Hester finalmente—. Con esos hombres de Money Tree. Dice que va a seguir adelante llueva o truene, haya o no mariposas del rey Guillermo. No entiendo por qué no pueden esperar un par de meses y ver qué pasa. Rezo todos los días para que esperen. Dios quiere que alabemos su gloria. Tú fuiste la primera de nosotros en descubrirlo.

Totalmente desconcertada, Dellarobia se sentía como un coche que se ha quedado sin gasolina. Sin la irritación habitual entre ellas, su relación con Hester se paraba por falta de combustible. Se levantó de la mesa y se colocó a Cordelia sobre la cadera. Tenía que cambiarle los pañales. ¿Debía abandonar la habitación en un momento como ése? Se sentó de nuevo mientras Cordie, en su regazo, no dejaba de repetir:

—*Tre, do, tre, cuato* .

Preston le había estado enseñando a contar.

Hester miró a Dellarobia con gesto franco.

—Cub dio la cara por ti —dijo—. Al principio, no me pareció bien. Pero ahora me doy cuenta de que hizo lo que debe hacer un buen marido. El chico tiene buen corazón. Pero su padre no piensa dar su brazo a torcer hasta que todo esto termine.

—Entonces ¿Bear no va a cambiar de idea?

A Dellarobia le resultaban tan inquietantes sus pensamientos sobre las mariposas que había empezado a racionarlos, como algo dulce y escaso. El valle de luces, las zarzas envueltas en llamas anaranjadas... Nunca podría contarle a nadie cómo había sido en realidad, ni decir que ella había subido antes. Incluso aquel primer día le había parecido irreal. Hester dejó ir el aliento lentamente, y Dellarobia distinguió en su exhalación un temblor lacerante, como si estuviera soportando un dolor terrible. A veces las ovejas respiraban así cuando parían. La idea le dio miedo. Todavía estaba esperando a que naciera la cosa monstruosa que su suegra había ido a parir en su cocina, fuera lo que fuese.

—Ni Peanut Norwood ni él están dispuestos a echarse atrás —dijo Hester—. No creo que sea solamente por el dinero. El dinero es importante, sí. Pero ¿por qué tanta prisa? ¿Por qué no escuchan a nadie? Creo que se empujan el uno al otro, como si desdecirse no fuera de hombres.

Dellarobia dejó de fustigarse mentalmente y se vació de pensamientos normales. Por alguna razón, se puso a pensar en su curso de lengua y en los grandes temas de la literatura: el hombre contra el hombre y el hombre contra sí mismo. ¿Podría el hombre estar alguna vez a favor de algo?

Hester evitó mirarla directamente a los ojos.

—Creo que Cub se enfrentaría a ellos si tú lo apoyaras.

Entonces, en un fogonazo, Dellarobia lo comprendió. Vio a Hester sopesando las opciones morales y tragándose su vasto y considerable orgullo: para hacer lo correcto, necesitaba la ayuda de su nuera, y eso era todo un hito.

—Hester —le dijo—, me parece que necesitas un cigarrillo.

La expresión de su suegra se ablandó por la gratitud, igual que las caras de las mujeres que habían salido la semana anterior por televisión, al enterarse de que sus maridos habían sido rescatados del desastre en la mina. La salvación en todas sus formas se expresaba de la misma manera. Con Cordie aún en el regazo, Dellarobia se estiró para abrir el cajón de la cocina donde escondía el cenicero. Lo deslizó sobre la mesa hacia Hester, junto a su paquete de cigarrillos. No eran de la marca adecuada, pero por una vez, su suegra no iba a criticarla.

—Tengo que cambiarle los pañales —dijo Dellarobia—, discúlpame. Volveré dentro de un minuto. Y ya que estoy, intentaré que haga una pequeña S-I-E-S-T-A antes del almuerzo.

Sin ser consciente de las intenciones de su madre, Cordie siguió aporreando el auricular de su teléfono contra el borde de la mesa. Fruncía el ceño muy concentrada y dirigía los golpes: pam, pam, pam. Dellarobia notó que lo estaba usando como un martillo. Estaba clavando clavos, tal como había visto hacer a su padre la noche anterior, cuando había cambiado los burletes de las ventanas.

Hester casi sonrió.

—¡A esta niña se le ocurre hacer de todo con un teléfono! De todo, menos hablar.

Dellarobia se puso a estudiar el juguete, con su cuerpo voluminoso, su cable, su auricular y su disco para marcar, y se dio cuenta de que no se

parecía a ningún teléfono que Cordelia hubiera conocido en su corta vida. Para ella, los teléfonos estaban en los bolsillos de la gente, se abrían y, ciertamente, no tenían discos para marcar los números.

—¿Cómo va a usarlo para hablar? Ni siquiera sabe que es un teléfono.

Hester era incapaz de comprenderlo. A sus ojos, aquello era un teléfono y no había más que decir. Incluso a Dellarobia le había costado entenderlo. Ella veía en ese juguete algo que era del todo invisible para su hija, dos realidades que coexistían, una junto a otra. Le resultaba pasmoso ser una de las personas que veían el mundo tal como había sido antes. Y mientras tanto, los niños seguían adelante.

Después de la tormenta, el mundo apareció transfigurado. Piedras achatadas jalonaban el prado con su fulgor mate, dispersas sobre una ladera que parecía una pintura hecha con los dedos embarrados. Al retirarse, el agua había dejado grandes curvas de lodo que seguían los contornos de la colina, empujadas de un lado a otro por corrientes que se regían por normas incomprensibles. «Lavado en la sangre del cordero», fueron las palabras que le vinieron a la mente cuando salió al exterior, pero no era sangre lo que había lavado la granja, sino el contenido completo de las nubes, más agua de la que podría haber contenido el cielo de cualquier condado. Al final de la tormenta, la electricidad había hecho varios guiños, por lo que Dellarobia decidió acercarse a la autocaravana para comprobar que todos estuvieran bien. Le resultó extraño llamar a la puerta diminuta de la casa rodante, pero Ovid y los estudiantes la recibieron como los alborozados supervivientes de un naufragio, sentados en el exiguo espacio alrededor de la mesa plegable. Trabajaban con calculadoras a la luz de un farol alimentado con batería. Pero lo que más le llamó la atención a Dellarobia fueron los montones de ropa mojada que había en todos los rincones de la pequeña y húmeda guarida, después de todos los días que habían pasado trabajando bajo la lluvia, antes de que los rayos los obligaran a buscar refugio bajo techo. Intentó imaginar lo mucho que debían de amar lo que hacían para estar dispuestos a soportar unas condiciones de trabajo tan deplorables. Cuando les ofreció pasar algunos de los montones de ropa por su lavadora y su secadora, los jóvenes la ovacionaron y le entregaron un cargamento entero. Mako se quitó las botas y le dio directamente los calcetines, que estaban empapados. Cuando más tarde Dellarobia regresó con la ropa limpia y doblada, le rogaron que se quedara un momento a charlar con ellos. Fue entonces cuando la invitaron a acompañarlos a la montaña. A menos que se abatiera un tornado sobre la granja, pensaban volver al trabajo.

Y fue lo que hicieron, en una posdiluviana mañana llena de lodo, que hacía pensar en Noé y su arca. ¿Dónde estaría el arco iris? Mientras subían por el camino grande, Dellarobia observó con sorpresa la cantidad de desechos de fabricación humana que la lluvia había arrastrado desde lo alto de la montaña, un lugar donde no vivía nadie: una botella de plástico achatada por un costado, de un amarillo brillante bajo su antigua pátina de polvo; bolsas de supermercado

reducidas a jirones blancos; un trozo grande y alabeado de chapa ondulada; viejos postes con restos de alambre de espino, recuerdo de alguna frontera que habría perdido su razón de ser, y un sinfín de colillas de cigarrillos, que también evocaban algún pasado personal, quizá incluso el suyo propio.

Pete abría la marcha, hablando con Ovid en voz baja en una lengua que a ella le resultaba casi familiar, pero incomprensible: *microalgos* moderados, *ratios*, congregaciones, *blablá-pausas* ... La chica, Bonnie, era la más atenta con Dellarobia. Se había quedado un poco rezagada para hablar con ella y preguntarle por sus hijos, su infancia y ese tipo de cosas. Eran temas que no tardaban en agotarse, pero Dellarobia agradecía su esfuerzo. Nunca había estado con gente de otro estado y se sentía terriblemente nerviosa. De hecho, casi no había vuelto a hablar con nadie desde que había dejado el trabajo de camarera, antes de que naciera Preston. Aunque pareciera una tontería, incluso le había costado decidir qué ponerse. Sus viejas botas de granjera, con suelas de cuero, parecían pobres y provincianas en comparación con el calzado de alta tecnología de esos chicos, con paneles de malla y suelas de caucho que parecían de astronauta. Eran como esos jóvenes de las series de televisión, de familias supuestamente normales, pero vestidos por diseñadores y siempre con ropa nueva. Ella, en cambio, se había puesto sus botas de granjera y sus vaqueros. Como había visto que Bonnie siempre se anudaba un pañuelo a la cabeza, por detrás de la coleta, había hecho lo mismo.

—¿Tienes a tus dos hijos en la guardería? —le preguntó Bonnie.

—Preston va al jardín de infancia, pero sólo media jornada; vuelve a casa a mediodía. Y Cordelia sólo tiene dieciocho meses, y todavía hay que atenderla el día entero. Hoy mi marido no ha ido a trabajar y se ha quedado a cuidarla.

A Cub no le había entusiasmado la idea, pero no tenía ninguna otra cosa que hacer. Había trabajado sólo dos jornadas completas en las dos últimas semanas. Nadie encargaba grava cuando estaba diluviando. Pero Dellarobia no le contó nada de eso a Bonnie. Habría querido que fluyera la conversación, pero ni siquiera sabía por dónde empezar. Y tenía tantas ganas de fumar que le dolían las encías. Últimamente estaba mal visto fumar. Estaba segura de que esa gente la miraría mal si fumaba, por lo que había decidido no fumar durante toda la excursión, y para tener más probabilidades de cumplir su propósito, se había dejado los cigarrillos en casa. Pero los quince minutos transcurridos le habían bastado para comprender la locura de su plan. Tenía los nervios de punta, como el primer día que había subido por ese mismo camino, en secreto. Entonces también se había sentido a punto de estallar por la fuerza combinada del miedo y la excitación.

Ella era la única de la familia que había jugado al póquer con científicos, la única que les había lavado la ropa y la única a la que habían invitado a ir con ellos a ver lo que hacían. Hester se moría por

averiguarlo. Ella misma lo había confesado, aunque nunca mostraba del todo sus cartas. Se había quejado de que el doctor Byron casi no le hablaba y de que se limitaba a saludar y a seguir con su trabajo cada vez que se lo cruzaba cuando subía con sus grupos de visitantes. Dellarobia recordó la noche de la cena, cuando prácticamente les había ocultado sus conocimientos por pura modestia.

—Tienes que sonsacarle las cosas. ¿Le hiciste alguna pregunta? —le había dicho, sabiendo que Hester jamás le preguntaría nada, al creerse investida de la gloria de saberlo todo.

Los estudiantes también eran distantes y estirados, en opinión de Hester. Dellarobia lo había pensado al principio, pero ya no, después de lavarles y doblarles la ropa interior. Ese tipo de cosas rompían mucho el hielo.

Un nuevo torrente bajaba impetuoso por el camino grande. Durante un trecho consiguieron saltar por encima de los charcos y los riachuelos, pero pronto vieron que el sendero desaparecía bajo una corriente marrón. Un árbol caído, atravesado en el camino, embalsaba el agua. Pete y el doctor Byron se adelantaron para buscar un lugar por donde fuera posible cruzar el río sin peligro, o bien rodearlo. Pete parecía más experto que los otros dos estudiantes, y Mako tenía aspecto de ser el más joven, tal vez a causa de su denso pelo negro, despeinado como el de un niño. Tenía bonitos rasgos extranjeros, y Dellarobia supuso que sería japonés, aunque él le había dicho que era de California. Ninguno de los ayudantes de Ovid Byron era jovencísimo, sino más o menos de la edad de ella, e incluso era posible que Pete fuera mayor. Pero Cub los llamaba a todos «los chicos», y a ella no le sonaba mal. Quizá porque no tenían hijos. Eran libres de pasar el día entero mirando bichos.

Hacía frío, tanto que se veía el aliento. Frío como para ponerse la chaqueta más gruesa de caza. Mako, Bonnie y ella aguardaban en silencio junto al torrente, con la vista fija en la parda corriente turbulenta. Objetos ocultos bajo el agua tumultuosa formaban picos y hondonadas que insinuaban la forma de lo que había debajo. Dellarobia recordó el día en que Cub y ella habían estado de pie dentro del mar de mariposas, y vio otra vez los objetos en movimiento que trazaban los contornos de los cuerpos inmóviles. El agua era feroz y oscura. Coágulos de espuma se pegaban a las orillas, como la jabonadura sucia del fregadero después de lavar los platos. Una cinta deshilachada de vivo color anaranjado ondulaba en la corriente, enredada en una rama. Le llevó un minuto reconocerla como la señal que usaban los leñadores para indicar los árboles que iban a talar. Fue una conmoción. Había bajado hasta ahí desde la cumbre. El torrente seguía ese camino y la siguiente parada sería su casa. Había leído un poco en internet acerca del pueblo de México donde la amiga de Preston y su familia habían perdido su casa, y sabía que antes de la catástrofe habían talado el bosque. Algunos decían que la combinación de la desaparición de los árboles en las cotas altas de la montaña, por encima del pueblo, con las lluvias torrenciales habían causado los desprendimientos de tierra. Las espeluznantes imágenes mostraban casas y coches convertidos en

metales retorcidos, aplastados entre capas de barro, y postes del teléfono partidos en dos como endebles ramitas. Dellarobia había tenido que cerrar apresuradamente el ordenador, antes de que Preston comprendiera del todo lo que estaban viendo. Le había dicho que no se preocupara, que todo eso había pasado muy lejos.

Volvió a aparecer Pete y los llamó a gritos para enseñarles el camino. Era asombroso lo mucho que el agua en movimiento sofocaba las voces. Se apartaron del sendero para reincorporarse más arriba, en el punto donde confluían dos riachuelos. Pete le señaló a Dellarobia cómo se unían las dos corrientes: una turbia y amarilla, procedente del camino, y otra clara y transparente, procedente del bosque. El agua clara y la oscura corrían paralelas varios metros, antes de mezclarse. Pete le dijo que el bosque era una protección contra la erosión, pero que ese bosque en particular estaba un poco deteriorado. Por todas partes había ramas rotas, dispersas sobre la hojarasca encharcada. La escorrentía formaba arroyos que socavaban la tierra hasta dejar al descubierto el lecho de piedra y grava. Le pareció extraño ver el suelo del bosque desnudo. Era como si la tierra fuera una roca vestida con un traje finísimo.

Se metió las manos frías en los bolsillos y siguió andando. Se sorprendió cuando el grupo abandonó el camino y empezó a bajar hacia el barranco por una senda que no conocía. Era probable que la hubieran abierto ellos mismos. Conducía directamente al corazón del valle, donde estaban los abetos y las mariposas. Ella ya había visto montones de mariposas muertas a los lados del camino, entre los desechos que arrastraba la corriente, pero allí el suelo estaba por completo tapizado con cadáveres aplastados de insectos que yacían en diferentes posturas, como el dibujo de un extraño pavimento. Ninguna mariposa tenía las alas abiertas, como las había visto ella, en reposo o en vuelo, sino que yacían cerradas, como dos manos en actitud de orar. Le disgustaba mucho pisarlas, pero los demás lo hacían. Sin embargo, no las pisaban por falta de atención. De vez en cuando se paraban, las recogían y las abrían, como libros diminutos cuyo texto supieran leer. Bonnie le enseñó a Dellarobia a diferenciar a los machos, que tenían los bordes de las alas más oscuros que las hembras y un punto negro en cada una de las alas inferiores.

Se detuvieron y descargaron las mochilas en un lugar tranquilo, donde el torrente pasaba por debajo de un viejo tronco caído cubierto de verde musgo aterciopelado. Todos los árboles circundantes estaban cargados de colgantes racimos de mariposas, y de ellos se desprendían ejemplares aislados, como una incesante lluvia de insectos que se quedaban temblando en el suelo, tomándose su tiempo para morir. Dellarobia se preguntó si habrían subido hasta allí para participar en el funeral de las mariposas, aunque viendo a los científicos, no lo parecía. Todos estaban de buen humor, muy atareados con las mediciones, los envoltorios de plástico, las cajas de sobres de papel encerado y los útiles diversos que ella desconocía, sobre todo básculas e instrumentos de medir. Ovid Byron le pareció particularmente enérgico y decidido; en

cuanto vio algo entre los árboles, se adentró en el bosque con Pete, señalando y hablando mientras subía la pendiente.

Mientras tanto, Bonnie y Mako empezaron a desenrollar una larguísima cinta métrica de plástico, que tendieron por el suelo del bosque, en una línea blanca que seguía el contorno de la montaña y atravesaba en toda su longitud el área donde las mariposas colgaban de los árboles. Después, con mucho cuidado, fueron colocando cuadrados a los lados de la cinta métrica, a intervalos regulares, con algún propósito que Dellarobia ignoraba. Su conversación, cuando ella conseguía oírlos, era más personal que científica. Hablaban de la música que llevaban en sus respectivos iPod —nombres que ella no había oído nunca— y se quejaban del lugar donde habían desayunado, al que describían como «ruin» por la lentitud de la camarera y la música country. Se preguntó si sería muy diferente del Feathertown Diner, donde ella había trabajado y en el que la hacían llevar un delantal de poliéster de lo más cursi y ponían canciones de George Strait y Patty Loveless en el radiocasete, de la mañana a la noche. ¡Qué veredicto tan sorprendente! ¡«Ruin»! Quizá no lo decían del todo en serio, como cuando comentaban que algo era «épico», «deleznable» o «estelar». Habían encontrado un restaurante mexicano en Cleary que les había parecido «legendario». ¡Y ella ni siquiera sabía que existía! Se sentó en el tronco musgoso, sintiéndose sola e inútil. Le habían contado que los tres habían estado en México, en un proyecto del doctor Byron sobre las mariposas monarca. No tenían más de veinticinco años y ya habían viajado en avión, se habían movido entre personas extranjeras y habían pisado el suelo de otro país. Dellarobia nunca había viajado a ningún sitio, excepto a Virginia Beach, cuando su padre aún vivía, pero eso era todo. No tenía fuerzas ni para envidiarlos porque su envidia habría tenido que ser colosal. Ni siquiera tenía esperanzas de ir algún día al restaurante mexicano de Cleary, fuera o no «legendario». Cub no quería ni oír hablar de comida extranjera.

Se preguntó si sabrían algo acerca del corrimiento de tierra en el pueblo de la familia de Josefina. La familia mexicana había vuelto para ver las mariposas y, después, le había hecho una breve visita a Dellarobia en su cocina. Ella se lo había ocultado a Cub. Lupe y Reynaldo. Resultaba un poco incómodo comunicarse con ellos, pero se morían por hablar de las mariposas y conocían muchísimos datos. Era enternecedor. Lupe hablaba un poco de inglés cuando entraba en confianza. Tenían otros dos hijos: dos chicos más pequeños que Josefina, que se quedaron sentados en el suelo con Cordelia, contemplando con admiración sus juguetes. Lupe le dijo a Dellarobia que estaba buscando trabajo para limpiar en casas o cuidar niños, y se ofreció para quedarse con Preston y Cordie cuando ella quisiera salir. Dellarobia se echó a reír, porque ella no podía permitirse contratar a nadie, y le dijo que la oferta habría sido tentadora si hubiese tenido adónde ir.

Bonnie la sacó de su ensoñación:

—¡Eh! ¿Te apetece trabajar un poco?

Dellarobia se cuadró como un soldado, como solía hacer Preston. Mientras Mako manipulaba un GPS, Bonnie le entregó a ella una libreta y le explicó que iban a pasar varias horas de rodillas, contando los insectos que había en el suelo. Le dijo que la línea marcada por la cinta métrica era un «transecto» y que el plan consistía en contar las mariposas que quedaban en el interior de cada uno de los cuadrados distribuidos en toda su longitud. Tenían que anotar el número de mariposas que había en cada cuadrado y el «ratio de sexos», lo que significaba que había que contar a los machos y las hembras. Bonnie le pidió a Dellarobia que identificara el sexo de varias mariposas para estar segura de que sabía hacerlo. Ella se puso muy nerviosa, pero se tomó su tiempo y los acertó todos. Era su primer examen en una década y lo había aprobado con un diez.

Bonnie dispuso la cinta amarilla de señalización a lo largo del transecto, numeró los cuadrados y le asignó diez a Dellarobia, mientras que Mako y ella se quedaban con veinte cada uno.

A Dellarobia se le ocurrieron muchas preguntas y todas ellas empezaban de la misma manera: «¿Por qué demonios...?». Si le decía a su familia que esa gente se pasaba el día entero contando insectos muertos, no se lo creerían. Se preguntó si lo que estaban estudiando sería una especie de desastre, pero se dijo que quizá era una pregunta tonta. Los chicos parecían concentrar todos sus esfuerzos en las mediciones más sencillas. Guardó silencio y se dedicó a observar cómo trabajaban: de rodillas, avanzando centímetro a centímetro y anotando las cifras de machos y hembras en dos columnas. También observó que si caía una mariposa más de los árboles en una de las áreas que ya habían contado, no volvían atrás para rehacer el recuento. Contempló con cierta desesperación los cadáveres que le habían asignado, dudando de su capacidad de concentrarse en el recuento sin un pequeño aporte de nicotina. Pero pronto la tarea la absorbió y sintió que algo cambiaba en su cerebro mientras sus ojos borrraban del mundo todo lo que no fueran los detalles de sexo y color de las mariposas monarca. También percibió su olor: una mezcla de polvo y luciérnagas, como había dicho Preston, pero con el toque penetrante y almizclado de los abetos. Casi nunca prestaba atención a los olores, pero empezaba a apreciar el de las mariposas. Estaba dispuesta a darle la razón a su hijo: olían bien, al menos allá arriba, en su mundo. Era como el olor que desprenden las luciérnagas muertas en un frasco, pero no tan punzante. Era más suave, más parecido al olor de la tierra negra y fértil. Quizá fuera el efecto de todas esas muertes. El primer milagro de su vida se estaba convirtiendo en una fuerza de descomposición.

Observó que Mako y Bonnie se tomaban un descanso de vez en cuando: se sentaban sobre los talones y cerraban los ojos o miraban las copas de los árboles. A veces él le llevaba varias mariposas muertas a Bonnie y ella las medía con un pequeño instrumento plateado que sacaba del bolsillo. También tenían una balanza colgante, una versión en miniatura de la báscula para las verduras del supermercado, y con ella pesaban grupos de mariposas metidas en sobres de papel encerado. Dellarobia

contemplaba sus caras mientras tomaban la lectura de la balanza y anotaban los números en una libreta manchada, y sentía envidia de su manera de entregarse al trabajo y de todas las cosas que sabían. Antes había pensado que Bonnie y Pete debían de ser pareja, por el modo en que él le había dado la mano a Bonnie para ayudarla a cruzar la corriente, y al ver que ella le limpiaba a él el polvo de los pantalones e incluso le metía una mano en el bolsillo de los vaqueros para sacar una bolsa de plástico cuando él tenía las manos ocupadas, un gesto que a Dellarobia le había parecido claramente íntimo. Pero ahora notaba la misma confianza física entre Bonnie y Mako, cuando los dos observaban algo juntos, muy cerca el uno del otro, con los brazos tocándose. Le recordaban a Preston y sus amigos cuando se concentraban en un juego, juntos chicos y chicas, sin prestar atención a sus diferencias. Se preguntó cómo sería sentir eso mismo entre adultos, liberarse de los flirteos y las opresivas reglas del sexo a las que ella nunca conseguía sustraerse, cómo sería poder estar en compañía de hombres sin estar *con hombres*.

Se le encogió el corazón cuando resonó un estrépito en lo alto de la ladera. Mako se rió y dijo que habían sido «los leñadores», refiriéndose a Ovid y Pete. Le explicó que de vez en cuando trepaban por un árbol, cortaban una rama cargada de mariposas, la dejaban caer sobre una lona y la sacudían para hacer un recuento de los insectos. Habían hecho el mismo trabajo el invierno anterior en México. Había fórmulas para calcular las ramas por árbol y los árboles por hectárea.

—Contar monarcas es un trabajo de locos —le dijo—. Es como aquel chiste del tipo que quería saber cuántas vacas tenía y decidió contar las patas y dividir las por cuatro.

A Dellarobia no le pareció ninguna locura el sistema, sino más bien bastante metódico. Y sabía que a cualquier granjero le habría hecho gracia que el tipo quisiera saber cuántas «vacas» tenía y no cuántas «cabezas de ganado». ¿Por qué era tan importante contar las mariposas? Le habría gustado atreverse a preguntarlo, pero en lugar de eso, anunció:

—He encontrado una mariposa con una pegatina. ¿Es importante?

Los dos lanzaron una exclamación y acudieron a toda carrera. La marca era un punto blanco pegado en el ala inferior de uno de los ejemplares muertos, como las pegatinas que el pediatra les regalaba a sus hijos cuando iban a la consulta. Al principio, Dellarobia había pensado que se trataba de algún resto de su desordenada casa que se le había caído a ella misma. Más de una vez había salido con cosas peores pegadas a la ropa. Pero no, ese punto era una marca oficial. Mako le señaló unos números que ella apenas pudo distinguir. Era un código que por la noche introducirían en la base de datos del ordenador de Ovid para saber de dónde venía la mariposa, dónde la habían marcado y quién lo había hecho.

—¡Pero ahora está muerta! —dijo ella, preguntándose para qué podía servirle a la mariposa, en su estado actual, toda esa información.

Bonnie y Mako parecían entusiasmados con el hallazgo. Guardaron la mariposa marcada en uno de los sobres de papel encerado, metieron el sobre en una bolsa cerrada con cremallera y la bolsa, en uno de los bolsillos de la mochila de Bonnie.

—Es la primera marca que encontramos en este sitio —dijo la chica.

—¿De verdad? —preguntó Dellarobia, intentando hacerse a la idea de que los científicos se enviaran mensajes de ese modo a través de la distancia—. ¿De dónde crees que vino?

—Ésa es la gran pregunta —replicó Bonnie—. Podría haber venido de aquí cerca o de Ontario. ¡Mako! ¿No será una de las nuestras?

Le explicó a Dellarobia que Mako y ella también habían hecho trabajo de campo en Canadá, durante el verano, y que parte de ese trabajo había consistido en marcar mariposas.

A Dellarobia le resultaba pasmoso pensar que esas frágiles criaturas recorrieran toda la extensión de un continente, desde Canadá hasta México, atravesando el vasto territorio de Estados Unidos. Tomadas de una en una, eran pequeñas y no tardaban en morir, pero juntas eran una gran fuerza, como una marea oceánica. Sintió alivio de que Bonnie ni siquiera mencionara la posibilidad de que las mariposas hubiesen llegado directamente desde México. La idea de que se hubieran refugiado allí después del corrimiento de tierra y la inundación, desplazadas como la familia de Josefina, era una inquietante contingencia que ni siquiera quería considerar porque habría conferido un aire de destrucción a la montaña de su familia. Si esas mariposas eran refugiadas de una catástrofe horrible, entonces no podía haber en ellas ninguna belleza.

A medida que avanzaba el día y subía la temperatura, hicieron varias pausas para estirar las piernas y quitarse los abrigos. Mako tuvo que quitarse el suyo por la cabeza porque se le atascó la cremallera, como podría haberle pasado a Preston, lo que no dejaba de ser enter necedor. Las mariposas también empezaron a agitarse en sus colonias, produciendo un aumento del movimiento sobre sus cabezas que a Dellarobia le resultó inquietante. Bonnie le explicó que las monarcas no podían generar su propio calor corporal, por lo que quedaban paralizadas cuando hacía frío y sólo empezaban a moverse cuando el termómetro marcaba trece grados.

—¿Trece grados exactos? —preguntó Dellarobia—. ¿Cómo lo sabes?

Bonnie se encogió de hombros.

—Lo han medido. Está todo publicado. Gran parte de los trabajos sobre temperaturas dentro y fuera de los cúmulos son del doctor Byron. Se ha visto que por la noche están mejor dentro de los racimos y de día, cuando sale el sol, están mejor fuera. Por eso se mueven todo el tiempo, tratando de situarse en las mejores posiciones.

—Como un montón de cerditos buscando calor —dijo Dellarobia, volviendo a sus cuadrados.

Terminó antes que los demás porque le habían asignado menos trabajo. Fue a sentarse otra vez en el tronco musgoso y entonces se dio cuenta de que llevaba al menos cinco minutos sin pensar en fumar. Quizá incluso ocho. Pero en cuanto lo recordó, se sintió todavía peor. Si hubiera tenido encima un mechero, habría sido capaz de encender una ramita con tal de inhalar algo de humo. Se acomodó en el tronco, tratando de quitarse los cigarrillos de la cabeza, y se puso a observar los movedizos y cambiantes racimos negros y anaranjados. Los cúmulos eran enormes, como grandes osos suspendidos en la sombra. Se acordó de la vez que había ido a cazar venados con Cub, años atrás, y de cómo habían colgado un ciervo de una rama, en medio del campo, para descuartizarlo. Había llevado la misma chaqueta que tenía puesta en ese momento. El suyo era un guardarropa muy versátil, adaptable a todo tipo de excursiones para ver animales muertos. El sol estaba tratando de asomar y hacía guiños entre las nubes. Cada vez que un rayo de cálida luz incidía sobre las trenzadas aglomeraciones de mariposas, el cúmulo se iluminaba y las alas se abrían e iniciaban un lento movimiento de abanico, como si bebieran el calor. A veces, sin razón aparente, un racimo se rompía y derramaba las mariposas que guardaba en su interior, vertiendo su movimiento en el espacio abierto. Era inútil tratar de seguir el vuelo de un solo ejemplar por el aire del bosque. Se movían a tanta altura entre los árboles y había tantas que la vista saltaba constantemente de una a otra.

Dellarobia se alegró cuando Pete y el doctor Byron regresaron, aunque no tenía ninguna razón práctica para echarlos de menos. Probablemente, ésa era la reacción propia de un collie, como cuando *Roy* y *Charlie* se alegraban cada vez que el rebaño volvía a reunirse. Los ayudó a extender una de las lonas y se sentaron encima para almorzar mientras hablaban del área ocupada, la mortalidad por la tormenta y, en general, de algunas cosas que Dellarobia entendía y otras muchas que no podía entender. Había prometido no interferir, pero ellos mismos se tomaron el trabajo de explicarle algunas cosas. La semana anterior ya habían contado el mismo transecto que estaban muestreando y contando esa vez, por lo que bastaría con comparar las cifras para saber a cuántas mariposas había matado la tormenta. Le pareció que tenía sentido controlar sus números y le sorprendió averiguar que no todas las que yacían en el suelo estaban muertas. Cuando saliera el sol, muchas empezarían a agitar las alas para calentarse y echarían a volar. Le explicaron que si la lluvia hubiera bastado para matarlas, entonces habrían sabido que no eran las mariposas que habían visto en México.

El doctor Byron le aseguró que su línea de trabajo no se reducía a contar cadáveres. Dellarobia pensó que quizá ella también debía llamarlo Ovid. Los chicos lo llamaban así, y era su jefe, por lo que ella también podía intentarlo. Recordó la noche que había ido a cenar a su casa y volvió a sentirse avergonzada. Pero él la trataba con mucha sencillez y amabilidad, y le explicaba las cosas de manera que ella pudiera entenderlas, tal como había hecho con Preston aquella vez. Decía, por ejemplo, que las mariposas formaban «un sistema complejo», y Dellarobia pensó que, cuando más adelante se lo contara a Dovey, repetiría esa frase imitando su acento, al que ya se estaba acostumbrando. El hombre llevaba veinte años estudiando las mariposas monarca por todo el continente norteamericano. Le preguntó cuánto tiempo vivían, y su respuesta la dejó perpleja: por lo general, unas seis semanas. Las que sobrevivían al invierno duraban más — varios meses—, pasando por una especie de hibernación: «diapausa», la llamaba él, y por lo visto era un paréntesis en el programa normal de crecimiento, apareamiento y reproducción. En algún momento de su madurez, el frío o la oscuridad del invierno hacía que su vitalidad quedara en suspenso y cancelaba su impulso sexual hasta nuevo aviso.

«Como la vida en una casa sin aislamiento térmico», pensó ella. O tal vez como el matrimonio en general.

—¿Y después qué? —preguntó.

No tenía sentido. Una vida de pocas semanas no encajaba con una migración anual de muchos miles de kilómetros. ¿Cómo aprendían el camino? El doctor Byron le explicó que ninguna mariposa hacía el viaje de ida y vuelta. A finales del invierno, las mariposas de México, ya mayores, se ponían a copular como locas. Los machos se apareaban con todas las hembras que podían y después dejaban que las hembras, solas y preñadas, atravesaran la frontera hacia Texas para buscar plantas de algodoncillo, las únicas que podían alimentar a las orugas. Allí ponían los huevos y morían, sin llegar a ver a sus hijos. Dellarobia encontró sorprendente la historia, trágica como una telenovela, y notó que a Ovid le encantaba contarla. Las orugas huérfanas crecían solas y después volaban al norte, donde repetían el ejercicio: desovaban en plantas de algodoncillo y morían. Las mariposas monarca que se veían en esas montañas —le explicó el doctor Byron— solían ser una segunda generación nacida en primavera, y su progenie volaría al norte para producir una tercera. Finalmente, esa tercera generación emprendería en otoño el vuelo de regreso a México.

—Donde no ha estado nunca —dijo ella.

—Donde no ha estado nunca —repitió Ovid.

—¿Cómo lo hacen?

Él se echó a reír.

—Aquí tienes a un loco que lleva veinte años haciéndose esa misma pregunta.

—¡Ah, sí, claro! Ahora lo entiendo —dijo Dellarobia.

Empezaba a comprender el «sistema complejo» de Ovid y lo podía imaginar vagamente. No era sólo una travesía naranja a través de un continente, como la había visualizado al principio. No era como si unas canicas rodaran hasta el extremo de una caja y volvieran al punto de partida. Era una corriente viva, como una pulsación en las venas, donde las células mueren y se renuevan a medida que circulan. La repentina revelación la llenó de emociones intensas que la avergonzaron, por temor a estallar en sollozos, como había hecho aquel otro día, delante de sus suegros, cuando las mariposas la envolvieron. ¿Cómo podía ser normal llorar por unos insectos?

No le era fácil seguir el hilo de la conversación, aunque iba dirigida a ella. Pete le explicó que, en los últimos años, sus estudios habían demostrado que el área de distribución de las mariposas se estaba extendiendo hacia el norte.

—Eso significa que cada nueva generación tiene que llegar más lejos en dirección a Canadá para encontrar la felicidad —le explicó Ovid, temiéndose que no entendiera lo del «área de distribución».

Le dijo que las cosas también se estaban poniendo complicadas en la frontera meridional. Las monarcas tenían que marcharse cada vez más pronto de México, a causa de las alteraciones estacionales producidas por el cambio climático. Dellarobia se preguntó si todo eso estaría demostrado, porque desconfiaba de lo que oía decir acerca del calentamiento global. Ovid le explicó que nadie entendía del todo cómo funcionaban las migraciones y que había cientos de factores en juego: las hormigas coloradas, por ejemplo, que habían llegado a Texas, donde las mariposas eran vulnerables porque las hormigas se comían a las orugas. Otra preocupación que mencionó fueron los pesticidas, que mataban las plantas de algodoncillo. Dellarobia estuvo a punto de mencionar el desprendimiento de tierra en México, pero los estudiantes intervinieron en la conversación y la volvieron todavía más enrevesada: biogeografía, zonas de cría, plantas anfitrionas, áreas de invernada, pérdida de las comunidades de no-sé-qué, devastación... Eso sí lo comprendió: devastación. Se aferró a la visión que la emocionaba: una corriente naranja dividida en varios ríos que atravesaban todo un continente impulsados por su propio motor interior.

—Parecen resistentes —dijo—. Parecen capaces de encontrar siempre el camino.

—Reaccionan a determinadas señales —repuso Pete—. La temperatura, el sol... No saben hacer nada más. Y todo funciona perfectamente hasta que algo cambia. Si las señales las impulsan a abandonar la zona de invernada y volar al norte antes de que broten los algodoncillos,

entonces llegarán y encontrarán el comedor vacío, o el tiempo será demasiado seco y se deshidratarán. Cada año que se registran temperaturas excepcionalmente calurosas, las poblaciones que crían en México se trasladan a cotas un poco más altas en busca de lugares que aún sean frescos y húmedos. Pero llega un momento en que la montaña se acaba.

—Y entonces se vienen para aquí —replicó Dellarobia, convencida de haber encontrado la respuesta—. Pero ¿qué tiene de malo que vengan? Son preciosas. Por aquí no solemos tener muchas alegrías.

Pete intercambió una mirada con Bonnie y Mako, y a Dellarobia le resultó embarazoso su silencio.

—Son muy bonitas —dijo Ovid en tono monocorde—. Las cosas terribles pueden ser hermosas.

—¿Terribles? ¿Por qué?

El hombre meneó la cabeza despacio, exactamente con el mismo gesto que ella le había visto hacer la primera noche, cuando Cub le preguntó qué había visto en la montaña.

—Terribles, bonitas... Eso no forma parte de nuestro trabajo —dijo Ovid—. Somos científicos y nuestra tarea es describir simplemente lo que vemos. Pero también somos humanos. Y nos gustan esas mariposas, ¿lo entiendes?

—Claro que sí —respondió Dellarobia.

Era bueno saber que estaba permitido ser humano.

—Estamos muy preocupados —prosiguió él—. Hasta donde nosotros sabemos, las monarcas han pasado el invierno en México desde que se originaron como especie. Desconocemos exactamente cuándo fue eso, pero sucedió hace muchos miles de años. Y este año, en lugar de repetir lo que hacen siempre, por alguna razón, han venido aquí.

Dio un bocado a su sándwich, que parecía ser de crema de queso y pan blanco, mientras ella asimilaba los «miles de años». En su experiencia, ese tipo de conversaciones siempre acababan con el mismo comentario: «Los caminos del Señor son misteriosos».

Pero lo que él dijo, en lugar de eso, la dejó estupefacta:

—Si despertaras una mañana, Dellarobia, y descubrieras que uno de los ojos se te ha desplazado hasta el costado de la cara, ¿cómo te sentirías?

—¡Uf! —La repelente imagen ocupó su mente durante medio segundo, antes de que pudiera rechazarla—. Gritaría —respondió—. Ya soy bastante aprensiva con los ojos sin que pase nada raro.

—Bueno, más o menos es lo que está ocurriendo. Puede que el ojo te quede muy bonito al lado de la oreja, pero nos preocupa. Nos produce aprensión, como tú dices.

Los cuatro la miraron con tan grave expectación que por un momento temió que realmente se le hubiera reorganizado la cara. No sabía muy bien si Ovid le estaba tomando el pelo. ¿Un ojo desplazado? ¿Haría en serio?

—Supongo que iría al oculista —dijo ella—. No me gusta nada ir al médico. Pero por algo así, seguro que iría.

Había llevado el almuerzo en una bolsa de plástico del supermercado porque no tenía una mochila elegante y cara. Tampoco había recibido una educación universitaria elegante y cara. Tendría que dejar que la gente lista sacara las conclusiones. Intentó conservar la rabia, pero sintió que quedaba anegada por una tristeza enorme que le estaba creciendo dentro, como el agua freática en el jardín de su casa. ¿Por qué la única cosa rara y espectacular de su vida tenía que ser una enfermedad de la naturaleza? Esas mariposas habían sido suyas. Ella las había encontrado, se las había enseñado a su hijo y a la gente, que las apreciaba y las consideraba importantes. Eran trascendentes, como ninguna otra cosa que hubiera poseído. Por defender a las mariposas, estaba dispuesta a luchar contra los hombres de la familia con todo el peso de sus escasos cincuenta kilos. ¿Cómo era posible, entonces, que un extraño viniera de fuera para declarar que todo el gran acontecimiento de su vida era un error gigantesco? Esos científicos lo tenían todo: educación, estilo y unas botas que debían de costar lo que su marido había cobrado en todo el mes anterior. Y ahora también se apropiaban de las mariposas.

Trabajó toda la tarde contando insectos. Había hecho otros trabajos peores en su vida. Se dividió un cuadrado con Mako y contó sola los demás mientras el resto del grupo hacía otras cosas, como medir los árboles observándolos a través de un pequeño instrumento amarillo o determinar las dimensiones de las alas de las mariposas con una especie de llave llamada «calibrador». También pesaban a los insectos con básculas diminutas que a Dellarobia le parecieron propias de traficantes de drogas, aunque ella tampoco sabía nada de eso. Cuando la luz empezó a desvanecerse, emprendieron el camino de vuelta. Sintió el impulso de volver a toda carrera para ir al encuentro de sus queridos hijos y, más importante aún, de sus cigarrillos. Pero regresó con los demás, subiendo primero por el bosque hasta el camino grande y bajando después la ladera, con el sol a sus espaldas. Las mariposas que habían pasado el día entero revoloteando subían en sentido contrario al de su marcha, de regreso a sus racimos. Ovid explicó que habían salido en busca de flores, si es que había alguna en los alrededores, para

alimentarse de néctar. Los días calurosos, que las mantenían despiertas y revoloteando, podían agotarles las reservas de grasa. ¿Reservas de grasa en una mariposa? Sí. De hecho, según le dijo Ovid, las altas temperaturas constituían un peligro mayor que las rachas de frío porque las mariposas quemarían mucho más rápidamente su combustible que en las cotas altas de las montañas mexicanas, donde el tiempo siempre era fresco. Y eso era un gran problema porque en esta montaña no había flores invernales para que se reabastecieran. Dellarobia intentó imaginar flores invernales, pero no lo consiguió. ¿Serían como la flor de Pascua? «Pobre en fuentes de néctar», había dicho Ovid, y ella intentó no tomarse como algo personal el hecho de que su montaña fuera pobre en todos los sentidos, incluido el floral.

Trató de controlar su creciente resentimiento y flotar simplemente en la marea de mariposas que los rodeaba. Era como estar dentro de un videojuego, con pequeñas uves de movediza luz anaranjada que venían hacia ella y la esquivaban. Parecían amplificar la luz del sol e incendiar el aire. No le extrañaba que necesitaran señales confiables en un mundo inestable. Sentía compasión por ellas. Habría querido que le gustaran también los científicos, que se preocupaban de verdad por las mariposas, probablemente mucho más que ella. Era cierto lo que había dicho Ovid: se limitaban a describir lo que veían. Si las noticias eran malas, no era culpa suya. Eran sólo personas. Chicos jóvenes, en su mayoría, de su misma generación, con las chaquetas anudadas a la cintura, andando por un río de mariposas.

Unas horas antes, se había fijado en la chaqueta de Mako, con la cremallera rota, y había pensado en ofrecerse para cambiársela, pero había dudado. De pronto, se decidió a proponérselo.

—¿Cambiarla? ¿Qué quieres decir? ¿Quitar esta cremallera y poner otra? —le preguntó él, en apariencia desconocedor del concepto de reparar la ropa.

Esos chicos debían de pensar que su costosa indumentaria crecía en los árboles.

Dellarobia se echó a reír.

—Pon la chaqueta sobre una mesa y mide la cremallera con uno de esos instrumentos que tenéis. Después, compra una igual en el Walmart de Cleary, donde hay una sección de mercería. Tráemela mañana a casa y, si puedes estar un día sin el abrigo, yo te la pondré.

—¿Tienes... máquina de coser?

El chico parecía realmente sorprendido.

—Sí —replicó ella—, máquina de coser. No es una central atómica ni nada por el estilo. Sólo es una aguja que sube y baja. Cuando estaba en el colegio, yo misma me cosía casi todo lo que me ponía, incluido el

vestido del baile de graduación. Era la manera de vestir a la moda con mi nivel de ingresos.

—Pero ¿cómo aprendiste a coser?

También Bonnie parecía estupefacta. Todos esos graduados universitarios estaban pasmados ante los conocimientos de Dellarobia, y ella no sabía si sentirse orgullosa o humillada.

—No es tan difícil. Sólo hace falta paciencia. Mi madre era modista y sabía cortar trajes.

—¿De verdad? —se asombró Mako—. ¿Qué tipo de ropa hacía?

—Su especialidad eran los trajes, sobre todo de señora; pero cuando yo era pequeña, algunos hombres mayores todavía se hacían los trajes a medida. Eso fue antes de que todos empezaran a comprarlos de confección, a mitad de precio.

—Hechos en fábricas donde explotan a los trabajadores —dijo Bonnie.

—O en el extranjero, por la décima parte del precio —añadió Dellarobia—. Mi madre me enseñó a ser muy exigente con las dobles costuras y los forros, y después me dejó en un mundo donde esas cosas ni siquiera existen.

Los estudiantes parecían asimilar la información. Probablemente, ellos tampoco entendían nada de costuras ni de forros. Mako le comentó, cambiando de tema, que el camino anegado debía de ser un impedimento para el negocio turístico de su madre. Dellarobia tardó un segundo en darse cuenta de que le estaba hablando de Hester.

—¡Ah, no! Ésa no es mi madre. Es mi suegra.

Decidió no mencionar a sus padres muertos, para no terminar la conversación de repente.

—¿Qué tipo de gente viene a ver la montaña? —preguntó Mako.

Ella notó que los otros también prestaban atención, asombrosamente interesados en sus detalles personales, y se dio cuenta de que no era la única que tenía preguntas y temía plantearlas. Por primera vez en todo el día, comprendió que esos científicos no tenían ningún derecho a estar ahí, y lo sabían. La familia de su marido podía echarlos cuando quisiera y talar todos los árboles antes de que terminaran de contar las mariposas. Eran dos mundos diferentes y los dos se comportaban como si el suyo fuera el único importante. Y les costaba mucho comunicarse, porque prácticamente carecían de un lenguaje común.

—Al principio eran grupos de la iglesia —dijo—. Esto ha sido algo grande para nuestra congregación. La gente aprecia... —Dudó un

momento, no sabía si debía usar términos religiosos—. Aprecia la belleza, supongo. Es una fuente de inspiración. Les ayuda a respetar la tierra.

El bosque parecía guardar silencio bajo una dorada luz crepuscular que hacía que todo pareciera más hermoso. Incluso fue como si el rugido del agua se aquietara.

—¿Es muy grande vuestra congregación? —preguntó Bonnie al cabo de un rato.

—Más de trescientos fieles —respondió ella y notó que la cifra suscitaba expresiones de asombro. Se preguntó a qué clase de iglesia acudirían los estudiantes universitarios si es que iban a alguna—. Pero no sólo viene gente de nuestra iglesia —prosiguió—. Al principio, esto era una atracción local, pero ahora empiezan a venir visitantes de Cleary e incluso de más lejos, sobre todo desde que salimos dos veces en el periódico.

La segunda vez que se presentaron en la finca, la reportera y el fotógrafo dijeron que iban a entrevistar al equipo de científicos, pero el artículo había ido por otros derroteros.

—Hester tiene las visitas bastante bien organizadas —prosiguió Dellarobia—. No le gusta que vengan grupos de más de ocho o diez personas. Y cuando viene gente mayor o discapacitados, o cuando traen niños pequeños, entonces los sube en el quad. Les cobra extra, claro.

—No hace descuentos a la tercera edad —comentó Mako.

—No, mi suegra no le regala nada a nadie. Si fuera enterradora, le diría a sus clientes que dejaran de quejarse y fueran andando al cementerio.

Todos rieron a expensas de Hester, y Dellarobia se sintió un poco incómoda porque no sabía muy bien de qué parte debía estar. Ciertamente, no había planeado aliarse con esos estudiantes, pero echaría de menos su energía cuando se marcharan. Todos planeaban volver a casa por Navidad, donde fuera que tuvieran sus casas, y pensaban marcharse la semana siguiente, el día veintiuno. Era el día más corto del año, según había dicho en la radio Johnny Midgeon, su principal fuente de información. Bonnie y Mako no regresarían con Ovid después de las fiestas navideñas porque eran estudiantes de segundo año de posgrado y tenían que asistir a clase. Ovid sólo impartía clases durante el primer semestre y el resto del año se dedicaba a la investigación. Según Bonnie, acababa de recibir una beca «para genios» y eso lo convertía en una especie de celebridad. Dellarobia había oído decir que los actores de Hollywood se alojaban en autocaravanas, pero no en el tipo de vehículo donde el retrete y la ducha ocupan un mismo espacio diminuto. Bonnie le dijo que también era posible que Pete se marchara. Aunque él ya tenía el doctorado y se dedicaba a la investigación a tiempo completo, no podía quedarse mucho tiempo

porque tenía que atender el laboratorio de Ovid Byron en la universidad. Dellarobia pensó en los laboratorios de los científicos locos de las películas, con probetas llenas de líquidos burbujeantes, y se desesperó considerando el abismo de todo lo que desconocía. Para ella, la expresión «laboratorio de mariposas» no tenía sentido.

Se quedaron un poco rezagadas respecto a los hombres, en el sendero, y entonces Bonnie le contó que Pete estaba recién casado y que su mujer no quería que pasara mucho tiempo fuera de casa. Dellarobia señaló con la barbilla los musculosos hombros de Pete y preguntó:

—¿Lo querrías tú?

Bonnie se echó a reír.

—No, supongo que no.

Dellarobia le preguntó a Bonnie si también estaba casada y ella le dijo que no.

Si Hester hubiera sido capaz de ver más allá de sus narices, se habría dado cuenta de que esos chicos no eran orgullosos ni estirados. Desenvueltos, sí, e ignorantes de la enorme suerte que tenían, también. Pero en algunos aspectos parecían más jóvenes de lo que eran. A Dellarobia le habría gustado hacer algo más por ellos, aparte de las cremalleras y la colada, y darles algo más que las judías con eneldo que habían devorado. Se las habían comido hasta prácticamente lamer el frasco, como si les hubiera puesto droga en el envase, además de vinagre y eneldo. Podía ir a buscar más a la despensa de Hester, ya que habían envasado unos cincuenta litros. ¿Cómo era posible que esos chicos nunca hubieran oído hablar de las judías verdes con eneldo?

Pensó entonces en hacerles una fiesta de despedida, una pequeña reunión en el salón de su casa, con pastitas de Navidad y ponche de huevo. Estuvo a punto de proponérselo a Bonnie, pero no tuvo valor. Estaban llegando al final del sendero y ya no tendría otra oportunidad. Las palabras se formaron en su boca, pero no pudo articularlas. Le daba vergüenza invitarlos a su casa, tenía que reconocerlo. Uno de ellos vivía en una autocaravana y los otros se alojaban al lado de una guarida de traficantes de drogas, pero Dellarobia no podía soportar la idea de que opinaran sobre su vida, como cuando habían llamado «ruin» al restaurante donde habían comido con música country de fondo. Si esos chicos no sabían que se podía cambiar una cremallera, probablemente tampoco habrían visto nunca nada parecido a su vajilla Corelle, ni a su alfombra manchada, ni a sus habitaciones con los cojines por el suelo. Todo lo que tenía en la vida era irrompible o estaba roto.

Comercio mundial

AL parecer, todas las catástrofes beneficiaban a alguien, y las inundaciones resultaron ser buenas para el negocio de la grava. Cub tuvo que hacer dobles turnos durante el fin de semana y parte de la semana siguiente, e incluso se perdió la misa, algo que a Hester le parecía justificable en los que participaban en servicios de emergencia. En el caso de Cub, el servicio consistía básicamente en llevar grava a la gente cuyos senderos se habían desplazado cuesta abajo hasta la casa de los vecinos; pero como le pagaban un buen dinero, no hubo quejas. Dellarobia y Cub podrían ponerse al día con los pagos de la casa antes de fin de año y destinarían todo lo demás a pagar el crédito de equipamiento. También serviría para pagar el crédito lo que Hester ganaba con sus grupos, el llamado «dinero de las mariposas», un nombre muy adecuado para una fuente de ingresos tan etérea. La cuota del préstamo que estaba a punto de vencer era un pago extraordinario y, a diferencia de las mariposas, pesaba lo suficiente para aplastar a toda una familia. Bear y la gente de Money Tree habían llegado a un acuerdo para esperar un mes, o como máximo dos, para ver si cambiaba el tiempo antes de talar.

Dellarobia casi no había visto a Cub desde la sorprendente visita de Hester. Se había propuesto hablarle al respecto, pero esa misma tarde, Cub había hecho su viaje mensual al vertedero para llevar la basura, y a la mañana siguiente, ella había subido a la montaña con Ovid y los estudiantes. Cuando volvió de la excursión, Cub tuvo que salir para llevar grava a un lugar donde la corriente había desplazado la carretera, el primero de muchos casos similares. Y desde hacía unos días, ella sólo le llevaba el café mientras él salía por la puerta. De hecho, esa mañana no había encontrado ninguna taza en la cocina y había caído en que debían de estar todas tiradas en la plataforma de carga de la camioneta. El turno de su marido acababa a las cuatro, y ella le había pedido a Dovey que se quedara al cuidado de los niños para poder ir con él a comprar los regalos de Navidad. Dovey le había aconsejado que fueran a Cleary, donde había cincuenta veces más comercios, aunque sólo fuera para ver los escaparates. Pero Dellarobia ni siquiera podía permitirse entrar en la mayoría de esas tiendas y la envidia recreativa no era su idea de pasar una tarde divertida. Pensó que quizá podrían llegar al Walmart de los alrededores de Cleary, pero al final salieron tarde y tuvieron que conformarse con las tenduchas de Feathertown. Cub desperdició una hora entera quejándose de tener que salir porque, al parecer, transmitían un partido del Virginia Tech. Era increíble que a un hombre sin ningún tipo de estudios le entusiasmara tanto el fútbol universitario.

—¿Por qué no vas tú con los niños? —le había preguntado Cub—. Es lo que haces siempre. Sientas a Cordie en el carro y ya está.

—¿Quieres que vaya con los niños a *comprarles los regalos de Navidad*? ¿Y que después les diga: «¡Sorpresa, sorpresa, ha venido Santa Claus!»?

Todavía no había comprado ni un solo regalo. En alguien que había perdido a sus padres, o no tenía dinero para gastar, o ambas cosas a la vez, el resentimiento navideño estaba justificado. El cedro del salón seguía con las ramas desnudas, desprendiendo su fragancia punzante, tan desprovisto de espíritu navideño como el enfangado paisaje de puertas afuera. Dellarobia le había pedido a Cub que le mencionara a Hester su intención de celebrar la mañana de Navidad en su casa y que le sugiriera la donación de algunos adornos para contribuir con la atmósfera festiva. Pero no sabía en qué estado se encontrarían esas gestiones. Hacía días que no hablaba más de tres palabras seguidas con su marido.

Por supuesto, cuando por fin pudo hablarle, la discusión estalló de inmediato. Era una regla del matrimonio: cuanto más desesperadamente necesitaban pasar un rato a solas, antes lo estropeaban con una bronca. El día de su aniversario, cuando habían salido a cenar sin los niños, habían acabado discutiendo a gritos en el coche por la costumbre que tenía Cub de dejar las herramientas grasientas tiradas en los asientos. Al final, incluso rompieron la ventana trasera con unas tenazas arrojadas con ira, pero sin intención de herir a nadie. El enfrentamiento de ese día fue menos físico; estaban demasiado cansados para los grandes altercados. Fue más bien una prueba de resistencia desarrollada en varias etapas a lo largo de las cuatro calles que conformaban el conjunto de Feathertown. Primero en la gasolinera, donde ella sólo permitió a Cub llenar el depósito a medias para poder comprar un cartón de cigarrillos por un precio que casi la hizo llorar y la obligó a prometerse que el tabaco le duraría todo un mes, aunque sabía que no era cierto; después, en la ferretería, donde cambiaron la pieza que él había comprado para reparar la fuga del grifo de la cocina porque no era la que correspondía con su modelo de grifo, como cualquier idiota podría haber visto; y a continuación, en el supermercado de «todo a un dólar», donde ella esperaba poder abastecer a sus hijos de regalos navideños memorables por un precio que no superara los cincuenta dólares.

—Si mi padre quiere talar, no puedo enfrentarme a él —dijo Cub por vigésima vez.

—Puedes, pero no *quieres* —contestó ella.

Ya estaban de nuevo.

—Claro, porque no soy *perfecto*, como tú quieres que sea.

Otra vez con lo mismo.

Cuando entraron en la tienda, bajaron el tono de voz unos cuantos decibelios por decoro.

—Si me dices de qué otra manera podemos conseguir dinero —susurró Cub—, yo voy y se lo digo a mi padre.

La idea de que arrasaran el bosque de la montaña y, con él, todo un mundo era cada vez más impensable para Dellarobia. Su vida se estaba desplegando día a día y empezaba a adquirir proporciones cada vez más extensas, como esos mapas rectangulares de las gasolineras que se abren hasta ocupar todo el parabrisas del coche. En cierto modo, se sentía comprometida con esos científicos. Y, curiosamente, también con Hester. Le habría gustado decirle a Cub que su madre ansiaba verlo enfrentarse a Bear en ese asunto, pero también quería que su marido decidiera por sí mismo. Quería que Cub no fuera sólo un peón de su madre, sino el jefe de su familia. ¿Era eso pedir demasiado?

Un muñeco de Santa Claus de metro y medio de altura, colocado cerca de la puerta del establecimiento, empezó a rechinar las caderas y a emitir una versión electrónica de *Dulce Navidad*. Debía de tener algún tipo de sensor en el interior que lo ponía en movimiento cada vez que alguien pasaba a su lado.

—Bueno —dijo ella—, a ver si nos centramos. Los adornos navideños. ¿Le has pedido a Hester que nos preste algunos de los suyos?

—Aquí tienes tus adornos navideños —dijo Cub, señalando los pasillos del supermercado.

Nadie podría haberlo contradicho. Había suficientes bolas de plástico brillante para tapizar un maizal.

—Fantástico —repuso ella—. Tesoros familiares fabricados por niños esclavos en China.

Su madre solía escupir ese comentario como un exabrupto: «Niños-esclavos-en-China». Dellarobia se sorprendió de haber repetido sus palabras y volvió a reproducir mentalmente la imagen del sombrío ejército de huérfanos. Solía imaginárselos con gorras y chaquetas mal confeccionadas, envidiosos de la felicidad hogareña del resto del mundo y empeñados en socavar el negocio de muebles de su padre y el trabajo de modista de su madre. Al final, esos renacuajos habían conseguido cerrar la fábrica de géneros de punto donde su madre había producido ropa interior, en lugar de trajes de vestir, durante los últimos diez años de su vida laboral. En retrospectiva, Dellarobia podía comprender que se hubiera dado a la bebida.

Cub estaba fermentando un malhumor de fabricación propia. Sacó de un tirón un carro y empezó a llenarlo: insecticida contra las cucarachas y las hormigas, pegamento instantáneo, lejía, anticongelante... Compraba siguiendo las mismas reglas que aplicaba para ver televisión: iba zapeando por la tienda, en una búsqueda que a Dellarobia le recordó la del viejo flaco que siempre veían en el vertedero y que nunca dejaba de revolver la basura con la azada, en busca de alguna fortuna que allí no podía estar. Algunos decían que eso era vivir.

—Son muy bonitos los regalos de Navidad que has elegido, cariño. Serían perfectos si toda la gente de nuestra lista planeara suicidarse.

Él levantó la vista al cielo y meneó la cabeza, como diciéndose que las mujeres eran inaguantables. Dellarobia pensó que los hombres aprendían esas cosas de la televisión.

—¿Por qué siempre me toca a mí hacer de policía? —prosiguió ella—. Eso solo ya vale más de diez dólares.

—De acuerdo, de acuerdo —replicó él en un tono demasiado alto—. Como ya has gastado cuarenta en nicotina y alquitrán...

Arrastrando los pies, fue a devolver los artículos que había cogido y, al poco tiempo, regresó con dos camisetas de las tallas adecuadas, una con un cartel del cuerpo de bomberos y otra con una figura del Pequeño Pony. Seis dólares la primera y diez la segunda. Ella las cogió y frotó entre los dedos la tela patéticamente fina. Las costuras laterales de la camiseta del Pequeño Pony ya se estaban abriendo.

—¿Por qué es más cara la ropa de niña? Mira esto: la mitad de género, peor calidad y casi el doble de precio.

Él se encogió de hombros.

—No lo sé. Quizá porque los chicos gastan la ropa antes.

—¡Por favor! ¿Crees que alguien está de nuestra parte?

Abandonó las camisetas en un estante equivocado, sin preocuparse. Si querían que las cosas estuvieran en su sitio, que contrataran más personal. La gente necesitaba trabajo. Entraron con el carro en la sección de artículos navideños.

—Pídele a Hester los adornos, ¿de acuerdo? Ella tiene toneladas. Incluso podrías subir al trastero y robar unos cuantos. Ni siquiera se enteraría.

Dellarobia recordó los adornos de madera que su padre fabricaba años atrás y que aún debían de existir en alguna parte. Debían de haber tenido un ciclo vital bastante complicado —cajas guardadas en

desvanes, herencias, mercadillos—, como el de un insecto que pasa por diferentes fases, todas ellas dirigidas a un único fin: salir volando.

Cub cogió una campanita de plástico de aspecto metalizado.

—Dos dólares —dijo—. No está mal.

—El problema, genio, es que necesitamos más de una. Hacen falta por lo menos veinte para que el árbol no quede patético. ¡Haz números!

Cub devolvió el adorno a su estantería. «Como un niño», pensó ella. Su conducta como consumidor era un poco más avanzada que la de su hija, pero no mucho más. Dellarobia miró las cajas llenas de chismes brillantes, tratando de encontrar uno solo que no fuera a deshacerse antes de llegar a casa, y se sintió invadida por la desesperación. Quizá había sido una suerte que su padre muriera joven, con su orgullo de artesano intacto. ¿Qué opinaría él de este mundo? Siendo realista, era probable que no fueran niños esclavos los que fabricaban esa basura chapucera, sino ejércitos de obreros. Cantidades ingentes de trabajadores mal pagados que producían trastos de ínfima calidad para otros trabajadores mal pagados que los compraban y los usaban, y vivían su vida más que nada para cancelarse mutuamente, atrapados en una trampa mundial para perdedores.

—¿Y qué me dices de todos los adornos que fabricaste tú cuando eras pequeño? —preguntó ella—. Las estrellas hechas con palitos de polo y todas las cosas que tu madre ha guardado hasta ahora... ¿No te daría Hester al menos esas cosas para tu árbol de Navidad?

—Son una cursilada —replicó él.

—Pero son *nuestra* cursilada. ¿No es ése el auténtico significado de la Navidad? ¿No se trata de mantener vivos el amor y las tradiciones familiares?

—El auténtico significado de la Navidad es... Busca la etiqueta del precio y mira cuánto cuesta.

Dellarobia pensó que aquello era lo más sensato que había dicho Cub en los últimos años, aunque era probable que lo hubiera dicho en sentido literal. Estaban pasando junto a un cajón lleno de DVD envueltos en plástico retractilado con el cartel «Previamente visionados». Sintió que era degradante mirarlos, como comprar comida previamente masticada. Cub escogió uno titulado *Máquinas monstruosas*, pero ella lo rechazó con un gesto.

—No es lo que le interesa a Preston. Ahora prefiere ver documentales de naturaleza.

Cub hizo una mueca y le enseñó otro DVD con la imagen de una pitón gigantesca enrollada alrededor de una chica aterrorizada que enseñaba gran parte del muslo.

—Gilipollas —articuló ella en silencio después de señalarse la boca para que él le leyera los labios.

Cub era consciente del nuevo interés de Preston, pero Dellarobia sospechaba que le daba igual. Quería que su hijo fuera un buen deportista, y ella estaba segura de que todas las noches rezaba para que llegara a ser muy alto. ¡Dios no permitiera que fuera a convertirse en un sabihondo canijo y miope como su madre! Había una serie de televisión que a Cub le gustaba, sobre unos chicos muy listos que vivían en el mismo apartamento. Se suponía que todos eran genios, pero en cuanto entraba la vecina rubia empezaban a tartamudear. Cub se moría de risa viendo a aquellos científicos de pantalones abolsados y escasa habilidad para la vida social, pero ella sólo veía que tenían lavavajillas y un sofá de piel auténtica del tamaño de un toro semental de la raza Angus.

Dellarobia entrecerró los ojos para ver mejor la letra pequeña de lo que parecía ser un documental sobre leones. Era difícil saber lo que estaban comprando. Y costaba doce dólares con cincuenta. Para un vídeo «previamente visionado», era un verdadero escándalo. Su carro seguía vacío cuando llegaron a la sección de juguetes. Cub cogió un juego de robots boxeadores, vio que costaba veinte dólares y lo dejó otra vez en el montón. Después, eligió un armatoste de cinco dólares que parecía una combinación de rifle automático y sierra mecánica.

—¡El sueño de todo bruto para sus hijos! —exclamó ella, suscitando una severa mirada de advertencia que muy rara vez había visto en Cub.

Tenía que controlarse y lo sabía. La erupción de desprecio le había salido sin darse cuenta y le daba miedo. ¿Quién era ella, después de todo? Una chica que se había dejado preñar antes de acabar el instituto y que había buscado refugio bajo el primer techo que había encontrado. Y ahora estaba tratando de mezclarse con gente de clase superior y de parecer más de lo que era.

—¡Jo, jo, jo, vosotros dos! ¿Sois los ayudantes de Santa Claus?

Levantaron la vista y vieron a Blanchie Bise, de la iglesia. Dellarobia le señaló el carro vacío.

—De momento, no lo estamos ayudando mucho.

—Ya he visto que has salido otra vez en el periódico, Dellarobia —dijo Blanchie, ajustándose el chubasquero con el cinturón excesivamente apretado.

Todo lo que se ponía era como para la Blanche anterior, la que existía antes del insidioso aumento de peso. Su manera de vestir, según Dellarobia, era la negación llevada al armario. Al ver que ni Dellarobia ni su marido respondían a su comentario sobre el reportaje, Blanche los miró con nerviosismo.

—Bueno —dijo al fin—, ¿qué os parece este tiempo? ¿Empezamos ya a construir el arca?

La discusión entre los dos había quedado en suspenso, como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa. Blanche lo comprendió y se marchó tras despedirse precipitadamente.

—Siento mucho que estemos criando a los hijos de un bruto con el dinero que gana un bruto —dijo Cub casi con un gruñido—. Al menos yo trabajo.

—Ah, claro, y yo no.

Él no dijo nada.

—Quédate en casa y cuida de los niños un solo día —prosiguió ella—. Acabarías muerto.

—Me quedé con ellos el viernes mientras tú corrías detrás de esos niñatos con pantalones de camuflaje.

—Fue solamente un día, Cub, y ni siquiera un día entero. ¡Y acabaste muerto!

—Pero los cuidé, ¿no?

—¿A eso le llamas cuidarlos? Cuando volví a casa, habían vaciado toda la nevera en el suelo de la cocina. Preston estaba a punto de meter el frasco de crema de cacahuete en el microondas; Cordie llevaba una carga de cinco kilos en los pañales, y tú estabas tumbado en el sofá, viendo *Mil maneras de morir* si no recuerdo mal.

—Por cierto, ¿cuándo vas a enseñarle a usar el orinal?

—¡Que cuándo voy a enseñarle a usar el orinal, dice! —exclamó Dellarobia, dirigiéndose al público imaginario de su drama familiar, o quizá no del todo imaginario, porque una de las cajeras vestidas de amarillo parecía atenta a todos sus movimientos—. ¡Ni siquiera tiene dos años! —dijo ella con voz sibilante—. ¿Y sabes dónde se alojan tus «niñatos»? ¡En el Wayside!

—Sí, ya lo sé. Están pasando unas vacaciones con los pobres. Cuando vuelvan a casa por Navidad, se lo contarán a sus amigos.

—Eso no lo sé —dijo ella.

Sabía que lo que decía Cub podía ser verdad. Ella misma sentía a veces que miraba las cosas a través de los ojos de los estudiantes. De hecho, lo hacía muchas veces. Su estancia en el pueblo era como zapear en la televisión de la vida rural: las carreteras llenas de baches, el motel Wayside, el restaurante con música country, su casa pobre y sin estilo... Ella misma era como un elemento de un *reality* televisivo que podría haberse llamado «Sobrevivir entre catetos». La presencia de los investigadores había alterado su percepción de las cosas; lo notaba incluso en esa tienda que le resultaba tan familiar, donde examinaba las compras con otros ojos. Como si pudiera ir a otro sitio.

—¿Qué es lo que no sabes? —preguntó Cub.

—No sé a qué clase de casa van a volver esos chicos, y tú tampoco, así que no actúes como si lo supieras.

—Lo que tú digas. Tú eres el gran personaje.

Dellarobia levantó la vista al cielo y volvió la cabeza hacia el final del pasillo, donde encontró la mirada de Blanchie.

—¿Por qué? ¿Porque todos han visto que salí en el periódico? Tú *alardeaste* de tener una mujer famosa, Cub. Estabas dispuesto a firmar autógrafos en el trabajo porque tu mujer había salido en el periódico.

Él hizo como que estudiaba la fila de muñecas idénticas, vestidas con diferentes trajes vaporosos, que tenía delante.

—No pensé que lo tuyo fuera a convertirse en un empleo a tiempo completo —murmuró.

Ella resopló por la nariz, sintiéndose como un caballo con los ollares distendidos.

—¡Ni siquiera hablé con ellos la segunda vez que vinieron! Les dije que entrevistaran al doctor Byron, pero él ya había subido a la montaña. No estuve más de quince segundos con ellos y les dejé que me hicieran esa foto solamente para que se fueran.

Y también porque la primera que habían hecho era espantosa y ella esperaba que otra mejor la sustituyera en la memoria del público.

Los calcetines de Spiderman costaban tres dólares y el pack de tres calzoncillos de Spiderman, cinco con cincuenta. Preston necesitaba las dos cosas, pero ¿contaba la ropa interior como regalo navideño? Cub no dejaba de repetir que quería que los niños tuvieran «una verdadera Navidad», pero ella no sabía muy bien lo que pretendía decir con eso.

—Y para que lo sepas —prosiguió—, Cordie se pasó chillando todo el tiempo que estuvieron los periodistas, igual que la primera vez. Me parece que no le gusta la publicidad.

—Al contrario que a su madre.

—¿Quieres dejar de portarte como un imbécil?

Un comprador en el otro extremo del pasillo levantó la vista. Dellarobia bajó la voz.

—Tú empezaste todo, Cub. Tú lo anunciaste en la iglesia. En esa entrevista yo no dije ni la mitad de lo que dijiste tú, como eso de que las mariposas están en terreno sagrado. Eso es cosa tuya.

—Sentí el Espíritu, Dellarobia. Supongo que tú no puedes entenderlo.

La sinceridad de Cub era inalterable y ella lo sabía. No sólo en la iglesia, sino en todas partes. Incluso le había ofrecido a Ovid un lugar para estacionar la autocaravana. Tuviera los defectos que tuviera, Cub siempre daba muestras de una humanidad sencilla y sin mácula. Esa simple comprobación hizo que la ira de Dellarobia se tiñera de más desprecio aún hacia sí misma. Pero se sentía incapaz de ceder.

—Perdona, pero yo sí que fui a misa el domingo pasado, y tú no.

Había tenido que ir sola con Hester y soportar las miradas. Desde que era una celebridad espiritual, todos esperaban que brillara en la sala del templo, entre los faros de la fe, en lugar de escabullirse en busca de café y carbohidratos. La beatitud de los milagros de Feathertown tenía sus ventajas, pero al parecer había quien pensaba que Dellarobia iba presumiendo y que Hester estaba sacando beneficios. Otros desconfiaban de los forasteros, en particular de Ovid Byron y de los inciertos peligros que podía representar. Todo eso, naturalmente, le llegaba a Dellarobia a través de varios filtros, pero se lo podía imaginar. Y todavía no entendía muy bien la postura de Hester, a quien había visto perder tres veces su acostumbrada actitud dominante: primero, en la iglesia, bajo la mirada del pastor Ogle; después, cuando se puso nerviosa por la visita inminente del reverendo y, por último, cuando rompió a llorar en su cocina y le pidió ayuda. No, en realidad habían sido cuatro veces. La cuarta había tenido lugar en la montaña, cuando declaró que su nuera estaba recibiendo la gloria divina. Hester tenía miedo de algo, y Dellarobia estaba empezando a pensar que era de Dios. La iglesia se estaba volviendo demasiado complicada para que le sirviera de alivio.

—Entonces ¿el Espíritu te ha inspirado para ponerte de acuerdo con tu padre? —le preguntó a Cub—. ¿Para talar el bosque?

—Hablas como si pudiéramos elegir. Necesitamos ese dinero.

—Él necesita ese dinero. Bear no nos pidió nuestra opinión cuando solicitó ese préstamo. ¿Por qué es problema nuestro ese pago extraordinario?

—Porque él no sabía que iba a perder todos sus contratos cuando empezó esta mierda de crisis.

—Bueno, pero el riesgo lo corría él.

—También la tierra es de él.

—¿Y nosotros no tenemos *nada*? Cada vez que hay que hacer algo en la granja, nosotros ayudamos. Cub, mírame. ¿Puedes mirarme cuando te hablo?

Cub se detuvo y se volvió con exagerado fastidio, mirándola con ojos cansados, sin vida y sin amor, tan harto como ella de hablar siempre de lo mismo. Ella quería lo que no podía ser. Quería que se pronunciara y eligiera su bando. No el bando de su madre, sino el de su mujer.

—Tú sabes que tengo razón —dijo ella con feroz intensidad—. En esa granja trabajamos y criamos a nuestros hijos. ¡Es nuestra casa! ¿No tenemos derecho a opinar? Pero ¿qué digo? ¡Si ni siquiera tenemos derecho a pedir prestados unos condenados adornos de Navidad! Tenemos que suplicar para que tus padres nos den sus sobras. Maldita sea, Cub. ¿Por qué no aprendes tú a usar el orinal?

La gente estaba mirando. La cajera de jersey rojo de cuello vuelto parecía estar a punto de llamar a alguien. Tener una bronca marital en público era la más baja de las humillaciones. Toda la maraña de su vida la disgustaba. De pronto, como cuando notaba la desagradable sensación en el fondo de la garganta que siempre sentía antes de pillar un catarro, volvió a sentirlo. Era el extraño desapego que en octubre y noviembre la había impulsado a huir de su matrimonio, cabalgando la cresta de una ola que lo anulaba todo, excepto la emoción de seguir adelante. En ese momento, allí donde estaba, conservaba todavía suficiente cordura para sentirse aterrorizada. Toda su cuasi aventura extramatrimonial había transcurrido como en un sueño. En la vida real no había escapatorias fáciles. En su vida, tal como era, necesitaba a alguien que cuidara de los niños solamente para poder discutir con su marido.

Cub cogió una taza de plástico para bebé en forma de rana. Costaba dos dólares. Dellarobia se la quitó de las manos y la arrojó en el carro para que las cajeras no pensaran que iban a robarla.

—¿Qué dijo el domingo? —preguntó Cub.

—¿Quién?

—El pastor Ogle. Acerca de la montaña.

Cub iría hacia donde soplara el viento, ya fuera Bobby Ogle o su madre quien lo guiara. Quería un aliado. También Hester, pese a su ferocidad. Todos querían estar dentro del redil y no fuera; quizá la vida fuera así de simple.

—¿Qué diferencia habría para ti si Bobby estuviera en contra de talar?

—No lo sé.

—¿Cambiarías de idea si Hester estuviera en contra? ¿O cualquier otra persona del planeta excepto yo?

—La mayoría de la gente del planeta no sabe nada de esto.

—Todo el mundo lo sabe. En este pueblo no puedes mantener en secreto ni siquiera un tatuaje en el trasero. Y Bear tampoco se está empeñando en guardar el secreto.

—No tiene nada que ocultar. Dice que los contratos se tienen que cumplir.

—¿Me estás hablando de la moral de Bear Turnbow? ¡Espera un momento! Deja que agite un poco de dinero en el aire y ya verás hacia dónde mira su moral.

Cub cogió una cosa llamada «varita mágica musical», sólo para verla, pero ella se la arrancó de las manos y la devolvió a la estantería. Otro juguete cuyo único propósito era volver locas a las madres.

Como era de esperar, Cub estaba empezando a encogerse ante la aspereza de Dellarobia. Los otros hombres lo habrían llamado «calzonazos». Todos los caminos en su matrimonio conducían a eso, a la sensación de que había entrado en la vida de Cub para tomar el relevo de Hester. Fue lo peor que podía haber pensado ese día.

—Lo siento —dijo mientras le devolvía la varita.

Cub la agitó un poco, sin auténtico entusiasmo, y la devolvió a su sitio.

—Entonces ¿qué opina el pastor Ogle? —volvió a preguntarle Cub—. ¿Qué cree que debemos hacer allá arriba?

—¿Por qué va a decidir Bobby Ogle lo que tenemos que hacer con nuestra finca?

Ella sabía por qué. ¿Por qué escribía la gente a la sección «Querida Abby»? ¿Por qué confiaba en Johnny Midgeon para saber qué políticos de Washington eran unos sinvergüenzas? Era lo mismo en todas partes.

La gente de la ciudad se divertía con los humoristas que se burlaban de los que vivían en casas prefabricadas y escuchaban música country. Con algunos públicos, bastaba mencionar la palabra «Tennessee» para que todos estallaran en carcajadas; ella lo había oído. Pero era tan poco probable que vinieran a ver cómo era Tennessee en realidad, como que ella se sacara un título universitario en ciencias y estudiara los problemas del clima que describía el doctor Byron. Nadie decidía realmente por sí mismo. Había demasiada información. Lo que hacía la gente era mirar a su alrededor, ver quién estaba al frente de su clan y suscribirse a sus opiniones en la mayor parte de los temas.

Cub se había marchado del pasillo de los juguetes, pero volvió con el objeto más feo que Dellarobia había visto en su vida: una jardinera en forma de cisne.

—¿Te parece que le compremos esto a mamá?

Ella miró detenidamente la jardinera: el reluciente pico anaranjado, el plástico blanco moldeado que se desintegraría antes de un año y la juntura que recorría todo el cuello del cisne y trazaba la línea media de la espantosa cabeza de ojos vacíos.

—Buena idea —dijo—. A Hester le encantará.

Cub volvió a marcharse, dejando que ella empujara el carro con el cisne enorme a la vista de todos. Los ojos del ave, muy juntos uno del otro, le conferían la expresión del asesino de *Psicosis*. Dellarobia se dio cuenta de que seguiría viendo ese regalo durante mucho tiempo. Cuando Hester lo llenara de petunias y lo pusiera en el porche, el cisne la recibiría con su mirada maligna cada vez que aparcara el coche en el sendero. Se sintió culpable por despreciar a Hester. Incluso su relación con ella se estaba volviendo complicada. En cierto sentido eran aliadas, teniendo en cuenta los nuevos rumores que corrían en la congregación. El propio Bobby parecía indeciso. El domingo anterior había hablado de la sociedad del despilfarro y había dicho que las cosas materiales estaban adquiriendo demasiada importancia. Ella, naturalmente, había pensado en Bear y el contrato con la maderera, pero quizá fue sólo una interpretación suya. Después había dicho que en el Nuevo y el Viejo Testamento había en total más de un millar de pasajes que exhortaban a respetar la tierra de Dios, y eso le pareció a ella bastante más directo. Pero después bendijo a los presentes deseándoles muchas cosas, incluida la prosperidad económica, lo que hasta cierto punto contradecía lo anterior. Dellarobia sintió que no podía haber esperanza si ni siquiera Bobby Ogle era capaz de leer ese millar de pasajes y tomar sus propias decisiones, considerando individualmente cada caso. En un mundo de guerras y enfrentamientos religiosos, la prosperidad era quizá el único punto en el que todos estaban de acuerdo. De hecho, si alguien agitaba un fajo de billetes en el aire, ¿quién no volvería la cabeza para mirarlo? Solamente los que tenían la hipoteca de la casa pagada, supuso ella.

Cub la había abandonado en el pasillo de los juguetes, y ella seguía sin encontrar nada que pudiera gustarle a Preston. Contentar a Cordie era mucho más fácil. Para ella, el papel de los regalos ya era una fiesta, pero Preston era diferente. Se sintió acosada por la mirada esperanzada de su hijo y por su inevitable desencanto mientras examinaba las hileras de Señores Patata y Barbies de imitación. De pronto, vio unos prismáticos de plástico sobre un cartón de colores brillantes. «¡Superdivertidos!», rezaba el cartel. Servían para «explorar, descubrir y vivir en contacto con la naturaleza», y sólo costaban un dólar cincuenta, incluida la correa para colgarlos del cuello. Fabricados en China. Dellarobia sostuvo de lado el cartón del envase y se llevó los prismáticos a los ojos, pero ni siquiera pudo distinguir lo que llevaba en el carro. La calidad era exactamente la que había esperar de un juguete que costaba menos de dos dólares. ¡Era tan tentador comprar una cosa horrible y barata sólo porque el envoltorio decía «Explora la naturaleza»! Podía fingir que realmente funcionaba e intentar que su hijo también fingiera y callara. Así criaban a sus hijos los desfavorecidos. Devolvió los prismáticos a su sitio, tan desesperada por un cigarrillo que estuvo a punto de encender uno allí mismo, delante de la Señora Patata. Podría haber dado unas cuantas caladas profundas antes de que alguien le llamara la atención. Sabía que no iban a echarla de la tienda. Querían sus cincuenta dólares.

Una chica de la iglesia, Winnie Vice, entró en el pasillo de los juguetes por el otro extremo con su hija pequeña en el carro. Dellarobia sabía que Winnie era parienta de Crystal o Brenda, pero no recordaba de cuál de las dos. Ése era otro aspecto que había empeorado la experiencia de la iglesia: ahora que los hijos de Crystal habían sido expulsados de la escuela dominical, su madre los llevaba a la cafetería, por lo que ya no era posible pasar allí un rato tranquilo. El lugar era un caos. Otras madres con hijos fuera de control se habían pasado al bando de Crystal y pasaban el rato con ella mientras sus pequeños aprendían de Jazon y Mical el arte de usar la máquina de zumos como aspersor. La congregación estaba claramente dividida en dos facciones: los partidarios de Brenda y los de Crystal, y cualquier cosa que hiciera Dellarobia podía poner en entredicho su neutralidad. Winnie no la había visto, por lo que aún podía eludir el encuentro si se marchaba de la sección de juguetes. Como aún no había elegido ningún juguete, cogió un horrendo mapache de peluche que ni siquiera parecía un mapache y lo metió en el carro, sólo porque costaba un dólar. Habría querido pegarle a alguien. El mundo la obligaba a hacer esas cosas.

Comida. Al menos eso era algo sensato que comprar. Se provisionó de cajas de macarrones con queso, a dos dólares cada una, y se puso a recorrer la sección de cereales, estudiando los ingredientes, en busca de los que se parecieran menos a golosinas. Al final del pasillo vio a Cub, junto al café, ¡y con él estaba Crystal Estep! Sin sus hijos a la vista, Crystal era toda sonrisas, con la expresión radiante vuelta hacia la gran altura de Cub y la espalda recostada sobre el carro, en una inclinación que le proyectaba la pelvis hacia adelante, como a una niña de parvulario haciendo estiramientos. Cuando Crystal vio a Dellarobia, la

saludó y se marchó, dejando que Cub siguiera examinando las distintas marcas de café. Dellarobia se dirigió hacia su marido, prometiéndose ser dulce y amable. Sin embargo, como era de esperar, él escogió el café Folgers.

—Déjalo, Cub —dijo ella—. Coge la marca blanca.

—¿No nos gustaba el Folgers?

—Cuesta seis dólares. La marca blanca cuesta un dólar setenta y cinco. ¿Cuál nos gusta más?

Llegaron juntos a la sección de oportunidades, al final del pasillo, donde se amontonaban artículos a precios ridículamente bajos, próximos a su fecha de caducidad. Dellarobia cogió un bote de polvos para hacer limonada y unas latas de macedonia. ¿Quién habría imaginado que la fruta enlatada tuviera fecha de caducidad?

—¿Qué tal está Crystal? —preguntó.

—Una máquina de hablar, como siempre —repuso él—. Alguien debería desenchufarla.

Dellarobia se echó a reír.

—Está muy mal que digas eso.

—Me ha dicho que quiere que le corrijas una carta que ha escrito para «Querida Abby».

—¡Dios santo! ¿Otra vez? ¡No te imaginas todo lo que ha escrito! ¡Algo así como veinte páginas! Debería dedicar una mínima parte de esa insistencia a sacarse el graduado escolar.

Dellarobia observó con asombro que en la sección de oportunidades no sólo había artículos de alimentación, sino también productos para el pelo, paquetes de chicles... ¡y condones! ¿Quién en su sano juicio compraría condones caducados? Parecía la definición misma de un mal negocio. Cub, como era natural, se decidió por las pastas rellenas de chocolate, que a ella le habría gustado arrebatarse de las manos para golpearle la barriga con la caja. Pero prefirió no añadir el problema de sobrepeso de Cub a los conflictos del día. Si ella podía fingir que las galletas con sabor a helado de chocolate no causaban obesidad, quizá él pasara por alto los aspectos menos positivos del cáncer de pulmón.

—¡Hola, muchacho! ¿Quién es esta chica tan guapa?

Un hombre alto y corpulento, con chubasquero y sombrero fedora de aspecto anticuado, se inclinó sobre el cisne maligno que llevaban en el

carro para estrecharle la mano a Cub, que enseguida hizo las presentaciones. Era Greg, su jefe en el reparto de grava.

—¿Qué me decís del tiempo? —preguntó Greg, haciéndole a ella un guiño—. ¿Empezamos a construir el arca?

Qué risa. A Dellarobia no le habría importado oír un comentario nuevo. Cub se puso a charlar con su jefe sobre lo muy ocupados que estaban en el trabajo mientras ella se preguntaba por qué un jefe tenía que comprar en un supermercado de «todo a un dólar». A veces parecía como si nadie tuviera dinero. Pero él formaba parte de la dirección de una empresa. ¿No estaba un peldaño por encima? ¿Y, aun así, frecuentaba los baratillos? Dellarobia se quedó con ellos lo suficiente para no parecer grosera y después agitó los dedos para saludar y siguió adelante. Cub la alcanzó en la sección de comida para perros.

—A los perros ya les dan de comer mis padres —dijo.

—*Roy* pasa media vida en casa, por si no te has dado cuenta. Y la última vez que me llevé un poco de Purina de casa de tus padres, Hester me puso mala cara. Así que necesitamos comida para perros.

Cub estudió las ofertas y, obedientemente, cogió del estante de más abajo el pienso de marca blanca, que costaba cuatro dólares por ocho kilos y seguramente estaba hecho de basura. Lo prefirió al pienso de marca conocida, que estaba situado a la altura de la vista y valía diez dólares. Después del incidente en la sección de cafés, había aprendido la lección, y Dellarobia se sentía agradecida, pero al mismo tiempo terriblemente mezquina y tacaña con respecto a *Roy*. Era un perro perfecto y no merecía que fueran miserables con él. Debería solicitar un puesto en una familia mejor.

—Así que ése es tu jefe —dijo ella.

—Sí, ése es Greg. Y es más alto que yo.

—Pero tú le puedes —dijo Dellarobia—. Con los ojos vendados. Apostaría por ti sin dudar.

Cub sonrió.

—Mira, esto es lo que necesitas para Navidad.

Le enseñó una taza de café con la inscripción: «Estoy fuera de mí. Vuelvo dentro de cinco minutos».

Ella también le sonrió. Probablemente había terminado la discusión. Hasta podrían haber tenido una sesión de sexo reconciliatorio si hubiesen podido salir de una vez de la tienda sin tener que pensar en los niños y sus condenadas «Navidades de verdad». Dellarobia se preguntó

cuántos divorcios estarían directamente relacionados con los gastos navideños.

—¿Sabes qué, cariño? Tenemos que volver a la sección de juguetes.

Cub la siguió una vez más hasta el desconcertante cúmulo de regalos inaceptables. Ella cogió una hacha de juguete y fingió jovialmente que asesinaba a Mickey Mouse. Cub tenía la cabeza en otra parte. Soltó un resoplido, con expresión preocupada, y ella dejó el arma.

—¿Qué pasa? ¿Te ha dicho algo Greg?

—No, es sólo que... Estoy pensando en el bosque. ¿Cómo podemos decidir?

—No lo sé. ¿Estudiando los hechos?

—¿Y cuáles son? —preguntó él.

¡Como si ella lo supiera! Los dos se quedaron como en suspenso, delante de las ametralladoras de agua, las pistolas sónicas y las bolas luminosas que desprendían un olor insidiosamente tóxico.

—Bueno, por ejemplo —repuso ella—, he leído que cuando talas completamente una montaña, pueden producirse desprendimientos de tierra. No estoy siendo alarmista, Cub. Es un hecho. Puedes verlo al lado del Food King: en el sitio donde talaron, hay un río de barro que baja hasta la carretera. Y eso fue exactamente lo que pasó en México, donde se reunían antes las mariposas. Talaron el bosque en la montaña y, cuando llegaron las lluvias, toda la ladera se vino abajo. Deberías ver las fotos en internet.

El recuerdo de aquellas fotos la atormentaba tanto que habría preferido no haberlas visto. Había niños entre las víctimas y una escuela sepultada. Su mente se empeñaba en seguir enseñándole contra su voluntad imágenes terroríficas y en hacerle preguntas que ella no quería oír. ¿Habría quedado aplastado todo el pueblo, como un castillo de naipes? ¿O habrían flotado las casas, como los coches en una inundación, dando tiempo a que la gente huyera?

—Eso fue en México —replicó Cub—. Aquí es distinto.

—Sí, claro. ¿Sabes lo que pienso? Que esa casa es *nuestra* —dijo ella—. No es muy grande ni muy bonita, y yo soy la primera en reconocerlo. Pero hemos abonado todos los pagos desde que nos casamos. Esa casa es lo único que tenemos.

A Cub le extrañó la intensidad con que se expresaba.

—¿Le mencionaste a él lo que ocurrió en México?

Ella sabía a quién se refería. A Ovid Byron.

—No, no le he dicho nada. Es demasiado extraño. Es como si las mariposas hubiesen venido para decirnos que somos los próximos, como si fuera una señal.

Dellarobia estaba intentando no mezclar a los científicos en sus argumentos para conservar la montaña tal como estaba. Los intereses y preocupaciones a escala mundial de los forasteros no beneficiarían su causa a los ojos de Cub. Si había que elegir bando, los científicos no eran *de los nuestros*, sino *de los otros*. Así lo veía Cub.

—La lluvia no durará mucho más —dijo él—. Dicen que hacía por lo menos cien años que no llovía así, de modo que pasarán por lo menos cien años más antes de que vuelva a llover como ahora.

Dellarobia sabía que su razonamiento era erróneo. La mala suerte no funcionaba así: era posible que una mala racha durara muchísimo tiempo. Pero no sabía cómo explicarlo.

—Me parece que es una decisión muy miope —dijo—. Si talamos, ya no tendremos los árboles, pero seguiremos teniendo la deuda. ¿Tiene sentido poner todo patas arriba para hacer solamente un pago, como si no fuera a haber otro vencimiento el mes que viene y otro al mes siguiente?

—Pero éste es un pago extraordinario. Después, las cosas mejorarán. Mi padre conseguirá más contratos.

—Y mientras tanto, puede que nuestra casa quede sepultada por el barro. ¿Ése es el trato?

—Papá dice que si hubiera algún riesgo, no talarían.

—¡Sí, claro, créetelo! ¿Por qué no tala el bosque que hay por encima de su casa?

—Bueno, háblalo con él —dijo Cub—. ¿Le gustará esto a Preston?

Dellarobia cogió la caja de cartón que él le tendió. Era un rompecabezas con la figura de un dinosaurio.

—No —respondió—. Es para niños más pequeños.

De pronto, pensó en Mako y Bonnie, como solía pensar a veces. Se preguntó si ellos habrían jugado con ese tipo de juguetes o si sus padres les habrían regalado juguetes educativos para que empezaran con buen pie en la vida. Si Preston quería ir a la universidad algún día, ya llevaba retraso. Eso también formaba parte del hecho de pertenecer al bando de *los nuestros*. Levantó la vista del rompecabezas y miró a su marido.

—¿Sabes lo que dicen el doctor Byron y los otros a propósito de las mariposas y de que ahora estén aquí? Dicen que son la señal de que algo está yendo rematadamente mal.

—¿Y qué es lo que va mal? —preguntó Cub.

—Todo el planeta. No te creerías algunas de las cosas que han dicho. Es como el Día del Juicio. Necesitan tiempo para estudiar esas mariposas. ¿No te parece importante?

—Bueno, si las mariposas se marchan a otro sitio, entonces el doctor y sus amigos podrán ir tras ellas y aparcar su autocaravana junto a otro establo que no sea el nuestro.

—¿Y si no hay otro sitio al que puedan irse las mariposas? —preguntó ella.

—Siempre hay un sitio adonde ir —repuso Cub en un tono que ponía fin a la conversación, como si hubiera dicho: «Ese tipo de preocupaciones no son para gente como nosotros. Ya tenemos bastante con las nuestras».

Y no se equivocaba.

—Pero ¿y si no hubiera otro sitio? —insistió ella sin alterarse.

—¿Qué te parece esto para Preston? Yo tuve uno de éstos —dijo él.

Era una versión de plástico del Meccano, en una caja enorme. No era el Meccano de toda la vida, pero venía con una infinidad de extras, incluido un motorcito para que el niño hiciera correr sus creaciones por el suelo hasta que alguien tropezara con ellas y se punzara una arteria.

El precio les cortó a los dos la respiración. Cub devolvió la caja a su estante.

—Ya sabemos que tu padre quiere coger el dinero y no pensar en nada más. Pero ¿qué quieres tú?

—No lo sé. —Cub dejó escapar el aliento con la vista fija en el techo—. Estaría bien tener un poco de margen y poder dar a los niños unas Navidades de verdad...

Estaría bien, claro que sí. Ella habría querido darles el mundo entero a Cordie y a Preston. Pero ¿qué significaba lo que decía su marido?

—¿Qué es «de verdad»? —le preguntó—. ¿Lo que venden en esta tienda? Deberíamos comprarles una caja de los cereales más azucarados que encontremos y volver a casa. Son tan pequeños que ni siquiera notarían la diferencia entre eso y un regalo.

Quizá fuera cierto en el caso de Cordie, pero Preston no se conformaría con una golosina. Todos los niños estaban entusiasmados con la Navidad. Preston le había contado a su maestra, la señorita Rose, que Santa Claus iba a traerle un reloj, y ella le había pasado la información a Dellarobia con una sonrisa conspirativa, como si su parte hubiera sido la más difícil. Los padres sólo tenían que materializar el deseo del niño. Durante toda la tarde, Dellarobia había estado atenta para ver si encontraba un reloj de juguete, aun sabiendo que Preston se llevaría una decepción si Santa Claus le traía uno de plástico. Le parecía ver la expresión reconcentrada de su hijo, la mañana de Navidad, haciendo un esfuerzo para no sentirse desilusionado. El reloj que él ambicionaba era el de Mako: un artefacto negro y enorme, con diminutos botones amarillos, cronómetros y todo tipo de cosas. Mako había dejado que jugara con él. Esos estudiantes eran muy amables con Preston; no eran para nada como los genios del programa de televisión, sino todo lo contrario: parecían asombrosamente capaces de adivinar los intereses y las habilidades de un niño pequeño. Por eso ahora Preston estaba fascinado con el grupo y se moría por que le prestaran atención. Pasaba la tarde merodeando alrededor de la autocaravana, fingiendo que se entretenía levantando piedras, dejándose ver y suscitando en Dellarobia una protectora actitud defensiva. Ella hubiese preferido que su hijo se interesara menos por los forasteros. ¿Por qué tenía que ver cosas que no podía tener?

Cub estaba estudiando un objeto empaquetado que parecía un televisor de juguete con prolongaciones.

—Tú sabes lo que él quiere: Super Mario Brothers y Battletron.

—Eso es lo que oye de los otros niños —replicó Dellarobia—. Ni siquiera sabe lo que es un videojuego.

—Deberíamos comprarle una Wii.

—Para jugar tú —repuso ella cada vez más exasperada.

—Es educativo —sostuvo Cub.

—Si te interesa la educación de tu hijo y si por casualidad te encuentras una cartera llena de dinero, cómprale un ordenador. Cada vez que va a casa de Hester, se conecta a internet y mira las imágenes. ¿Sabes que está a punto de aprender a leer? Conoce un montón de palabras.

—Fabuloso. Si sale listo como tú, estaré en minoría.

Dellarobia se sintió atacada a traición.

—¿Vas a reprocharme que sea *lista* ? ¿Ése es el mensaje que quieres transmitirle a tus hijos?

—¿Cuál quieres transmitirles tú? Si quieres que tengan ordenadores y esas cosas, entonces necesitamos el dinero de los árboles. O también podemos conservarlos... —Hizo un amplio gesto con las manos—. Y seguir siendo unos catetos ignorantes.

—Perfecto. Talamos los árboles y dejamos que nos entierre el barro por pura ignorancia, porque nos da miedo criar a nuestros hijos como catetos ignorantes. ¿Estás diciendo que tenemos que hacerlo porque *somos así*? —preguntó ella en voz demasiado alta—. ¿Cómo crees que somos, Cub?

—¡Por el amor de Dios, Dellarobia! ¿Por qué tienes que hacer que todo sea tan difícil?

—Hester está de acuerdo conmigo —le soltó de pronto—. A tu madre no le parece bien talar el bosque. Me lo dijo el día que vino a casa.

Su marido la miró sin entender. Dellarobia lo observó mientras él recomponía mentalmente la situación, y vio que su expresión se ablandaba y que poco a poco la derrota subía a la superficie. Las mujeres que mandaban estaban en su contra. Sí, era evidente que Cub lo vería de ese modo. Se quedaron mirándose: un hombre alto y sombrío, y su mujer, pequeña y triste, ambos al borde de las lágrimas. ¿Cómo era posible que los dos hubieran perdido a la vez la discusión?

—Lo único que pido es una cosa muy simple —dijo él—: que los niños tengan su Navidad.

Había gente que destrozaba su mundo por mucho menos y ella lo sabía. Ella misma había deseado tanto su aventura con un extraño que había estado a punto de arrojarlo todo por la borda, incluidos los niños. Le pareció una hipocresía compadecerse ahora de sí misma porque no podía comprarles regalos de niños ricos. De pronto, sintió que el plástico chino le producía tanta alergia que le costaba respirar.

—Cuando sepas cómo conseguir esa cosa tan simple, dímelo —le dijo a su marido—. Te estaré esperando en el aparcamiento.

«Fumando un cigarrillo de setenta y cinco centavos», pensó lúgubrementemente.

Se dirigió hacia la salida, pero algo le llamó la atención y la hizo detenerse. Entre todas las cosas que podía haber, había una agarradera de cocina en forma de mariposa monarca. ¡Increíble! Estaba colgada en un expositor de artículos variados, abrebottellas y cosas por el estilo, como si hubiera pasado por allí y se hubiera posado un segundo para descansar. Los colores la hacían destacar. Dellarobia se puso de puntillas para descolgarla y se sorprendió al observar que estaba muy bien hecha, a diferencia de todas las otras cosas que había visto en la tienda. Las rayas negras estaban situadas con realista precisión y hasta se veían los dos puntos oscuros en las alas inferiores. ¿Habría

mariposas monarca en China? No lo sabía; pero en un lugar muy lejano, alguien se había tomado el trabajo de reproducir con exactitud una mariposa. La alisó con las manos e imaginó a una persona real, una mujer menuda con una redecilla azul en el pelo, sentada delante de una máquina de coser, alguien de su tamaño, probablemente una madre como ella, moviendo de arriba abajo el pedal de la máquina mientras trazaba con cuidado las líneas y los ángulos agudos de las costuras para enviar un mensaje, fuera el que fuese. «Sacadme de aquí.»

¿Y si de verdad no había ningún otro sitio?

Se puso a la cola de una de las cajas y colocó la agarradera sobre el mostrador. La cajera del delantal amarillo la levantó para verla de cerca y observar su calidad.

—Muy bonita —dijo con voz de asombro—. Un regalo precioso para una ama de casa.

—En realidad es para mi hijo —dijo Dellarobia mientras sacaba cuatro dólares arrugados de diferentes bolsillos de la chaqueta.

La mujer cogió su dinero y echó la cabeza atrás para contemplar por la mitad inferior de las gafas a la clienta loca y estudiarla mejor.

Dellarobia se encogió de hombros, señalando los puntos negros de las alas.

—Probablemente a nadie le importa, pero es un macho.

Gracias a Dovey, pudo organizar la fiesta de Navidad. Dovey estaba ansiosa por conocer a Ovid Byron y la reticencia de Dellarobia la sacaba de sus casillas.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan asustadiza?

—¿Te parezco asustadiza?

Devanándose los sesos en busca de pruebas que confirmaran lo contrario, recordó el día en que había abierto la puerta sin dudarlo mientras Crystal se escondía de una familia de mexicanos cuya estatura media no pasaba del metro cincuenta. Pero el sentido común no era lo mismo que el coraje, como tampoco lo era llevar a la iglesia una estola de pieles de zorro. Aún recordaba que en otra época la gente se volvía para mirarla cuando entraba en una sala. Aunque era menuda y bajita, tenía la fuerza que confiere la solidez. Estaba convencida de contener lo mismo que las personas altas, sin espacio desaprovechado, y de tener en la cabeza mucho más que la mayoría. Dovey y ella solían ir a los bares de Cleary, donde fingían ser azafatas de vuelo, ingenieras informáticas o cualquier otra cosa que se les hubiera ocurrido en el coche, por el camino. En aquellos tiempos aún les parecía posible llegar a ser cualquiera de esas cosas, lo que proporcionaba credibilidad a sus

invenciones. Por muy descabelladas que fueran sus historias, los hombres las creían. Una vez, Dellarobia se había puesto las gafas y había afirmado ser la ayudante de Jane Goodall. Dovey y ella acaban de ver un documental sobre la investigadora y recordaban un montón de datos sobre los chimpancés. El tipo que había estado flirteando con Dellarobia se volvió y le preguntó si podía conseguirle un trabajo. Ni siquiera se paró a pensar por un momento qué estaría haciendo en Cleary el equipo de Jane Goodall.

El día de la fiesta, Dovey le propuso un trato. Ella iría al supermercado a comprar todo lo que hiciera falta, cuando saliera a las tres de trabajar, si Dellarobia revolvía los cajones en busca de su antiguo coraje y se animaba a invitar a los científicos. En algún lugar entre la indignación y las ganas de darse por vencida, lo encontró. Estaba harta de rogar que le dieran adornos para el árbol de Navidad como parte de una confabulación invernal de supuesta alegría y buena voluntad caídas del cielo sin dinero para respaldarla. Estaba cansada de oír historias de gente pobre de buen corazón que levanta la copa de su amabilidad. Estaba saturada de necesitar autorización para celebrar una fiesta en su propia casa y de no pedirla porque era demasiado orgullosa para suplicar favores a su familia. Así vivía la gente sencilla en su cuento particular de Navidad. Ya era hora de que lo reescribieran. Después de tomarse media pastilla del frasco de Valium de hacía diez años, para controlar los nervios, se dirigió a la autocaravana y pegó en la puerta una nota en la que los invitaba a todos a su casa cuando regresaran de su jornada de trabajo.

Los científicos llamaron a su puerta a primera hora de esa tarde de lluvia —¡gran sorpresa!— y entraron en la casa para compartir la alegría navideña, dejando las chaquetas y las botas embarradas en el porche trasero. Ovid llegó con dos regalos envueltos que no se podían abrir antes de Navidad, según dijo. Eran para los niños, que se pusieron frenéticos de alegría y expectación. Ovid lucía su esplendorosa sonrisa de dientes deslumbrantes y ligeramente ensalivados. Dellarobia también se había puesto un poco frenética y había hecho varias bandejas de galletas en forma de estrellas y campanitas, y había puesto a los niños a decorarlas en la mesa de la cocina. Cordie estaba de pie sobre una silla mientras Preston, arrodillado en la silla de al lado, untaba el glaseado con el dorso de una cuchara y supervisaba el uso que hacía su hermana de los confetis de colores. En cuanto vio a los estudiantes, Preston anunció que iba a hacer un experimento y se puso a mezclar el glaseado rojo con el verde hasta obtener un producto amarronado que difícilmente habría tenido éxito en los hogares donde se cambian pañales. Pero Dellarobia se echó a reír, retiró de la mesa el glaseado marrón y empezó de nuevo, sin que eso supusiera ningún problema. Era probable que el azúcar glas fuera la más barata de las sustancias comestibles, lo que constituía uno de los misterios de la economía doméstica.

Dovey le subió el volumen a Shakira y los hizo pasar a todos al cuarto de estar, mientras se contoneaba con su elegante jersey plateado y su

gorra de Santa Claus sostenida con una horquilla sobre su masa de rizos castaños. Los niños no tardaron en abandonar las galletas para correr al cuarto de estar, encantados de presenciar una celebración en su casa con personas mayores. Cordie se plantó en el centro del salón y se puso a saltar con la música, cantando la canción del reno Rodolfo sobre cualquier canción que sonara, segura de recibir los aplausos del público. Dellarobia volvió a sentirse joven e intrépida al ver a Dovey chasqueando los dedos y moviendo los brazos al ritmo de la música mientras iba de aquí para allá, echando chorritos de bourbon en los vasos de ponche de huevo. Y flirteando, claro, porque eso era algo que Dovey no podía evitar. Sus esfuerzos iban dirigidos sobre todo a Pete, pese a estar al corriente de su estado civil. Todos se estaban divirtiendo, y a Dellarobia ni siquiera le importaba que alguien tuviera que beber el ponche en el vaso de Bob Esponja. Llevaba horas sin fumar, tantas que habría sido capaz de masticar la alfombra, pero nada era comparable a su satisfacción. Lo había conseguido. Había organizado una fiesta.

Incluso tenían árbol de Navidad. En eso había sido original. Había revuelto toda la casa en busca de dinero: en todos los bolsos y las carteras, y en los bolsillos de los pantalones y las chaquetas. Había rebuscado en los cajones llenos de bandas de goma e incluso había metido los dedos en los pegajosos posavasos del coche. Su búsqueda había dado como resultado un asombroso número de billetes de baja denominación, ocho de un dólar y un par de cinco dólares, que había plegado en forma de pequeños abanicos. No eran exactamente mariposas, porque tampoco era eso lo que quería, pero tenían un aspecto muy festivo. Los estudiantes la ayudaron a plegar los billetes y sacaron más de sus bolsillos como contribución a la causa. Mako sabía hacer un pájaro de papel, con pico y cuello largo. De niño, había participado en un proyecto para plegar mil pájaros como ése porque le habían dicho en la escuela que de ese modo contribuiría a la paz mundial. A ese tipo de escuela había ido. Los pájaros eran muy bonitos. De hecho, Dellarobia iba a necesitar un poco de esa paz mundial cuando la familia viera lo que estaba haciendo, porque Hester iba a ponerse furiosa.

Dovey le dio un billete de veinte, en préstamo, y se puso a bailar. No tardó en deshacerse de Pete cuando descubrió otra pareja de baile que se sabía todos los pasos. Ovid Byron incluso sabía hacer el *moonwalk*. Enrollaron la alfombra para que pudiera deslizarse hacia atrás en el suelo con sus calcetines de lana, con los ojos cerrados y la cabeza echada hacia atrás, suave como la seda. Preston estaba extasiado. Mako bailaba como un robot y Bonnie no hacía más que agitar los brazos, pero lo pasaba muy bien. Dovey había llevado su iPod y sus altavoces. Esa chica realmente era capaz de meter una fiesta en una caja, de modo que pasaron de Michael Jackson a Coldplay y de Diamond Rio a Chumbawamba, y en eso estaban cuando Cub volvió del trabajo. Dellarobia oyó que dejaba la bolsa térmica del almuerzo y abría la nevera antes de asimilar del todo la conmoción. Al cabo de un momento, apareció por la puerta del cuarto de estar.

—Dellarobia, ¿qué demonios...?

—¡Feliz Navidad! —gritaron todos.

Dellarobia había rechazado el bourbon de Dovey, porque tenía que cuidar a sus hijos, y ya se le había pasado el efecto del medio Valium que se había tomado antes para darse valor. Pero algo le hizo sentir que se le ablandaban las rodillas. Se agarró con fuerza a la escalera que estaba usando para decorar el árbol y se volvió para ofrecerle a Cub una ancha sonrisa.

—Estamos celebrando el verdadero significado de la Navidad.

Estaban cubriendo el árbol de dólares. Cuando se les acabaron los billetes, formaron ganchos con clips de papel y les pegaron monedas de uno, diez y veinticinco centavos, de las que tenían un suministro inagotable. Preston corría desde el árbol hasta Mako y Bonnie para recoger de sus manos las monedas pegadas a los ganchos de alambre y colgarlas de las ramas, levantando tanto los brazos que la camisa de franela se le subía y le dejaba al descubierto la barriguita plana. Preston nunca había oído hablar de Money Tree Industries, ni del árbol cargado de dólares que lucía en su logotipo, y sabía tan poco como cualquiera de los demás acerca de la conexión entre los árboles de Navidad y el Niño Jesús. Probablemente, era demasiado pequeño para comprender la insurrección de Dellarobia en todo su alcance. O quizá no. Contagiado por la travesura de su madre y empeñado en llamar la atención de los visitantes, iba y venía como un loco.

Dellarobia observó a Cub, mientras éste estudiaba la escena doméstica y la asimilaba, considerando cuál debía de ser su reacción. Cub nunca había sido muy hábil para detectar la ironía, pero reconocía perfectamente la blasfemia religiosa cuando la veía. Parecía cada vez más indignado.

—¿Qué clase de prioridades les estás enseñando a estos niños? —preguntó finalmente.

—¡Mira, papá! —exclamó Preston sin dejar de saltar—. Hemos puesto el de veinte arriba de todo.

La circunferencia del mundo

SANTA CLAUS le trajo a Preston el reloj que quería, un reloj como el de Mako. De hecho, *era* el reloj de Mako. El día que se marchaba del pueblo con sus compañeros, el estudiante llamó a la puerta de la cocina y le dio el reloj a Dellarobia, como regalo para Preston. Ella se quedó atónita, pero Mako insistió. Era su forma de agradecerle la reparación de la cremallera. Le aseguró que el reloj no era muy caro y que tenía otro mejor en casa, y le enseñó que varias de sus funciones estaban estropeadas, como si ella hubiese podido ver la diferencia. Quería que se lo quedara Preston, que lo consideraba «un reloj científico». A Dellarobia le había preocupado que su hijo fuera una molestia para los visitantes, pero ahora se daba cuenta de que su interés le resultaba gratificante a Mako, que no debía de tener hermanos pequeños para pasarles las cosas que él ya no necesitaba. Le prometió al estudiante que la mañana de Navidad le diría a Preston que el regalo era de Mako, su héroe.

Pero llegó el día y rompió la promesa. Preston desgarró el papel y, entre gritos de felicidad, exclamó:

—¡Sí! ¡Lo sabía! ¡Santa Claus existe!

Tartamudeando un poco y temblando de entusiasmo, le contó que había hecho un experimento. Deliberadamente, les había ocultado a sus padres el regalo que quería. No se le ocurrió que la maestra del jardín de infancia podía ser una soplona, ni que Mako podía haberlo adivinado. El reloj que tenía en las manos era la prueba de que Santa Claus le había leído la mente. Dellarobia se sintió incapaz de pincharle una ilusión que lo hacía tan feliz.

—Así que la fantasía ganó la partida —le contó después a Dovey.

—Como siempre —convino su amiga.

—Es tan listo que da miedo —dijo Dellarobia—. ¿Qué tipo de niño hace un experimento para ver si existe Santa Claus? Dentro de poco, me preguntará cómo hace Santa Claus para visitar todas las casas del mundo en una sola noche.

Dovey dobló la última toalla de la cesta de la colada.

—¿Puedes explicarme por qué alentamos el comportamiento delirante en los niños y lo medicamos en los adultos? No tiene sentido. ¿Y qué me dices de las zonas grises?

—Cierto. ¿A qué edad cruzamos la línea y dejamos atrás la fantasía para hacer frente a la realidad?

—Cuando la hayas cruzado, mándame una postal —canturreó Dovey.

Dellarobia pensó que por lo general había una prueba de embarazo de por medio, pero no lo dijo. No solía prestar atención al enorme abismo entre su vida y la de Dovey, pero ahí estaba. Su amiga y ella estaban pasando una mañana juntas con el mismo espíritu que las había unido desde la infancia, para sostenerse mutuamente contra el desgaste de la rutina. Incluso en los viejos tiempos se reunían casi siempre en casa de Dellarobia para no tener que bregar con un montón de hermanos pequeños. Después de quinto curso, en casa de Dellarobia no había más que el recuerdo de su padre y la tristeza de su madre, por lo que estaban tranquilas y podían hacer lo que querían.

Ahora todo se reducía a saber en qué casa había enchufes a prueba de bebés. Dovey vivía a diez minutos de distancia, en una casa de dos plantas propiedad de su hermano, en lo que pasaba por ser la periferia residencial de Feathertown. Esa mañana había ayudado a Dellarobia a ordenar una pila de facturas y recibos para la declaración de la renta, a poner dos lavadoras (y varias más que tenían que poner) y a desmontar el extraño árbol de Navidad, entre las quejas de los niños.

—¡No! ¡Mío, mío! —gritaba Cordelia mientras Dellarobia trataba de arrebatarle de las manitas las monedas de cinco centavos para quitarles los ganchos.

Después, Dellarobia le pidió a Preston que desplegara y alisara los billetes, para usarlos más adelante, pero el niño se puso sentimental con los pájaros de Mako.

—¡Tenemos que guardarlos para la próxima Navidad! —chilló mientras Dellarobia se los guardaba uno a uno, con la criminal esperanza de que el total fuera suficiente para comprar un cartón de cigarrillos.

—La próxima Navidad haremos más —dijo.

Preston se arrojó de bruces sobre el sofá.

—¡Mako ni siquiera estará aquí la próxima Navidad!

Dovey preguntó si había alguna ley de la física por la cual los niños tuvieran que aplicar una cantidad igual pero opuesta de energía en los dos extremos de las fiestas navideñas. Ninguno de los dos protestó de verdad cuando Dellarobia los envió a su habitación. Cordie hizo un nido de juguetes en el suelo, y Preston se sentó en su cama para mirar embelesado El Reloj, pulsar sus botones y llevárselo al oído, una actividad que parecía capaz de absorberlo por lo menos hasta la adolescencia. También le había gustado mucho el regalo del doctor

Byron: un calendario con una lámina a todo color de una especie amenazada en cada mes. Todavía no se sabía todos los meses en orden, pero en un solo día había memorizado todos los animales.

Dellarobia sacó la última carga de la secadora y la derramó sobre la cama de su abarrotado dormitorio, donde Dovey y ella podían esconderse y permanecer lejos de la vista de los niños. Encendió la radio para disimular su conversación, pero sin subir demasiado el volumen para oír una lucha a bofetadas, en caso de que se produjera. Cordie era siempre la instigadora. Dellarobia empezó a desenredar el pulpo de ropa caliente y enmarañada, y a emparejar calcetines, mientras Dovey intentaba doblar diminutas camisetas de franela cuyas costuras se fruncían como lechugas.

—Se me olvidó decirte que tengo una cita —dijo Dovey—. ¿Por qué no me peinas? He traído las tenacillas que compré para alisarme el pelo. Se pueden poner en modo ultraliso.

—¿Vas a alisarte el pelo para un hombre? ¡Eso es amor! —exclamó Dellarobia mientras deshacía un enredo de hilos que conectaban dos calcetines desaparejados como si fueran un cordón umbilical—. ¿Es otra vez Felix? No creía que fuera a durarte más de un mes.

Felix era un barman de Cleary, supuestamente muy guapo. Dellarobia no lo conocía, ni creía que fuera a conocerlo nunca.

—Es una ocasión con mucho potencial —repuso Dovey—. Una reunión gigante de camareros, con un montón de invitados. Todos hicieron turnos larguísimos anoche, de modo que hoy se mueren por divertirse.

La Nochevieja había sido la razón de los turnos larguísimos de la noche anterior. Dellarobia y Cub habían acostado a los niños y se habían sentado en el sofá, para compartir una cerveza y ver una gala de fin de año por televisión, mientras esperaban a que cayera una bola centelleante por razones que ya nadie parecía recordar. Cub se avino a dejar de cambiar de canal durante casi una hora, lo que para él era un signo seguro de romanticismo. La presentadora de la gala, encaramada sobre unos tacones imposibles, era una de las ganadoras de un concurso de nuevos talentos cuyo nombre no recordaban y, probablemente, aún era lo bastante joven como para encontrar maravilloso el hecho de trabajar en Nochevieja. Cub había declarado que las mujeres que no habían tenido hijos no podían ser realmente atractivas porque parecían vestidos colgados de una percha a la espera de que se les metiera un cuerpo dentro. A Dellarobia le resultó conmovedor su comentario. Si algo podía decir de Cub, es que nunca mentía cuando hacía un cumplido. En el mismo tono y sin ningún ánimo de ofensa, podría haberle dicho también que parecía una rana con sus gafas de sol. Todo lo que le pasaba por la cabeza le salía por la boca. En algún momento entre las actuaciones de Toby Keith y Kitty Wells, los dos se quedaron dormidos y no se despertaron hasta varias horas después, doloridos por la postura en el sofá y desorientados tras haberse perdido

el gran acontecimiento. Dellarobia se arrastró hasta la cama, llevando consigo a Cub, triste, maltrecha y con una resaca que no merecía. Aún conservaba ese mismo estado de ánimo.

Sin embargo, no envidiaba la vida social de Dovey. Sospechaba que Felix ya sería cosa del pasado porque no creía que Dovey fuera a arreglarse especialmente para él. Desde hacía tiempo, el pelo era una forma de contacto entre Dovey y ella, una manera de estar juntas que les permitía acicalarse y tocarse mutuamente como cachorritas. De niñas lo llamaban «el salón de belleza», y el nombre persistió con creciente ironía durante toda la adolescencia, pero aún seguían empeñadas en rizar el pelo liso de Dellarobia y alisar los rizos de Dovey. Honestamente, el empeño le parecía a Dellarobia parte del mismo ciclo de inutilidad que había creído entrever días atrás en el supermercado de «todo a un dólar»: aquel círculo en el que los obreros de las fábricas y los consumidores se cancelaban mutuamente. Una cantidad enorme de esfuerzo humano se invertía en modificar elementos superfluos. Era algo innegable, sobre todo en el caso de las mujeres.

Para decidir los turnos, arrojaron una moneda al aire. Ganó Dellarobia, por lo que se sentó delante del tocador mientras Dovey conectaba la base de los rulos térmicos y ponía manos a la obra. Con las pinzas metálicas sujetas entre los labios, se puso a tararear entre dientes la música de la radio: country clásico, como el que les gustaba cuando iban al colegio (Patty Loveless cantando *Long Stretch of Lonesome* y Pam Tillis, con *All the Good Ones are Gone*). Dellarobia se preguntó cómo era posible que su música favorita se considerara «clásica» cuando ella aún no había cumplido los treinta. Ver a Dovey con las pinzas en la boca le hizo sentir nostalgia de su madre, que solía pasar tardes enteras con esa misma expresión, con los alfileres entre los labios y el ceño fruncido, mientras colocaba los trozos de papel de un patrón sobre un corte de tela en la mesa del comedor. Cuanto más cara era la tela, más completo era el silencio y más profunda la arruga que le surcaba la frente por miedo a equivocarse y tener que pagarlo. Dellarobia separaba una silla de la mesa, se sentaba y leía el libro de la biblioteca: *Una arruga en el tiempo* o *Soy yo, Margaret* o *El nombre de la rosa*, según el año. La mesa de roble era uno de los muebles que había fabricado su padre: una amplia superficie muy bien pulida que siguió sirviendo de base a las actividades de la familia mucho después de su muerte. También echaba de menos la mesa. ¿Dónde debía de estar?

A diferencia de su madre, Dovey no podía resistir el silencio. Al cabo de unos minutos, se quitó las pinzas de la boca y las apoyó sobre el tocador.

—Y dime, ¿qué ha pasado con Ovid, el rey de las pistas de baile?
¿Cuándo vuelve?

—El próximo martes —respondió Dellarobia, sonrojándose.

Dovey arqueó las cejas.

—¿A qué hora y en qué minuto exacto? ¿No me dirás que tenemos maripositas en el estómago por culpa del señor Mariposa?

—*Doctor* Mariposa para ti —la corrigió Dellarobia entre risas.

—Tenemos confianza. ¿No recuerdas que lo convencí para que hiciera el *moonwalk*?

—Porque eres una fresca. Yo lo vi primero.

—Podemos compartirlo —repuso Dovey—. Como hicimos con Nate Coyle. ¿Te acuerdas?

—¡Uy! ¡Pobre Nate! ¿Estábamos en sexto?

—En quinto. Todavía estará yendo al psicólogo.

Con mano experta, Dovey se sirvió de un peine con púa para separar cada largo mechón de pelo color tomate, levantarlo y enrollarlo, un proceso que a Dellarobia le resultaba entretenido contemplar sin gafas. Poco a poco, le fue creciendo en la cabeza una corona de rulos. De vez en cuando, oían un golpe de la llave grifa de Cub, que intentaba demostrar que era útil, envolviendo las tuberías del subsuelo con cinta aislante nueva. Finalmente, habían bajado las temperaturas y ya estaban próximas a los registros normales de invierno.

—¡Eh, tengo un cartel para ti! —dijo Dovey—. Lo vi cuando venía para aquí: «Caliente ahora, ¡quemado eternamente!».

—Lo malo contigo, Dovey, es que crees que en la iglesia no se habla más que del infierno.

—¿Y de qué otra cosa se habla?

A Dellarobia le costaba resistirse a la idea de que sus padres estuvieran juntos en otra esfera, acunando, quizá, en sus brazos al nieto que nadie había llegado a querer en ésta. Pero no podía aceptar un sistema que castigara a Dovey y en cambio la recompensara a ella solamente por ir a misa.

—Me parece que yo no creo en el infierno —dijo—. Se ha pasado de moda, como los castigos corporales a los niños en la escuela. El pastor Ogle nunca lo nombra.

—¿Qué me dices? ¿Han clausurado el infierno? ¡Mi madre estará indignada!

—Hablo en serio, Dovey. ¿A quién conoces que encuentre inspiradora la idea de la carne quemándose? ¿A quién, que sea de nuestra edad?

—Hum —masculló Dovey con el peine sujeto entre los dientes para poder maniobrar con las dos manos—. Demasiado truculento, como una película de Halloween en un autocine.

Dellarobia se dio cuenta de que lo que decía su amiga era verdad. Los terrores de una generación se convertían en el entretenimiento de serie B de la generación siguiente.

—He oído decir que Bobby Ogle es un «negacionista del infierno» —dijo—, como si eso fuera otra confesión religiosa.

Dovey se quitó el peine de la boca y señaló al espejo.

—¿Sabes? Creo que Ralph Stanley también es uno de éstos, ahora que lo dices. Lo leí en una entrevista que le hicieron para una revista.

—¡Oh!

Dellarobia no podía imaginar qué clase de revista entrevistaría a una leyenda de la música country para sonsacarle los detalles de su vida espiritual, pero Dovey era una fuente inagotable de datos curiosos que resultaban ser verdaderos.

—Entonces ¿me estás diciendo que el famoso Bobby Ogle es un predicador del nuevo milenio? Yo lo había imaginado más bien anticuado. Y bastante mayor.

Dellarobia sintió un escalofrío cuando su amiga le tiró de un mechón de la nuca.

—No, nada de eso. Tiene poco más de treinta años. ¿No recuerdas su foto en el pasillo de la escuela? Jugaba en el equipo de fútbol que fue a la final estatal.

—¡Vaya! ¡Eso es historia reciente!

—No tanto, Dovey. Pero sucedió cuando nosotras estábamos en el colegio. Supongo que parece más maduro espiritualmente que el resto de nosotros. Sus padres eran muy mayores. Quizá eso lo explique, en parte. Tenían por lo menos sesenta años cuando lo adoptaron.

—¿Es adoptado?

—Como Moisés, cuando lo desencestaron.

De pronto, Cub entró por la puerta trasera y la llamó desde la cocina.

—¡Cariño! ¿Las has visto las llaves de mi camioneta?

Dellarobia entrecerró los ojos, mirándose al espejo.

—Voy a racionarle el sexo hasta que deje de usar pronombres redundantes.

Dovey canturreó por lo bajo:

—¿Las has visto las llaves de mi camioneta, *perra* ?

—¿De qué os reís? —preguntó él desde la puerta del dormitorio.

Era imposible verle la expresión, iluminada a contraluz desde el cuarto de estar, pero Dellarobia notaba en su postura la renuencia a entrar en su zona. Cub tenía miedo del tándem que formaban ella y Dovey, un hecho que a Dellarobia le producía mala conciencia, pero que nunca cambiaría. Sus deslealtades comunes eran como una medicina: amargas, dosificadas y buenas para prolongar la vida.

—¿Vas a casa de Bear y Hester? —le preguntó.

El llavero de Cub estaba sobre el tocador. Dellarobia estiró el brazo para lanzárselo y él lo atrapó al vuelo con una sola mano: ¡chan! Sus movimientos eran asombrosamente coordinados para alguien que se movía por el mundo como si estuviera bajo el agua.

—Sí, creo que mamá quiere mojar las ovejas preñadas.

—¿El día de Año Nuevo? ¡Qué festiva!

Las vacaciones navideñas habían sido muy poco festivas. Cub había pasado todos sus días libres con Bear, reparando los destrozos de las inundaciones en el camino grande. Había traído dos camionetas cargadas de grava, que había comprado con el descuento para los empleados. De ese modo, Hester podría reanudar su negocio turístico. Además, Bear estaba ansioso por reparar el camino para los camiones de la empresa maderera. Aunque, técnicamente, la accesibilidad del bosque era responsabilidad de los leñadores, Bear temía que hicieran un estropicio si les dejaba el trabajo a ellos.

—Me ha pedido que la ayude a rociar las ovejas —dijo Cub—. Ha hecho mucho calor. No sé si habrá cambiado de opinión ahora que ha empezado a hacer frío. Ya veremos.

—Muy bien. Te espero para la cena.

Le arrojó un beso con la punta de los dedos. Cub la apuntó con la mano como si fuera una pistola, le hizo un guiño y se fue.

Con el mismo automatismo con que hubiera rezado una plegaria, Dellarobia deseó ser una esposa diferente, una que prestara más atención al buen corazón de Cub que a su mala gramática. Una especie de enfermedad hacía que despreciara su sencillez. En realidad, la infección estaba en todas partes. En televisión, burlarse de la gente estaba de moda: de los mayores, de los ingenuos... A veces se sorprendía al ver lo mucho que habían cambiado las reglas. Hacía una o dos noches, habían visto a dos humoristas burlándose de un anciano vestido con mono de trabajo que podría haber sido el vecino de cualquiera. No era un actor, sino un hombre real que masticaba tabaco junto a un establo mientras hablaba del tiempo y de sus perros de caza. Billy Ray Hatch, se llamaba. Cub y ella repitieron el nombre en voz alta, como si pudiera haber algún parentesco entre ellos. Era uno de esos programas que emitían a última hora de la noche y que mezclaba noticias con espacios humorísticos. De alguna manera, la gente del programa había encontrado a ese hombre y se desplazaba hasta su casa para hacerle preguntas ridículas. Después de cada respuesta, el entrevistador asentía histriónicamente y arqueaba las cejas con fingido asombro. De ese modo, todo el mundo podía ver a Billy Ray Hatch haciendo el ridículo. Cub había cambiado de canal.

—¿Qué es eso de rociar las ovejas? —preguntó Dovey levantando la barbilla mientras se estudiaba en el espejo del tocador—. Cuando lo oigo, os imagino haciendo pasar las ovejas por algo parecido a un tren de lavado de coches.

—No es nada tan emocionante como eso. Hay que introducirles una medicina por la garganta con una especie de pistola de agua. Eso es todo. Sólo a Hester se le ocurriría celebrar el Año Nuevo con medicinas contra las lombrices.

Dovey le dio a Dellarobia un par de golpecitos sobre los hombros con las dos manos.

—Muy bien. Ya estás rizada. Ahora me toca a mí.

Dellarobia se levantó del asiento y fue a coger las tenacillas nuevas que Dovey quería probar. Estaban tan calientes que le dieron un poco de miedo. Podrían haber provocado un incendio mientras se calentaban sobre el tocador.

Dividió la voluminosa melena de Dovey en mechones de tamaño razonable y puso manos a la obra.

—Bueno —dijo Dovey—, volviendo al guapo doctor Mariposa, ¿cuándo dices que regresa?

—El martes. Y, por cierto, creo que hay una señora Mariposa. He visto que lleva alianza.

—Nunca se sabe. Puede ser viudo. O quizá su mujer lo ha abandonado y él está en la fase de negación.

—No, no creo que sea viudo ni separado. Ah, y, hablando de hombres casados, Pete también vuelve.

—¿Cómo lo sabes?

—Llamó anteayer. Ovid. —Decir su nombre en voz alta le aceleró el pulso. Su voz a través del teléfono le había despertado un anhelo inesperado, como si sus ansias hubieran quedado un tiempo en suspenso y hubieran reaparecido de pronto—. Pete y él vendrán desde Nuevo México en una furgoneta cargada de material. Aunque no te lo creas, piensan instalar un laboratorio ahí afuera, en el establo de las ovejas.

—¿Qué me dices? ¡Un científico loco en ese establo viejo y misterioso! Creo que ya he visto la película.

En un arranque que a ella misma la asombró, Dellarobia salió en defensa de los científicos, o quizá del establo, no estaba segura.

—El establo no está tan mal como crees. Van a usar el espacio que antes era la sala de ordeño, cuando aquí tenían vacas lecheras, hace unos cincuenta años.

Ovid había inspeccionado el establo antes de marcharse y había elegido la sala de ordeño porque era un espacio cerrado y el suelo de cemento se podía limpiar con la manguera. Bear y Hester habían preparado un contrato de tres meses de alquiler, por un precio que a Dellarobia le pareció escandaloso. Con eso, la cuota extraordinaria del crédito quedaba oficialmente cubierta.

—Pete sólo se quedará unas semanas y después se marchará en la furgoneta. Supongo que el vehículo pertenece a la universidad. Pero el material se quedará aquí por un tiempo.

—¿Qué tipo de material traen?

Dellarobia empezó a reorganizar la salvaje cabellera de Dovey, intentando separarla por capas, para poder alisarla. Un tenue olor a pelo quemado le llenó las fosas nasales, pero Dovey no pareció alarmarse.

—No lo sé. Material para hacer *aná-li-sis* —respondió, imitando el acento del doctor Byron.

—*Aná-li-sis* de *ma-ri-po-sas* —replicó Dovey, siguiéndole el juego a su amiga.

—A mí me parece interesante. Ya sé que parece una locura dedicar tanto tiempo a algo tan banal como las mariposas. Pero ¿acaso hay algo que no sea banal?

Dovey se inclinó hacia el espejo y entonó:

—El pelo y el maquillaje.

—Tú te pasas el día cortando carne. No me digas que con eso salvas vidas.

—La gente tiene que comer para vivir.

—Compran filete de aguja para la cena del domingo, pero el lunes por la mañana vuelven a tener hambre. Criamos ovejas para hacer jerséis que acabarán apilados en un armario porque la gente tiene otros diez jerséis y ese color no le gusta.

—Tu suegro fabrica quitamiedos para las carreteras. Eso no es banal. Siento mencionarlo.

—Los fabricaba. Hasta que se agotó el presupuesto de la interestatal. Pero si te pones a pensarlo, noventa y nueve de cada cien conductores no necesitarán nunca el quitamiedos. Quizá ni siquiera uno en un millón. Por eso, para la mayoría de las personas, los quitamiedos son banales.

—Me estás convenciendo. Ahora mismo voy a tirarme por un precipicio.

—Lo que quiero decir es que nunca sabes qué puede ser importante. Ha dicho que va a necesitar ayudantes. Me refiero a Ovid.

Volvió a ruborizarse, pero Dovey no hizo ningún comentario, tal vez porque notó que algo importante estaba en juego. Dellarobia necesitaba encerrarse en un armario y practicar ese nombre: *Ovid-Ovid-Ovid-Ovid*.

—Va a poner un anuncio en el *Courier* para conseguir voluntarios cuando empiecen las clases —prosiguió Dellarobia—. Pero también piensa contratar a alguien. Ha dicho que va a formar por lo menos a un ayudante asalariado. Me dio la impresión de que me estaba insinuando que me presentara para el trabajo.

—¿Y por qué no te presentas?

—¿Estás de broma? Mira mi currículum: experta en preparar puré de guisantes y en controlar rabetas. Contratará a alguien de Cleary que haya ido a la universidad.

—No te sabes vender.

—Porque no tengo nada que vender.

—*Ella es un cohete y está hecha para arder* —cantó Dovey al unísono con Kathy Mattea, en la radio, mientras apuntaba a su amiga con un dedo—. Y recuerda llevar esa camiseta a la entrevista de trabajo.

Dellarobia se echó a reír. Tenía puesta una camiseta negra enorme, con una constelación de agujeros y con el cuello dado de sí, caído sobre un hombro. Era de Cub y solía ponérsela encima de unos vaqueros y del sujetador para hacer las tareas de la casa. Era de una gira de la Charlie Daniels Band, anterior a su matrimonio.

—Cub no querrá que trabaje —dijo—. Tengo que cuidar a los niños. ¿Te imaginas lo que diría Hester?

—Por eso mismo deberías hacerlo.

—A decir verdad, Cub y yo ya discutimos por eso. Justo después de que llamó.

—¿Qué? ¿Le dijiste a Cub que ibas a presentarte para el empleo?

—Se lo pregunté. Y me dijo que no. Era bastante previsible: «¿Qué va a pensar la gente? ¿Quién va a cuidar de los niños?». Le dije que yo podía solucionarlo.

—No veo por qué no vas a intentarlo. —Dovey la miró a los ojos a través del espejo—. Es cierto que eres un cohete, Dellarobia. Tú tienes empuje. Siempre has sido así. ¿Desde cuándo no te lanzas?

Dellarobia cerró los ojos.

—Desde que el cohete no tiene dónde aterrizar, supongo.

—Mira, Dellarobia —dijo Dovey—, eso lo dices porque eres mujer. Los hombres y los niños simplemente despegan y vuelan, sin preocuparse por lo que vendrá después.

—No, Dovey. Lo diría cualquiera que pueda imaginarse el leñazo del aterrizaje.

—Entonces no te lo imagines.

—Podría ser una estrategia —reconoció Dellarobia—. A algunos les funcionará.

—Yo te ayudaría con Preston y Cordie siempre que pudiera.

—Ya lo sé. Y tampoco sería mucho pedir que Hester se quedara con sus nietos de vez en cuando. Incluso podría contratar a alguien porque sería bastante dinero.

—¿Cuánto?

—Trece dólares a la hora, más de lo que gana Cub.

—¡Uy! Ahí está tu problema.

—Sí, lo sé. Pero él es incapaz de reconocerlo. En lugar de eso, se ha puesto a despotricar y ha dicho que no quiere que a nuestros hijos los críen extraños. «No quiero que a nuestros hijos los críen extraños», me dijo. «¡Noticia de última hora!», le dije yo. «Tu hijo ya está en la escuela y unos extraños le están enseñando el abecé, a diferencia de su padre, que le enseña a mirar los peores programas de Spike Channel.»

—Tu matrimonio es muy inspirador.

—Ya lo sé. Te inspira a quedarte soltera. ¿Estás segura de que no te estoy quemando el pelo con esto?

—Completamente. Puedes seguir chamuscándolo hasta el martes que viene y aun así se me volverá a rizar.

—¿Te imaginas que yo tuviera un trabajo, Dovey? Hasta es posible que averiguara cosas nuevas.

—¿Como qué?

—No lo sé. Quizá podría descubrir cómo lo hacen esas mariposas para saber hacia dónde tienen que ir. ¿Sabes una cosa? Ni siquiera son las mismas las que viajan al sur cada invierno. Son las hijas de las hijas de las que hicieron el viaje el invierno anterior. Nacen en algún lugar del norte, pero lo tienen *dentro*. Sus diminutos cerebros de insecto les indican cómo volar para llegar a esa montaña concreta de México donde nacieron sus abuelas. Es como si todas tuvieran el mismo mapa en la cabeza, pero el impulso de volar muy lejos se saltara varias generaciones.

Dovey se estaba examinando las uñas y su escaso asombro fue una decepción para Dellarobia. No solía asombrarse de nada, pero aun así...

—Piénsalo —insistió Dellarobia—. ¿Cómo encuentran ese lugar a miles de kilómetros de distancia, donde no han estado nunca?

—Yo no he estado nunca en ningún sitio —le hizo ver Dovey—, pero podría ir a México con el GPS del teléfono. Y, probablemente, el chip tiene el mismo tamaño que el cerebro de un insecto. ¡Hasta es posible que *mi cerebro* sea del mismo tamaño que el de un insecto!

—De acuerdo, pero aquí viene la gran pregunta: ¿Qué pasaría si de pronto tu GPS te enviara a un sitio equivocado? Porque eso es lo que está pasando aquí. —Levantó la mano para impedir que Dovey le

respondiera con alguna frivolidad—. Lo digo en serio. Las mariposas no pueden ponerse un cerebro nuevo. ¿Por qué han venido?

Su amiga comprendió el mensaje y guardó silencio.

—¿Por qué demonios ha tenido que pasar ahora, cuando no había pasado nunca? ¿No te parece que es alarmante?

Dovey se llevó la mano a la nuca y fingió tirar de una coleta imaginaria.

—¡Aceptad a Jesús en vuestros corazones! ¡El fin está cerca! —exclamó, imitando a Hester.

—Dovey... —se quejó Dellarobia.

—¿Qué quieres? Me deprimes.

Dellarobia estaba aplicando por tercera vez las tenacillas a los rizos de Dovey, que aún se resistían a alisarse. Todo en su amiga era fuerte y resistente. En la radio, Deana Carter empezó a interpretar la canción titulada *¿Para esto me he depilado las piernas?* En otra época, Dovey y ella solían aullar con toda la fuerza de sus pulmones ese himno a la vacuidad del matrimonio porque lo encontraban divertido. Pero ahora Dellarobia sentía solamente un dolor en el estómago que la hacía desear doblarse por la mitad.

—¿Sabes qué día es hoy? —preguntó.

—El día nacional de la resaca. Técnicamente, todavía deberíamos estar en la cama.

—Justo en esta fecha tuve a mi primer bebé. El que no vivió.

La expresión de Dovey pasó por varios matices del asombro.

—¿El 1 de enero? ¿Cómo iba a saberlo?

—Tú no estabas.

—No, porque fue el único mes de nuestras vidas en el que estuve enfadada contigo.

Dellarobia habría dado cualquier cosa por no experimentar la sensación quemante y salada que le subió a los ojos. Nada de eso estaba planeado. Levantó hacia el techo las tenacillas calientes, empuñándolas como un revólver, por miedo a usarlas con la vista borrosa.

Dovey alargó el brazo y le cogió la otra mano.

—Corazón, tardaste por lo menos una semana en contármelo. No contestabas al teléfono. Pensé que me habías abandonado para dedicarte de lleno a tu matrimonio y que pasarías los días de juergas monstruosas con tu marido.

—Estábamos en casa, durmiendo. Bueno, no exactamente «en casa», sino en la habitación que nos habían dado Bear y Hester.

Dellarobia desconectó las tenacillas y las dejó sobre el tocador, renunciando a la lucha. Echó una mirada a la puerta; abrió el cajón donde escondía los cigarrillos y el cenicero, y empujó a Dovey para que se hiciera a un lado y la dejara sentarse con ella en el único asiento. Las dos eran tan menudas que podían sentarse juntas, como niñas apretadas en una misma silla en la mesa de los mayores. Encendió un cigarrillo e inhaló el humo.

—Fue muy simple. Me desperté con unos dolores terribles, fuimos al hospital y al poco tiempo se había acabado. Esperaba al bebé *para mayo*. Había llegado a pensar que quizá naciera después de la graduación. No paraba de decirme que no podía ser, que no podía estar pasando todavía.

—¿Cómo ibas a saberlo? —dijo Dovey en voz baja—. Sólo tenías diecisiete años.

Dellarobia asintió lentamente.

—¿Sabes lo que decía Cub todo el tiempo mientras íbamos hacia el hospital? Que iba a ser el primer bebé del año. Que saldríamos en el periódico y nos darían un año gratis de pañales o algo así. Pobre Cub. Siempre es el último en enterarse cuando la víctima es él.

Dovey volvió a cogerle la mano a Dellarobia y se la acarició, haciendo girar una y otra vez entre los dedos la alianza de matrimonio.

—No puedo creer que nunca hayamos hablado de esto —dijo finalmente—. No me refiero a la importancia que tuvo para ti. Tú siempre has dicho que fue para bien.

—Nadie habla de esto nunca. Cub y yo nunca hemos hablado al respecto. Se supone que no puedes entristecerte por un bebé que nunca tuvo nombre y que ni siquiera llegó a existir.

Dellarobia se sorprendió al levantar la vista y descubrir en el espejo las lágrimas que le corrían por las mejillas. No se notaba triste. Las emociones que veía en la cara de Dovey le parecían más reales que las suyas. Sin una palabra, Dovey se levantó y se situó tras ella. Empezó a quitarle los rulos y a desenrollar largas hebras que no parecían su pelo ni el pelo de nadie.

—Escucha —dijo Dovey al cabo de un minuto—. Nunca le he dicho esto a nadie, pero nunca pude entender por qué te quedaste.

—¿Quedarme dónde?

—La boda apresurada, sí, eso lo entendí. Pero cuando vivíais en el piso de arriba de la casa de Bear y Hester, tú lo detestabas todo y a todos. ¿Por qué no te marchaste cuando perdiste al bebé? ¡Los dos estabais tan poco preparados para el matrimonio!

—¿Adónde querías que fuera? ¿A la residencia, con mamá? ¿No te acuerdas de cómo estaban las cosas en esa época?

Dovey guardó silencio, con los ojos oscuros perdidos en la distancia. Era posible que no lo recordara.

—Ya habíamos perdido la casa. Llevé los muebles y todas nuestras cosas a un guardamuebles, pero no pude seguir pagando las mensualidades.

Ahí debió de perderse la mesa de su padre. El guardamuebles sacaba a subasta el contenido de los trasteros cuyos titulares no pagaban el alquiler. ¡Todos aquellos muebles hechos a mano! Alguien habría hecho un gran negocio, probablemente algún decorador de Knoxville. Esa gente sabía adónde ir para cazar tesoros.

Dovey se inclinó hacia adelante, le quitó el cigarrillo de las manos a Dellarobia, dio una calada y meneó la cabeza, exhalando el humo en bocanadas breves y rápidas, mientras se lo devolvía. Dovey fumaba sólo ocasionalmente, en situaciones sociales, y tenía una gran habilidad para hacer que la práctica pareciera tóxica.

—Podrías haberte venido a vivir conmigo —dijo.

—Sí, claro. A tu madre ni siquiera le gustaba que me quedara a comer. Tú compartías la habitación con tu hermano pequeño, que entonces era un bebé, y tenías un cubo para los pañales en el armario. Recuerdo que casi te da un telele porque decías que el vestido para el baile de graduación olía a pis.

Dellarobia se levantó y abrió un poco la ventana del dormitorio para que se fuera el humo. La valla del prado pasaba tan cerca de la casa, por ese lado, que la alambrada ocupaba todo el campo visual, como los barrotes de una ventana. El día era neblinoso e indefinido, en un año nuevo sin estaciones, que no parecía prometer nada mejor que el anterior.

—Te diré lo que pasó —dijo mientras se sentaba otra vez delante del tocador—. Bear y Hester habían conseguido que el banco les concediera el préstamo para construir esta casa. Para ellos era una gran cosa. Ya habían hecho los cimientos y se suponía que estaría lista para que nos

mudáramos en mayo, cuando naciera el bebé. Habían pagado la entrega inicial, y se suponía que Cub y yo pagaríamos las mensualidades. Ése era el plan.

—Pero no era mayo cuando os mudasteis, con dos maletas y sin ninguno de tus muebles.

—No. Tardaron más tiempo en terminar. El bebé se adelantó y la casa se retrasó.

Dovey entrecerró los ojos, tratando de recordar.

—Fue el fin de semana del 4 de julio, ¿te acuerdas? Cub y sus amigos hicieron estallar cohetes y petardos en el jardín. ¿Cómo se llamaban aquellos dos hermanos? A los dos les faltaban algunos dedos, lo que no parecía prometer nada bueno.

—Rasp. Jerry y Noel Rasp.

—No te ofendas, Dellarobia, pero si alguien te fabrica una caja agradable y acogedora, ¿tú te metes dentro? Básicamente, es uno de los conceptos que se usan para el control de plagas.

—No me ofendo, Dovey, pero tú siempre has tenido una casa. Volver a los dieciséis y empezar de nuevo no era una opción para mí. Eso se puede hacer cuando tienes padres.

Dellarobia dio una larga calada a su cigarrillo, sintiendo que la avalancha química le inundaba poco a poco la sangre, las manos y los pies, como respuesta a un anhelo que le parecía más grande que su propio cuerpo.

—Fuera como fuera, yo había sentido moverse a aquel bebé dentro de mí. Cada vez que me acostaba, le daba el hipo. Cub nunca había estado tan feliz en su vida. Íbamos a ser una pequeña familia. Hay cosas que no puedes ver desde fuera.

Dovey se quedó inmóvil, mirándola a los ojos a través del espejo.

—Tuvimos que usar nuestros ahorros para comprarle una parcela en el cementerio.

Al oír eso, Dovey se sentó a su lado y apoyó la cabeza sobre su hombro, sintiéndose próxima a las lágrimas, lo que en ella era tan poco corriente como preocupante. Si las dos se derrumbaban a la vez, podía producirse un colapso aún mayor.

—Hoy cumpliría once años —dijo Dellarobia—. Si ese niño hubiera vivido, hoy tendría esa edad y estaríamos celebrando una fiesta para niños de quinto curso. Por mucho que lo intento, no me parece real.

De pronto, apareció Preston en el espejo, tras ellas. Estaba en la puerta. Dellarobia se sobresaltó tanto que casi dejó caer el cigarrillo.

—Mamá —dijo el niño—, fumar produce cáncer y mata.

—Yo también lo he oído, cariño. Tengo que dejarlo ahora mismo, ¿verdad?

Preston asintió gravemente. Dellarobia aplastó en el cenicero el cigarrillo sin terminar, de manera muy ostensible. Abrió el cajón del tocador, sacó el paquete y lo tiró a la papelera, donde aterrizó sobre un mar de pañuelos usados y recibos arrugados, como el superviviente de un naufragio. Pero ella ya estaba planeando su rescate y, mentalmente, ya estaba calculando cuándo podría escabullirse para disfrutar de una nueva reunión secreta con su pasión más duradera, la nicotina. ¿Para qué quería el infierno si ya tenía ese demonio?

—¿Cuántas veces has repetido esa pequeña actuación? —le preguntó Dovey, cuando Preston se marchó.

—Me odio a mí misma por mentirle.

—Eso te pasa porque no te imaginas el aterrizaje en el pabellón de cancerosos —replicó Dovey, levantando una ceja—. Como tú misma has dicho, es una estrategia. A algunos les funciona.

—Muy bien, de acuerdo. Soy tan mala como todos los demás. Me da vergüenza mentirle a Preston, que es tan congénitamente bueno. El pobre se merece una madre mejor que yo.

—¿Y crees que los demás son mejores? Deberías ver lo que hago yo en el trabajo: la carnicería es la sede central de la mala conciencia. Hombres con cara de estar al borde de un infarto vienen a comprar tocino. Viejas con cara de no querer a nadie me encargan pavos de diez kilos para Acción de Gracias, como si con eso fueran a hacer volver a sus hijos. El ser humano no piensa que las cosas pueden salirle mal. Somos como Cleopatra en la canción de Pam Tillis. Vamos bajando por el río de Egipto, como la reina del Nilo. Pero somos las reinas de la negación.

Esa palabra tenía un peso especial para Dellarobia, que había asistido a grupos de superación del duelo organizados por la escuela, después de la muerte de cada uno de sus padres. El duelo por el bebé perdido se había añadido extraoficialmente a la segunda serie de sesiones, durante aquellos sombríos meses finales del instituto, de los que recordaba muy poco aparte de eso.

«Negación, ira, negociación y aceptación. Son las etapas y debes superarlas», le había aconsejado la asesora.

—Me están sucediendo muchas cosas —dijo ella—, pero no estoy pasando por ninguna fase de negación. No lo creo.

—¿Lo ves?

Dellarobia se sentía desorientada, con todos esos años que no conducían a nada acumulados en su interior. Veintiocho. Se sentía muy joven, sobre todo cuando estaba con Dovey, que la conectaba con la chica de diecisiete años y con la niña de siete que había sido. Dovey y ella podían peinarse mutuamente hasta que se les cayera el pelo, pero nada de su esencia cambiaba de verdad.

—Parezco una niña que se ha escapado de casa —declaró Dovey, sorprendiendo a Dellarobia con un estado de ánimo similar al suyo. Pero no era eso lo que quería decir. Se refería al aspecto que tenía con el pelo liso—. ¿Te acuerdas de aquellos libros de los niños huérfanos que leíamos?

—*Los niños del furgón de cola* .

—¡Eso mismo! Parezco uno de esos niños.

—Siempre lo dices, pero te equivocas. Al final, tú siempre acabas pareciéndote a Victoria Beckham y yo, en cambio, doy miedo. ¿Por qué seguimos haciendo esto?

—Repetimos el mismo comportamiento, esperando que los resultados sean diferentes. ¿Sabes que ésa es una definición de la enfermedad mental?

Dovey leía un montón de revistas.

—Yo parezco la huerfanita Annie.

Dellarobia se puso de pie, sacudiendo los rizos. Quizá tuviera un parecido también con la chica de *Flashdance* , con la camiseta enorme caída sobre un hombro. Pero no había duda de cuál de las dos era la verdadera huérfana. Dovey sacudió su larga y sedosa melena oscura, como en un anuncio de champú, disfrutando de su propia existencia en todas sus manifestaciones.

—O una prostituta —prosiguió Dellarobia, enredando con los dedos los tirabuzones que se le formaban alrededor de la cara—. Tienes que reconocer que parece que tenga más pelo que cerebro.

—Pero ya sabes que no es así, bombón.

Dellarobia se volvió sobresaltada.

—¿Bombón? ¿De dónde ha salido eso?

Dovey se echó a reír.

—Así me llama un tipo que viene a la carnicería. Viene más a ligar conmigo que a comprar carne picada. Y por cierto, es muy mono.

—¿Desde cuándo?

—No lo sé. Desde hace un año, quizá. Lo uso como munición contra mis compañeros de trabajo, que siempre están babeando por las clientas. — Puso voz grave y los imitó—: «¡Eh, ahí va mi futura esposa!».

Dellarobia no se rió, y Dovey se encogió de hombros.

—Ya lo sabes. Ese tipo es mi futuro ex.

—Y el que te llevará a la cárcel. Porque es muy joven, ¿verdad?

—Por supuesto —afirmó Dovey.

—¿Tiene un hoyuelo en la barbilla, justo aquí? ¿Va mucho al gimnasio y se le nota en los pectorales y los brazos? ¿Tiene un pendiente de plata en la oreja izquierda?

Se quedaron mirándose mutuamente en el espejo.

—¿Estás de broma...?

—No.

—¿Es él?

—El mismo.

—Te juro por Dios que voy a rebanarle las nalgas a ese gilipollas. Te lo digo de verdad. Tengo cuchillos.

—No, Dovey, déjalo. Ya no significa nada para mí.

Dovey alargó un brazo para cogerle la muñeca y tiró de ella con suavidad para que se sentara a su lado. Sus caras en el espejo, la una junto a la otra, eran como fotografías en los dos compartimentos de un relicario, como las imágenes de unas niñas desaparecidas mucho tiempo atrás, en una subasta de joyas de gente muerta.

—No estás teniendo un buen día, ¿verdad? —preguntó Dovey.

Dellarobia se encogió de hombros.

—No tenía ni idea, corazón.

—¿Cómo ibas a tenerla?

—Mierda, tu tipo del teléfono.

—Mierda. El mío y el de todas.

Dellarobia desperdició demasiadas horas de esa noche y de la mañana siguiente despreciándose a sí misma. Había sido traicionada, probablemente con más de una, por el hombre con quien estaba dispuesta a engañar a su marido. No había sido nadie especial para él, ni siquiera como adúltera. ¿A quién podría haberse quejado? Había asumido su error y se había esforzado por superarlo. Sin embargo, él aún tenía el poder de destrozarla.

Era insuperable la triste indefensión que sentía cuando tenía que hacer frente a sus bochornosas obsesiones. Antes de Jimmy, había sido el hombre de la Rural Incorporated. Estaba embarazada de Cordie, y ella misma se había convencido de que aquello no era un auténtico flirteo. Tenía el pelo gris acerado, lucía alianza de matrimonio y la trataba con una íntima amabilidad que la desarmaba por completo. Los encuentros con él la hacían vivir, semana tras semana. Él siempre tenía más tiempo para ella y sus papeles del seguro médico que para el resto de la gente que esperaba fuera de su despacho, y a Dellarobia no le importaba aceptarlo. Nunca le importaba. Strickland, el viejo amigo de Cub que levantaba pesas y tenía negocio propio de poda de árboles, se empeñaba en llevarle serrín de madera para el mantillo de unas jardineras que no tenía, y también lo aceptaba, dejando que las bolsas se fueran apilando detrás del establo a lo largo de los años. New Heights se llamaba su empresa. «Nuevas alturas», un nombre que reflejaba a la perfección su espíritu enérgico y emprendedor, y que ella encontraba irresistible. Cub nunca lo supo. Dellarobia no había dejado que las cosas llegaran muy lejos, pero sabía que la traición era real. Se imaginaba que toda persona tenía por dentro unos delicados andamios que apuntalaban la fidelidad matrimonial, una especie de caja torácica que en su caso tenía una malformación grave, probablemente desde el principio.

Pese a sus turbulencias personales, el 2 de enero prometía ser un día sin mucha historia. Pero a las doce del mediodía, cuando estaba preparando sándwiches de mortadela para los niños, un equipo móvil de televisión se presentó delante de su puerta.

Dejó a Cordie atada en la silla alta y a Preston encargado de vigilar que su hermana comiera sin atragantarse, y fue corriendo a abrir. En el porche había dos desconocidos: una mujer bellísima, perfectamente maquillada, y un hombre calvo, con el cráneo puntiagudo y gafas de pasta, que llevaba una cámara gigantesca posada en el hombro, como si fuera su lugar natural. Posiblemente, la cámara estaría conectada de alguna manera a su complicada cazadora, que tenía más bolsillos y cremalleras de lo habitual, incluso en las mangas. Lo más extraño de todo era el vehículo que había aparcado en el sendero, una especie de

Jeep modificado, con neumáticos desproporcionados y antena parabólica en el techo.

—Eres Dellarobia, ¿verdad? —La mujer pálida la miró directamente a los ojos con una fuerza sorprendente que parecía manar de su interior, como de un grifo abierto—. Somos de Noticias Nueve. Esperamos que puedas concedernos unos minutos de tu tiempo, para hablar del fenómeno de tu granja.

«El fenómeno.» Mientras tanto, el hombre estudiaba con minuciosa atención toda la fachada de la casa, como si estuviera buscando la forma de entrar a robar.

—Tengo niños pequeños y no puedo dejarlos sin vigilancia.

Dellarobia salió al porche y cerró la puerta tras ella. Por nada del mundo iba a dejar que esa gente viera el caos que imperaba dentro de su casa. El día ya había sido largo para ella y ni siquiera había pasado del mediodía. ¿De quién habría sido la gran idea de dejar que los niños se quedaran en casa durante más de una semana después de Navidad? Preston había pasado la mañana lanzando cohetes: usaba los juguetes como proyectiles y los cojines como plataforma de aterrizaje. Cordelia había estado jugando a «la granja» con los cereales del desayuno: los había plantado todos como semillas, uno por uno, en la alfombra del cuarto de estar, aprovechando que su madre se había ido menos de cinco minutos al baño. Dellarobia podía ver su futuro en esa alfombra: horas interminables pasando la aspiradora y granos sueltos pegados a todos los zapatos. Como unas vacaciones en la playa, pero sin la playa, ni las vacaciones.

—Sólo te robaremos unos minutos —repitió la mujer—. Me llamo Tina Ultner, y éste es mi compañero, Ron Rains.

Le estrechó la mano a Dellarobia con firmeza. Tina Ultner era un espectáculo fascinante. Todo en ella era esbelto: la cara, la nariz, los dedos, las muñecas... Su pelo era de un rubio claro auténtico, imposible de falsear, e iba a juego con unas cejas casi blancas y un cutis igual de céreo. Medía sólo unos pocos centímetros más que Dellarobia, pero con su belleza podía dominar el mundo. Solamente su maquillaje ya era un milagro, con el delineador aplicado con tanta perfección que sus grandes ojos azules parecían dos flores exóticas.

—Lo siento —dijo Dellarobia—, pero no estamos presentables. Mis hijos están comiendo. No sé qué decirlos.

Tina ladeó un poco la cabeza.

—¿Qué edades tienen?

—Cinco años y casi dos.

La expresión de Tina se contrajo en una combinación de angustia y sonrisa radiante.

—¿De verdad? ¡Sé lo que es eso, créeme! Los míos tienen seis y nueve, pero hace unos años creí que no sobreviviría. Tengo dos chicos. ¿Qué son los tuyos?

—¿Qué son? Buena pregunta. Esta mañana llegué a preguntarme si no serán monos. Entonces ¿me aseguras que hay vida después del parvulario y los pañales?

—Hay vida, te lo prometo. Es como el capital y los intereses, o algo así. No sé cómo lo hacen, pero a partir de los seis años dejan de ser una carga y se convierten en un activo. Pasan del debe al haber, por así decirlo.

—Perfecto —repuso Dellarobia—. Cuando pasen al haber, los venderé.

Tina soltó una risa breve, articulada en dos notas, como el timbre de una puerta, una risita tan pulcra como todo lo demás en ella.

—Lo que quiero decir es que empiezan a obedecer instrucciones. Puedes decirles que vayan a buscar a papá y ellos lo van a buscar.

Dellarobia sonrió amargamente.

—¿Y eso es una ventaja?

—Oh, ya te entiendo —replicó Tina como si de verdad la entendiera.

¿Sería posible que alguna vez hubiera hecho algo tan caótico y pringoso como criar niños pequeños con esas uñas tan cuidadas? Dellarobia se sentía avergonzada de su camiseta enorme y su cara lavada ante el fulgor que emanaba Tina, pero no le pareció que ella lo notara. Al contrario, parecía dispuesta a abandonar a su amigo, el de la cámara, para tomar un café con ella y chismorrear un rato. Sin embargo, Dellarobia intuyó que quizá no estuviera tan interesada en los niños como hacía ver.

—La verdad es ésta —le confesó a Tina—. Si os dejo ver mi salón tal como está ahora, me veré obligada a mataros. Además, he dejado a los niños solos en la cocina y probablemente se estarán confabulando para beberse la lejía. Lo siento, pero no puedo ayudarlos.

—¿Podríamos volver en otro momento, cuando no estés tan ocupada?

Dellarobia se encogió de hombros.

—¿Cuando se hayan graduado?

Tina volvió a reír, con la misma risita articulada en dos notas, y miró al hombre, enviándole algún tipo de señal. Ron desvió la cara con evidente irritación. Sin haber dicho aún ni una sola palabra, se encaminó hacia el vehículo. Tina esperó a que llegara al Jeep, antes de hablar de nuevo, en voz más baja que antes.

—Ron es un poco obsesivo —le confió a Dellarobia—. Se pondrá frenético si no terminamos este reportaje dentro del plazo fijado. Ya ha estado hablando con vuestros vecinos, cuya granja está sobre esta misma carretera, y se empeña en hacerles el reportaje a ellos, pero yo no quiero. Estoy en una situación delicada.

—Lo siento —dijo Dellarobia.

Hacía sólo tres minutos que conocía a Tina Ultner y ya le parecía muy importante no decepcionarla.

Tina miró a su alrededor, como sopesando las posibilidades.

—Te diré lo que haremos. Ve y haz lo que tengas que hacer con los niños mientras yo intento controlar la situación aquí afuera. ¿Crees que podrás tenerlos listos..., no lo sé..., en quince minutos? Podríamos montarlos en el Jeep y llevarlos allá arriba, adonde están las mariposas, para hacer el reportaje. Nos llevará muy poco tiempo y te prometo que no perderás de vista a los niños ni un minuto. Puedes traer algún juguete para que se entretengan mientras vamos en el coche.

Dellarobia estudió el Jeep. Ron estaba en el asiento del conductor, hablando por teléfono. «Tú tienes empuje», le había dicho Dovey.

—¿Podemos instalar un asiento de bebé en ese vehículo? ¿Tienen cinturones de seguridad los asientos traseros?

—Desde luego —respondió Tina.

Dellarobia entró corriendo en la casa, sintiendo aprensión después de lo que había dicho sobre la lejía, y un poco de culpabilidad por la broma acerca de vender a los niños. ¿Qué pensaría Tina Ultner de ella? Gracias al cielo, los niños estaban sanos y salvos en la cocina, comiéndose los sándwiches. Dellarobia se puso rápidamente en acción. Arregló los cojines del sofá y recogió un poco el cuarto de estar por si a Tina se le ocurría entrar más adelante para ir al lavabo. Metió el adorado reloj de Preston y la granja sonora de Cordie en la bolsa de los pañales y se aplicó a toda prisa un toque de pintalabios y un poco de delineador en los ojos. Por fortuna, el día era soleado y hacía demasiado calor para llevar abrigo, porque de lo contrario sus únicas posibilidades habrían sido la cazadora que usaba para trabajar en la granja o el abrigo que llevaba a la iglesia, que era horrible y tenía por lo menos diez años. Se puso el cárdigan de rayas color crema que le habían regalado los niños por Navidad, lo que en realidad quería decir que ella lo había elegido en Target y que Cub se lo había envuelto para regalo.

Todavía no se lo había puesto nunca, lo que también era una suerte porque podía estar segura de que no iba a encontrar una mancha monstruosa cuando bajara la vista, como solía pasarle cada vez que salía de casa. No sabía si debía ponerse alguna joya o no, pero al final se decidió por unos pendientes de perlas falsas que le parecieron elegantes. Todavía tenía el pelo levemente rizado, después del sinsentido del día anterior con Dovey, por lo que, simplemente, se lo recogió con una cinta azul celeste. Antes de que los niños tuvieran tiempo de reaccionar, estaban instalados con su madre en el reducido asiento trasero de la unidad móvil de Noticias Nueve, avanzando a saltos hacia el camino grande. Dellarobia no encontró cinturones de seguridad, pero tampoco había espacio para el asiento de bebé, por lo que tuvo que acomodarse a Cordie sobre las rodillas. En cualquier caso, no irían a mucha velocidad. Ningún coche había probado todavía el camino, excepto la furgoneta de Cub con la grava. Pero para eso había estado trabajando Bear, según ella tenía entendido: para hacer accesible el bosque. Se inclinó hacia adelante para guiar a Ron por el prado, hacia la verja.

—Preston y Cordelia, me alegro mucho de conocerlos —dijo Tina, volviéndose por completo en el asiento delantero—. ¡Me encantan vuestros nombres!

—«Preston» era el nombre de mi padre —explicó Dellarobia.

—¡Y «Cordelia», el de un personaje de *El rey Lear*, por supuesto!

Tina tendió un brazo hacia el asiento trasero para saludar a los dos niños con un apretón de manos. Preston le estrechó los delgados dedos, pero Cordie se limitó a mirar, probablemente tan fascinada como su madre por la perfección de la manicura. Una vez más, Dellarobia se preguntó por los hijos de Tina. ¿Dónde estarían mientras su madre andaba por ahí? No sabía muy bien de dónde vendrían esos dos con todo su equipo. ¿De Knoxville? No lo parecía. Mientras tanto, Tina se había vuelto hacia Ron y hablaba con él en un tono completamente diferente, de trabajo.

«¡*El rey Lear*, claro!», pensó Dellarobia. Pero no se lo había puesto por eso. Simplemente, le había gustado el nombre de «Cordelia». Quizá lo había visto y se le había olvidado dónde, como le había pasado a su madre. Oyó que Tina le preguntaba a Ron, en voz baja:

—¿Se verá bien el blanco en la cámara?

Dellarobia se llevó la mano al pecho porque acababa de comprender que Tina había aprovechado las presentaciones para estudiar su cárdigan.

—¿Habría sido mejor que me hubiese puesto otra cosa? —preguntó.

—No, eso está muy bien. Es muy bonito. Pero a veces el blanco baila un poco en la pantalla. Y más si tiene rayas.

—En realidad, no es blanco. Es marfil —dijo Dellarobia.

Marfil, como el color de su vestido de novia, que había lucido ante un público perfectamente capaz de distinguir entre el blanco puro y el blanco roto. Quizá Tina no viera la diferencia. Dellarobia podría haber pasado el día entero contemplando la confección de su gabardina color café y siguiendo con la mirada las pulcras líneas paralelas de los blancos respuntes en las solapas, el cinturón y los puños.

—A propósito de los vecinos —dijo Tina, volviéndose otra vez hacia el asiento trasero, con su tono más sociable—, ¿qué pasa con ellos? No parecen estar en muy buenos términos con vuestra familia.

Dellarobia se sintió avergonzada por la relación que tenía con sus vecinos, o más bien por la que no tenía. Probablemente, a esas alturas Tina sabría más que ella de la vida de los Cook.

—En realidad, el resquemor es con mis suegros. Yo no tengo nada contra ellos. Han tenido una racha terrible. A su hijo pequeño le diagnosticaron cáncer, y a raíz de eso se pusieron radicalmente en contra del uso de productos químicos y se interesaron por la agricultura biológica. Pero perdieron toda la cosecha de tomates y ahora se les están muriendo los melocotoneros. Mi suegro dice que cuando llueve tanto, hay que fumigar los árboles porque si no, se pudren.

—Entonces ¿dices que a tu suegro no le entusiasma la agricultura biológica?

Tina tenía el codo izquierdo apoyado en el respaldo del asiento y la otra mano sobre el regazo. Antes, cuando habían entrado en el coche, Dellarobia había visto que tenía una grabadora pequeña. Se preguntó si estaría encendida.

—Bueno, es lo que suele pasar en las granjas. La gente tarda mucho en adoptar las novedades. Y así es como debe ser, ¿sabes? Cuando puedes perderlo todo en una temporada, no tiene sentido arriesgarse. Creo que a mis suegros les molesta la moda de la agricultura biológica y sana porque hace que lo nuestro parezca artificial y poco saludable.

—¿Y qué piensan tus suegros de lo que pasa aquí arriba con las mariposas? ¿Qué puedes decirme al respecto?

—No lo sé. Lo que ellos piensen es cosa suya. Creo que deberías preguntárselo a ellos.

Dellarobia se distrajo mirando el camino renovado, que aún no había visto. Sabía que Cub y su padre habían retirado un montón de árboles

caídos y habían reparado el daño de la inundación, pero lo que cambiaba todo era la gruesa capa nueva de grava blancuzca. Habían convertido el sendero en medio del bosque en una carretera, con bordes claramente definidos sobre el fango circundante. Parecía un camino rural como cualquier otro, sin ninguna promesa especial. Su carácter salvaje había sido domesticado. Sin quererlo, Dellarobia se puso a pensar en Jimmy. Y en la persona que ella misma debió haber sido aquel día, llena de deseo, llena de sí misma. Ahora estaba pavimentada, como la carretera.

Divisó las mariposas antes que Tina, pero al cabo de un momento fue imposible que los demás no las vieran. Estaban en todas partes. Eran «el fenómeno». En el mirador, Bear y Cub habían ensanchado el camino para que los vehículos pudieran girar en redondo, y allí detuvo Ron su jeep, con el morro mirando hacia fuera. Tina se quedó mirando el espectáculo con el cinturón de seguridad todavía abrochado. Cordie y Preston se enderezaron en sus asientos y prestaron atención, como hacían cuando empezaba uno de sus programas favoritos de televisión.

—Allá —dijo Cordelia, señalando el aire al otro lado del parabrisas.

El cavernoso valle que se abría ante ellos estaba repleto de dorado movimiento. Dellarobia se dio cuenta entonces de que Cordelia nunca había visto las mariposas. Y Preston las había visto solamente una vez, pero aquel día estaba lloviendo y no revoloteaban. Dejó que su hijo saliera del vehículo.

—Quédate por aquí, cariño, y no te acerques al borde del precipicio.

Abrió la puerta de su lado, se colocó a Cordie sobre la cadera y dejó dentro del coche la bolsa de los pañales.

—Sí, mi amor, ahí están las mariposas del rey Guillermo, igual que en casa de la abuela.

No quería que Tina supiera que sus hijos no habían visto nunca las mariposas volando. Habría pensado que ella era perezosa, o una de esas madres que nunca salen de casa. Habría sido como si las mariposas le pertenecieran menos. Tina no podría haber entendido que el camino era nuevo y que antes de esa semana habría sido imposible llevar a un bebé hasta allá arriba.

Vio el asombro y la luz en los ojos de su hija. Preston se puso de puntillas sobre el borde del camino de grava y tendió los brazos, como si estuviera a punto de levantar vuelo. Ella sentía lo mismo que él. Nunca se habituaba a verlas. Los árboles estaban cubiertos de mariposas en reposo y el aire estaba lleno de vida. Dellarobia inhaló la fragancia de los árboles. Por fin hacía un día despejado de invierno, con el cielo azul, el verde oscuro de los abetos y todo el espacio intermedio repleto de temblorosos copos de oro, como una bola nevada. Notó que en algunos sitios las mariposas aprovechaban las corrientes ascendentes de aire

caliente para levantarse por encima de los árboles. Millones de monarcas, como motas de confeti anaranjado, hacían titilar la luz ante sus ojos.

—Aquí tienes tu toma —dijo Tina, que había salido del coche y, de pronto, se había puesto a darle órdenes a Ron, desmintiendo así la impresión que se había hecho Dellarobia de que le tenía miedo.

Le señaló un lugar para plantar el trípode y colocó a Dellarobia prácticamente en el precipicio, con todo el valle detrás y las mariposas a sus espaldas. Le aplicó polvos en la cara con una borla, para que no le brillara la piel, y anunció que iban a rodar un momento enfocando a Dellarobia y que, a continuación, la cámara giraría brevemente para enfocar también a Tina. Una vez en el estudio, montarían las escenas como una conversación entre las dos. No importaba que Dellarobia dijera las cosas desordenadamente o que se equivocara porque, según le explicó Tina, podían corregirlo en el montaje. Al final, todo quedaría muy bien.

Dellarobia estaba muerta de nervios. Las preguntas que le hizo Tina eran en su mayor parte personales: ¿Quién era? ¿Dónde vivía? ¿Qué opinaba su familia de lo que estaba pasando en la montaña? Para su sorpresa, Tina incluso estaba al corriente de los rumores que circulaban acerca del milagro y de su supuesta visión. Le preguntó si quería hablar al respecto, y ella le contestó que no le apetecía especialmente.

—Entonces di lo que quieras. Cualquier cosa que te parezca importante.

—Bueno, hay una cosa que probablemente es importante. Por lo general, estas mariposas van a México en invierno. Aquí no habían venido nunca, por lo menos desde hace un millón de años, y de pronto las tenemos a todas aquí, como podéis ver. Cuando él estaba aquí, me dijo... Un momento. Paren esto. ¿Puedo deciros una cosa?

—Por supuesto.

—Hay un científico: el doctor Byron. Tenéis que hablar con él. Volverá dentro de unos días. Él sabe todo lo que se puede saber acerca de las mariposas. ¿Podéis venir más adelante, hacia finales de semana, para hablar con él?

—Probablemente sí. Por supuesto, claro que sí. Pero de momento, centrémonos en lo que estamos haciendo.

Tina sonrió con indulgencia a Dellarobia, y ella sintió el abismo de su propia incompetencia.

—Lo siento. ¿Podemos empezar de nuevo?

Se metió las manos en los bolsillos de los vaqueros e intentó calmarse. Se suponía que tenía facilidad de palabra. Cub solía decirle que siempre

se salía con la suya si la dejaban hablar. En la escuela había asistido a clases de oratoria y teatro.

—Todas las veces que quieras. No te preocupes. Intenta ser tú misma. — Tina levantó las manos y las sacudió en el aire, como para borrar todo lo hecho hasta entonces y empezar de nuevo—. Lo que queremos es un momento de charla cercana y personal con la Dellarobia auténtica. Háblame de la primera vez que viste las mariposas. ¿Qué sentiste?

—La primera vez —repitió ella.

Echó un vistazo a los niños. Cordie estaba a salvo, dentro del jeep, jugando con su granja de plástico, pero Preston se estaba acercando poco a poco al borde del mirador.

—¡Preston! —gritó—. ¡Ni un centímetro más! ¡Lo digo en serio! De lo contrario, irás a sentarte en el coche con tu hermana.

Miró con expresión contrita a Tina, que seguía sonriendo con la paciencia de una santa.

—Disculpa —dijo Dellarobia.

—No hay nada por lo que disculparse. Continúa.

—Lo que iba a decir antes es que estas mariposas se han equivocado este año en su migración, por primera vez desde que se tiene memoria, y supongo que por primera vez en toda la historia del mundo. Por eso, aunque resulta bastante bonito, es posible que sea un problema. De hecho, podría ser un problema espantoso.

—¿Por qué? —preguntó Tina.

Por qué. Las palabras abandonaron su mente. Se le estaba aflojando el lazo que le sujetaba el pelo y los rizos que le enmarcaban la cara se movían con la brisa y la distraían. De pronto, tuvo el más completo convencimiento de que llevaba el cárdigan mal abotonado, o quizá sin abrochar. Era una locura de día. Se tocó el pecho con una mano, buscando los botones.

—Un segundo... ¿Podría...? ¿Tengo el jersey mal abotonado? Debo de tener un aspecto espantoso.

Tina ladeó la cabeza en un gesto que Dellarobia ya empezaba a reconocer.

—¿Sabes lo que estaba pensando hace un momento? ¿De verdad? Que probablemente ésta es la toma más hermosa que hemos hecho en no sé cuánto tiempo. Meses, tal vez. Tú, con ese pelo precioso y las mariposas

detrás. ¡Es fabuloso! Voy a parecer un cadáver a tu lado con esa luz amarillenta. Te va a encantar cuando lo veas. ¿Qué te parece la luz, Ron?

—Fantástica —dijo Ron detrás de la cámara, sorprendiendo a Dellarobia.

¿Desde cuándo estaba Ron de su parte? ¡«Fantástica»! Se preguntó si Jimmy la vería en las noticias y sintió una rabia interior que en su mayor parte era consecuencia de la falta de nicotina y no iba enteramente dirigida a Jimmy. Pero en parte sí. El sinvergüenza flirteaba con todo lo que llevara falda. ¿No habría ido nunca en serio con ella? Sólo porque era mayor y casada, la habría visto como una apuesta segura: sexo sin riesgo de compromiso. ¿Al menos le importaría algo que ella lo hubiera dejado? Esperaba que el cárdigan le sentara tan bien como le había parecido en el probador de la tienda. No tenía ni la menor idea de lo que acababa de preguntarle Tina.

—¿Podrías repetirme la pregunta?

—Empieza por donde quieras —dijo Tina, posiblemente con una pizca de impaciencia.

Deseó poder contar la verdad, toda la verdad: por ejemplo, que Bear estaba a punto de talar el bosque para conseguir dinero y que de verdad necesitaban esos ingresos. Eso era algo que alguna gente no entendería nunca: cómo era sentirse acorralado. Al fin y al cabo, ese sentimiento la había empujado a subir a la montaña el primer día. No había subido por un hombre, sino por la desesperación. Por reprochable que fuera, ese impulso la había llevado hasta allí. Y ella había sido la primera en verlo.

—Sabemos que este fenómeno es muy especial para ti —dijo Tina—. En el pueblo nos han contado que tuviste una visión. Por eso, Dellarobia, me gustaría preguntarte qué sucedió aquel día, cuando supiste por primera vez que el milagro de las mariposas había llegado a tu granja.

—Estaba huyendo de algunas cosas. Por eso vine hasta aquí —dijo Dellarobia.

Quería que Jimmy desapareciera de su historia. ¿La vería por televisión?

—¿De qué huías? —le preguntó Tina, con voz más suave, en tono de amable preocupación.

Dellarobia giró un poco la cabeza hacia un lado para ver las mariposas. Lo mismo que la primera vez, le pareció un sueño ver levantarse aquel fuego frío del valle. Era imposible creer en la realidad de lo que veía. Podía ser el fin del mundo. Lentamente, empezó a hablar:

—De mi vida, supongo. No podía más. Quería escapar. Vine sola hasta aquí arriba, dispuesta a dejarlo todo, y encontré esto. Y esto me detuvo.

—¿Cómo fue?

—No lo sé. Estaba tan concentrada en mi pequeña vida... Yo era solamente una persona, y esto era mucho más grande. Sentí que tenía que volver y vivir una vida diferente.

Tina parpadeó y miró un momento a Ron.

—Aquello fue... Ni siquiera sé lo que fue... —dijo Dellarobia.

Había sido como girar en dirección prohibida en una calle céntrica de una gran ciudad. Así había sido. Levantó la mano como un guardia de tráfico y sacudió la cabeza.

—Lo que he dicho es demasiado personal. ¿Os imagináis que lo oyera mi familia? ¿O mis hijos?

Se alegró al ver que Preston se había alejado por el camino y de que, probablemente, no podía oírla.

—No quiero que esto salga en la entrevista. ¿Podemos cortarlo y empezar de nuevo?

—Por supuesto —respondió Tina.

Los teléfonos de ambos empezaron a sonar al mismo tiempo, en torno a las nueve y diez. Cub había estado trabajando hasta tarde y se había quedado dormido en el sofá, viendo la televisión, por lo que su teléfono empezó a alborotarle en el bolsillo, mientras que Dellarobia iba corriendo hasta su bolso para sacar el suyo. Era Dovey y estaba diciendo un montón de incoherencias. Le gritaba que encendiera el televisor.

—Está encendido —respondió Dellarobia con el corazón acelerado. ¿Se habría perdido alguna catástrofe?

—Sales tú —repetía Dovey sin cesar—. ¡Pon la CNN!

Dellarobia pensó que esas cosas pasaban en el cine. Pero la gente de las películas siempre encontraba el mando a distancia. Dovey le seguía gritando por teléfono mientras ella buscaba el mando con creciente sensación de pánico: debajo de los cojines, debajo de Cub, debajo del sofá... La gente de las películas no vivía con pequeños delincuentes que desmontaban los aparatos para sacarles las pilas.

—¡Espera! —gritó, abandonando la búsqueda para ir a arrodillarse delante del televisor.

Como era de esperar, no había ningún medio de controlar el aparato desde el aparato mismo, ni siquiera un botón de encendido. ¿Qué sentido

tenía algo así? ¡Un televisor era un dios moderno! Sus fieles sólo podían dirigirse a él desde lejos.

—¿Qué es eso de que salgo yo? —preguntó, intentando tranquilizarse.

—¡Lo que hiciste ayer! La entrevista con la muñeca Barbie. Pero a ella no la muestran. Sólo sales tú, Dellarobia.

Dellarobia se puso de pie y recorrió la habitación con la vista. Cub seguía profundamente dormido. A través del teléfono se oía el murmullo del televisor de Dovey.

—¡Dios mío! —exclamó su amiga—. ¡Están locos! ¡Están diciendo que querías matarte!

El desconcierto empezó a inundar a Dellarobia con su peso acuoso, empezando por los pies, hasta hacerle temblar las rodillas. Empujó a Cub con todas sus fuerzas para hacerse sitio en el sofá mientras mantenía el teléfono pegado a la oreja y deslizaba una mano por debajo del cuerpo de su marido, incapaz de renunciar a la inútil búsqueda del mando. El teléfono de Cub había dejado de sonar, pero emitió el pitido de un mensaje recibido.

—Esto no tiene sentido —le dijo a Dovey—. Repite lo que acabas de decir.

—Dicen que ibas a tirarte por un precipicio y que viste las mariposas y cambiaste de idea. Se ha acabado.

—¿Qué se ha acabado?

—Tu historia. Ahora están hablando de... —Dovey hizo una pausa—. No lo sé..., algo de una guerra en África. Tu entrevista duró un minuto o dos. Quizá un poco más. Fue casi lo más importante de las noticias. Salías tú hablando y también salía un tipo que no conozco. Un vecino tuyo, creo.

—¿El señor Cook? También hablaron con los Cook, que viven aquí al lado.

—Sí, puede que fuera él. Dijo que pensáis talar toda la montaña y que no os importan nada las mariposas. Y después dijo que tú eras la única... algo. La única voz de la razón, o algo así, contra tu familia.

—Fabuloso —dijo Dellarobia mientras rezaba interiormente para que Bear y Hester no lo hubieran visto, lo que era bastante probable porque nunca veían las noticias.

—Y después dijeron eso de que pensabas suicidarte. «Dellarobia Turnbow tiene sus propias razones para creer que las mariposas son especiales. Le salvaron la vida.» No puedo repetirte exactamente lo que

dijeron. Imagínate. Yo estaba que me meaba en las bragas. «¡Es mi mejor amiga! ¡El pelo se lo he rizado yo!», estaba yo todo el rato.

—¿De dónde demonios habrán sacado eso del suicidio?

—Puede que vuelvan a emitirlo a las diez.

—Dios santo. Entonces sí que me tiro por un precipicio.

Apoyó la cabeza en las rodillas, con la sensación de que verdaderamente iba a desmayarse. Cub se movió a su lado, empezando a despertarse.

—¿Sabes qué? —dijo Dovey—. Estabas ultraguapa. ¿Me prestas el cárdigan?

La entrevista volvió a emitirse muchas veces más en diversas formas, primero en las noticias nacionales y después en el informativo local. En Cleary ya era una gran noticia que alguien de la zona saliera en las noticias. Los periodistas estuvieron todo el día llamando a la casa, y a Dellarobia se le aceleraba el corazón cada vez que sonaba el teléfono. Tenía planeado salir corriendo si volvía a ver una cámara. Cub estaba anonadado con tanta atención. El canal de televisión local convirtió el asunto en el centro de sus informativos, con actualizaciones cada noche. La imagen de cabecera era siempre la misma foto de Dellarobia, con las mariposas detrás y una leyenda: «La batalla de las mariposas».

Esas noticias diarias provocaban en Dellarobia náuseas de angustia. Esperar a que saliera su imagen por televisión era como esperar a que le dieran una bofetada. Pero tampoco podía dejar de mirar. En la iglesia y en el supermercado, la gente no hacía más que felicitarla sin que importara lo que hubiera dicho, guiándose por el principio de que aparecer por televisión es la cumbre de la experiencia humana. A ella le habría parecido descortés decirles que se sentía como si le estuvieran arrancando la piel, por lo que se contenía y dejaba que siguieran deseando que a ellos también les sucediera lo mismo algún día.

Dellarobia enviaba a todos los periodistas a hablar con Bear y Hester. A Cub le preocupaba que su padre acabara convertido en el malo de la historia, en el exterminador de mariposas, y pensaba que sus padres merecían expresar su punto de vista, pero Bear y Hester nunca salían en las noticias. Por demencial que pudiera parecer, Dellarobia sospechaba que quizá no fueran suficientemente fotogénicos para la televisión. Al apuesto señor Cook lo entrevistaban a menudo, sentado en el sofá al lado de su mujer triste y de su pobre hijo calvo; también a Bobby Ogle, que parecía estar perfectamente a gusto delante de la cámara, hablando de la obligación de cuidar de todo lo creado por el Señor. Incluso salían escenas del pastor predicando en la iglesia, en un domingo normal, lo que dejaba pasmada a Dellarobia. ¿Cuándo habían entrado las cámaras de la televisión en la iglesia?

Las fuerzas vivas de la localidad se estaban decantando a favor de las mariposas. El equipo del informativo local invitó al alcalde de Cleary, Jack Stell, y a un hombre corpulento de la Cámara de Comercio para que se sentaran detrás de su gran escritorio curvo y hablaran de las oportunidades para el turismo. Gente de todo el mundo querría venir a ver a las monarcas. El hombre corpulento comparó la montaña con Disneylandia. Dellarobia pensó que tendrían que ofrecer alojamiento para las familias en algún sitio que no fuera el Wayside si querían que su plan funcionara. También pensó que Ovid Byron tendría que haber estado sentado en ese plató, y deseó que hubiera vuelto ya. Nadie preguntaba por qué estaban ahí las mariposas, y la verdadera noticia era ésa, que estuvieran allí.

Presumiblemente, la batalla de las mariposas era un conflicto entre diferentes personas, aunque los adversarios eran un ejército variopinto, difícil de identificar. Uno de los puntos de vista era que la atención suscitada por las mariposas podía alterar la vida normal. Dellarobia había oído esa opinión en la iglesia y en otros lugares, pero en las noticias sólo aparecía gente estafalaria defendiéndola. Un anciano flaco en camiseta, sentado en la puerta de la autocaravana donde vivía, declaró que aumentaría la delincuencia. Unos jóvenes con aspecto de matones, entrevistados delante de la gasolinera de Feathertown, dijeron que la ciudad no necesitaba forasteros. Dellarobia comprendió que a esa gente la estaban ridiculizando, y recordó de pronto, casi como si hubiera recibido una descarga eléctrica, al viejo del que se reían en el programa de última hora de la noche: Billy Ray Hatch. Si hubiera tenido presente ese penoso montaje cuando la visitó Tina Ultner, le habría cerrado la puerta en la nariz perfectamente empolvada. Pero no había sido así. La vida real y las cosas de la televisión pertenecían a universos diferentes. Los de fuera no podían imaginar que algún día acabarían haciendo el payaso dentro de esa caja.

Y, sin embargo, para su inacabable sorpresa, sucedía. Todas las noches, con los ojos muy abiertos por el asombro, Cub y ella dejaban escapar una exclamación de estupor cada vez que aparecía una persona o un lugar que conocían. No habían visto la entrevista original con Tina, aunque muchas veces aparecían cortes del reportaje en las noticias de Cleary, casi siempre como telón de fondo. Por lo visto, el tema del suicidio ya no se mencionaba. De hecho, Dellarobia llegó a pensar que Dovey se lo había inventado por la impresión de verla por televisión, pero no había sido así. Como era muy hábil, su amiga encontró la manera de descargarse todo el reportaje en el teléfono, y a los dos días de la primera emisión, se presentó en su casa con las pruebas en la mano.

«De mi vida, supongo. No podía más. Quería escapar —decía una Dellarobia diminuta en la pantalla del teléfono, con una voz metálica que no podía ser la suya—. Vine sola hasta aquí arriba, dispuesta a dejarlo todo, y encontré esto. Y esto me detuvo —continuaba la voz mientras su imagen daba paso a una amplia panorámica de las

mariposas que cubrían los árboles y llenaban el aire—. *Esto era mucho más grande. Sentí que tenía que volver y vivir una vida diferente .»*

—Te juro que yo nunca he dicho eso.

—Ahí parece que lo hubieras dicho —replicó Dovey.

—Sí, lo parece.

No quería imaginar la catástrofe que podía sobrevenir si lo veía su familia. Y si estaba en internet, Hester podía verlo. Sólo esperaba que no lo viera Cub. Por él mismo. Dellarobia no recordaba prácticamente nada de la entrevista. Sabía que había empezado varias veces en falso y que había dicho un montón de cosas absurdas que Tina había prometido no usar.

—Bueno, ahora mira esto —dijo Dovey, pulsando con mano experta las teclas de su vistoso teléfono, como hacía Preston con su reloj—. Aquí está. Esto ha aparecido hoy.

Dellarobia arrugó el entrecejo delante de la pantalla, desconcertada. «La Venus de las mariposas», decía. Era Dellarobia, pero alguien había manipulado la imagen. Parecía estar de pie sobre las alas abiertas de una gigantesca mariposa monarca y a su alrededor revoloteaban un sinnúmero de mariposas pequeñas.

—¿Qué es esto? —preguntó.

—Eres el famoso cuadro de la chica desnuda sobre una concha gigante.

Dovey desplazó la pantalla hasta otra figura que Dellarobia reconoció: *El nacimiento de Venus*. Alguien había reunido las dos imágenes y las había difundido por internet. La similitud era increíble. Parecía imposible, pero era ella: el pelo anaranjado a punto de soltarse de la cinta, la mano izquierda en el bolsillo y la derecha en el pecho, en la misma posición que la Venus sobre las dos mitades abiertas de su concha. Dellarobia ni siquiera recordaba haberse llevado la mano al pecho en ningún momento. En la imagen, no estaba exactamente desnuda, sino con el color de la ropa atenuado hasta un tono neutro, pero ella se sentía como si no llevara nada encima. Asustada y expuesta. La imagen le pareció un poco pornográfica.

—¿Quién puede ver esto?

—Todo el mundo —respondió Dovey.

Esa imagen de algo que no era real y no había sucedido nunca estaba volando alrededor del mundo.

Entonces le vino a la memoria. Recordó por qué se había llevado la mano al pecho de esa manera delante de la cámara de Ron. Tenía miedo de llevar desabrochado el jersey.

Ecosistema continental

—¿NOMBRE? —preguntó sin preguntar realmente. Él mismo se respondió, deletreando en voz alta mientras escribía en el formulario—: D-E-L-L-A... —Hizo una pausa con el bolígrafo detenido sobre la tabla sujetapapeles que mantenía en equilibrio sobre la rodilla—. ¿Junto o separado en dos palabras?

La entrevista era una simple formalidad, le había dicho el doctor Byron. Para un empleo remunerado con fondos del Gobierno, era preciso rellenar unos cuantos impresos con el fin de demostrar que el empleador había respetado los criterios de igualdad de oportunidades. Ella le había dicho que la contratación de alguien como ella era prueba más que suficiente de que el doctor Byron estaba dispuesto a dar una oportunidad a todo el que se presentara, y se había puesto nerviosa cuando él no se rió de su pequeña broma. No sabía cómo debía comportarse una empleada.

—Junto —respondió.

Estaban sentados frente a frente, en sillas metálicas plegables. Ella se había arreglado especialmente para la ocasión, con pantalones beige y suéter negro. El doctor Byron vestía vaqueros, como siempre, y estaba sentado con el tobillo de una pierna cruzado sobre la rodilla de la otra, como un saltamontes.

—Ah —dijo—. El nombre del escultor italiano se escribe separado en dos palabras. Mi mujer me lo ha confirmado.

La mención la hizo sonrojarse. Entonces estaba casado y había hablado con su mujer de Dellarobia. Los imaginó juntos delante de un ordenador, contemplando su imagen casi desnuda, de pie como la Venus del cuadro, sobre las alas de una mariposa. Durante todo el resto de su vida, tendría que levantarse por la mañana en un mundo que la había visto así. El personal del banco, los chicos que metían en bolsas su compra del supermercado, los profesores de Preston presentes y futuros... Era como entrar una y otra vez en una bañera de agua hirviendo. Sonrojarse se había convertido en el pasatiempo favorito de su piel.

—¿Señora, señorita o ninguno de los dos?

—Señora, supongo —dijo con una risita amarga—. Hasta que mi marido me abandone por hacer esto.

Ovid levantó la vista y la miró por encima de las gafas de lectura.

—¿Por hacer qué?

—Por aceptar este empleo. Pero no te preocupes. No me abandonará.

—¿Se opone a que trabajes en este laboratorio?

—No es nada personal. Es sólo que mi familia... es muy tradicional. Les parece que una mujer que trabaja fuera de casa da mala imagen a su marido.

Por su expresión, no pareció que el doctor Byron encontrara muy tradicional esa actitud. Pero él no sabía ni la mitad de lo que estaba pasando. La gente había empezado a rezar por su familia por culpa de la fotografía manipulada que circulaba por internet. Bear le había dicho a Cub que cuando una mujer atraía tanta atención era porque ella misma se lo había buscado.

—No me hagas caso —continuó ella—. Ya me arreglaré yo con mi familia.

—¿Es por una cuestión de seguridad? —preguntó él—. Porque te garantizo que tomaremos todas las precauciones posibles, exactamente como si estuviéramos en unas instalaciones permanentes.

A ella le habría gustado gritarle que todo era cuestión de seguridad. Todo acto humano se reducía a la misma causa perdida. Pasar la vida entera encerrada en el interior de una calabaza no garantizaba que no fuera a salir proyectada hacia el espacio.

—En serio, no te preocupes —repitió ella.

El doctor Byron siguió escribiendo en la hoja sin hacer ningún comentario.

En algún lugar de la habitación que tenía detrás, Pete estaba subido a una escalera aplicando ruidosamente revestimiento plástico a las paredes. Estaban instalando su laboratorio en el establo de las ovejas. En contra de las expectativas de Dellarobia, el laboratorio de las mariposas se parecía bastante a una cocina con aparatos terriblemente caros. Durante dos días, los había estado ayudando a abrir las cajas que habían traído desde Nuevo México, y aunque sabía que era de mala educación preguntar por el precio de las cosas, no había podido contenerse. No fueron capaces de responderle con precisión. Al parecer, el equipo no era exactamente nuevo. De hecho, en su mayor parte era más viejo que ella, «anterior a la era Reagan», como comentaron los dos con aire sombrío, como si se refirieran a la batalla decisiva de una guerra que hubieran perdido los científicos. Sin embargo, cuando les insistió para que mencionaran cifras aproximadas, se quedó boquiabierta. Una caja de vidrio llamada «balanza Mettler», que manejaban como si fuera un recién nacido, costaba «un par de miles de

dólares». Más o menos el mismo precio tenía el horno de secado, un artefacto gris y sin gracia, del tamaño de un horno corriente, y también la cuba redonda de aspecto anticuado que denominaban «centrifugadora», tan pesada que tuvieron que dejarla en la caja hasta que Pete pudiera construirle una mesa suficientemente resistente para que le sirviera de trono. Las cajas de madera, grandes como ataúdes, se convertirían en la base de una robusta mesa de trabajo.

Cuando ella le quitó el plástico de burbujas a una pequeña batidora de aspecto feroz, Ovid había comentado:

—¡Ése sí que es un aparato bonito!

Le dijo que el artefacto costaba alrededor de dos mil dólares y estaba hecho en Alemania. Se llamaba «Tissuemizer» y su función consistía en hacer una especie de sopa de mariposa que nadie se comería porque los ingredientes serían tóxicos y, además, inflamables. También habían encargado una campana de humos como las que se instalan en las cocinas para eliminar los olores y que Dellarobia nunca había tenido. De hecho, la experiencia le había enseñado a no cocinar nada demasiado oloroso, como el pescado. Pero cuando el doctor Byron había necesitado un extractor, alguien se había ocupado de llamar al Departamento de Electrodomésticos de Sears para que le instalaran uno lo antes posible en el establo de los Turnbow. También le enviarían un arcón congelador, que, aunque fuera el más barato del mercado, sería un aparato independiente y no un compartimento más del frigorífico, como el que las madres corrientes llenaban de polos para sus hijos y congelados para aplicarles sobre las contusiones. Dellarobia se sorprendió a sí misma envidiando un congelador que ni siquiera estaba todavía en poder de su vecino.

El plan oficial era mantener el laboratorio en funcionamiento hasta que las mariposas se marcharan de su área de invernada, lo que en circunstancias normales sucedía en marzo, según le informaron a Dellarobia. Entonces Ovid guardaría todo su equipo y se macharía también. A Dellarobia le habría gustado saber si el doctor Byron pondría a la venta el congelador de segunda mano por un precio razonable o si se lo llevaría también. ¿Y la campana de humos? ¿Organizaría antes de irse la reparación del agujero que quedaría en el techo? Le costaba imaginar cómo los científicos manejaban los asuntos de dinero.

—Voy a pedirte que rellenes tú misma la mayor parte de estos datos — dijo, finalmente, el doctor Byron tras pasar varias hojas del impreso—. Fecha de nacimiento, número de la seguridad social, experiencia laboral y todas esas cosas. Por lo visto, yo sólo tengo que rellenar este primer recuadro.

Dellarobia se preguntaba cuánto sabría él de su triste notoriedad: de su foto «seudodesnuda», de la historia del suicidio... Sus días oscilaban entre la ira y la humillación, separados por noches de permanente

angustia, a la espera de que Cub se enterara. Imaginaba aterrizajes catastróficos por todas partes. Era probable que el doctor Byron hubiera accedido a darle el empleo por pena o, quizá, como una especie de protección contra el plan de la familia de talar el bosque. El contrato de alquiler para la instalación del laboratorio proporcionaba a Bear cierto margen económico, y Dellarobia se había enterado de que Hester y él estaban renegociando el convenio con Money Tree. Era posible que devolvieran la suma adelantada y rescindieran el contrato. Tenían de plazo hasta marzo para llegar a un nuevo acuerdo. Pero mientras Bear pudiera eliminar con un despliegue de maquinaria pesada la razón de que esos científicos estuvieran allí, Dellarobia seguiría desconfiando de él. La tala del bosque podía ser el golpe inesperado que lo hiciera volver a sentirse importante en el pueblo. Probablemente, Hester no estaría de acuerdo. Nunca los había visto tan distanciados en el tiempo que llevaba siendo su nuera.

—¿Qué has estudiado de ciencias? —preguntó el doctor Byron.

—¿De ciencias? —Dellarobia reflexionó un momento—. Nada. Bueno, estudié biología y esas cosas. En el colegio.

Pareció sorprendido.

—¿No tienes estudios superiores?

—No, lo siento.

Dellarobia se preguntó si la humillación seguiría su curso natural y acabaría desapareciendo, como la piel quemada por el sol, o si tendría que seguir soportando en cada ocasión la misma sensación quemante en las mejillas. El doctor Byron rellenó unas líneas más del formulario sin decir nada. Ni siquiera levantó la vista para mirarla. Ella intentó no prestar atención a los golpes que daba Pete sobre sus cabezas, que sonaban como disparos de un rifle de repetición. Estaba usando una grapadora de dimensiones industriales para aplicar enormes láminas de plástico sobre cada centímetro de pared y así crear superficies fáciles de limpiar. Dellarobia podía apreciar las ventajas domésticas del revestimiento de plástico, al menos hasta que sus hijos crecieran. Finalizadas las paredes, Pete se dispuso a revestir también las vigas de madera del techo.

—¿También vais a cubrir el techo? —preguntó ella en voz baja.

El doctor Byron alzó la vista y volvió a bajarla, como siguiendo el bote de una pelota.

—De ese techo, tal como está, podría caer cualquier cosa —respondió—. El polvo es el enemigo público número uno.

A lo largo del tiempo, Dellarobia había oído un sinfín de teorías acerca del enemigo público número uno, que podía ser desde Osama bin Laden

hasta el sexo prematrimonial; pero le gustó la teoría del polvo, porque ése era un peligro que ella se sentía capaz de controlar. Antes de que los hombres empezaran a abrir las cajas, ella había fregado vigorosamente el suelo de cemento con una fregona profesional que los científicos habían comprado en el Walmart de Cleary, junto con el revestimiento de material plástico. Y, antes aun, cuando todavía no habían llegado, había pasado toda una mañana de domingo despegando estiércol fosilizado del suelo con un destornillador y una pala. Le habría gustado ver a una universitaria haciendo esa tarea.

Cuando el doctor Byron le mencionó el empleo por teléfono, ella lo había tomado como una posibilidad real y no una contingencia remota, como había resultado ser. Ahora se sentía avergonzada, igual que si la hubieran sorprendido con una de aquellas identidades falsas que Dovey y ella solían asumir en los bares, como cuando contaban que trabajaban para Jane Goodall. Ovid había cambiado. Ya no era el mismo hombre que había hecho una demostración del *moonwalk* en su fiesta de Navidad, ni el que sonreía de oreja a oreja. Aquel Ovid había desaparecido y, en su lugar, había dejado a un potencial empleador de actitud distraída que ponía mala cara ante su pobre currículum. Dellarobia se preguntó qué habría pasado para que su ánimo se ensombreciera en el ínterin. Una muerte en la familia o una discusión con su mujer. Las vacaciones solían ser terreno abonado para las disputas familiares.

Por la razón que fuera, el doctor no parecía notar que ella se había matado a trabajar en el establo y había hecho la limpieza más pesada para impresionarlo como voluntaria antes de pedirle que la ascendiera a empleada. Se limitaba a poner cara de enfado y a enumerar los problemas que iban surgiendo. Enero había supuesto un giro, la lluvia había dado paso a las heladas y los instrumentos científicos eran delicados. ¿Cómo iban a hacer para caldear el laboratorio? También le preocupaban el control de la humedad, las fluctuaciones de la temperatura y los gases inflamables. No estaba seguro de poder almacenar sus reactivos en el establo. Había decidido prescindir totalmente de algo llamado «resonancia magnética», por lo que se vería obligado a enviar muestras a Nuevo México. No dejaba de repetir que todavía quedaba mucho por hacer. Dellarobia echaba de menos al hombre que una noche había cenado en su casa y había cautivado a un niño tan inteligente como su hijo. La nueva lista de preocupaciones del doctor Byron la irritaba porque estaba segura de que ninguna de ellas podía compararse con un aviso de ejecución hipotecaria o con una avería mecánica que lo deja tirado a uno en medio de la carretera, sin ninguna esperanza de poder reparar alguna vez el vehículo. Su experiencia le decía que la gente tenía preocupaciones o toneladas de dinero, pero nunca las dos cosas a la vez.

—Entonces ¿es imprescindible haber cursado la educación superior para este empleo? —preguntó ella.

Él había parecido olvidar que ella esperaba una respuesta conteniendo el aliento. Siguió escribiendo varios segundos más sin que Dellarobia pudiera imaginar por qué. Al final, volvió la página y levantó la vista.

—No, no es imprescindible. Lo que busco, sobre todo, es madurez.

—Madurez —repitió ella—. ¿Alguien mayor?

Él estuvo a punto de sonreír.

—No, me refería a que necesito a una persona responsable. Cuando un laboratorio se llena de estudiantes voluntarios, puede ser abrumador. A veces me siento como la vieja del cuento, la que vivía dentro de una bota. ¿La recuerdas?

—Sí, la que tenía tantos hijos que no sabía qué hacer con ellos. ¿Quiénes son esos chicos que vendrán y qué van a hacer?

El doctor Byron abarcó con un gesto de la mano la sala vacía y su expresión pareció ensombrecerse una vez más.

—Tantas cosas que no sé por dónde empezar. Análisis de cardenolides, probablemente, y análisis lipídico, con toda seguridad. Empezaremos por ahí. Puedo enseñarte a hacer gran parte del trabajo rutinario.

Dellarobia se sintió a la vez esperanzada y derrotada. «Puedo enseñarte a bla-bla-bla.» El hombre hablaba una lengua incomprensible.

—Los lípidos son comida, ¿no? Una especie de grasa.

—Son grasas, sí. Vamos a averiguar si esas mariposas engordaron para el invierno. Por lo general, viajan ligeras durante la migración y después acumulan reservas de lípidos, antes de reunirse en las zonas de invernada. Queremos ver si se comportan como una población migratoria normal, aunque éste no sea el sitio normal para que se congreguen. También me preocupa cómo está respondiendo al frío su fisiología. Y todavía no tenemos una determinación completa del hábitat. Hay que inspeccionarlo, registrar todos los datos de nuestros iButtons... Es un montón de trabajo.

Entonces ¿estaba contratada? ¿Y pensaría él que entendía, aunque sólo fuera remotamente, lo que le estaba diciendo? Se le debió de notar el pánico.

—No te preocupes —dijo él—. No voy a lanzarte a los leones.

—Muy bien —repuso ella lentamente, notando que su comentario implicaba otra colocación posible.

—Pronto recibiremos mucha ayuda. Es probable que la universidad de Cleary nos envíe a estudiantes de Biología en prácticas, y estamos considerando otras posibilidades.

Apoyó la tabla sobre las rodillas, entrelazó las manos por detrás de la cabeza y se recostó contra la pared, un poco más relajado. La primera vez que lo había visto, ella ya se había fijado en esas manos, en esos dedos larguísimos y en las palmas más claras que el resto de la piel.

—Adiestraremos a esos estudiantes y los pondremos a hacer cosas sencillas: registro de datos, censo de mariposas muertas, recuento de parásitos con el microscopio... Pero enseñarles lleva mucho tiempo, ¿sabes? Y no tenemos tiempo.

—Entonces ¿parte de mi trabajo será supervisar a los estudiantes?

—De los estudiantes en prácticas nos ocuparemos Pete y yo. Y se me olvidaba decirte que también vendrán otros investigadores: de Cornell, Florida y, quizá, Australia.

Dellarobia se preguntó si sería una broma. ¿Cuántos científicos de renombre cabrían en una sala de ordeño?

—Pero te estoy hablando del día a día —prosiguió el doctor Byron—, de las tareas más simples y rutinarias. Estamos buscando voluntarios, chicos del instituto que quieran venir después de clase.

En ese punto, ella estalló en carcajadas.

—¿Chicos que quieran hacer un trabajo de ciencias después de clase? ¿En su tiempo libre? ¡Buena suerte! Quizá acepten cuando el trabajo venga en forma de videojuego.

Él chasqueó la lengua con displicencia.

—El voluntariado es una parte muy importante de nuestro esfuerzo. Hay organizaciones nacionales, como Monarch Watch o Journey North, que son básicamente redes de estudiantes y profesores de instituto que desarrollan proyectos sobre las mariposas monarca.

—¿De verdad? —dijo ella—. Me cuesta creerlo. ¿Estudiantes y profesores que salen al campo a estudiar?

—Dime, Dellarobia, ¿tú qué hacías en clase de ciencias?

—¿En el instituto? Nuestro profesor de ciencias era el entrenador de baloncesto, por si lo quieres saber. El entrenador Bishop. Probablemente, odiaba la biología incluso más que los estudiantes. A las chicas nos dejaba haciendo las fichas de la asignatura, y él se llevaba a los chicos al gimnasio y los ponía a hacer lanzamientos a canasta.

—¿Cómo es posible?

—¿Cómo? Por lo general, proponía una votación: «Que levante la mano el que quiera hacer lanzamientos». Ninguna chica votaba en contra, claro, porque, entonces, ningún chico habría querido salir con ella.

El doctor Byron pareció incrédulo, pero la historia era cierta y, en opinión de Dellarobia, menos difícil de creer que las que contaba él, como aquella de las mariposas recién nacidas, por ejemplo, que volaban miles de kilómetros hacia un lugar que no habían visto nunca, la tierra donde habían muerto sus antepasados. La vida era un gran enjambre de niños abandonados obligados a salir adelante como podían.

El doctor Byron descruzó las piernas, se inclinó hacia adelante con las manos apretadas entre las rodillas y la miró a los ojos. Por primera vez en esa entrevista, parecía que estaba totalmente presente.

—¿Lo que acabas de describirme es lo normal en los institutos de secundaria de esta zona?

—Bueno, sólo puedo hablar de mi colegio —dijo ella en tono vacilante sin saber muy bien hasta dónde debía revelar. Se acordó de que Dovey se había burlado de su camiseta raída: «Recuerda llevarla a la entrevista de trabajo».

—Tuve algunos buenos profesores —empezó de nuevo con escasa convicción—. Bueno, a decir verdad, sólo tuve una: la señora Lake, de lengua. Debía de tener cien años. Es curioso. Era como si viniera de otra época, de un tiempo pasado en el que la gente realmente se preocupaba por hacer las cosas bien. Me enteré de que murió de un infarto. Seguramente, su corazón no resistió los atentados contra la gramática que oía en el aula.

Ovid no pareció apreciar la broma.

—¿Y qué me dices de las matemáticas?

—En nuestro colegio, teníamos dos grupos de matemáticas, el uno y el dos —explicó ella—. El profesor era el señor Otis, el entrenador de béisbol. En el grupo dos estábamos los que sabíamos multiplicar.

El doctor Byron arrugó enormemente el entrecejo.

—¿Hablas en serio?

—¿Por qué? ¿No te parece suficiente?

—Dos años de álgebra, geometría, trigonometría, cálculo y estadística —soltó, como si se tratara de una oración en el ritual de una religión extraterrestre—. ¿Nada de eso te suena?

—Deberías preguntárselo al entrenador Otis si quieres ver llorar a un hombre hecho y derecho.

El doctor Byron parecía que estaba realmente indignado.

—Pero ¿en qué están pensando los directores? —preguntó.

A Dellarobia le pareció curioso que se preocupara tanto por algo que no le afectaba directamente. Sus hijos, si es que los tenía, empezarían a estudiar matemáticas desde el parvulario en un colegio para ricos.

—No creo que den para mucho —replicó ella—. Los deportes son importantes. Si un chico es bueno en fútbol o béisbol, puede que destacar en eso le sirva más adelante para encontrar un buen empleo, quizá en el banco o un lugar así.

—¡Pero esa negligencia es criminal! Esos chicos, cuando crezcan, tendrán que organizar y decidir cosas más importantes que las relacionadas con un campo de juego. ¿Qué clase de mundo podrán construir?

—Supongo que este mundo que estás viendo.

Dellarobia cruzó los brazos aguardando el veredicto del doctor Byron. Los antiguos atletas de Feathertown dirigían el pueblo: Jack Stell, el alcalde; Bobby Ogle, el pastor, y Ed Cameron, el empleado del banco, al que ella había pedido un aplazamiento en el pago de su préstamo. Aquel día, en su despacho, habían bromeado acerca del semestre que habían estudiado juntos en la asignatura de la señora Lake, que Ed había aprobado por los pelos, y habían recordado al equipo de fútbol americano que había llegado a las semifinales estatales. A la gente le gustaban los hombres como él y confiaba en ellos.

—Mira, Dellarobia, no quiero que te lo tomes como algo personal, pero llevo un tiempo pensando en este asunto. Fui a visitar ese instituto y no encontré lo que esperaba.

—¿Has estado en el Feathertown High? —Se sorprendió ella. Le costaba imaginar cualquier tipo de interacción entre el doctor Ovid Byron y la cultura local—. ¿Cuándo?

—En diciembre. Fui a hablar con los profesores para ver si podían mandarme voluntarios durante este semestre. Es una gran oportunidad para esos chicos: la posibilidad de conocer de primera mano la biología de campo, el análisis de datos, el método científico... Como mínimo, sería un punto a su favor a la hora de ingresar en la universidad. Pero no saqué nada en limpio. El jefe de estudios me preguntó si pensábamos pagarles el salario mínimo.

—Es que los chicos de Feathertown no van a la universidad. Para vivir aquí, no les hace falta. Aquí los estudios superiores no sirven para nada.

El doctor Byron abrió mucho los ojos, como si ella acabara de revelarle que en el pueblo hervían vivos a los niños. Curiosamente, su asombro provocó en ella una extraña satisfacción que no podría haber explicado. Estatus de persona iniciada, quizá. Recordó a Billy Ray Hatch convertido en un espectáculo televisivo. Dovey le había dicho que estaba por todas partes en internet, con sus expresiones y sus gestos hilarantes. Era la gran broma del momento. Dellarobia habría querido abrazar a ese anciano y darle un buen puñetazo al cámara.

—Entrenadores de fútbol que enseñan deportes en clase de ciencias... Tendría que ser ilegal —declaró el doctor Byron—. ¿No hay estándares ni pruebas estatales?

—Claro que sí. Nuestro colegio siempre suspende las pruebas estatales. En eso somos muy constantes.

—¿Cómo puede perpetuarse esta situación?

Él la miraba atentamente, y ella supuso que sería por diversión o alguna otra tontería. Ya había dado por perdida la entrevista de trabajo, pero se resistía a ser derrotada con unas reglas que no fueran las suyas.

—Te diré cómo —respondió—. En un extremo de este estado, están las ciudades, y en el otro, las granjas. Si alguna vez se decidieran a enviar gente para inspeccionarnos desde el extremo donde está el dinero, quizá acabarían poniéndonos alguna multa.

—¿Y por qué crees que no lo hacen?

Dellarobia se echó a reír.

—Porque tienen miedo de que los salvajes catetos los secuestremos, como en *Deliverance*, aquella película de Burt Reynolds y Jon Voigt.

—No la he visto.

Ella se inclinó hacia adelante.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? ¿En qué país creciste?

—En los Estados Unidos de América. En Santo Tomás, en las islas Vírgenes.

—¡Oh! ¿Estados Unidos tiene islas? Aparte de Hawai, quiero decir.

—Sí. De hecho, tiene unas cuantas, y en varios océanos. Santo Tomás es un protectorado, que es una manera más digna de llamar a una colonia.

Pagamos impuestos, pero nunca viene nadie del extremo donde está el dinero, como tú dices, para poner al día nuestras escuelas.

Ella asintió, tratando de adivinar si había rastros de ironía en su voz. Tenía sentido imaginar a ese hombre persiguiendo mariposas en una playa dorada y maravillando a los profesores en una escuela de una sola aula.

—Y sin embargo, aquí estás tú —dijo—. ¡Doctor en ciencias por la universidad de Harvard! Pero no hay espacio para todos en la cima. La mayoría tenemos que conformarnos con ir por ahí medio adormilados y aceptar que somos inferiores.

—Me parece que estás exagerando —dijo él, dando por cerrado el caso, como si ella fuera una niña.

Dellarobia había llevado las cosas demasiado lejos, desde luego. Pero sentía que la rabia se acumulaba en su interior por todo lo que no había podido decir. El doctor Byron pasó varias de las hojas del sujetapapeles. Había pedido prestado un reloj para el laboratorio y ella le había llevado el único que tenía: un gran despertador con cuerda, en forma de gallina, que Preston había usado para aprender las horas. El ridículo objeto marcaba los segundos en una mesa cercana, midiendo el tiempo que le restaba a Dellarobia para permanecer entre las personas instruidas. Junto al reloj, había un aparato de la marca Sartorius, lo que le hizo recordar una palabra que había aprendido en la clase de lengua hacía mucho tiempo: «Sartorial: perteneciente o relativo al sastre y a sus actividades». ¿Qué tipo de traje estaban confeccionando?

—Creo que tú misma puedes ocuparte del resto del papeleo —dijo él finalmente—. Estoy convencido de que lo harás bien. Nuestro principal interés es que todo avance con rapidez porque tenemos muy poco tiempo: unas pocas semanas o, quizá, ni siquiera eso.

—¡Oh! ¡Gracias! ¡Muchas gracias!

En otras palabras, el doctor Byron tenía un problema y le estaba diciendo que ella podía ayudarlo. Ovid se puso de pie y le estrechó brevemente la mano mientras le entregaba los papeles. Parecía que no se encontraba muy a gusto. Le indicó que no se levantara hasta que hubiera rellenado todos los impresos. Su impaciencia no tenía sentido. Estaba actuando como un enfermo al que sólo le quedan unas pocas semanas de vida. Dellarobia se preguntó si habría hablado con Bear del plan de talar el bosque.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —dijo con cautela—. ¿Cuál es tu principal preocupación en lo referente al tiempo?

Él hizo chasquear el mecanismo del bolígrafo, lo observó, se lo guardó en el bolsillo y volvió a sentarse mirándola directamente a los ojos.

—Mi principal preocupación, en lo referente al tiempo, es que mañana se declare una tormenta invernal que mate hasta la última mariposa de la montaña.

Ella se sorprendió tanto que cualquier respuesta posible voló de su cabeza. Incluso pareció que la cadencia explosiva de la grapadora de Pete se detenía por un momento. ¿Cómo podían dedicar tanto esfuerzo a una empresa tan precaria? La desaparición total de las mariposas, sin que interviniera la tala que ella esperaba impedir, le parecía totalmente inconcebible.

—La temperatura necesaria para que una mariposa monarca mojada se congele y muera —dijo el doctor Byron con extremada lentitud, como rogándole que no se lo hiciera repetir— es de cuatro grados bajo cero.

—De acuerdo —replicó ella para indicarle que lo había entendido.

—Es una eventualidad inevitable en estas latitudes: unos cuantos grados bajo cero. El bosque puede protegerlas hasta cierto punto, allí donde las copas de los árboles forman un dosel continuo. Los árboles grandes son protectores, ya que los troncos crean un microambiente térmico, como las antiguas bolsas de agua caliente. Por eso las vemos pegadas a los troncos. Quizá por ese motivo se congregaron en el bosquecillo de viejas coníferas cuando se desviaron de su ruta. Los abetos se parecen a los oyameles mexicanos en lo referente a la química. No sabemos qué señales las guían. Sin embargo, ese bosque dista mucho de ser adecuado como protección para el invierno que tendrán que soportar aquí.

—¿Qué les suele pasar cuando la temperatura desciende bajo cero? —preguntó ella.

—Cuando la temperatura desciende bajo cero en estas latitudes, ellas acostumbran a estar en el cinturón Neovolcánico Transmexicano, a una latitud de diecinueve grados norte, donde el invierno no es un problema.

—Entonces ¿todas esas mariposas morirán cuando empiece a hacer frío? ¿Y después qué? ¿En primavera nacerán otras mariposas de los huevos que éstas hayan puesto?

—Las mariposas monarca no ponen huevos en invierno. Creo que tú ya lo sabes.

—Tienes razón, ya lo sabía. Lo siento. Son turistas procedentes de los trópicos que sólo vienen de visita.

—Están obligadas a sobrevivir al invierno como adultas. Incluso para estos individuos cuya conducta de vuelo migratorio es aberrante, la reproducción se rige por las mismas pautas inamovibles. Lo mismo nos

pasa a nosotros. Si por alguna razón tuviéramos que vivir entre el ganado, no seríamos capaces de parir terneros, ni de comer hierba.

—Ya lo entiendo.

—Esos insectos se han desviado de su ruta habitual por la causa que sea. Pero no podrán aparearse ni poner huevos hasta que llegue la primavera y empiece a brotar el algodoncillo.

—Entonces, si mueren aquí, terminarán muriendo sin descendencia.

—Así es —repuso él.

A Dellarobia no le gustaba la historia de las mariposas desviadas de su ruta. Prefería pensar que su montaña las había atraído con benevolencia y no con malas artes.

—¿Y las otras monarcas...? —empezó a decir sin saber muy bien lo que quería preguntar—. Las que están en México, ¿están bien?

—Este año, en México, estamos observando una disminución catastrófica de la población del cinturón Neovolcánico. La primavera pasada hubo unas tormentas y unas inundaciones terribles en la región, lo que quizá tenga que ver con esto o tal vez no. Llevamos todo el invierno esperando que los informes mejoren. Tenemos mucha gente recorriendo los bosques de la zona para descubrir adónde se han trasladado. Suponíamos que estarían a mayor altitud, pero los informes son nulos.

Ella intentó asimilar la noticia con el cerebro medio paralizado por el recuerdo del desprendimiento de tierra en México, que había aplastado y retorcido los vehículos y había arrancado las casas de sus cimientos y las había enviado flotando torrente abajo. Creía que era un secreto que le estaba ocultando al doctor Byron.

—Los informes son nulos —repitió ella—. ¿Quieres decir que no han encontrado a las mariposas?

—En las cantidades habituales, no. La información aún no se ha hecho pública, así que te ruego discreción, aunque no creo que haya nadie por aquí que esté muy interesado en el tema.

La ofensa era innecesaria, y ella se sintió aludida.

—Entonces ¿qué quieres decir? ¿Que estas mariposas de aquí son...?

—Que esta colonia de invernada es una proporción significativa del conjunto de la población de mariposas monarca de toda América del Norte.

—¿La mayor parte de las que *existen* ?

—La mayor parte de la población migratoria, sí, así es —repuso él—. En términos de viabilidad genética y reproductiva, lo que tenemos aquí es básicamente lo que hay.

Como la historia de Job en la Biblia, pensó ella. Todos sus hijos se reunieron en un lugar para celebrar una boda y entonces se levantó un viento que derribó el techo que los cubría y los aplastó. Todo, la esperanza y el futuro, perdido en un solo día. De todas las parábolas tristes, se suponía que esa historia era la más triste de todas: una pérdida suficientemente terrible para que un hombre fuera al encuentro de su creador o se arrojara a los brazos de las tinieblas. Dellarobia se preguntó si Ovid Byron conocería la historia de Job.

—Entonces ¿qué importancia puede tener lo que estáis haciendo aquí?
—Ahora contemplaba el laboratorio con otros ojos. Era el centro de control de una desgracia difícil de imaginar—. Disculpa que lo pregunte, pero ¿entiendes lo que quiero decir?

Él evitó su mirada.

—Deberíamos ser médicos o, quizá, superhéroes capaces de salvar al paciente con nuestros poderes especiales. Es lo que querría la gente.

Ella no dijo nada, pero por dentro se preguntaba si él tendría razón. Probablemente, estaba en lo cierto. La gente se resistía a escuchar los detalles de un problema, aunque fuera algo personal, como un diagnóstico de cáncer. Lo que querían era una solución.

—Sólo somos científicos —prosiguió él—. Y quizá un poco tontos. Normalmente, nos llevaría varios años hacer lo que intentamos hacer aquí en unas pocas semanas. Estamos viendo...

Hizo una pausa. Ella siguió su mirada hacia la ventana revestida de plástico, un simple rectángulo de luz. Fuera lo que fuese lo que veía no estaba allí.

—Estamos ante una extraña alteración de un patrón anteriormente estable —dijo él por fin—, un ecosistema continental que se desmorona. La causa más probable es el cambio climático. En realidad, estoy seguro de que ésa es la causa. El cambio climático ha trastornado ese sistema. Queremos llegar hasta el fondo de lo que está pasando antes de que los sucesos del invierno acaben con una especie hermosa y con la cadena de pruebas que podríamos utilizar para investigar su desaparición. Es un panorama bastante macabro.

Lo primero que le vino a la mente a Dellarobia fue uno de los programas que solía ver Cub en Spike Channel: *Mil maneras de morir* . A la gente le gustaban las cosas macabras. En el caso de las mariposas,

había una sola manera de morir: la muerte por congelación, y las desafortunadas víctimas eran millones. Intentó serenarse mentalmente y abarcar toda esa tristeza. El doctor Byron le había pedido comprensión.

—Una criatura de Dios a la que le llega su Día del Juicio —dijo ella después de permanecer un rato en silencio.

No eran las palabras de la ciencia, y lo sabía, pero eran verdaderas y podía sentir las.

El bosque en llamas que había disipado su desesperación, el pulso migratorio acunado en los brazos de un continente desde el comienzo de los tiempos... Todas esas cosas cayeron como piedras en su corazón. Ésa era la mala noticia que el doctor Byron había recibido durante las vacaciones: lo que más quería en el mundo se estaba muriendo. No se trataba de una muerte en la familia, pero era igual de grave. Llevaba todos sus años persiguiendo esa vida, ese complicado sistema que lo había llevado hasta allí. Ella acababa de conocerlo y ya empezaba a llorarlo. Pasaría por el mundo como su bebé envuelto en vello rojizo, sin que a la mayoría de la gente le importara.

—Lo siento —dijo ella.

Él desvió la vista abruptamente, con un gesto que a ella le hizo pensar que tal vez fuera necesaria su presencia. El doctor Byron estaba conteniendo las lágrimas. Dellarobia se apresuró a hablar para ayudarlo a disimular la emoción.

—No sabía que las cosas estaban tan mal. Quiero ayudar. Me alegro de poder servir de algo.

—Nadie sabe que las cosas están tan mal.

El doctor Byron se recuperó casi al instante, con un gran esfuerzo de voluntad, frotándose la barbilla. Era el dolor de un hombre.

—Pero los periodistas se mueren por contar lo que está pasando allá arriba —repuso Dellarobia—. ¿Por qué no se lo dices a ellos?

Él la miró de una manera extraña, estudiándola sin hablar, y ella se sonrojó profundamente, como si la estuviera viendo desnuda. La Venus de las Mariposas. Eso era lo que interesaba a los periodistas.

—No sé si lo habrás notado —prosiguió ella—, pero la atención de la prensa nos está desbordando. Cada vez que vienen, les digo que hablen contigo. Te lo juro. «Hablad con el doctor Byron —les digo—. Yo no soy ninguna experta.»

La intervención de Pete la sorprendió:

—Por eso hablan contigo. Porque, en realidad, no sabes nada.

Había dejado de grapar el revestimiento de plástico para escuchar lo que ella consideraba una conversación privada. Se sintió espiada.

Se volvió en la silla para mirar a Pete con cara de reprobación.

—¿Perdón? ¿Qué has dicho?

—No es culpa tuya. Los periodistas no quieren hablar con los científicos. Les estropearían el reportaje.

Dellarobia se volvió para mirar otra vez a Ovid Byron.

—La misión del periodista es reunir información —le dijo Ovid a Pete.

—No —replicó el joven—. Eso es lo que hacemos nosotros, no ellos.

Dellarobia no pensaba dejar que la expulsaran de la conversación.

—Entonces ¿para qué crees que viene hasta aquí la gente de la televisión con sus jeeps?

—Para confirmar el punto de vista mayoritario de su audiencia y de sus anunciantes.

—Pete tiene una opinión muy mediocre de sus congéneres —dijo Ovid—. Prefiere a los insectos.

Dellarobia hizo girar la silla para no dar la espalda a Pete, que estaba rasqueteando ruidosamente el suelo de cemento.

—¿Quieres decir que la gente sólo ve las noticias con las que sabe que estará de acuerdo?

—Eso mismo —respondió él.

—¿Sabes? Creo que tienes razón —repuso ella—. Yo también lo he pensado. ¿Cuántas veces pones tú el programa de Johnny Midgeon?

—Ninguna —dijo Pete—. No lo quiero ni ver.

—¿Lo ves? —repuso ella—. Eres igual que todos los demás.

—Pero eso es porque ya sé lo que va a decir.

—Eso es lo que piensan todos. Quizá lo sepas o quizá no.

—La postura oficial que acepta la mayor parte de la población —dijo Pete, exagerando un tono cansado que a Dellarobia le recordó

extrañamente al de Crystal— es que no estamos seguros del cambio climático. Es algo demasiado confuso. Por eso cada noticia de su impacto medioambiental se presenta transformada en otra cosa más atractiva y, a ser posible, con algo de sexo porque eso es lo que vende. Para eso vinieron hasta aquí los de la televisión.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó Ovid casi gritando—. El mundo entero se está quemando y las islas se ahogan. Las pruebas son más que evidentes.

Dellarobia sintió cómo las mejillas le ardían de rabia y asombro. Si no estaba equivocada, Pete acababa de acusarla de ofrecer sexo a los periodistas, y Ovid ni siquiera lo había notado porque estaba atendiendo a su propia diatriba. «Las islas se ahogan.» ¿Sería cierto? Dellarobia intervino, eligiendo cuidadosamente las palabras.

—Creo que la gente tiene miedo a que pueda pasar algo malo y no quiere ni pensarlo. Es humano. Es como cuando te encuentras un bulto y no vas al médico. Si hay que elegir entre luchar o huir, quizá salir volando sea lo más fácil.

—O «ir por ahí medio adormilado» —intervino Ovid—, como dijiste tú.

—Probablemente estaba siendo demasiado dura con los míos. —Volvió a ponerse a la defensiva—. ¿Puedo decir una cosa más sobre mí en esta entrevista de trabajo? Yo iba a ir a la universidad. No es del todo inaudito que alguien de aquí quiera estudiar. Mis profesores decían que tenía que ir a la universidad. Y yo lo deseaba tanto que me dolían los dientes. Ya sé que en el currículum no se puede poner lo que «me habría gustado hacer» porque entonces todos seríamos presidentes de Walmart.

Esperó algún tipo de reacción, algo que le indicara si la creían o no, pero no hubo ninguna.

—Tengo pruebas —continuó—. Fui a Knoxville a hacer el examen de ingreso.

Los dos hombres la estaban mirando, pero ella no habría sabido decir con qué tipo de interés.

—Sólo yo —dijo ella—. Fui la única de la clase que se presentó a ese examen para acceder a la universidad; seguí el consejo de la señora Lake. Fui con mi coche. Tuve que salir de casa a las cuatro de la madrugada y encontrar el camino entre todas esas calles de la ciudad para llegar a tiempo. Los otros chicos tenían aspecto de haber dormido bien toda la noche. Estoy segura de que a ellos los habían llevado sus madres.

—¿Te presentaste al examen?

Ovid parecía impresionado por su iniciativa.

—Sí. Fue un derroche de gasolina. En la prueba de lengua me fue bien, pero en matemáticas y ciencias... ¡Dios santo! La mayor parte de las preguntas ni siquiera me sonaban. Además, estaba embarazada. Y eso no sirve de mucho en un examen.

—Sirve para tener un hijo —repuso él—, lo que ya de por sí es una recompensa.

—¿Tienes hijos? —preguntó ella.

—No, pero mi mujer y yo esperamos tenerlos algún día.

Dellarobia decidió no contarle que aquel primer bebé sólo había durado lo suficiente para acabar con su sueño universitario. Si se lo hubiera dicho, el doctor Byron le habría preguntado por qué no había intentado seguir estudiando después. Las personas que no habían pasado por eso pensaban que era muy sencillo, como volver a subirse al autobús y continuar hasta la siguiente parada. El doctor Byron ni siquiera podría haber imaginado la de tareas rutinarias que ataban a la gente como ella a la vida cotidiana. O la temblorosa aprensión que, tras una pérdida, infectaba cada paso adelante. Incluso después de tantos años, aún la paralizaba el temor cuando se sorprendía confiando en que todo iba a salir bien, un «todo» que abarcaba a sus hijos vivos y su futuro. Tenía mucho más que perder que su vida y sus proyectos. Si Ovid Byron estaba desgarrado de dolor por las mariposas, ¿cómo se habría sentido si hubiera contemplado, más allá de los dientes de leche de sus propios hijos, ese mundo futuro que según él se estaba desmoronando? Quizá como el pobre Job, echado sobre su montón de cenizas y despedazándose la carne con las uñas. Hasta ahí lo podía llevar a uno el amor.

—¡Gran día por la mañana! —exclamó Dellarobia, aunque dudaba que Lupe la entendiera, y los niños, en el asiento trasero, estaban gritando entre ellos.

Al ver a la multitud, Lupe se quedó helada y alargó la mano desde el asiento del acompañante para agarrar a Dellarobia por la muñeca que tenía apoyada en el volante.

—De acuerdo, no te preocupes. No voy a llevarte hasta ahí.

Dellarobia consideró justificado el miedo de Lupe sin conocer los detalles específicos. Esperó a que le soltara el antebrazo y, con mucha cautela, estacionó el coche en el arcén. La hierba seca barrió el fondo del vehículo. No se había parado a pensar que su nueva niñera pudiera tener problemas con el Departamento de Inmigración. Lupe cuidaba de sus hijos por cinco dólares la hora, y Dellarobia ganaba trece, por lo que, incluso después de que el Tío Sam se llevara su parte, saldría ganando, y eso era lo único que sabía. También sabía que su jardín

había estado vacío esa mañana, cuando había salido a buscar a Lupe. Ahora parecía la feria del condado.

Lupe se volvió y con gran eficiencia hizo callar a los niños. Sus dos chicos, apretados entre la puerta y la sillita de bebé de Cordie, parecían llevar incorporado un botón de silencio. Cordie siguió chillando unos segundos más, pero enseguida comprendió el mensaje y se calló. Dellarobia buscó las gafas en el bolso, se las puso y forzó la vista a través del parabrisas. Todavía faltaban unos cien metros para llegar a la casa. Acababan de tomar el giro de la carretera 7, donde se empezaba a ver la granja, pero incluso desde allí Dellarobia contó más de una docena de coches, aparcados de cualquier manera a ambos lados del camino, justo delante de su casa. Hasta donde podía ver, no había ningún vehículo de la policía ni de la prensa, pero no pensaba llevar a Lupe al centro de la agitación. Se mordió el labio, intentando trazar un plan.

—De acuerdo. Te diré lo que vamos a hacer —pronunció lentamente, buscando signos de comprensión en la expresión de Lupe.

Josefina, su eficiente intérprete, estaba en la escuela con Preston; pero durante más de una semana las dos se habían entendido por las mañanas en lo básico, hasta que a mediodía volvían los niños en el autobús escolar y las ayudaban a entenderse en los detalles.

—¿Ves esa casa vieja ahí detrás? —La señaló—. Está vacía. No hay nadie. Iremos ahí.

Dio marcha atrás lentamente por el arcén y se internó en el largo sendero de la casa de los Craycroft, que estaba a la venta desde hacía tanto tiempo que ya nadie confiaba en que fuera a venderse algún día. El hijo de los Craycroft había ingresado a sus padres en una residencia de ancianos y había puesto a la casa un precio irracionalmente elevado. O tal vez fuera ése el precio de las casas en Nashville, donde él vivía. Dellarobia sólo esperaba que la casa abandonada no se hubiera transformado en el ínterin en un laboratorio clandestino de drogas. Su aspecto era más que fantasmagórico. Algunas de las ventanas sin cortinas tenían los cristales rotos, y las malas hierbas, que el invierno había secado, llegaban hasta la altura de los hombros. El hijo de los Craycroft podría haber dejado un momento su maldita ciudad y venir a la granja a poner un poco de orden. Dellarobia condujo hasta el jardín trasero, donde nadie podría ver el coche desde la carretera, y apagó el motor.

—Muy bien —le dijo a Lupe—. Los niños y tú os quedáis aquí. Déjalos salir del coche si quieren jugar. Aquí nadie os verá. Yo iré andando hasta mi casa para averiguar qué está pasando.

Lupe asintió con expresión formal.

—Muy bien —dijo—. Pueden jugar.

Sin embargo, lo que dijo después a sus hijos sonó más bien como una amenaza del tipo: «Si movéis un músculo, os mato».

Dellarobia se sentía ridícula ocultando entre la maleza a su hija, a su niñera y a los hijos de ésta para poder acercarse subrepticamente a su propia casa. Pero lo hizo de todos modos.

La helada llovizna intermitente se volvió más intensa mientras ella caminaba por el borde de la carretera 7 tratando de evitar la cuneta enfangada, invadida por las malas hierbas. Se caló sobre la frente la capucha de la cazadora para que no se le mojaran las gafas y poder observar mejor los ocasionales coches que pasaban a su lado e, inevitablemente, reducían la velocidad al llegar a su casa. Era evidente que los conductores querían curiosear, intrigados por el movimiento. Ella también estaba intrigada. Recorrió todo el frente de la finca de los Cook, sus vecinos inmediatos, sin ver nada fuera de lo normal en su casa y se tranquilizó al confirmar la ausencia de ambulancias o coches de policía. Pero la cantidad de gente congregada en su jardín delantero era alarmante. Todos tenían la mirada vuelta hacia su casa, como esperando que pasara algo. Iban vestidos como para ir de acampada: con botas, mochilas y parkas acolchadas. Cuando se acercó un poco más, vio varias pancartas y oyó consignas. Un derroche de energía dirigida hacia una casa donde no había nadie. Recordó el consejo de no disparar hasta no ver el blanco de los ojos, una indicación que no estaba pensada para miopes. Sólo al entrar en el perímetro de su finca, se dio cuenta de que la mayoría de los congregados eran adolescentes o personas muy jóvenes. Parecían pequeños y frágiles bajo la lluvia.

—¡Cuidemos el planeta para nuestros hijos! —gritaban una y otra vez, lo que acabó de confirmar la sospecha de Dellarobia de que se había vuelto loca.

Se situó en la periferia de la multitud, cerca de la carretera, donde una pareja se estaba bajando de una maltrecha motocicleta Honda plateada. Los dos lucían gorras de lana de colores brillantes, con orejeras, como las que suelen llevar los niños. De pronto, la gente empezó a entonar una nueva consigna. Un tipo que estaba de pie en el porche de la casa de Dellarobia agitaba los brazos, como un predicador sobre el púlpito, dirigiendo las vociferaciones de la multitud.

—¡Madereros no! ¡Mariposas sí!

—Mierda —dijo Dellarobia en voz suficientemente alta para que la pareja de las gorras de lana se volviera para mirarla.

Se abrió paso a la fuerza entre la gente, hasta su porche, esperando que en cualquier momento la reconocieran como la famosa mujer de las mariposas, pero no fue así. Era difícil reconocerla bajo la cazadora impermeable con capucha, que le cubría todo menos las gafas salpicadas de gotas de lluvia. Además, era una cazadora comprada en la sección de ropa infantil. El tipo del porche dejó de dirigir las

protestas y la miró desconcertado. El vocerío se interrumpió abruptamente.

—¿Te importaría decirme quién eres? —preguntó Dellarobia.

El hombre lucía unas patillas largas y negras, un estilo que ella solía asociar con las películas de los años setenta, donde aparecía gente con ropa espantosa. Por lo demás, su aspecto era normal: vaqueros estrechos, parka y gafas de pasta. Sujetaba una carpeta bajo un brazo y parecía haberse quedado sin aliento, como si hubiera estado corriendo.

—¿Qué te parece si antes me lo dices tú? —replicó él.

—De acuerdo. Estás en mi porche. Soy la persona que vive aquí, con mi marido y mis hijos.

El hombre dio un paso atrás hasta casi caerse del pequeño porche. La intuición de Dellarobia era correcta: la había tomado por un chico. Volvió a mirarla, como revaluando lo que había debajo de la cazadora impermeable, y a continuación abrió la carpeta roja y se puso a rebuscar como loco entre los papeles.

—¿Burley Turnbow? ¿No me digas que eres tú?

Ella dejó pasar un segundo.

—El nombre que me interesa es el tuyo.

—Disculpa. Soy Vern Zakas, presidente del Club del Medio Ambiente de la Escuela Universitaria de Cleary. Encantado de conocerte.

Le tendió la mano y ella se la estrechó. La escuela superior. Todo encajaba.

—Encantada —dijo ella—. ¿Qué quieres de Burley Turnbow?

El tipo echó un vistazo a la multitud.

—Verás, estamos protestando por la tala del bosque donde están las mariposas. En internet encontramos que ésta es la casa de Burley Turnbow, el tipo que pretende talar los árboles y matar a todas las mariposas.

Dellarobia se bajó la capucha para controlar mejor la situación y notó un segundo fogonazo de sorpresa cuando Vern Zakas la reconoció como una mujer adulta que, además, se parecía mucho a la Venus de las mariposas. Pero la humillación tenía su lugar y no era ése.

—Habéis metido la pata —le dijo a Vern—. Detesto tener que decírtelo, pero ni siquiera habéis acertado con el Burley Turnbow que buscáis.

Aunque no lo creas, hay dos. Vosotros queréis hablar con Burley padre, y él no vive aquí.

—¡Dios! ¡Cuánto lo siento! —exclamó Vern—. Alguien se habrá confundido.

Volvió a mirar los papeles, como si el fallo estuviera en ellos, del mismo modo que la gente se vuelve para mirar el pavimento cuando tropieza sin razón.

—No te preocupes —dijo Dellarobia—. Te diré lo que tenéis que hacer. Seguid por esta misma carretera, más o menos cien metros en esa dirección, y veréis el sendero de su casa a la derecha. Hay un círculo de piedras encaladas alrededor del buzón y una jardinera en forma de cisne delante de la casa que es un auténtico horror. No tiene pérdida.

Los chicos de su jardín se la quedaron mirando mientras sostenían las pancartas medio inclinadas bajo la llovizna. Formaban un grupo de aspecto poco decidido, con las capuchas de las parkas bien cerradas alrededor de las caras y los ojos azorados, como si invadir un jardín ajeno no acabara de encajar en su visión del mundo. Habían trazado sus demandas con rotuladores tan finos que a tres metros de distancia apenas se leían. A esos chicos les faltaba rabia.

—¡Eh, todos vosotros, escuchadme! —gritó Dellarobia a la multitud—. ¡Gracias por vuestro interés, pero os habéis equivocado de casa! A quien tenéis que ir a gritar es a Bear Turnbow, que no vive aquí, sino más adelante, a menos de medio kilómetro por esta misma carretera. Seguid a Vern, vuestro líder. Él sabe cómo llegar.

Vern salió del porche y se dirigió a su coche haciendo señas con un brazo levantado en el aire. Los chicos recogieron las pancartas y se encaminaron en fila hacia sus vehículos, obedientes como collies. Dellarobia vio un cartel que rezaba: «¡Resiste a la autoridad!».

—¡Gracias! —le gritaron varios de los chicos mientras se alejaban.

—De nada —respondió ella antes de ir a buscar a la familia que había escondido entre la maleza.

En cuanto Lupe y los niños estuvieron a salvo en su cuarto de estar, Dellarobia se dirigió al laboratorio. Para entrar en la sala de ordeño había que pasar por una sección abierta del establo donde Cub tenía un montón de piezas mecánicas desperdigadas, algo que a Dellarobia la hacía sentir bastante avergonzada. Le había pedido a su marido que pusiera un poco de orden, pero ya se sabe cómo son los hombres y los establos: el orden no entra en la ecuación. Cuando abrió la recién instalada puerta del laboratorio, encontró a Ovid y Pete muy ocupados metiendo mariposas en el horno. Estaba preocupada porque se le había hecho tarde, pero Ovid nunca parecía prestar atención a su hora de entrada. Descolgó la bata de laboratorio del gancho donde la dejaba

todas las tardes preguntándose cuándo sería correcto lavarla, y se ajustó las gafas de goma que tenía que ponerse por encima de las suyas. Eran tan engorrosas como un condón y, por lo visto, igual de necesarias. Ovid insistía mucho en las medidas de seguridad.

El lunes habían iniciado un experimento de extracción de lípidos con un centenar de mariposas vivas que habían traído de la montaña dentro de una nevera portátil. Había que meter cada mariposa en un sobre de papel encerado, pesarla en la balanza Mettler y dejarla toda la noche en el horno de secado. Así pues, no era ninguna broma lo de meter las mariposas en el horno. El trabajo de Dellarobia hasta ese momento había consistido en numerar los sobres y anotar el peso de cada insecto en una libreta especial, antes y después de la operación de secado. A partir de ahí, había que introducir cada quebradizo cadáver en una probeta y machacarlo con un bastoncito de vidrio. Dellarobia machacaba las mariposas, y Pete añadía petróleo a cada una de las probetas. El reactivo impregnaba el laboratorio de un olor levemente automotor, como de gasolinera, pero según Ovid el líquido era mucho más inflamable que la gasolina. Trabajaban bajo la campana de humos recién instalada; pero incluso con el extractor en marcha, una sola cerilla podía provocar un estallido y una deflagración que se oirían de ahí hasta Cleary. Con esas palabras se lo había explicado Ovid, y a Dellarobia le daban escalofríos con sólo imaginarlo, sobre todo si pensaba en todos los niños que había reunidos bajo el techo de su casa.

—Siento llegar tarde —dijo en voz alta sin dirigir su disculpa específicamente al doctor Byron, sino más bien a toda la habitación—. Tuve que controlar una manifestación.

Ovid y Pete se quedaron estupefactos al oír lo sucedido. Ella misma se iba asombrando cada vez más a medida que lo contaba. En su momento, le había parecido una simple rectificación y no una muestra de coraje, pero se había puesto delante de una cincuentena de manifestantes y los había enviado a ladrar al árbol correcto. Atraer la atención de tanta gente era una experiencia inusitada para Dellarobia, que habitualmente hablaba para un público de dos personas que no siempre la escuchaban y cuya suma de edades no superaba los seis años. En la escuela había hecho presentaciones delante de la clase, pero eso no contaba. Tampoco contaba haber salido en las noticias. Puede que la audiencia fuera enorme, pero no estaban todos presentes al mismo tiempo y, además, nadie había prestado atención a sus palabras. Esa mañana, la gente la había escuchado.

Pete y Ovid se habían perdido todo el espectáculo. El griterío no había llegado hasta el interior del establo, quizá porque las ventanas estaban cubiertas con láminas de material plástico. Dellarobia recordó que el Gobierno lo había propuesto en algún momento como protección contra eventuales ataques terroristas. Aparentemente, tenía el mismo efecto que meterse los dedos en las orejas.

—¡Ostras! —dijo ella de pronto—. Debería haberles pedido sus nombres. Si esos chicos están tan interesados en las mariposas, podríamos haberlos captado como voluntarios.

—¡Qué buena idea!

Ovid la miró con ojos brillantes a través de las amarilleadas gafas protectoras, expresándole su aprobación con el pulgar hacia arriba. Su sonrisa fue para ella como una dosis de nicotina.

—¿Sabes qué? Todavía estamos a tiempo. Le pregunté el nombre al presidente del club: Zack Verkas. No. Vern Zakas.

El doctor Byron asintió encantando. Ella se daba cuenta de que su antigua generosidad seguía presente, pero a veces quedaba sofocada por la desesperación, como un ser vivo cubierto por el agua. Ese día, el doctor Byron parecía estar de buen humor, con sus guantes azules de goma y la costosa batidora de dientes de acero en la mano. El zumbido del instrumento se volvió aún más agudo con la aceleración del motor. El laboratorio era ruidoso en general, lo que también podía explicar que no hubieran oído la protesta. La cubeta agitadora, llena de probetas y agua tibia, producía un rumor monótono, como el de una mecedora. Y la centrifugadora, si no estaba perfectamente equilibrada, hacía un ruido de traqueteo, como cuando se meten zapatillas en una lavadora. La habían colocado sobre una alfombrilla de goma para que la vibración no acabara por tirarla al suelo.

—Llamaré a ese chico esta tarde —prometió Dellarobia mientras escribía su nombre en letras diminutas en una esquina de la libreta del laboratorio cuando todavía lo recordaba—. Si el Club del Medio Ambiente quiere salvar a las mariposas, vosotros podéis darles algo que hacer al respecto.

—Por lo que dices, es posible que estés en su lista de enemigos —intervino Pete—. ¿Crees que ese tipo se avendrá a darte los nombres de sus amigos?

Pete estaba extrayendo el líquido de las probetas que contenían la sopa de mariposas, petróleo y éter. Las pasaba en tandas por la centrifugadora y después extraía con mucho cuidado las muestras de líquido con una pipeta y las vertía en diminutos recipientes de aluminio. La pipeta se parecía al utensilio que Hester usaba para decorar tartas, aunque resultaba obvio que era mucho más precisa y requería infinidad de puntas desechables de plástico, una para cada muestra. El laboratorio era todo un mundo de pequeños pocillos. El día anterior, Dellarobia había numerado todos los recipientes de aluminio con un bolígrafo sin tinta para repujar la fina lámina metálica. Su caligrafía ya se veía por todas partes. La tarea del día era pesar cada muestra y registrar los pesos en la libreta del laboratorio. Como había llegado

tarde, las muestras empezaban a acumularse, por lo que tuvo que ponerse a trabajar.

—Sí, seguro que me dará los nombres. Está en deuda conmigo —le dijo a Pete.

Parte de la tensión que había surgido entre ellos durante la entrevista de trabajo se había mantenido. No era tan intensa como el olor a éter, pero aún impregnaba el aire. Obviamente, ella no estaba a la altura de Pete y lo sabía. Trataba de aprender dónde estaban los límites.

—Se avergonzó mucho por haber ido a protestar a la casa equivocada —prosiguió ella—. Deberíais haber visto a esos chicos. Recogieron las pancartas, se disculparon por la confusión y se fueron a gritar a casa de Hester y Bear. Incluso recogieron lo que habían ensuciado.

—Los chicos de por aquí son muy educados —dijo Pete mientras le pasaba uno a uno los pequeños recipientes. Ella los pesaba y los llevaba a la desparafinadora, una placa calentadora con un termómetro adherido a un costado. Le habían asegurado que era imposible que el calor de la placa hiciera saltar el establo por los aires. Evidentemente, Dellarobia pasaba toda la jornada laboral sin fumar. Había encontrado la mejor estrategia para dejarlo: el miedo a saltar en pedazos.

—Es cierto —convino Ovid—. Por lo que cuentas de ellos, no se parecen a los jóvenes descarados que tenemos en Devary.

Dellarobia encendió el extractor y distribuyó de forma regular los recipientes sobre la superficie metálica, como tortitas sobre una bandeja de horno. Cuando todo el líquido se evaporara, volvería a pesarlos, y así sabrían el contenido de grasa de cada mariposa. Le resultaba un poco triste pensar en todas esas señoritas muertas que sólo dejaban atrás su grasa para que ella la inscribiera en un registro. Era difícil salir perdiendo más que ellas.

—¿Cómo son los jóvenes en Devary? ¿Como Bart Simpson? —preguntó.

—Por desgracia, son bastante menos divertidos —repuso Ovid—. Algunos estudiantes me mandan correos para informarme de la media que necesitan para mantener su categoría en la fraternidad, o cualquier otro privilegio, y señalarme lo que tengo que hacer para asegurársela. Con copia para sus padres.

—En mi clase de ecología, el año pasado, había una chica... —dijo Pete, que hizo una pausa en el trabajo, inclinó la pipeta hacia un lado y se apoyó en la mesa para no dar la espalda a Dellarobia. Era evidente que estaba haciendo un esfuerzo y ella lo apreciaba—. No te engaño —dijo—. Es real: presumió en Facebook de haber copiado en un parcial. Otro estudiante me lo advirtió, yo la suspendí y la chica se puso furiosa. Presentó una reclamación diciendo que había invadido su intimidad.

—¡Vaya! —dijo Dellarobia—. Puede que por aquí no tengamos muchas cosas, pero tenemos educación. Algunos de los chicos que viven al final de la carretera son capaces de robarte el cortacésped del garaje para comprar oxicontina, pero te dejan una nota de disculpa: «Lo siento, señora. Le pido perdón. Recuérdele en sus oraciones».

Ovid y Pete se echaron a reír, pero ella lo decía en serio. En algún lugar entre los pasteles de barro que hacían en el jardín de su casa y las clases de educación sexual, la mayoría de los chicos de su entorno perdían todo el coraje y el descaro. Incluso Preston, pese a todo lo inventivo que era, parecía muy preocupado por no quebrantar las reglas. ¿Qué sería de él cuando tuviera que luchar por un lugar bajo el sol contra chicos que ya se creían los amos del mundo? Cordelia podía salir adelante. Era desafiante desde la cuna, como lo había sido Dellarobia en su momento, aunque en la distancia no parecía que le hubiera servido de mucho, al menos contra los poderes que dirigían su vida: los de sus suegros.

Se preguntó si los chicos del Club del Medio Ambiente tendrían la presencia de ánimo necesaria para el trabajo. Para salvar mariposas había que pasar el día matándolas. Las metían vivas en el congelador y las sacaban muertas. El doctor Byron le había jurado que su fin era rápido e indoloro.

Cuando terminaron con la sopa de mariposas, Ovid se sentó ante el microscopio de disecciones, donde procedió a abrir una remesa de hembras para observar lo que sucedía en su interior. Quería ver si se encontraban en lo que él llamaba «diapausa», una ralentización invernal de la fisiología normal de las mariposas migratorias. Llamó a Dellarobia y le indicó una silla a su lado.

—Mira esto —dijo, esperando a que ella se quitara las molestas gafas protectoras para mirar por el microscopio.

Ella ya sabía que las gafas le dejaban dos huellas redondas de mapache alrededor de los ojos.

—¿Lo ves? —le preguntó él.

—¿Qué tengo que ver?

—Unas bolitas blancas. Son espermátóforos, uno por cada macho que se apareó con esta hembra. Esa bolsita donde los guarda se llama «bursa».

—Ya lo veo —dijo Dellarobia, empeñada en no sonrojarse. La señorita se había divertido lo suyo.

—He hecho más de dos docenas de disecciones, y ésta es la primera que encuentro que se ha apareado. Casi todas están en la diapausa.

Dellarobia estaba suficientemente cerca de Ovid para percibir el olor de su loción de afeitado, pese al ambiente general de sustancias explosivas. Desde que había empezado a trabajar en estrecha proximidad con él, el solo hecho de verlo con la bata blanca le producía una conmoción inesperada. No podía dejar de mirar el cuello inmaculadamente blanco sobre su piel oscura. Estaba volviendo a ser el de antes. A mitad de la semana, se había declarado una crisis, y él se había comportado maravillosamente bien. De pronto, se había ido la electricidad y los había dejado en la oscuridad con todos los instrumentos parados. Ella había llamado a la compañía sólo para enterarse de que el problema era el impago de la factura. Iban tan justos de dinero después de la Navidad y tenían tantas facturas sobre la mesa que ella había dado por hecho que la compañía de la luz les concedería un mes de gracia antes de cortarles el suministro. Pero se le olvidó que ya les habían concedido un mes de gracia en noviembre. La humillación de tener que decírselo a Pete y Ovid podría haber convertido aquel día en el peor de su vida, pero el doctor Byron había sido tremendamente comprensivo y había insistido en que el error era suyo por no haber tenido en cuenta que todos esos aparatos estarían consumiendo un montón de electricidad y que el contador era el mismo que el de la casa. Se quedó sentado a su lado, con la tarjeta de crédito en la mano, mientras ella superaba, entre lágrimas, el menú de respuestas grabadas del teléfono de la compañía para tratar de hablar con una persona real a quien pudiera explicarle que había mucho más en juego que la luz de una sola familia.

Después de mirar las bolitas blancas, no sabía muy bien si él quería que siguiera a su lado en el microscopio. Parecía concentrado en unas pequeñas placas de vidrio que había en una caja con una serie de compartimentos verticales.

—Ya sé que Pete quiere que vuelvas con él —dijo finalmente con aire un poco distraído mientras sacaba una placa tras otra y la miraba a la luz de la ventana, cerrando un ojo para ver a través del cristal—. Nuestro Pete no está contento si no tiene a alguien a su lado que lo ayude. Pero quiero enseñarte solamente una cosa más. ¡Ah, sí! Aquí está.

Colocó la placa bajo los brazos metálicos del microscopio y la aseguró sobre la plataforma.

—Cuando hayamos terminado con los lípidos, voy a ponerte a contar OE. Será interesante. Echa un vistazo.

Dellarobia movió ligeramente la ruedecilla de enfoque y la imagen saltó hacia ella en tres dimensiones: un extraño collage de rugosos óvalos transparentes, ligeramente superpuestos, como las tejas en un tejado. El doctor Byron le explicó que eran las escamas de las alas de las mariposas aumentadas trescientas veces. Disimuladas entre las escamas, distinguió otras formas más pequeñas y oscuras, semejantes a chinches de agua, que según el doctor Byron eran los parásitos. Los llamaba por su nombre abreviado: OE. Le dijo que más adelante le escribiría el nombre completo porque le resultaría más fácil aprenderlo

si lo veía escrito. Ahora estaban observando una muestra especialmente preparada que Ovid usaba para sus clases, pero pronto empezarían a buscar esos parásitos en las mariposas. Las infestaciones solían verse en poblaciones que no habían conseguido migrar normalmente.

—Entonces ¿los parásitos podrían ser la causa de que hayan venido aquí y no a México?

—La causa —repitió él, con una sonrisa melancólica, inclinando la cabeza. De pronto, volvía a ser el hombre que se había sentado a la mesa de su cocina, el profesor favorito de todos—. «Causa» —dijo él— no es lo mismo que «correlación». ¿Sabes lo que quiero decir?

—No —sonrió ella, reconociendo su ignorancia.

—Las familias que van de vacaciones al extranjero suelen tener más televisores que las demás. ¿Significa eso que un segundo televisor impulsa a las familias a conocer el mundo?

—No, supongo que viajan porque tienen más dinero.

—Sí, es muy probable. Hay un tercer elemento que es la causa de los dos hechos observados. Los coches con llamas pintadas en la carrocería suelen llevarse un número desproporcionado de multas por exceso de velocidad. ¿Son las llamas la causa de que sus conductores aceleren más de la cuenta?

—No. Es simplemente que algunas cosas suelen ir juntas.

—Exacto. Hay una correlación. Uno de los errores humanos más frecuentes es suponer, sin pruebas fundadas, que una cosa es causa de otra.

—Ya entiendo. Como cuando los cuervos vuelan sobre el campo y al día siguiente nieva. Mi suegra siempre dice que los cuervos traen la nieve, pero yo no lo creo. Quizá haya un frente tormentoso o cualquier otra cosa que los haga volar y a la vez traiga la nieve.

—¡Fantástico, Dellarobia! ¡Has superado a todos mis estudiantes de la universidad!

—Y a todos los periodistas —intervino Pete desde el otro extremo de la sala.

—A *algunos* periodistas —lo corrigió Ovid—. Pero me temo que tiene razón.

—¡Nuevas investigaciones indican que el uso de Facebook empeora las calificaciones escolares de los niños! —exclamó Pete—. ¡Los implantes

de mama aumentan los suicidios! ¡Sonreír prolonga la esperanza de vida!

—De acuerdo. A *muchos* periodistas —dijo Ovid.

Correlación, causa... Dellarobia se dijo que tendría que escribir esas palabras en la esquina de su libreta, que estaba empezando a llenarse de pequeñas notas personales en clave.

—¿Consumen los parásitos la energía de las mariposas e impiden que emprendan una larga migración? —preguntó Ovid—. No lo sabemos. Estamos observando un gran incremento de las infestaciones de parásitos. Y en toda el área de distribución de las mariposas, se han registrado temperaturas medias más elevadas de lo habitual. ¿Favorecerá a los parásitos el clima más cálido? Es tentador afirmarlo, pero tampoco lo sabemos con seguridad. Y no lo sabremos nunca, a menos que podamos crear unas condiciones experimentales en las que todos los factores se mantengan estables y sólo varíe la temperatura. No debemos sacar conclusiones precipitadas. Lo único que podemos hacer es medir y contar. Es la misión de la ciencia.

Dellarobia creía que la misión de la ciencia era bastante más importante que eso. Alguien tenía que salir a explicar las cosas. Si hombres como Ovid Byron guardaban silencio, gente como Tina Ultner hablaría por ellos.

Se quedó un momento más mirando las placas del microscopio, antes de que Ovid la enviara de nuevo al lado de Pete para seguir llevando el registro del peso de sus muestras. Cada vez manejaba mejor la balanza Mettler, por lo que trabajaba con rapidez y a veces tenía que esperar a Pete. Le resultaba emocionante pensar que Ovid la consideraba preparada para algo más que para escribir números en una libreta. Recordó a Valia pesando madejas y apuntando los resultados en abarrotadas columnas de números, en la cocina de Hester, aquel día lejano en que tiñeron la lana. Le pareció imposible que sólo hubieran pasado dos meses. En aquel entonces, todo su mundo se reducía a una cocina. Ahora tenía una vida en la que podía pasar más de una semana sin ver a Hester. El trabajo le quitaba tanto tiempo que sus tardes y noches con los niños eran un torbellino de preparativos y tareas atrasadas. Se había saltado la misa dos domingos seguidos, primero para limpiar la sala de ordeño, antes de que llegaran Ovid y Pete, y a la semana siguiente para hacer más o menos lo mismo en su casa, que no había tenido tiempo de ordenar. Aunque desde el punto de vista de Hester ninguna de las dos excusas eran suficientes para faltar a la iglesia, Dellarobia se reservaba el derecho de discrepar.

Se preguntó qué estarían haciendo los chicos del Club del Medio Ambiente en casa de Bear y Hester si es que habían encontrado el camino. Parecían desorientados en muchos sentidos. Probablemente, alguien debería decirles que la tala se había aplazado. Y que esa eventualidad no era lo peor que podía pasarles a las mariposas. Ovid no

dejaba de seguir la evolución de las temperaturas, contemplando con desesperación el inexorable descenso hacia las heladas. Tras décadas de perseguir a las monarcas y sus maravillosos misterios, estaría junto a ellas en su hora final, un momento precipitado por razones que nunca en su vida podría haber previsto. Dellarobia habría querido que él les explicara todo eso a los chicos que habían estado en su jardín. Un trastorno profundo y terrible había enviado a las mariposas a la dirección equivocada, igual que a los manifestantes. Ellas sólo podían confiar en su mundo de signos, donde el ángulo del sol marcaba la sucesión de las estaciones, pero algo en el interior del sistema las había traicionado.

¿Quién podía protestar contra eso? Teóricamente, era posible detener los planes de negocios de Bear Turnbow, pero ¿quién podía manifestarse contra la meteorología? Era un tema recurrente en la literatura. Jack London y Ernest Hemingway. La confianza en medio de la tormenta, el hombre contra la naturaleza. De todos los conflictos posibles, era el más desesperado. Incluso con su escasa instrucción, Dellarobia sabía con seguridad una cosa: el hombre perdería siempre.

Estado natural

ENERO avanzaba como un equilibrista, colocando primero un pie y después el otro sobre la línea de las heladas. Oscilaba en torno a los cero grados, pero sin llegar a desplomarse. Un reducido y nervioso público lo observaba. Algunas noches, Dellarobia no podía dormir pensando en el aire frío que podía infiltrarse desde las cumbres. Llenaría insidiosamente el bosque, como un gas venenoso, y rodearía a las mariposas allí donde se aglomeraban, adheridas a sus árboles familiares, para adormirlas en un sueño del que no despertarían. Sucedería una noche clara y despejada.

Nadie de su entorno compartía su temor. Dovey no quería oír hablar del tema; sus mecanismos de autoprotección eran poderosos. Y Cub se protegía a su manera, con su incapacidad de creer que ese bastión de vida que tenían accidentalmente bajo su custodia era irremplazable. Dellarobia temía que a Preston le pasara lo contrario y sufriera la multitud de muertes con demasiada intensidad, por eso no le había contado toda la verdad. El niño volvía de la escuela con fotografías de monos y ranas arborícolas recortadas de revistas y las pegaba en las paredes de su habitación formando complicados collages, como los que había creado su padre tiempo atrás con figuras del Capitán América y Jesucristo. Preston deseaba con todas sus fuerzas ser científico para estudiar a los animales. Pero en el laboratorio, Dellarobia oía a Pete y Ovid hablar con desesperanza de muchas cosas. Los elefantes en el África azotada por la sequía y los osos polares sobre unos hielos cada vez más reducidos estaban «prácticamente perdidos», según decían con indignante resignación mientras trabajaban en lo que parecía ser la autopsia adelantada de otra especie condenada a desaparecer. «Perdidos», como si esos elefantes en la llanura blanqueada por el sol simplemente se estuvieran esforzando por completar el último tramo de un trayecto agotador, las últimas fases del dolor. Dellarobia experimentaba una forma de pánico completamente nueva cuando veía a Preston cada vez más enamorado de la naturaleza, y se preguntaba si su hijo no estaría yendo al encuentro de un futuro semejante a un castillo de arena a punto de desmoronarse por efecto de la marea. No sabía cómo soportarían los científicos esos pensamientos. A veces había que asumir verdades terribles. Por las noches, mientras yacía despierta en la cama, imaginaba que Ovid estaría pensando lo mismo en su litera, no muy lejos, en la oscuridad, unido a ella en su vigila contra el frío. Gracias a él, no se sentía sola.

Todas las mañanas, al alba, recorría la misma distancia desde la puerta de su cocina hasta la autocaravana de Ovid y se detenía allí un momento, en su camino hacia el laboratorio, para anotar la temperatura máxima y mínima del día anterior. El doctor Byron usaba

esos datos para calcular la rapidez con que las mariposas consumían sus reservas de grasa cuando permanecían quietas sobre los árboles, en lugar de revolotear, como solían hacer cuando subía la temperatura. Según decía, el exceso de calor era tan peligroso como el frío. Dellarobia se sentía cómplice de un crimen cada vez que hacía su lectura diaria de las temperaturas, pero era una de sus tareas. El termómetro especial se encontraba adherido a una barra que se proyectaba hacia afuera desde el interior de la autocaravana, a través de la ventanilla del copiloto. Ella pulsaba los diminutos botones del mecanismo para registrar las lecturas del día y después volvía a poner los contadores a cero. No era muy difícil, pero a ella le encantaba hacerlo, igual que le pasaba a Preston con su reloj. Ovid le había enseñado a hacer un gráfico con dos líneas punteadas donde se veían las mínimas y las máximas avanzando a través del mes, con la zona de supervivencia de las mariposas acurrucada en el estrecho espacio entre ambas.

Las líneas vacilantes sobre el papel del gráfico había sido lo primero que la había hecho pensar en un equilibrista, y una vez más volvió a imaginar al hombre de sombrero bombín y cara inexpresiva pintada de blanco, que levantaba y bajaba tentativamente los pies calzados con zapatillas negras para avanzar por el alambre. La vida en equilibrio. No recordaba dónde lo había visto, pero tenía que ser en la televisión. Probablemente, había sido solamente una imagen fugaz mientras Cub buscaba algún entretenimiento más convencional, pero la tenía en la cabeza mientras se acercaba a la autocaravana. Esa mañana no iba a trabajar. Ovid no la esperaba los sábados en el laboratorio, aunque Pete y él solían trabajar también los fines de semana. Esta vez se había puesto las botas y el abrigo para ayudar a Cub a comprobar el estado de la valla detrás de su casa, a petición de Hester, que había decidido trasladar a su parte de la finca las ovejas preñadas. Cub ya había dejado a Cordie y Preston en su casa para que los cuidara mientras ellos se ocupaban de la valla; pero ahora estaba en la cocina, perdiendo el tiempo, bebiendo una tercera taza de café y escuchando el programa matinal de Johnny Midgeon mientras reunía valor para salir a caminar en una mañana tan fría. Como siempre, Dellarobia se había puesto nerviosa con la exasperante lentitud de su marido y, tratando de calmar su impaciencia, había ido a ver el termómetro para anotar los datos en su libreta. Fue entonces cuando vio a Ovid Byron desnudo.

Fue sólo un vistazo fugaz. No le había visto la cara. Sólo desde las axilas hasta el comienzo de los muslos, aproximadamente. Se volvió con tanta rapidez que estuvo a punto de caerse de bruces en el barro, con las mejillas de color escarlata y el corazón latiendo desbocado. ¿Cómo iba a saber que él estaba dentro? Siempre se levantaba antes del alba. Las cortinas plisadas con broches de presión estaban permanentemente cerradas del lado del vehículo que daba a su casa, y ella se había acostumbrado a esa constante privacidad sin caer en que las cortinas podían estar abiertas del lado orientado a las montañas. ¡Claro! Era normal que él quisiera disfrutar de la maravillosa vista de las montañas que ella daba por sentada. Regresó trastabillando a la casa, próxima al desmayo. Se sentía ruin. Lo había espiado. ¿La habría visto él? Le

pareció poco probable, pero la idea era insufrible. Pensó que ya no podría volver a trabajar si tenía que mirarlo de nuevo a los ojos. Pero los ojos no formaban parte de la instantánea; sólo el torso esbelto, que no conseguía borrar de su memoria, grabado a fuego en su retina. La piel color café, el abdomen asombrosamente musculoso y la línea de sombra del vello rizado, que bajaba por el centro del pecho como la nube de un tornado hasta casi tocar el oscuro suelo del pubis. No entendía cómo había podido asimilar tantos detalles en un milisegundo. Se había vuelto antes de percibir algo más que un movimiento y un cambio de luz en los suaves planos que sólo más tarde interpretó como un cuerpo. En realidad, no había visto lo que había visto. Cuando entró por la puerta trasera y se limpió las botas con la mirada baja, estaba segura de que Cub iba a notar la culpa en su cara.

—Bueno, vamos allá. Hagámoslo de una vez —dijo Cub sin mirarla siquiera.

Se levantó de la mesa y recogió del respaldo de la silla el peso muerto de su chaqueta verde de granjero. Inexplicablemente, ella se sintió vacía. Entonces ¿ni siquiera eso importaba? No importaba que hubiese visto a un hombre tan trascendente para ella en su desnudez, lo que constituía todo un acto bíblico. Se sintió invisible.

Era obvio que no había podido ver ni anotar la temperatura. Aún llevaba la libreta en la mano cuando salieron por la puerta de la cocina. La dejó rápidamente sobre la mesa del porche, junto al tiesto lleno de colillas, formando así un bodegón de sus pecados antes de bajar los dos peldaños que conducían al jardín trasero. En ese momento, habría dado cualquier cosa por un cigarrillo. Después de todo, ésa era la fórmula habitual. La gente siempre «habría dado cualquier cosa» por un cigarrillo. Temblando bajo la chaqueta, Cub se ajustó la gorra. No era uno de los incontables gorros de lana que le tejía Hester, sino una gorra de béisbol, la elección menos adecuada para una mañana tan fría. Pero Dellarobia no dijo nada. Estaba cansada de decirle a la gente que se abrigara. El mundo no dejaría de girar porque su marido y sus hijos no notaran que había llegado el invierno.

La temperatura debía de haber bajado durante la madrugada. La escarcha formaba dibujos en el suelo: un polvo blanco tan fino y seco que sus pasos levantaban pequeños torbellinos de confeti helado alrededor de sus botas. Siguieron el cauce del torrente por el lado izquierdo del prado acordando sin palabras ir primero hasta la cima y hacer el trabajo cuando bajaran. El manto de escarcha delineaba una zona de diferente temperatura a ambos lados de la corriente, donde el agua había conservado el calor durante la noche. Dellarobia recordó las palabras «masa térmica» e imaginó la sólida capa de mariposas adherida a los grandes troncos de los abetos, descritos por Ovid como «gigantescas bolsas de agua caliente». Nunca se había fijado en los berros de agua que crecían sobre la superficie del arroyo, helados hasta la negrura en contacto con el aire, pero aún verdes bajo el agua y también vivos en la estrecha zona que flanqueaba la corriente en

movimiento. Había oído mencionar a Ovid la palabra «termoclina» y ahora podía ver su significado. Al principio, había encontrado irritante el vocabulario difícilmente comprensible de los científicos, pero, de pronto, comprendió que había atravesado una frontera inesperada. Las palabras no eran más que palabras para describir cosas que se podían ver, aunque la mayoría de la gente no las viera. Quizá fuera preciso conocer las cosas para poder verlas.

La visión del cuerpo de Ovid, olvidada durante unos felices segundos, volvió para atormentarla. No era la primera vez que veía a un hombre desnudo. Los había visto en la vida real y en las películas, ahora que la desnudez estaba en todas partes. Pero a éste no. Era su jefe, el hombre cuya buena opinión se empeñaba en ganarse día a día, el que la observaba rutinariamente desde la seguridad de sus gafas protectoras. Dellarobia envidió a las personas olvidadizas y a las mentes más simples que la suya. Deseaba con desespero que Cub dijera algo, pero su marido estaba demasiado ocupado tratando de no quedarse sin aliento.

—¿Cómo es que Hester finalmente ha decidido traer las ovejas? —le preguntó ella.

—No lo sé —repuso él y, después de una pausa, añadió—: Demasiado húmedo allá abajo.

Por lo visto, sería una conversación de frases cortas.

—¿Ahora resulta que el prado de abajo es demasiado húmedo? ¿Húmedo hasta el punto de pudrirles las pezuñas?

—Sí, supongo —resopló él—. Y dice que se pueden agusanar.

Dellarobia se fijaba muy bien dónde ponía los pies mientras subía la cuesta. La escarcha acentuaba los detalles del suelo, las ondulaciones y las manchas de hierba seca. No hacía presagiar nada bueno para las mariposas. Le extrañó no conocer el alcance del daño. Alguien tendría que subir a ver.

—¿Sabes una cosa? —le dijo a Cub—. Hablé con Hester sobre este tema antes de Navidad, el día que vino a casa.

—¿Hablasteis de las ovejas? ¿Qué te dijo?

—Que no se fiaba de nosotros para vigilarlas cuando empiecen a nacer los corderos.

—¿Dijo eso?

—Prácticamente.

Dellarobia también jadeaba un poco mientras subía la cuesta observando cómo el aire frío se materializaba con cada una de sus

exhalaciones. Se le empañaron las gafas, de modo que se las quitó y se las guardó en el bolsillo. En lo alto del prado, una fila de árboles desnudos, como los barrotes de una cárcel, arrojaba sombras verticales sobre la ladera. La rodeaba un mundo en blanco y negro.

—Le dije que podríamos ayudar cuando nacieran los corderos — prosiguió— y que a Preston y a mí nos gustaría mucho. Pero puso mala cara.

—Es cierto que podríamos —repuso Cub—. Mi madre tiene libros en casa. Podrías leer sobre el parto.

Tenía un brazo levantado, tal vez para coger un libro de un estante. Los diminutos armarios de la cocina de la autocaravana estaban llenos de libros. Ovid les había quitado las puertas. ¿Se habría vuelto a tiempo para descubrirla a ella, que se alejaba a toda prisa? Dellarobia se esforzó para mantener un tono normal.

—De acuerdo. Dile a Hester que me preste uno de esos libros —dijo—. Así sabré qué hacer si una oveja se adelanta.

—Hervir agua —dijo Cub, y ella se echó a reír.

Viniendo de su marido, era divertido, y una manera de aliviar su nerviosismo.

—¿Cómo estaban tus padres esta mañana?

—Mi madre, al borde de un ataque. Bobby Ogle la va a visitar de nuevo.

—¿De verdad? ¿Con los niños en casa?

—Probablemente, después de que vayamos a recogerlos. Pero ya está frenética.

A Dellarobia no le extrañaba. Era tal vez la tercera o la cuarta visita que le hacía el ministro desde que había empezado todo, y cada una había supuesto para Hester un nuevo ataque de ansiedad. Si el propósito era transmitirle paz espiritual, el pastor no lo estaba consiguiendo.

—¿Por qué se pondrá tan nerviosa tu madre cuando Bobby va a verla?

—Ya sabes. Es el pastor.

—Sí, ya lo sé. A ella le encanta admirarlo en una sala abarrotada de gente. Pero ¿por qué se pone tan histérica cuando está a solas con él?

—No lo sé. Papá me ha dicho que se ha levantado al alba para empezar a limpiar y que piensa irse al taller para que no le pase la aspiradora también a él. Ha tapado todos los muebles con sus trapos.

—¿Qué trapos?

Dellarobia imaginó la ropa de su suegra tirada encima de los muebles, pero así era su vida, no la de Hester.

—Esas cosas con encajes. Como mantelitos.

—¿Los tapetes de ganchillo que pone en los apoyabrazos del sofá para disimular las partes gastadas?

—Sí, eso mismo. Además, había algo en el horno que olía muy bien. — Cub se rió entre dientes—. Cordie se ha hecho caca en el camino y, cuando he entrado, llevaba los pañales cagados. A mi madre casi le ha dado algo. Me ha dicho que subiera y cambiara a la niña antes de que apestara toda la casa. Y que me llevara el pañal cuando me fuera.

—Muy bonito —dijo Dellarobia.

A su pesar, encontraba conmovedoras las grietas en la armadura de Hester. Todavía había alguien con el poder de hacerla sentirse humilde y avergonzada. Dellarobia sabía muy bien lo que era quitar los pelos de perro con la aspiradora y poner fundas y tapetes para tapar la pobreza.

En lo alto del prado, encontraron abierta la verja del camino grande. No se sorprendieron porque el desfile de desconocidos era constante. Los servicios de guía de Hester ya no eran necesarios porque ahora la gente podía subir sola, andando o en coche, hasta el lugar de las mariposas. Traían prismáticos, redes, telescopios y cámaras que parecían caras, a veces todas esas cosas y otras ninguna; no eran científicos, ni equipos de reporteros, sino mayoritariamente turistas. Una mañana, mientras Preston y ella esperaban el autobús, una pareja joven con llamativos pantalones de licra a juego había pasado a su lado, a través del jardín, hablando un idioma extranjero. Cuando Dellarobia les habló, ellos se la quedaron mirando estupefactos, como si les hubiera dirigido la palabra un erizo. Algunos llegaban incluso con tiendas de campaña y las plantaban en el bosque, entre ellos unos chicos muy amables del Club del Medio Ambiente de Cleary y tres jóvenes de California que habían llamado a la puerta de Dellarobia y le habían explicado que pertenecían a una organización internacional con un número en lugar de un nombre. Nosequé-punto-com. El doctor Byron los mantenía ocupados con tareas simples, como contar y medir. Probablemente, no era la gran experiencia en la naturaleza que habían soñado, pero se alegraban de poder ser útiles, sobre todo los tres chicos de California. Dellarobia les había preguntado cómo habían hecho para encontrar el camino, y le enseñaron un programa de ordenador que podía trazar automáticamente un plano para llegar a su casa. Lo único que tenían que hacer era teclear su dirección en la pantalla y, por arte

de magia, aparecía el plano. Le dijeron que su dirección era de dominio público y que también lo era la fotografía tomada desde el cielo, donde se veía el rectángulo gris de su tejado, la camioneta de Cub y su Taurus ligeramente torcido en el sendero. Pero la autocaravana de Ovid no se veía. Preguntó por qué y los chicos le explicaron que la fotografía del satélite debió de tomarse un tiempo antes. En otras palabras, antes de que a nadie le importara su casa, internet tenía información almacenada a la espera de que alguien se interesara. La idea la hizo sentirse indefensa. Ese pequeño rectángulo gris era toda su protección.

Los californianos al menos se habían presentado, y ella se lo agradecía porque la mayoría no lo hacía. Probablemente, todo el trabajo que Cub y Bear habían hecho para que el camino fuera transitable había sido un error. La gente lo había interpretado como una invitación. Y, en opinión de Dellarobia, era lógico porque así era el mundo. Si había un camino, era para transitarlo. Los caramelos en el plato eran para comérselos y el dinero en el banco, para gastarlo. La gente se embolsaba todo lo que caía en sus manos. ¿No era más o menos automático? Parecía imposible que un ser humano se comportara de otra manera. Esperó a que Cub cerrara la verja.

—Deberíamos ponerle una cadena y un candado —dijo.

—Es lo que estaba pensando. Las ovejas de Hester se escapan si no podemos mantener la verja cerrada.

Se preguntó si los intrusos cortarían la cadena, sabiendo que Cub estaría pensando lo mismo. Para él, todos los forasteros que entraban en su finca pertenecían a la misma clase de rufianes incapaces de respetar la propiedad privada, pero ella no estaba tan segura. Quizá algunos creían estar en una especie de parque natural. Dellarobia había perdido la cuenta de las veces que las mariposas habían salido en las noticias, lo que las convertía en un bien común, y su dirección figuraba en internet para cualquiera que quisiera buscarla. Todo estaba al alcance de todos y todo era gratis.

Cub y ella siguieron la valla por la parte alta del prado y comprobaron su estado. En varios puntos, la alambrada había cedido bajo el peso de un árbol caído, que se había desplomado desde el otro lado del bosque. Como marido y mujer, trabajaban bien juntos, intercambiando pocos comentarios. Levantaban las ramas muertas, liberaban la valla de la maraña de hojas y volvían a enganchar los alambres a los postes. Desde noviembre, antes del esquila de otoño, no había habido animales en ese prado. Dellarobia recordaba vívidamente el día que subió esa misma cuesta y se volvió por última vez para mirar el pie de la ladera, como la mujer de Lot, antes de dirigirse a un lugar diferente. El lugar diferente donde se encontraba ahora era lo último que habría esperado.

La imagen del cuerpo de Ovid Byron en la penumbra volvió a atormentarla, y ella deseó haber sido capaz de arrancarse los ojos. No, no tanto. Pero por mucho que intentara correr, su mente arrastraba esa

imagen y se la ponía delante, incitándola a saborear su emoción. La sensación era aguda, como el dolor de muelas o una caída repentina. Pero ella se negaba a perder otra vez la cabeza por un hombre. Había llegado a pensar que todo había cambiado por la extraña fortuna que le habían traído esas mariposas. Había creído que podía ser libre.

Una bandada de gorriones levantó vuelo desde la hojarasca con un repentino rumor de alas. Todos desaparecieron en el bosque, menos uno, que siguió volando delante de ellos, de poste en poste, mientras Cub y Dellarobia avanzaban en su misma dirección. «Volando de poste en poste, como un pajarillo», solía decirle su madre cuando ella estaba en el colegio y cada día le gustaba un chico diferente. Hacía años que no recordaba esas palabras.

Cub se detuvo para inspeccionar una extensa sección de valla que había a lo largo de una hondonada y que iba a ser preciso reparar. Ella se metió las manos en los bolsillos, para buscar los guantes, y tocó la punta de un lápiz que le había dado él en el laboratorio. Ojalá no hubiera ido esa mañana a la autocaravana. Ojalá, por una vez, Cub hubiera estado listo para salir. Aún no sabía qué pasaría al día siguiente. Si se sentía incapaz de mirarlo a la cara, iba a tener que dejar el trabajo. La pérdida la conmovió como lo habría hecho una muerte cercana.

—Eh, ¿quieres que te cuente algo gracioso? —le preguntó Cub, y ella le dijo que sí mientras acercaba la malla de alambre al poste para que su marido volviera a engancharla. Aunque se apoyaba con todo el cuerpo, todo su peso apenas era suficiente.

—Cuando vi a papá esta mañana, me dijo que había sorprendido a Peanut tratando de atraer a las mariposas.

Cub hizo una pausa para terminar de hundir en la madera el clavo más alto, lo que liberó a Dellarobia de parte de la presión.

—¿Qué quieres decir?

—Supongo que está tratando de atraerlas hasta su finca. Quiere que pasen hacia su lado. Dice papá que ha colgado comederos para colibríes, de esos que se llenan de agua con azúcar.

Ella estalló en carcajadas al imaginar a Peanut Norwood al acecho detrás de un comedero para colibríes.

—¿Por qué? ¿Qué demonios pretende? —preguntó.

—Quiere ser parte de la acción. Papá dice que hay gente en el pueblo que está hablando de convertir todo esto en una especie de Disneylandia.

—¿Un parque temático? Están locos. Sería una... —Iba a decir «una estupidez», pero buscó una palabra más amable—. Sería inútil. — Prefirió finalmente—. Todas las mariposas morirán en cuanto la temperatura llegue a cuatro grados bajo cero. Podrían estar muriendo ahora mismo.

—Si no se puede ahora, quizá el año próximo.

Dellarobia podría haber caído de rodillas por la sensación de impotencia que sentía. No era sólo Cub; la mayor parte del pueblo estaba repitiendo el mismo sinsentido.

—No habrá un año próximo. Si baja demasiado la temperatura, se morirán y punto. No habrá una próxima generación.

—Pues díselo a Jack Stell y a los demás... —dijo Cub—. Lo tienen todo pensado. Son los beneficios del suministro: Dios Todopoderoso suministra las mariposas y todos los beneficios son para Feathertown.

—Ah, ¿así de simple? Dios nos envía las mariposas y ya está.

—¿Por qué no iba a merecer nuestro pueblo un poco de suerte alguna vez? —preguntó Cub.

Dellarobia reconoció en su marido el mismo pensamiento ingenuo que ella había tenido al principio. Incluso había sido más egoísta que él y había deseado que las mariposas fueran sólo suyas. Después de todo, las había visto primero. Le había resultado muy difícil ceder la precedencia a los científicos.

—Nos lo merecemos, Cub —replicó—. No digo que no. Pero la suerte es como una tirada de dados. No puedes montar un negocio solamente con la esperanza de que las mariposas vuelvan. Eso es lo que hunde a la gente: volar a ciegas.

Terminaron de colocar el alambre más bajo y Cub aprovechó la ocasión para eliminar los largos tentáculos de las enredaderas que estaban invadiendo la valla. La madreSelva, que tenía mala fama porque ocupaba los campos y se enredaba en la maquinaria, se había extendido por toda la alambrada. Las hojas tenían los bordes amarillos por el frío, pero la planta resistía. Las ovejas no la querían. Ovid le había contado que en Japón, de donde era originaria la planta, algunos animales se la comían, pero no habían viajado con ella. En América la madreSelva no tenía depredadores naturales que la mantuvieran a raya.

—No son solamente mi padre y la gente del pueblo —argumentó Cub—. A todo el estado le interesa la naturaleza. Por los turistas.

Entrechocó un par de veces las manos enguantadas para calentárselas, y ella hizo lo mismo, como si ambos saludaran a la fría mañana con un

aplauzo sofocado. Dellarobia recordó las campañas publicitarias de su estado: «El estado natural». Nunca les había prestado ni medio segundo de atención antes de que la naturaleza aterrizara en su jardín trasero. Sin embargo, ahora sabía que el «fenómeno» era extremadamente antinatural. Era su deber explicárselo a Cub, pero no sabía por dónde empezar. Era como contarle la historia de un abuso infantil y retrotraerse a la infelicidad de los padres y después a la infelicidad de los abuelos para tratar de desvelar toda la verdad.

—El problema con lo que dice esa gente sobre las mariposas —se atrevió finalmente— es que todo se centra en lo que ellos quieren. Necesitan que las cosas sean de una determinada manera, en lo económico, y esperan que la naturaleza se organice para satisfacerlos.

Cub pareció que se paraba a pensarlo.

—¿Y qué otra cosa podrían hacer?

—Podrían hablar con el doctor Byron, que está las veinticuatro horas del día, los siete días de la semana, estudiando este asunto desde todos los ángulos para tratar de averiguar qué pasa.

Cuando dijo su nombre, sintió la opresión en el corazón y la aceleración del pulso, como si ella misma fuera un médico que observaba a un paciente. Se sorprendió al darse cuenta de que no tenía ninguna intención de huir de él, ni de renunciar a su empleo. Quería formar parte de la historia. Él era una enfermedad de la que moriría o se curaría.

Siguieron andando, Cub y ella juntos, estudiando la valla para ver si necesitaba más reparaciones. Desde lo alto del prado, podían ver en todas direcciones el paisaje de bosques yermos. La topografía de la granja se perfilaba claramente: al fondo, la abrupta pared de las montañas más altas, y a sus pies, el estrecho recorrido del valle. De pronto, Dellarobia se dio cuenta de lo mucho que las hojas ocultaban en verano. Los tranquilizadores muros verdes impedían ver hasta el final de las cosas. El verano era la estación de la negación.

Empezaron el descenso desde la esquina superior oriental del campo, a lo largo de la línea divisoria entre su prado y el huerto moribundo de los Cook. Las hileras de esqueléticos melocotoneros se inclinaban sobre la ladera y tendían las ramas como manos suplicantes, víctimas de la rareza del tiempo. Desde la ventana de la habitación de Preston y Cordie, se veían esos árboles, y durante un tiempo, Dellarobia había mantenido las cortinas cerradas porque la visión le parecía demasiado deprimente. Pero los árboles seguían en pie. Alguien en la iglesia había comentado que los Cook se quedarían en Nashville hasta terminar el nuevo tratamiento, algo relacionado con la médula ósea que probablemente sería un tormento. Pobre chico. Y pobres padres.

—Lo he estado pensando —dijo Cub al cabo de un largo silencio—. He estado pensando en eso que has dicho de hablar con el doctor Byron.

Jack Stell y los otros deberían preguntarle por las mariposas. Pero quizá no les diga lo que ellos quieren oír.

—La gente acaba asimilando las malas noticias —replicó ella.

Pero lo que decía Cub era cierto. Nadie en el pueblo quería pedir consejo al doctor Byron. Ella ya había intentado enviarle a los periodistas, pero no le habían hecho caso. Los profesores del instituto tampoco habían sido muy amables con él. Pensó en Bobby Ogle, que emocionaba siempre a su congregación y los convencía a todos con su manera de ser, tan directa y amable. Dijera lo que dijera, la gente siempre quería que fuera cierto porque venía de él. Ovid tenía la misma manera de comportarse que el pastor: escuchaba mucho y casi nunca juzgaba. No tenía sentido que la gente aceptara a uno y rechazara al otro.

—Porque no es de aquí. Es por eso —dijo Cub.

—¿No puede hablar sólo porque es forastero? Entonces ¿no deberíamos leer libros, ni escuchar a nadie que no sea de este condado? ¿Cómo acabaríamos?

Cub ni siquiera intentó responder.

—Mirando crecer nuestra hierba. Así acabaríamos.

Dellarobia intentó suavizar la agresividad de su voz porque sabía que Cub no tenía la culpa. Era natural que la gente que nunca había conocido a nadie parecido a Ovid Byron desconfiara de él. Quizá no pudieran excluir al mundo entero, pero seguramente podrían encontrar en sus televisiones o radios algo que les confirmara su mala opinión de los extranjeros, o de los científicos, o de lo que fuera que creyeran que era Ovid. En el fondo, no eran mejores que la gente de la ciudad, que miraba por encima del hombro a los sureños y siempre tenía a algún Billy Ray Hatch a su disposición para reírse de él. Si la gente manejaba bien el mando a distancia, podía evitarse para toda la vida la incomodidad de una opinión diferente de la suya. Fue entonces cuando Dellarobia comprendió por qué era necesario tener tantos canales.

—A propósito, ¿qué tal te va? —preguntó Cub.

—¿El qué?

—Ese trabajo. Lo de hacer cosas en el establo. ¿Qué tal te va?

Había dado por hecho que Cub no tenía ningún interés, y nunca había intentado explicarle sus jornadas, que por otra parte habrían sido imposibles de explicar. «Cuando hayamos terminado con los lípidos, voy a ponerte a contar OE. Será interesante. Echa un vistazo.» Nunca en toda su vida le habían hablado así y ahora que alguien le había hablado

de ese modo y ella se sentía una persona diferente, una persona que deseaba seguir siendo.

—Veo cosas nuevas —dijo simplemente—. No hago nada concreto. Soy una especie de secretaria.

—Entonces ¿escribes a máquina? —preguntó Cub, y ella se echó a reír.

No podía imaginar cuándo había visto Cub a alguien utilizando una máquina de escribir. Tal vez en televisión o, quizá, a las señoras de la dirección de tráfico cuando rellenaban los impresos para los permisos de conducir.

—No, escribo números en una libreta. Llevo un registro. En realidad, el doctor Byron y Pete hacen lo mismo. Miden una serie de cosas y apuntan las mediciones.

—Supongo que la cosa está en saber lo que hay que medir.

—Exacto —repuso ella—. La cosa está en eso.

—Con la granja pasa lo mismo —dijo él, y ella se dio cuenta de que también en eso tenía razón. Era una buena observación.

En la granja, alguien tenía que inspeccionar los párpados de las ovejas y los corderos todas las semanas para determinar el grado de anemia, como indicación de la carga de parásitos. Había que observar el campo de heno a la espera de que las plantas alcanzaran la proporción correcta entre espiga y tallo. Había que criar y seleccionar a las ovejas pensando en la producción de carne y en la longitud del vellón. Hester dirigía las operaciones y llevaba unos registros excelentes.

—Sí, pero esto es más detallado —replicó ella—. He pasado toda la semana contando parásitos en el microscopio. Y ayudé a medir la cantidad de grasa en el cuerpo de las mariposas. Tienen aparatos para medir milésimas de gramo, ¡y un gramo es muy poco! En ese laboratorio, podrían pesar cada una de tus pestañas y ordenarlas por tamaño.

Cub lanzó un silbido admirativo.

—No digo que vayan a hacerlo —prosiguió ella—. Es sólo un ejemplo.

—¿Para qué quieren saber si una mariposa está gorda? —preguntó Cub.

—La idea es saber todo lo posible acerca de un animal. Pasa como con las ovejas, como tú has dicho: los pequeños signos dicen mucho. El doctor Byron quiere descubrir la razón de que las mariposas hayan enfermado.

—¿Están enfermas?

—Han venido a pasar el invierno aquí y no deberían haberlo hecho porque el invierno en esta zona es demasiado frío. Pero han venido porque hace más calor de lo normal. O por alguna otra causa que no conocemos. Pero él dice que algo tiene que haber ido rematadamente mal.

—A mí no me lo parece —dijo Cub, exactamente como ella esperaba.

Cub era tan poco receptivo a esa forma de pensar como la gente del pueblo o Tina Ultner y su audiencia nacional. Todos preferían la explicación milagrosa, que a decir verdad era mucho mejor para un reportaje.

—Tú puedes pensar lo que quieras —dijo ella.

Al bajar la cuesta, pasaron lo bastante cerca de la casa de los Cook para ver las luces encendidas y un coche aparcado en el sendero. No era la camioneta de los Cook, sino un sedán blanco. Alguien les estaría cuidando la casa. Dellarobia sabía que su obligación de vecina habría sido llamar a la puerta y preguntar por el chico. ¡Pero era tan difícil! ¿Y si había muerto?

Se detuvieron una vez más para arrancar la desorganizada maraña de enredaderas de los pulcros rectángulos de la malla de alambre. Ni siquiera podían recordar cuántas veces habían hecho lo mismo a lo largo de los años, siempre con la esperanza de mantener las plantas a raya. Probablemente, era su principal proyecto común como pareja: arrancar plantas de madreSelva de una valla.

Al cabo de un momento, Cub preguntó:

—¿Me estás diciendo que las mariposas pueden estar mal de la cabeza?

—No, no es eso. Hay otras cosas que pueden ir mal; pero ellas siguen igual que antes, y el cambio las confunde. Es como si tú vas todos los viernes a Food King y, de pronto, un viernes, vas por el mismo camino de siempre y sigues las mismas señales de la carretera, pero en lugar de llegar a Food King, acabas en el desguace de coches. Si te pasara eso, sabrías que algo va mal, no contigo necesariamente, sino tal vez con el pueblo.

Cub pareció entenderlo.

—Están aquí por error —prosiguió ella— y no pueden adaptarse. El doctor Byron ha dicho que es como si nosotros, de repente, tuviéramos que vivir con las ovejas. Por mucho que quisiéramos, no podríamos comer hierba. Y tampoco tendríamos corderitos, sino bebés humanos que sufrirían mucho con el frío, la lluvia y los coyotes.

Había adornado un poco la explicación de Ovid, pero le seguía pareciendo válida.

—¿Por qué se han desviado las mariposas de su camino? —preguntó Cub.

—Eso, precisamente, es lo que están tratando de averiguar —replicó ella—. Y el doctor Byron no es el único interesado en descubrirlo. Las mariposas no son lo único. Hay muchas cosas que funcionan mal. Básicamente, él lo achaca al cambio climático.

—¿Y eso qué es?

Ella dudó un momento.

—El calentamiento global.

Cub lanzó un resoplido de desprecio y dio un puntapié en el suelo para levantar una nube de escarcha polvorienta.

—Dile a Al Gore que venga a calentarse el culo con esta escarcha.

Era lo que siempre repetía Johnny Midgeon por la radio cada vez que se declaraba una borrasca invernal.

—Pero ¿qué me dices de las lluvias del año pasado y de todos los árboles caídos después de cientos de años en pie? El tiempo se ha vuelto loco, Cub. ¿Recuerdas un año más raro que el que hemos tenido?

Llegaron a la parte más baja del prado y tomaron el giro del camino, el último recodo antes de llegar a la casa y el establo. Una camioneta negra los adelantó con un pastor alemán en la plataforma de carga.

Finalmente, Cub dijo:

—Nadie dice que haya un «enrarecimiento global».

—Ya lo sé. Pero me parece que ésa es la idea.

Cub negó con la cabeza.

—El tiempo es cosa de Dios.

La exasperación que invadió a Dellarobia era del todo inútil para esa discusión. La dejó subir y bajar en su interior. Cada pérdida que había padecido en su vida había sido declarada «cosa de Dios». Un bebé que no llegó a vivir, un padre muerto en la flor de la vida...

—Entonces ¿tenemos que aceptarlo todo tal como se presenta? — preguntó—. La gente solía decir lo mismo cada vez que se declaraba una epidemia y mataba a todos los niños. «Son los designios de Dios.» Ahora los vacunamos. ¿Con eso desafiamos a Dios?

Cub no respondió.

—Hay algo que no logro entender —prosiguió ella—. ¿Por qué creemos lo que dice Johnny Midgeon acerca de un tema de ciencia, en lugar de creer a los científicos?

—Johnny Midgeon es el que da la previsión del tiempo —se empeñó Cub, y Dellarobia vio pasar toda su vida delante de sus ojos contenida en el reducido encierro de esa lógica. Todos los conocimientos, en último término, se medían por la fidelidad de cada uno a la autoridad.

Entraron en el tramo final del camino y empezaron a acercarse al conjunto formado por la casa, el establo y la autocaravana de Ovid, pero la visión de su hogar no consoló a Dellarobia. Tarde o temprano, él tendría que salir de su vehículo, hablarían e inevitablemente pasaría algo. No quería herir los sentimientos de Cub, pero el daño parecía ineludible. El cielo estaba más bajo y oscuro que una hora antes, cuando habían salido, y el aire parecía más frío. En las laderas orientadas al norte, el suelo aún estaba blanco de escarcha. Se había hablado de nieve. Las hojas de las plantas que crecían a lo largo de la zanja pendían de los tallos doblegados, como andrajosas banderas de rendición. La breve distancia hasta su casa era una brecha que Dellarobia temía cruzar.

Cub soltó una tosecita, una especie de nerviosa preparación para decir algo que a ella le hizo sentir un nudo en la garganta.

—Tenemos que hablar de una cosa —dijo.

Dellarobia sintió que se le paralizaba la cara.

—Muy bien. ¿De qué?

—No sé cómo decirlo.

—Dilo simplemente, Cub.

—No puedo.

Habría sido gentil por su parte ayudarlo, pero ella tampoco consiguió encontrar las palabras. Los pasos desacompañados de ambos producían una extraña e irregular percusión mientras los tacones de sus botas resquebrajaban la fina lámina de hielo que cubría la zanja.

Finalmente, Cub dijo:

—Es sobre Crystal.

La mente de Dellarobia sufrió un breve descarrilamiento.

—¿Qué?

Cub inspiró despacio.

—Crystal Estep.

—Ya sé quién es Crystal, Cub. ¿Qué pasa con ella?

—Viene a casa.

—¿Qué quieres decir? ¿Cuándo?

—Cuando tú estás en el establo trabajando.

—¿Qué? ¿Viene todos los días?

—No, cuatro o cinco veces. Solamente cuando yo tengo el día libre. No sé cómo lo averigua. Viene cuando me quedo yo con los niños, en lugar de Lupe. Siempre empieza diciendo que quiere que le corrijas aquella carta.

—¿Cuatro o cinco veces *en dos semanas*? ¿No sabe que trabajo de nueve a cinco? Me parece que incluso Crystal Estep es capaz de recordar algo tan simple.

La angustia de Cub era visible. Meneó la cabeza y levantó la vista al cielo.

—¡Dios santo, Cub! —exclamó ella—. ¿Vosotros...? ¿Qué intentas decirme?

—Nada, Dellarobia. No hemos hecho nada. Créeme, ella no... ¡Es Crystal! Además, con los niños delante... Soy un hombre casado.

Dellarobia recordó a Crystal en el supermercado de descuento, antes de Navidad, apoyada en el carrito, hablando con Cub. Recordó su postura extrañamente sugerente, que ella había interpretado como el lenguaje corporal de la desesperación habitual. Por alguna razón, había considerado que Crystal no era rival para ella y ahora se sentía consternada por la abrupta reordenación de su mundo, del lugar que ocupaba Cub en él y de su propio lugar. Absorta en sus enamoramientos y segura de encontrarse en posición dominante, había sido la última en enterarse de que la mala pasada se la habían jugado a ella. Se había comportado como una típica señora casada, ciega como un murciélago e incapaz de percibir las señales de que otra mujer pretendía robarle el marido. Para Crystal, Cub sería un gran partido. Y lo era: un hombre

que desperdiciaba sus virtudes en la mujer que lo había cazado por accidente.

—Yo nunca te engañaría con otra —le dijo Cub, exhalando espasmódicamente, al borde de las lágrimas.

—Ya lo sé, Cub. Eres un buen hombre. Mejor de lo que merezco.

—No digas eso —replicó él, pasándose el pulgar por los lagrimales de ambos ojos.

Habían llegado a la verja entre el prado y el jardín trasero. Dellarobia hizo un esfuerzo para no mirar hacia la autocaravana estacionada entre su casa y el establo. Todo se concentraba en un pequeño espacio. La casa y el sendero estaban arrinconados en una esquina de la granja que Bear y Hester habían robado al prado cuando decidieron construir la casa. Igual que la boda y la casa, la valla parecía improvisada. Habían usado postes de metal y la malla de alambre más barata, que aún tenía aspecto provisional después de tantos años, como la decisión de último momento que había sido. Ella siempre había detestado esa alambrada atravesada delante de la ventana de su dormitorio. Sin embargo, no era más que una valla cuyo perímetro había recorrido y reparado decenas de veces. La casa se levantaba al otro lado y pertenecía, en cambio, al frente abierto de la carretera, a la que estaba orientada. Cub abrió la verja y ella pasó delante de él. Oyó el ruido metálico de la cadena que él cerró tras ella.

A primera hora del lunes, Pete llamó a la puerta de la cocina con una fuerza que sobresaltó a Dellarobia y los niños para hacerles saber que ese día trabajarían en la montaña. El doctor Byron ya había subido, Pete iba de camino y ella debía seguirlos en cuanto estuviera libre y llevar, si podía ser, fundas de almohada. Tras el asombro inicial provocado por las fundas de almohada, la reacción de Dellarobia fue de alivio. Pensó que le sería más fácil encontrarse con él allá arriba, en lugar de tener que entrar en el laboratorio con todo el peso del espionaje en la conciencia. En el bosque, el doctor Byron estaría absorto en las mariposas y, posiblemente, subido a un árbol. Sólo en un segundo momento se acordó Dellarobia de las mariposas y se preocupó por ellas. El cielo se había despejado en el transcurso de la noche, y la ráfaga de aire frío que se había colado en la casa al abrir la puerta durante un segundo se seguía sintiendo en la cocina. Debía de ser esa preocupación lo que había impulsado a los hombres a subir a la montaña a esa hora.

Los niños aún estaban en pijama, desayunando. Cordie padecía un catarro que la tenía congestionada y malhumorada desde hacía semanas, respirando por la boca como un bulldog. Dellarobia habría querido subir la calefacción, pero no lo hizo, preocupada por la factura de la luz. Preston cogería el autobús escolar a las ocho menos cuarto; Cub llevaría a Cordelia al apartamento de Lupe de camino al trabajo, y la casa se quedaría vacía todo el día. No sabía cómo iba a arreglárselas

para que todos estuvieran vestidos y listos en menos de cuarenta minutos, pero normalmente lo conseguía en su diaria carrera por la cocina preparando almuerzos y bebiendo el café de cualquier manera.

Volvió a pensar en las fundas. ¿Querría Pete que llevara también las almohadas? El ingenio de esos científicos para transformar utensilios caseros en objetos al servicio de la ciencia no conocía límites. Ya le habían pedido pinzas de la ropa, perchas y esponjas para sus diferentes artilugios. Viéndolos improvisar y arreglárselas con lo que tenían, se había sentido obligada a modificar su opinión inicial de que eran unos despilfarradores. Incluso el refresco Gatorade tenía utilidad en el laboratorio: como alimento para las mariposas cautivas que era preciso mantener vivas para algún experimento. Pero ¿para qué querrían fundas de almohada? Intentó rechazar la visión del cuerpo de Ovid sobre unas sábanas desarregladas que su mente se empeñaba en ponerle delante. Cerró la puerta del frigorífico con un golpe de cadera. El pelo de Cordie parecía un dorado montón de heno, pero la niña se encontraba en uno de sus raros momentos de docilidad, comiendo el desayuno con una mano mientras, con la otra, sujetaba un osito confeccionado con tela de cuadros que colgaba de la bandeja de la silla alta con la desesperación pintada en los ojos de botón. Así era Cordie. Desde el nacimiento siempre se había aferrado a algo, ya fuera un juguete, una manta o la primera coleta que tuviera a su alcance. Preston era menos dado a aferrarse a las cosas, quizá porque era un chico.

O quizá, solamente, porque era Preston. En ese momento, en lugar de prestar atención a los cereales del desayuno, estaba concentrado en uno de los libros sobre ovejas que Cub le había pedido a Hester para preparar posibles emergencias cuando trajeran a su parte de la finca las ovejas preñadas. Dellarobia habría preferido que Cub hubiese elegido algo más adecuado para la edad de Preston, que, como era de esperar, se había ido directamente al gigantesco manual veterinario, repleto de todas las cosas imaginables que pueden salir mal en un establo. El pobre iba acarreando ese ladrillo de libro de una habitación a otra y ya les había pedido permiso para llevarlo a la escuela, lo que había inspirado a Cub para decirle que no sabía leer y que en el colegio lo llamarían «cerebrito». Ninguna de las dos cosas preocupaba a Preston. A él le gustaba ser el niño pequeño con el libro enorme. Además, el manual tenía un montón de ilustraciones. Sus muchos dibujos de fetos de corderos gemelos, enroscados uno en torno al otro con las patas entrelazadas, morro contra morro, o morro contra rabo, hacían pensar a Dellarobia en un manual de educación sexual.

Los ojos atentos de Cordelia siguieron la mirada de su hermano.

—Guau-guau —dijo.

—No, no son perros —la corrigió Preston—. Son corderitos bebés.

Dellarobia se sentó a la mesa con un cuenco de queso fresco, que era su desayuno improvisado, y Preston levantó la cabeza del libro con los ojos llenos de preguntas.

—¿Por qué están durmiendo en una camita de perro? —preguntó.

Haciendo un esfuerzo para no reír, Dellarobia le dijo que la forma ovalada era el útero y que las ilustraciones mostraban a los corderos en el vientre de la mamá oveja.

—Todavía están en la barriga de su mamá, como estaba Cordie en la mía. ¿Te acuerdas?

Preston asintió con gravedad y los dos miraron a Cordelia, que tenía la cara manchada de crema de trigo y mocos. Probablemente, los dos pensaron variantes de la misma pregunta: «¿Quién iba a decir que *esto* estaba en camino?».

—No olvides desayunar, campeón. Dentro de dos minutos, tienes que ir corriendo a vestirte. El autobús de la escuela no espera a nadie.

Preston se sirvió sus Cheerios sin prestar atención y más inclinado aún sobre el texto, como si la última revelación hubiera redoblado su interés. La seriedad de su expresión inspiró en Dellarobia una visión: Preston llegaría lejos. Tal vez llegara a ser veterinario. Los granjeros de la zona se morían por uno bueno. O quizá pudiera ser uno de esos veterinarios que cuidan a los elefantes en el zoo. A pesar de lo mucho que le preocupaba a ella la situación desfavorecida de su hijo, Preston llegaría a ser como Ovid Byron. El niño ya parecía diferenciarse de los demás por una devoción valiente e inconformista por sus objetivos. Había muy pocos como él, pese a las generalizadas declaraciones de intenciones. La mayoría de la gente era como Dovey y ella, las chicas otrora rebeldes que planeaban huir del pueblo. Su rebeldía había quedado confinada a un recinto tan reducido que valía tanto como unos excrementos de ratón en un bote de galletas. Al final, la tapa del bote había saltado, y el mundo entero había podido asomarse a él y ver a Dellarobia, que, en realidad, era un ratón. Su hijo, en cambio, tenía corazón de león. Quizá lo tuviera de nacimiento. Como si lo hubiera alcanzado un rayo.

—Mamá, ¿qué está haciendo este hombre? —preguntó el niño con cierta angustia en la voz.

—Déjame ver.

Se acercó el libro a los ojos con la esperanza de que Preston no hubiera encontrado nada que pudiera traumatizarlo de por vida. La ilustración la desconcertó. El hombre del dibujo sostenía un cordero por las patas traseras y, aparentemente, lo estaba haciendo girar por el aire. Leyó el pie de la ilustración.

—«Reanimación» —dijo—. Lo está resucitando. Le está devolviendo la vida.

Preston la miró con franca incredulidad, y entonces ella se corrigió.

—Perdona, lo he dicho mal. Si un animal ha muerto, es imposible devolverle la vida. Pero si un corderito no consigue respirar cuando nace, entonces puedes ayudarlo de esta manera.

—¿Tirándolo lejos? —preguntó el niño, más incrédulo aún.

Dellarobia se apresuró a leer la explicación de la ilustración.

—¡No, no lo está tirando! Lo está haciendo girar en círculos. Si el cordero nace con la nariz y la garganta tapadas de mocos, entonces hay que hacer esta maniobra para que pueda respirar. «Agárrelo con firmeza por las patas traseras y hágalo girar.» Es lo que dice el libro. «La fuerza centrífuga le despejará las vías respiratorias.»

El texto también aconsejaba asegurarse de que no hubiera ningún obstáculo en el recorrido del animal, pero esa parte evocaba un resultado truculento, como de dibujos animados, y Dellarobia decidió no leerla en voz alta. Era consciente de que incluso en momentos de frenética actividad como ése, en el ojo de su huracán matinal, los niños confiaban en ella para saber si debían preocuparse por algo.

Preston preguntó en voz baja:

—¿Nosotros tendremos que hacerlo?

—No, cariño, no.

El osito de juguete aún colgaba de la silla de Cordie y, al verlo, Dellarobia sintió la tentación de cogerlo por las patas y hacerlo girar por el aire de la cocina para aligerar la seriedad del ambiente y ofrecer a sus hijos el fácil regalo de una buena carcajada, pero la parte más sensible de su naturaleza se resistió. Una vida era una vida. Había quedado huérfana a una edad que le impedía bromear sobre la muerte. Y también sobre la salvación.

Hacía un frío que atontaba. Se puso el gorro y los guantes de lana gruesa, y emprendió el ascenso por la ladera deseando haber llevado una bufanda para taparse la cara. El aire gélido le pinchaba las mucosas de la nariz y sentía los ojos pegajosos, como si las lágrimas se le estuvieran congelando. Había guardado cuatro fundas de almohada limpias en una mochila grande, junto con el almuerzo y otras cosas necesarias. Si al final resultaba que había entendido mal las instrucciones de Pete, las fundas podrían pasar el resto de la mañana tranquilamente escondidas en la bolsa. Pensó que ojalá se hubiera tomado el tiempo de abrigarse más. No había ido a comprobar la

temperatura en la autocaravana de Ovid. No se había atrevido y no sabía si algún día volvería a atreverse, pero seguramente el termómetro marcaría menos de cero. O quizá ella hubiera perdido la capacidad de calcular el frío después de tantos meses de tiempo extrañamente benigno.

En lo alto del prado, le sorprendió ver una insinuación de blanco sobre las ramas oscuras de los árboles y el suelo sombrío del bosque. Había nevado por la noche. El cielo se había despejado y las primeras luces del día debían de haber borrado todo rastro de nieve de los campos más bajos si es que había cuajado. Pero arriba, en la montaña, reinaba el invierno. La idea de la nieve sobre los árboles de las mariposas le inspiró una sensación próxima al pánico. Hasta ese momento había sido incapaz de imaginar el triste espectáculo de la nieve sobre las mariposas, sobre sus alas quebradizas y sus cuerpos frágiles. Aceleró el paso por el sendero e incluso habría echado a correr si hubiese sido un millar de paquetes de cigarrillos más joven. Por un momento, consideró la posibilidad de ir a buscar el quad, pero se dio cuenta de que no era necesario. Su presencia en el lugar del desastre no iba a cambiar nada. El daño ya estaba hecho.

La nieve suavizaba la oscuridad del bosque al espolvorear las ramas de las coníferas con una luz que reflejaba el brillo del cielo. En el punto donde el sendero que conducía al lugar de estudio se apartaba del camino grande, Dellarobia notó que incluso ese camino secundario aparecía bien marcado por el uso. Por todas partes había signos de los visitantes y sus residuos: piedras agrupadas y ennegrecidas por el fuego de las hogueras, y centelleantes trozos de cristales rotos que asomaban a través de la fina capa de nieve. Ralentizó la marcha, para no quedarse sin aliento, e intentó observarlo todo con atención. Se fijó en que en las ramas altas la nieve cubría los cúmulos de hojas. Vio nidos de ardillas, pero ni una sola mariposa viva.

Mientras bajaba por el abrupto sendero secundario que conducía directamente al lugar del valle donde se congregaban las mariposas, pasó junto a una especie de campamento, a unos cien metros del camino. Ella nunca había acampado porque jamás había podido entender el atractivo de dormir metida en una mortaja de nailon, pero muchas personas tenían una opinión diferente y era evidente que algunas estaban viviendo allí arriba, en la montaña. Ya no le sorprendía la presencia de desconocidos, pero le resultó un poco incómodo observar por accidente la intimidad matinal de esos extraños y oír los ruidos sofocados de sus voces y cremalleras. También percibió el olor a café. Eran seis o siete, y Dellarobia supuso que serían jóvenes, pero era difícil asegurarlo, viéndolos acurrucados alrededor del fuego del campamento. Tenían el pelo desordenado, como solía tenerlo Cordelia la mayor parte del tiempo. Cuando uno de ellos se puso de pie, Dellarobia observó, sin dar crédito a sus ojos, que arrastraba una hebra de lana y llevaba un par de agujas cruzadas delante del pecho. Le pareció increíble que estuvieran haciendo punto. El que permanecía de pie levantó una mano que parecía que llevaba vendada y la agitó para

saludarla con un movimiento lento y amplio, como si se encontrara al otro lado de un abismo. El hombre, la mujer o el ser neutro que la saludaba llevaba un abrigo de anciano encima de un vestido de algodón y sobre unos vaqueros con las perneras metidas en unas botas sin acordonar. Era exactamente el tipo de vestimenta que habría elegido Cordie. Dellarobia dudó un momento antes de devolver el saludo y seguir adelante.

El bosque de abetos, cuando llegó, tenía como siempre su propia atmósfera, oscura y silenciosa. Entre las ramas nevadas, empezó a distinguir columnas de mariposas cubiertas de un encaje de nieve, primero unas pocas, y después cada vez más a medida que su vista se adaptaba al nuevo aspecto invernal del bosque. Se detuvo, se quitó un momento los guantes y se arrodilló para tocar las quebradizas madejas de nevadas alas que se apilaban en el sendero, a sus pies. Había muchas más mariposas muertas de las que había visto hasta entonces. Los cadáveres yacían en tristes montones, directamente bajo las columnas, como pilas de tomates marchitos caídos de las plantas cuando se ha perdido la cosecha. Se quedó quieta, con las dos manos recogidas sobre el pecho, y contempló los árboles, tratando de calcular lo que aún quedaba. El bosque todavía parecía repleto de los inmensos dedos oscuros que formaban los racimos, iluminados desde arriba y encendidos con un fulgor anaranjado allí donde conseguía filtrarse el sol. No podía saber si se habían reducido porque desde el principio su número le había parecido infinito. La conclusión más simple era que habían sobrevivido. Parte del mundo seguía en su sitio.

El pequeño claro al fondo del valle, donde se encontraba el estudio, comenzaba a serle tan familiar como la habitación de una casa. Se detuvo un momento entre los árboles, al borde del claro, para que se le ralentizaran los latidos del corazón. Estaba recuperando los pulmones día a día, desde que había dejado de fumar, tras su ingreso en la atmósfera inflamable de Ovid Byron. Allí estaba él, al otro lado del pequeño prado, de espaldas, contemplando con Pete las copas de los árboles. Dellarobia se sorprendió al ver que cuatro ayudantes ya habían acudido a su llamada y se movían solemnemente por el claro. Uno de ellos era Vern Zakas, que estaba partiendo ramitas con la rodilla para alimentar una pequeña hoguera. Era ella quien había reclutado a esos chicos, y Ovid enseguida los había puesto a trabajar. La semana anterior habían fabricado una mesa baja con una tabla de contrachapado que Cub había rescatado para ellos. Las cuatro esquinas descansaban sobre otras tantas piedras grandes, y el suelo a su alrededor ya parecía muy pisoteado. Esa mañana habían instalado encima de la mesa la balanza de campo, flanqueada por paquetes de material a medio abrir y con el contenido desperdigado sobre la tabla de madera. Cerosos rectángulos de sobres de papel vegetal yacían sobre la mesa, como naipes de un juego de póquer abandonado. Dellarobia se preguntó si los hombres serían capaces de percibir el desorden que causaban o si tendrían los ojos estructurados de forma diferente, como le había dicho Ovid que los tenían los gatos, los perros y los insectos. Los chicos parecían apagados, como si su habitual cordialidad hubiera quedado en suspenso, presumiblemente a causa de la emergencia del

día. Dellarobia sintió un extraño resentimiento territorial. Habían llegado antes que ella.

Vio que Pete arqueaba la espalda de forma peculiar y le llevó un segundo interpretar la extraña postura: estaba tensando un arco para lanzar una flecha, que subió casi en línea recta hacia las copas de los árboles y después cayó en ángulo hasta quedar enredada en las ramas, unos cinco metros por encima de sus cabezas. Dellarobia sabía que había una temporada de caza de venado con arco y flecha, pero no imaginaba a qué animal arborícola podían estar cazando. Se quedó mirando un buen rato, sin ganas de dejarse ver. Vern y los otros también observaban. Pete lanzaba la flecha y después la recuperaba con algún tipo de filamento que ella no conseguía distinguir. Sedal de pesca, quizá. Cada disparo de la flecha perturbaba a la colonia de mariposas y provocaba a veces la caída de pequeños cúmulos de insectos, aunque era evidente que no era ése el propósito del experimento. Dellarobia dedujo que Pete estaba intentando pasar el filamento por encima de un abeto particularmente alto. Al quinto de los intentos que presenció, la flecha superó limpiamente el árbol y los testigos irrumpieron en aclamaciones, como si Pete acabara de anotar un tanto en un partido. Niños.

Ella aprovechó la distracción de la ovación para incorporarse al grupo sin que el jefe tuviera que saludarla. Desde el sábado anterior, su angustia se había condensado en torno al momento en que lo mirara a los ojos y supiera si él sabía o no que ella lo había visto desnudo. Sería una nueva desnudez. Evitar ese momento le parecía crucial. Se encaminó directamente hacia Vern, que estaba tratando de desenrollar la larga cinta medidora de plástico y que expresó sin tapujos su alivio al verla. Le dijo que el doctor Byron quería que hicieran un censo de las mariposas que había en el suelo y que él no tenía idea de cómo hacerlo. Ella imaginaba la escena al detalle: Ovid apabullándolos con un torrente de instrucciones imposibles de recordar y marchándose al instante. Por fortuna, ella sí lo sabía hacer porque era la primera tarea que le habían encomendado en la montaña, con Bonnie y Mako. Le indicó a Vern que recorriera el lugar en el sentido de la longitud, en dirección al norte, desenrollando la cinta a medida que avanzaba, y que distribuyera cuadrados de un metro a lo largo del transecto. Mientras tanto, Pete se acercó para saludarla.

—¿Te has acordado de traer las fundas de almohada?

Por su expresión, parecía que lo dudara, por eso a ella le encantó poder abrir la cremallera de la mochila y sacar las fundas una a una, como los pañuelos que extrae un mago de la chistera. También el número pareció complacer a Pete, que enseguida indicó a los ayudantes que recogieran todas las mariposas de cuatro de los cuadrados y las metieran en las fundas después de haberlas contado.

—Vivas o muertas —le dijo a Vern—. Un cuadrado en cada funda. Da igual cuáles elijáis. Después, las llevaremos al laboratorio.

Los chicos se pusieron a trabajar en la tarea asignada, aceptando la extraña misión sin hacer ninguna pregunta. Dellarobia recordó el primer día que había pasado en la montaña, reprimiendo su normal curiosidad por miedo a revelar el alcance de su ignorancia. Los estudiantes se lo tomaban todavía más en serio que ella a juzgar por el modo en que hincaban las rodillas en la hojarasca negra y húmeda, sin preocuparse por el estado de unos vaqueros que nunca se recuperarían. Todos, excepto Roger, que usaba pantalones cortos en todas las estaciones. Roger y Carlos eran dos de los tres californianos que habían ido a presentarse a Dellarobia cuando llegaron. Desde entonces, estaban acampados allí arriba, cada vez más sucios y desaliñados, pero sin quejarse nunca. El tercero había vuelto a casa. En lugar de llamarlos por sus nombres, Pete los denominaba «los tipos del Trescientos Cincuenta», y ella se preguntaba si lo diría con menosprecio. Tenía la sensación de que Pete y ella eran aliados ahora que otras personas habían irrumpido en su territorio, y le resultaba fascinante sentir que pertenecía a una especie de club. Hasta cierto punto, la idea de formar parte de los iniciados la seducía y se refería a Vern con el apodo de *Patillas*, para diversión de Pete. Sin embargo, cuando descubrió que Vern era un trabajador incansable, se arrepintió de haberle puesto un mote. También le caían muy bien los chicos de California, que siempre eran amables y respetuosos, a diferencia de muchos de los turistas que pasaban por la finca y le pedían agua e indicaciones, tratándola como a una subalterna. Los pocos que se paraban para conversar un momento hacían a veces un esfuerzo por articular más claramente las palabras, como si ella tuviera dificultades para entender el inglés.

Echó a correr para dar alcance a Pete.

—¿Qué haces con el arco y la flecha? —le preguntó—. Podría denunciarte por disparar a las mariposas fuera de la temporada de caza —bromeó.

Él sonrió.

—Estamos colgando los iButtons.

—¿Los qué?

—Los iButtons, con una «i» pequeña al principio.

Abrió un paquete de material y extrajo una bolsa de plástico con cierre hermético llena de discos plateados del tamaño de monedas de diez centavos, semejantes a una pila de reloj, pero más gruesos. Los iButtons eran pequeños dispositivos digitales que registraban la temperatura en un período de tiempo. Cada botón iba adherido con velcro al interior de un tubo de PVC que lo protegía del sol y de la lluvia, y cada tubo se enganchaba a su vez al sedal de pesca que Pete había lanzado con la flecha por encima del árbol. Los izarían como al asta de una bandera,

distribuidos a intervalos de cinco metros, desde el suelo hasta la copa de los árboles.

—Registran los datos en tiempo real —le explicó a Dellarobia—, como lo hace la caja negra del motor de tu coche.

También le dijo, aunque ella no lo había preguntado, que los botones costaban diez dólares cada uno.

Dellarobia no tenía idea de que el motor de su coche contuviera una caja negra. Aun así, comprendió la idea y se puso a trabajar al lado de Pete, demostrando habilidad para preparar los tubos con los botones y engancharlos al hilo que serviría para izarlos. Recordó el currículum que le había mencionado a Dovey antes de conseguir el empleo: «Experta en preparar puré de guisantes y en controlar rabiets». Ahora podía añadir: «Fundas de almohada propias. Buen manejo del velcro». Los iButtons quedarían colgados del árbol durante cuarenta y ocho horas, y después los llevarían al laboratorio.

—¿No estabas tú aquí cuando hicimos esto la primera vez, antes de Navidad? —preguntó Pete.

—No. Subí solamente una vez con vosotros, cuando contamos las mariposas muertas.

—Es cierto —dijo Pete antes de llevarse el hilo de plástico a la boca para apretar un nudo con sus dientes blancos y regulares.

«Ortodoncia», pensó ella. Alguien había pagado un buen dinero por esos dientes. Hacía mal en usarlos como alicates.

—La temperatura varía mucho de abajo arriba —le explicó él—, sobre todo en estos bosques de coníferas. Te sorprendería. Brower y sus colaboradores tienen una tonelada de registros de temperatura de los sitios de invernada de México. Queremos comparar las características térmicas del sitio de Feathertown con las de los lugares donde normalmente se congregan las mariposas.

Dellarobia supuso que «el sitio de Feathertown» aparecería algún día en un libro científico, pero no «el sitio de Cleary», ni «el sitio de los Turnbow», y se sintió un poco decepcionada al enterarse de que no sería su nombre el que pasara a la posteridad. Se trataba, en efecto, de un lugar para pasar a la posteridad, un lugar donde una especie iría al encuentro de su destino. Era una locura. Tanto trabajo para que todo terminara de ese modo.

—¿Qué haremos después de llevar los botones al laboratorio?

—Hay un lector que se conecta al ordenador. Lleva bastante tiempo descargar todos los datos y hacer los gráficos —le advirtió él—. Prepárate para un día aburrido.

—A diferencia de éste —dijo ella, haciendo una pausa para echarse el aliento tibio en los dedos helados.

—A diferencia de éste —repitió él.

Dellarobia se sintió incapaz de pronunciar el nombre de Ovid.

—¿Está preocupado? —preguntó finalmente, refiriéndose a él—. ¿Esto es muy malo para las mariposas?

—Podría ser peor. —Pete parecía esforzarse para no dejar traslucir ninguna emoción—. Anoche las temperaturas bajaron de cero, así que es evidente que el microclima de estos abetos las está protegiendo hasta cierto punto, como en México. Supongo que él querrá obtener un perfil térmico de la colonia durante esta racha de frío para saber hasta dónde pueden aguantar.

—¿Adónde ha ido? —preguntó ella.

—Se ha llevado la cámara. Creo que ha ido a hacer un censo fotográfico.

Dellarobia recordó un detalle que Pete había olvidado: apuntar el número de serie de cada iButton antes de enviarlo a lo alto del árbol. Pete parecía un poco alterado, por lo que era probable que la situación fuera peor de lo que estaba dispuesto a admitir. Ella le preguntó qué pensaban hacer con las fundas.

—Ah, sí —dijo él—. Recuérdame que no pueden quedarse aquí arriba todo el día. Alguien tiene que bajarlas al laboratorio esta tarde. Lo que vas a hacer —prosiguió, revelándole de ese modo quién sería ese «alguien»— es sacudir las fundas para que todas las mariposas caigan al fondo. Después, las cuelgas de una cuerda de tender la ropa, o algo similar, con el lado abierto hacia arriba. Puedes tender una cuerda en el laboratorio. Y las observas.

—¿Me quedo observando fundas de almohada llenas de mariposas muertas?

—No todas están muertas. Muchas están dormidas. Cuando entren en calor, empezarán a trepar hasta la boca de la funda. Al final de la jornada, cuentas las vivas y las muertas, y calculas la proporción. Si después multiplicamos esa cifra por las mariposas muertas contadas en el suelo, tendremos una estimación de la mortandad.

A Dellarobia le pareció un buen sistema.

—¿Puedo colgar las fundas en mi casa?

—Sí, claro. Probablemente, hará más calor allí que en el laboratorio — dijo él, y era cierto, pero Dellarobia estaba pensando sobre todo en Preston.

Cuando volviera de la escuela, su hijo se sentaría en el borde de una silla y se pondría a observar a las mariposas como si de ello dependiera su vida. Seguramente, correría a buscarla cada vez que una durmiente saliera de su sopor y emprendiera el lento ascenso entre blandas paredes de tela. Preston y ella animarían a las rezagadas porque, al fin y al cabo, era lo único que podían hacer: contar las vivas y las muertas, y hacer el cálculo.

Dellarobia se olvidó de almorzar hasta bien pasado el mediodía. Pete la había dejado preparando más líneas con botones digitales mientras él disparaba más flechas. A veces, Pete volvía y se inclinaba sobre la tabla de madera contrachapada para teclear misteriosas secuencias de datos en el portátil de Ovid, que aún no había regresado. El sol fue avanzando en el bosque durante toda la mañana, calentando el aire imperceptiblemente, hasta que Dellarobia notó que los dedos se le habían descongelado y que ya no necesitaba algunas de las capas exteriores de ropa. En torno al momento en que se quitó la chaqueta, la temperatura superó un umbral y puso en marcha un exuberante espectáculo de mariposas que abrían las alas, vibraban e incluso se animaban a emprender el vuelo. El aire se llenó de pequeños estallidos de acción celebratoria, como el lanzamiento de arroz en una boda. Dellarobia dejó de atar sedal de pesca a los tubos de plástico y levantó la cabeza. Pete también levantó la vista del teclado, y los chicos dejaron de contar cadáveres y se pusieron de pie con dificultad, desde el suelo, como zombis con las rodillas embarradas. Como una congregación en la iglesia, todos los presentes levantaron la vista al cielo, agradecidos. No hubo aclamaciones, ni palmadas en la espalda, como cuando la flecha de Pete había superado el árbol. Todos comprendían la diferencia.

Dellarobia sintió entonces un leve mareo y recordó que tenía hambre. Cogió la mochila y se dirigió al tronco cubierto de musgo, que seguía siendo el mejor mobiliario del lugar de estudio. Carlos y Roger estaban allí, con las rodillas negras, los abrigos tirados en el suelo y las mangas enrolladas por encima de los codos, de pie sobre el tronco, con los brazos cruzados sobre el pecho, practicando algún tipo de juego que consistía en empujar al otro hasta hacerlo caer. Carlos era alto y rubio, a pesar de que su nombre tuviera resonancias mexicanas. La barba de dos semanas de Roger y sus perpetuos pantalones cortos y medio caídos hacían pensar a Dellarobia en los enanitos de Blancanieves.

—Hola, Dellarobia —le dijeron los dos al verla.

Parecían encantados de pronunciar su nombre, con una facilidad a la que ella no estaba acostumbrada. Quizá en California la gente estuviera habituada a las cosas poco convencionales. Automáticamente, se puso a

calcular la altura del tronco y las posibles consecuencias de una caída accidental de los chicos: como mucho, un esguince de tobillo. También se fijó en los envoltorios de plástico de sus almuerzos, abandonados sobre el tronco. Pese a su nuevo empleo, seguía pensando como una madre. Reprimió el impulso de recoger y limpiar, y se fue a sentar a una distancia prudente de sus juegos y empujones. El sándwich de crema de cacahuete que llevaba en la mochila se había desplazado hasta el fondo y, para desenterrarlo, tuvo que sacar un montón de cosas que dejó a un lado, sobre el tronco: cuatro pañales desechables, un par de calcetines, una caja de tiritas infantiles con dibujos de colores y una cubitera cuya presencia en la bolsa no habría podido explicar.

Ovid Byron se materializó de pronto y se sentó al otro lado de su pequeño montón de objetos variados. A Dellarobia se le pusieron las mejillas de color escarlata mientras guardaba precipitadamente la extraña colección y desenvolvía el sándwich.

—Buenos días —dijo él con alegría y sin prestar atención a la hora, ni a la ofuscación de ella. No parecía que el hecho de verla le produjera ningún sentimiento especial—. ¿Qué tal estás?

—Bien.

Evidentemente, la respuesta era que no, él no se había dado cuenta de nada. Gracias a Dios. Podía quedarse sentada en ese tronco y permanecer en ese mundo. Se puso a observar su sándwich de crema de cacahuete con la vista fija en los estratos marrón y morado de entre blancas almohadillas de pan. O quizá sí que se había dado cuenta, pero no le importaba. ¿Sería posible? Estaba segura de que él había visto aquella imagen suya en internet, básicamente desnuda, y sin embargo nunca la había mencionado. Con mucha cautela, echó una mirada al sándwich de Ovid: bulboso y envuelto con profesionalidad. Se lo habría comprado Pete en el pueblo. El entusiasmo de Ovid permitía suponer que era lo primero que comía en un día largo y frío. Llevaba trabajando en la montaña desde el alba.

—¿Será suficiente lo que habéis traído para comer? —preguntó ella sin poder contenerse.

—Tendrá que serlo —respondió él.

Dellarobia se arriesgó a mirarlo a la cara, y él la desarmó con una mirada de sincera gratitud que a ella le ablandó las rodillas. ¿Gratitud por qué? No tenía nada que ofrecerle. Había estado tan aturullada esa mañana que ni siquiera había pensado en llevarles un termo con café.

—¿Sabes qué podría hacer? —dijo, improvisando sobre la marcha—. Podría preparar una olla de sopa y subirla esta tarde para que comáis todos. Pete quiere que lleve las fundas con las mariposas al laboratorio. Si vais a quedaros aquí hasta que anochezca, necesitaréis algo más que un sándwich para seguir en pie.

—Es gracioso que lo menciones. Justamente estaba pensando en la sopa de fideos que prepara mi mujer.

Ella se dio cuenta de que no era eso lo que esperaba oír.

—¿Es buena cocinera?

Él sonrió pasándose el dorso de la mano por la barbilla.

—Es una cocinera espantosa.

La noticia alegró desmesuradamente a Dellarobia.

—Bueno, pues yo hago una sopa de pollo con fideos bastante buena. Podría subirla dentro de un par de horas.

—Si haces eso, serás la reina de nuestra tribu —dijo él—. Sobre todo para los chicos del Trescientos Cincuenta. Debe de hacer dos semanas que no comen nada decente.

Roger y Carlos habían terminado de jugar a Robin Hood sobre el tronco sin ningún incidente. Recogieron la basura y volvieron al recuento de cadáveres prácticamente silbando mientras trabajaban.

—¿Por qué Pete los llama así?

—Es el nombre de su organización. Trescientos Cincuenta-punto-com.

—Pero ¿qué significa?

—Partes por millón —respondió él con voz sofocada entre bocados—. A decir verdad, me preocupan un poco esos dos. Sobreviven a base de compromiso político y muesli.

«¿Muesli?», pensó ella. Pero preguntó:

—¿Partes por millón?

—Trescientas cincuenta partes por millón —replicó él—. Es el número de moléculas de carbono que puede contener la atmósfera sin perder su equilibrio térmico habitual. Es un número importante. Supongo que quieren llamar la atención al respecto.

Roger volvió para recuperar su abrigo, que había dejado tirado en el suelo, y los saludó al pasar con un rápido gesto de la mano. La chaqueta tenía un montón de parches de cinta aislante. Dellarobia pensó que si hacía suficiente frío, quizá se decidiera a taparse también con cinta aislante las piernas desnudas. Por un momento se preguntó si no

debería ofrecerse para ir a comprarle unos pantalones a la tienda de ropa de segunda mano.

—El carbono es un gas de invernadero —añadió Ovid—. Atrapa el calor del sol. Su concentración en el aire es cada vez más alta. Crece a ojos vistas, según dicen.

—¿Me estás diciendo que hay alguien que cuenta los átomos?

—No es muy difícil con el equipo adecuado.

Dellarobia aún sentía el corazón desbocado, como lo había tenido toda la mañana cada vez que había pensado en verlo. Pero la tranquilizaba oírlo hablar, como también la tranquilizaba notar su vulnerabilidad. Ovid prácticamente había devorado el sándwich, por eso ella dejó a un lado el suyo y se puso a buscar más provisiones de emergencia en la mochila.

—Entonces ¿el carbono aumenta cuando quemamos petróleo y esas cosas? —preguntó, intentando controlar sus pensamientos.

—Así es —respondió él—. Aumenta todo el tiempo.

Dellarobia encontró lo que estaba buscando: un envase individual de melocotones troceados que le dio a Ovid.

—¿Y qué pasa cuando supera los trescientos cincuenta?

—Se pierde la estabilidad térmica del planeta.

Ovid estudió un momento el envase de plástico, y enseguida lo aceptó y le arrancó la tapa de papel metalizado. Devoró su contenido en un segundo mientras ella trataba de recordar si llevaba algún comestible más en la mochila.

—¿Hasta dónde ha llegado?

Él tragó un par de veces antes de contestar.

—Hasta los trescientos noventa, más o menos.

—¿Qué? ¿Ya estamos por encima del umbral? ¿Y por qué no ha empezado a cambiar todo?

Ovid se quedó mirando el envase vacío en sus manos.

—Algunos dicen que ya ha empezado: huracanes que mantienen la fuerza a doscientos kilómetros de la costa, velocidades del viento desconocidas hasta ahora, desiertos en llamas... En Nuevo México estamos soportando un infierno; en Texas es peor, y en Australia es

mucho peor todavía: gran parte del continente sufre una sequía permanente. La gente abandona las granjas definitivamente.

Dellarobia imaginó huertos como el de los Cook, al otro lado del mundo, muriendo por la causa contraria. La lluvia caía en cantidades inadecuadas donde no debía.

—¿Por qué no riegan las granjas? —preguntó.

—Por las tormentas ígneas.

—Ah.

—Muros de fuego, Dellarobia. Masas de aire en llamas que avanzan por un territorio como trenes de carga alimentadas por los árboles muertos y el suelo reseco. En el estado de Victoria, cientos de personas murieron en los incendios en un solo mes, tantas que su primer ministro declaró que se había desatado el infierno en la tierra. Nunca había pasado algo así. Por eso no había planes para la evacuación.

Dellarobia recordó haberle dicho a Dovey que el infierno había pasado de moda. Guardó silencio un momento. A través de los árboles, vio que Carlos se levantaba del suelo, donde estaba agachado, y asumía una postura como de yoga, con los brazos flexionados sobre la cabeza, para estirar los músculos. Esos dos chicos nunca se quejaban.

—¿Sigue aumentando el carbono? —preguntó ella.

—Todo lo que nos ha traído hasta aquí sigue aumentando sin pausa —respondió Ovid.

Dellarobia recordó a Cub levantando de un puntapié la escarcha del suelo.

—Entonces ¿se acabarán los inviernos?

—Quizá, pero ése no sería el problema. Basta con que la temperatura media mundial varíe unos pocos grados para dejarnos fuera de combate.

Ella se lo quedó mirando. Era la primera vez que lo miraba directamente a los ojos desde que lo había visto por accidente en la autocaravana.

—¿Fuera de combate? ¿Qué quieres decir con eso?

—Los sistemas vivos son muy sensibles a los pequeños cambios. Piensa, por ejemplo, en la temperatura corporal de un niño. ¿Qué pasa si aumenta uno o dos grados? ¿Cómo estaría?

—Con un poco de fiebre —replicó ella—. Tendría dolores y escalofríos.

Dellarobia detestaba el termómetro que guardaba en el mismo cajón que sus cosméticos, ese tubo de cristal engañosamente delgado, su compañía en las noches que había pasado en vela, con anginas y dolores de oído, las mejillas calientes de sus hijos y un llanto que le desgarraba el corazón.

—¿Y si le sigue subiendo la temperatura? —preguntó él.

—¿Más? Si se acerca a cuarenta, hay que llevarlo corriendo a urgencias. Y hasta ahí sólo serían cuatro grados por encima de lo normal; más allá de eso, no quiero ni pensarlo.

—Es curioso —comentó él—. Acabo de leer un informe de la ONU sobre el clima, de varios cientos de páginas, y su pronóstico para una biosfera febril coincide con el que acabas de formular tú en una sola frase. Grado por grado.

El tema de la fiebre le estaba alterando los nervios a Dellarobia, que normalmente se sentía mal con sólo oler el alcohol para friegas.

—Ese informe no me deja dormir por las noches —dijo él, como si le hubiera leído el pensamiento—. En el punto en que nos encontramos, un aumento de cuatro grados de la temperatura media mundial parece inevitable, de modo que tendremos que ir a urgencias, como has dicho tú. El carbono acumulado en la atmósfera se mantendrá mucho tiempo aunque dejemos de quemarlo.

—Cuando uno deja de hacer algo, las cosas suelen solucionarse —replicó ella, sabiendo que parecía demasiado bueno para ser cierto.

—Es lo que pensábamos antes. Pero hay procesos imposibles de detener, como el retroceso del hielo polar. El blanco del hielo refleja el calor del sol directamente hacia el espacio. Cuando el hielo se funde, deja al descubierto la tierra o el mar, que son mucho más oscuros y absorben el calor. Además, las capas de tierra helada se funden y desprenden más carbono, que va a parar a la atmósfera. Esos círculos viciosos no dejan de sorprendernos.

Ella se preguntó cómo era posible que todo eso fuera cierto si nadie estaba hablando al respecto. Nadie con influencia. La gente importante siempre insistía mucho en problemas infinitamente más pequeños.

—Así que ya ves. No nos preocupa que los inviernos de Tennessee se vuelvan tan benignos como los de Florida —prosiguió él—. De eso ni siquiera se habla.

—¿Puedo ver alguna prueba que demuestre lo que estás diciendo?

—¿No crees en nada que no puedas ver? —preguntó él.

Dellarobia pensó en Blanchie Bise y las clases bíblicas: el arca de Noé, Jesús... Lo había intentado.

—Nunca ha sido mi fuerte —confesó.

—¿No crees, por ejemplo, que tus hijos llegarán a adultos?

Ese golpe bajo que casi la tumba en el suelo, o más bien en el torrente que pasaba debajo del tronco. ¿Cómo se atrevía él a atacar su mayor debilidad?

—Una tendencia es algo intangible, pero real —continuó Ovid con calma—. Una sola fotografía no puede demostrar que un niño está creciendo, pero varias fotos pueden revelar cambios a lo largo del tiempo. Si las pones una detrás de otra, puedes predecir con bastante seguridad lo que pasará. Las cosas no se ven de una sola vez. Se necesita cierto tiempo de observación.

Dellarobia pensó que no tenía ni una sola fotografía de sus hijos de los últimos seis meses. Quizá Dovey, en su teléfono. Tenía que hacerles alguna foto antes de que a Preston se le cayeran los dientes de leche.

—Pero sí que hay algunas cosas que se pueden ver —dijo él—. El agua, por ejemplo. El aire caliente puede contener más agua que el aire frío. Piensa en la condensación sobre el cristal de una ventana. Multiplica eso por todos los metros cuadrados que hay por encima de tu cabeza y obtendrás una cantidad enorme de agua que se evapora con demasiada rapidez de los lugares cálidos y cae torrencialmente sobre las zonas frías. El calentamiento vuelve más extremos todos los fenómenos meteorológicos.

—Entonces ¿qué debemos esperar? ¿Fuego e inundaciones, como en el Apocalipsis?

—No lo sé. ¿Qué dice la Biblia acerca del efecto del hielo sobre el albedo del planeta?

Probablemente, se estaba burlando de ella.

—No creo que el Apocalipsis pueda aplicarse al mundo real —respondió ella—. La gente piensa que sucederá, supongo. El lago de fuego y las profecías. Pero todos creen que pasará dentro de muchísimo tiempo, mucho después de que termine la temporada de béisbol. Después de la graduación de los niños y de la boda.

Se interrumpió para no incluir en su imagen a Preston y Cordelia. Ya empezaba a caer la tarde, y su luz tamizada llenaba el cielo, como un

líquido que se filtra entre los árboles. La atención de Ovid era para ella como una promesa, y quería creer en ella, pero no en sus palabras concretas. Quería saltar al vacío sin pensar en el aterrizaje. Se terminó el sándwich mientras él hablaba. Le estaba contando que los bosques absorbían el carbono del aire, pero que dejaban de hacerlo cuando se morían por culpa de la sequía o de los incendios, y que los océanos también servían de sumideros de carbono, siempre y cuando sus propios niveles de carbono no los volvieran demasiado ácidos para la vida. Le estaba diciendo que los mares estaban perdiendo a los peces.

—Y también los arrecifes de coral. ¿Has visto alguna vez un arrecife?

Ella habría preferido rozarle una mano con la suya y acabar con eso. Notó las arrugas alrededor de sus ojos y su cansancio. Debía de ser cierto que la preocupación no lo dejaba dormir.

—He visto la playa —respondió ella—. Supongo que no es lo mismo.

—Algún día te hablaré de los arrecifes. Cuando era niño, no pensaba en otra cosa: nadar en los arrecifes y hacer mis pequeñas investigaciones. Mi madre me decía que acabaría convirtiéndome en pez.

Ella no podía ver los bosques heridos, ni las mareas devastadoras. Lo único que veía era el niño en el interior de un hombre que lo estaba perdiendo todo. Se sentía como cuando sus hijos lloraban por algo que ella no podía cambiar. Indefensa e impotente.

—Dicen que son ciclos —indicó ella al cabo de un momento—, que estas cosas pasan cada tantos años.

Ovid dejó escapar un resoplido entre dientes que a ella le dio miedo.

—Sí, de acuerdo. En el Pleistoceno, la mayor parte de América del Norte estaba cubierta por el hielo y el resto era un desierto ártico. En otras épocas, los casquetes polares se fundieron y este lugar donde nos encontramos ahora era el fondo de un mar. De modo que sí, en efecto, hay ciclos. Pero con millones de años entre uno y otro, amiga mía. Millones de años, y no décadas.

A ella no le gustó ese «amiga mía», así que no se atrevió a arriesgar ningún otro comentario.

—¿Qué ves, Dellarobia? —le preguntó él.

—Que nunca hemos tenido lluvias como las del año pasado, eso te lo puedo asegurar.

—Te lo estoy preguntando literalmente. ¿Qué ves?

Ella miró los árboles y el suelo del bosque.

—Un millón de mariposas muertas —respondió—. Y me da mucha pena que hayan tenido que venir aquí.

Una mariposa viva cayó por el aire y aterrizó en una mata de hierba cerca de las botas de Ovid. Ella la miró mientras subía lentamente hasta quedar colgada del revés del arco que formaba una brizna de hierba. La mariposa unió las alas, como si echara el cierre por el resto de la tarde y de la noche, con la esperanza de que el día siguiente fuera mejor.

—A los humanos nos encanta la idea de nuestra permanencia —dijo él—. Somos fetichistas del futuro. Contratamos fondos de pensiones, pensamos en nuestra descendencia, hablamos del legado que dejaremos a la posteridad...

—No me gusta nada lo que estás diciendo.

—Lo siento. Soy un investigador de sistemas naturales. Y lo que veo me parece bastante terminal.

En las ramas que había por encima de sus cabezas, pequeños grupos de mariposas se abrían y estallaban al sol, como silenciosos fuegos de artificio. Su belleza era irresistible.

—Yo no veo que sea tan malo —dijo ella—, y apuesto a que la mayoría de la gente piensa como yo.

Él asintió lentamente.

—¿Sabes que a los científicos les costó muchísimo convencer a la gente de que las aves volaban hacia el sur en invierno? Los europeos solían creer que se enterraban en las orillas fangosas de los ríos para hibernar. Era natural, porque veían que las golondrinas se congregaban a lo largo de los ríos en otoño y después desaparecían. África era una abstracción para ellos. Habrían encontrado ridícula la idea de que las aves volaran a otro continente por la razón que fuera.

—Bueno —dijo ella—. Ver para creer, supongo.

—Negarse a ver las evidencias también es muy frecuente.

—Sin embargo, no todo es pereza mental, aunque a ti te lo parezca. —Se esforzó por articular su propia defensa. En un primer momento, ella había visto fuego y magia en lugar de mariposas. Al principio, ni siquiera sabía que existían las mariposas monarca. Probablemente, él no la creería—. La gente sólo ve lo que puede reconocer —dijo ella—. Vemos las cosas que conocemos.

—En efecto. Usamos sistemas de inferencia —dijo él.

—¿Así se llaman? Muy bien.

—¿Y cómo ve la gente el fin del mundo? —preguntó Ovid—. En el mundo real, como has dicho tú.

Ella reflexionó un momento.

—La gente sabe que es imposible, que eso no puede pasar.

Él asintió sorprendido.

—Caramba. Creo que tienes razón.

Dellarobia le quitó el envase de plástico de las manos y lo juntó con el envoltorio de su sándwich. En la yema de los dedos conservaba el tacto fugaz de su piel.

—No sé cómo te las arreglas para resistir el día entero sabiendo lo que tú sabes —le dijo.

—¿Y cómo se las arregla Dellarobia?

«Volando de poste en poste», pensó ella. Habría sido una extraña respuesta.

—Saliendo a tiempo para coger el autobús —respondió—. Procurando que los niños coman a su hora y se cepillen los dientes para que no tengan caries. Pequeñas esperanzas. En nuestra casa no hay lugar para el fin del mundo. Siento tener que ver para creer, como santo Tomás.

—No eres la única —replicó él—. La gente quiere que le expongan todo el argumento y la demostración en menos de sesenta segundos. Te habrás dado cuenta de que evito a los periodistas.

—Sin embargo, te expresas muy bien —insistió ella—. A mí me lo has explicado de maravilla. Y no he dicho que no te crea, sino que *no puedo* creerte.

—Te subestimas. Tienes talento para esto, Dellarobia. Lo veo cuando trabajas. Pero ten cuidado cuando elijas tu camino. Para los científicos, la realidad no es opcional.

—¿Al menos tenemos permiso para esperar que las mariposas sobrevivan al invierno?

Él se inclinó hacia adelante con la vista puesta en el cielo.

—Eso es mucho esperar —respondió.

Ella pensó en otros tiempos y otras noticias graves, en embarazos deseados y no deseados. Al principio, nada parecía real. Recordó el día en que le habían dado el diagnóstico a su madre mientras ella le

sujetaba el brazo escuálido de piel colgante y después la guiaba fuera de la consulta del médico, hacia el oscuro aparcamiento de muros descascarados, donde pequeños montículos de musgo crecían a lo largo de una grieta en el asfalto, como gotas de sangre verde. Todos esos detalles exteriores, tan vívidos, parecían indicar que nada había cambiado. Después, habían decidido pasar por el supermercado y no habían vuelto a mencionar el fin del mundo por el resto del día.

Dellarobia sintió, de pronto, una aguda necesidad de la Coca-Cola Light que sabía que llevaba en la mochila. Encontró la lata sin grandes problemas, la abrió y le ofreció a Ovid el primer trago, que él rechazó levantando una mano, como si le hubiera ofrecido un trozo de fango.

—Mi mujer también bebe esos refrescos sin calorías —dijo él—. Llevan aspartamo, creo. A mí me saben a jabón.

Ella bebió un trago del líquido tibio y burbujeante, percibiendo, de hecho, un sabor lejanamente jabonoso. Pero con cafeína. Imaginó a la mujer de Ovid como una señora obesa que bebería refrescos light y quemaría las tostadas en la cocina.

—¿Cómo se llama tu mujer?

—Juliet —respondió él.

«Sí, claro», pensó ella.

—Por cierto, Pete me ha dicho que cuelgue las fundas dentro de casa para que las mariposas dormidas tengan ocasión de despertarse. Me ha dicho que cuente las que trepan hacia la abertura y que anote los números. ¿Y después qué? ¿Las traigo otra vez hasta aquí?

Él unió las dos manos sonriendo.

—No. Te gustará lo que haremos, ya lo verás. Normalmente, damos una última oportunidad a las mariposas dormidas. El trabajo puede ser arduo porque quizá dos terceras partes de las que ves en el suelo pueden estar vivas. Pero tenemos que hacer todo lo posible.

Dellarobia recordó el manual veterinario de Preston con su sorprendente consejo para reanimar a los corderos.

—¿Qué hacemos? ¿Les practicamos el boca a boca?

—Las arrojamamos por el aire una a una. Les damos una última oportunidad de volar. El invierno pasado, en México, las arrojamamos desde el balcón de nuestro hotel, sobre una terraza donde había gente cenando. ¡Si hubieses visto cómo aplaudían todos a las que volaban!

Se le ensanchó la sonrisa al recordar ese lugar más feliz. Dellarobia deseó haber estado con él allí, o en cualquier otro sitio, aunque hubiese

supuesto lanzarse al vacío. Ella también quería que le dieran una oportunidad.

—Volveré al laboratorio cuando aún haya luz —dijo él—. Para ayudar. ¿Supongo que no tendrás balcones en tu casa?

Ella arqueó una ceja.

—Yo no. ¿Y tú?

Iba a dejar que hablara de su casa y su mujer si era lo que quería. Iba a dejar que hablara de su Juliet. Se lo había preguntado. Pero él no dijo nada.

—No, ningún balcón —fue su única respuesta.

Entonces, así es como sería. Iría a casa, prepararía una sopa mejor que la de Juliet y volvería a la montaña para ser la reina de la tribu. Después, antes de que anocheciera, Ovid y ella subirían juntos al altillo del establo, se asomarían a la ventana abierta del henar y arrojarían las mariposas, una a una, desde lo alto. Algunas se estrellarían contra el suelo. Pero otras volarían.

Dinámica comunitaria

A DELLAROBIA le zumbó el teléfono. Era un mensaje de texto de Dovey, que volvía a enviarle una frase leída en la marquesina de una iglesia para animarla a salir: «La hora está próxima». «Ya voy», le contestó ella.

No estaba ni remotamente lista para salir, seguía vestida todavía con el albornoz y las gastadas pantuflas amarillas, pero Dovey era una de esas personas en cuya impuntualidad se podía confiar. Dellarobia se sirvió una segunda taza de café y separó de la mesa una de las sillas de la cocina para apoyar los pies. Después de toda una vida oyendo a la gente hablar con entusiasmo de los fines de semana, finalmente comprendía su alborozo. No es que su carga de trabajo se interrumpiera los sábados, pero se volvía mucho más llevadera. Si sus hijos querían sacar todo el contenido de la cesta de la ropa sucia y fabricar con él un nido donde sentarse, podían hacerlo. Incluso podría haberse sentado ella misma en el nido para incubar si lo hubiera deseado. Las tareas domésticas ya no llevaban inscrito su nombre en exclusiva porque ella tenía ingresos. Antes no se daba cuenta de lo mucho que su vida en esa pequeña casa se parecía a permanecer encerrada en un vehículo que se estaba hundiendo en un río tras haberse precipitado desde un puente. Levantar juguetes y platos sucios de todas las superficies era una respuesta natural a la inundación. Haber abierto una escotilla para salir nadando le parecía milagroso. El trabajo fuera de casa la apartaba unos cincuenta metros de la cocina, pero la distancia era suficiente. Desde allí no divisaba los platos sucios en el fregadero.

Un alboroto incesante le llegaba desde el cuarto de estar, donde Cordie cantaba a pleno pulmón algo que había aprendido de los niños pequeños de Lupe: «*Mío, mío, mío*». Preston le había explicado que era español y le había dicho lo que significaba. Por primera vez, la había sorprendido con la sensación de ser una extraña en la vida de sus hijos. Ahora Preston imitaba vocalmente el ruido de objetos que se estrellaban, y cada choque imaginario suscitaba aullidos de fingido dolor por parte de Cub. Dellarobia empujó la silla hacia adelante para asomarse por la puerta. Cub estaba tumbado de espaldas sobre una manta tendida en el suelo del cuarto de estar, con Preston a su lado, al frente de un ejército de vehículos: varios coches Matchbox, un camión de bomberos de peluche y un tractor de plástico.

—¿Qué os traéis entre manos? —preguntó ella.

—Es un aparcamiento —respondió Preston—. Estoy arrollando a papá con todo lo que tengo.

—Pobre papá. ¿Querrá tu víctima un poco más de café?

Cub levantó la taza. Ella le llevó la cafetera y se arrodilló en una esquina de la manta para servirle más café.

—¿Decimos que es una transfusión de sangre?

—No —dijo Preston—. Está demasiado aplastado.

«Nada que ver con la práctica veterinaria», pensó ella. Pero Cub era muy bueno dejando que el niño se desatara allí donde Dellarobia lo habría frenado. Cub no siempre estaba de humor para jugar, pero cuando los niños conseguían que se tumbara en el suelo, se entregaba por completo dejando que fueran ellos los que dirigieran el juego, por muy tonto, aburrido o grotesco que fuera.

—¡Mío, mío, mío !

La voz de Cordie parecía saltar con sus pasitos rápidos mientras la niña venía corriendo de su habitación. Traía consigo un libro infantil que fingió meterle a su padre en la boca. Cub hizo ostentosos ruidos de masticación, y Cordie gritó alegremente:

—¡Heno!

Después tiró el libro al suelo y salió corriendo a buscar más.

—No sólo estoy aplastado —le informó Cub a Dellarobia—. También soy una vaca.

—La vida secreta de mi marido. Podría contarlo en el programa de Oprah.

A través de las cortinas de la fachada, vio el Mustang antiguo de Dovey, que entraba por el sendero. Su doble bocinazo hizo estallar el griterío de los niños:

—¡Ya ha llegado Dovey! ¡Ya ha llegado Dovey!

Dellarobia corrió a vestirse. Los niños estaban listos desde hacía una hora, mucho más ansiosos por montarse en un descapotable azul que en cualquier autobús escolar, y encantados de irse de paseo con la tía Dovey. Dellarobia oyó el clamor mientras se lanzaban sobre ella en la puerta y le suplicaban que le quitara la capota al coche.

—¡Brrrr! ¡Ni hablar, chicos! ¡Estamos a dos de febrero! —respondió Dovey—. Hola, Cub. ¿Qué te ha pasado?

—Lo de siempre —dijo él—. Homicidio por arrollamiento.

Cub tenía pensado ayudar a Hester a trasladar las ovejas preñadas mientras Dellarobia y los niños se iban de compras con Dovey. El plan era ir a conocer el enorme almacén de artículos de segunda mano que acababa de abrir sus puertas en Cleary. La tienda habitual de Dellarobia era Second Time Around, un comercio tan diminuto que funcionaba en la casa de su propietaria; pero a Dovey no le gustaba porque decía que allí era muy difícil no toparse con algún conocido o con su ropa. De hecho, Dellarobia veía a menudo prendas que reconocía, incluidos algunos trajes cortados por su madre. En una ocasión, había visto incluso, en toda su gloria de lentejuelas, el vestido magenta que había lucido en el baile de graduación la chica por quien la había dejado su antiguo novio Damon. Hacía años que Damon se había casado y divorciado de esa chica, pero el vestido seguía colgado en la tienda, brillante como la sangre de una puñalada. Parecía demasiado irse hasta Cleary en busca de gangas, pero Dellarobia tenía que reconocer que a veces resultaba un poco incómodo comprar ropa de segunda mano en Feathertown.

Dovey tenía un aspecto muy alegre, con boina de ante y jersey marrón de cuello vuelto, muy bien conjuntada, como siempre. A Dellarobia le recordó la época en que salían juntas: dos chicas vestidas y arregladas para la acción en una versión femenina y más mundana de *El mundo de Wayne*, en la que todo salía tal como estaba previsto. Por otro lado, el descapotable de Dovey siempre le había parecido provisional, sobre todo con la capota cerrada, que vibraba como si algo importante estuviera a punto de soltarse. En los asientos traseros, los cinturones de seguridad no eran cruzados, sino simples, como los de los aviones, de modo que las sillas de los niños no ajustaban bien y quedaban bailando de una manera que, probablemente, era muy poco segura. A los niños, desde luego, les encantaba.

—¡Eh, mirad! —gritó Preston ya en la carretera—. Una marmota aplastada, como papá en el aparcamiento.

A Dellarobia le sorprendió que pudiera divisar a las víctimas del tráfico desde el asiento trasero. El animal había quedado del todo achatado.

—¡Y hoy es el Día de la Marmota! —comentó Dovey alegremente—. Lo siento, señora Marmota, pero ya no puede hacer sombra. Nunca recuerdo qué significa la sombra de la marmota. ¿Que el invierno se acabará antes o después?

Dellarobia pensó un momento y descartó tanto la relación de causalidad como la correlación.

—Ninguna de las dos cosas —dijo—. Es sólo una tontería que se ha inventado la gente para soportar mejor la recta final del invierno.

—Exacto. —Dovey tenía la entrañable costumbre de asentir brevemente con un solo movimiento de la cabeza que le dejaba los rizos

balanceándose—. El invierno durará justo seis semanas más pase lo que pase. Porque estamos a dos de febrero.

Seis semanas. Para entonces, las mariposas habrían sobrevivido para marcharse a otras tierras o habrían muerto. La gran esperanza de Ovid y el trabajo de Dellarobia pronto llegarían a su fin, junto con todo lo sucedido hasta entonces. A veces ella era consciente de todo, incluso del peligro de inundaciones y hambrunas, pero la mayor parte del tiempo no veía más allá de mediados de marzo. Se agarró a la manilla de la puerta. Dovey tomaba las curvas a demasiada velocidad. Eran veinticinco sinuosos kilómetros en torno a las montañas, desde los prados de la periferia de Feathertown hasta Cleary, pasando por una intermitencia de bosques y caseríos que eran tristes agregados de casas rodantes. Se sorprendió al ver que dejaban atrás el infame Wayside porque eso significaba que ya habían atravesado la frontera del condado. Cleary no estaba muy lejos, pero Dellarobia no recordaba cuándo lo había visitado por última vez. La ciudad tenía la escuela universitaria, y un sinfín de restaurantes y bares, pero en lo que a ella y a su vida de casada respectaba, podría haber estado en otro estado. Obviamente, a Dovey la distancia le parecía inexistente. Ella tenía libertad para desplazarse.

—Está decidido. Voy a mudarme de esa estúpida casa —anunció Dovey.

Llevaba anunciando lo mismo por lo menos nueve de los últimos diez años, desquiciada por las constantes reformas promovidas por su hermano. Tommy era el ambicioso de la familia, el que había comprado la casa destartada en la avenida principal, con la idea de reformarla, prácticamente cuando aún no había terminado el colegio. En la década transcurrida desde entonces, había cobrado a sus hermanos unas cantidades obscenas en concepto de alquiler, capitalizando sus deseos de marcharse de casa a una edad temprana. Sus padres estaban a favor y por eso habían avalado la hipoteca. Dellarobia no acababa de comprenderlo. Los hermanos de Dovey seguían conviviendo en un pequeño espacio y, de hecho, dos de ellos aún compartían habitación aunque tenían más de veinte años. Al menos Dovey tenía para ella sola toda una mitad de la casa, pero, aun así, Dellarobia no lo entendía. Las paredes eran delgadas, y todos los hermanos sabían demasiado acerca de la vida de todos los demás.

—¿Cómo está Felix? —preguntó Dellarobia.

Dovey suspiró con indiferencia.

—Necesito quitármelo de encima. —A Dovey le gustaba vivir con el mismo sistema que usaba Cub para ver la televisión—. ¡Vaya! —añadió—. Debería mandarle un mensaje de texto. Tengo su cartera en mi cocina desde hace dos días.

Estiró una mano para coger el bolso, pero Dellarobia se lo arrebató.

—Con mis hijos en el coche, ni lo sueñes. «Toca el claxon si amas a Jesús y envía mensajes de texto mientras conduces si quieres reunirte con Él.»

Dovey aseguraba haber visto ese cartel en la marquesina de una iglesia y, probablemente, se arrepintió en ese momento de habérselo transmitido a su amiga. Levantó los ojos al cielo en un gesto de cansancio.

—Bueno, cuéntame qué hay de nuevo en el país de la ciencia.

«Tengo talento para la ciencia», pensó Dellarobia. Se lo había dicho él. No le estaba ocultando nada en concreto a nadie, pero cada vez había más cosas de las que se sentía incapaz de hablar. La sensación era física.

—Ayer se fue Pete. Empaquetó unas cuantas muestras de mariposas congeladas y se marchó a Nuevo México.

—A casita con su mujer —canturreó Dovey—. ¿Y qué me dices del bueno del doctor? Parece que a él no lo controlan tanto.

—Tiene mujer. Juliet. Están casados. Es muy mala cocinera.

—¿Tan mala que tu doctor ha tenido que irse a vivir a otra zona horaria?

—Supongo que tienen sus razones —dijo Dellarobia—. Pero yo no lo entiendo. ¿Para qué te casas si no vas a convivir con la otra persona?

Dovey se encogió de hombros.

—¿Cómo voy a saberlo? ¿Me ves cara de consejera matrimonial?

Todavía no le había contado a Dovey la confesión de Cub. Con los niños siempre presentes, aún no había tenido ocasión de contarle la saga de Crystal Estep, ni tampoco había tenido auténticos deseos de contársela. Se sentía un poco avergonzada, tanto por ella misma como por Cub. Además, ni siquiera había pasado nada entre ellos.

Dellarobia se sorprendió por la velocidad con que llegaron. Entraron en el aparcamiento del centro comercial y se abatieron como aves de presa sobre el mejor espacio para estacionar, muy cerca de las puertas correderas de la entrada, gracias al potente motor de Dovey y a su forma beligerante de conducir. El almacén de artículos de segunda mano, bautizado Try It Again, era una gran nave cuadrada y un poco destartalada, con montones de artículos apilados por el suelo formando dunas delante de unos ventanales enormes. Un inodoro de color verde destacaba entre cajas de chaquetas y juguetes de plástico.

—¿Qué es esto? —preguntó Dellarobia—. ¿Una organización benéfica, como el Ejército de Salvación?

—No, es un negocio privado que acaban de montar. El anuncio dice que puedes llamarlos para que vengan a limpiarte el trastero o lo que quieras vaciar. Supongo que los beneficios están en el volumen de las ventas.

A Dellarobia le pareció extraño que la gente donara lo que no necesitaba a una empresa privada en lugar de dárselo a una organización benéfica. Probablemente, al ver las pilas de artículos desechados, muchos dejarían de forma automática sus propios trastos en el almacén, convertido así en un equivalente urbano de los vertederos salvajes que surgían a lo largo de las carreteras, reflejo de algún principio de atracción universal de la basura.

Dovey no era por naturaleza una compradora de artículos de segunda mano como Dellarobia, pero había oído rumores de que en el almacén había percheros enteros de vestidos de diseño usados una sola vez. Aun así, no parecía que Vera Wang se encontrara en el recinto. Al otro lado de la polvorienta fachada, encontraron una asombrosa variedad de artículos, todos ellos al precio de veinticinco centavos: saleros, juegos de vajilla incompletos pero decentes, ralladores de queso e incluso sartenes de hierro colado de las que Dellarobia siempre había querido tener pero nunca había podido permitirse. Sin pensárselo dos veces, cargó en un carrito utensilios de cocina por valor de un dólar y sentó a Cordie en el asiento plegable. Las estanterías con artículos a veinticinco centavos parecían interminables. Dellarobia estaba estupefacta ante tal abundancia de gangas.

—¿Por qué no está aquí toda la gente que conocemos?

—¡Mira, mamá! Aquí podrías poner la foto de papá —le sugirió Preston, enseñándole un marco desmesuradamente grande de color amarillo canario.

—Seguro que sí, cariño —respondió ella.

Preston lo dejó y se fue a mirar una grabadora mientras Dellarobia examinaba una asadera grande, con un desagüe en forma de árbol para los jugos de la carne, idéntica a la que usaba su madre para la comida de Acción de Gracias y otras grandes ocasiones familiares en las que Dellarobia siempre tenía la sensación de que su familia no era suficientemente grande. ¿Por qué no habrían tenido más hijos sus padres? Nunca se le había ocurrido preguntarlo cuando era niña y ahora nunca lo sabría. Morían muchos conocimientos con la desaparición de una persona.

Cordelia estaba decidida a bajarse como fuera del carro, al que llamaba «cochecito». ¿De dónde habría sacado ese nombre? Dellarobia tuvo que levantarla del asiento plegable porque ella se puso a patalear hasta el

punto de lanzar por el aire una de las zapatillas de plástico azules, que Preston tuvo que ir corriendo a recuperar para la Cenicienta de su hermana. Finalmente, Cordie transigió y aceptó permanecer de pie en el carrito.

—Cohecito, mamá, cohecito, mamá —se puso a canturrear mientras se agarraba a los dos lados del carro y se balanceaba con la pálida melena formando un halo salvaje en torno a la cabecita.

Ese día, había elegido para salir su vestido veraniego favorito de rayas, con pantalones de pana por debajo y un suéter por encima. Dellarobia recordó a la gente que había visto acampada en la montaña, haciendo punto junto a la hoguera, y pensó que no le extrañaría que Cordie ingresara algún día con esa tribu.

Dovey se alejó de las estanterías de veinticinco centavos para hacerse con un par de sandalias plateadas de tacón. Después, Dellarobia y ella derivaron hacia un largo perchero de vestidos de novia, la mayoría de tallas enormes, sólo para pasar las manos por esas extensiones de satén y organza con corpiños cubiertos de perlas. Les resultaba maravilloso ver tanta blancura tan bien cortada y cosida.

—Todos están en perfecto estado —comentó Dovey en tono reverente.

—No son un tipo de prenda que se use mucho.

—No, claro que no —replicó Dovey, riendo—. ¡Eh! ¿Habrá una sección de vestidos de novia premamá?

—¡Ja, ja! Debería haberla.

Dentro del carro, Cordelia empezó a marcar un extraño ritmo con una doble patada, como si estuviera en clase de gimnasia. El comercio parecía recargarla de energía. Mientras pasaban junto a un sinfín de percheros de ropa femenina, no dejaba de preguntar en su media lengua:

—¿*Te guta, mamá?*

Dellarobia no estaba buscando ropa para ella, pero no pudo dejar de ver los trajes sastre perfectamente cortados y forrados. Mucha calidad por muy poco dinero, como las sartenes de hierro colado. Los artículos más antiguos estaban mejor hechos que casi cualquier cosa que pudiera encontrar en el «todo a un dólar». Se probó un blazer de pana verde bosque que se remontaba a la época en que Angie Dickinson era una estrella de la televisión y que la hizo sentirse una persona de más categoría. Decidió dejárselo puesto mientras recorría la tienda. Su hija, por su parte, se dedicó a manosear todas las blusas de flores, lentejuelas o colores brillantes que encontraba tirando de las perchas hacia sí y preguntando en cada ocasión:

—¿*Eta te guta?*

—Tiene un estilo propio —observó Dovey—. Al menos, tienes que reconocérselo.

Dellarobia se lo reconocía, pero no comprendía por qué. A Preston, la moda le era indiferente. Se había adelantado al grupo y había continuado hasta el final de la sección de ropa, hasta llegar al área de electrodomésticos, donde lo estaba probando todo. Había pulsado los botones de una batidora, había hecho saltar los muelles de una tostadora y se había puesto a planchar con una plancha, algo que debía de haber visto en casa de Lupe y no en la suya. Los otros aparatos estaban en franca minoría en comparación con las planchas, que eran una legión, todas alineadas como soldados de cascos puntiagudos en posición de firmes. Dellarobia empezaba a captar la esencia del lugar: abundaban los artículos que a todos les resultaba fácil desechar.

Dovey había hecho una pausa para comulgar con su teléfono. Probablemente, habría recordado el mensaje de texto que quería enviarle a Felix acerca de su cartera y, ya que estaba, se habría puesto a consultar el estado del tiempo en Daytona Beach o en algún otro sitio. Dellarobia sabía muy poco acerca de conexiones a internet, excepto que la avidez de información de su hijo ya los estaba empujando en esa dirección. El día de su primer cheque salarial y de su último-último cigarrillo, había pagado la hipoteca y había abierto una cuenta bancaria sólo a su nombre. Cub sabía lo primero, pero ignoraba lo segundo. Ni siquiera sabía cuánto ganaba exactamente porque ella se encargaba de los temas económicos de la familia.

Doblando una esquina, siguió a Preston hacia un mundo de artículos domésticos dispuestos un poco al azar, pero increíblemente baratos. En la sección de ropa blanca, los precios eran uniformes: las mantas, colchas y cortinas costaban dos dólares, y las sábanas, un dólar. Dellarobia no daba crédito a sus ojos. Las sábanas nuevas, incluso las de ínfima calidad, costaban una fortuna. Encontró un par de sábanas para la cama de Preston, un juego para su cama de matrimonio y dos más para la cuna —seis dólares en total—, y acomodó sus hallazgos en el carrito alrededor de Cordelia, que no aceptó fácilmente la pérdida de espacio. Dellarobia pensó por un segundo en el momento en que Cordie tuviera que dejar la cuna y los dos niños fueran demasiado mayores para compartir habitación. Todos en su pequeña casa se aferraban a las situaciones que podían permitirse: que nadie crecería y nada cambiaría nunca.

Dovey se les acercó con su carro.

—¡Vaya! ¿Vas a comprar sábanas usadas? ¡Pero si no sabes quién habrá dormido en ellas!

—A diferencia de las sábanas de tu casa, en las que sí sé quién ha dormido.

—Tienes razón —replicó Dovey—. No hay nada que un poco de lejía no pueda arreglar.

Una mujer mayor revolvía las sábanas mientras un niño pequeño tironeaba de las colchas apiladas a un costado, provocando cascadas de poliéster. Sin siquiera levantar la vista, la señora no dejaba de salmodiar con voz monótona:

—Eres un gamberro. La abuela va a regalarte al primero que pase por aquí. La abuela va a tirarte al cubo de la basura.

Dellarobia se llevó lejos a Cordie para que no oyera las amenazas. No es que ella no pensara nunca nada semejante, pero le parecía que ese tipo de admoniciones debían ocupar momentos aislados en la crianza de un niño y no convertirse en la banda sonora de su infancia. En el extremo de la sección de colchas, un hombre de piel correosa desplegaba edredones para evaluar su peso. Eligió dos particularmente voluminosos y se dirigió a la caja sin llevar nada más en el carro. Debía de ser un vagabundo. Al parecer, la libre empresa estaba ocupando el lugar de las organizaciones benéficas en los dos extremos de su actividad.

—Mira esto —dijo Dellarobia, sorprendida de encontrar, en la misma sección donde todo costaba dos dólares, colchas de ganchillo y edredones hechos a mano entre un montón de mantas viejas. Abrió una manta tricotada en diferentes matices de azul y morado—. Alguien ha invertido mucho tiempo y trabajo en esta manta, y ahora está aquí, suplicando que la compren. ¿Quién querría desprenderse de esto?

—Ha muerto la abuela —sugirió Dovey— y los nietos quieren olvidarla.

Dellarobia puso la manta en el carro para salvar su dignidad. Dovey se aplicó un par de rodajas tricotadas de sandía por encima de la blusa, como si fueran la parte superior de un biquini, pero las dejó al ver que se acercaba Preston. El niño traía un cojín en forma de cerdita con un tutú de ballet.

—Esto puede gustarle a Cordie —dijo.

Cordelia tendió los brazos hacia la cerdita bailarina con un grito de entusiasmo tan estentóreo que hizo volver la cabeza al resto de los compradores.

—¿Sabes qué, Preston? Vamos a dejar que tu hermana se baje del carrito para que vaya a mirar las cosas contigo. Pero no te apartes de ella, ¿de acuerdo?

Dellarobia sabía que no se apartaría. Cordie abrazó a la cerdita y salió corriendo detrás de su hermano mientras Dovey examinaba una estantería llena de cintas de vídeo con ejercicios: *Abdominales perfectos*, *Nalgas de modelo* ... El suelo a su alrededor estaba atestado de material de gimnasio casi nuevo, pero desechado precipitadamente. El lugar era un museo de la inconstancia de la gente. Dellarobia chasqueó la lengua.

—Las resoluciones de Año Nuevo no han durado ni un mes.

—Regalos de Navidad —observó Dovey—. Piensa en todos los maridos y todas las mujeres que sueñan con una versión más esbelta y sexy de su condena a cadena perpetua.

Cordie y Preston estaban a unos diez metros de distancia probando lo que él llamaba los «aparatos de ejercicios». Dellarobia oyó que el niño decía:

—Mamá no puede comprarte eso. Es demasiado caro.

Sin dejar que los niños se salieran de su radar, siguió caminando con Dovey junto a una fila de cortinas venecianas y artículos para el baño. Los criterios de clasificación de la mercancía eran misteriosos.

—Mira. Esto es para ti —dijo Dovey mientras blandía un rodillo de amasar con una inscripción que rezaba «Domador de maridos».

—Deberían venderlo junto con los aparatos de gimnasia, como medio para asegurarse de que el marido no se baje de la bicicleta estática. Una especie de garantía.

En la pared al fondo del pasillo, encontraron una variedad de muletas y bastones. Los había de madera y de aluminio, y probablemente sus dueños se habrían alegrado de deshacerse de ellos. Algunos estaban casi sin usar, recuerdo de un breve paréntesis que los había alejado del deporte escolar, mientras que otros tenían los agarres lustrosos por el uso y las puntas de goma desgastadas, como la suela de un zapato viejo. Quienquiera que hubiese dejado de utilizarlos debía de haber pasado a otra modalidad de transporte: la silla de ruedas o el coche fúnebre.

Al final de otro pasillo, una pareja de chicos con edad de ir a la universidad estaba quitando todo lo que había sobre una estantería, presumiblemente, para comprarla. Llevaban pantalones cortos y chanclas, y la chica tenía tatuada alrededor del tobillo una línea de alambre de espino. Dellarobia imaginó sus vidas: debían de estar amueblando el pequeño apartamento donde vivían juntos sin haberse casado.

—¿Cómo es que esos chicos van por ahí medio desnudos en pleno invierno? —preguntó Dovey.

El tono maternal sorprendió a Dellarobia.

—Quizá el invierno no les preocupe demasiado —sugirió—. Probablemente, no tengan que pasar mucho rato fuera de sus coches o edificios.

Se sentía fascinada por la joven pareja. A los pocos segundos, apareció un empleado del almacén, que se puso a discutir con ellos y a devolver los artículos a la estantería meneando la cabeza con exagerada fatiga. Era evidente que no era la primera vez que pasaba. También había jóvenes universitarios en la sección de ropa. Un poco antes, una chica con corte de pelo de aspecto caro se había probado el mismo blazer que después se había puesto Dellarobia. Quizá por eso se lo había quedado, por espíritu competitivo. La chica llevaba un vistoso collar con un diamante y, probablemente, su padre le pagaba la matrícula. No necesitaba ir a comprar a esa tienda.

Se le acercó Preston con Cordie a la zaga. Venía arrastrando por el pasillo una caja que tenía una asa, pero era demasiado pesada para él. Era un proyector de diapositivas, tal como pudo ver Dellarobia por la figura que ilustraba la caja, uno de aquellos aparatos con carrusel que se usaban en épocas pretéritas.

—Esto le podría servir al doctor Byron —dijo Preston.

—Es posible, sí. ¿Sabes qué haremos? Lo dejaremos aquí, pero se lo preguntaremos a él. —Miró la etiqueta—. Diez dólares es un precio muy razonable. Tú mismo puedes decírselo el lunes.

La expresión de Preston se iluminó. A veces, Dellarobia lo dejaba ir al laboratorio después de la escuela y le encontraba cosas sencillas para hacer que lo volvían tremendamente feliz. Al doctor Byron no parecía importarle, ni siquiera cuando Preston se le abalanzaba y le abrazaba las piernas con excesivo vigor a modo de saludo. Se le pegaba «como un percebe», como decía Ovid.

—Aquí está mi amigo, Bill *el Percebe* —le decía.

—Preston *el Percebe* —lo corregía cautelosamente el niño.

Cuando los veía juntos, Dellarobia sentía un aluvión de complicadas emociones que se veía obligada a ignorar.

Más allá de los bastones y las muletas, había una gran estantería donde se amontonaban bolsos de falso leopardo, lentejuelas rojas, lamé dorado y muchos más. Había tantos que se habría dicho que en el mundo sólo había mujeres con la necesidad de guardar el dinero en algún sitio. Cordie dejó caer el cojín de la cerdita bailarina y eligió un bolso enorme de imitación cocodrilo. Después, salió corriendo detrás de Preston con su trotecito ligero mientras cogía, al pasar, artículos de los

estantes más bajos y los guardaba en el bolso. Parecía una aprendiz de cleptómana. Cuando los niños se alejaron, Dovey preguntó:

—Entonces ¿quién más está loco por el doctor Mariposa, aparte de Preston Turnbow y su madre?

—Es mi jefe, Dovey.

—Es tu jefe, y te sonrojas cada vez que alguien menciona su nombre.

Dellarobia no respondió. Cuando llegaron a la zona de juguetes y equipamiento infantil, llena hasta los topes de niños sin ninguna vigilancia, se puso a contemplar a Preston y Cordie, que estaban recorriendo una larga hilera de sillas de seguridad, alineadas en el suelo, sentándose en todas y cada una de ellas.

—¿De qué nivel de seriedad estamos hablando en este caso? —insistió Dovey—. Veamos. En una escala del uno al diez, ocho sería aquel amigo tan sexy de Cub que solía llevarte serrín para las plantas y nueve, el chico que te convenció para «dejarlo todo». —Subrayó las últimas palabras marcando en el aire unas imaginarias comillas—. ¡Y ni siquiera estoy contando al abuelo aquel de la Rural Incorporated!

Un funcionario de las ayudas federales, un podador de árboles y un empleado de la compañía telefónica que, en realidad, era un niño. Parecía como si durante toda su vida los hombres se hubieran sucedido, sin pedirle ni preguntarle nada, o quizá solamente su número de la seguridad social o por qué tenía los ojos tan bonitos. Pero las preguntas importantes se habían quedado sin formular. Hasta ahora. Ninguno de esos hombres había visto nunca la persona que era ella por dentro. O la que podía llegar a ser. Dovey había dado con el tema del que no podía hablar.

—Cero coma cero —dijo Dellarobia—. Está casado.

—Y se queja de lo mala cocinera que es su mujer.

—No, en realidad no se queja. A decir verdad, nunca habla de ella.

—Entonces no hay fuego en la cocina.

—No lo sé. Sólo sé que no es feliz.

Dovey arqueó una ceja.

—«Pero habrá felicidad —cantó— para todos los chicos y las chicas.»

Era una canción de Clint Black ligeramente adaptada.

Dellarobia vio cómo Preston le ponía a su hermana unos manguitos por encima del suéter.

—Si no te los pones —le estaba diciendo—, te caerás al agua y te ahogarás.

Cordie batió los brazos con los flotadores puestos y empezó a correr en círculos, como una polilla, hasta que, de repente, se detuvo y se montó en un caballo de madera.

—No quiero jugar a esto, Dovey —dijo Dellarobia.

Dovey empujó su carrito y se alejó sin decir una palabra, maniobrando para no pasar por encima de una alfombra de falsa piel de tigre. Dellarobia se quedó donde estaba, en la sección infantil, reprimiendo unas lágrimas inexplicables mientras atravesaba lo que le parecieron hectáreas de cascos para bicicleta, coches de paseo y asientos de seguridad. Todos los niños que andaban sueltos por el almacén estaban allí, tirando juguetes por el aire y hablando con desconocidos. Los mayores disfrutaban imponiendo su autoridad a los más pequeños. Les gritaban por ejemplo: «¡Vais a romper eso!», o les espetaban la afrenta universal: «¡Eso es de bebés!».

Dellarobia se puso a mirar una estantería de juguetes de un dólar y se detuvo ante un juego para aprender el alfabeto, «El pequeño genio». Tenía unas ruedecillas que giraban para relacionar letras con dibujos y era el tipo de juego que podría haber entretenido a Preston durante un día entero, pero el nombre la desalentó. Evidentemente, lo habían fabricado en otra época. Ninguna madre moderna habría querido que su hijo fuera «el pequeño genio», un cerebritito con problemas para integrarse con los otros niños.

Una pareja de abuela y bebé de poco más de un año se detuvo a su lado en la estantería. El niño se asomaba del cochecito en todas direcciones e intentaba agarrar todo lo que tenía a su alcance. Parecía como si todos los niños del recinto hubieran acudido acompañados de su abuela. Esa abuela en particular le dio a su nieto un bate de béisbol de plástico que el pequeño empezó a blandir como un profesional, amenazando la integridad de los otros clientes del establecimiento. Dellarobia huyó para salvar la vida y se encontró con Dovey, que llevaba a Cordie acaballada en la cadera y estaba examinando con ella una pila de muñecas reunidas bajo un cartel que rezaba: «Bebés pequeños, 50 centavos; todas las demás muñecas, 1 dólar». Dellarobia pensó con rencor que a los pequeños siempre los valoraban menos. Pobre Preston. Si no empezaba pronto a crecer tanto como sus compañeros de clase, puede que Dellarobia se sumara a Cub en sus plegarias por el estirón de su hijo.

—¡A mí, a mí! —decía Cordelia mientras Dovey le enseñaba las muñecas y las hacía hablar.

La variedad era abrumadora. Algunas parecían bebés auténticos, pero había muchas de aspecto extrañamente sexy, con sombra de ojos y grandes labios generosos instalados de fábrica. Cordie se apoderó de la más sencilla y la guardó en su bolso de cocodrilo.

—¡Bebé! —declaró cuando vio a su madre mientras le enseñaba la muñeca para obtener su aprobación.

La cabeza de la muñeca parecía una patata, creada por alguien que había rellenado una media y había trazado los ojos, la boca y las mejillas con aguja e hilo.

—Lo siento —dijo Dovey—, pero voy a comprarle esta belleza a tu hija.

—¡Mira todas esas puntadas diminutas! ¿Te lo imaginas?

Dovey echó un segundo vistazo a la muñeca antes de devolvérsela a Cordie.

—Hester podría hacer este tipo de cosas. Es muy hábil con la lana.

—Podría si le interesaran sus nietos.

Dellarobia imaginó a su madre fabricando a mano una muñeca. Era la abuela que Cordie nunca podría tener, como el pez que escapa de la red.

Justo detrás de ellas, un cajón de tres metros de largo lleno de jerséis atraía la atención de gran cantidad de compradores que lo rodeaban por los cuatro costados, como reses alrededor de un abrevadero, y revolvían su contenido. El invierno había hecho acto de presencia y todos necesitaban ropa de abrigo.

—¡Oh, mira esto! —exclamó Dellarobia mientras extraía del cajón un suéter anaranjado rabioso.

—Si le compras eso a Cub, vuestra familia parecerá el sistema solar —dijo Dovey.

Dellarobia se echó a reír.

—No es para que se lo ponga nadie. Hay unas chicas en la montaña que están usando lana de jerséis viejos para tricotar mariposas.

—¿Qué dices que están haciendo?

—Deshacen jerséis viejos y usan la lana. La reciclan. Es lo que más les interesa.

Dellarobia intentó buscar las palabras más adecuadas para describir a las chicas de aspecto desaliñado que estaban acampadas cerca del lugar de estudio.

—Son inglesas —dijo.

Era un comienzo.

—¿Y han atravesado el océano con el único propósito de venir hasta aquí para deshacer jerséis viejos?

—Bueno, sí, eso parece. Están un poco locas. Supongo que no tienen hijos ni nada parecido. Nos vieron en las noticias y vinieron a hacer una sentada en el bosque contra la tala de los árboles, y ahora la protesta se ha convertido en una sentada contra el calentamiento global. Pasan todo el día allá arriba, sentadas en el bosque, tricotando mariposas con lana naranja reciclada. Después las cuelgan de los árboles. Quedan bastante auténticas.

Dovey pareció escéptica.

—Está en internet —insistió Dellarobia—. Me han contado que tienen una campaña. Le piden a la gente que les envíe sus jerséis anaranjados para ayudar a salvar a las mariposas. Entonces ellas los deshacen y usan la lana para tricotar. Lo único que puedo decirte es que reciben cajas y cajas de jerséis. Todo lo que tenga «mariposas» en la dirección viene a parar a nuestra casa.

—Eso tengo que verlo. —Dovey sacó su teléfono—. ¿Cómo lo busco?

Dellarobia pensó un momento.

—«Tricota el planeta» —dijo por fin—. O «Mujeres que tejen la Tierra». O algo así.

Los ojos de Dovey se ensancharon.

—¡Por el amor de Dios! —exclamó al lado de la caja de jerséis mientras contemplaba la web de las tejedoras—. ¿Esto está pasando en tu granja? ¡Es enorme! Tiene más de un millar de «me gusta» en Facebook.

—¿Y eso es mucho?

Como siempre, Dellarobia se sentía perdida. Hasta ese momento había conseguido ahorrar ciento diez dólares en su cuenta para el ordenador, pero aún no se atrevía a preguntarle a Dovey por los precios. Probablemente, no llegaría ni de cerca a la cantidad necesaria antes de que se acabara su trabajo, al mes siguiente.

—En algunas palabras usan arrobas en lugar de vocales —añadió Dovey.

—Bueno, son de Inglaterra —dijo Dellarobia—. Quizá les falla un poco la ortografía. Las chicas me han parecido un poco rústicas. Pero tricotan de maravilla. Deberías ver sus mariposas. ¿Hay fotos?

Dovey asintió lentamente, acariciando la superficie de su teléfono.

—Hay fotos, sí. —Al cabo de un minuto, se lo guardó en el bolsillo—. ¿Qué otra cosa me has estado ocultando?

—Si encuentras más jerséis anaranjados, te lo diré.

Juntas revolvieron el cajón y encontraron un total de nueve prendas en diferentes matices del horror. La campaña de las chicas tejedoras no podía fallar porque la mayoría de la gente estaba ansiosa por deshacerse de sus jerséis anaranjados.

Dellarobia le dijo a su amiga que no le estaba ocultando nada. Se había enterado esa misma semana de la historia de las tejedoras, cuando le habían llegado las primeras cajas. El resto era todo ciencia, registros y toma de muestras, nada que a Dovey pudiera interesarle.

—Hester cree que Dios ha suavizado el invierno para proteger a las mariposas —añadió—. Hay gente de la iglesia que también lo cree. Las mariposas sabían que Dios cuidaba muy bien este lugar y por eso han venido a Feathertown.

—Tu suegra está como una cabra —dijo Dovey.

Dellarobia fue incapaz de discutirle el diagnóstico.

—De hecho, estoy bastante preocupada por ella. Se ha tendido una trampa, ¿sabes? Si piensa que todo esto es cosa de Dios y pasa algo malo, entonces tendrá que reconocer que incluso lo malo forma parte de los designios del Señor. Más que nada, es un gran incentivo para ignorar las malas noticias.

Como la del calentamiento global, por ejemplo, cuya sola mención irritaba a Cub, como si se tratara de una traición personal.

Dovey levantó del suelo un paraguas con orejas de ratón que se había caído al pasillo.

—He oído que hay gente dispuesta a invertir dinero para trasladarlo todo.

—¿Qué quieren trasladar? ¿Las mariposas?

Era una novedad para Dellarobia.

—Así es —respondió Dovey—. A Florida o un sitio así. Piensan capturarlas y llevárselas. Hay un tipo que tiene un semirremolque.

—¡Uah! Ni siquiera se me había ocurrido. ¿Dónde lo has visto?

—En Topix —respondió Dovey—, una web donde la gente publica noticias locales. Casi todo son chismorreos.

—Entonces, seguro que hablan de mí.

Vio una bicicleta de ocho dólares, demasiado grande para Preston en ese momento, pero perfecta para la Navidad siguiente. Sin embargo, ¿cómo iba a esconderla? ¿Dónde estarían todos al cabo de un año? La idea le hizo sentir un vacío en el estómago, más o menos era la misma sensación que había experimentado sentada en el tronco, cuando Ovid se había referido a sus hijos cuando fueran mayores. ¿Por qué le parecía tan arriesgado pensar en un futuro concreto?

—Entonces ¿qué me dices? —insistió—. ¿Hablan de mí en esa web o no?

Dovey meneó la cabeza.

—No deberías estar tan segura de ser el centro del universo. ¿Por qué está tan interesada Hester en el asunto de las mariposas?

—No lo sé. Pero a raíz de eso se está enfrentando a Bear. Supongo que para ella las mariposas son...

Dellarobia no pudo terminar la frase. Quizá eran para ella una forma de redención para una familia que consideraba completamente perdida: un hijo perezoso, una nuera que no dejaba de buscarle problemas, unos nietos que inexplicablemente carecían de todo interés y un marido que se quedaba en la sala de la Hermandad Masculina, que era como un bar, pero sin la cerveza. Hacía tiempo que no le reportaban ningún beneficio económico. Había clavado una lata de café a la verja del prado con una inscripción que fijaba en cinco dólares la entrada, pero los turistas se las arreglaban para no verla. Nadie de la familia tenía tiempo para controlar a las huestes de visitantes. Nadie podía controlar a los «ecologistas», como los llamaba Cub.

Dovey estalló en carcajadas, y Dellarobia se giró para ver a sus hijos, que venían hacia ellas con un par de maletas a juego, ambas con el mismo dibujo de cuadros rojos. Preston llevaba la mediana y Cordie, la más pequeña. Las sonrisas de ambos eran enormes.

—¿Os vais de viaje? —preguntó Dellarobia.

—Nos vamos a África —anunció Preston.

—¡África! —gritó su hermana.

—Muy bien. Tened cuidado con los leones.

Los dos rieron entre dientes y salieron corriendo a coger el avión. África. El lugar inimaginable al que volaban las aves migratorias mientras la gente las creía sepultadas en las orillas fangosas de un río.

—Probablemente, hay una tercera maleta del mismo juego para Mamá Osa —le sugirió Dovey.

—Sería fantástico marcharse del pueblo —dijo Dellarobia, sintiendo el peso de la preocupación. Dovey había evitado contestar su pregunta acerca de los rumores—. Lo que lees sobre mí en Facebook, o donde sea, debe de ser lo mismo que oigo en la iglesia: que me creo más de lo que soy.

—Son unos envidiosos —reconoció Dovey—. Tan sólo es eso.

—¿Qué tengo yo que puedan querer los demás? ¡Mírame, Dovey! Estoy compitiendo con un vagabundo para comprar ropa de cama usada. ¿De qué tienen envidia?

Dovey se encogió de hombros.

—Eres famosa en todo el mundo.

—¿Y qué me ha reportado eso? ¿Dinero? ¿Capacidad de decisión?

—Tienes un empleo —propuso Dovey.

Dellarobia miró a su amiga.

—¿Es eso lo que dicen? ¿Que conseguí el empleo porque soy una especie de reina del porno blando en internet? Yo no he tenido nada que ver con esa imagen. ¿Creen que me he acostado con alguien para conseguir el trabajo?

—Por favor, Dellarobia, no hace falta que te pongas así —dijo Dovey, tratando de quitarle importancia al asunto—. Por cierto, todavía llevas puesto el blazer que te probaste hace media hora. No querrás añadir el robo en una tienda a la lista de tus hazañas.

Dellarobia se quitó el blazer y lo arrojó en un cajón lleno de balones inflados.

—Tú sabes cómo conseguí ese empleo. Invité a cenar a un desconocido, como habría hecho cualquier persona decente. Es la única razón por la que Ovid Byron se hizo amigo nuestro.

—Lo recuerdo —replicó Dovey con cierta incomodidad—. Tienes razón.

—A ti te pareció bien. Al menos, fue lo que me dijiste por teléfono aquel día.

También habían bromeado sobre la «atractiva mujer de Tennessee» que flirteaba con desconocidos en pijama, pero ella no había flirteado. «No olvidéis la hospitalidad, porque por ella, sin saberlo, algunos hospedaron ángeles.»

Llegaron a un pasillo donde había batas y uniformes de trabajo ordenados por tonos: rosa, verde y amarillo, como los colores de una fiesta. Batas para uso del personal sanitario en la unidad de pacientes mortalmente heridos.

—¿Por qué todos quieren ser famosos y, al mismo tiempo, se mueren por oír la peor basura sobre la gente famosa? —preguntó Dellarobia.

—Supongo que detestan lo que no tienen.

—También quieren ser ricos, pero todavía conservan cierto espíritu de equipo. Deberías oír a Bear cuando despótica contra el aumento de impuestos a los millonarios. Dice que cada céntimo es fruto de su trabajo y que él sirvió en el ejército para defender esas cosas.

—¿Ah, sí? ¿Fue artillero en Vietnam para defender los salarios de los directivos de las grandes empresas?

—Eso creo.

—Y así debe ser —dijo Dovey—. Esto es América. Cuando vemos programas sobre las casas y la ropa de diseño de los ricos, babeamos que da gusto. Es patriótico.

—Yo no. Yo odio a los ricos.

—Sí, pero tú eres una aguafiestas de la igualdad de oportunidades y esas tonterías. Odias a todo el mundo.

—¡No es cierto! —exclamó Dellarobia, sorprendida—. ¿Tan mala soy?

Dovey se lo pensó un poco más.

—Quizá sea exagerado hablar de «odio». Digamos que no le perdonas nada a nadie. Excepto a mí. Por alguna razón, tengo carta blanca contigo.

—Sigo pensando que si voy a la iglesia, aprenderé a ser más amable. ¡Bobby Ogle es tan bueno...! Cub es muy dulce. Y mis hijos también, la mayor parte del tiempo. ¿Por qué yo no? ¿Cuál es mi problema?

—Posesión diabólica —sugirió Dovey—. Al menos, es lo que intuyo.

Dellarobia cogió un juego compuesto por jabonera y soporte para cepillo de dientes nuevecito, aún en el envase original. Dos dólares. Probablemente, habría empezado su vida costando dieciséis en un todo a un dólar. ¿Por qué no iba todo el mundo directamente a ese almacén?

—Te lo digo en serio —insistió—. ¿Soy odiosa por no estar de acuerdo en todos los temas con la gente de mi familia? En la mayoría de las cosas, estoy de acuerdo con ellos, quizá en nueve de cada diez asuntos. Pero si me alejo un poco de lo que piensan todos en una sola cosa, como esto del medio ambiente, parece que los estoy insultando.

—¿Ves? Por eso todo el mundo quiere hacer amigos por internet. Puedes encontrar gente que sea exactamente como tú y olvidarte de la familia y los amigos, que traen demasiados problemas. —Le sonó el teléfono, pero ella no le hizo caso y siguió riendo—. Lo malo es que cuando terminas de filtrar a todos los que no están de acuerdo contigo, sólo te queda un surfista jubilado que vive en Idaho.

La pared del fondo del almacén estaba tapizada de libros en estanterías que llegaban hasta el techo, donde era imposible que nadie los alcanzara. En el pasillo había un hombre con aspecto de pera, con gafas de leer y el pelo teñido de negro recogido en una coleta, leyendo un voluminoso tomo encuadernado en piel. Preston había encontrado los libros infantiles y ya estaba mirando a su madre con ojos suplicantes.

—«Un libro, un dólar» —leyó Dellarobia en voz alta—. Podemos llevarnos a casa dos o tres, pero mirar es gratis.

Preston empezó a sacar libros de la estantería, como un consumidor compulsivo que ha ganado un minuto de compras en un supermercado. Cordie y él se construyeron un castillo de libros y se sumergieron alegremente en su interior.

—Vaya, vaya —dijo Dovey—. Te han salido lectores.

«Dos cerebritos», pensó Dellarobia.

—Es una pena que hayan cerrado la biblioteca.

Dovey la miró extrañada.

—La de Cleary sigue abierta. Yo no he entrado nunca, pero dicen que es buena. Supongo que con la universidad aquí...

Dellarobia se preguntó por qué Cleary le había parecido tan lejano durante todos esos años. «Territorio enemigo», como decían Cub y sus suegros. La presencia de la universidad los ponía a la defensiva, como si temieran la mala conducta de los privilegiados. En los años noventa

había dado mucho que hablar un incidente en el que varios universitarios borrachos habían acabado recorriendo la avenida principal a caballo del todo desnudos. También estaba la rivalidad entre los equipos de fútbol americano. El instituto de secundaria de Cleary derrotaba infaliblemente al de Feathertown en el partido anual. Todas esas quejas la hacían sentirse tonta y vulnerable, como si hubiese estado jugando a las casas en una estructura cuyas paredes se había llevado el viento.

—¿Sabes una cosa? —preguntó Dovey de pronto—. Estoy harta de Facebook, el «libro de las caras». Deberíamos inventar Buttbook, el «libro de los culos». Sería más honesto. En lugar de amigos de Facebook, tendríamos enemigos de Buttbook. Enviaríamos mensajes de enemistad para hacer saber a la gente que no queremos ser sus amigos.

Al final de la estantería de libros, había una sección de maletas. Las había grandes y pequeñas, lisas y de cuadros. Allí habían encontrado los niños las suyas y allí las habían dejado, junto a una tercera más grande, como había supuesto Dovey. La mayoría parecían nuevas, y a Dellarobia la entristeció contemplar todas las maletas que nadie había llevado nunca a ninguna parte: el crucero para las bodas de oro que había acabado en la UCI, la luna de miel suspendida por razones económicas... Cada objeto en ese lugar aullaba de dolor por las esperanzas rotas de alguien.

Dovey parecía sorda al coro.

—¿Te acuerdas de cuando queríamos ser azafatas de vuelo? —preguntó—. Pero las azafatas nunca van a ninguna parte, ¿no? Vuelan mucho y acaban donde empezaron después de pasar el día entero sirviendo comida a gente gruñona. ¿Quién quiere algo así?

Dellarobia pensó que esa descripción encajaba perfectamente con su vida.

Preston se le acercó galopando, sin aliento, con un libro en la mano. Lo abrió por una página y le pidió que le leyera el texto.

—¿Dónde está tu hermana? —le preguntó Dellarobia.

—Por ahí, con nuestros libros —replicó él.

—No puedes dejarla sola.

Levantó la vista para ver si todavía podía localizar a Cordie. Por todas partes había niños sin ninguna vigilancia. El libro que había elegido Preston era una enciclopedia de animales, y el objeto de su curiosidad era «El albatros y la gaviota, habitantes del mar solitario». Preston aceptó esa información como si ya la conociera y rápidamente pasó a otra página.

—«El demonio de Tasmania —leyó Dellarobia— se aparea en marzo y abril.»

El libro resultaba muy pintoresco. Pasando las páginas hacia atrás, llegó a una sección titulada «¿Por qué es importante la naturaleza para el niño?». «Herbert Hoover era un geólogo excelente —siguió leyendo en voz alta—. ¿Por qué ya no hay científicos que se presenten a las elecciones presidenciales?»

—¿Me lo das, por favor? —suplicó Preston.

—Es un poco antiguo —le advirtió Dellarobia mientras buscaba el año: 1952.

—No importa. Es de animales —argumentó Preston—. Los animales no cambian.

—Es muy barato —intervino Dovey.

—De acuerdo. Puedes llevártelo.

Dellarobia deseaba que su hijo pudiera aspirar a algo más que a un libro de ciencia hallado en una mesa de saldos. Evidentemente, por eso la mayoría de la gente no compraba en ese almacén. No querían verse a sí mismos como el tipo de persona que compraba en ese lugar. Pero Preston parecía encantado mientras se iba corriendo a rescatar a su hermana. Al otro extremo de la sección de libros, el hombre en forma de pera seguía leyendo y ya iba por la mitad del libro enorme, que tenía claras intenciones de terminar. Quizá acudía al almacén todos los días.

Dovey y Dellarobia siguieron por un pasillo rodeado de artículos para mascotas. Las jaulas se cernían como esqueletos junto a inmóviles ruedas para hámster. Varios acuarios viejos e incrustados de cal se alineaban sobre una estantería, como bloques de espacio vacío sobre la pared. Los fantasmas de todos los animales muertos en sus antiguas casas hicieron pensar a Dellarobia en el bebé invisible del que Cub y ella no hablaban nunca, y cuya existencia quizá Preston y Cordie nunca llegaran a conocer.

—Esto es espantoso —le dijo a Dovey—. Es un cementerio de mascotas.

—No, no pienses eso —replicó su amiga—. Piensa que las mascotas han crecido y se han ido a la universidad.

—¿Y cómo es que nosotras no nos fuimos?

Se detuvieron delante de un soporte para pelucas sin peluca: una bola blanca de gomaespuma, del tamaño de una cabeza, que sólo destacaba por la cara que le habían pintado delante con rotuladores de colores. El retrato era inexperto, pero sumamente detallado, con pestañas,

pintalabios y pecas colocadas a la perfección. Era obvio que la obra pertenecía a una chica joven, una chica que había necesitado ponerse una peluca. Dellarobia dijo la palabra que nadie quería oír:

—Cáncer.

Dovey y ella se quedaron un momento en silencio junto a la obra de la joven artista que, para bien o para mal, ya no necesitaba peluca. Nada permanecía igual. La transformación era la definición de la vida. Era un concepto básico de biología, o al menos eso le habían dicho a Dellarobia, quizá demasiado tarde para que lo asimilara. Ella era una persona corriente y sentía que cada pérdida era su enemiga.

Un suave golpecito en el antebrazo la sobresaltó.

—¡Preston! —exclamó, llevándose la mano al pecho—. ¡Me has asustado!

El niño la miró a través de las gafas llenas de marcas de dedos, arrepentido de haberla sobresaltado, pero lleno de esperanza y confianza en lo que vendría después. Así era Preston. Le enseñó el mismo libro, pero esta vez abierto por un impresionante primer plano.

—«Cabeza aumentada de mosca común» —leyó ella en voz alta.

—¡Me encanta! —Preston pasó varias páginas—. ¿Y esto qué es?

—Hormigas —le dijo ella después de leer el epígrafe—. Hormigas volando.

—¿Las hormigas vuelan? —preguntaron al mismo tiempo Dovey y Preston.

—«El vuelo nupcial» —leyó Dellarobia en voz alta—. «En ciertas épocas del año, el hormiguero se llena de individuos alados: machos y hembras perfectas.» —Miró a Preston—. Es lo que dice aquí: «hembras perfectas». Por alguna razón que se desconoce, un buen día las hormigas comunes se vuelven contra las hormigas aladas, las atacan despiadadamente y las obligan a abandonar el hormiguero. Los machos y las hembras perfectas prueban sus alas por primera vez en el vuelo nupcial. —Dellarobia volvió a mirar a Preston—. Este libro es antiguo. Creo que ahora sólo dicen que se aparean y no mencionan nada de «nupcial».

El niño asintió gravemente.

—Después de aparearse, la hembra se arranca las alas y se mete en un agujero para iniciar su propia colonia. Tras criar a un pequeño grupo de obreras, se convierte en una máquina de poner huevos.

Dovey se estremeció.

—Puf. Y después de eso, viven felices para siempre.

—¿Cómo lo hace para arrancarse las alas? —preguntó Preston.

—No lo sé, mi vida. Pero como vamos a comprar el libro, lo averiguaremos.

—¿También podemos comprar éste? No es el mismo que te enseñé antes.

—A ver. —En el lomo tenía el número 16—. ¡Vaya! —exclamó Dellarobia—. Este libro forma parte de una colección, Preston. Es una enciclopedia.

—Ya lo sé, mamá. ¡Están *todos* los animales! —dijo él en tono cansado, como si a su madre hubiera que explicárselo todo.

—No creo que podamos comprar los dieciséis tomos.

Por un momento consideró la posibilidad, pero dieciséis dólares era mucho dinero, sobre todo para unos libros tan antiguos. Lo primero era el ordenador.

Preston miró el libro con una añoranza que la hizo sentirse mezquina. ¿A cuántas cosas lo haría renunciar por algo que quizá no se materializara nunca? Pero, como siempre, el niño encontró una solución intermedia.

—Yo me llevaré el libro de las hormigas y el de la gaviota —declaró—. Cordie quiere el del elefante bebé y el de los lagartos. Dos para cada uno, ¿de acuerdo?

Dellarobia inspiró profundamente.

—Cariño, no creo que nos dejen separar la enciclopedia. —La explicación no tenía ningún sentido para Preston, de modo que Dellarobia lo intentó de nuevo—. Se vende como un solo libro. Es como si quisieras comprar sólo la tapa de una tetera. No te dejarían. Tendrías que llevarte la tetera entera.

—Pero, entonces, si se vende como un solo libro, tiene que costar un dólar —razonó.

Dovey miró a su amiga levantando las cejas.

—Técnicamente, estás en lo cierto —replicó Dellarobia—. Tendrá que ser una cosa o la otra. Podría preguntar, pero no creo que los vendedores nos den la razón.

La sola idea de discutir y suplicar por unos libros que otra persona había desechado la puso de mal humor.

—Deja que vaya a preguntar Preston. Es muy persuasivo —sugirió Dovey.

Dellarobia vio que el miedo se apoderaba de su hijo cuando comprendió la propuesta de Dovey. Sus cejas rectas como navajas se levantaron cuando sus miradas se encontraron. Le estaba pidiendo que fuera en su auxilio.

—Verás, Preston. Si lo pido yo, me dirán que no. Aquí no soy nadie, y no querrán hacerme ningún favor. Pero tú eres ese niño fantástico que ambiciona tener su propia enciclopedia, ¿no? Tienes muchas más probabilidades que yo.

Hizo retroceder el carro para contemplar las cajas al otro extremo del pasillo. Había dos cajeros: un chico corpulento con los brazos cubiertos de tatuajes y una señora mayor con el pelo recogido en una coleta.

—Ven aquí —dijo. Se colocó detrás de su hijo con las muñecas cruzadas sobre el pecho del pequeño—. ¿A cuál de los dos prefieres?

El niño eligió al chico de los tatuajes, lo que no fue ninguna sorpresa para Dellarobia. En el mundo de Preston, las señoras con aspecto de abuela no se ponían automáticamente de parte de uno. Dellarobia le indicó que recogiera todos los libros de la colección que pudiera cargar y que fuera a presentar sus argumentos al chico de la caja. Dovey y ella lo vieron recorrer el largo trecho desde la sección de libros, como si fuera un recluso de camino a un encuentro con el juez.

—Silencio en la sala —le dijo a Dovey.

—Glup —replicó su amiga.

Ya había notado que las muñecas de su hijo sobresalían como cañas de trigo de las mangas, y ahora observó que una extensión considerable de calcetines quedaba a la vista por encima de los zapatos. ¡Por fin un estirón! El momento era perfecto. Podría actualizarle el guardarropa allí mismo y por muy poco dinero si conseguía alejarlo un momento de los libros. Con expresión torva, Preston había recogido todos los tomos amarillos que había podido, sin mirar a su hermana, que estaba muy ocupada metiendo libros en el bolso de imitación cocodrilo y tirándolos después al suelo. El niño esperó una eternidad en la segunda caja, detrás de una mujer que quería comprar una lámpara de pie y parecía tener algún problema. El chico de los tatuajes escuchaba con atención su monólogo, lo que no dejaba de ser una buena señal. Dovey y Dellarobia estaban mudas de aprensión.

Desde la distancia, no oían nada, pero vieron cómo Preston llegaba a la caja y exponía la situación. El cajero cogió uno de los libros que llevaba Preston y lo observó cuidadosamente.

—En la universidad donde enseñan Pete y el doctor Byron —dijo Dellarobia en voz baja—, los estudiantes envían mensajes de correo electrónico a los profesores para decirles qué nota quieren. ¿Te lo imaginas?

Cuando el cajero emitió su veredicto, Preston reaccionó con todo el cuerpo. Dellarobia y Dovey vieron cómo subía y bajaba el puño cerrado y distinguieron su exclamación de alegría, apenas audible desde lejos:

—¡Sí!

El niño se volvió hacia su madre, que permanecía en el otro extremo de una larga sucesión de artículos desechados, y cuando encontró su mirada, Dellarobia distinguió en su rostro una expresión de confianza que nunca le había visto. Sintió que lo estaba perdiendo. Ese niño llegaría lejos. Quizá ella también llevara dentro lo mismo que él, ese mismo mapa para moverse por el mundo. Pero había sido una simple portadora. No había hecho más que transmitirlo para que se alojara en su hijo y lo hiciera despertar. Él ya tenía los medios y las ganas de emprender el vuelo.

Una extraña neblina se extendió sobre el mes de febrero. Hester decía que era un mal augurio; pero en un invierno tan empeñado en desviarse de la norma, la mayoría de la gente estaba tan cansada de hablar del tiempo que recibió el último cambio meteorológico sin mencionarlo siquiera. Para Dellarobia, lo peor era que la niebla reducía la visibilidad matinal prácticamente a cero. Las nubes bajaban por las laderas y borraban las cumbres convirtiendo el accidentado paisaje en llanura. Dellarobia estaba contemplando con prismáticos los árboles amarillentos de las mariposas, en el valle donde el velo de la niebla suavizaba los colores del bosque hasta convertirlos en un pardo uniforme semejante al de las fotos antiguas. Estaba sentada en una silla plegable a escasos tres metros del sitio donde había visto por primera vez a las monarcas. El lugar estaba irreconocible gracias a la rotonda de grava que había construido Bear y al volumen de tráfico que su intervención había contribuido a facilitar. Ella no estaba ahí para contar turistas, pero esa mañana había visto seis. Se encontraba en lo que era, para los vehículos, el final del camino. Algunos visitantes aparcaban allí sus coches y bajaban a pie por el sendero hasta el lugar de estudio para verlo todo más de cerca. Otros se quedaban arriba, echaban un vistazo desde allí y se volvían a su casa.

El doctor Byron le había dicho que la niebla no era ningún misterio, sino una parte previsible de la llegada de un frente cálido. Ovid era capaz de transmitir conocimientos de física listos para el consumo, en bocados pequeños y fáciles de digerir. Le había explicado que el aire caliente podía contener más agua que el aire frío, y ella lo había entendido. La

repentina nitidez del aire otoñal y la estática que saltaba en chispazos de su pijama de fibra sintética las noches gélidas eran propias del aire frío, con poco vapor de agua. En cambio, las gotas que en pleno verano resbalaban por un vaso de té con hielo eran fruto del encuentro entre el aire caliente, húmedo como una esponja, y el frío del cristal. Eran cosas que ella podía ver.

Un todoterreno marrón subió dando tumbos hasta la rotonda y se estacionó en una esquina. Dellarobia vio bajar a una pareja: una mujer de mediana edad bien arreglada y un hombre extremadamente delgado con botas de senderismo.

—¡Mira, están aquí! —exclamó él con un susurro audible mientras permanecían de pie al borde del precipicio, con las manos unidas, emocionados por su suerte, como si las mariposas pudiesen haberse ido a otro sitio.

Ninguno de los visitantes del día se había dirigido a ella. Las preguntas que habían podido tener las habían dirigido a un hombre con pantalones militares que repartía octavillas a los turistas para pedirles que firmaran algún tipo de documento. No era del grupo de los californianos, como Carlos y Roger, que habían vuelto a su casa y se habían llevado consigo su ropa andrajosa y su buen humor. Ese hombre pertenecía a otra organización, una con sede en una ciudad que a ella no le sonaba, y no era precisamente un niño. Tenía el pelo blanco, usaba sombrero y bizqueaba un poco detrás de las gafas de cristales gruesos. Pese a la ropa de aspecto militar, no estaba en misión oficial. Al parecer, desde que se había jubilado viajaba de un lugar a otro dando a conocer su declaración, que Dellarobia aún no había leído. De hecho, esa misma mañana le había estado hablando hasta por los codos de toda la gente con la que se había entrevistado y de los encuentros poco amigables que había tenido con policías y guardabosques, añadiendo al final de cada historia el desconcertante comentario: «Y se acabó lo que se daba». ¿Qué se habría acabado? Dellarobia había notado que ese hombre, que respondía al nombre de Leighton Akins, se presentaba siempre como el héroe de todas las historias que contaba, indicio seguro de que no era del sur. Allí en el sur, si un hombre contaba una anécdota en la que él mismo no hacía el ridículo o, peor aún, en la que no había ningún motivo de risa, todo su público se largaba a la primera oportunidad. Como no podía largarse, Dellarobia lo escuchó un rato, después se puso a pensar en otra cosa mientras él hablaba y, finalmente, le dijo, con la mayor amabilidad posible, que ella estaba ahí haciendo un trabajo de bióloga y que tenía que concentrarse.

Se suponía que debía observar las colonias y registrar sus patrones de vuelo. Las mariposas estaban dando señales de inquietud, y muchas abandonaban los árboles y echaban a volar. Era cierto que hacía falta concentración para distinguir las pequeñas explosiones de vuelo, localizar a los individuos con los prismáticos y seguir por el aire las motas temblorosas que se desvanecían en la niebla. Los voluminosos prismáticos la ponían nerviosa. Seguro que equivalían a tres o cuatro

meses de las facturas que ella tenía que pagar y eran sumamente frágiles. Pero Ovid se los había dado y se los había colgado del cuello como si nada, sin darles importancia. Ésa sí que era una joya, y no los diamantes.

Ovid quería averiguar hacia dónde volaban las mariposas, en qué cantidad, y si volvían por la tarde. Quizá iban en busca de agua o fuentes de néctar. Tras sobrevivir a todas las amenazas que pesaban sobre ellas en ese lugar extraño, podía ser que las matara el calor, en lugar del frío. Los días más cálidos y soleados, que las sacaban de su sopor y las hacían volar, les exigían un gasto que jamás habrían tenido que soportar en el clima fresco y uniforme de las montañas mexicanas. Existía el riesgo de que agotaran sus reservas de grasa y murieran de hambre. Ovid le había preguntado a Dellarobia si florecía alguna planta en la región a finales de febrero, y ella le había pasado la pregunta a Hester. «La hepática, la hierba fétida, el heraldo de primavera y quizá también el berro de prado», había sido la asombrosa respuesta de su suegra. ¿Podía un insecto encontrar néctar en alguna de esas plantas? Hester no lo sabía, pero sorprendió a Dellarobia ofreciéndose para ir a buscar algunas flores. De ese modo, podrían poner a prueba la hipótesis con monarcas vivas en el laboratorio.

La pareja de turistas hizo una tonelada de fotos con una cámara que parecía cara hasta por el ruido que hacía al disparar. Después de hablar cordialmente con Leighton de su campaña, los dos se dispusieron a bajar a pie por el empinado sendero para ver mejor a las mariposas, como Dellarobia había supuesto que harían. Para entretenerse, había cogido la costumbre de pronosticar quiénes bajarían a pie y quiénes se darían la vuelta, basándose en la masa corporal y el tipo de calzado de los turistas. Hasta entonces, había acertado siempre, excepto en el caso de dos chicas jóvenes que habían desafiado todas las expectativas emprendiendo el descenso con botas de tacones de aguja.

La pareja del todoterreno no se quedó mucho tiempo. No tardaron en subir por el sendero y marcharse, posiblemente desalentados por la niebla. Casi de inmediato, Dellarobia oyó acercarse otro vehículo, que por el ruido no parecía un coche. Podía ser una moto, pero ¿qué clase de loco se habría atrevido a subir en moto por ese abrupto camino de grava? Oyó que aumentaban las revoluciones del motor mientras el vehículo resbalaba y se inclinaba, y, finalmente, como respuesta a todas sus dudas, vio aparecer a Dimmit Slaughter, compañero suyo de instituto. Dimmit abrió el caballete de la moto de una patada y desmontó de la máquina, sin casco, con la camiseta estirada casi hasta reventar sobre la protuberante barriga y las letras de la inscripción distorsionadas como los créditos de una película de terror. Se ajustó los vaqueros y lanzó un silbido de admiración ante el paisaje, o ante alguna otra cosa. Ella intentó no fijarse en la barriga, pero era difícil no mirarla, enorme como un globo bajo la camiseta amarilla remetida por dentro del cinturón de la manera menos favorecedora que se pudiera imaginar. Muchos hombres vestían así, y a ella le parecía un misterio que con semejante físico pudieran pavonearse con tanto orgullo,

mientras que las mujeres pasaban la vida entera tratando de disimular defectos que, básicamente, eran indetectables para el ojo humano.

—¡Pero si es la señorita Dell! —exclamó Dimmit—. Ya me habían dicho que venías a menudo por aquí arriba. ¿Dónde está el Granjero?

—No suele venir por aquí —replicó ella.

Leighton Akins empezó a acercarse con sus panfletos, pero reconsideró la idea.

—¿Cuándo empieza la diversión? —preguntó Dimmit.

—Estoy trabajando.

La miró de arriba abajo sentada en su silla plegable. Probablemente, habría mirado de la misma manera en alguna sucia pantallita aquella imagen en la que aparecía semidesnuda sobre una concha marina.

—Está muy bien —replicó Dimmit— si has podido conseguirlo.

—¿Qué? ¿El trabajo? Deberías probarlo alguna vez. Para variar.

—¿Quién te paga? ¿El Gobierno?

—¿Y a ti quién te paga la baja, Dimmit? ¿Santa Claus? —Había oído decir que se había lesionado la espalda al caer por una ventana, pero no trabajando—. Me pagan con una beca de la Fundación Nacional de la Ciencia —le informó finalmente.

Dimmit recogió un quebradizo cadáver de mariposa del barro de la cuneta, al borde del camino de grava, y se la echó sobre la libreta con un golpe del pulgar.

—Aquí tienes, para tu fundación de la ciencia. ¿Por qué no le practicas una diálisis para averiguar de qué ha muerto?

El señor Akins pareció alarmado, pero Dellarobia no tenía miedo de Dimmit. Cub y él se movían en los mismos círculos. Puede que ella no despertara demasiada simpatía en el pueblo últimamente, pero si Dimmit Slaughter hacía algo indebido, le tendrían todavía más antipatía a él.

—Veo que, desde la última vez que te vi, ocupas más espacio en el mundo —observó ella.

Él se apoyó las dos manos sobre la esfera del vientre y le hizo un guiño.

—Aquí tengo el combustible para mi máquina del amor.

Ella puso los ojos en blanco. No le habría importado ir por la vida con la misma confianza que Dimmit, pero jamás habría aceptado su físico como parte del trato. Habría sido como despertarse embarazada todas las mañanas por el resto de su vida.

La niebla se había coagulado en una cubierta baja y densa, y hacía más de una hora que no se distinguía ningún movimiento entre las mariposas. Un termo con café que había dejado en el lugar de estudio parecía estar llamándola por su nombre. Pero Dimmit se había acercado al señor Akins y entre los dos le estaban bloqueando el paso, por lo que esperó a que terminara su encuentro. No tuvo que esperar mucho. El señor Akins le explicó a Dimmit que estaba pidiendo a la gente que firmara un compromiso para reducir el impacto de la actividad humana en el planeta. Dimmit asintió con calma, cogió la octavilla, hizo con ella un avión de papel y la lanzó hacia el valle neblinoso. Después, arrancó la Harley y se marchó haciendo saltar la grava.

—Dimmit es así —se disculpó ella delante del señor Akins mientras apoyaba la silla plegable en un árbol—. Lo conozco de toda la vida. Con alguna gente, es mejor no intentarlo.

—Yo siempre lo intento —dijo el señor Akins con una sonrisa. Dellarobia se fijó en el corte recto del flequillo, blanco como la nieve, y en el hueco que tenía entre los dientes delanteros—. Por eso vengo a sitios como éste, en lugar de ir a Portland o a San Francisco. Vosotros, los de aquí, también tenéis que subiros al tren, igual que el resto. O incluso más.

Sin saber qué responder a eso, ella emprendió el descenso con las botas de suela de cuero de los granjeros. «Vosotros, los de aquí.» «O incluso más.» Sintió que le subía el calor desde el cuello de la camisa. Recordó cuando Dovey le había dicho que ella odiaba a todo el mundo. No era cierto, pero empezaba a parecerlo. Leihgton Akins y sus botas perfectas. Por lo visto, todos esos turistas la ignoraban porque ella y la gente como Dimmit eran «los de aquí». Siguió bajando por el bosque envuelto en la niebla, un poco desorientada por la blancura suspendida en el aire. En el bosque mixto y escuálido que se extendía en torno al pequeño abetal, viejos pinos contorsionados destacaban como en un relieve. Un solitario pájaro carpintero lanzó su reclamo, semejante a una carcajada. El sendero atravesaba el cauce de un torrente, en cuyas orillas se acumulaba una gruesa capa de cadáveres de mariposas, que habían sido arrastrados desde el centro del lugar donde se congregaban y tirados allí como basura.

A lo lejos, vio la larguirucha figura de Ovid Byron, que también bajaba por la ladera, siguiendo un camino propio entre los troncos cubiertos de mariposas. Dellarobia apretó el paso para alcanzarlo en el punto donde se incorporaría al sendero, y tropezó un poco con la raíz de un árbol. No sabía si a él le importaría que hubiera abandonado su puesto.

—¡Eh! —lo llamó—. Cuando se ocultó el sol, me acordé del café caliente.

Él la esperó con los brazos cruzados y con todos los dientes de su sonrisa reluciente por delante.

—Las grandes mentes tienen ideas similares.

—Tengo algo increíble que contarte —dijo cuando finalmente lo alcanzó—. Quería preguntarte si puede venir Preston mañana, después de la escuela. Pero no es eso lo increíble.

Su sonrisa se iluminó todavía más, como si hubiera puesto las luces largas en los faros de un coche.

—Sí que lo es. Preston es un chico increíble. Tengo que confesarte que te envidio, Dellarobia. ¡Me encantaría tener un hijo como el tuyo!

—Gracias.

—Y claro que puede venir. He estado pensando en un pequeño proyecto para él.

Sintió que le daba un vuelco el corazón, pero se contuvo para no hablar. ¿Por qué no tendría hijos? ¿Qué discusiones, qué diferencias, qué tipo de mujer se lo habría impedido? Siguió andando tras él, por el sendero, haciendo un esfuerzo para mantener su ritmo al tiempo que miraba sus huellas y pensaba que le iba pisando los talones.

—Eso tan increíble que quería contarte —dijo— es que hay un hombre que se ha ofrecido voluntario para transportar las mariposas a Florida. A un parque natural, supongo. Parece ser que tiene familia por allí. — Dudó un momento al reconocer lo absurdo de la proposición—. Pensé que debía decírtelo. Ayer lo llamé y hablé con él. Mostró mucho interés, ¿sabes? Le interesa mucho que las mariposas sobrevivan.

—Que sobrevivan —repitió Ovid.

Aunque sólo le veía la espalda, Dellarobia reconoció la falta de entusiasmo.

—Ya veo que es mala idea. Lo siento.

Una gota fría de lluvia le alcanzó el dorso de la mano izquierda.

—Pero muy generosa. ¿Quién es ese hombre?

—Un camionero que conduce semirremolques. Se llama Baird. Vive en Feathertown. Tiene buenas intenciones, de verdad. Pero ya veo que es una idea estúpida.

—En Feathertown —repitió Ovid—. Es muy conmovedor que se haya ofrecido.

Se detuvo en el sendero y levantó la vista hacia las hojas de los árboles mientras caían más gotas.

—¿Está empezando a llover? —preguntó ella.

Él asintió apuntando un dedo como si fuera una pistola, a través de los árboles, hacia el refugio bajo el toldo azul, el lugar de estudio, y los dos echaron a correr hacia allí, bajo el repentino aguacero. Ovid cubrió la distancia como un venado, con sus largas zancadas, esquivando las ramas caídas. Ella llegó tras él, temblando. Se subió la capucha de la sudadera y se metió cada mano en la manga del otro brazo.

—¿Por qué es mala idea? —preguntó.

La lluvia caía ruidosamente sobre el toldo de plástico. Parecía como si él estuviera esperando turno para hablar. Ovid y Pete habían preparado ese refugio un día de lluvia con una cuerda tendida entre dos árboles para formar una especie de viga, y cuatro cuerdas más que habían pasado por los ojales metálicos de las esquinas del toldo y después habían atado a los árboles. Dellarobia se había maravillado viéndolos construir un techo simple y perfecto que parecía levitar sobre la mesa de contrachapado y la única silla plegable. Ahora estaban allí, Ovid y ella, en su casita sin paredes.

—Un animal es la suma de sus comportamientos —dijo él finalmente—, la suma de su dinámica comunitaria, y no sólo un cuerpo físico.

—Una monarca es lo que es por las cosas que hace. ¿Es eso lo que quieres decir?

Él estaba de pie, contemplando el bosque con los brazos cruzados. No estaba del todo vuelto hacia ella, ni del todo vuelto hacia otro lado.

—Las interacciones con otras monarcas, el hábitat, la migración, todo. El conjunto de las mariposas funciona como un solo ser. Podrías verlo así.

Y así lo veía ella con frecuencia. El bosque de las mariposas era para ella un gran ser vivo silencioso al que sentía respirar. Las monarcas tapizaban los troncos como anaranjadas escamas de pez. A veces, todas las alas se movían lentamente al unísono. En una ocasión, mientras Ovid y ella trabajaban en medio de todo eso, él había preguntado qué sentido tenía salvar a un mundo que había perdido su alma. Continentes sin mariposas, mares sin coral... Eso era lo que quería decir. ¿Y si todo el esfuerzo humano se reducía, básicamente, a guardar una plaza para aparcar? Le había confesado que ésos no eran pensamientos científicos.

La lluvia suavizó un poco la percusión sobre el toldo. La luz que lo atravesaba los bañaba a ambos en un tenue resplandor cerúleo. El lugar de estudio estaba por completo desierto. Ella se preguntó si él también percibiría la atmósfera reconcentrada de la soledad que los rodeaba.

—Pero ¿por qué tienen que moverse? ¿No podría ese ser vivo único quedarse siempre en el mismo sitio?

—El problema es la genética —respondió él—. Tú eres quien eres por una historia de combinaciones genéticas. Ellas también. Las monarcas dependen de una alternancia concreta entre endogamia y exogamia.

Dellarobia corrigió la impresión que tenía del momento. Ovid no sentía que estuviera solo con ella en ese lugar. No iba a ser la típica escena de película. Él estaba en la iglesia: con sus ideas, en compañía de los animales. Ella tenía que crecer cada día para ponerse a la altura de ese hombre.

—Explícame qué significa —dijo—. Eso de la alternancia.

—Durante la mayor parte del año, los intercambios genéticos son relativamente locales. Las generaciones estivales se reproducen dentro de grupos pequeños y poco a poco se desplazan hacia el norte. Algunas mariposas se alejan sólo unos cuantos kilómetros del lugar de su nacimiento antes de aparearse y morir. Pero en invierno, toda la población se reúne en un único lugar y entonces se produce una mezcla genética considerable.

—Ya lo entiendo. Es como cuando pasas la mayor parte del año intercambiando tus cosas con la gente del pueblo en la tienda de segunda mano y, después, una vez al año, vas al «todo a un dólar» y compras artículos importados.

Ovid se echó a reír.

—¡Eres muy buena! Ojalá pudiera llevarte a clase para que se lo explicaras a mis alumnos.

Ella intentó no sonreír demasiado. Su termo de café estaba sobre la mesa, oculto entre cajas de plástico, debajo de un chubasquero que se había dejado alguien. Se puso a revolver otras cosas hasta que encontró las dos tazas manchadas que siempre se quedaban allí, como un rasgo permanente del lugar de estudio. Arrojó al suelo los posos granulados del café del día anterior y tendió el brazo fuera del refugio para recoger un poco de lluvia en las tazas y, después, limpiarlas con los faldones de la blusa. Desenroscó la tapa del termo y llenó las dos tazas. Eran labores domésticas en la casa invisible. A Ovid también le gustaba el café negro y sin azúcar, como a ella.

Ovid agradeció su taza con una inclinación de la cabeza y se sentó en el tronco caído que les servía de mobiliario.

—No conocemos ningún otro caso parecido en todo el mundo —dijo—. Esa alternancia entre intercambios genéticos locales y universales forma una especie de superinsecto. La población puede fluctuar y multiplicarse por cinco en un solo año. Es una póliza de seguros contra sorpresas medioambientales.

«Contra sorpresas, sí, pero dentro de unos límites», había querido decir. Pareció pensativo, mientras bebía su café, contemplando la lluvia. Le había cedido a ella la silla plegable, pero ella se quedó de pie. De los largos racimos de mariposas empezaron a caer gotas. Las mariposas de los extremos giraban lentamente sobre sí mismas, movidas por un viento imperceptible, como tristes remedos de un ahorcado. Un fragmento de uno de los cúmulos próximos al refugio cayó al suelo de repente, tras separarse de la gran bestia colectiva. Bajo el aguacero, las mariposas caídas no tenían la menor esperanza de levantar el vuelo. Dellarobia se quedó mirando la nueva legión de las condenadas, que se tomaban su tiempo para morir.

—¿Hoy no ha venido nadie más? —preguntó.

Ovid negó con la cabeza.

—Le dejé un par de mensajes a Vern, pero no me ha llamado. Parece que estamos perdiendo a nuestros voluntarios. Puede que tengan exámenes.

El toldo sobre sus cabezas empezaba a abombarse en los puntos donde se acumulaba el agua de lluvia. El techo de su casa invisible se estaba viniendo abajo. ¿Y cómo no iba a caerse bajo el peso de todo lo que estaba pasando? Poco a poco, ella empezaba a hacer suya la visión que tenía Ovid del tiempo meteorológico como un todo, y no simplemente como la película que se veía por la ventana. Era algo real, en un sentido que la ventana y la casa nunca podrían serlo.

Las mariposas dispersas por el suelo batían agónicamente las alas, enseñando por última vez su brillante color anaranjado. «Rebélate, rebélate contra la muerte de la luz.» Así acababa un poema que ella conocía gracias a lo más rescatable de su educación: la señora Lake, que ya había muerto. De pronto, sintió que no podía soportarlo más y entonces salió bajo la lluvia para recoger a una de las tristes supervivientes y llevarla consigo bajo el toldo. Se la acercó a la cara. Era una hembra y parecía toda una señora con su esbelto abdomen de terciopelo y sus enormes y dolorosos ojos negros. La probóscide se enrollaba y desenrollaba como un muelle. En el dedo notó los ganchos de los extremos de las patitas de alambre. La levantó en el aire y las alas se abrieron, como una débil señal.

—Entonces tú eres una de las personas que pueden soportarlo —dijo ella—. Me refiero a esto: ser testigo de una extinción.

Él no interrumpió del todo su comunión con la naturaleza, o su vigilia, pero respondió:

—Si alguien a quien quieres mucho se estuviera muriendo, ¿tú qué harías?

Ella se negó a darle a la frase su curso natural. No quería pensar en Preston, ni en Cordie. No quería otra pérdida fuera de control. Pero pensó en los Cook y en su hijo. En un caso así, había que hacer trasplantes de médula, o lo que fuera preciso. Había descubierto gradualmente la tristeza de Ovid, pero, de pronto, la vio en su totalidad y comprendió la naturaleza de su pérdida.

—Haría todo lo posible —respondió—. Y supongo que después haría todo lo imposible. Tendría que seguir haciendo todo lo que pudiera para que no se me parara el corazón.

La mariposa que tenía en la mano volvió a estremecerse, y ella la levantó para verla al trasluz. Distinguió cada rasguño en las alas refulgentes, como en los cristales rayados de unas gafas viejas.

—Si pudiéramos conseguir que se aparearan y pusieran huevos... —dijo—. Sólo unas pocas. No estoy diciendo que las traslademos a Florida, sino que las cuidemos sólo lo suficiente para que sobrevivan este invierno.

Él la miró.

—No es mi misión, Dellarobia.

Ella lo consideró un momento. ¿A quién pertenecía una especie? Ni siquiera sabía si había leyes al respecto. Se sentó en la silla plegable y notó que él miraba con inquietud las notas de campo apiladas sobre la mesa.

—No soy el cuidador de un zoo —dijo Ovid—. No he venido a salvar a las monarcas. Lo único que intento es leer lo que están escribiendo delante de nuestros ojos.

Dellarobia sintió una incipiente indignación.

—Si no las salvas tú, ¿quién va a salvarlas?

Se le ocurrían varias respuestas: las tejedoras, los chicos con la ropa reparada con cinta aislante y otra gente que Cub y sus padres consideraban que estaban al margen del mundo normal de los adultos.

—Eso es un problema de conciencia —dijo él— y no de biología. La ciencia no nos dice lo que debemos hacer. Nos muestra solamente lo que hay.

—Entonces, debe de ser por eso que no le gusta a nadie —dijo ella, sorprendida ante la amargura de su tono.

También Ovid pareció sorprendido.

—¿La ciencia no le gusta a nadie?

—Lo siento. No debí de hablarte así. Me has explicado lo grande que es todo el asunto del clima y cómo está acabando con cosas que damos por sentadas. Pero otros, como mi marido o los tipos de la radio, dicen que no hay que prestarle atención, que es algo que no está demostrado.

—Estamos hablando de algo completamente claro y evidente, Dellarobia. Los científicos están de acuerdo. Esos tipos de la radio no deben de ser científicos. ¿Por qué escucha la gente a un curandero cuando necesita a un médico?

—Es lo que intento decirte. Vosotros, los científicos, no caéis bien a la gente. Quizá vuestra medicina sea demasiado amarga, o tal vez no sabéis venderla. O también puede ser que ni siquiera os toméis el trabajo de explicarnos las cosas porque creéis que no vamos a entenderlas. Deberíais empezar por los niños de parvulario y avanzar desde ahí.

—Ya es tarde para eso, créeme.

—No digas que es tarde. No puedo soportarlo. Tengo hijos en los que pensar.

Ovid asintió lentamente.

—Antes, la gente confiaba en nosotros, en los científicos.

—El presidente Herbert Hoover era científico. Lo he leído.

Preston había llevado la enciclopedia a la escuela para enseñarla. Las hormigas voladoras ya estaban pasando de mano en mano.

Ovid pareció lejanamente divertido.

—Me refería a una época más reciente que la de Herbert Hoover. Hace quince años, la gente ya había oído hablar del calentamiento global, al menos en líneas generales. En las encuestas, la mayoría contestaba: «Sí, existe, es un problema». Daba igual que fueran liberales o conservadores; todos contestaban lo mismo. Ahora hay una división.

—Supongo que sí. La gente se divide. Como los niños en una casa o en el colegio, ¿no? Tienen que marcar diferentes territorios. Algunos son los preferidos de la maestra y otros, los gamberros.

—Entonces ¿crees que es una división territorial, que nosotros mismos hemos marcado la división: por un lado, los serenos e instruidos defensores de la ciencia y, por otro, los irascibles e ignorantes negacionistas del cambio climático?

Dellarobia pensó que Ovid estaba dando todas las cartas buenas de la baraja a uno solo de los bandos. ¿Dónde encajaban en su esquema las chicas de pelambre salvaje que tricotaban mariposas?

—Lo que yo digo es que primero se elige bando y después se reparten las cartas —respondió ella—. En el equipo de los provincianos, tenemos las armas, los tractores John Deere, los frascos de conservas, los modales bruscos y la costumbre de no pedir nada a nadie. El otro equipo va vestido con ropa cara y tiene el reciclaje, el control de la natalidad, el café expreso y todas las segundas oportunidades que hagan falta. Y también estudiantes que mandan mensajes diciendo que merecen un sobresaliente.

Ovid parecía estupefacto.

—¿Qué? ¿Estás diciendo que esto es algún tipo de competición entre la población de las zonas rurales y la burguesía?

Ella le devolvió la mirada.

—No creo haber dicho nada de eso.

—Algo parecido. Uno de tus equipos tiene toda la capacidad para abrir fronteras, mientras que el otro parece estar cultivando el malestar social mientras empuja el arado.

—Ah —dijo ella sin entender del todo.

—Pero ¿no crees que las fronteras de este mundo ya están abiertas?

—Supongo que sí. Quizá. O más bien no. Depende.

—¿De verdad?

—Bueno, sí. Si es verdad lo que dices de que todo esto va a saltar por los aires, entonces ¿qué? ¿Empezamos de nuevo?

Ovid no dijo nada. Ella sabía que se había excedido al expresarlo de esa forma. Aquello era como una iglesia para él, o como sus hijos para ella. Era lo que lo mantenía despierto por la noche.

—Lo siento —dijo ella—. Lo único que digo es que la carta del medio ambiente se la repartieron al otro equipo. Esa clase de preocupaciones no es para gente como nosotros. Es lo que dice mi marido.

Ovid frunció el ceño con gesto grave.

—¿La sequía y las inundaciones no preocupan a los granjeros?

—¿Acaso crees que alguien decide por la información que tiene? En el fondo, nadie decide.

—La información es todo lo que tenemos. —Ovid se la quedó mirando, y a ella le pareció que nunca lo había visto tan desnudo, y eso que ya lo había visto en cueros—. Todos deciden —prosiguió—. Cuando una persona se topa con una verdad difícil, puede mirarla a la cara o salir huyendo.

Ella negó con la cabeza.

—Mi marido no es ningún cobarde. Le he visto meter todo el brazo en la enfardadora para desenredar el cordel, con la máquina en marcha, y todo para salvar la cosecha de heno de la lluvia. Si hablamos de tener agallas, mi marido las tiene. Mis suegros y él miran los problemas a la cara seis días a la semana, y los domingos van a rezar por los que realmente lo necesitan.

Ovid parecía entenderla, aunque probablemente no había conocido a muchos hombres que hubieran perdido un brazo en una enfardadora.

—La gente tiene unas posiciones asignadas —continuó ella—. Si toda la vida has sido la chica mala del colegio, acabas pensando que si has pagado el precio, al menos puedes disfrutar de los beneficios. Si yo soy la provinciana al volante de la camioneta, entonces déjame que gaste gasolina.

Por su expresión, Ovid estaba perplejo. Quizá entendiera más de mariposas que de personas.

—Detesto tener que decirlo, pero no está bien visto que alguien como yo venga a trabajar aquí con alguien como tú. Tampoco a Pete le gustó la idea en un principio, pero con el tiempo lo superó. No todos lo superan.

Al final, se había animado y había echado un vistazo a la web de rumores que Dovey le había mencionado, y había salido escaldada. Según muchos de los comentarios, el doctor Byron era un forastero que había ido a meter las narices en los asuntos del pueblo sin que nadie lo llamara. Según algunos, ya la había dejado embarazada.

—¿Has tenido algún problema con Pete?

—Pete es muy amable, y también lo eran Bonnie y Mako. Por alguna razón, todos vosotros me habéis dejado entrar en vuestro mundo. Pero, créeme, si me hubierais conocido cuando era la camarera del bar de la carretera, no me habríais incluido en vuestras conversaciones sobre las poblaciones viables y las zonas de invernada. La gente deja fuera a los del otro lado. Funciona así en ambas direcciones.

Podía imaginarse a sí misma en delantal, sirviéndoles café en uno de los grasientos reservados del ya difunto Feathertown Diner. En realidad, era muy probable que Ovid le hubiera pedido su opinión incluso allí. «Si sólo me escucho a mí mismo, no aprendo nada», le había dicho aquella primera noche. Por eso se dijo que había llegado el momento de callarse.

—Los humanos somos seres sociales por naturaleza —dijo él—. No podemos evitarlo. Hemos evolucionado así. En nuestra especie, interpretar las intenciones de nuestros congéneres y mantenernos dentro del grupo son habilidades clave para la supervivencia. Pero me gusta pensar que los científicos somos los árbitros y que podemos hablar con ambos bandos.

—Quizá, pero tú no hablas con nadie. Siempre me estás diciendo que ni siquiera os tiene que importar y que lo único que hacéis es medir y contar.

«Muy bien —pensó Dellarobia—. Ahora sí que me tengo que callar.»

—Buena observación —dijo él—. Si participamos demasiado en el debate público, nuestros colegas nos critican por el lenguaje impreciso que empleamos, por dar por seguras cosas que no lo son o por ser demasiado teatrales. Incluso palabras simples, como «teoría» o «prueba», tienen un significado diferente fuera de la ciencia. Si nos dedicamos a la divulgación, corremos el riesgo de que nuestros colegas nos consideren investigadores de segunda fila.

Dellarobia se sorprendió al oírlo. Hasta ese momento había pensado que si en algún sitio había gente sensata, tenía que ser en las universidades. Por otro lado, «investigador de segunda fila» no estaba al nivel de «puta del enemigo».

—¿Por eso no hablas con los periodistas? Porque, sinceramente, yo creo que explicas las cosas muy bien.

Él soltó el aire en una exhalación tan larga que por un momento Dellarobia temió que se fuera a desmoronar.

—Es un camino peligroso, sobre todo para los ecólogos como yo. La ecología es el estudio de las comunidades biológicas, de las interacciones entre las poblaciones. No tiene nada que ver con reciclar latas de aluminio. Es una ciencia experimental y teórica, como la física.

Pero cuando intentamos presentar nuestra ciencia al público, enseguida piensan que vamos a sacar las pancartas.

—Lo entiendo —dijo ella.

—Oigo tales idioteces a propósito de la «ecología», Dellarobia, que a veces tengo ganas de partirle a alguien una balanza Mettler en la cabeza.

—¡Caramba!

—Los de mi campo podemos ser muy susceptibles —dijo él.

«Desde luego», pensó ella.

El aguacero estaba amainando. La lluvia seguiría su camino por las laderas del valle. Ovid se levantó del tronco y golpeó el toldo con el dorso de la mano para descargar el charco que se había acumulado encima. Vació la taza de café y la apoyó con gesto decidido sobre la superficie de contrachapado.

—Creo que ya podemos volver a nuestros puestos —dijo—. Yo debería bajar al laboratorio. Me gustaría diseccionar a algunas de estas hembras bajo el microscopio para ver si están saliendo de la diapausa. ¿Qué viste tú esta mañana?

—Unas cuantas volando —respondió ella—. Al principio, cuando parecía que iba a asomar el sol, eran muchas. Casi todas lo hacían bajando por el valle en dirección oeste.

Ovid se metió las manos en los bolsillos del chubasquero.

—Si no vuelve a llover, podrías seguir observando toda la tarde. Siento curiosidad por saber si regresan a la colonia. Probablemente, lo que has visto son vuelos cortos en busca de agua o néctar, y no el comienzo de la dispersión primaveral. Pero no lo sabemos con certeza.

Recogió la nevera portátil blanca y roja que usaban para transportar mariposas vivas y salió del refugio. Se agachó junto al fragmento desprendido y empezó a elegir especímenes, entre las ya condenadas, para sus disecciones vespertinas. Al menos, esas mariposas entregarían sus cuerpos a la ciencia. Dellarobia se arrodilló al lado de Ovid para ayudarlo. Iban a tener que guardar todo el material porque estaba previsto que el frente borrascoso trajera más lluvias y, posiblemente, vientos fuertes.

—Cuando hagan eso de la dispersión primaveral, si es que aguantan, ¿adónde irán? —preguntó ella.

—¿Adónde irán? —repitió él.

No dijo nada más. Guardó silencio durante tanto tiempo que ella dejó de esperar una respuesta mientras recogía mariposas rígidas y quebradizas, y las desechaba una tras otra. La mayoría llevaban demasiado tiempo muertas.

Finalmente, Ovid dijo:

—Irán a un mundo completamente nuevo, diferente del que las mantiene hasta ahora, distinto del que las ha hecho vivir de la manera en que todos conocemos.

Dellarobia encontró una hembra viva, todavía flexible y capaz de mover aún levemente las alas, y la dejó caer en el interior de la nevera abierta. Esas mismas neveras portátiles, donde no cabían más de seis latas de cerveza, se usaban también para transportar los órganos de un donante fallecido hasta el hospital en el que alguien esperaba un trasplante, quizá con el pecho vacío, con el viejo corazón ya extirpado. Lo había visto en la televisión. Le pareció una responsabilidad enorme y terrible para una nevera de aspecto tan corriente.

—Un mundo completamente nuevo no es nada bueno, Dellarobia — añadió él.

—Lo sé —replicó ella.

Nadie habría querido vivir en un mundo donde no pudiera contar con nada de lo que siempre había conocido. Eso era algo que ella podía entender, tanto o más que cualquier otra persona.

No estaba preparada para encontrarse con Leighton Akins en lo alto del sendero, ocupando el pequeño territorio de grava que ella habría querido reservarse en exclusiva. Y, para colmo, se había sentado en su silla plegable. Allí había construido una improvisada tienda de campaña con un poncho de plástico y parecía haber ingresado en un estado de ensoñación. Cuando ella lo saludó, se puso de pie de un salto.

—Estaba a punto de irme —dijo él, cediéndole la silla—. No tengo más octavillas. Después del avión de papel, se acabó lo que se daba. Pero tuve que quedarme hasta que parara de llover.

—Qué pena —dijo ella—. Me habría gustado ver una de sus octavillas.

—En realidad, me queda una —replicó él—, pero la necesito para hacer más copias. ¿Sabe si hay alguna copistería en el pueblo? Antes he estado buscando una, pero no he visto nada.

—¿Ha preguntado en el banco?

Se sentó en la silla, agradecida, a su pesar, de que se la hubiera mantenido seca. El cielo estaba empezando a despejarse y se veía algo

de movimiento al fondo del valle. Escudriñó un amplio espacio de niebla vacía. Utilizar los prismáticos requería cierta habilidad.

—¿En el banco?

—Sí. Tienen una fotocopidora y la dejan usar. Todo el mundo la usa.

—En el banco. ¿Quién lo hubiera dicho?

El señor Akins se quedó un momento parado, sin hacer ni decir nada. Dellarobia se preguntó adónde iría por la noche y si lo estaría esperando alguien. Probablemente, no. Probablemente, se alojaba en el Wayside.

—Entonces ¿es una declaración? —preguntó ella, con los prismáticos dirigidos a la neblina del valle, tratando de distinguir motas móviles—. A ver. Enséñeme lo que nos pide que firmemos.

Con su visión periférica lo vio rebuscar en la mochila.

—Podría leérsela —propuso él—. Es una lista de las medidas que usted se compromete a tomar para reducir su consumo de carbono. Eso significa usar menos combustibles fósiles para reducir el daño que las emisiones de carbono están haciendo al planeta.

—Ya sé lo que significa —replicó ella.

—Muy bien. «Compromiso de sostenibilidad» —leyó—. La primera categoría es «Alimentos y bebidas». ¿Quiere que le lea la lista?

—Podría echarle un vistazo yo misma.

Él la miró con expresión contrariada, aferrado a su octavilla como si fuera su testamento. ¿La creería capaz de hacerle la misma mala jugada que Dimmit?

—De acuerdo. Léamela. De todos modos, se supone que no puedo apartar la vista de las mariposas.

Veía cinco en ese momento, revoloteando sin rumbo fijo. Recordó las hormigas voladoras del libro de Preston. Pensó que si venía su hijo al día siguiente, tendrían que acordarse de preguntarle al doctor Byron por la misteriosa referencia a las «hembras perfectas».

—«Número uno: Cuando vaya a un restaurante, lleve una fiambarrera, siempre que sea posible, para llevarse las sobras a casa.»

—Hace más de dos años que no voy a un restaurante.

—¿De veras? ¿Puedo preguntarle por qué?

A ella le habría gustado volverse para fulminarlo con la mirada, pero no quería perder de vista a las mariposas. Sabía que Cub a veces compraba comida rápida cuando iba a repartir grava. Había encontrado los restos en el suelo de la camioneta y él le había jurado que no volvería a pasar, como si lo hubiera sorprendido tonteando con una chica. No podían permitirselo y Cub lo sabía, pero su marido no era el tema de la conversación.

—Muy bien. «Número dos —prosiguió el señor Akins—: Intente llevar su propia taza para el té o el café, en lugar de usar vasos desechables.» Supongo que no se aplica a su caso. Tampoco esto de llevar cuchillo y tenedor para no usar cubiertos de plástico. Bueno, aquí hay uno que sí: «Lleve el agua del grifo en una cantimplora, en lugar de comprar agua embotellada».

—El agua de nuestro pozo es buena. Ni locos pagaríamos por el agua del supermercado.

—Muy bien, perfecto —dijo él—. «Intente reducir su consumo de carne roja.»

—¿Qué dice? Yo estoy tratando de *aumentarlo* .

—¿Por qué?

—Porque los macarrones con queso alimentan, pero hasta cierto punto. En la granja criamos corderos, pero no puedo guardar la carne porque no tengo congelador. Tengo que pedirselo a mis suegros.

El señor Akins guardó silencio. Sus ojos oscuros nadaban como renacuajos detrás de las gafas.

—¿Eso es todo? —preguntó ella.

—No. Hay cinco categorías más.

—Léamelas.

—No, no hace falta.

—Insisto, ya que se ha tomado el trabajo de venir hasta aquí para hacernos subir a todos al tren...

—De acuerdo —replicó él con una voz que delataba cierto nerviosismo—. Pasemos al apartado «Actividades cotidianas». Dice lo siguiente: «Intente comprar artículos de segunda mano. Use la web Craigslist».

—¿Qué es eso? —preguntó ella, aunque ya se lo imaginaba.

—Craigslist —repitió él—. Puede buscarlo en internet.

—No tengo ordenador.

El señor Akins siguió leyendo rápidamente para que viera que había otras opciones:

—«O busque tiendas de segunda mano en su área.»

—Que las *busque*, dice —comentó ella, meneando la cabeza.

—«Planifique su ruta para recorrer menos kilómetros en coche» —leyó él con la esperanza de haber dado en el clavo.

—¿Y quién no la planifica? ¡Con lo que cuesta la gasolina!

El señor Akins volvió a quedarse callado.

—¿Cuáles son las otras categorías? —preguntó ella.

—«Hogar», «Oficina», «Viajes», «Banca»... No es preciso que sigamos leyendo.

Ella bajó los prismáticos y lo miró. De todos modos, le había perdido la pista a las mariposas.

—Léame el apartado «Banca».

El señor Akins leyó apresuradamente en tono monocorde:

—«Cambie parte de sus acciones y fondos de inversión por productos financieros socialmente responsables.» Esto no es aplicable. Veamos... «Hogar/oficina: Cuando deseche un ordenador, asegúrese de que se recicla. Apague el monitor cuando no esté en uso.» Creo que hay muchas cosas que no se aplican a su caso. —Le echó una mirada temerosa—. ¿Hogar?

—Eso sí —respondió ella—. Tengo un hogar.

—«Cambie las bombillas incandescentes por bombillas de bajo consumo. Renueve sus electrodomésticos por aparatos con buena eficiencia energética.»

Dellarobia recordó que tenía que hablar otra vez con Ovid de la factura de la luz porque ya había llegado el recibo de febrero. Tener o no tener suministro de electricidad era uno de los puntos fuertes en su hogar.

—Lo siento —dijo—, pero si su compromiso me obliga a comprar algo, no voy a poder firmarlo.

—Pero el gasto se amortiza rápidamente con el ahorro de energía.

—Sí, claro.

—Aquí hay otra cosa: «Ponga la calefacción dos grados más baja en invierno».

—¿Más baja que qué? —preguntó ella.

—Más baja de lo que marca ahora el termostato.

—Técnicamente, eso es imposible. Seguiría bajándola y bajándola para siempre.

Leighton tomó su respuesta por un rechazo y reaccionó airado:

—¡Tenemos un solo planeta! Todos debemos hacer un esfuerzo.

Ella asintió despacio, con una templanza que a ella misma la asombró.

—Ya casi hemos llegado al final —dijo él—. «Transporte: Use la bicicleta o el transporte público. Cambie su vehículo por otro de bajas emisiones.» Oh, lo siento. Ha dicho que no está dispuesta a comprar nada. «Procure que los neumáticos estén bien hinchados y hágale al coche un buen mantenimiento.»

—La camioneta de mi marido va por el tercer motor. ¿Eso es hacerle un buen mantenimiento?

—Sí, sin duda. Yo diría que sí.

Dellarobia tenía la sensación de que Leighton Akins no iba a encontrar la oficina del banco. Él y su vehículo de bajas emisiones se largarían del pueblo en cuanto pudieran, con Dimmit Slaughter y Dellarobia en su anecdotario de adversidades.

—Muy bien, aquí tenemos el último consejo —dijo él—. «Viaje menos en avión.»

—¡Menos! —repitió ella.

El señor Akins se quedó mirando su octavilla, como si estuviera recibiendo órdenes de una autoridad superior.

—Así es. «Viaje menos en avión.» Y se acabó lo que se daba.

Sistemas de parentesco

LAS ovejas preñadas parecían toneles lanudos apoyados sobre las patas de una mesa. Se habían dispersado para salir a pacer por la mañana, orientadas cada una en una dirección por el campo enfangado; sin embargo, cuando las dos mujeres entraron en el prado, asumieron todas la misma postura congelada de atención. Todas las cabezas se volvieron hacia ellas, y cada cara triangular enmarcada por la «v» de los cuernos se volvió para mirarlas. Una leve nubecilla horizontal se escapaba de cada hocico en la fría luz matinal, indicio de la rumiante respiración. Todos los presentes esperaban una señal para dar el paso siguiente, incluidos el collie que Hester tenía a su lado y la propia Dellarobia, que se había ofrecido para vacunar a las ovejas ese sábado sin saber muy bien cómo iba el asunto. Hester sacudió con fuerza el cubo del pienso, y ésa fue la respuesta a todas las interrogantes. Las ovejas empezaron a moverse lentamente. Con un silbido, Hester envió a *Charlie* en un amplio arco hacia la derecha, y el collie echó a correr ladera arriba en un galope fluido, resplandeciente expresión de la alegría en blanco y negro. El viejo animal aún tenía nervio. Había cumplido los trece años y llevaba más tiempo en la familia que Dellarobia. Las ovejas respondieron a la presión del perro reuniéndose en un grupo concentrado.

—*Charlie*, atrás —dijo Hester, y el perro alteró su trayectoria para dirigirse a la valla del fondo.

Tres ejemplares blancos de un año se habían encaramado a una pila de rocas, pero al ver que se acercaba el perro, abandonaron su juego y se bajaron. Aun así, un poco más arriba de la ladera, cuatro de las ovejas de lana rojiza a las que Hester llamaba «morenas» se obstinaron en quedarse donde estaban, mimetizadas con el barro. *Charlie* se agachó con el vientre rozando el suelo, como un lobo, y se les fue acercando centímetro a centímetro, moviendo una sola pata a la vez, hasta que también esas cuatro se avinieron a reunirse con el rebaño. El torrente multicolor de ovejas rojizas, blancas, negras y plateadas convergió y se derramó ladera abajo, moviéndose al ritmo de la pesada marcha de los animales, que se balanceaban adelante y atrás como caballos de juguete.

Las habían llevado hasta ese prado para que pacieran en seco en un terreno elevado; pero tras las lluvias torrenciales de la semana anterior, toda noción de «terreno elevado» empezaba a tambalearse. La casa de paredes manchadas de Dellarobia se cernía a lo lejos con aspecto deprimente, igual que el viejo establo en cuyo interior funcionaba el laboratorio y que ahora albergaba también a las ovejas cuando necesitaban refugiarse de la intemperie. A las ovejas no les importaba el barro, sino únicamente su hambre multiplicada por la preñez. Las

pezuñas levantaban por el aire grandes coágulos de fango mientras Hester las conducía al establo con el codiciado cubo de pienso siempre fuera de su alcance, como el flautista de Hamelín, pero con coleta y botas de cowboy. Había convencido a Bear y Cub para que repararan los muros bajos que dividían dos grandes corrales en la galería delantera del establo, perfectamente separados de la vieja sala de ordeño del fondo, donde estaba el laboratorio. Aun así, a través de las paredes revestidas de plástico, Dellarobia oía a veces el rumor de las ovejas al moverse y sus balidos, sobre todo los largos días de lluvia, cuando pasaban toda la jornada bajo techo, movedizas e inquietas. Ahora, Hester quería que Cub construyera cubículos de parto para poder aislar a las madres recién paridas con sus corderos y que quedaran a salvo de las inclemencias del tiempo y los pisotones. La parición comenzaría a finales de marzo. Todavía faltaba un mes.

La generosa calidez del establo asaltó a la vez todos los sentidos de Dellarobia en cuanto entraron. La presencia de los animales había cambiado el recinto, que durante mucho tiempo había sido un lugar muerto, oloroso a polvo y gasóleo, y lo había transformado en un ambiente donde vibraban los olores del pienso y el estiércol. Pasó por encima de relucientes montículos de excrementos de oveja agrupados sobre el suelo cubierto de paja. Parecían cajas enteras de uvas pasas apiladas sobre una alfombra, algo que gracias a Cordelia había tenido ocasión de ver. Hester dejó que *Charlie* hiciera la mayor parte del trabajo, azuzando a los animales cada vez que ella se lo pedía y comportándose con admirable control el resto del tiempo. *Charlie*, el mayor de los dos collies, era el padre de *Roy*. Los niños adoraban a *Roy* porque podían enredarlo para participar en sus juegos, pero *Charlie* era de la vieja escuela y estaba por encima de esas cosas.

Las ovejas entraron empujándose en el corral más grande y se agruparon a lo largo del comedero, donde Hester trazó con el pienso una línea de unos tres metros de longitud. Esas astutas ovejas de raza islandesa se esforzaban por encontrar forraje incluso en pleno invierno y eran capaces de arrancar la corteza de los postes de la alambrada y las hojas secas de los árboles. Cub y Dellarobia solían llevarles un poco de heno todas las mañanas. Habían tenido que comprar heno de Oklahoma a un precio escandaloso porque el poco que habían cosechado y el de todas las granjas en un radio de ciento cincuenta kilómetros se había enmohecido por culpa de la humedad. Los vecinos que criaban ganado vacuno se estaban gastando una fortuna en heno durante el invierno, pero su única opción era empezar a vender los terneros prácticamente por nada. Dellarobia sabía que había sido decisión de Hester, muchos años antes y en contra de la opinión de Bear, la de abandonar la cría de ganado vacuno y pasarse a esa raza resistente e independiente de ovejas. Finalmente, los hombres habían tenido que darle la razón. Si a las ovejas del establo les daban pienso y un suplemento de minerales, era sólo porque estaban a punto de parir, y era evidente que esa mañana estaban ansiosas por recibir ese aporte extraordinario, una ansiedad que Dellarobia conocía por sus propios embarazos. El invierno que había llevado a Preston en el vientre, había experimentado unos episodios tan extraños de hambre repentina que en

algunas ocasiones se habría puesto a masticar la ropa húmeda que sacaba de la lavadora.

Las ovejas murmuraban, eructaban y masticaban, dispuestas según una jerarquía de dominancia que se transmitía por linajes familiares, como le explicó Hester a Dellarobia. Las «morenas mandonas», como llamaba Hester a las cuatro ovejas pardas que habían sido las últimas en entrar, eran las primeras en el comedero. Hester le señaló a Dellarobia la madre y las tres hijas, nacidas cada una en un año diferente, que ahora eran las líderes del rebaño. Las otras sabían que era mejor no cruzarse en su camino. Hester se puso a buscar en la gran caja metálica de herramientas que solía utilizar para transportar los suministros, y separó las agujas y los frascos necesarios para las vacunas de refuerzo que tenían que poner ese día. A Dellarobia le gustaba el contacto con las ovejas. Le fascinaban las líneas, los colores, las diferentes configuraciones de los cuernos y el extraño mechón de lana en lo alto de cada cabeza, la única parte del cuerpo que nunca se esquilaba. Cuando andaba entre el rebaño, ellas se apartaban lentamente, como un mar de agua sólida, levantando las cabezas para fijarse en ella con extraña compostura, con sus ojos ambarinos divididos por oscuras pupilas horizontales.

Hester le ordenó a *Charlie* que se quedara en la puerta del establo y a Dellarobia le dijo que encerrara a todas las ovejas en un solo corral mientras ella rellenaba el depósito de la jeringa automática de repetición. Administrada al final de la gestación, la vacuna atravesaría la matriz y protegería a los corderos recién nacidos de muchas de las cosas desagradables que los esperaban en el mundo. A Dellarobia le gustaban muy poco las agujas, pero había defendido el traslado de las ovejas insistiendo en que ella podía ocuparse de los animales preñados, por lo que estaba obligada a demostrar entereza. Ya habían repasado el botiquín que Hester había organizado para ella en un cubo de plástico que estaba colgado de un clavo en una de las vigas más altas del establo. Dellarobia se había puesto nerviosa con la apresurada contabilidad de la tintura de yodo, las toallas y los largos guantes de plástico, que, en conjunto, componían el material necesario para sacar a la luz a un cordero atascado. Le parecía increíble que Hester confiara tanto en ella. Todas las noches, Preston y Dellarobia leían el manual y aprendían sobre la nutrición de las ovejas preñadas, la fiebre vitular, el parto gemelar y las muchas cosas que podían salir mal. La cantidad de información parecía tranquilizar a Preston, pero la imaginación de Dellarobia se empeñaba en aferrarse a cada nuevo peligro para analizarlo obsesivamente pieza a pieza, como habría hecho un cuervo con un trozo de carroña.

Hester le dio un lápiz de cera de un vivo color anaranjado, del tamaño de una tiza, para que marcara cada oveja después de vacunarla. La propia Hester manejaba la jeringa y apretaba la empuñadura en forma de «v» para que la aguja atravesara la lana y se clavara en la piel, detrás del omóplato. Las ovejas prácticamente no reaccionaban al pinchazo y, en cambio, parecían más ofendidas cuando les marcaban la

grupa. El brillante trazo anaranjado sobre la lana le recordaba a Dellarobia los accidentes con rotuladores sobre la alfombra de su cuarto de estar. A veces fallaba al primer intento y entonces tenía que salir en persecución de un borroso y anónimo cuarto trasero, confundido entre decenas de grupos idénticas. Muy pronto, Hester y ella tuvieron que vadear un lanudo mar de cuerpos con marcas anaranjadas en busca de los que aún seguían sin marcar.

Al cabo de un rato, salieron del establo para que Hester volviera a rellenar la jeringa y fumara un cigarrillo. Dellarobia hizo un rápido gesto negativo cuando su suegra le tendió el paquete y, después, se puso a contemplar el cable eléctrico anaranjado, pulcramente enrollado y colgado de un gancho, y el rectángulo perfecto de hierba seca donde había estado aparcada la autocaravana. Desde hacía un tiempo, el doctor Byron se marchaba los fines de semana. Había mencionado un lugar llamado Sweet Briar, donde se reunía con otros científicos. Dellarobia sentía la ausencia de la autocaravana como si a ella misma la hubieran desenchufado y le hubieran soltado las amarras, privada de sus obligaciones.

—Tendrás que empezar a vigilarlas de cerca a partir de mediados de marzo —dijo, de pronto, Hester mientras apagaba el cigarrillo y sacaba la jeringa de la funda—. A veces, alguna te da la sorpresa y se pone de parto antes de tiempo.

—¿Cómo de cerca quieres que las vigile? —preguntó Dellarobia—. ¿Tendré que dormir aquí en el establo?

Hester no apartaba la vista del frasco de vidrio mientras extraía el fluido de la vacuna. Llevaba un pañuelo rojo atado a la cabeza y una vieja cazadora vaquera que parecía rígida como el cartón.

—Estaría bien. ¿No has dicho que para entonces se te habrá acabado el trabajo? Podrás empezar uno nuevo.

—Pero sin los trece dólares por hora —dijo Dellarobia sin alzar la voz.

Hester levantó la vista, con un breve destello de sorpresa en los ojos, y volvió a concentrarse en lo suyo. Eso quería decir que Cub no se lo había contado. No le había dicho que Dellarobia era quien más ganaba en la familia.

A lo largo de la hora siguiente, el frío de la mañana se hizo más llevadero y el establo se llenó de lomos con marcas anaranjadas. Hester le pidió a Dellarobia que le quitara de en medio a algunas de las ovejas para poder ver lo que estaba haciendo, y entonces ella abrió la puerta del corral y se apostó delante, como una válvula, para dejar salir o entrar a las ovejas cuando fuera necesario. Las agarraba por la base de los cuernos, cerca del cráneo, como había visto hacer a su suegra. La mayoría pesaban más que ella, pero consiguió manejar a varias docenas de las más sumisas, que se apiñaron en un nervioso cúmulo cerca de la

puerta del corral, sin salir del establo. *Charlie* permaneció en su puesto, en el luminoso cuadrado abierto de la puerta, con la vista serena fija en un punto y el cuerpo inmóvil, como una estatua de bronce de todas las virtudes caninas.

—Ya está bien, *Charlie* —le dijo Dellarobia, imitando una vez más a Hester.

Sintió una extraña y agradable sensación de poder cuando *Charlie* acudió a su lado y las ovejas se movieron como imanes de carga contraria, bordeando el lado opuesto del establo para huir por la puerta cuando *Charlie* la abandonó. Si movía al perro, se movían las ovejas: una tonelada de peso corporal a sus órdenes. Esperó que Hester no la sorprendiera en su infantil acceso de orgullo.

Para entonces, sólo quedaban dentro los animales más tímidos del rebaño, ovejas nerviosas y huidizas que Hester tenía que agarrar por un cuerno con la mano izquierda mientras empuñaba la jeringa con la derecha. La rebeldía también era hereditaria, según le dijo a Dellarobia. Todo estaba en los genes para ser erradicado o conservado a voluntad.

«No te puedes quejar de tu rebaño —decía su suegra—. Un rebaño es el conjunto de todas tus decisiones pasadas.»

Le había dicho también que nunca conservaba los corderos nacidos sin las yemas de los cuernos porque prefería que sus ovejas tuvieran agarraderas. Del mismo modo, se deshacía de los ejemplares con vellón corto o mal carácter. Una hembra grande y blanca, con motas oscuras en el hocico, de nombre *Hanky*, fue una de las últimas rebeldes en oponerse a la vacunación, y Hester declaró que su supervivencia había sido un error de juicio. «Siempre hay unas pocas —solía decir— que lamentas no haber mandado a la cámara frigorífica.»

—¿Qué te parece si yo la sujeto y tú la vacunas? —dijo Hester, entregando, de repente, a Dellarobia la pistola de mango azul mientras ella luchaba con el inquieto animal.

Agarró a la oveja por los cuernos y la inmovilizó con la cadera contra la pared del establo.

—¿Ahora? —gruñó.

No era una pregunta, por lo que Dellarobia puso manos a la obra sin pensarlo, apuntando al hombro del animal e intentando repetir la secuencia de apuntar y apretar que había observado infinidad de veces. Sintió que la aguja se hundía y entonces retrocedió mientras la corpulenta oveja se debatía para soltarse. Finalmente, se marchó de un salto. El animal trastabilló y estuvo a punto de caer, pero se levantó con los ojos casi en blanco.

—No lo has hecho del todo mal —dijo Hester.

Dellarobia repasó mentalmente la secuencia, como si la hubiese visto desde fuera. Se imaginó a sí misma con el anorak verde y el pelo rojo balanceándose sobre la espalda mientras se inclinaba para aplicar la inyección. «A ver cómo lo haces.» Había cogido esa costumbre últimamente. Intentaba imaginar cómo la vería él. Podía ser en la cocina, mientras preparaba la cena, o en la habitación de los niños, mientras les leía antes de acostarlos. Así, sin ninguna razón concreta, esas partes rutinarias de su vida adquirirían peso y relevancia.

—¿Cómo has aprendido a hacer todos estos trabajos de veterinario?

—Ya sabes que el doctor Gates sólo viene por aquí si se te están muriendo los animales, y el doctor Worsh, ni siquiera entonces. Los dos cobran sesenta dólares sólo por bajarse de la camioneta. Supongo que me cansé de pagar sesenta dólares para que me dijeran que se me había muerto una oveja.

Hanky deambulaba junto a otros varios animales cerca del comedero del heno, sopesando sus opciones, entre las que figuraba, quizá, la de saltar el muro del corral, que a Dellarobia le llegaba a la cintura.

—Debería haber más veterinarios en este condado —dijo Dellarobia—. Es increíble que haya tan pocos con la de animales que tiene la gente.

—Es raro, sí —convino Hester—. Hay trabajo de sobra. Worsh y Gates son viejos. Debería haber una cola de jóvenes ansiosos por ocupar sus puestos.

—¡Oh! —exclamó Dellarobia mientras sacaba el lápiz de cera que se había guardado en el bolsillo—. Se nos ha olvidado marcar a *Hanky*.

Hester se echó a reír.

—¿Te parece que lo olvidemos del todo para no tener que perseguir dos veces a ese demonio?

Terminaron a media mañana y soltaron otra vez a las ovejas para que salieran al prado enfangado. Dellarobia tuvo ocasión de observar que era cierto que se disponían por familias. Se había abierto un hueco entre las nubes, un deshilachado retal azul rodeado de fría blancura, que hizo que le dieran ganas de gritar de alivio. La última semana de lluvia había sido particularmente dura para aquellos que habían perdido cosechas enteras y gran parte de su cordura tras un año de lloviznas continuas. «La tortura del agua», lo llamaban en la radio. Esa mañana, había oído que un hombre de Henshaw había salido de su casa y había vaciado el cargador de su Smith & Wesson en la cabeza de su viejo caballo porque había tenido la visión de que se ahogaba en el barro. La mayoría de la gente del lugar conocía bien esa visión. Hasta ese

momento, Dellarobia nunca se había sentido agradecida por algo tan simple como un poco de nieve blanca y seca.

Atravesó con Hester la verja del prado en la que el cubo vacío de los donativos seguía colgado del poste. Habría estado bien que alguien tuviera tiempo de vigilar la verja. Podrían haber repartido octavillas, como Leighton Akins. Dellarobia consideró por un momento qué pondría en su cuestionario: «¿Qué le parece este tiempo loco? ¿Conoce la diferencia entre correlación y causación? ¿Ha pensado pegarle un tiro a su caballo?».

—¿No te pasa a veces que piensas en el sol? —preguntó en voz alta.

No era el tipo de pregunta que le cuadrara a Hester, por lo que Dellarobia siguió caminando sin esperar ningún tipo de respuesta.

Su suegra le había prometido que la ayudaría a buscar flores productoras de néctar que florecieran en febrero. Las dos cosas le parecían a Dellarobia sumamente improbables: las flores en invierno y la cooperación de Hester. Pero se lo había prometido y ahora estaban en el camino grande sin saber muy bien qué decirse ni cómo hablarse. Al cabo de un minuto, Hester se detuvo en la grava del camino y empezó a mirar a un lado y a otro.

—Sí —dijo finalmente, con mucho énfasis.

—¿En el sol? —preguntó Dellarobia.

—Sí —le confirmó su suegra mientras se alejaba del camino por la ladera.

Para sorpresa de Dellarobia, se encontraron siguiendo un sendero empinado y apenas perceptible. Era evidente que nadie lo mantenía, pero también era obvio que se trataba de un sendero. Ella no lo había visto nunca, en todos los días que llevaba allí arriba.

—Dicen que podría ser permanente —comentó Dellarobia y, enseguida, se corrigió—: Lo dicen los científicos. Dicen que el tiempo será cada vez más inestable, en lugar de normalizarse.

Hester siguió caminando delante de ella por el sendero sin decir nada. Los cabos de su pañuelo rojo saltaban con cada uno de sus pasos.

—Algunos sitios se han vuelto secos —prosiguió Dellarobia— y la gente ha tenido que abandonar las granjas, supongo que por la sequía. Como Texas. Ha habido muchos incendios. No sé qué es peor, si quemarse o ahogarse.

—Quemarse —dijo Hester con decisión—. Quemarse es peor.

—Pero mira lo que ha pasado aquí: se han enmohecido los cultivos antes de cosecharlos. Y nosotros hemos tenido que comprar heno para las ovejas. Al final, no sabes bien quién va a alimentar a quién.

—¿Cómo lo explican? —preguntó Hester.

Dellarobia consideró las respuestas posibles. No había una manera sencilla de decir que el mundo conocido se estaba perdiendo entre incendios e inundaciones. Entonces dio con una palabra que le pareció segura:

—Contaminación —dijo—. Si contaminas el cielo por mucho tiempo, al final el cielo se vuelve contra ti.

—Tiene sentido —replicó Hester.

—¿Adónde vamos?

—Hay un valle más soleado, orientado al sur, al que solía ir con Cub a buscar pollos del bosque cuando era pequeño. Allí he visto heraldos de primavera. Pero no cuando íbamos a recoger pollos. Los pollos son otoñales.

—¿Qué pollos son éstos?

—Son setas. Están buenas. Saben a pollo.

Dellarobia recordó que Hester solía recoger cortezas y plantas para sus tintes, años atrás, antes de que los gustos cambiaran y empezaran a llevarse más los colores chillones de los tintes sintéticos. Le costaba ver a Hester como a una joven madre que salía con su hijo en sus expediciones de recolección.

—¿Dónde has aprendido todas esas cosas sobre el bosque?

—Mi madre. —Fue todo lo que dijo.

Dellarobia ya había oído antes esa respuesta. Sabía muy poco acerca de la familia de Hester, sólo que eran pobres y que casi todos habían muerto. Aún le quedaban un hermano y varios primos en Henshaw, pero, por lo visto, Hester se había injertado en la familia de Bear y había dejado la suya atrás.

El cielo se volvió un poco más luminoso. Pasaron junto a un bosquecillo de castaños con las ramas dobladas como codos, aferrados aún a las castañas del año anterior. Eran como esqueletos que quisieran jugar al béisbol. Por todas partes, el terreno empinado mostraba las cicatrices abiertas por la lluvia. Cunetas llenas de hojas bajaban por la montaña y dividían la tierra con los montículos de detritos que la propia corriente

transportaba por el suelo del bosque. Entre la hojarasca, había mariposas muertas, aunque no tantas como en el lugar de estudio.

Dellarobia se sorprendió al ver a una mujer que se les acercaba entre los árboles. Después, vio que eran dos y que las dos venían con los brazos cargados de ramas.

—¡Hola! —saludaron las desconocidas.

Sabía quiénes eran, o más bien a qué grupo pertenecían, porque a esas dos en particular no las había visto nunca. La más joven iba vestida con un mono de hombre, por debajo del cual asomaban las perneras de un pantalón de chándal, y llevaba, por lo menos, dos jerséis encima. La mayor vestía un abrigo más normal, pero se había peinado el pelo blanco en dos trenzas, un estilo poco habitual entre las señoras mayores. Las dos lucían rígidas gorras de lana que sobresalían por encima de sus cabezas y les conferían cierto aspecto de gnomos. Dellarobia se adelantó para estrecharles la mano, pero, en lugar de eso, acabó dándoles un par de golpecitos amistosos en las mangas porque las dos tenían las manos ocupadas.

—Soy Dellarobia Turnbow —dijo—, y ésta es Hester Turnbow, mi suegra.

—¡Genial! —dijo la más joven mientras se colocaba toda la carga de ramas en un solo brazo para estrechar la mano de Dellarobia y la de Hester—. Yo también estoy con mi madre. Ella es Myrtle y yo soy Nelda. Hemos venido a recoger un poco de leña. Espero que no os importe. En nuestro valle ya no queda nada.

Las dos mujeres llevaban bonitos guantes sin dedos, probablemente confeccionados por ellas mismas, pero lo que más fascinó a Dellarobia fue su acento británico. Podría haber pasado el día entero escuchándolas, como quien escucha la radio.

—Debéis de estar muertas de frío —dijo—. Con toda esta lluvia...

Nelda estalló en carcajadas.

—¡Estamos empapadas! —exclamó—. ¡Somos como ratones a punto de ahogarse! Y, para colmo, hace bastante fresco, ¿no?

Dellarobia no supo qué responder. Se preguntaba qué pensaría Hester de esas mujeres que decían estar tricotando para arreglar el mundo a fuerza de deshacer jerséis viejos. Quizá ya no todas fueran inglesas. Parecían multiplicarse allí arriba. Había hablado con Hester de los aspectos básicos de su estancia cuando le habían pedido permiso para acampar. Después, había ido al pueblo a contratarles un apartado de correos para los jerséis anaranjados que no paraban de llegar. También

recibían donaciones en efectivo. Las mujeres pagaban el apartado de correos y una modesta suma semanal por el derecho a acampar.

—Hester también hace punto —dijo Dellarobia—. Deberíais ver los jerséis que le ha tejido a mi marido. Sabe hacer trenzas y todo tipo de cosas.

—¿Y qué os parecen nuestros bichitos? —dijo Myrtle mientras dejaba la leña en el suelo y se ponía a buscar en el bolso multicolor que llevaba colgado del hombro, tricotado en rombos concéntricos de color rojo, amarillo y verde.

Al cabo de un momento, extrajo un complicado caos de lana naranja y negra enredada en un par de agujas de madera, semejantes a dos gigantes mundadientes.

—Aquí está —dijo por fin, sacando del bolso una mariposa de tamaño natural ya tricotada—. Aquí tenéis el producto terminado. Ésta tiene mejor pinta.

Hester examinó la obra dándole vueltas en las manos. Dellarobia notó que Nelda y Myrtle llevaban botas viejas con suela de cuero, distintas del calzado de alta tecnología que parecían preferir los aficionados a las actividades al aire libre. Toda su ropa era de segunda mano. Entonces comprendió que ése debía de ser su estilo: su moda consistía en no ponerse nada nuevo. Eran defensoras de la ropa de segunda mano. Igual que su familia, pero con mucho más orgullo.

—Ya veo. Usáis agujas de doble punta e intercaláis el segundo color —observó Hester.

—¡Sí! —respondieron las dos mujeres con idéntico entusiasmo.

Dellarobia había visto varios cientos de esas mismas mariposas tejidas, pero no había prestado atención al esfuerzo que suponía tricotarlas. Estaban hechas de una sola pieza, las alas y el cuerpo, con las vetas negras intercaladas en la labor. Recordó la historia que le había contado Mako acerca de todas las pajaritas de papel que habían hecho por la paz mundial en la escuela. Era el mismo impulso de mantener las manos ocupadas, ofreciendo pequeñas respuestas a grandes preguntas. Era como alimentar con guisantes a un niño que, al cabo de varias décadas, aún seguiría hambriento. Pero no estaba mal hacerlo.

—También usáis lana negra —dijo Dellarobia—, pero no he visto que pidáis jerséis negros.

—Tenemos toneladas —respondió Nelda.

—La lana negra nos sobra y la naranja siempre nos falta —convino Myrtle.

Dellarobia notó que no se parecían físicamente: Nelda era regordeta y de mejillas sonrosadas, y su madre, frágil y delgada. El parecido se concentraba en los grandes ojos castaños de mirada intensa y en la forma de asentir, haciendo bambolear las gorras de gnomos. Madre e hija, juntas en la aventura. Dellarobia sintió el aguijón de la nostalgia, como a menudo le sucedía en la iglesia. Todo el mundo tenía una madre y un Dios. Era lo corriente.

Hester devolvió la mariposa tricotada.

—No acabo de entender cómo funciona esto —dijo.

—¡A la gente le encanta! —exclamó Nelda—. Deberíais ver los mensajes que nos mandan. Mirad esto. —Sacó un teléfono móvil del bolso, tocó la pantalla con uno de los dedos que asomaban del guante y leyó en voz alta—: «¡Adelante, tejedoras! ¡Parad la locura mundial! Os queremos». Es de Australia; nos llegó esta mañana. Aquí hay otro: «Estoy con vosotras, chicas». Lo envía Betty, de Staten Island. Nos llegan un montón de mensajes. ¿Queréis verlos?

Les enseñó en la pantalla innumerables mensajes en caracteres azules, junto con algunas de las fotos de miles de mariposas tricotadas colgando de los árboles que Dovey había encontrado en internet. Las mujeres acampadas en el bosque también aparecían en las fotos, con los brazos entrelazados y enseñando símbolos de la paz, como ciudadanas de un alegre universo propio, pese a ser plenamente conscientes de que se estaba desmoronando. Aun así, la mera existencia del teléfono hizo pensar a Dellarobia que debía de haber alguien que pagara esa factura. Un padre o un marido.

Hester aún parecía perpleja.

—Sigo sin entender cómo se los ponéis —dijo.

—¿Cómo les ponemos qué a quién? —preguntó Myrtle.

—¡A las mariposas! ¡Los jerséis! —respondió Hester.

En el breve silencio que siguió, Dellarobia sintió una oleada de impulso protector. No iba a permitir que nadie se burlara de la fiera y robusta Hester. Ella misma podría haber cometido su mismo error.

—Son sólo un adorno —le explicó con gentileza—. Son como animalitos de peluche. No son para abrigar a las mariposas.

La mirada de Hester encontró los ojos de Dellarobia y se iluminó brevemente.

—Son iconos —intervino Nelda—. Símbolos. Para que la gente de todo el mundo conozca la tragedia de las mariposas monarca.

A Hester le cambió la cara.

—¡Pero si os estáis ahogando tanto como las mariposas! Debería ponerme a tricotar niñas hippies de lana para que el mundo conozca vuestra tragedia.

—¡Claro que sí! —exclamó Nelda mientras Myrtle y ella reían con la misma risa cantarina, otro rasgo que compartían.

No se habían ofendido, lo que ensanchó la esperanza inespecífica de Dellarobia, como un hueco entre las nubes.

—Bueno, hasta pronto —dijo Nelda tras una breve pausa, al tiempo que recogía sus ramas del suelo y mientras las dos parejas de mujeres se disponían a continuar por caminos opuestos.

Dellarobia llevaba una bolsa de lona con cajas de cartón vacías y una pala de jardinería. Algo en el interior de la bolsa hacía un ruidito hueco con cada uno de sus pasos. Si por fin encontraban flores, tenía pensado extraer algunas de las plantas con raíces y todo, y llevarlas al laboratorio para comprobar su potencial como recurso para las mariposas. Recordó que Ovid le había dicho una vez, mucho tiempo atrás, que la zona era «pobre en flores invernales». Aquel día, ella se había ofendido, como si una montaña debiera tenerlo todo. ¡Qué reacción tan extraña!

—¿Piensas alguna vez qué sucederá cuando todo esto ya no esté? —le preguntó a Hester.

—¿A qué te refieres? ¿A las personas, a las mariposas o a qué?

Dellarobia no estaba segura, sólo sabía que era imposible que volviera a ser la persona que había sido, la que un día se había marchado para desprenderse de una existencia no mucho más grande que los envases esféricos de plástico en cuyo interior venían las medias. A partir de entonces, semana tras semana, las dimensiones de su vida se habían multiplicado, y ahora la cuestión estaba en cómo volver a plegarla para lograr que entrara otra vez en un envase de la talla treinta.

—Puede que las mariposas se mueran —dijo finalmente—. Eso no depende de nosotros. Pero también es posible que sobrevivan. ¿Qué pasará entonces?

De pronto, se dio cuenta de que lo más probable era que tuviera que meter otra vez su vida en el envase. Ya no era mundialmente famosa, ni era noticia en todo el país. En los últimos tiempos, ni siquiera parecía que fuera famosa en el pueblo. La gente lo olvida todo muy rápido y sigue adelante. Su influencia, si es que tenía alguna, no iba más allá del ámbito de su familia o matrimonio. No pasaban de ahí sus dimensiones.

No le habría extrañado que todo acabara donde había empezado, con su corazón lanzado en una arriesgada huida solitaria detrás de un hombre.

—¿Bear volverá a hablar con la gente de la maderera a finales de marzo? —preguntó.

—Eso lo resolveremos dentro de poco —replicó Hester.

—¿Qué quieres decir?

—Nos reuniremos con el pastor Ogle después de la misa y rezaremos para saber lo que debemos hacer.

—¿Mañana?

—No. Mañana tenemos la merienda de hermandad. El domingo siguiente.

La merienda de hermandad era una especie de picnic al que todos los feligreses llevaban su aportación. Si hacía buen tiempo, se organizaba al aire libre, y si no, dentro de la iglesia, en las mesas del vestíbulo.

—¿Quién se reunirá con el pastor Ogle?

—Todos los miembros de la familia que quieran venir. Cub y tú, por ejemplo.

—¿Bear está de acuerdo?

Hester no respondió directamente.

—Nuestra posición ha mejorado gracias a esto —dijo.

—Podrías hacer muchas cosas si las mariposas vuelven. Conoces a Lupe, ¿verdad? La señora que cuida a mis hijos.

No hubo respuesta. En la bolsa de Dellarobia, seguían sonando las cajas. Hester sabía perfectamente quién era Lupe, de modo que Dellarobia siguió hablando.

—Su marido y ella se dedicaban a esto en México. Me han dicho que es mejor evitar que la gente se acerque por su cuenta al lugar donde están las mariposas y llevar a los turistas a caballo. Cuando les preparas un pequeño programa, la gente sabe comportarse.

Hester pareció considerarlo.

—Podríamos pedírselos a Rick Baker, el de la compañía de seguros. Los caballos, quiero decir. Supongo que diría que no.

—Bueno, tendrías que conseguirlos de alguna manera. Podrías cobrar entrada. Quizá ganaras lo suficiente para contratar a un par de empleados. Me parece que incluso podrían darte dinero por dejar el bosque tal como está.

—¿Quién te ha dicho eso?

Dellarobia no contestó. ¿Qué otra persona podía habérselo dicho?

—Es una especie de trato comercial. Las empresas que contaminan el aire pueden pagarte a ti para que conserves los árboles, que sirven para limpiarlo.

—Eso es ridículo. Es como hacer castillos en el aire.

—Eso mismo: en el aire —replicó Dellarobia, sonriendo. Le gustaba tomarle el pelo a Hester.

Tuvieron que parar por culpa de un árbol caído en medio del sendero. Hester dejó a Dellarobia en el camino y se alejó veinte pasos hacia el extremo más bajo del árbol, donde se sentó mirando en la dirección por la que habían venido.

—Tengo que tomarme un respiro —dijo, levantando el paquete de Camel Light para enseñárselo a Dellarobia—. Tú lo has dejado, ¿no?

—«No nos dejes caer en la tentación» —respondió su nuera mientras se tapaba los ojos.

Hester encendió un cigarrillo y exhaló el humo hacia el cielo.

—Sabía que lo dejarías.

—¿Lo sabías? ¿Cómo lo adivinaste? Ni siquiera *yo* lo sabía.

—Es típico de ti. Decides algo y lo haces. —Una brisa recorrió el suelo del bosque e hizo temblar las hojas secas que aún se aferraban a los árboles flacos a su alrededor—. No eres como otro que vive en tu casa —prosiguió Hester—, que tiene algo así como una idea al año y, cuando se le ocurre, se cansa tanto que tiene que ir a acostarse.

Dellarobia casi sonrió, pero se contuvo. El pobre hombre no contaba con nadie que lo defendiera.

—¿Por qué siempre tratas así a Cub?

—¿Cómo?

—Como a un niño.

—Porque es mi niño. ¿Y tú por qué lo tratas así?

El árbol caído, atravesado en el sendero, le llegaba a Dellarobia hasta la altura del pecho. Se cruzó de brazos y se apoyó en el tronco, como si se estuviera preparando para un rodeo. Hester quedaba fuera de su campo visual, a la izquierda, encerrada en su propia nube.

—Cub tiene cosas positivas —le dijo a Hester—. Una mujer ve a su marido tal como es, pero tú eres su madre, y eso es diferente. Se supone que no ves sus defectos.

—¿Tú no puedes ver a tus hijos tal como son?

Dellarobia reflexionó un momento. Cordelia era indómita, se imponía físicamente de una manera que no pasaría inadvertida y tenía un egocentrismo que probablemente persistiría. Preston lo captaba todo con sorprendente rapidez, pero era un poco tonto a la hora de tratar con la gente. Era muy probable que, con el tiempo, se volviera introvertido y reservado.

—Sí, los veo tal como son —reconoció—. Son humanos y lo sé. Pero daría mi vida por ellos.

—Yo también —replicó Hester.

«¿Cómo se atreve? —pensó Dellarobia—. ¿Cómo puede decir que sería capaz de morir por alguien cuando, probablemente, echaría a su propia familia a la hoguera para no pasar frío?»

Era evidente que sus nietos no le importaban nada.

Hester volvió a hablar desde su bosquecillo.

—Un hijo no está obligado a hacer milagros por ti. Pero un marido sí.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¡Los niños son tan pequeños cuando nacen! Son inútiles e indefensos, y aun así los queremos. Con un marido no es lo mismo. Un marido tiene que estar por encima de ti. Tendrías que levantar la cabeza para mirarlo.

—Mido un metro y cincuenta, Hester. Levanto la cabeza para mirar a todo el mundo.

—A Cub, no. A él no lo ves por encima de ti. A él no lo admiras.

Dellarobia se sintió como si hubiera recibido un puñetazo. De pronto, volvió a ver a Crystal en el «todo a un dólar» aquel día y recordó el aspecto que tenía mientras hablaba con Cub. Había anhelo en su

mirada, pero también admiración y arrobamiento. Ella sí que lo veía como alguien superior. ¡Cub habría sido mucho más hombre si se hubiera casado con una dulce mujercita común y corriente que lo creyera capaz de bajarle la luna! Dellarobia sintió un vacío grande y ancho, como un río, por todo lo que le había quitado a su marido.

—Vosotros dos nunca habéis hecho buena pareja —declaró Hester—. Se lo dije a Bear desde el primer día. «Espera y verás», le dije. «Esa chica tan lista no le durará mucho a Cub.»

—¡Pero le he durado! —Dellarobia se abrió paso entre los arbolitos jóvenes para ponerse ante Hester y mirarla a la cara allí donde estaba sentada—. ¿Acaso no me tienes aquí delante?

—¡Sí! —replicó Hester—. Pero nadie lo hubiera dicho.

—Pero ¿qué demonios te ocurre, Hester? Perdona que te hable así, pero me has dejado perpleja.

Dellarobia volvió al sendero pisando con fuerza la hojarasca y oyendo el ruido de las cajas entrechocándose dentro de su bolsa de lona. Tiró la bolsa al suelo. De todos modos, no había nada que pudiera romperse, aunque en el fondo lo habría preferido. Le habría gustado romper algo en mil pedazos.

—Entonces ¿no te parecía lo suficientemente buena para tu hijo? ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Sabes que no.

El tono de Hester se había vuelto más sereno. Hablaba desde el bosquecillo, entre los barrotes que formaban los troncos desnudos, como si estuviera visitando a Dios en la cárcel.

—Pero entonces... ¡Hester, por el amor de Dios! ¿Por qué no me dijiste esto mismo hace años? Cuando perdimos al primer bebé. Podríamos haber puesto punto final al matrimonio seis semanas después de la boda y continuar cada uno por su lado si te parecía que estábamos tan mal juntos.

—No me correspondía a mí decir nada.

Dellarobia guardó silencio. Ella sólo había intentado hacer lo correcto, sobre todo pensando en los padres de Cub. La brisa producía un susurro intenso y continuado en el bosque sin hojas bajo el encapotado cielo invernal.

—Pero nunca te he hecho la vida fácil —dijo por fin Hester—. No sé si lo habrás notado.

—Claro que lo he notado.

Dellarobia se quitó los guantes, buscó un pañuelo de papel en el bolso y se sonó la nariz. Por un momento, contempló la idea de acercarse a Hester para arrebatarse el paquete de cigarrillos y fumarlos todos, uno tras otro.

—Pensé que tarde o temprano te irías y que te llevarías a esos niños.

—¿A Preston y Cordie?

Dellarobia se volvió para mirar a su suegra. ¿Era cierto lo que estaba oyendo? ¿Que Hester llevaba todo ese tiempo convencida de que iba a perder a sus nietos? Esa mujer prácticamente había oficiado su boda y había levantado su casa junto con Bear antes de que la tinta del contrato matrimonial se hubiese secado. No la habían pagado, pero la habían construido.

—Nos construiste una casa —le dijo Dellarobia.

—Se lo debíamos a nuestro hijo.

—Pero pensabas que yo tenía un pie fuera. Lo has pensado todo este tiempo.

—¿Y tú no?

—¡No!

Dellarobia prolongó la vocal para no añadir «¡No, estúpida!». Se obligó a respirar lentamente. Se sentía entumecida por dentro. Era un terremoto, una sacudida de superficies ocultas que no quitaba ni añadía nada. Su familia seguía siendo su familia, una alianza de gente diferente que sobrevivía como cualquier otra, cerrando los ojos. Pero alguien los había abierto.

Tras la conversación, sólo pudieron seguir caminando. El sendero ascendía por la rocosa dorsal que dividía el valle de las mariposas, con sus abetos húmedos y oscuros, de la hondonada más vasta, orientada al sur, que se extendía al otro lado de la casa de Bear y Hester. Desde lo alto, se distinguía claramente la distribución del terreno, el mosaico de tierras de cultivo en el campo llano y el muro gris azulado de las montañas que lo encerraba todo. El cielo se iba despejando gradualmente, y llegó un momento en que hizo demasiado calor para seguir andando a buen ritmo bajo varias capas de lana invernal. Mientras bajaban por la ladera que miraba al sur, Dellarobia vio un destello de sol reflejado en el inclinado tejado metálico de la casa de Bear y Hester, más abajo. Atravesaron varios bosquecillos más de árboles raquíticos que se aferraban a sus hojas secas sin ninguna razón aparente, excepto quizá la de producir un rumor agónico con cada leve

movimiento del aire. El bosque presentaba un color pardo monocorde y parecía muerto del todo. Pero cada tronco se levantaba a su manera, diferente de los demás. De corteza lisa o áspera, todos tendían las ramas hacia el cielo, pasara lo que pasase. Hester podría haber dicho sus nombres. Era una fuente inagotable de nombres extraños, como «componehuesos» o «encaje de doncella», que nadie más mencionaba nunca. Debía de sentirse sola —pensó Dellarobia— cuando notaba que tenía respuestas para preguntas que habían perecido de muerte natural. Los árboles eran más escuálidos en esa parte de la montaña, y el bosque, más abierto, aunque seguía siendo tan variado como cualquier congregación de seres humanos. Ella sabía que ese valle había sido talado por completo cuando Cub era pequeño, por lo que todos los árboles presentes habían crecido después de su propio nacimiento, una idea que la llenaba de asombro.

Vislumbró una flor en el claro y dejó escapar una pequeña exclamación. Hester también tenía que haberla visto porque era la única mota blanca en la parda monotonía invernal. En realidad, eran unas cuantas florecillas de aspecto deshilachado al final de unos tallos no más altos que sus zapatos. Se arrodilló para verlas mejor, llevada por su sempiterno impulso de miope, y vio que cada flor era una masa de capullos diminutos sobre los cuales danzaban unos gránulos negros en el extremo de largos filamentos. No había hojas verdes, sino únicamente flores suspendidas sobre rojizos tallos desnudos que asomaban entre una masa de hojas secas. El efecto era fantasmagórico, como si le estuvieran tendiendo ese mínimo ramillete desde el otro lado, el lado de la muerte.

—Ahí están —dijo Hester—. Esperaba que hubiera más.

—Puede que haya más.

Si era la única planta del bosque, Dellarobia prefería no arrancarla. Se quedó de rodillas, sintiendo en los músculos de las piernas todas las horas transcurridas en esa postura de plegaria o sumisión contando mariposas muertas. No quería apartar la vista de esa solitaria planta viva porque temía que desapareciera.

—Mi madre las llamaba «heraldos», pero algunos las llaman «flores de sal y pimienta».

A Dellarobia no sólo le pareció asombroso que hubiera gente que conociera esas flores insignificantes que crecían en pleno mes de febrero, sino que además hubiera desacuerdo acerca de su nombre. ¿Qué impulsaría a esa gente a salir a la montaña a buscarlas?

—Allí hay más —dijo Hester.

Dellarobia se quitó la bufanda de lana rosa y la dejó formando un anillo en torno a la primera flor para no perderla; pero Hester tenía razón, había más. Desperdigados por el suelo amarronado del bosque,

Dellarobia contó tres, cuatro, doce pequeños ramilletes. En cuanto sus ojos se acostumbraron a verlos, se volvieron abundantes. Sacó la pala de jardinería de la bolsa y la hundió en la tierra del bosque, que bajo la capa superior de hojas muertas estaba húmeda y tenía la textura de la grava. Mientras trabajaba en ese jardín inhóspito, de pronto se agitó el aire y el experimento se consumó por sí solo delante de sus ojos. Las mariposas ya habían descubierto las fuentes de néctar. Vio dos exploradoras que recorrían tentativamente el bosque y, junto a las botas de Hester, distinguió el naranja más apagado de unas alas plegadas y en reposo sobre una flor. La mariposa del rey Guillermo estaba bebiendo el néctar del heraldo de la primavera.

Más allá de las respuestas a medias y las evasivas, había una pregunta que persistía desde siempre: «¿Por qué?». En su infancia, esas dos palabras la habían atormentado y azuzado, como un dólar de plata en el fondo de una fuente de los deseos pidiendo a gritos que lo recogieran, pero estratégicamente intocable. Un montón de respuestas insatisfactorias saturaban el agua a su alrededor. Podría haberlas usado para medir su vida: «porque aún eres pequeña», «porque le había llegado su hora», «porque eso no se hace», «porque no te crié para que te portes así», «porque ya es tarde», «porque el bebé se adelantó», «porque la vida es así», por eso. Y también porque los caminos del Señor son misteriosos.

¿Por qué las mariposas? ¿Por qué en ese momento? ¿Por qué allí?

Ovid tenía tres teorías. Al principio no tenía ninguna. Al principio protegía con corazas las mejores respuestas: hablaba de «hipótesis indemostrables» o decía que había «demasiadas variables». Estaban los herbicidas. El único alimento de las larvas era el algodoncillo, y era posible que los herbicidas estuvieran acabando con la planta. También había que pensar en los pesticidas y los insecticidas, que cada vez se usaban más, sobre todo desde que el aumento de las temperaturas había traído al continente americano al mosquito del Nilo Occidental. Los cambios en la meteorología estaban afectándolo todo a lo largo de las rutas migratorias. Había más incendios y menos agua. Pero, finalmente, Ovid se había avenido a reconocer unas pocas certezas, como, por ejemplo, que las áreas de invernada en México se habían vuelto mucho más cálidas. Con el cambio climático, todo el bosque se trasladaba en altitud, ascendiendo por las laderas montañosas en un lento movimiento que Dellarobia era capaz de imaginar. Los árboles tenían sus exigencias. Con arbóreo estoicismo derivaban poco a poco hacia las cumbres, pero, a partir de ahí, no podían levitar.

Sin embargo, eso explicaba por qué no habían ido a México, pero dejaba en suspenso la respuesta a otra pregunta: «¿Por qué aquí?».

La segunda teoría de Ovid giraba en torno a los parásitos OE, que le había mostrado a través del microscopio, que afectaban la envergadura alar y acortaban la vida de las mariposas. Los ejemplares con mayor carga de parásitos no podían volar muy lejos. Al parecer, el viaje anual

a México dejaba fuera de la carrera reproductiva a las mariposas más infectadas, lo que contribuía a mantener una población saludable. Sin embargo, al oeste de las Rocosas había un grupo diferente, una especie de selecto club de monarcas muy cargadas de parásitos que no volaban a México, sino que buscaban refugio durante el invierno en bosques dispersos a lo largo de la costa de California. Era probable que ese grupo fuera un anticipo de lo que podía suceder en el resto del continente. Había una correlación entre el aumento de las temperaturas y la mayor incidencia de infestaciones. A partir de cierto nivel crítico, era posible que la selección natural favoreciera también en las poblaciones del este las migraciones cortas y las áreas de invernada dispersas, como en California. La hipótesis era muy amplia y abarcaba múltiples relaciones de causa y efecto, y algunas se podían someter a prueba. Con ese fin, Dellarobia había cortado cuadraditos diminutos de cinta adhesiva y los había aplicado sobre el abdomen de un centenar de mariposas vivas. Después, bajo el microscopio, había contado las esporas oscuras de los parásitos presentes entre las acanaladas escamas traslúcidas. Habían sido muchas horas de intenso esfuerzo ocular que le habían costado una jaqueca desmesurada y una cita con el oculista para que le recetara gafas nuevas (algo que debía haber hecho mucho antes). Contar los puntitos microscópicos en cada centímetro cuadrado de cinta adhesiva no era muy diferente de contar mariposas en los cuadrados marcados en el suelo del bosque, pero los números eran mucho mayores. Medir y contar eran las funciones de la ciencia, donde no había cabida para suposiciones, ni para deseos personales. Las respuestas potenciales eran infinitas y ninguna de ellas debía tratarse con ningún tipo de favoritismo.

Ella lo comprendía. Pero, aun así, la teoría de los parásitos seguía siendo una respuesta a la otra pregunta: «¿Por qué no en México?». Pero no explicaba lo que a ella le interesaba: «¿Por qué aquí?».

La tercera teoría de Ovid tenía que ver con la devastación del «área primaveral», una extensión que en el mapa tenía forma de embudo y que coincidía básicamente con el estado de Texas. Las monarcas que pasaban el invierno en el cinturón Neovolcánico Mexicano despertaban del torpor para ingresar en una descontrolada agitación sexual. Impulsados por la efervescencia hormonal, los machos se apareaban con cualquier cosa que se moviera (incluso con hojas temblorosas o con otros machos), pero, finalmente, lograban caer sobre la población de hembras congregadas y, a continuación, satisfecho su impulso, morían. Con los ovarios hinchados, las hembras huían hacia una muerte segura que les llegaría tras desovar con perfecta sincronía sobre la primera hoja primaveral de un algodoncillo de Texas, respetando así los ritmos de un reloj terrestre en perfecto funcionamiento. Ovid le había dicho a Dellarobia, golpeando con el dedo la pantalla del ordenador, que eso equivalía a «poner todos los huevos en la misma cesta». Durante muchísimo tiempo, el área primaveral había presentado unas condiciones constantes, pero ahora sus ritmos se habían alterado abruptamente por culpa de la sequía y los incendios devastadores, y por

el desplazamiento hacia el norte de las hormigas rojas, que devoraban todas y cada una de las orugas de mariposa que encontraban a su paso.

—Supongamos que un accidente genético ha enviado a un pequeño grupo de migrantes otoñales hasta el límite septentrional de esta zona de incendios forestales y hormigas rojas. Supongamos que no han llegado más al sur que esto —dijo, trazando una larga línea desde el extremo norte de Texas hasta las dos Carolinas— y que unas pocas migrantes dispersas pasan el invierno aquí, donde no se verán obligadas a atravesar el desierto para volver. Se mantendrán siempre en estas latitudes, favorables por su clima benigno, pero buscarán un lugar montañoso, a una altitud suficiente para enfriar el pulso de un insecto hasta adormilarlo para la espera invernal. Supongamos que hay un solo lugar adecuado, y que llevan muchos años acudiendo a ese lugar en pequeños números. Pasan el invierno ocultas en la inmensidad del bosque y con pocas oportunidades de sobrevivir, hasta que, bruscamente, la selección natural se vuelve contra las migrantes mexicanas, destruye a la mayor parte de la población y favorece a estas pioneras. De pronto, sus genes son la esperanza de toda una especie.

La explicación estaba muy lejos de ser completa. Una población sólo era válida si lo era su hábitat. Las fuentes invernales de néctar seguían siendo un problema cuando las repetidas rachas cálidas del invierno sacaban a las mariposas de su estado de latencia, y también lo era el crecimiento primaveral del algodoncillo. Siempre hay más preguntas. La ciencia es un proceso que no termina nunca y no una carrera con una meta. Él la había prevenido al respecto porque era un tema habitual de controversia. Siempre había gente esperando junto a las líneas de meta: periodistas con sus cámaras y masas impacientes ansiosas por ver el final de la carrera, y todos se quedaban de una pieza cuando los científicos llegaban, pasaban de largo y seguía corriendo.

—Es un malentendido corriente —le había dicho él—. La gente llega a la conclusión de que no había carrera. Como no pretendemos saberlo todo, suponen que no sabemos nada.

Pero a pesar de esas advertencias, Dellarobia sintió que la impaciencia interior que siempre la había atormentado se aquietaba. Él nunca decía que los caminos del Señor eran misteriosos. En lugar de eso, Ovid parecía creer —como también creía ella, aunque nunca habían hablado al respecto— que todo lo demás estaba en movimiento, mientras que Dios no se movía en absoluto. Dios estaba quieto, perfectamente inmóvil. Era el dólar de plata en el fondo del pozo; era la pregunta.

De camino hacia el lugar de estudio, una guerra de piñas estalló entre los niños del parvulario. Los chicos se la tomaron más en serio, como era de esperar, aunque la instigadora había sido una niña de modales bruscos, más alta que los demás, con una parka decrepita que tenía una orla de piel sintética en la capucha, apelmazada como un felpudo viejo. Había trepado por el tronco de un pino y había empezado a arrojar proyectiles sin hacer caso de las advertencias cada vez más severas de

la señorita Rose, que la amenazaba con enviarla de vuelta a casa con «una nota para tus padres». La jornada estaba cambiando totalmente la impresión que Dellarobia se había hecho de la señorita Rose y su trabajo diario. Esa niña, Comorah, representaba una categoría de niños cuyos padres, en caso de existir, prestaban muy poca atención a las notas que pudieran enviarles de la escuela. La niña bajó del árbol cuando le apeteció, con la ropa y las manos cubiertas de manchas negras y aceitosas que, seguramente, no saldrían con agua y jabón, como bien sabía Dellarobia. Ella también había tenido que lidiar con la resina de los pinos. Preston parecía fascinado por Comorah y a la vez consternado por tener que explicarle que sus municiones eran piñas y no «bombas de pino». Sin dejarse desalentar por su indiferencia, la perseguía con su información, del mismo modo que Roy perseguía a la gente con su viejo *frisbee* lleno de marcas de dientes, aunque tuviera que insistir toda la tarde.

Dellarobia se mantenía un poco alejada de su hijo, curiosa por observar el ecosistema donde él se movía habitualmente sin ella. Descubrió que era reservado, pero no tímido; que los otros chicos corrían a mostrarle algunos de sus hallazgos, como, por ejemplo, escarabajos, y que no solía apartarse mucho de la larguirucha y confiada Josefina. Por lo visto, la niña era su amiga o protectora; Dellarobia no acababa de decidir cuál de las dos. Quizá se apoyaban mutuamente sólo porque los dos tenían beca de comedor, aunque ella lo dudaba. Algunos niños parecían de familia acomodada (incluso había visto un teléfono móvil); mientras que otros, como Comorah, iban vestidos con prendas que habían conocido a varias generaciones de dueños. Pero Josefina y Preston parecían respetar una sutil división por grados de madurez, como la segregación automática entre novatos y alumnos de segundo año en un baile universitario. Dellarobia recordó su abrazo espontáneo, la primera vez que la familia de Josefina se había presentado en su porche. Considerándolo en retrospectiva, veía en ese gesto cierto elemento de rescate.

Dellarobia se sentía a una distancia desacostumbrada de los niños en todo lo referente a sonar narices o amenazarlos con llamar a sus padres, cometidos que la señorita Rose y las dos ayudantes que había reclutado para la excursión cumplían con la mayor eficiencia. Algunos niños sabían que ella era la madre de Preston, pero en esa excursión en particular le atribuían un aura especial porque ella estaba *al mando*. Era una especie de personaje superior a la maestra, al mismo nivel que el director de la escuela o Dora *la Exploradora*. Era evidente que habían preparado a los niños para la salida. Dellarobia no tenía experiencia previa en ese ámbito y la sorprendieron sus miradas de admirado asombro y su deferencia física. Ninguno le tironeaba la falda, ni le lloriqueaba para que lo llevara en brazos, ni intentaba limpiarse la nariz con una de sus mangas. Le pareció una gran cosa estar al mando de la expedición.

Empezaron el recorrido en el laboratorio, donde Ovid puso comprensibles reparos por cuestiones de seguridad. Al final, aceptó que

entraran en grupos de ocho sin pasar más allá de la puerta para recibir una pequeña explicación mientras esperaban a ser transportados, también en grupos de ocho, hasta el final del camino grande. El ganado ovino que compartía el establo con la ciencia se convirtió en un desafío inesperado porque las ovejas, y en particular sus necesidades fisiológicas, eran más interesantes para muchos de los niños que la conferencia en el laboratorio. Pero Ovid no lo tomó a mal.

—Eso también es biología —dijo con mucha calma durante una evacuación de metano particularmente violenta.

Al instante, todos los chicos se pusieron de su parte.

La excursión había sido idea de Dellarobia. En varias ocasiones, había discutido amablemente con Ovid acerca de la desconfianza que sentía la gente corriente hacia los científicos; le había propuesto el jardín de infancia como natural punto de partida para invertir la tendencia, y había insistido tanto que él había tenido que aceptar. A Ovid no le hizo gracia la interrupción, pero se fue animando en el transcurso de la visita. Después de todo, seguía siendo el amable profesor que había apuntado a Preston con el dedo la noche de su primera cena y había declarado que el niño era un científico. Dellarobia estaba segura de que aquel momento había cambiado la vida de Preston. Nunca se sabe qué fracción de segundo puede ser el relámpago zigzagueante que separa todo lo sucedido hasta entonces de todo lo que vendrá después. Ovid fue paciente con las preguntas de los niños sobre los científicos («¿Os gustan las explosiones?» «¿Podéis fabricar un ser humano?») y los fue conduciendo hacia el tema general de las mariposas. Hablar de cosas venenosas era un buen método para que prestaran atención. Por eso les explicó a los niños que el «aposematismo» era la coloración naranja brillante de las mariposas o las llamativas rayas de la oruga, esa especie de gusano con pelos cuya fotografía enormemente aumentada estaba pegada a la pared del laboratorio.

—Estos colores son una señal de stop —explicó Ovid—, una advertencia a los otros animales para que no se coman a la oruga porque, de lo contrario, podrían vomitar. ¡O incluso morir!

A Dellarobia le resultó conmovedor que se hubiera vestido mejor que nunca, con camisa de vestir y corbata, para recibir la visita de unos niños del jardín de infancia.

Desde el laboratorio, subieron hacia el lugar de invernada formando un enjambre de movimientos lentos, como abejas que se mueven consensuadamente pero sin un orden estricto de una colmena a otra. El doctor Byron prometió reunirse con ellos para responder a sus preguntas a la hora de comer, y Dellarobia esperó que eso significara que pensaba subir al cabo de media hora o menos. Mientras tanto, le correspondió a ella llevar las riendas del grupo. El trayecto desde la camioneta hasta el lugar de estudio estuvo lleno de incidentes. Además de la guerra de piñas, que acabó convertida en un concurso de

lanzamiento de escarabajos, hubo varios guerreros que acabaron con rasguños en los brazos, muchos casos más de manchas con resina de pino y un abrigo que desapareció mágicamente y se acabó perdiendo. Se cayeron y abrieron varias fiambreras con los almuerzos, y tres niñas dijeron haber visto un oso o un ciervo, lo que ocasionó una sesión prolongada de chillidos. Nada de eso amilanó a la señorita Rose, la joven maestra, que se mantuvo impertérrita con sus reflejos y su melena perfecta cortada en capas, sus bonitas botas de piel y su grave compostura, que inspiró en Dellarobia un conmovido respeto por el trabajo en un jardín de infancia, igual que la corbata de Ovid. Ella, en cambio, sentía que no se había arreglado lo suficiente, ya que simplemente se había preparado para un día corriente dedicado a la ciencia.

Un niño con una cazadora que parecía inspirada en el anuncio de Michelin caminaba a su lado, recogiendo todas las cúpulas de bellota que encontraba por el suelo y que le daba a ella para que se las guardara. Tenía una habilidad asombrosa para encontrarlas; en menos de cien metros, le había dado por lo menos treinta. Las llamaba «huevos de bellota». Animadas por la presencia del niño, varias niñas se decidieron a caminar justo detrás de Dellarobia, como si fueran el pequeño grupo de las elegidas. La líder del grupo, que parecía saberlo todo, iba anunciando los nombres de los arbustos que crecían a los lados del sendero sin acertar ni uno:

—Repollo... Col de agua... Planta de marihuana...

¿De dónde habría sacado eso?

Tres o cuatro niños descubrieron las mariposas mientras se acercaban al lugar de estudio y enseguida estiraron el cuello para verlas mejor y empezaron a proclamar su asombro, atrayendo a todos los demás, que, de inmediato, se pusieron a lanzar exclamaciones de admirada estupefacción. Dellarobia oyó un par de sofocadas palabrotas aprendidas directamente de los padres o la televisión. Árboles de mariposas, ramas forradas de alas, troncos erizados de vida... Intentó verlo todo a través de los ojos de los niños, como la primera vez: árboles cubiertos de copos de cereales. Deseó que hubiese sido uno de los días mágicos en que las mariposas caían de los árboles girando sobre sí mismas, como hojas en otoño; pero el solo hecho de estar ahí ya era un gran acontecimiento para esos niños, que parecían poco habituados a la vida al aire libre. Sólo cuatro habían subido antes hasta ese lugar (sólo dos si se exceptuaban Preston y Josefina), aunque todos aseguraban haberlo visto por televisión. El día era frío y no había movimiento en los árboles. El invierno había hecho estragos. En ese lugar de la montaña, habían llegado a reunirse quince millones de monarcas, según los primeros cálculos de Ovid, pero las pérdidas rondaban el sesenta por ciento, la mayor parte en las últimas semanas. Incluso así, seguían cayendo las mariposas, con un leve golpeteo casi continuo de muertes diminutas. El fin estaba ya tan próximo que no tenían fuerzas para resistir.

En el pequeño claro del lugar de estudio, los niños se acomodaron en semicírculo sobre los artilugios que habían preparado para sentarse en el suelo: dos cuadrados de tela impermeable unidos con lana confeccionados especialmente para la ocasión. El propósito original había sido que los llevaran atados a la cintura, como delantales puestos por detrás; pero la idea no había funcionado, por lo que la señorita Ross los llevaba consigo desde que habían salido de la camioneta para distribuirlos al llegar. Tras repartir a cada niño el cuadrado que había confeccionado, se sentaron. Cuando la maestra les pidió que prestaran atención a la señora Turnbow, los niños tardaron en obedecer, pero al final todos los ojos se volvieron hacia ella, listos para recibir el zigzagueante relámpago. Dellarobia estaba nerviosa, ya que la situación era tan nueva para ella como para los niños, pero intentó contar la historia lo mejor que pudo. Les contó que la oruga rayada y la mariposa anaranjada eran el mismo insecto, igual que un bebé era la misma persona que el adulto en que se convertiría cuando creciera. Parecían diferentes, pero eran lo mismo. Les dijo que el bosque de mariposas era, en realidad, una unidad: la población de monarcas. Les explicó que las orugas comían las hojas de una sola planta: el algodoncillo, que de ese modo también formaba parte de algo mucho más grande. Les contó cómo volaban gracias al mapa secreto que albergaban en el interior de sus pequeños cuerpos, y que la mayor parte del tiempo se contentaban con quedarse tranquilamente con sus amigas, hasta que un día algo despertaba en su interior y las impulsaba a hacer un vuelo de casi dos mil kilómetros, que para una mariposa era como si fueran años luz, hasta un lugar donde no habían estado nunca. Probablemente, ni siquiera imaginaban que eran capaces de semejante hazaña.

En algún momento de su explicación, llegó Ovid. Ella percibió un cambio en la atención de los niños y se puso roja como un tomate cuando se dio cuenta de que él llevaba un rato detrás de ella, escuchándola. De todos modos, ya había terminado. Alto e increíblemente apuesto con su corbata y su gabardina, en lugar de la ropa de campo que solía vestir, Ovid aplaudió lenta y sinceramente a Dellarobia, incitando a la señorita Rose y a los niños a hacer lo mismo. Dijo que no tenía mucho más que añadir, excepto tal vez unas palabras para explicar por qué no era bueno que esas mariposas estuvieran allí. El lugar de México donde solían vivir estaba cambiando. La gente talaba los árboles y el clima se estaba volviendo demasiado caluroso a un ritmo demasiado rápido para que ellas pudieran adaptarse. Les preguntó a los niños si alguna vez se había producido algún cambio en sus casas que no les hubiera gustado. Todas las manos se levantaron. Dellarobia imaginó sus historias; seguramente, las habría de todo tipo, desde anécdotas de Transformers rotos hasta terribles problemas con agencias de adopción, ya que los niños de esa edad apenas podían distinguir entre diferentes grados de tragedia. Pero Ovid siguió hablando del mundo en general y de los daños que estaba sufriendo. Les dijo que algunos animales estaban perdiendo sus casas porque la gente estaba siendo un poco descuidada.

—Demasiada contaminación —intervino Dellarobia, pensando que un término neutro era lo más adecuado para que no se asustaran, pero la señorita Rose se le había adelantado. Ya habían hablado al respecto en clase.

—¿Y qué podemos hacer para ayudar? —preguntó la señorita Rose.

—Apagar la luz cuando salgamos de una habitación —respondió un niño.

—Recoger nuestras latas de cerveza —dijo otro.

La señorita Rose se echó a reír.

—¿Las latas de cerveza de quién?

—¡De nuestros papás! —gritó otro, suscitando un consenso generalizado.

Al principio, la timidez les impedía hacer preguntas, pero pronto la superaron. Querían saber qué cosas podían matar a las mariposas. Dellarobia sabía algunas respuestas, pero Ovid podía enumerar muchas más, ¡incluidos los coches en la carretera! A los chicos les encantó la idea de que las mariposas fueran víctimas del tráfico, aunque lamentaron sus muertes con una sonora exclamación colectiva.

Uno de los niños levantó la mano, se arrepintió, la volvió a levantar y finalmente preguntó:

—¿Eres el presidente?

—No, no soy el presidente —respondió Ovid, riendo de buena gana—. ¿Lo dices porque tengo la piel oscura?

El niño pareció animarse más.

—No, porque llevas corbata.

Ovid pareció sorprendido.

—Muchos hombres llevan corbata cuando van a trabajar —replicó—. ¿Tu padre nunca usa corbata?

—No —dijo el niño, y Dellarobia notó que Ovid lo había comprendido. El «no» de ese niño podía ser un «no» a la corbata, o a que su padre tuviera trabajo, o quizá simplemente a tener padre. Sintió que la reunión podía ser muy provechosa para todos.

Los niños querían saber mucho más acerca del doctor Byron, como, por ejemplo, si vivía en el laboratorio o si las ovejas eran suyas. Preston

esperó pacientemente su turno y preguntó, diferenciándose del resto del grupo, si las mariposas eran como las hormigas voladoras, que se marchaban para fundar nuevas colonias. Ovid le explicó que eso era diferente y que las hormigas tenían que permanecer casi siempre juntas a causa de su sistema de parentesco. Le dijo que los insectos tenían muchas maneras de organizarse en familias, y que podrían hablar al respecto durante el almuerzo, que propuso que fuera en ese mismo instante.

Fue una buena idea, ya que las fiambreras habían empezado a abrirse y a perder su contenido. Dellarobia se sorprendió al ver la rapidez con que los niños volvían a distribuirse en sus grupos sociales anteriores: las Elegidas, los Lanzadores de Escarabajos, los Chillones... Había un grupito de niñas que iba siempre detrás de la señorita Rose, como damas de honor detrás de la novia. El niño de la cazadora del anuncio de Michelin buscaba la soledad como si fuera su costumbre y, por el camino, recogía cúpulas de bellota. Dellarobia observó que su hijo dejaba plantada a Josefina para poder conversar con el doctor Byron acerca de lo que más le interesaba. Iba a tener que hablar seriamente con su hijo sobre la lealtad debida a los amigos, pero eso sería más adelante. Se apresuró a rellenar el hueco que había dejado Preston.

—Conozco el mejor sitio para almorzar —propuso, y Josefina le cogió la mano agradecida.

Pero el mejor sitio, que era el tronco cubierto de musgo y atravesado sobre el torrente, ya estaba ocupado, por lo que se dirigieron hacia el borde más elevado del claro y se sentaron al pie de un abeto colosal.

Dellarobia estaba radiante. Todo había salido mejor de lo planeado. A Ovid le hacía falta algo así; obviamente, tenía talento para las relaciones públicas, pero adolecía de una inexplicable falta de confianza en sí mismo. Y ella le había demostrado que podía confiar. Estaba colaborando con él; se sentía su colega, y esa idea la emocionaba y la llenaba de entusiasmo, como le pasaba siempre que tenía esos pensamientos, en una vida transcurrida volando «de poste en poste». *Él* estaba sentado con Preston en el tronco; *él* había cogido el mejor sitio para almorzar; *él*, que ocupaba todos sus pensamientos mientras trabajaba, mientras descansaba y probablemente también mientras dormía. Estaba sentado con el almuerzo sobre las rodillas delante de siete niños alineados como patitos, pero sólo escuchaba a Preston. Dellarobia los oía hablar de insectos y de sus diferentes tipos de familias. Buscó en el bolso el sándwich de atún que apenas había tenido tiempo de preparar esa mañana mientras Josefina extraía de su bolsa de papel una comida completa, en varias partes: varios rollos rellenos de tortilla de maíz que parecían grandes cigarros amarillos; salsa en un vaso de papel cubierto de celofán; judías negras en otro recipiente, y unas patatas chips triangulares en un bote de crema agria reutilizado.

—¡Tienes una mamá de cinco estrellas! —exclamó Dellarobia, dándose cuenta al instante de que quizá no era la manera más comprensible de alabarle a su madre a una niña que no sabía muy bien el idioma.

Pero Josefina pareció entenderla y se lo agradeció. Su inglés había mejorado notablemente. Lupe decía que el tiempo que pasaba con sus hijos era una gran ayuda para ella. Dellarobia vio cómo Josefina disponía sin afectación su complicado almuerzo sobre una servilleta de papel, y se preguntó cómo sería tener una familia como la suya. O cualquier otro tipo de familia, diferente de aquella cuyas paredes la rodeaban. Ante cualquiera que fuera su incentivo para huir, ahí estaba la familia, su máxima aspiración, cercada por una alambrada barata que habían instalado en una tarde muchos años atrás. Era su dinastía Turnbow, a la que en el fondo nunca había pertenecido, como le había dicho Hester. ¿Qué clase de lazos eran los suyos? ¿A qué la unían? Le habría resultado tan fácil formar otros lazos...

Josefina comía muy concentrada con su tenedor, pero al cabo de un momento hizo una pausa para echarse el pelo negro hacia atrás, por encima de los hombros, y levantó la vista. Dellarobia se conmovió al ver su cuello, el bulto menudo de la nuez de Adán que temblaba al borde del abrigo de pana con la cremallera levantada hasta arriba, y el sorprendente aplomo de la niña en medio de una vida que había sido devastada. Una tierra movediza se había tragado su casa y había borrado su mundo. Dellarobia también levantó la vista para contemplar el vertiginoso espectáculo de la torre de mariposas anclada a sus espaldas. Los insectos trepaban por todo el tronco en perfecta alineación, como una colección de veletas que indicaran la dirección del viento, formando pesados cúmulos en las ramas.

—¿Cómo dices que se llaman los grupos de mariposas? —preguntó.

—*Racimos* —le contestó la niña en español.

Dellarobia repitió la palabra porque esta vez no quería olvidarla. Ya se lo había preguntado antes. Le parecía mejor y más específica que los términos que usaba Ovid.

—¿Cuando vienes aquí te acuerdas de tu país? —preguntó—. ¿Te recuerda esto a México?

Josefina asintió.

—En México dicen que son niños.

—No. Los niños son las orugas. Éstas ya son adultas.

Josefina negó rápidamente con la cabeza, como queriendo borrar ese último comentario para empezar de nuevo.

—No, no me has entendido bien. Dicen que las mariposas son lo que les sale de dentro a los niños cuando se mueren.

Dellarobia pensó que aquello parecía una película de terror, pero se dio cuenta de que era importante para Josefina, que había soltado el tenedor para hablarle.

—No recuerdo la palabra —dijo—. Es lo que sale cuando un bebé se muere. —Se apoyó las dos manos en el pecho, con los pulgares entrelazados, y las levantó por el aire, agitándolas como un par de alas—. Es una cosa que se va volando desde el cuerpo.

De pronto, Dellarobia lo comprendió.

—El alma.

—El alma —repitió Josefina.

—¿Creen que las mariposas monarca son las almas de los bebés muertos?

La niña asintió con expresión pensativa, y durante mucho tiempo las dos se quedaron mirando la catedral de vidas suspendidas. Al cabo de un rato, Josefina dijo:

—¡Son tantas!

Cub estaba cortando leña en casa de Bear y Hester, y llamó para decir que se quedaría a cenar, pero Dellarobia declinó la invitación de llevar a los niños y reunirse con ellos. La confesión de Hester en el bosque le había dejado un extraño desapego tintineándole en los oídos, una sensación no del todo desagradable, pero desordenada. Se sentía invisible y ligera. Era viernes por la noche. Pensaba cocinar algo que les gustara a los niños, como sopa y varitas de pescado, y mirar algún programa de televisión de principio a fin. Eso, si llegaban enteros. Dovey había ido a recogerlos a casa de Lupe y también se quedaría un rato. El teléfono pitó en la mesa. Era su amiga, que le enviaba un mensaje: «Los tengo, voy para allá».

Dellarobia le contestó: «Envía SMS mientras conduces si quieres reunirte con Él».

«☺» fue la respuesta inmediata.

Dovey no era el tipo de persona que comía varitas de pescado, pero habría sido capaz de cenar grava con tal de salir de su apartamento, donde su hermano, que además era el casero, estaba cambiando las baldosas sin razón aparente. Dovey decía que ahora sí que se mudaba, pero nadie la tomaba en serio, como al niño que siempre gritaba «¡Que viene el lobo!». Se quedaría donde estaba, siempre que pudiera usar la

casa de Dellarobia como refugio y siempre que Cordie y Preston le dieran la oportunidad de practicar a ratos el rol de madre.

Dellarobia oyó que un coche entraba por el sendero y se sorprendió de que hubieran tardado tan poco tiempo. *Roy* fue hacia la puerta delantera y se puso en posición de alerta, con las orejas erguidas y la cola baja. Dellarobia fue a mirar por los ventanucos superiores de la puerta y se sobresaltó al ver el jeep blanco de Noticias Nueve en el sendero de su casa. Tina Ultner, enfundada en una gabardina blanca con cinturón, se había bajado del coche y se dirigía hacia la puerta con la cabeza gacha haciendo balancear con cada paso rápido la sedosa melena rubia. Dellarobia se tiró al suelo, con la cara junto al hocico de *Roy* y la espalda apoyada en la jamba de la puerta. No había tiempo para correr a esconderse en el dormitorio. Oyó el repiqueteo de unos tacones femeninos en los peldaños del porche y percibió el cambio de luz cuando Tina se acercó a los paneles de vidrio traslúcido de la puerta. *Roy* miró a Dellarobia e inclinó la cabeza hacia un lado, lo que constituía el tradicional signo de interrogación de los collies. Ella levantó un dedo, y el perro se quedó inmóvil. La casa adquirió, de pronto, la atmósfera de un refugio antiaéreo.

Toc, toc, se oyó en la puerta. Toc, toc, se oyó una vez más. Después, silencio.

Roy dejó de mirar la puerta para observar a Dellarobia. Se lamió los belfos y bostezó, como suelen hacer los perros cuando están nerviosos. Los pulcros golpecitos se repitieron.

Dellarobia recordó que se había guardado el teléfono en el bolsillo tras mandar el mensaje a Dovey y dio gracias a Dios. Lo puso en modo vibración, antes de teclear con mucho cuidado: «No vengáis».

La respuesta inmediata de Dovey fue: «???».

«Llévate a los niños. Después te explico.»

«Estamos aquí, detrás del jeep. ¿Qué demonios pasa?»

Tina llamó al timbre. *Roy* volvió a bostezar, pero no se movió.

«Me estoy escondiendo. ¡Vete!»

Pasó un minuto. *Roy* inició un bailecito nervioso dando pequeños pasos adelante y atrás, esforzándose para no perder el control. Dellarobia se quedó mirando la pantalla hasta que apareció la respuesta.

«Preston tiene pis. Yo también. Cordie ya se ha hecho encima.»

«¿Tienes pañales?»

«¿Para los tres?»

Dellarobia sintió que se le ponía la mente en blanco. Los golpes en la puerta habían parado. Le llegó otro mensaje de Dovey: «¡Dios! Nos ha visto».

Y, al cabo de diez segundos, otro más: «No te preocupes. Ya me ocupo yo».

Dellarobia jamás se habría apostado nada de valor a uno de los planes de «ya me ocupo yo» de Dovey, pero éste fracasó más rápidamente que la mayoría. Mientras Dovey explicaba con bastante convicción que su amiga no estaba en casa, Preston abrió la puerta haciendo que Dellarobia y Roy entraran inesperadamente en escena a la altura de las fabulosas botas grises de ante de Tina Ultner. Dellarobia observó un momento las botas y después levantó la vista hacia las fosas nasales de la periodista.

—¡Hola, Dellarobia! —exclamó Tina y esperó a que se pusiera de pie antes de tenderle la manita fría.

El efecto de ver a Tina la golpeó como si se hubiera tomado una droga: las cejas pálidas, los grandes ojos de mirada directa, la tez espectral... Su abrigo era de un blanco invernal, el mismo color que había criticado cuando lo había visto en Dellarobia en su primer encuentro. Los dos niños entraron corriendo a la casa, seguidos de Dovey y a continuación de Roy, por lo que Dellarobia se quedó sola con Tina en el porche.

—No pienso hacerlo —dijo—. No voy a hacerlo de nuevo.

—Escucha —replicó Tina—, esto es realmente muy especial. Sólo te pido que me escuches un momento. Esto es para nuestra sección «A fondo». Muy pocas noticias reciben una cobertura de este tipo, sólo las favoritas de la audiencia. Cuando hay tantísimo interés, entonces volvemos y hacemos un seguimiento de la historia, seis semanas después, para ver cómo ha acabado todo.

—¿Seis semanas? —preguntó Dellarobia, pensando en varias preguntas a la vez.

¿Se imaginaría Tina lo mucho que su manipulación de las imágenes había trastornado su vida? ¿Habían pasado ya seis semanas? ¿Por qué creería que todo había acabado? ¿Era ésa su cobertura «a fondo»? Recordó la queja de Ovid acerca de lo efímera que era la atención de los medios. Las cortinas del cuarto de estar se apartaron hacia un lado y apareció Dovey en la ventana, a espaldas de Tina. Estaba formando una cruz con los dedos índices, como para ahuyentar a un vampiro.

—¿Es Ron el que está en el coche? —preguntó Dellarobia.

El hombre sentado en el jeep parecía más delgado y más rubio que Ron, y con más pelo.

—No, no es Ron —respondió Tina con indiferencia—. Es Everett.

—Muy bien, ve a buscar a Everett. Recoge todo lo necesario y ven conmigo.

Dellarobia dejó que Tina reuniera su equipo mientras ella bajaba los peldaños y rodeaba la casa para ir al jardín trasero. No quería llamar a la puerta metálica de la autocaravana porque le parecía un espacio demasiado íntimo, por eso se alegró de ver luz en el laboratorio. Cuando Tina se reunió con ella, la condujo con sus botas maravillosas a través del establo de las ovejas. Si a Tina la horrorizó el lugar, hizo todo lo posible para que no se le notara y se limitó a estudiar el establo con la mirada calculadora que Dellarobia recordaba, como si estuviera almacenando todas las imágenes para estudiarlas más adelante. Hicieron una pausa delante de la puerta del laboratorio para esperar a Everett, y Dellarobia aprovechó el momento para informarle acerca del doctor Ovid Byron, cuyo nombre le delectó a Tina para que pudiera apuntarlo en su teléfono móvil. Tina miraba la pantallita con gesto adusto mientras tecleaba en accesos frenéticos con la punta de los manicurados dedos.

—¿Estás de broma? —dijo finalmente la periodista—. ¿Tienes aquí a ese hombre? ¿En un establo?

Everett, el cámara flacucho y bajito, llegó a toda carrera organizando por el camino los cables negros que le asomaban de todos los bolsillos. Se veía desaliñado en todos los aspectos, excepto en la cabellera perfecta, que parecía que se hubiera peinado con laca. Para Dellarobia fue gratificante ver su mueca de sincero horror cuando descubrió el suelo del establo.

Dellarobia llamó a la puerta con revestimiento plástico y, cuando entraron, encontraron a Ovid sentado escribiendo unas notas. Para ponerse las gafas de leer, se había levantado sobre la frente las gafas protectoras, como un submarinista que ha salido un instante del agua. Su expresión de vulnerable sorpresa desmoralizó a Dellarobia. El doctor Byron se levantó para estrechar la mano tendida de Tina y, enseguida, se quitó las gafas protectoras y las de lectura, revelando así un punto sorprendente de vanidad que alimentó aún más la angustia de Dellarobia. Estupefacta, Dellarobia vio cómo Tina se despojaba de su personaje de madre de familia, como si nunca hubiera existido, para dirigir toda la fuerza de su encanto en una dirección totalmente diferente. Según ella, el laboratorio era «maravilloso» y «totalmente increíble». Declaró que le encantaba y que habría querido estudiar ciencias en la universidad, pero las matemáticas se lo habían impedido.

—¡Ay, las matemáticas! —suspiró.

Después de las presentaciones, Tina dijo que tenían que subir otra vez a la montaña para repetir la toma con las mariposas al fondo. Era lo que se solía hacer en ese tipo de cobertura para enlazar a nivel visual el nuevo reportaje con el que se había emitido anteriormente. Ovid le dijo que, en este caso, la mayor parte de las mariposas habían muerto y que, además, hacía demasiado frío y era una hora demasiado avanzada para que estuvieran volando. Tina chasqueó la lengua, contrariada. Habían planeado llegar más temprano, pero de camino habían tenido que ir a cubrir un homicidio.

Mientras hacía repiquetear las uñas de puntas blancas sobre la mesa de contrachapado del laboratorio, se puso a mirar a su alrededor.

—¿Sabéis qué? —anunció finalmente—. No importa. Todavía tenemos unas tomas magníficas de la primera entrevista. Añadiremos las mariposas al reportaje de hoy cuando hagamos el montaje.

Ovid pareció disgustado. ¿Iba a resucitar a las mariposas muertas? Mientras tanto, Tina se había entregado a la tarea de encontrar «un encuadre aceptable» del laboratorio. Le encantó el cartel de la oruga pegado a la pared por su colorido. Dijo que le gustaba Ovid con su bata de científico, pero no quería que se viera el caos. La pila de cacitos de aluminio del último análisis de lípidos tenía que desaparecer. Tina dirigió la limpieza con una leve expresión de repugnancia, como si se tratara de suciedad, cuando en realidad no era más que desorden: frascos de reactivos, gradillas de alambre azul para probetas, cajas de plástico rectangulares apiladas como bloques y hojas impresas. Pero todo estaba perfectamente limpio. Dellarobia hacía la limpieza todos los viernes. Al principio, Ovid pareció reacio y después se puso muy nervioso al ver que le revolvían las cosas del laboratorio. Cuando Everett se acercó al Tissuemizer, le gritó que no se atreviera a tocarlo. Tina soltó una risita ligera, como para minimizar el incidente, y Dellarobia recordó al instante esa risa breve, articulada en dos notas, y sus muchos usos.

—Creo que será mejor que subáis a la montaña para hacer vuestras tomas —dijo Ovid.

Tina y Everett intercambiaron una mirada cargada de intención, y entonces ella se adelantó para enganchar un pequeño micrófono a la solapa de Ovid y deslizarle la caja en uno de los bolsillos de la bata. Dellarobia notó que Ovid ponía los ojos en blanco mientras Tina le ajustaba los dispositivos, la misma cara de cansancio que ponía Preston cuando ella le anudaba la corbata para ir a la iglesia. No quedaba ni rastro de la amigable confianza del científico que recibe a los niños del jardín de infancia. Tina le aplicó polvos en la nariz y las mejillas, cerró la petaca de un golpe y le hizo una señal a Everett. A continuación, empezó a hablar con su lubricada voz de presentadora.

—Doctor Ovid Byron, usted lleva más de veinte años estudiando las mariposas monarca. ¿Había visto alguna vez algo como esto?

—No —respondió él con aspecto de estar buscando desesperadamente una salida.

Tina esperó un momento. Dellarobia la encontró parecida al maniquí de un escaparate, con la misma tez cérea y la misma postura floral. Cuando la había entrevistado por primera vez, la impresión de verse delante de una cámara le había impedido advertir que esa mujer distaba de ser perfecta. Los huesos de los pómulos parecían pétreos y demasiado prominentes debajo de la piel incolora. Tenía un aire enfermizo.

La periodista empezó de nuevo:

—Doctor Byron, usted es uno de los principales expertos a nivel mundial en la mariposa monarca y por eso nos interesan sus respuestas acerca de este hermoso fenómeno. Tengo entendido que estas mariposas suelen congregarse en México para pasar el invierno. ¿Podría explicarme, en pocas palabras, por qué han venido aquí?

Ovid soltó una carcajada.

—¿En pocas palabras?

Tina asintió brevemente indicándole que continuara.

—Es imposible explicarlo en pocas palabras.

Dellarobia vio que la puerta se movía y enseguida apareció Dovey, que entró sigilosamente en el laboratorio, acompañada de los niños. Dellarobia fue a su encuentro, para sentarse a Cordie en la cadera, y se quedó con ellos junto a la puerta. Mientras tanto, Tina fue hacia la mesa para sacar del cuadro un par de tijeras de empuñadura azul y un rollo de cinta adhesiva. Al acercarse, dio un respingo al ver la cubierta del microscopio, arrugada y llena de polvo.

—Esto no es un plató de televisión —se disculpó Ovid.

Tina lo miró, y él hizo un amplio gesto de impotencia con las manos.

—Así es la ciencia.

—Muy bien —replicó ella, que de inmediato volvió a su puesto y se recompuso para empezar otra vez desde el principio.

Dellarobia comprendió su estrategia: repetía la entrevista de mil maneras diferentes para poder manipularla a su antojo durante el montaje.

—Doctor Byron, usted lleva más de veinte años estudiando la mariposa monarca y dice que nunca había visto nada semejante. Hay muchas ideas diferentes acerca de lo que está ocurriendo aquí, pero hay algo en lo que todos coincidimos: el espectáculo es maravilloso.

—Yo no estoy de acuerdo —replicó él—. A mí me parece muy preocupante.

—¿Y eso por qué? —preguntó Tina, enseñando los dientes.

—¿Por qué? —repitió él mientras se pasaba una mano por el pelo cortado casi al rape. Era un gesto nervioso que Dellarobia le había notado en otras ocasiones, aunque no lo hacía con mucha frecuencia—. Porque es la manifestación de un sistema alterado —dijo por fin—. Obviamente, estamos viendo todo tipo de daños, tanto en los sitios habituales de invernada en México, como en el área primaveral y en las rutas migratorias. Decir, en resumen, que todo esto es muy bonito es... ¿Cómo ha dicho usted que se llama?

—Tina Ultner —respondió ella en un tono diferente del que usaba cuando estaba ante las cámaras.

—Mire, Tina. Ver nada más que belleza en esto es muy superficial, incluso tratándose de un reportaje, porque se pierde el verdadero mensaje.

—¿Nos está diciendo que aquí hay un mensaje? ¿Podría decirnos cuál es?

Ovid miró a Dellarobia con cara de acorralado, y ella sintió náuseas. Había pensado que él tenía mucha habilidad para explicar las cosas, con todos sus estudios y su experiencia, y que seguramente podría manejar a una mentecata como Tina. Pero se había equivocado. Al cabo de una larga pausa, Tina lo intentó de nuevo:

—Doctor Byron, aquí está sucediendo algo nuevo. A la mayoría de nosotros nos maravilla la belleza de este fenómeno, pero... —Inclinó teatralmente la cabeza, como preocupada por una revelación que acababa de experimentar—. ¿Cree que esto es signo de un problema ecológico más grave?

—¡Sí, sí, en efecto! —exclamó Ovid—. Es un problema medioambiental. Estamos ante un extendido daño medioambiental, ante un sistema biológico que se está desmoronando. Sí, Tina Ultner, tiene usted toda la razón. ¡Muy bien pensado!

—¿Podría explicarnos, brevemente, la naturaleza del problema, doctor Byron?

—¿Brevemente? Temperaturas inhabituales para la estación, sequía, falta de sincronización entre los forrajeros y las plantas que les sirven de alimento. Todo depende del clima.

La entrevistadora parpadeó un par de veces.

—¿Estamos hablando de calentamiento global?

—Sí, exacto.

Tina le hizo a Everett un gesto con la mano para que parara la cámara y, curiosamente, su propia animación pareció apagarse también. Le cambió la expresión mientras recorría el laboratorio, como si empezara a sentir nostalgia de los aparatosos accidentes de carretera que solía cubrir. Comprobó algo en la cámara, volvió al puesto que había elegido para hacer la entrevista y habló en un tono del todo diferente:

—El canal ha recibido algo así como quinientos mensajes a propósito de esas mariposas, casi todos favorables. ¿De verdad es ése el mensaje que quiere transmitir? Porque le aseguro que va a perder público.

Ovid pareció sinceramente sorprendido.

—Soy un científico. ¿Me está sugiriendo que cambie mi respuesta para mejorar sus índices de audiencia?

—No, en absoluto —respondió Tina con frialdad.

Su compostura estaba perdiendo la vertiente amable. Tenía una manera irritada de inhalar el aire entre los dientes delanteros y exhalarlo por la nariz que le hizo pensar a Dellarobia que probablemente fuera cierto que tenía hijos, después de todo. Tras mirar al suelo por un momento, Tina le hizo un gesto a Everett y compuso de nuevo la cara para ponerse ante la cámara.

—Hablemos del calentamiento global, doctor Byron. Como sabemos, hay división de opiniones entre los científicos. Nadie sabe con certeza si de verdad está pasando, ni si puede atribuirse a la actividad humana.

Casi divertido, Ovid levantó las cejas en un gesto que a Dellarobia le resultó familiar.

—Me temo que no está al corriente de los hechos, Tina. Incluso los negacionistas más recalcitrantes reconocen que el planeta se está calentando. Lo admiten todos, salvo los que reciben un salario para decir lo contrario.

Tina apretó levemente la mandíbula, miró a Ovid con cierta inquietud y empezó de nuevo. Su tesón para las repeticiones era envidiable.

—Hablemos del calentamiento global, doctor Byron. Como sabemos, muchos expertos niegan que el consumo de combustibles fósiles aumente la proporción de gases de invernadero en la atmósfera.

Ovid llevó hacia atrás la barbilla en una expresión de tan absoluta incredulidad que acabó poniendo cara de tortuga asombrada.

—¿Que lo *niegan*, dice? ¿Niegan que quemar carbono ponga carbono en el aire? ¿Eso niegan? —Su tono se volvió tan agudo que le salieron un par de gallos—. ¡Ay, Tina, Tina! Piense un poco lo que está diciendo. Todo el carbón que se extrae de las minas es carbono. Todo el petróleo que se extrae de los pozos es carbono. Cuando quemamos carbón o petróleo, ese carbono pasa al aire. Lo que está en el mundo permanece en el mundo; no hace ¡plop! y desaparece. Eso se llama «conservación de la materia» y es un asunto que quedó zanjado mucho antes de la época de Isaac Newton.

Tina parpadeó un par de veces más.

—Los científicos dicen que no pueden predecir con exactitud los efectos del calentamiento global.

—Correcto. Decimos eso porque somos honestos. Sabemos que seguirán llegando datos nuevos. Pero eso no significa que nos desentendamos del asunto hasta estar seguros. Por ejemplo, nos seguimos cepillando los dientes, aunque no sepamos con exactitud cuántas caries estamos evitando.

—Hay mucha gente que no está convencida. Y nosotros hemos venido aquí a buscar información.

Ovid dirigió la mirada hacia el techo y enseñó los dientes en una mueca que le dejó visible la punta de la lengua entre los incisivos. Cuando finalmente volvió a mirarla, se hubiese dicho que el solo hecho de verla en el laboratorio le causaba dolor físico.

—Si realmente hubiesen venido aquí a buscar información, Tina, no estaría usted en mi laboratorio diciéndome a mí lo que piensan los científicos.

Ella abrió la boca para decir algo, pero él la interrumpió.

—Si en algo no nos ponemos de acuerdo los científicos en este momento, Tina, es en la manera de expresar nuestro horror. Los glaciares que mantienen vivos los ríos de Asia se están fundiendo. ¿Por qué no le pide a unos de sus becarios que le busque información al respecto en Google? El Ártico se derrite. Los científicos solían decir que los glaciares y el Ártico eran «el canario en la mina». Ahora el canario está muerto. Estamos al borde de las cataratas del Niágara, Tina, y vamos a bordo de una canoa. Ésa es una buena imagen para sus televidentes, ¿lo

ve? Hemos llegado hasta aquí dejándonos llevar por la corriente, pero cuando finalmente dejen ustedes de fastidiarlo todo, no podremos darnos la vuelta y volver remando. Hemos llegado a un punto en que ya se oye el rugido de la cascada. ¿Le parece que nos pongamos a discutir si existe la catarata?

Tina inhaló el aire entre los dientes con los ojos muy abiertos. El gesto no la favorecía.

—Si estuviéramos en las cataratas del Niágara, tendríamos un fondo decente para esta toma —dijo—. Sin un buen material visual, no puedo hacer nada con esta entrevista.

Las cejas de Ovid le rozaron la línea de crecimiento del pelo.

—¿Las cosas intangibles están fuera de su alcance? ¿No tienen ustedes un poco de imaginación?

Tina no respondió.

—¡Los resultados de unas elecciones! —dijo él con la expresión de un loco—. ¡Las fluctuaciones de la bolsa! Son cosas intangibles, y sin embargo las cubren ustedes en sus informativos hasta el hartazgo.

Tina se apartó levemente el pelo de la cara y utilizó un tono de voz que probablemente cultivaba desde la adolescencia:

—Porque es lo que a la gente le interesa.

—¡Ustedes tienen un trabajo que hacer y no lo están haciendo!

Ovid adelantó la cabeza con los ojos entrecerrados en una actitud desafiante que asombró a Dellarobia. Nunca se lo había imaginado como un luchador de patio de colegio. Ovid dio un paso al frente, extendiendo el índice hacia el pecho de Tina, como la hoja de una navaja, lo que provocó que ella diera un paso atrás.

—El fuego de los incendios es un material visual excelente, Tina, lo mismo que los huracanes, las inundaciones y toda la maldita fusión del Ártico.

Desplazándose de esa forma, llegaron a la parte del laboratorio donde se apilaba todo lo que ella había quitado de en medio para hacer la entrevista.

—¿Cómo se sentirá dentro de diez años, Tina, cuando una cantidad sustancial de los campos agrícolas del mundo carezca de una estación lluviosa para sus cultivos? ¿Cómo se sentirá cuando piense que no hizo nada para evitarlo?

El largo dedo de Ovid parecía ser el motor de su avance, como si lo empujara a él hacia adelante y a Tina hacia atrás, alrededor de la mesa.

Everett habló:

—Os habéis salido de cámara.

—¡Usted no se meta! —gritó Ovid, y Everett puso cara de haber recibido una bofetada—. Cree que lo malo sucederá solamente en África o Asia —le dijo a Tina—, en lugares que no le importan nada.

De pronto, Tina levantó una mano, como si fuera a sacarse de la manga un movimiento de artes marciales.

—Eso no se lo voy a permitir. Tengo dos niños adoptados en Tailandia.

Ovid no pareció impresionado.

—¿Y cree que con eso ya ha cumplido con su deber? ¿Que ahora ya puede desarrollar su carrera dejándose llevar por el principio de mínima acción?

—No tiene ni idea de lo que está diciendo. Todo el mundo cree que estar en televisión es muy fácil. ¡Pero es un trabajo muy duro!

—Demuéstrelo, Tina. Está dejando que una agencia de relaciones públicas le dicte los guiones, la misma agencia que durante una década se dedicó a fabricar dudas y a crear controversia acerca de la relación entre el tabaco y el cáncer. ¿No van a aprender nunca, ustedes los periodistas? ¡Es la misma jodida agencia, Tina! Se llama Advancement of Sound Science. Compruébelo, si no me cree. Cuando Philip Morris dejó de pagarles, firmaron un contrato con la petrolera Exxon.

El momento de indignación de Tina no tardó en disolverse en la preocupación. Para entonces, tenía la espalda contra el frigorífico y buscaba con la vista una vía de escape. Ovid se volvió abruptamente, dándole la espalda, y echó a andar por el laboratorio mientras se desabrochaba la bata.

—A usted no le interesa investigar en serio un tema. Sólo quiere agradar a sus patrocinadores.

Empezó a quitarse la bata, pero enseguida se dio cuenta de que todavía tenía enganchado el micrófono a la solapa, unido por un cable a la caja que llevaba en el bolsillo. Se desenganchó el micrófono y miró a su alrededor, posiblemente en busca de un lugar para arrojarlo, pero, al no encontrar una diana clara, se lo acercó a la boca y miró a Tina.

—Aquí tiene mi declaración. Lo que están haciendo ustedes es inadmisibile. Están permitiendo que una pandilla de mentirosos de mierda engañen a la opinión pública.

Tina levantó las dos manos.

—¡En mi programa no está permitido el lenguaje malsonante!

Ovid volvió a engancharse el micrófono en la solapa y consiguió recomponer su sonrisa habitual, con los dientes a la vista.

—Lo siento, lo repetiré —dijo—. Están permitiendo que una pandilla de prevaricadores de mierda engañen a la opinión pública.

—Muy bien —dijo Tina—. Ya es suficiente.

Everett enrolló en un segundo todos sus cables. Tina ya tenía el teléfono en el oído mientras se marchaban, y su voz subió hasta convertirse en un agudo chillido fuera del establo. Probablemente, el jeep de la televisión ya estaba levantando polvareda en la carretera antes de que se disipara la atmósfera de desconcierto en el laboratorio. Preston y Cordie tenían la expresión seria y de ojos muy abiertos que suelen poner los niños cuando los adultos discuten. Dellarobia también estaba un poco como ellos, a la espera de que volviera a aparecer una versión más reconocible de su jefe. Ovid, por su parte, estaba recogiendo frenéticamente una serie de sobres de papel que se habían desordenado durante la discusión, empeñado en poner todo en su sitio.

—Bueno, ha sido un desastre —dijo finalmente sin levantar la cabeza.

—No ha estado tan mal —replicó Dellarobia, sintiéndose tonta.

—Tendría que haberme esforzado más. Tú siempre me lo dices: «Explícaselo a la gente. Muéstrales que no somos el enemigo». Sé que es importante y desperdicié la ocasión.

Dellarobia notó que Ovid estaba buscando su cazadora verde, que se había caído al suelo, cerca del frigorífico. La recogió y se la dio.

—Pero todo lo que dijiste es cierto. Técnicamente es cierto. No has hecho nada malo.

—No —convino él—, excepto asegurarme de que arrolle repetidamente con su vehículo el cartucho con la grabación de la entrevista.

—Pero eso es culpa suya —dijo Dellarobia—. Será una pérdida para la gente. De hecho, es una pena que nadie vaya a ver nunca vuestra conversación.

—Eh, chicos —dijo Dovey, levantando su teléfono—. No os preocupéis. Yo lo he grabado todo. Y ahora lo estoy subiendo a YouTube.

Estrategias de apareamiento

—CUATRO de marzo —dijo Dellarobia.

—¿Tenemos que hacer algo? —preguntó Preston.

—No —respondió ella, riendo—. Hoy es viernes cuatro de marzo y falta exactamente una semana para tu cumpleaños.

La cara de Preston se iluminó con una amplia sonrisa, pero su mirada detrás de las gafas permaneció fija en la carretera. Los dos estaban mirando al este, la dirección por donde aparecería el autobús escolar, a su debido tiempo, junto con la luz del alba.

—Tengo una sorpresa grandísima para ti. Ya lo verás. No vas a creértelo —añadió ella, y la sonrisa del niño se ensanchó aún más y se concentró, como para contener una gran presión interior.

Vieron asomar el sol por detrás de las borrosas crestas boscosas que flotaban sobre el horizonte. Primero fue un fuego sin forma que llameó entre los árboles desnudos, pero con rapidez se fue transformando en una dorada yema esférica que, al poco tiempo, ya no pudieron mirar directamente.

—Huele como la época en la que nacen los corderitos —dijo el niño.

—Así es. Huele a primavera. —Ella cerró los ojos e inhaló—. ¿Qué es? ¿La tierra?

Permanecieron un buen rato en silencio interrogando al aire con la nariz. Al cabo de un momento, Preston dijo:

—Creo que son las lombrices. Y la hierba recién nacida.

—Sí, tienes razón. Y dime, ¿quieres ver nacer a los corderitos este año cuando llegue el momento?

Preston asintió con firmeza.

—Hay otras maneras de ayudar, ya lo sabes. No es necesario que te quedes todo el tiempo mientras nacen.

—Quiero verlos nacer —replicó él.

Ella no temía que su hijo viera el comienzo retorcido y ensangrentado de la vida, pero pensaba que quizá también le tocara presenciar la muerte. Era un riesgo.

—Tendrás que quedarte en casa y faltar a la escuela —le advirtió—. Cuando una oveja se pone de parto, hay que quedarse con ella y vigilarla. Llamaremos a la señorita Rose, y ella te disculpará.

—Nos ha dado permiso para hablar de todo eso —dijo Preston.

—¿De qué?

—De que los bebés nacen de las mamás.

—¿Ah sí?

—Sí. La hermana mayor de Isaac Frye tuvo un bebé en el baño del colegio.

—¡Por Dios, Preston! ¿Cómo habéis hablado de eso?

El niño se encogió de hombros.

—A mí no me importó. Algunas de las niñas se pusieron a llorar, pero la señorita Rose le dijo a Isaac que se callara y nos lo explicó todo... sobre la vida familiar y esas cosas.

Una vez más, Dellarobia le dio las gracias interiormente a la animosa señorita Rose.

—¿Y la explicación te ha parecido suficiente de momento? —preguntó ella.

Preston volvió a encogerse de hombros.

—Sí, creo que sí.

Fue difícil no seguir preguntando por la hermana de Isaac Frye, cuyo infortunio, por desgracia, Dellarobia imaginaba demasiado bien: otra adolescente embarazada que se encerraba en un baño público con el cerrojo roto tratando de rechazar un futuro inexorable. Se preguntaba si realmente habría nacido el bebé en el baño y si habría sobrevivido. Preston jamás habría imaginado que su propia familia se había forjado a partir de sucesos no mucho más afortunados que éste.

Los dos se quedaron mirando cómo pintaba el sol una luz rosada a través del vientre de cada nube en el cielo de levante. De pronto, Preston señaló algo a media distancia.

—Mira.

Un par de monarcas revoloteaban juntas por encima de la carretera. Era un espectáculo sorprendente a esa hora de la mañana, y no parecía que fuera un vuelo corriente, sino una serie de embates de una mariposa contra otra. La pareja subía y bajaba, como atrapada en una columna de aire. Al final, se unieron y cayeron al suelo enganchadas, agitando las alas. Poco después, se separaron, echaron a volar y emprendieron otra vez su danza aérea.

—¿Se están peleando? —preguntó Preston—. ¿O es su vida familiar?

Buena pregunta.

—No estoy segura —respondió ella y, poco después, exclamó—: ¡Oh! ¿Sabes qué?

—¿Qué?

—Puede que se estén despertando de la siesta invernal. El doctor Byron me ha dicho que esté atenta precisamente a eso. Es muy buena noticia que se despierten y empiecen a buscar pareja. ¡Y tú lo has descubierto, Preston! ¡Has sido el primero en verlo!

Contemplaron a las dos mariposas, que seguían describiendo espirales sobre la carretera, como movidas por hilos invisibles. Si era cierto que era una pareja, si se apareaban, si la hembra se dirigía a las colinas de su área primaveral y llegaba a tiempo para desovar sobre la hoja tierna adecuada, entonces...

—El doctor Byron me ha dicho que los machos se vuelven un poco locos —le confió Dellarobia a su hijo—. Empiezan a perseguir todo lo que se mueve y se le echan encima.

—¿Por qué? —preguntó Preston.

—¡Porque se mueren por tener una novia y besuquearla! —dijo ella entre risas mientras agarraba a Preston y le plantaba besos por toda la cabeza, pese a sus gruñidos de protesta. Después lo soltó.

Las dos mariposas cayeron otra vez al pavimento, muy cerca de donde estaban ellos, y por un momento los dos insectos se quedaron como atontados, con las alas abiertas. Después, uno de ellos se encaramó lentamente al otro, y los dos aletearon un poco. Preston y Dellarobia se acercaron lo suficiente para ver que la mariposa de abajo, al parecer una hembra, estiraba el largo abdomen negro en actitud de rígida expectación. «La que se empalma es ella», pensó Dellarobia, pero se cuidó mucho de decirlo en voz alta. El insecto de arriba estaba usando el abdomen como la trompa de un elefante, buscando a tientas su objetivo con la punta. Era una búsqueda lenta que resultaba

extrañamente erótica, tanto que Dellarobia se sintió un poco incómoda de estar agachada en la carretera al lado de su hijo preescolar observando una cópula. El niño, por su parte, estaba fascinado.

—¡Haaala! —exclamó en voz baja cuando se produjo la conexión.

Era imposible no ver que una parte encajaba en la otra y que los dos miembros de la pareja se tensaban con visible energía. Por un momento, todos se quedaron inmóviles: la madre y el hijo, la mariposa y su pareja. Después, el macho empezó a aletear, aún conectado a la hembra, tratando de emprender el vuelo. Su servicial esposa plegó las alas y se dejó arrastrar mientras él levantaba su peso unos cuantos palmos por encima del suelo y después caía, para volver a ascender enseguida.

—¡Mamá! —gritó Preston.

Había aparecido el autobús en lo alto de la colina. Dellarobia le ordenó a Preston que se quitara de la carretera y se preparó para hacer parar al autobús si era preciso. Pero, finalmente, la pareja de amantes logró despegar, llevándose su romance a la copa del viejo arce. Entonces Dellarobia se retiró al arcén.

—Bueno, hasta pronto —dijo, manteniéndose a unos pasos de distancia de su hijo para respetar su dignidad—. Aprende muchas cosas.

—Lo haré —prometió él, esperando la señal del conductor para cruzar la carretera corriendo y subir al autobús.

Dellarobia siempre encontraba un poco irreales las luces intermitentes del autobús escolar, que se apagaban y se encendían a través del velo de la oscuridad matinal. El largo siseo de los frenos liberados cedió el paso al ronco gruñido del motor diésel, y una vez más, su hijo se marchó al mundo y la dejó a ella con una tonta sensación de abandono y un poco alterada por las sorpresas de la mañana.

Metió las manos en los bolsillos de la cazadora y trató de centrarse en el día. Si lo que había visto significaba realmente que las monarcas habían llegado al fin de la diapausa, entonces era algo grande. Ovid estaría ansioso por hacer disecciones, o tal vez, si ya no podía soportar más sacrificios, querría palpar hembras vivas, en busca de los paquetes de esperma que probarían el apareamiento. Dellarobia sentía la impaciencia de unas noticias que no podía compartir. Ovid no estaba, y ella no tenía su teléfono, excepto el número desde el cual la había llamado por primera vez en diciembre, presumiblemente el de su casa en Nuevo México, adonde ella no pensaba llamar. Muy temprano esa mañana, había oído que su vehículo se ponía en marcha y partía con rumbo desconocido. Sólo le había dicho que estaría fuera todo el día. No le habría extrañado que tuviera una entrevista, ya que el vídeo de su encuentro con Tina se había vuelto viral en las redes sociales. El jueves, Dovey le había estado enviando mensajes cada hora con actualizaciones del número de veces que la gente había visto su vídeo en YouTube:

cientos, miles y cientos de miles. Por muchas prevenciones que la gente tuviera con los científicos, a todos les encantaba ver cómo uno de ellos dejaba a la altura del betún a una periodista de cierta fama. Para Ovid fue un disgusto verse en el vídeo, y Dellarobia lo comprendía porque ella conocía esa espantosa sensación de estar expuesta ante el mundo. Pero al menos él había hecho un buen uso de su momento de fama. Había hablado con franqueza. Dovey había empezado a grabar cuando él había dicho «Así es la ciencia» y había elegido esa frase para etiquetar el vídeo. Según Dovey, el vídeo ya aparecía en noveno lugar cuando alguien buscaba «ciencia» en Google.

Dellarobia volvió a entrar en casa y se encontró con la mirada escéptica de Cub, que la hizo sentirse culpable sin ninguna razón, una sensación que empezaba a tener demasiado a menudo.

—¿Vas a trabajar con el pantalón del pijama? —le preguntó él.

—No. El doctor Byron no está. Ha salido.

También le había dicho que se tomara el día libre porque trabajaba demasiado fuera de horario. Pero la perspectiva de una mañana sin trabajar no la entusiasmaba. Colgó la cazadora en el pasillo y entró en la cocina. Cub acababa de quitarle el babero a Cordelia y le estaba limpiando las gachas de avena de la cara.

—Entonces ¿no hay que llevar a Cordie a casa de Lupe?

Tenía el entrecejo contraído en un gesto de sorpresa.

Dellarobia llenó varias veces su taza con agua caliente del grifo y la sacudió. Era un desperdicio de agua, pero la taza se enfriaba tanto durante la espera del autobús que habría estropeado el café si no la calentaba.

—Siento no habértelo dicho antes. En realidad, estaba pensando que debería ir a trabajar de todos modos. Hay muchas cosas que hacer en el laboratorio, aunque él no esté.

Cub seguía intentando limpiarle a Cordelia las mejillas y la nariz mientras ella trataba de cogerle la mano a su padre, riendo. Al final, los dos declararon una tregua, y él la levantó de la silla alta.

—Bueno, yo me voy a casa de mi madre —dijo él mientras se bajaba las mangas de la camiseta de franela y se limpiaba las gachas de avena que tenía en la frente—. Quiere que lleve unas cajas de donativos a la iglesia para la despensa de la misión.

Dellarobia bebió un gratificante trago de café muy caliente y se apoyó contra la encimera.

—¿Sabes qué? Tengo varios pantalones que a Preston se le han quedado pequeños. Podrías llevárselos.

La despensa de la misión era un depósito de alimentos gratuitos para los necesitados de Feathertown, pero últimamente se había expandido y ofrecía abrigo y todo tipo de ropa, sobre todo en tallas infantiles, para los que ni siquiera se podían permitir una incursión en la tienda de segunda mano.

—¿Qué tiene Hester para donar a la despensa? —preguntó.

Cub se encogió de hombros en un gesto idéntico al que había hecho Preston diez minutos antes.

—Frascos de conservas, supongo. Pero quiere que vaya con la camioneta para que me lleve también ese armario ropero enorme que tienen en el piso de arriba. Los de la misión necesitan armarios para colgar los abrigos.

Dellarobia aún estaba considerando la posibilidad de donar algo. Habitualmente, llevaba la ropa de los niños a la tienda de segunda mano para obtener un descuento minúsculo en las prendas que compraba. Ni siquiera podía recordar que alguna vez hubiera donado algo. Nunca había dado nada a una obra de beneficencia.

—¿Qué armario? ¿El armario ropero gigante que está en tu antigua habitación? —preguntó—. ¡Pero si es un monstruo!

—Bueno, mi madre ha decidido que quiere dárselo a la misión. Ya ves.

—¿Quieres que vaya a ayudarte? —propuso Dellarobia repentinamente. Cub y ella tenían algunas cosas que decirse.

Él se echó a reír.

—¡Serías una gran ayuda, tú, para mover un ropero!

—No tengo fuerza, pero tengo maña, ¿sabes? Abriré puertas y te allanaré el camino. Podemos dejar a Cordie un par de horas con Hester. Las dos sobrevivirán. Espérame sólo un segundo. Voy a recoger esos pantalones.

Dellarobia se vistió e hizo una rápida cosecha en los cajones de los niños, donde las prendas que se les habían quedado pequeñas parecían duplicar a las que aún les servían. Al cabo de treinta minutos, después de llenar cinco bolsas de supermercado de donativos, se presentaron sin previo aviso en casa de Hester, con Cordelia y su bolsa de juguetes. Hester estaba en el cuarto de estar, con la devanadora y un montón de lana, muy concentrada formando madejas y midiendo hebras. Era evidente que Cordie no iba a serle de ninguna ayuda en esa labor, pero

Hester se resignó y envió a los padres al piso de arriba a tomar las medidas del armario y recoger las cajas que había preparado. Dellarobia siguió a Cub en su lento ascenso hacia la habitación que había contenido su infancia, su juventud y los primeros meses de su matrimonio.

Dellarobia se sorprendió de que allí nada hubiera cambiado. Ni siquiera había cambiado para acoger los grandes cambios vitales que ella misma había precipitado. Se estremeció ante la estéril sensación de familiaridad que le produjeron las cintas del club de boy scouts pegadas a las molduras de las paredes, la colección de cómics antiguos y las dos botellas de Coca-Cola sin abrir, correspondientes a alguna edición conmemorativa. Sobre la estantería, se alineaban los trofeos que había ganado Cub con el equipo de fútbol americano: una sucesión de hombrecitos dorados, todos ellos congelados en la misma carrera, con el pie izquierdo levantado y la mandíbula echada hacia adelante protegida por el casco. Sabía que su aspecto era engañoso. Los pequeños deportistas no eran de bronce, sino de un material plástico que no pesaba nada.

—Me pregunto si Hester habrá cambiado alguna vez las sábanas desde que nos fuimos —dijo.

Aún seguía ahí el mismo cubrecama de felpilla blanca, extremadamente fino, que en opinión de Dellarobia era una manifestación de mezquindad, teniendo en cuenta la gran cantidad de mantas y colchas que había dobladas y guardadas en otros lugares de la casa. Pero era el que les habían dado. Ése había sido el aspecto más extraño de su vida de casada en esa casa: aceptar simplemente lo que le daban. El cubrecama, la habitación, la cena a las siete. La presencia de los padres de Cub en la habitación contigua. Se dejó caer en la cama, boca arriba y con los brazos abiertos.

—¡Oh, Cub! ¿Te acuerdas de esta cama?

—¿Cómo quieres que no me acuerde? —replicó él mientras se acercaba al armario y sacaba una cinta métrica metálica del bolsillo.

El mueble era enorme, con doble puerta de roble y frontón labrado. Probablemente, tenía cierto valor. Dellarobia se preguntó qué mosca le habría picado a Hester para que, de pronto, decidiera deshacerse del ropero. Era capaz de cualquier cosa con tal de impresionar a Bobby Ogle.

—Nunca me sentí realmente una mujer casada en esta habitación, ¿sabes? Y mucho menos una recién casada.

—¿Y qué te sentías? —preguntó Cub.

—No lo sé. Una niña. Ya sé que te parecerá raro, pero me sentía más bien como tu hermana. —Se echó a reír—. Una hermana muy embarazada.

—Mierda —dijo Cub—. Es diez centímetros demasiado largo para la plataforma de la camioneta.

Dellarobia se puso a mirar el techo. Se suponía que las casas antiguas transmitían una sensación de calidez, pero ésa era deprimente. La gran ventana sin cortinas no ayudaba, quizá por estar orientada al norte. Antes había cortinas; de eso estaba segura. Recordó el estampado: logotipos de la NFL sobre un fondo azul. Hester debió de encontrar la llamativa tela cuando Cub era un pequeño jugador de fútbol americano lleno de sueños. Era curioso que las hubiera quitado.

—Papá dice que se puede desmontar —dijo Cub en tono irritado mientras pasaba una mano por la juntura entre las puertas y el frontón del armario—. Se supone que la base y la parte superior son piezas diferentes. Si podemos separarlas, será más fácil meterlas en la camioneta.

Dellarobia se levantó rodando de la cama y fue a buscar la silla del escritorio, que era el mueble menos usado de la habitación, como ella bien sabía. Durante su primera época de casada, había pasado mucho tiempo regañando a su marido para que se sentara y estudiara. Acercó la silla al armario y se subió encima para examinar el frontón, asomándose para ver lo que había entre el mueble y la pared.

—Tráeme un destornillador Phillips —le indicó a Cub—. Hay una barra que lo mantiene unido por detrás. Tendremos que separar un poco el armario de la pared para llegar, así que pídele a Hester que te dé también unos cuantos trapos para no arañar el suelo.

Cub se subió la cintura de los pantalones y se marchó arrastrando los pies, contento de poder obedecer instrucciones precisas.

Nubes cargadas de lluvia surcaban el cielo a una velocidad desconcertante. Después de que Cub y su padre hubieron cargado el armario en la plataforma de la camioneta, lo ataron y lo cubrieron con una lona. Como era de esperar, gotas de llovizna helada empezaron a golpetear el parabrisas antes de llegar a la iglesia de la Comunidad de la Montaña. En la carretera 7 tuvieron que esperar un rato para girar a la izquierda mientras una larga fila de coches con los faros encendidos avanzaba despacio hacia ellos. Un funeral, tal vez, o solamente el mal tiempo. El intermitente siguió anunciando incansablemente sus intenciones hasta que pudieron pasar.

—No debimos dejar que Bear cargara el armario —dijo Dellarobia—. Pensé que iba a darle un infarto a mitad de la escalera.

—No, papá es duro —replicó Cub con los antebrazos apoyados sobre el volante.

—Eso es lo que tú crees —dijo Dellarobia, que había visto la cara roja de Bear con las venas y los ligamentos del cuello sobresaliendo, como un caballo atado en el interior de un establo en llamas.

Por fin llegaron a la iglesia y rodearon el edificio para aparcar en la parte trasera, siguiendo las indicaciones de Hester. En la sala, encontraron a Blanchie Bise y a otras dos mujeres, que estaban clasificando la ropa donada. Habían formado canastillas con la ropa de bebé y las habían dispuesto a lo largo de unas mesas plegables con patas metálicas. La imagen le recordó a Dellarobia la canastilla que le habían preparado a ella cuando había sucedido todo, como regalo de boda, de maternidad y de bienvenida a la iglesia, todo en uno. Evidentemente, la estrategia de dar la bienvenida a las pecadoras embarazadas funcionaba bien con las chicas como Crystal, pero a Dellarobia le había dejado un regusto amargo y siempre que entraba en la sala volvía a experimentar la misma combinación postraumática de pánico y rechazo. Antes de entrar, se quedó un momento en la puerta tratando de ordenar esos pensamientos, que después de tantos años aún la seguían atormentando, mientras Cub mantenía una larga conversación con Blanchie en la otra punta de la sala. Era uno de esos días en que Dellarobia sentía que su pasado la perseguía como un chucho hambriento. Finalmente, Cub volvió hacia ella meneando la cabeza.

—Quieren que lo llevemos al centro, a la misión. Podemos dejar las cajas aquí para que las clasifiquen, pero no quieren tener que cargar dos veces el armario.

—Me parece sensato —dijo Dellarobia—. ¿Puede venir alguien con nosotros para ayudarnos a descargarlo?

Cub giró sobre los talones y se dirigió otra vez hacia Blanchie porque no se lo había preguntado. Le informaron que, por desgracia, ese día, Beulah Raspberry estaba sola en el local de la misión. Con ochenta años y brazos de alambre, Beulah no era la persona más indicada para ayudarlos a descargar un armario ropero. Blanchie llamó a su hijo, que trabajaba en Cleary en la fábrica de compresores, para que se acercara a Feathertown en su pausa para almorzar y les echara una mano. Tardaría alrededor de una hora.

—Lo esperaremos aquí —dijo Cub, dirigiéndose a la camioneta.

Dellarobia se sentó en el asiento del acompañante mientras su marido asumía una postura de absoluto relax, con la cabeza echada hacia atrás. Era incapaz de mantener un mínimo de tensión. Dellarobia abrió la guantera y la encontró llena a reventar de herramientas, guantes de trabajo, servilletas y un vaso de plástico aplastado con una cañita todavía atravesada. Tuvo que esforzarse para cerrarla otra vez y que

funcionara el pestillo. La respiración de Cub se fue volviendo más lenta hasta convertirse en un murmullo oceánico. A ella le daba envidia la capacidad que tenía su marido para desconectar. La idea de permanecer allí sentada durante una hora, sin nada que hacer ni una mala revista para leer, le parecía simplemente imposible. Miró el teléfono y vio que tenía un mensaje sin leer, probablemente lo habría recibido mientras estaba en casa de Hester. Era una de las inscripciones que encontraba Dovey en las marquesinas de las iglesias. Debía de habérsela enviado cuando iba de camino al trabajo: «Los frutos prohibidos hacen mala mermelada».

«Muy cierto —pensó Dellarobia—. Es lo que me ha pasado a mí durante toda mi vida adulta.»

Dejó el teléfono y pellizcó a Cub.

—Vamos al Dairy Prince.

Su marido enderezó la espalda con expresión de sorpresa.

—¿Lo dices en serio?

—No te estoy proponiendo que robemos un banco, sino que vayamos a tomar un batido. Hace más de dos años que no comemos fuera.

—¿De verdad? —volvió a preguntar él.

—Al menos *yo* hace dos años que no tomo nada fuera de casa. —Desvió ostensiblemente la vista hacia la guantera—. Vayamos a tomar un batido, yo invito. Vamos, aprovecha que tu mujer se ha vuelto loca.

Cub encendió el motor con obediencia y puso la camioneta en marcha. De camino hacia el centro, pasaron delante de la casita blanca de Dovey, con la planta baja totalmente ocupada por la colección de vehículos de sus hermanos, y recorrieron la avenida principal de Feathertown, que estaba casi muerta del todo. La misión de la Comunidad de la Montaña había podido elegir entre un montón de locales comerciales vacíos cuando quiso establecerse para desarrollar su actividad benéfica. Dellarobia intentó recordar qué había antes en cada uno de los locales: una farmacia, una ferretería, el restaurante donde había trabajado... La mercería era el favorito de su madre. También había una pequeña tienda de ultramarinos, cuyo dueño, un hombre manco, regalaba caramelos a los niños, probablemente para que no le tuvieran tanto miedo. Se llamaba Squire, el señor Squire. Ahora la gente iba a Walmart a comprar todo eso y mucho más. Incluso el local del Dairy Prince parecía haber soportado un bombardeo, con uno de los dos escaparates delanteros cubierto con una lámina de cartón marrón, como si fuera un parche en un ojo. Cub se ofreció para ir a pedir las cosas, lo que fue muy galante de su parte porque la lluvia helada se estaba volviendo más intensa. Regresó a la camioneta con un batido para ella y una hamburguesa con patatas fritas para él. La

seductora fragancia grasienta de la hamburguesa llenó la cabina y, por un momento, ella deseó haberse vuelto un poco más loca todavía. Le fue robando de una en una las patatas a Cub mientras el parabrisas pasaba de borroso a opaco y la lluvia golpeaba con fuerza el techo del vehículo, aislándolos del mundo en una cápsula metálica.

—Bueno, aquí estamos, saliendo juntos —dijo ella—. Igual que cuando empezamos.

—No, no exactamente —murmuró él con la boca llena tras dar un buen bocado a la hamburguesa.

Dellarobia esperó a que tragara, a rebosar de curiosidad por saber qué le parecía que había cambiado.

—La camioneta tiene otro motor —dijo él por fin.

Ella tragó demasiada cantidad del batido helado y sintió que el dolor le agarrotaba la garganta.

—¿Y nada más? —preguntó cuando se le pasó la molestia—. ¿Once años de matrimonio y lo único que hemos conseguido es cambiar el motor?

Él se concentró en su hamburguesa mientras ella le robaba más patatas mirando la lluvia. Como una catarata, el agua caía e impedía ver más allá. Su padre no había vivido lo suficiente para llegar a viejo, pero había padecido cataratas, provocadas por algún traumatismo que ella nunca comprendió del todo.

—Entonces ¿no vamos a hablar nunca de todo eso? —dijo ella.

—¿De qué?

—De todo. De por qué lo hicimos. De aquel bebé.

—¿Para qué? Son cosas del pasado.

—No son «cosas». Es un hijo que tuvimos tú y yo, Cub.

—Pero ya no está. Además, sea como sea, ahora tenemos otros hijos. Lo pasado pasado está. Ha quedado atrás.

Un cambio repentino en la intensidad de la lluvia volvió vagamente visibles algunas formas, como el rectángulo rojo del cartel del Dairy Prince o un contenedor verde de basura. Dellarobia pensó en lo mucho que habría padecido su padre por tener la vista disminuida de esa forma, por tener que mirar sin ver.

—No ha quedado atrás —dijo—. Todo ha cambiado, pero eso sigue presente.

—¿Qué quieres decir?

—¡Dios mío, Cub! Tendrías que haberte puesto un condón, pero no te lo pusiste. Ya no tiene remedio. Mira lo que tienes en tu vida: una casa, una mujer, Preston y Cordie. Y todo porque me dejaste embarazada por accidente en el instituto.

Cub pareció ofendido.

—Hablas como si no hubiésemos tenido intención de casarnos de todos modos.

Ella parpadeó.

—¿Lo dices en serio, Cub? ¿Pensabas pedirme que me casara contigo? ¿Antes de que me quedara embarazada?

Él desvió la vista hacia las formas borrosas que iban y venían detrás de las oleadas de lluvia. Dellarobia podía imaginar la estructura interna del mundo de su marido, donde cada suceso era la confirmación de sí mismo. Su matrimonio tenía que ser bueno porque los matrimonios eran buenos. Era algo que tenía que pasar.

—Reconozco que te portaste muy bien conmigo —dijo ella—. Yo no tenía familia, y tú me diste la tuya. Pero tú también viviste aquello, Cub, y sabes muy bien lo que te estoy diciendo. Tú y yo íbamos en diferentes direcciones. No puedes negarlo.

Cub se apretó los lagrimales con los pulgares y su respiración se volvió audible e irregular, haciendo que ella se sintiera horrible y cruel, como si lo estuviera pinchando con una vara. Se dijo que tenía que dejarlo en paz, como hacía siempre.

—Si te soy honesta, yo tenía pensado ir a la universidad —prosiguió ella en voz baja y uniforme—. Y tú habrías encontrado a una buena chica y te habrías casado. ¿Por qué no podemos decirlo si es la verdad?

—Ahora nos queremos —replicó él—, y eso es lo que importa.

—Ya lo sé. Es lo que dice la gente. Dicen que puedes aprender a querer a alguien, y es cierto. Nosotros lo hemos conseguido. Pero hay otras cosas, Cub.

—¿Como qué?

—No lo sé. ¿El respeto? No te lo puedes inventar. No puedes exigirlo a punta de pistola, ni de ninguna otra manera. Te lo tienes que ganar. Como un sueldo.

—Yo te respeto.

—Ya lo sé. Y eres muy bueno conmigo. Pero nunca es del todo... No sé cómo decirlo. —Apretó los labios y sacudió la cabeza—. Es como si yo estuviera siempre al lado del buzón esperando una carta. Y tú vienes cada día y echas dentro otra cosa: un par de calcetines o un batido de chocolate. Son cosas buenas, pero no son para mí.

Cub se inclinó hacia adelante y apoyó los brazos y la cabeza en el volante, mudo de dolor. Los sollozos le sacudían los hombros. Dellarobia se sintió estupefacta ante su reacción, que hacía que todo se volviera real. Podría haberse quedado en casa y haber evitado esa conversación. Se inclinó hacia él y le dio un abrazo que a los dos les resultó incómodo.

—Lo siento —dijo—. Estoy muy agradecida por los hijos que tenemos, pero no soy la mujer que necesitas.

Él habló sin levantar la cabeza.

—Estás distinta, Dellarobia. Es por lo que ha pasado en la montaña. Ojalá no hubieran venido esas mariposas.

—No es cierto. Empezó mucho antes de eso. Hasta ahora no te lo había dicho, pero un día antes de que todos descubrierais las mariposas, yo había subido sola a la montaña y las había visto. —Sintió que se quedaba sin aire, como si estuviera en caída libre—. Iba a dejarte.

Él se enderezó en el asiento y la miró con incredulidad antes de extender un brazo para abrir la guantera. Ella lo ayudó a retirar un puñado de las servilletas del restaurante de comida rápida que se apiñaban dentro. También cogió algunas para ella, y los dos se sonaron la nariz a la vez, como dos amigos o como un matrimonio.

—Yo lo sabía —dijo él al fin.

—¿Cómo? ¿Qué era lo que sabías?

Cub la miró directamente a los ojos, aunque no pareció capaz de mantener mucho tiempo su mirada.

—Mi madre lo descubrió, no sé cómo. Me dijo que habías pensado quitarte la vida.

Dellarobia sentía en los oídos los latidos de su propio corazón.

—¿Hester te dijo eso? ¿Cuándo?

—No lo sé —replicó él—. Hace tiempo. Estaba preocupada.

El mundo entero dio un vuelco en la mente de Dellarobia, y le pareció que ya nada era real. Hester le hacía extrañas confesiones a Cub, y él la

escuchaba. Se sintió como una persona ciega buscando a tientas la salida.

—No, no fue así. —No pudo decir nada más. Guardó silencio un momento, pensando que estaba a punto de atravesar una frontera—. No pensaba quitarme la vida. Lo dijeron en las noticias, pero es mentira. Iba a huir de nuestro matrimonio de una manera muy estúpida. Lo siento. Al final no lo hice. Cuando subí a la montaña, me encontré con eso..., con las mariposas. Y me pareció como una advertencia, como si algo me dijera que tenía que regresar y hacer lo correcto.

—¿Qué es lo correcto? —preguntó Cub, que por su voz parecía más triste que enfadado.

—No lo sé —respondió ella—. Todavía estoy tratando de averiguarlo. Quizá sea hacer las cosas por una buena razón, en lugar de cometer otro error irremediable. Así ha sido toda mi vida, Cub. No he hecho más que volar de una cosa a la siguiente.

—Estás enamorada de él —afirmó Cub, en lugar de preguntarlo, lo que la liberó a ella de la obligación de responder.

Ahora sí que parecía enfadado, con las arrugas de la frente marcadas, contemplando fijamente el parabrisas. Ella hubiese querido que parara de llover. Parecía el fin del mundo.

—Todos cometemos errores —dijo finalmente.

—Pero, según tú, nosotros no hemos hecho otra cosa.

Ella asintió.

—Los errores te destrozan la vida, pero también te dan lo que tienes. Todo en uno. —Sintió una oleada de tristeza que le recorría el pecho—. ¿Sabes qué me dijo Hester una vez cuando estábamos trabajando con las ovejas? Me dijo que no puedes quejarte del rebaño que tienes porque es la suma de todas tus decisiones pasadas.

Cub asintió lentamente porque lo había comprendido. Apoyó las manos en el volante. En poco tiempo, pondría el motor en marcha y se irían de allí.

—No puedo evitarlo —dijo—. Sigo pensando que ojalá no hubieran venido. Sigo deseando que esas mariposas desaparezcan.

«Tú lo deseas, y también las mariposas —pensó ella—. Todos deseamos algo.»

Dellarobia yacía en la oscuridad, tratando de no envidiar el sueño profundo y sereno de su marido. Ser Cub Turnbow no podía ser tan fácil como parecía. Después de la conversación que habían mantenido en la

camioneta, no se habían dicho nada más y habían vuelto a sumergirse en una jornada que parecía extrañamente intacta. Entregaron el armario, recogieron a Cordie y Cub se mostró todo el tiempo amable y cordial. El dolor que ella había dejado al descubierto no se había disipado. Seguiría acechando, como el fantasma de largos colmillos que había sido siempre, y se cerniría sobre las acciones más corrientes de la casa, presente en su piel y en todas partes. Pero Cub no había sido capaz de verlo.

Sin embargo, había algo que los había seguido hasta la casa, había perturbado la cena con los niños y les había enfriado el aire de la habitación. Cub le dio las buenas noches como si fueran dos amigos despidiéndose en la calle, se dio media vuelta hacia su lado de la cama y se sumió en un sueño propio de una cadena montañosa mientras ella se quedaba mirando la negrura y procuraba dividir el río de su desesperación en riachuelos más pequeños, hasta encontrar alguno que le pareciera navegable. Por momentos, se sentía ligera y sin ataduras, y veía el mismo destello de libertad que había vislumbrado otras veces. Recordó haber pensado en una ocasión que la sensación de tirar toda una vida por la borda era, en parte, de euforia. Pero había quedado superada por los parámetros inmensos y cuantificables de la vida familiar. Se negaba a ser la primera en actuar. Si Cub estaba dispuesto a soportar once años más de matrimonio, después de las verdades que le había dicho, ella también se sentía capaz de hacerlo, quizá para no darle la razón a Hester acerca de su carácter. Eso, por un lado. También era posible que fuera más parecida a Cub de lo que creía y que confiara simplemente en que siempre pasaba lo que tenía que pasar. El matrimonio tenía un peso propio y eso había que respetarlo. Vio crecer poco a poco las líneas de luz a lo largo de la persiana a medida que el día llenaba el vacío. El único impulso que la invadía, aunque sabía que era inútil, era el de asomarse a la ventana para ver si había vuelto la autocaravana.

No había dicho cuánto tiempo estaría fuera, probablemente el suficiente para que ella repasara en su mente todas las conversaciones que había tenido con él, como hacía siempre. Era una actividad con cierta tendencia a convertirse en furtiva y deprimente, como la de recolectar monedas de tacto arenoso en el fondo del bolso. No se cansaba de repasar los detalles lamentables, sus comentarios inoportunos y el descaro con que lo había puesto esa semana en boca de todos con la colaboración de Dovey. No había sido un error llevar a Tina al laboratorio para entrevistarla, pero podía haberlo protegido de todo lo demás. En lugar de eso, había afirmado que el vídeo era una prueba de su coraje y le había repetido mil veces que demostraba su integridad, sin dejarle ninguna otra opción. Pero, al mismo tiempo, había evitado pensar en el trasfondo de su entusiasmo, en la realidad de que el vídeo la redimía a ella, Dellarobia, y echaba por tierra todas las falsedades cometidas en su nombre y con su imagen. No había ningún hermoso milagro, ni había ningún espectáculo en un pueblo pequeño con ella como protagonista en el papel de la Venus de las Mariposas. No iba a ser cómplice de esa mentira. Las mariposas eran un síntoma de una vasta malignidad biológica, y todas las otras suposiciones de escenarios

más agradables quedaban clausuradas. Ovid necesitaba aclarar las cosas, aunque no estuviera listo para hacerlo. Ésa era la realidad a la que Dellarobia intentaba agarrarse, como a una ancla salvadora: él la necesitaba.

Esperó a que los números rojos del despertador se redondearan en 7.00 para levantarse y no miró por la ventana del dormitorio. En la cocina, después de preparar café, se permitió levantar la cortina para no ver nada: el rectángulo estéril de su ausencia. Después de servir a los niños sus tazones de cereales y de escuchar un rato su cháchara matinal — Preston con su pijama de robot y Cordie empeñada en comer con una sábana echada por encima de la cabeza y el tazón—, se dio permiso para levantarse de la mesa y mirar una vez más. En cada ocasión sentía la embestida de la pérdida, como una órbita ocular vacía, como una amputación. Debía de estar enfadado con ella.

Después del desayuno, Preston se puso de puntillas, con las gafas casi aplastadas contra la ventana de la cocina, para contar las parejas de monarcas que revoloteaban por el prado del fondo, entregadas a la vida familiar sobre el plácido rebaño de ovejas preñadas. El entusiasmo del niño era eléctrico. ¡Se estaban despertando! Dellarobia intentó hacer suya esa corriente, pero fracasó, de pie junto a su hijo en la ventana, esperando como una estúpida. Sacó la asadera para preparar la paletilla de cordero que le había dado Hester el día anterior. Esa tarde la hornearía a fuego lento y las sobras les durarían toda la semana. En cualquier otra ocasión, el pequeño alivio de la abundancia habría sido una alegría. Abrió las cortinas del cuarto de estar, asombrada por su propio estado de ánimo, indiferente a la luminosidad del cielo. Se sentía atrapada en el interior de una casa hermética; la sensación era familiar, pero empezaba a preguntarse cuánto oxígeno le quedaría antes de ahogarse. Con gestos mecánicos, pasó la aspiradora por la habitación de los niños y el cuarto de estar. Cordie se subió al sofá y se puso a contemplar la carretera por encima del respaldo, intuyendo quizá que la clave del día estaba en las ventanas.

Al cabo de un momento, señaló con un dedo:

—Mira, mamá: señora.

La señora vestía un abrigo corto de invierno sobre una falda larga y caminaba lentamente por el borde de la carretera, con una cabeza muy grande y majestuosamente erguida. Dellarobia apagó la aspiradora y fue a arrodillarse en el sofá junto a Cordie. Era grácil, esbelta y venía hacia ellas, como la secuencia en cámara lenta de una modelo recorriendo el paisaje. Parecía salida de uno de esos programas experimentales donde la gente presenta trajes fantásticos hechos de pañuelos de seda y pelusas de diente de león. La cabeza desmesurada era una ilusión, producto de la masa de rizos compactos que sobresalían a los lados de un pañuelo azul que llevaba atado en un complicado lazo: una cabeza envuelta para regalo. La falda azul estampada tenía infinidad de pliegues que ondulaban como cortinas delante de un

ventilador. Venía por el arcén de grava, entre la carretera y la cuneta llena de malas hierbas, sumida en una ensoñación, con la cabeza inclinada hacia atrás sobre su largo cuello de cisne, como si el tiempo se hubiera detenido a su alrededor. No pasaba ningún coche, y las ovejas no levantaban la vista para mirarla. Tenía la piel del color pardo de los prados en invierno, y su cara era una frase misteriosa entre las comas de dos largos pendientes de oro: una persona completamente imposible de ver por la ventana. Dellarobia y los dos niños la estaban mirando con los ojos muy abiertos cuando torció para subir por su sendero y prosiguió sin vacilaciones a lo largo de la casa, hacia el prado del fondo. Los tres corrieron al dormitorio donde Cub aún dormía y se apiñaron para mirar a través de las persianas entrecerradas. La autocaravana había vuelto. Se había materializado mientras Dellarobia pasaba la aspiradora. La señora avanzaba sin prisas hacia el vehículo. Abrió la puerta metálica y desapareció en su interior.

Unos minutos después, los dos se presentaron ante la puerta de la cocina. Ella era casi tan alta como Ovid, cortada de la misma tela sinuosa pero un punto más oscura, con un acento diferente del suyo. Su voz era una canción dulce y grave, articulada con tal precisión que cada consonante restallaba al contacto de la lengua con los dientes. Su nombre, por supuesto, no era ningún secreto para Dellarobia.

Juliet. Juliet Emerson.

—Sí, ya lo sé —dijo Juliet con una risa musical—. Ovidio y Julieta. Emerson y Byron. La gente nos dice que parecemos un examen de literatura inglesa.

Pero el examen, cualquiera que fuera su resultado, no era el motivo de la consternación de Dellarobia. De pronto, Ovid se había vuelto hablador. El día anterior había ido a Knoxville a buscar a Juliet, pero todo había salido mal. A Dellarobia no le fue fácil seguir la cadena de contratiempos, que abarcaba entre otras cosas una avería mecánica y una conexión perdida. Al final, Ovid había tenido que ir hasta Atlanta para recogerla. Habían salido de Atlanta cuando ya había oscurecido, por lo que tuvieron que parar en algún lugar del norte de Georgia y pasar la noche en el aparcamiento de un Walmart. Preston y Cordie se mantenían muy cerca de su madre y contemplaban con los ojos muy abiertos al nuevo Ovid, que le había pasado un brazo por el hombro a la señora.

—A Juliet no le gustan nada los viajes largos en la autocaravana —dijo Ovid.

—No, no es eso. Sólo quería caminar un poco para estirar las piernas —replicó ella, que no parecía contrariada por el viaje y que, además, en opinión de Dellarobia, ya tenía las piernas suficientemente largas sin necesidad de estirarlas.

Su manera de bajar lentamente los ojos cuando hablaba no parecía un gesto de timidez, sino de generosidad, como si esperara desviar la atención hacia los demás. Pero era difícil que alguien se fijara en nadie más cuando ella estaba presente. Incluso cerrados, sus ojos eran preciosos y enormes, como dos bronceados bulbos de tulipán. El pañuelo que llevaba anudado en la cabeza tenía dibujos de plumas de pavo real y se entrelazaba de alguna manera inescrutable con su vigorosa cabellera.

—¿Ya conocías esta parte del país? —se atrevió a preguntarle Dellarobia.

—No. Yo también soy del sur, pero de más al sur: Mississippi. Ovid no me había dicho lo bonito que es esto.

—Bueno —dijo Dellarobia—, bienvenida.

Querían que les recomendara un lugar donde cenar esa noche.

—Mi mujer ha descubierto mis malos hábitos —dijo Ovid, sonriendo—. Ha visto el cubo de la basura lleno de latas de carne de cerdo con judías y ha llegado a la conclusión de que me he vuelto completamente salvaje.

—«Salvaje», no —dijo Juliet, imitando alegremente su acento—. Pero has retrocedido a tus tiempos de soltero, como cada vez que haces trabajo de campo.

El acusado estrechaba a su mujer por la cintura, como si no tuviera intención de soltarla. Parecían dos saucos fusionados por un rayo. Dellarobia les dijo que en Feathertown sólo se podía cenar en el Dairy Prince y les confesó que todo lo demás estaba fuera de su esfera. Después, hizo lo único que permitía la más elemental urbanidad, por no mencionar las Escrituras: señaló la gran pieza de carne en la asadera, sobre la encimera de la cocina, y anunció que era más que suficiente para todos. De esa forma, sin saberlo, algunos habían hospedado ángeles, aunque ella sabía muy bien que los ángeles viajaban con equipaje.

Ovid y Juliet se habían conocido en Ciudad de México, en una conferencia sobre las mariposas monarca. Él había acudido como representante de la ciencia y ella, de las artes. Pero ella no era ninguna artista, se apresuró a añadir Juliet, como presentando una objeción, con un movimiento rápido y seco de la muñeca lisa y angulosa que quería desviar la atención pero la atraía con sus brazaletes. Dijo que era una estudiosa del folclore, una palabra que Dellarobia vinculó de alguna forma con todas las pulseras de madera pintada que lucía en la muñeca. Parecían juguetes encontrados en un desván, reliquias de un pasado anterior a la existencia del plástico. Juliet estudiaba el arte producido por personas que no se consideraban artistas. Había empezado en Mississippi, después en África y a continuación en México, donde había investigado para su tesis doctoral: un estudio sobre los objetos

decorativos fabricados a través de los siglos por los habitantes de las zonas donde establecían sus colonias las monarcas.

—Te sorprenderías si supieras lo que las mariposas representan para ellos —dijo Juliet—. Incluso ahora. Algunos creen que son el alma de los niños muertos.

Dellarobia se sorprendió ante lo imprevisto de las conexiones.

—Una amiguita de Preston me lo contó. Su familia vivía allí.

El cerebro de Dellarobia era como una olla de agua hirviendo puesta al fuego. Estaban pasando demasiadas cosas. Cuatro adultos y dos niños sentados a la mesa de su cocina no dejaban espacio para nada más, por lo que trinchó la carne en la encimera, la dispuso en los platos con las patatas y las zanahorias, la bañó con el jugo de la cocción y la sirvió rápidamente, antes de que se enfriara. En otra época, Cub habría dicho: «Mi mujer fue camarera en un asador», pero no para burlarse de ella, sino con la reverencia de un buey contemplando el vuelo de una ave. ¡Su mujer era capaz de manejar tres platos a la vez! Sentirse admirada por algo así habría provocado en ella un vacío enorme y sin fondo, pero esa noche Cub se mantuvo prácticamente en silencio. Por su mirada, era evidente que había captado algo de la expansiva infelicidad de Dellarobia, aunque de la conversación de la víspera sólo hubiera asimilado una estrecha banda del espectro: la idea de que había decepcionado a su mujer. Había pasado el día construyendo cubículos para las ovejas y sus corderos, expresándose con un martillo en el establo vacío.

Esa noche, Juliet había entrado por la puerta de la cocina luciendo vaqueros ceñidos, zapatos de tacón, una esplendorosa túnica suelta, naranja, amarilla y negra, y un pañuelo amarillo en la cabeza, anudado de manera diferente que el anterior, de tal forma que permitía un mayor desbordamiento del pelo. Dellarobia no se cansaba de mirar las innumerables trenzas relucientes, del mismo modo que admiraba el forro perfecto de una chaqueta por la cantidad de trabajo que suponía. Ovid y Juliet le entregaron una bolsa de papel retorcida y alargada, en cuyo interior había algo que llamaron «un Riesling» y que resultó ser un vino. Se disculparon por no haber llevado un vino que combinara con el cordero, y ella se disculpó por no tener nada que sirviera para abrir la botella. Entonces Ovid fue a buscar un sacacorchos a la autocaravana. Cub no probó el Riesling y Dellarobia sí, aunque sólo un poco. Sus mejores copas eran de plástico azul. Preston pidió que se lo dejaran probar y, cuando le dijeron que no, replicó que al menos quería olerlo.

—¡Puaj! —exclamó tras una larga y entusiasta inhalación.

—Probablemente os pareceremos unos cavernícolas —dijo Dellarobia, aunque no se sentía en una cueva, sino más bien como si hubiera saltado al vacío desde un precipicio.

Había saltado el día anterior, en la camioneta de Cub, y aún seguía cayendo. Todos los sentimientos conocidos pertenecían a otra persona, a alguien que había vivido antes en su lugar. La casa era como era; Ovid ya la conocía, y ella no tenía forma de saber lo que podía agrandar u ofender a su mujer. Por lo visto, Juliet coleccionaba los cuadros que unos viejos pintaban sobre hojas desechadas de serrucho, el tipo de cosas que Hester podría haber comprado en un mercadillo de segunda mano. Juliet tenía seis o siete años más que Dellarobia, estudios superiores, estilo para vestirse y otras cosas que ella misma se suponía incapaz de apreciar. Solamente la cara de Juliet merecía un público propio. Tenía la boca grande, expresiva y en cierto modo musculosa, por el modo en que los labios se curvaban hacia fuera cuando hablaba. Sonreía con la barbilla echada hacia adelante, como si estuviera cantando en un coro. Cub había llegado tarde a la mesa, con el pelo aún mojado de la ducha y sin la preparación mental necesaria para encontrarse con alguien como Juliet. Cuando la vio, la escudriñó con una atención probablemente inapropiada y, en todo caso, fuera de lo normal. Esa noche, en lugar de zapear, sintonizó todo el tiempo el canal de Juliet.

Dellarobia se sentó con el último plato e indicó a los demás con un gesto que ya podían empezar. Ovid y Juliet lanzaron gruñidos apreciativos, auténticamente encantados, como ella pudo notar. No era fácil fingir un entusiasmo semejante por la comida. Dellarobia recordó el comentario casual de Ovid acerca de lo mal que cocinaba su mujer y que ella había tomado por deslealtad. Pero ahora se daba cuenta de que si Juliet hubiese estado presente, probablemente se habría reído y le habría dado la razón. Tenía cosas más importantes en que pensar. De pronto, Dellarobia recordó a las tejedoras.

—¿Sabéis una cosa? Aquí en la montaña hay gente que hace precisamente lo que tú dices: representaciones de las mariposas.

Juliet le ahorró amablemente el bochorno de insistir mucho más en la supuesta novedad. Ella ya estaba al corriente de la campaña de las tejedoras, seguía su blog con asiduidad y se comunicaba con ellas directamente. Quería fotografiar sus trabajos y entrevistarlas, pero había tenido que esperar al final de las clases para venir a verlas.

—La carga de trabajo de Juliet como profesora es opresiva —dijo Ovid—. Todo el departamento depende de ella.

—Soy profesora adjunta —aclaró Juliet con una sonrisa—, y no una eminencia como este hombre.

—Pero pronto se tomará un año sabático —dijo Ovid.

—Así es —confirmó ella—. Será el primer invierno que pasemos juntos en siete años de matrimonio.

—No sé si será capaz de aguantarme —dijo Ovid, y Juliet volvió a sonreír con sus dientes asombrosamente resplandecientes. Era evidente que lo aguantaría.

Juliet sabía cosas acerca de las monarcas que su marido ignoraba. Dellarobia le mencionó el nombre de «mariposas del rey Guillermo» y ella lo conocía. Según le explicó, los colonos protestantes habían observado que los colores de las mariposas coincidían con los del estandarte del príncipe Guillermo de Orange, que con el tiempo llegó a ser rey de Inglaterra. También de ahí les venía el nombre de «monarcas».

—Nunca me habías contado eso —le dijo Ovid a su mujer.

Juliet parpadeó a su manera, a cámara lenta.

—Nunca me lo habías preguntado.

—¿Entiendes ahora mi estrategia, Dellarobia? Siempre me rodeo de mujeres inteligentes.

Ovid vestía una camisa suelta y de colores brillantes, semejante a la de Juliet, con la misma tira bordada en la pechera cubriendo los botones. Dellarobia jamás habría imaginado que tenía una camisa como ésa. Igual que el día que se había puesto corbata para recibir a los niños del jardín de infancia, de pronto tenía delante a un Ovid completamente diferente, del que no sabía nada. Él también tenía un padre que había muerto joven, Alcidus Byron. Juliet no había llegado a conocerlo, pero se llevaba estupendamente bien con la madre de Ovid, Raquida, una mujer enérgica que tenía a su cargo todo lo relacionado con el servicio postal en la isla de Santo Tomás. El pasatiempo preferido de Ovid, de pequeño, había sido flotar en el mar contemplando a las tortugas que bajaban a comer en las praderas marinas. Lo había contado Juliet. Dijo que Ovid la había llevado muchas veces a practicar *snorkel*, la primera vez en su viaje de bodas.

—Es imposible no alegrarse al ver las tortugas, con esas boquitas que parece que siempre estén sonriendo.

Para ilustrar su afirmación, Juliet se puso a mover la cabeza lentamente, de lado a lado, como si estuviera masticando hierba marina, en lugar de patatas.

—Cuando veo vuestras ovejas, me acuerdo de mis tortugas —confesó Ovid—. Las echaré de menos cuando me vaya, sobre todo a esas cuatro morenas rebeldes que se empeñan en quedarse en lo alto de la ladera.

Dellarobia se quedó estupefacta. No imaginaba que Ovid se fijara en las ovejas.

—De hecho, nos estamos comiendo a *Reggie*, una de las rebeldes. Quizá no sea la mejor forma de presentarla, pero es ella.

—Por *Reggie* —dijo Juliet, levantando su copa azul de plástico.

Preston se la chocó con su vaso y Cordie levantó la caja de zumo. Todos estaban hambrientos y durante varios minutos comieron en silencio, incluso Cordelia, lo que proporcionó a Dellarobia el poco habitual placer de oír el tintineo de los tenedores contra los platos y de saborear la tierna textura de la carne asada a fuego lento, con todos los prados y los días soleados que habían sido la esencia de *Reggie*.

—Este año seremos nosotros quienes les pondremos nombres a los corderos —dijo Preston— porque los ayudaremos a nacer.

—¿Y qué nombres les pondréis? —preguntó Juliet.

—Mamá dice que a una corderita le pondremos Tina Ultner.

—Hum —intervino Dellarobia—. Eso será mejor que no lo cuentes en la escuela, Preston.

Ovid pareció apreciar el rasgo de humor.

—¿Crees que su carne será apta para el consumo?

—Supongo que sólo la trasquilaremos —respondió Dellarobia.

—A propósito, el vídeo que habéis publicado es brillante —dijo Juliet—. ¿Lo hiciste tú?

—No, lo hizo mi amiga Dovey —respondió sorprendida Dellarobia—. ¿Lo has visto?

—¿Bromeas? Lo vi antes de que él me llamara para contármelo. Un amigo nuestro que vive en Canadá me pasó el enlace. ¡Mi Ovid es una estrella! —Le pasó un brazo por el hombro y le dio un abrazo como si fuera un niño pequeño. Él también sonrió como un niño pequeño—. ¿Os digo sinceramente lo que pienso? Creo que es la mejor presentación que ha hecho Ovid en años. Se lo debo de haber dicho por lo menos cincuenta veces desde el jueves.

La sorpresa de Dellarobia adquirió una nueva dimensión.

—¡Es tan reticente! En lugar de brillar, se esconde —añadió mientras le golpeaba cariñosamente la barbilla con el puño cerrado—. Ahora la comunidad científica querrá darle una medalla.

—Sí, claro. El corazón púrpura —dijo Ovid.

—¡Tú siempre el mismo! —replicó su mujer mientras todos brindaban a la salud de Tina Ultner.

Dellarobia se preguntó qué le habría contado Ovid a su mujer de su primera cena en esa mesa: la cháchara insustancial, su estúpido intento de explicarle cómo eran las monarcas y el globo semejante a un testículo que colgaba sobre la mesa. El tremendo sonrojo de aquella noche le parecía leve ahora, teniendo en cuenta la larga letanía de embarazosos malentendidos que aún le quedaban por superar en lo referente a Ovid. Su anterior idea de Juliet como una intrusa le pareció, de pronto, ridícula. Era difícil sentir la más remota simpatía por la sucesión de tonterías que había pensado o cometido, por oposición a las que estaba pensando o cometiendo en ese momento. De repente, vio que la gente se aferraba con todas sus fuerzas a sus últimas tonterías: al tonto que era cada uno en cada momento.

El tema del clima entristeció un poco el ambiente. Ovid confesó que aún no sabían dónde pasarían su invierno sabático, ahora que el sistema de las monarcas se estaba desmoronando bajo la presión de los incendios y las inundaciones. Su vida estaba a la merced de un ecosistema encolerizado. Dellarobia miró a Cub, que limpiaba meticulosamente el plato evitando todo contacto visual, sin quedar del todo fuera de la reunión, pero sin participar de forma directa. Si había dicho una sola palabra en toda la velada, Dellarobia no podía recordarla. Pero no creía que Cub tuviera algo en contra de Ovid o Juliet. No era el tipo de persona que se esforzara mucho en ser amable, por lo que simplemente estaría rumiando sus cosas, como llevaba haciendo todo el día. Cuando se mostraba pensativo, su hosquedad era tan pública y evidente como una herida en la frente de uno de los niños, y en ocasiones la había obligado a ella a improvisar una explicación ante algún desconocido en el supermercado. Sin embargo, esa noche ella permanecía ajena y distante, como si no tuviera nada que ver con el estado de ánimo de ese gigantesco marido suyo. Pensó que los dos estaban aferrados a las tonterías del momento, unas tonterías que inevitablemente cambiarían, era probable que para peor. En un momento de trascendencia inspirado por unos sesenta mililitros de Riesling, se convenció de la inutilidad de creer en esa balsa salvavidas, en esa eufórica convicción de haber dejado atrás las partes más tontas de su vida para haber llegado a la actual iluminación. Se dio cuenta de que lo más difícil era soltarse y convencerse de que no había balsa salvavidas: había que nadar todo el tiempo.

Ovid le estaba explicando a Juliet algo llamado «teoría de la división territorial». Con cierta confusión, Dellarobia comprendió que se trataba de su propia teoría, porque así lo dijo él, pero la manera de exponerla no le resultaba familiar. Según Ovid, la negación del cambio climático funcionaba para alguna gente como el arte folclórico: era para ellos una manera de definir la supervivencia en sus propios términos. Juliet argumentó que no era una idea indígena, sino introducida desde fuera, como los cultos del cargamento de la Polinesia. Pero si bien había sido introducida por los medios más conservadores, respondiendo a los

intereses de las grandes corporaciones, ahora estaba plenamente identificada con los iconos de la cultura local y ya no se prestaba a debate.

—Ésa es la clave —dijo Juliet, apoyando un codo sobre la mesa, con la hermosa muñeca plegada bajo el peso de las pulseras de madera—. Cuando algo afecta a la identidad, no puedes quitárselo de la cabeza a la gente a base de discursos. La condescendencia de las personas de fuera no irá en detrimento de esa idea, sino que la fortalecerá.

Repentinamente, Dellarobia tuvo conciencia de su marido y del suelo de linóleo de su casa.

—Cristo en la cruz —dijo sin entusiasmo—, la bandera sureña en las camionetas y el analfabetismo científico. Es lo que somos.

—La idea me resulta inquietante, Dellarobia —dijo Ovid—, pero tengo que darte la razón. He leído muchos artículos académicos al respecto, pero tu teoría tiene más sentido.

—¡Claro! —intervino Juliet—. Ésa, precisamente, es la idea: que los forasteros no puedan entenderlo.

Miró a Dellarobia meneando levemente la cabeza a modo de señal secreta entre chicas, como si ambas estuvieran aliadas. Dellarobia sintió que se resistía a aceptar la invitación. Juliet frecuentaba mercadillos de segunda mano para entretenerse y había visto los arrecifes de coral, que según Ovid se estaban blanqueando y estaban muriendo a toda prisa en todo el mundo. Preston nunca llegaría a verlos. Dellarobia sintió el impulso de arrojar una llave inglesa contra algo o alguien, idealmente no en ese mismo instante y no contra sí misma. Se levantó para recoger la mesa.

Cordie se había portado bien durante la mayor parte de la cena, si levantarse la camiseta y jugar con el ombligo entraba en la definición de «portarse bien», o si también entraba en la definición apretar con el puño patatas cocidas para ver cómo salía el puré entre los dedos. «Portarse bien» era un eufemismo para decir que se había estado callada. Pero la meteorología interna de Cordelia cambiaba con facilidad y, de pronto, había empezado a quejarse y a lloriquear, lista para el baño y la cama. Cub la levantó por las axilas y se retiró con ella, con una mera inclinación de la cabeza para dar las buenas noches. Mientras tanto, Preston estaba cada vez más excitado. Tenía la «fiebre científica», como decía Dellarobia. Se acordó de preguntarle al doctor Byron por las hembras perfectas, una pregunta que quería hacerle desde hacía semanas. Ovid le explicó que eran hembras con todas sus partes físicas en funcionamiento.

Preston se cruzó de brazos sobre la mesa y apoyó encima la barbilla, observando fijamente a Ovid para evaluar su grado de sinceridad.

—¿Qué partes? ¿La cabeza y las patas?

—Sí, y también todas las partes internas —respondió Ovid—. Por eso no necesitan ayudantes ni auxiliares para funcionar, como las abejas obreras o las hormigas soldado. Una hembra perfecta es la que puede salir y fundar una nueva colonia por sí sola.

Preston aceptó la respuesta y pasó a otro tema.

—Espera un segundo —le ordenó a Ovid mientras salía como un rayo de la cocina.

—¿Puedo levantarme, mamá? —le gritó Dellarobia.

—¿Puedo levantarme, mamá? —repitió él desde la otra punta de la casa y, en un segundo, volvió a aparecer, deslizándose por el suelo con los calcetines.

Dejó caer un grueso tomo sobre la mesa: *Enciclopedia de los animales*. Volumen 15.

—Aquí dice que las mariposas monarca van a Florida en invierno.

—A Florida y al golfo de México —confirmó Dellarobia.

Le había leído tantas veces a su hijo el artículo sobre las monarcas que la sola vista de la página la deprimía. La explicación le resultaba profundamente insatisfactoria.

Ovid cogió el libro, buscó el año de la edición y asintió lentamente con la cabeza.

—Ésa era la versión definitiva de la historia en 1952. Ya entonces las monarcas despertaban la curiosidad científica. Todavía no se sabía en qué lugar pasaban el invierno.

—¡No es cierto! —dijo Juliet—. Los leñadores de Michoacán sí lo sabían.

—Fuera de las montañas de Michoacán —se corrigió Ovid—, nadie sabía adónde iban. Y en aquellas montañas, nadie sabía dónde pasaban el verano.

—Es verdad —convino Juliet—. La gente creía que iban a las montañas a morir.

—Con el permiso de mi mujer, lo diré de otra manera. En la época en que se escribió tu libro, la humanidad ignoraba la historia completa de las mariposas monarca.

—¿Cuándo la descubrieron?

Para sorpresa de Dellarobia, el descubrimiento se había producido en vida de Ovid. Lo había anunciado en 1976, en la revista *National Geographic*, un científico canadiense que había dedicado toda su vida a desentrañar el misterio. Ese hombre había inventado una etiqueta que permanecía adherida a las alas de las mariposas, había reclutado voluntarios para seguirlas y les había perdido la pista en innumerables ocasiones. Pero un invierno, cuando era ya un anciano de piernas temblorosas, escaló una montaña en Michoacán y encontró lo que para él debió de ser el mismo cielo. Dellarobia escuchaba toda la historia mientras terminaba de limpiar la asadera y guardaba las sobras en envases de plástico para ponerlas en el frigorífico. Ovid aún recordaba de memoria pasajes enteros del artículo: «Sus trémulas legiones tapizaban el suelo». Dijo que recordaba exactamente dónde estaba cuando leyó el reportaje y cómo se había sentido. Dellarobia dejó los platos en el fregadero y volvió a sentarse.

—¿Dónde estabas?

—En la puerta de la oficina de correos, sentado en una caja de langostas. Solía pasar allí los sábados. Mi madre me dejaba leer las revistas antes de que vinieran a buscarlas los suscriptores. Me emocioné tanto con las fotografías del artículo que bajé corriendo por toda Crown Street hasta West End y seguí por Fortuna, una calle de grava, en dirección al mar. Debí de coger un palo o algo porque recuerdo que me puse a saltar y golpear todas las ramas que encontraba, dejando tras de mí una estela de hojas que volaban por el aire. Cuando llegué al mar, no supe qué hacer, de modo que arrojé el palo a la bahía Perseverancia y volví corriendo. Fue el día más feliz de mi vida.

Naturalmente, Dellarobia quiso saber por qué.

—¿Por qué? —repitió él, reflexionando al respecto—. Yo era como cualquier escolar. Creía que no había nada en el mundo que no se hubiera descubierto ya. Pensaba que todo estaba en mis libros: un montón de datos muertos que me hacían dormir de aburrimiento. Pero ese día comprendí que el mundo estaba vivo.

Juliet tendió la mano hacia la botella, para servir dos dedos más de Riesling en cada copa. Ovid golpeó varias veces el tomo amarillo con el pulgar.

—Los libros se reescriben todos los años, Preston. Alguien tiene que hacerlo.

—Las monarcas están saliendo de la diapausa —dijo Dellarobia, pensando que era el momento de anunciarlo.

—Las hemos visto hacer vida familiar —dijo Preston—. ¡En la carretera!

—¿En serio? —replicó Ovid con un entusiasmo muy convincente.

Pero Juliet les reveló que ya lo sabía; lo había observado nada más llegar esa mañana. Según ella, se había emocionado más al ver a las mariposas revoloteando que al volver a ver a su mujer después de tanto tiempo.

Para ella era muy fácil decir ese tipo de cosas desbordante de entusiasmo por las excéntricas coordenadas de su hombre. En algún momento de la velada, Dellarobia dejó de sorprenderse por el cambio que notaba en Ovid y comprendió que, simplemente, había vuelto a ser él mismo en presencia de su mujer. Como si sintiera asentarse un gran peso dentro de sí, Dellarobia lo reconoció: eso era el matrimonio. No era el equilibrio arriesgado y precario que ella había mantenido durante años contra el fruto prohibido, algo que fácilmente podía perderse en la fragilidad del momento, ya fuera porque huyera o porque saltara a otro tren para aprovechar su empuje. No estaba a punto de perderlo porque nunca lo había tenido.

Primero Bear, después Hester y después Cub y Dellarobia; los cuatro estaban sentados en el banco de la iglesia —observó ella— tal como iban a estar en el cementerio, según el plan funerario que habían empezado a pagar once años antes. El hecho de que Bear estuviera sentado en el templo al lado de su mujer, en lugar de pasar el rato fumando en la sala de la Hermandad Masculina, no era nada corriente y, probablemente, formaba parte de la negociación familiar que Hester había mencionado unos días antes. Inmediatamente después de la misa, en el despacho de Bobby Ogle, llegarían a un acuerdo acerca del contrato con la maderera. En cuanto lo recordó, Dellarobia empezó a ver por todas partes indicios del orden del día.

«Esta tierra es un jardín, el jardín del Señor, y Él recorre su jardín del alba al anochecer» cantaba el coro.

Quizá fuera una coincidencia, pero también era posible que le estuvieran tendiendo una trampa a Bear.

Cub sostenía entre sus manos las dos manos de Dellarobia, pero no con su habitual actitud posesiva, sino como si le estuviera implorando algo con sus grandes dedos entrelazados estrechamente entre los menudos deditos de ella. Para Dellarobia era como tener las dos manos atrapadas en una verja de hierro forjado, pero aceptaba sin más el cautiverio por la complicada cadena de transgresiones que la había conducido a ese punto. El desapego que le había inspirado Cub la noche anterior pareció estallar esa mañana en cuanto levantó las persianas. Cuando encontró su mirada en el espejo mientras se lavaba los dientes y vio a ese triste hombretón en calzoncillos, sintió el estómago retorcido y un deseo irreprimible de huir de la luz. Esa mañana estaba condenada a soportar a Cub como a una resaca.

—«¿Te agrada mi jardín?», me preguntó el Señor —cantaban con expresión grave los miembros del coro, con sus muchas posibles diferencias disimuladas tras la letra de una canción—. «Mantén verde la hierba y podrás vivir aquí, del alba al anochecer.»

En su sermón, Bobby advirtió a los fieles que no debían perder la gratitud por el milagro de la vida. Si Dios lo era todo, ¿cómo era posible que fuéramos contra Él? Amar a nuestro Creador era amar su creación.

—¿Qué parte de «amor» no entendemos? —Hizo una pausa para observar a su público—. La Biblia nos dice que Dios es el dueño de estas montañas y nos dice también que la arrogancia es un pecado. ¿Acaso no es arrogancia ver la carne de la creación como mera riqueza que podemos usar en nuestro beneficio?

Dellarobia reconoció un posible embate inicial dirigido contra Bear, aunque cabía la posibilidad de que el reverendo estuviera pensando, en realidad, en la práctica de pagar con tarjeta de crédito. Vivir sin excesos y dentro de los propios límites era uno de los grandes temas de los sermones de Bobby.

Se sorprendió al notar que el pastor se había dejado barba desde el domingo anterior, o más bien el contorno de una barba. No tenía bigote, sino solamente un reborde oscuro que le enmarcaba la cara como el asa de una cesta, destacando su redondez. Su actuación del día parecía ir dirigida a la generación más joven, ya que vestía vaqueros, una sencilla camisa marrón por fuera de los pantalones y zapatillas deportivas negras, de la misma marca barata que Dellarobia compraba para sus hijos. Las suelas blancas parpadeaban cada vez que el pastor se desplazaba por el escenario en penumbra.

—El Señor nos hablará si lo dejamos. Él hablará con nosotros, pequeños y pobres pecadores, porque todos nosotros sabemos lo que es pasar necesidad. Somos sureños. Sabemos que los macarrones con queso pueden considerarse una hortaliza. —Bobby rió entre dientes ante el rumor de asentimiento que le llegó desde la oscuridad de la sala—. ¡Somos americanos!

Se repitió el rumor aprobador. Con frecuencia, Bobby ahuecaba las manos mientras hablaba y las movía hacia sí, como recogiendo el aire en su dirección para subrayar sus argumentos.

—Queremos todo lo que queremos y lo queremos ahora —prosiguió—. Pero no debemos robar a Pedro para pagar a Pablo.

Dellarobia pensó entonces que se estaba refiriendo al pago con tarjeta de crédito, pero en su oración final, Bobby pidió al Señor que les permitiera a todos apreciar la bendición de su creación y compartir ese aprecio con los demás.

—Permítenos ver esas montañas que son tu morada y ver que Tú estás en todas partes. «Del Señor es la tierra y su plenitud» —citó finalmente.

De modo que el sermón podía interpretarse de las dos maneras.

Después, la familia de Dellarobia se encaminó hacia el despacho de Bobby con el paso lento de los animales desplazándose en el seno de un rebaño; pero antes ella dio un rodeo por el local de la escuela dominical para comprobar que todavía quedaba alguien para cuidar a sus hijos. Evitó acercarse a la temible madre de Brenda, pero tuvo que quedarse un rato con Preston, que quería enseñarle la construcción con bloques de Lego que estaba levantando con un chico mayor llamado Chad o Jad que ella no reconoció. El niño se sorbía los mocos sin cesar y llevaba por todas partes las marcas de un encuentro con una bolsa de Cheetos. El polvillo anaranjado le brillaba en las manos, la ropa y todos los bloques de Lego que tocaba, como el polvo para detectar huellas dactilares. Dellarobia tomó nota mentalmente de lavarle bien las manos a Preston antes de dejarlo tocar la comida y puso rumbo al despacho de Bobby, donde los otros integrantes de la familia ya estaban sentados. Observó que habían respetado una vez más el orden del cementerio y se dio cuenta de que no sabía muy bien dónde encajaría el bebé, aunque era el único de todos ellos que ya estaba enterrado. Se quedó un momento en la puerta, deslumbrada por los altos ventanales que se erguían detrás del escritorio de Bob y mostraban mucho más de las montañas de Dios de lo que ella podía ver desde su casa.

Cuando se sentó en la silla vacía delante del ancho escritorio de roble de Bobby, notó con sorpresa que quien estaba hablando era Cub.

—Tenemos que pensar en el agua del pozo —dijo, contando con los dedos sus argumentos— y en los desprendimientos de tierra. Los desprendimientos de tierra son un hecho, papá. Puedes verlo al lado del Food King, en el sitio donde talaron. Con las lluvias, toda la ladera se vino abajo. ¿Qué pasará si tenemos otro año lluvioso?

—No lo tendremos —respondió Bear, que parecía totalmente seguro de lo que decía.

—Han dicho que es posible que tengamos otro —dijo Cub con mucha calma.

Dellarobia comprendió que se había perdido algo importante porque Cub ya iba por el cuarto dedo y Bear parecía irritado y desconfiado, como si hubiera recibido un golpe a traición. Sin duda no se lo esperaba de su hijo.

—Esto es lo único que hace falta para anularlo —le dijo Hester a Bobby con cierta rotundidad mientras se inclinaba por encima del escritorio para entregarle una pila de papeles.

Probablemente, era el contrato con la maderera, aunque algunas de las hojas habían salido de la impresora de Hester, como pudo reconocer Dellarobia por el color desvaído de la tinta, entre negro y azul. Su suegra siempre esperaba demasiado para cambiar el cartucho. Bobby comenzó a pasar lentamente las páginas, estudiando cada una con cuidadosa atención, mientras Bear soltaba una sucesión intermitente de frases con resonancias jurídicas, como «inquebrantabilidad del contrato» y otras similares. La chaqueta del traje negro de Bear formaba arrugas horizontales sobre sus hombros y el cuello blanco de la camisa se le clavaba en los pliegues del cuello, confiriéndole el aspecto de un pitbull atado con una cadena demasiado corta.

Cub se miraba las uñas. Hester no hacía más que contemplar la foto enmarcada sobre la mesa de Bobby, probablemente deseando que su familia hubiera llegado igual de lejos. Era una fotografía antigua en la que Winnie Ogle lucía una coleta recogida con una banda elástica y las gemelas aún no habían cumplido los dos años. Dellarobia las había visto últimamente ayudando en la guardería, convertidas en dos preadolescentes con demasiado metal en la cara: aparatos de ortodoncia, gafas y pendientes. Pero eran dos niñas buenas y responsables. Dellarobia recorrió la oficina con la mirada. Era sobria, igual que Bobby. Había un sencillo crucifijo en la pared y una Biblia colosal, de las que podían romper un hueso si se le caían a alguien en una pierna, apoyada en un atril. Sobre la mesa había otro ejemplar menos amenazador de las Sagradas Escrituras, en su nueva versión americana, sostenido por un par de extraños sujetalibros de barro de tosca fabricación en forma de puños. Era como si un superhéroe estuviera tratando de exprimir el libro. Los puños debían de ser obra de algún miembro de la congregación. De hecho, Dellarobia observó que los regalos de los fieles parecían una constante en la decoración de Bobby. La caja de los pañuelos de papel tenía una funda de ganchillo marrón y rosa, y tres Reyes Magos tallados en madera marchaban junto a la agenda de sobremesa con las alforjas llenas de clips, rotuladores y un bloc de notas adhesivas. Dellarobia no pudo decidir si la solución era cursi o ingeniosa. De hecho, si el Salvador hubiese nacido en la actualidad, ¿qué podría haberle resultado más práctico que un bloc de notas adhesivas?

Al final, Bobby apoyó las hojas sobre la mesa, unió las manos y entrelazó los dedos.

—No hay nada en ese contrato que pueda perjudicarte —le dijo a Bear, mirándolo directamente a los ojos—. Hester tiene razón. Si devuelves el dinero, quedarás libre. Tu mujer lo ha detallado todo en esta hoja de cálculo: el pago extraordinario del préstamo queda cubierto por los ingresos imprevistos de este invierno y el resto del préstamo se puede refinanciar. Además, yo en tu lugar tendría en cuenta el consejo de tu hijo de vender parte del equipamiento para que el taller siga funcionando. Algunos miembros de esta congregación estarían encantados de mandarte trabajo. Contratistas y similares.

Dellarobia notó que esa última propuesta exasperaba a Bear, que no quería que su vida laboral estuviera en boca de la congregación. Pero Bobby también pareció advertirlo y, rápidamente, cambió de tema.

—Tus preocupaciones financieras tienen solución; creo que eso ha quedado claro. Esa tierra tiene un valor para tu familia tal como está ahora.

Dellarobia estaba impresionada por la habilidad de Bobby para manejar temas espinosos, pero aun así el pastor hablaba en gran medida como un empleado de banca que está a punto de denegarle un crédito a su cliente: con la excesiva benevolencia propia del que va a dar una mala noticia. Bear estaba sentado en el borde de la silla, con las manos de grandes nudillos apoyadas en las rodillas y los codos abiertos hacia los lados, como agazapado, listo para ponerse de pie en cualquier momento o incluso para embestir. Todo lo relacionado con Bobby Ogle debía de enfurecerlo en ese momento: la barba reciente, su actitud de empleado de banca y la constante fascinación que ejercía sobre Hester.

—Verás, Bobby —dijo Bear—. No voy a devolver ese dinero. No pienso devolverlo mientras haya árboles en pie que se puedan talar. Con todo mi respeto, Bobby, ese dinero ya está en el banco y me corresponde a mí decidir lo que hago con él.

Bobby asintió, se recostó en la silla y se llevó las manos a la nuca.

—Lo que me estás diciendo es que quieres talar ese bosque porque es tuyo y porque puedes. Pero mi trabajo consiste en ponerte en guardia contra el pecado de la soberbia.

Cub levantó de pronto la cabeza, como si alguien lo hubiera agarrado por la barbilla.

—Es cierto, papá. Cuando un hombre se vuelve codicioso y se cree más de lo que es, lo acaba pagando. Tú mismo lo has visto.

—Lo acabas pagando en salud y tranquilidad —convino Hester—. Ya has oído lo que te ha dicho Cub acerca del agua del pozo. No importa que tú no puedas respetar las leyes que ha hecho Dios para este mundo porque de todos modos se cumplirán.

—También figura mi apellido en la escritura de la finca, papá. Es la casa de mi familia.

—Esa tierra nos ha sido concedida por alguna razón —intervino Hester—, y no creo que esa razón sea la de convertirla en un vertedero.

Por un momento, las miradas de Bobby y Dellarobia se encontraron, mudos testigos de la disputa familiar. En apariencia, los Turnbow podrían haber tenido esa misma discusión en el salón de su casa, pero

Bobby parecía estar acostumbrado a ese tipo de reuniones. La presencia de testigos lo cambiaba todo. Y no sólo el pastor, sino el ambiente: el panorama de las montañas al otro lado de los ventanales y la Biblia enorme, con quince quilos de leyes divinas en su interior. Tampoco había que despreciar la influencia del traje de domingo de Bear. El hombre parecía más viejo y pequeño que en casa, cuando llevaba puesta su ropa de trabajo y podía usar lenguaje malsonante. «Lo enterrarán con ese traje», pensó Dellarobia. Mientras tanto, Bobby le estaba advirtiendo que no era más fuerte quien imponía su propia ley en su tierra, sino quien acataba una fuerza superior. Entonces Bear, sintiéndose sin argumentos, reaccionó acusando al pastor de ser un defensor de árboles, como los hippies.

Bobby pareció encontrar divertida su observación.

—¿Y tú qué eres, Burley, un exterminador de árboles? ¿Qué tienes contra los árboles del Señor?

En cierto sentido, la reunión se desarrolló como los falsos combates de los programas de lucha de la televisión, en los que, de pronto, uno de los rivales es proclamado ganador sin razón aparente. De repente, Bear se dio por vencido y Bobby, resplandeciente, les dio la enhorabuena a todos y los dirigió en una plegaria de agradecimiento. Hester parecía henchida de admiración, lo más parecido a un sentimiento materno que Dellarobia había visto en su suegra. Era una pena que el destinatario de su amor maternal no fuera su hijo, sino Bobby, y también era una pena que Bobby no lo notara. Los ojos del pastor ya se estaban desviando hacia la gran agenda abierta sobre el escritorio, donde las cuadrículas del calendario aparecían atestadas de pequeñas inscripciones hechas a mano con bolígrafos de diferentes colores. Quizá Dellarobia se hubiera equivocado en lo tocante a su distracción, pero no podría haber imaginado la condescendencia con que le apoyó la mano en el hombro a Hester cuando se marcharon. Se esforzaba para hacerlo lo mejor que podía. La congregación de Bobby estaba muy necesitada de un guía y sus obligaciones eran numerosas.

Dellarobia fue a buscar a los niños y los llevó al aparcamiento vacío, donde su coche y la camioneta roja de Bear esperaban juntos, como los perros de la familia. Bear tenía una mano apoyada en el techo de su camioneta mientras con la otra cortaba el aire, explicándole a Cub los detalles técnicos de una máquina: una hacha mecánica. Cub y su padre llevaban cierto tiempo vendiendo como leña la madera arrastrada por las riadas invernales. Bear le estaba contando ahora que un tipo que conocía vendía una hacha mecánica prácticamente por nada, sólo porque necesitaba una pequeña reparación. Era uno de esos estúpidos que preferían tirar algo antes que repararlo. Por debajo de la descripción que hacía Bear de la ganga, se percibía aún en su voz el gruñido del pitbull, y en su cara todavía podía medirse la presión sanguínea. Dellarobia sabía que, probablemente, no había dicho su última palabra respecto a la tala del bosque. Los miró a los tres: padre acusador, hijo contrito y madre a tres metros de distancia, desentendida

de sus nietos y absorta en desenredar las tiras de su bolso amarillo. Era como si todo lo que acababa de pasarle a la familia no hubiera sucedido nunca. ¿Qué le ocurría a esa gente?

De alguna manera, se tomó la decisión de ir a ver el hacha mecánica en ese mismo instante. Irían Bear y Cub juntos, por si Bear la compraba y necesitaba ayuda para cargarla. La casa del tipo que la vendía estaba cerca de Cleary, en dirección opuesta a la granja, por lo que no tenía sentido que los dos volvieran a sus casas en sus respectivos coches para dejar allí a sus mujeres y volver a salir enseguida.

—Yo llevaré a Hester —le dijo Dellarobia a Cub—. Tú ve con tu padre.

—¿Tú crees? —preguntó él—. Todavía parece bastante enfadado.

—Ponte el chaleco antibalas —le aconsejó ella.

Era un hábito bastante reciente, el de hablar así delante de Bear. El viejo tenía resentido el oído, después de tantos años de trabajar con máquinas sin ningún tipo de protección auditiva.

—¿Te parece que me lleve a Preston? —preguntó Cub—. Así, al menos, tendrá que cuidar el lenguaje.

—¡Claro que sí! ¡Vais a hacer cosas de hombres! —exclamó ella, fingiendo delante de los demás que su hijo era ese tipo de niño—. ¡Preston! ¿Verdad que quieres ir con papá y el abuelo a ver esa hacha mecánica?

Preston reaccionó como si le hubiera sugerido ir a ver un ahorcamiento público. Se fue hacia la camioneta, a hacer «cosas de hombres», arrastrando tanto los pies que iba arañando el pavimento con las puntas de los zapatos.

—Lo pasarás bien —le aseguró Dellarobia mientras Cordelia dejaba de retorcerse y aceptaba, finalmente, que la atara al asiento del coche.

Hester necesitó una ayuda similar para acomodarse en el asiento del acompañante porque parecía desaprobar vagamente el cinturón de seguridad, como si no fuera igual a todos los demás. Si lidiar con los bebés y las suegras era cosa de mujeres, entonces Dellarobia habría querido que otra ocupara su lugar. Dejó escapar un suspiro y giró con fuerza el volante para dirigirse a la carretera 7.

—Ha estado muy bien —le dijo a Hester—. Me refiero a la reunión. Debes estar orgullosa de Cub. Yo, desde luego, lo estoy.

Cordie se quedó dormida en su asiento casi al instante, como Dellarobia había previsto. La rabieta que acababa de escenificar era la tormenta habitual que precedía a la calma. Hester también parecía ensimismada

y con los párpados pesados, como si estuviera a punto de quedarse dormida.

—Supongo que ahora tendrás mucho trabajo que hacer —prosiguió Dellarobia—. Tendrás que cuidar la montaña y convertirla en un negocio.

Hester seguía inescrutable, pero así era ella. Había que evitar a toda costa la apariencia de felicidad. Dellarobia recordó que ambas tenían otro tema pendiente y pensó que era mejor airearlo cuanto antes, aprovechando que Cordie estaba dormida, ya que se trataba de un asunto delicado.

—Dice Cub que me viste hace un tiempo en las noticias —comentó.

—Todo el mundo te vio hace un tiempo en las noticias —replicó su suegra.

—Así es. Bueno, me ha dicho que oíste algo así como que yo había querido quitarme la vida.

Hester pareció despertarse por completo.

—No te preocupes —se apresuró a decir Dellarobia—. Sólo quiero que sepas que no es verdad. He tenido algunos problemas estos últimos meses, no te lo niego, pero ése no ha sido uno de ellos. No puedes creerte todo lo que dicen por televisión.

—Lo decías tú —respondió Hester—. Eras tú la que hablabas.

—Lo sé. La periodista me engañó. De algún modo, cambiaron la entrevista. Con el montaje, supongo. ¿Lo entiendes? Nada de lo que dijeron es verdad.

Hester guardó silencio con expresión dubitativa.

—¿No me crees? ¿No te parece que yo debería saberlo mejor que nadie? —Dellarobia empezó a levantar la voz, pero se controló tras echar una mirada a Cordie por el espejo retrovisor—. ¿No te parece que aquí la experta soy yo? —preguntó en voz más baja—. ¿Que nadie sabe mejor que yo si quería matarme o no?

—Quizá no —contestó Hester, para irritación de Dellarobia.

Esa mujer tenía problemas con la autoridad. Después de una pausa, Hester añadió:

—Y no me refiero solamente a estos últimos meses.

—¿Qué demonios quieres decir con eso?

Siguieron circulando en silencio por las afueras de Feathertown, donde los bebederos de hormigón de los pájaros estaban volcados e inclinados sobre sus soportes en previsión de las heladas invernales. Unos perros de expresión desolada contemplaban las rejas desde el fondo de sus pequeños jardines. Dellarobia consideró la posibilidad de estrellar el coche contra un árbol sólo para fastidiar a su suegra.

—¿No puedes aceptarme como a un miembro más de la familia después de diez años? —dijo finalmente—. ¿Cómo podría haberte convencido de que pensaba quedarme?

—A mí no tenías que convencerme de nada.

—Cub y yo no somos la pareja ideal, es cierto. Pero la gente se arregla con lo que tiene y sale adelante.

—Dímelo a mí.

—¿Bear y tú? ¿No me digas que alimentáis muchos resquemores? —preguntó Dellarobia, riendo entre dientes.

—¿Qué sabrás tú?

—Tienes razón, no sé nada —respondió ella, aceptando la reprimenda—. Cuéntamelo y así lo sabré.

Hester no dijo nada. Para entonces estaban en la calle principal, esperando a que una fila de baptistas de un kilómetro de largo terminara de pasar por el paso de cebra de delante de su iglesia. ¿Adónde se dirigirían todas esas almas salvadas? Debía de haber un aparcamiento auxiliar en algún otro sitio.

—Te diré lo que sé. Bear y tú no os casasteis por la misma razón que nosotros. Hace tiempo que habéis cumplido los treinta años de casados, y Cub aún no los tiene. Por eso estoy segura de que ya estabais casados antes de concebirlo.

Dellarobia se había enterado de su aniversario sólo porque lo había visto en el boletín de la iglesia, y ésa había sido toda su celebración.

—Estábamos casados, sí —dijo Hester—. Vosotros también estabais casados antes de Preston.

—Sí, pero... —Vio un hueco entre los baptistas, pero al mismo tiempo echó un rápido vistazo a la cara de Hester—. ¿Qué? ¿Me estás diciendo que tú también perdiste un bebé? ¿Antes de tener a Cub?

Por fin pudieron atravesar el paso de cebra, pero después tuvieron que esperar delante del único semáforo de Feathertown. Casi tuvieron tiempo de llegar al Dairy Prince antes de que Hester contestara.

—No perdí un hijo. Lo di.

—Ah. ¿Tuviste un bebé y lo diste en adopción? ¿Por qué?

—Tenía mis razones.

—Ya lo imagino, Hester. ¿Puedo preguntarte cuáles eran?

—Bear estaba en el ejército.

—Tiene que haber sido muy duro. Pero aun así, Bear iba a volver. — Intentó imaginar a una joven Hester sola en casa, esperando. Trató de calcular las fechas, pero tampoco le cuadraron—. Cuando a Bear lo mandaron a Vietnam, vosotros todavía no os habíais casado.

Pasaron por delante de una casa conocida por mantener todo el año una complicada instalación de luces navideñas. Justo al lado, como para prevenir cualquier riesgo, se erguía el cuartel de los bomberos voluntarios.

—Cuando lo llamaron a filas, yo aún no había decidido si quería casarme con él. Mis padres me aconsejaban que me casara porque él ya tenía la granja y la casa. Ya sabes: el futuro asegurado. Pero yo no...

—No lo querías —intervino Dellarobia, asintiendo con cada palabra y envolviendo la frase con toda su conmiseración.

—En realidad —dijo Hester al cabo de un momento—, no sabía si lo quería. Hablábamos muy poco. Él era muy distante. Yo no sabía si sería capaz de quererlo o no.

Dellarobia soltó una risita.

—Por lo que dices, hicisteis algo más que hablar si teníais un bebé en camino cuando él se marchó.

—No, no fue así.

—¿Cómo que no? ¿No estabas embarazada?

—No, no había pasado nada entre nosotros.

—Entonces ¿cómo pudiste quedarte embarazada?

A lo largo de los dos kilómetros de silencio que siguieron, Dellarobia repasó las palabras, las estudió detenidamente y, al final, deseó haberse comido lo último que había dicho.

—Lo siento —dijo—. Me estás diciendo que estabas embarazada, pero que el niño no era de Bear.

Otros dos kilómetros llegaron y pasaron. Dellarobia se sentía muy extraña al volante del coche de las mujeres, como si la carretera estuviera a punto de levantarlas abruptamente hacia otro plano de la existencia. Quizá habría sido mejor haber ido a ver el hacha mecánica. No estaba segura de querer oír hablar del lado oscuro de Hester, ni de conocer su otra vida. Debía de haber sido muy atractiva, con ese estilo suyo, la ropa que ella misma se cosía y su energía desbordante. Bear debió de quedar fascinado: una chica de mirada luminosa que vivía en un viejo remolque al otro lado de la montaña, y un hombre con una casa y una granja. Lo que Dellarobia no estaba preparada para sentir — entonces lo comprendió— fue la corriente de simpatía que le despertaba su suegra. En líneas generales, podía decirse que Hester y ella habían vivido la misma historia.

—¿Averiguaste quién lo adoptó? ¿Has sabido algo de él? —se atrevió a preguntar en voz baja—. O de ella. ¿Era niño o niña?

—Niño.

—¿Lo sabe Bear?

—Sólo sabe que sucedió. Dijo que se casaría conmigo si no volvíamos a mencionarlo nunca más. Y así ha sido. Las personas que lo adoptaron no sabían que yo era su madre, al menos eso creo. Y si lo sabían, se llevaron el secreto a la tumba.

—¿Todo este tiempo! ¿Cuántos años tendrá ahora? ¿Treinta y pico?

—En Knoxville había un hogar para madres solteras.

—¿Allí lo tuviste?

—Allí tendría que haber ido. Mi madre me aconsejó que me fuera lejos, pero yo era testaruda y me quedé en casa de mi prima Mary, en Henshaw, y allí dejé que una iglesia se encargara de la adopción. Sólo pensaba en mí misma. Quería estar cerca de mis amigas y mi madre.

—¿Y el padre? ¿Nunca quiso saber nada?

—Hace tiempo que murió.

—Lo siento. ¿Dices, entonces, que una familia de Henshaw adoptó al bebé?

—No sabía lo que hacía. Habría sido mejor ir a la ciudad. Aquí todo vuelve a aparecer, y una nunca sabe cómo ni cuándo.

—Muy cierto. En la tienda de ropa de segunda mano he visto algunos de los trajes que mi madre confeccionó hace veinte años. Es increíble. ¡Me siento tan orgullosa cuando los veo tan bien hechos!

Echó una mirada a Hester y dejó de parlotear. Su suegra estaba desolada.

—Hester, ¿te sientes bien? —preguntó al cabo de un minuto—. ¿Lo has visto alguna vez? ¿Vive por aquí? ¿Sabe quién eres?

Hester negó con un lento movimiento de la cabeza.

—No, no sabe nada, ni tampoco Bear. Ninguno de los dos debe saberlo. Y yo no puedo hacer nada en este mundo, excepto vivir con esto.

Dellarobia volvió a mirar por el espejo retrovisor. Cordie seguía dormida. Una siesta de más de quince kilómetros, y ella en medio de la tormenta. Cuando tomaron la última curva y apareció a lo lejos el buzón de Hester, Dellarobia dejó escapar un suspiro de alivio. Habían terminado. Se había acabado la historia.

—Hay momentos en que una persona puede pensar en quitarse la vida —dijo Hester—. No te contaría nada de esto si no temiera por ti. Cuando haces algo, tienes que vivir con las consecuencias, pero a veces sientes que no puedes más. Y hacerte mayor no ayuda, Dellarobia. Quizá se te olvide si te has tomado la pastilla para la tensión hace diez minutos, pero los recuerdos de hace treinta años siguen ahí, mirándote a los ojos.

—Ni siquiera sé lo que me estás diciendo, Hester. Son muchas cosas que asimilar. Tuviste un hijo e hiciste lo que pudiste. Estoy segura de que estará bien y de que tendrá una buena vida en algún lugar.

Giró por el sendero y dejó atrás el buzón y la jardinera en forma de cisne, recuerdo de crueldades pasadas. «Los lazos que nos unen —pensó Dellarobia— y que se prolongan hacia el futuro.» Pero allí estaban *Roy* y *Charlie*, esperando; los macizos de flores quemados por las heladas; la casa con las ventanas de la planta superior sin cortinas. Había trabajo que hacer tras superar los conflictos. Después de todo, las consecuencias no eran tan terribles para Hester. Pero entonces Dellarobia lo comprendió con tan inesperada claridad que instintivamente pisó el freno.

—¡Dios mío, Hester! ¡Es Bobby!

Una hembra perfecta

EN algún momento sin determinar, la temperatura se desplomó hasta el sótano y la lluvia se volvió cristalina, cayendo sin ruido en la oscuridad y asombrando a Dellarobia a la mañana siguiente, cuando abrió la puerta delantera para que saliera Roy. Había nevado. Roy se puso a brincar como un lobo a través de la espesa capa blanca, olfateando los montículos y dejando una enmarañada línea de huellas mientras se apresuraba a marcar con su pequeña etiqueta amarilla los puntos más destacados del jardín, como una versión perruna de las notas adhesivas.

Los cedros del jardín de los Cook estaban veteados de blanco, y el acebo parecía envuelto en hielo, lo que producía el efecto de una placa navideña conmemorativa. El gran arce que se levantaba en el límite entre las dos fincas era menos cautivante porque cada poco tiempo dejaba caer las ramas sobre el sendero, castigando al suelo como un borracho encolerizado. Evidentemente, se suspendieron las clases. Dovey llamó en torno a las ocho para informar de que no había llegado ni a la mitad del camino hasta el trabajo antes de tener que darse la vuelta. Por la forma en que describió los coches que resbalaban sobre el hielo en la carretera 7, se habría dicho que estaba presenciando un ballet automotor filmado en cámara lenta.

—¡Es demencial! —exclamó Dovey—. ¿Dónde se ha visto un invierno como éste?

—En ningún sitio —replicó Dellarobia.

No podía apartarse de la ventana. Todo parecía limpio y transformado, como en un nuevo comienzo. El aspecto destartado de las casas y los establos de los alrededores había desaparecido bajo los blancos tejados de los campos blanqueados. La caja del buzón lucía un tupé nevado y al tejado le había salido un flequillo de carámbanos, el último de los cuales, por desgracia, parecía indicar un canalón atascado. Medía algo así como un metro de largo y se curvaba ligeramente hacia fuera, como la espada de un villano de película suspendida del tejado. El carámbano de Damocles.

—No pases por debajo de esa cosa —le advirtió a Preston.

Desde el sofá, Preston le devolvió una mirada que decía: «Ni soñarlo». Cordie y él estaban viendo dibujos animados en pijama tapados con una manta. Habían esperado todo el invierno para eso. Un día de nieve no se podía desperdiciar.

Dellarobia se trasladó a las ventanas de la cocina, para mirar hacia afuera en otra dirección, mientras preparaba chocolate caliente para los niños. Pese a las implicaciones negativas de la nevada desde el punto de vista biológico, su belleza la emocionaba. Incluso un campo lleno de barro y estiércol de oveja podía renacer bajo la nieve como una página en blanco. Dellarobia no se cansaba de admirar los erizados bordes nevados de los setos a lo largo del prado y el modo en que los troncos de los grandes árboles quedaban netamente separados del suelo, de tal modo que parecían estar plantados sobre la nieve como patas de elefante, sin raíces bajo tierra. Las montañas distantes tenían el borroso blanco sucio de un juguete de peluche que lleva cierto tiempo en la habitación de los niños. Durante toda la mañana no dejó de preguntarse si alguna mariposa sería capaz de sobrevivir. Ahora se preguntaba también, de un modo diferente que en días anteriores, con una tristeza sin complicaciones, si Ovid ya estaría subiendo a la montaña para averiguarlo. Había acabado por aceptar la idea de Ovid y Juliet; no había tenido más remedio, ya que estaban viviendo su matrimonio en el jardín trasero de su casa. Parecía como si algunos aspectos destartados de la propia Dellarobia también pudieran quedar disimulados bajo la nieve, como los establos. Algunos defectos acechaban aún, pero de momento sentía que tenía el camino despejado. Había hecho planes.

Se quedó un momento mirando a las ovejas, impertérritas ante el campo deslumbrante, quizá porque la ancestral memoria de Islandia las preparaba para el espectáculo. Cub había salido fugazmente al establo un poco antes para darles heno, y ahora estaban todas en el prado nevado, rumiando el desayuno. Las aguzadas patas rompían la costra helada y las hinchadas barrigas de gestantes, que rozaban el suelo, iban dejando en la nieve un rastro extraño, como de un saco de arena arrastrado, con pequeños orificios a los lados. Los diferentes colores de la lana destacaban claramente en el campo, sobre todo el negro y el pardo. Pero incluso las ovejas blancas parecían amarillentas sobre la nieve deslumbrante, con el color de una dentadura normal y no de los falsos dientes comerciales. Aunque no podía verles las patas, Dellarobia observó que la mayoría estaban de pie, pero algunas se habían arrodillado en pequeñas hondonadas de nieve para descansar plácidamente en el fulgor de un día diferente. En lo alto de la ladera, una oveja negra como el carbón se había echado de forma extraña, con la nariz levantada. Tenía el color y la postura de una foca que sostiene un balón en equilibrio, con el hocico levantado directamente hacia el cielo.

—¡Cub! —llamó Dellarobia—. Ven un minuto.

Su marido entró en la cocina en calcetines, andando despacio y con una sonrisa. Estaba viendo dibujos animados con los niños.

—¿Qué pasa?

—Mira esa oveja allá arriba, cerca de la valla, aquella negra que arquea el cuello. ¿La ves?

Al cabo de un momento, Cub la vio.

—Creo que está de parto —dijo Dellarobia.

—Es demasiado pronto —replicó él.

—Ya lo sé. Pero se comporta de manera extraña.

Mientras la miraban, la oveja se puso de pie con dificultad y se sacudió la nieve con un estremecimiento muscular que resultó impresionante incluso visto de lejos. Giró varias veces sobre sí misma, como un perro que se prepara para tumbarse, y volvió a echarse en el suelo. Una vez más, levantó la nariz arqueando el cuello como una foca en el circo, o como si actuara en un vídeo de gimnasia para ovejas. Se mirara como se mirase, era un movimiento muy poco habitual.

—Es demasiado pronto —repitió Cub—. Además, ahí fuera hace un frío que pela.

Dellarobia resopló a través de los labios.

—No te estoy preguntando si te parece un buen momento para salir.

Apagó el fuego bajo el cazo de la leche, que se había desbordado mientras ella no miraba.

—Prepara chocolate para los niños y dales el desayuno. Subiré yo.

Se apresuró a ponerse varias capas de ropa abrigada y algunas más de prendas impermeables, y se anudó los cordones de las botas tras observar que Cub había hecho caso omiso de sus instrucciones y se había vuelto al cuarto de estar para ver *Los amiguitos del jardín* con los niños, bajo una manta que le cubría todo excepto la cara. Salió pisando fuerte por la puerta de atrás y se sorprendió una vez más de la transformación del mundo. Reinaba un silencio fuera de lo común, como si los propios sonidos hubieran quedado sofocados y extinguidos bajo el manto blanco. Supuso que la nieve tendría alguna propiedad de absorción del sonido, aunque bajo sus botas rechinaba con un crujido agudo. Empezó el ascenso por la ladera en diagonal porque después de varios intentos y otros tantos resbalones que la hicieron caer de rodillas descubrió que era imposible subir por el camino más directo. Con los pies perpendiculares al desnivel, fue subiendo en un amplio zigzag por el prado.

Cuando llegó a la altura de la oveja negra, la encontró echada en el mismo sitio. Por el aspecto de la nieve, parecía que llevaba un buen rato revolcándose, aunque no estaba muy claro lo que intentaba hacer. Tenía

los ojos vidriosos y la expresión aburrida, con la vista fija en la distancia. No pareció inquietarse mucho por la repentina aparición de Dellarobia.

—¿Qué pasa, señorita?

La oscura señorita giró hacia un lado la nariz y se quedó mirando a Dellarobia por la pupila horizontal de uno de los ojos de pálido color ambarino. Su respiración formaba nubecillas en el aire, en rápidas y visibles exhalaciones.

—Me estás complicando mucho la mañana. Lo sabías, ¿verdad?

Al cabo de dos o tres minutos, Dellarobia se sintió ridícula. La oveja emitió un grave eructo productivo y comenzó a masticar por segunda vez el heno de la manera más natural para una oveja. Dellarobia retrocedió unos diez pasos por la ladera y después otros diez pasos más, por si el animal estaba fingiendo normalidad para que ella se fuera. Tenía que haber llamado antes a Hester para consultarla. Cuando se quedó quieta, el frío se apoderó de ella y le produjo fuertes estremecimientos que le hicieron castañetear los dientes.

—¿No podías haber hecho esto mismo en el establo? —le preguntó a la oveja.

Pero el animal no estaba haciendo nada concreto e incluso había dejado de masticar. La mirada de Dellarobia empezó a vagar montaña arriba, hacia el bosque vetado de blanco, las pilas de nieve sobre las ramas y las briznas heladas, como cañitas de cristal para sorber refrescos. No era un país para insectos. El auténtico dolor del día le iba llegando en oleadas, como repentinos accesos de náuseas que iban socavando su buen humor inicial. Ni siquiera podía sorprenderse por la nevada. Ya nada era sorprendente en un mundo donde el tiempo estaba completamente loco. Tres días antes, la temperatura había bajado diez grados y el olor a primavera del fango se había convertido en recuerdo. Y, sin embargo, por un momento, ella había creído que el invierno había terminado y que lo habían conseguido. Incluso Ovid lo había creído con el fin de la diapausa. Desde lo alto de la ladera nevada, veía un rastro que salía de la autocaravana de Ovid y llegaba hasta la verja. Él ya estaría allá arriba. Quizá los dos habrían subido. Su mujer lo estaría apoyando en su momento de dolor. El camino grande era, para entonces, un sendero sombreado convertido en estrecho túnel por las pesadas ramas nevadas que lo cubrían.

Dellarobia también distinguió rastros entrecruzados de huellas de animales tenuemente marcadas en la ladera: conejos, venados... Era extraño pensar que normalmente sólo se enteraban de una mínima fracción de sus correrías por el prado. La oveja volvió a captar su atención con un extraño gruñido agudo y con la nariz levantada otra vez hacia el cielo. Era más bien pequeña. Quizá fuera su primera vez. Probablemente, estaba desorientada y al borde del pánico, sintiendo

como si se le hubiera aparcado un camión sobre el estómago y la vejiga. Dellarobia recordó la sensación. La oveja se puso de pie, se estremeció, dio un par de pasos y dejó caer algo por detrás que formó en el suelo un charco oscuro. Sangre o algún tipo de fluido. Dellarobia volvió a subir la ladera, sintiendo un dolor en el pecho, como si se le estuvieran estrechando los vasos sanguíneos. Mientras subía, trató de recordar las palabras del manual de veterinaria que últimamente Preston y ella habían dejado de mirar: saco amniótico, placenta... Se arrodilló en la nieve y lanzó un grito cuando vio un cordero. Negro y extrañamente aplastado sobre la nieve, inmóvil dentro de su saco traslúcido, un diminuto bebé de oveja. La madre se alejó y se puso a levantar la nieve con el hocico en busca de hierba.

Llamando a Cub a gritos, Dellarobia bajó corriendo y resbalando por la pendiente, en línea recta hacia la puerta trasera de su casa. Asombrosamente, su marido salió a ver qué pasaba. Para entonces, ella había caído sentada en el suelo frío, jadeando, todavía a quince metros de la casa.

—¡Ven enseguida! —gritó—. ¡Trae el cubo del establo con el material para urgencias! ¡No, mejor trae unos paños de la cocina y agua caliente! ¡Y trae la leche caliente!

—¿Qué pasa? —preguntó él.

—¡Maldita sea, Cub! ¡No preguntes y ven!

Rodó hasta quedar de rodillas, se levantó y volvió a subir por la resbaladiza ladera, por una pendiente perfecta para un trineo. Sin encontrar en ningún momento apoyo firme para los pies, llegó hasta el charco que formaba el cordero, maldiciendo a la madre, que seguía masticando con expresión vacua, a cierta distancia de esa cosa que ciertamente no le había pasado a ella. Se quitó los guantes y tocó al animalito oscuro. Su calor la sorprendió: era la calidez del lugar de donde había salido apenas un minuto antes. Se desenrolló la bufanda de lana, le frotó al cordero los restos de las membranas y le limpió los ojos y las fosas nasales, pero observó que no respiraba. Cuando lo levantó, lo notó flácido como un trapo y con las patas colgantes. Cerró con fuerza los ojos para que no se le congelaran las lágrimas por dentro. Parecía un juguete, con las grandes orejas de Yoda, patas y pezuñas perfectamente formadas y el cuerpo cubierto de relucientes rizos negros.

Nunca había imaginado que Cub pudiera moverse con tanta rapidez. Venía jadeando ruidosamente, andando de lado por la ladera, con varios paños de cocina echados sobre el hombro y el cazo de leche en la mano. Por algún milagro, consiguió mantenerse erguido y que no se le cayera la leche. Cuando le quedaban pocos metros para llegar, Dellarobia corrió hacia él y cogió de su mano el cazo y los paños. La leche aún estaba caliente. ¿Qué otro hombre habría hecho exactamente lo que ella le pedía sin hacer ninguna pregunta? Se sintió abrumada por el amor, el

dolor y la nostalgia de ese vínculo que todavía no pertenecía a su pasado mientras mojaba un paño en la leche caliente y miraba a Cub, que miraba al cordero. La expresión de su marido se abrió como la guantera de un coche, como una guantera llena de indefensión y de tristeza.

—No lo sé, Cub, no lo sé —repetía ella sin cesar.

Hester había pronosticado su fracaso, y ella frotaba con fuerza el cuerpecito cubierto de rizos, como hacía con sus hijos después del baño, intentando calentar el cuerpo inerte primero con el paño y después con su propio aliento. Sopló en la naricita húmeda y después le palpó el vientre diminuto, buscando alguna señal de vida, pero no sintió nada. La cabecita se balanceaba sin el menor indicio de resistencia. El cuerpo ya empezaba a enfriarse.

—¡No te me mueras! ¡Maldición! ¡No te me vayas a morir!

Le envolvió las patas traseras con un paño seco, para tener por dónde agarrar el cuerpo resbaladizo, y se puso de pie tambaleándose.

—Bueno, ahora ten cuidado —le dijo a Cub—. Apártate un poco.

Alisó levemente la nieve a su alrededor, separó las botas y empezó a dar vueltas sobre sí misma, haciendo girar al cordero en círculos. A la tercera vuelta, con el animalito flotando en el aire como la coleta de una niña en una noria, sintió que la fuerza centrífuga la levantaba del suelo. El pequeño peso del cordero la empujaba mientras ella daba vueltas y más vueltas, sin prestar atención a su propia voz, que desgranaba una sucesión de maldiciones:

—¡Respira, maldita sea! ¡Respira, cordero del demonio! ¡Respira!

Cuando cayó al suelo, el mundo se inclinó sobre su eje. Las ramas del bosque a sus espaldas se erguían sobre ella, oscuras y musgosas. El sol que se arrastraba tras ellos era un brillo cristalino que aparecía y desaparecía entre las hojas vidriosas.

—¡Dellarobia! ¿Qué demonios pretendes hacer? —preguntó Cub finalmente, o quizá ella entendió, por fin, lo que le estaba preguntando.

Seguía a su lado, de rodillas. Entonces ella se sentó.

—Toma, pónitelo contra la piel para calentarlo.

Cub se abrió la chaqueta y se metió el cordero por debajo de la sudadera, haciendo solamente una ligera mueca de disgusto al sentir el contacto frío y húmedo contra la piel.

—¡Dios mío, Cub! ¿Dónde están los niños?

—Están bien. La cocina está apagada. Están viendo la televisión.

—¿Les has dicho que no se levanten del sofá? ¿Cordie estaba comiendo algo?

—Están bien —repitió él.

Dellarobia volvió a caer de espaldas en la nieve, como para trazar un ángel con los brazos, un ángel a la espera de que el mundo loco le diera permiso para aterrizar. Al cabo de un momento, volvió a sentarse.

—Déjame que lo vea —dijo.

Cub extrajo el cuerpecito inerte, y ella se lo acercó a la cara para verlo bien.

—Le está latiendo el corazón, Cub. Lo juro por Dios.

A través de la húmeda curva del vientre en contacto con su mano fría, percibía un pulso tenue y acelerado, como un aleteo. No había tono muscular, ni temblor de los párpados, ni ningún otro signo de vida, excepto esa pulsación. Le metió el dedo índice por la boca y tocó una flema viscosa que llenaba por completo el hueco estrecho y rugoso de la garganta. Sintió la textura áspera de la lengua, que presionó levemente contra su dedo, chupando. Dellarobia lanzó un grito agudo que podría haber sido de risa o dolor. Envolvió una vez más las patas traseras del animal con el paño y lo hizo girar de nuevo por encima de su cabeza.

Cub se unió a sus gritos para pedirle que parara de una vez. Pero ella no paró, por mucho que le pareciera criminal tratar así al animalito y siendo ella una madre que había protegido el cuello frágil de sus hijos y sus blandas fontanelas. Se sintió malvada y temeraria haciendo girar de ese modo al bebé, hasta que volvió a caer al suelo, jadeando como antes. Cub parecía escandalizado, preocupado y fuera de sí, convencido de que se había vuelto loca.

—Ve a llamar a Hester —dijo ella—. Ve y pregúntale qué hay que hacer cuando un cordero no respira al nacer.

—¡Dios santo, Dellarobia! ¿Qué estás haciendo?

—¡No sé qué estoy haciendo! ¡Tú ve y pregúntale! —le gritó ella.

Cub salió corriendo. Dellarobia empezó a masajear una vez más el cuerpecito y observó que era una hembra. Se la puso bajo la camiseta y volvió a acostarse en el suelo hasta que se le pasó lo peor del mareo. Parecía completamente posible matar algo allí mismo. Se sentó y acunó a la criatura en las dos manos, mirándola. Apenas se movía, pero se movía. La cabecita estrecha se levantaba de lado, inclinando las orejotas desproporcionadas. Escuchó con el oído contra el vientre y oyó

una respiración tenue, con ruidos que recordaban los de un catarro. Le sopló otra vez en las fosas nasales y le comprimió el pecho repetidamente, impulsada por la cercana sensación del aliento. La frotó, la masajó y le dio calor hasta que volvió Cub y se desplomó a su lado.

—Mi madre dice que si no hay signos de vida cuando sale, entonces es que está muerto.

—¿Has venido hasta aquí para decirme eso?

—Es lo que me ha dicho ella. Dice que lo pongas con la madre en el establo, sobre la paja, y que si dejas al cordero muerto con la oveja durante un rato, la ayuda de alguna forma para algo.

Dellarobia lo miró asombrada.

—¿A la oveja? ¿Para qué?

—No lo sé. Lo siento.

Cub se retiró a su habitual terreno de remordimientos e insuficiencia, la condición de su existencia ratificada por el matrimonio. Era capaz de construir la derrota a partir de cualquier material disponible y de vivir en su interior; pero, por una vez, Dellarobia no lo siguió porque ella ya iba por delante. Se dio cuenta de que no podía renunciar al esfuerzo. Ya había aceptado la muerte una vez, pero esto era diferente: era traer la vida. No era un adiós, sino una bienvenida, e imploraba para que lo fuera. Siguió masajando el pelaje oscuro y rizado hasta que los nudillos se le pusieron de un rojo encendido sobre el negro de la lana. Cuando se interrumpió, el cordero intentó levantar la cabeza de nuevo. Abrió los ojos y miró. Era la vida. Dellarobia se echó a llorar con sollozos convulsivos.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntaba Cub una y otra vez.

Había que mantener caliente al animal, conseguir que mamara y lograr que la madre lo aceptara. Le dijo a Cub que fuera a buscar pienso y que condujera a la madre hasta el establo mientras ella seguía calentando al corderito dentro de la casa. Había que ordeñar cuanto antes a esa oveja estúpida, porque el calostro era crucial, ya que el intestino del recién nacido sólo está receptivo unas horas para recibir los anticuerpos de la madre. Había un biberón en algún sitio de la casa. Pero en lugar de ponerse de pie de un salto y empezar a actuar, Dellarobia se quedó acurrucada con el cordero, sintiendo cómo los brazos de Cub la estrechaban de tal manera que casi le impedían respirar. Los sollozos en el pecho de gigante de su marido los sacudían a los dos, como los corcovos de un animal asustado. Ella también lloraba sin razón aparente. Nada era permanente; todo era fugaz: las cuatro esquinas blancas de su casa, su hogar, todo. A la larga, esa pequeña vida no significaba nada. Se la comerían.

—No todo ha sido inútil —le dijo una y otra vez a Cub, devolviéndole el abrazo.

Habían hecho bien algunas cosas, de eso estaba segura. Los niños. Y por todo lo demás lloraban en un lamento fusionado que parecía no tener fondo. Lloraban por todos los años de cosas que nunca existieron, fantasías de vuelo donde era imposible volar. En realidad, no quedaba nada, excepto levantarse y marcharse por su propio pie. Sintió que las lágrimas se le habían congelado en la cara.

—¿Cómo puedes saberlo? —le preguntó él.

Ella le contestó que no estaba segura de cómo lo sabía. Por cosas que había leído, o que había archivado, o que había supuesto si no tenía otra opción. Había leído con Preston el consejo de hacer girar por el aire a un cordero recién nacido, pero jamás había imaginado que iba a tener que hacerlo alguna vez. Las cosas parecen imposibles cuando no se han hecho nunca.

Se apartó un poco para mirar a su marido a los ojos.

—Todo esto va a darnos mucho miedo —dijo—. A los dos. Pero, aun así, vamos a tener que hacerlo.

—Quizá —dijo él.

—Quizá no, Cub. De verdad.

Se pusieron de pie y bajaron con cuidado la resbaladiza pendiente para ocuparse de sus respectivas tareas. Con el cordero dentro de la cazadora, Dellarobia fue andando a lo largo de la línea de la valla para tener dónde agarrarse. Pensó en las veces que había seguido esa misma valla con Cub, arrancando la madreSelva y las zarzas para repararla. Pero era evidente que las malas hierbas seguían ahí, rodeando todo el prado, enredadas en la alambrada, los postes y los árboles esqueléticos. Con los tallos vidriosos revestidos de hielo, la maleza parecía más corpórea que la propia valla. Las sucesivas estaciones de crecimiento oculto se revelaban, de pronto, en una belleza fría y terrible.

Sintió la mano de Preston, que se deslizaba dentro de la suya, mientras estaba delante del fuego de la cocina preparando tortitas. Había decidido decírselo ese mismo día, antes de que llegara el autobús, y no al día siguiente, que era su cumpleaños. Pensaba que aún estaba en la cama, por lo que su manita fría la sorprendió, y sus ojos, que se levantaban solemnemente para encontrar su mirada, le encogieron el corazón.

—¿Pasa algo, cariño?

Él le tiró de la mano, y ella apagó el fuego y lo siguió hasta su dormitorio, donde Cordie dormía en su cuna, respirando tranquilamente. Se arrodilló con Preston sobre la cama deshecha y vio por la ventana lo que él había visto: una colonia secundaria en el huerto de melocotoneros moribundos de los vecinos.

Ella sabía lo que era aquello, pese a la ausencia de toda expectación. Ovid le había pedido que estuviera atenta por si veía algo así en el caso poco probable de que apareciera, pero no le había dicho que se fijara en esos arbolitos medio muertos, cuyas copas pendían como el árbol de Navidad de Charlie Brown. Sin embargo, las ramas estaban veteadas de abundante color naranja.

—¡Dios mío, Preston! —exclamó ella, botando en el colchón sobre las rodillas. Miró boquiabierta a su hijo y saltó de la cama—. ¡Mira cuántas son! ¡Ponte las botas y el abrigo y vamos a verlas!

«La resurrección y la vida.» Eran las palabras que le resonaban en la cabeza mientras envolvía a Preston en lana y atravesaban juntos el jardín. Los arbolitos parecían renacidos, envueltos en las almas de los niños muertos. El camino hasta el huerto no era fácil. Preston tenía que agarrarse a su mano mientras avanzaban con paso firme sobre gruesas capas de nieve medio fundida y a punto de desmoronarse. A veces llegaban a tocar el terreno oscuro y húmedo, que formaba charcos en el fondo de sus huellas. Era difícil imaginar adónde iría todo eso cuando se fundiera la nieve. Pero la nieve profunda se mantenía, y su blancura los volvía a deslumbrar, incluso al alba.

Más deslumbrantes aún eran las monarcas. Allí, al pie de la montaña, sin el camuflaje del bosque y en ausencia de su cubierta habitual, parecía como si otro mundo se hubiera encontrado con éste y del encuentro hubiera manado sangre naranja. Dellarobia no habría sabido calcular el número de individuos que formaban los cúmulos, pero debían de ser unos cuantos miles. Aunque se le daban bien las estimaciones, sabía que no llegaban a un millón y que si ésas eran las únicas supervivientes, no eran suficientes. Iba a hacer falta una reserva genética mayor para que salieran adelante. Y la mortalidad seguía siendo un problema, como se veía por todas partes. Por el campo nevado yacían oscuros cadáveres de mariposa, como motas de pimienta sobre un plato de puré de patatas. Quizá fueran los machos que ya se habían apareado y habían transmitido su ADN. Ovid le había enseñado fotografías de colonias secundarias en México, formadas en marzo por las mariposas que bajaban a los valles listas para marcharse, y tapizaban allí los tejados, los setos y los maizales. En teoría, la aparición de esas colonias era un signo de que se preparaba la migración, o al menos eso significaba en el viejo mundo conocido.

Preston se había acordado de llevar el cuadrado de tela impermeable confeccionado en la escuela, para sentarse en el suelo del huerto y mirar las mariposas. Dellarobia traía un chubasquero para sentarse a su lado. Eligieron un sitio al pie de un arbolito, en lo alto de la ladera,

para poder ver a las mariposas desde todos los ángulos, desde arriba y desde abajo. Dellarobia no se había permitido imaginarse lo que estaba viendo. Después de la tormenta del martes, Ovid le había dicho que aún estaban en los árboles, en la montaña, que aún había unos cuantos millones de mariposas congeladas en las ramas, bajo la cubierta de nieve. Probablemente, se desprenderían de la corteza de los árboles con el deshielo, como escamas de piel muerta. En los dos últimos días, había estado desmontando el laboratorio con la tristeza de quien cierra una casa tras la muerte de un familiar, decidiendo lo que conserva y lo que regala. Había declarado que la supervivencia no era posible a causa de la elevada mortalidad bajo la nieve. Para que la especie sobreviviera, tenía que haber margen para las variaciones, los errores y la resistencia. En su opinión, se necesitaban por lo menos un millón de individuos. Entonces ella le preguntó por el arca de Noé y sus parejas de animales, y él le respondió que se habrían extinguido por malformaciones graves en unas cuantas generaciones, por efecto de la endogamia. Su amargura era comprensible. Mientras reducían el laboratorio a los huesos desnudos, ella notaba en Ovid un vacío donde antes había visto asombro y maravilla, y se desesperaba pensando en su propio futuro. En poco tiempo, él la había liberado de toda una vida de ideas falsas que ella empezaba a echar de menos. El arca de Noé y un futuro mejor. Se sorprendió alentando interiormente a esa pequeña población que había descendido del precario ambiente de la montaña para descansar en un huerto agonizante.

¡Eran tan bonitas! Lo más difícil de todo era resistirse a su belleza. Preston y ella levantaron la vista juntos para mirar el árbol esquelético cargado de mariposas. Casi todas las alas estaban inmóviles, pero unas pocas se abrieron lentamente cuando asomó el sol. Una semana antes, habían visto salir el sol a las siete, pero ahora era más temprano. Dellarobia sintió que se le encogía el corazón por la rapidez con que pasaba el tiempo. Había llegado el día. Todos los días eran el día.

—Mamá —dijo Preston con voz nerviosa—, ¿y si perdemos el autobús?

—Si lo perdemos, no pasa nada. Yo te llevaré a la escuela. La señorita Rose no se enfadará porque llegues tarde una vez. ¡Mañana es tu cumpleaños!

Preston no pareció convencido. Era triste para Dellarobia comprobar que su autoridad estaba perdiendo pie frente a la de la señorita Rose. Aun así, insistió.

—Nos quedaremos aquí sentados y, cuando se vaya el autobús, les gritaremos a los niños: «¡Adiós, tontitos!».

Lo gritó de verdad y, aunque no había nadie para oírla, avergonzó un poco a su hijo. Ella se puso a hacerle cosquillas, y él se tensó primero y se aflojó después, hasta estallar en carcajadas.

Más mariposas abrieron las alas, como bebiendo la luz. En el huerto tenían un color más morado que en el bosque, un tono más amarronado o rojizo que cambiaba con la luz. Dellarobia observó que una cantidad desproporcionada de mariposas se habían situado en el lado oriental de los troncos, donde incidía la primera luz del sol, aunque debían de haber llegado a última hora de la tarde. Para ser almas de niños muertos, tenían una capacidad de previsión excelente. Dellarobia recordó las manos entrelazadas de Josefina, levantando vuelo desde su pecho, y pensó también en la ovejita negra que abrió los ojos parpadeando, esforzándose por respirar y quitándole a ella el aliento. Finalmente, había conseguido que su madre la aceptara después de que ella misma hiciera lo más difícil. Preston todavía le daba algunos biberones al día para asegurarse. Sabía que el peligro aún no había pasado.

—Tengo una cosa que decirte.

La feliz anticipación del niño le pareció tan completa que sintió como si algo se le rompiera dentro, como un jarrón valioso que se hubiera quedado en la ventana y se hubiera resquebrajado por la congelación del agua, o una pérdida igual de tonta. Tardíamente comprendió que había sido la esperanza, en el preciso instante en que la palabra misma le pareció fuera de su alcance. Desde lo alto, contemplaba los pequeños montículos de nieve que se habían formado en la ladera, a cuyo alrededor fluía el agua del deshielo, como un río en miniatura en un bosque de pequeños arbustos cónicos cubiertos de nieve, semejantes a abetos diminutos. Era un pequeño mundo que se estaba derritiendo.

—En realidad, tengo varias cosas que decirte —continuó—. Una de ellas es bastante triste, así que te la diré primero para terminar con eso lo antes posible. La segunda es fantástica. Es tu regalo de cumpleaños, un día antes. Y la tercera..., no lo sé. Te va a sorprender. ¿Estás listo?

Preston asintió con expresión grave, haciendo balancear el pompón rojo de la gorra de lana. El flequillo le había crecido y le sobresalía por debajo de la gorra.

—¿Te acuerdas de lo que dijo Josefina de las monarcas, que cuando muere un bebé, se transforma en mariposa?

El niño arrugó la frente.

—¿Es verdad?

—No. Es una historia que cuenta la gente para sentirse mejor. Lo que quiero decirte es que uno de nosotros está ahí. Tuvimos un bebé que murió.

—¿Dónde está? —le preguntó él con una mirada penetrante.

Era típico de Preston querer saber las coordenadas del GPS.

—En el cementerio —respondió ella—. Hay una tumba sin lápida. Pero era tu hermano, Preston. Vino mucho antes que tú, y creo que debes saberlo.

Más abajo, en la carretera, empezaron a pasar los coches. La gente iba a trabajar, lista para empezar otra vez su vida. Preston se puso serio, pero no realmente triste, y Dellarobia se dio cuenta de que sólo intentaba parecer grave por ella. No sentía que la pérdida fuera suya.

—Ya sabes que todos los años te cuento la historia del día que naciste, de cómo fuimos al hospital y todo eso. Y sabes que a veces te cuento las cosas que sucedieron un poco antes, como cuando intenté pasar la aspiradora debajo de la cama y me quedé medio atascada y tuve que llamar a tu padre porque había roto aguas. ¿Te acuerdas?

Él asintió.

—Mañana volveremos a contar todas esas historias y comeremos pastel con papá y Cordie cuando vuelvas de la escuela. Pero quería hablarte del otro bebé que nació antes que tú porque de no haber sido por él, tú no estarías aquí. No habría ningún Preston. Él despejó el camino para tu padre y para mí. Y de ese modo pude llevarte en la barriga hasta que naciste, y por eso ahora podemos celebrar tu cumpleaños. ¿Lo entiendes?

—No —contestó él.

—Sí, ya lo sé. Muchas cosas no se entienden. Pero no te pongas triste. Sólo te lo cuento porque quiero que conozcas toda la historia. Hay un montón de gente que ya no está con nosotros, como mi madre, mi padre o ese bebé, pero todos pusieron su granito para que hoy estés aquí. El otro bebé nos hizo un regalo, y ese regalo eres tú.

Preston desvió la cara para no mirarla.

—¡Ta-chán! ¡Preston ya puede existir! —Con eso consiguió que su hijo dibujara un levísima sonrisa—. Muy bien, ahora veamos la sorpresa tan increíble que tengo para ti: mi regalo de cumpleaños. Es una decisión improvisada, esto de dártelo el día antes. Todavía no lo he envuelto, pero casualmente lo tengo en el bolsillo de la cazadora. Cógelo.

Dellarobia se abrió el bolsillo, él lo miró con expresión escéptica y metió cautelosamente la mano enguantada en el interior de la chaqueta, como si dentro pudiera haber algún animal rabioso.

—¡Uah! ¡Un *pod* de ésos! —gritó, acercándose a la mejilla la lisa superficie.

Se quitó un guante con los dientes y, de inmediato, demostró estar al tanto de todas las cosas que Dovey había tardado media hora en

enseñarle a Dellarobia. Sabía encender el aparato, tocar los iconos diminutos y barrer la pantalla con la mano para mover las imágenes. Sabía echar las redes al río del conocimiento para sacar los peces.

—También tiene un pequeño teclado —le dijo— para que puedas escribir lo que quieras buscar.

Él ya lo sabía, aunque Dellarobia no creía que sus compañeros de colegio tuvieran algo así. La cuota mensual iba a ser su mayor gasto después del alquiler.

—¿Es mío? —preguntó.

—Te diré cuál es el trato. Cuando tú estés en la escuela, lo tendré yo, y cuando estés en casa, lo tendrás tú. Es tu ordenador. Podrás navegar por internet siempre que quieras, dentro de lo razonable. Pero cuando suene, tendrás que dármelo a mí porque es mi nuevo teléfono.

—¿Qué tenía de malo el antiguo? —preguntó.

Noventa segundos como propietario y ya se había vuelto cicatero. Dellarobia se echó a reír.

—Trae eso para acá, sinvergüenza. Llevo tres meses ahorrando para que puedas conectarte a internet, pero tendremos que compartirlo.

Preston le devolvió el teléfono con una sonrisa afable. Los niños como él ya sabían que no había nada gratis en la vida.

—Noticia número tres —dijo ella—. Necesito un teléfono porque vamos a mudarnos.

—¿Qué? ¡No, mamá! ¡Mudarnos no!

—¡Mudarnos sí! Alquilarémos un apartamento en Cleary, con la tía Dovey. Ya lo hemos visto. Hay una habitación para ella, otra para Cordie y para mí, y una especie de galería que será toda para ti. Tendrás una cama especial, que será sofá de día y cama de noche. Y ahora prepárate para llevarte la sorpresa de tu vida. ¿Estás listo?

Él asintió con expresión dubitativa.

—Voy a ir a la universidad. Los dos iremos a la escuela el próximo otoño. En Cleary. Podremos hacer los deberes juntos.

—¿A la misma escuela?

—No, a escuelas diferentes. Ya lo verás. El doctor Byron se ha portado increíblemente bien y ha ido a hablar con los profesores de la Escuela Universitaria de Cleary. Es como un superhéroe. Hasta me ha

conseguido un trabajo. Fui un día a hablar con esa gente mientras tú estabas en el colegio.

—¿Y tú qué serás?

—Trabajaré en un laboratorio, como ahora, pero no en un establo. Es una beca de trabajo; me pagarán para que estudie. No es mucho, pero probablemente conseguiré otro empleo. De camarera, tal vez. Ya veremos. Lo único que sé es que tendremos que comer arroz y garbanzos.

—¿Como en casa de Josefina? —preguntó él, interesado.

—Sí —respondió ella un poco sorprendida porque no sabía muy bien si lo había dicho literalmente.

Era evidente que a Preston le gustaba ese tipo de comida. Todo hacía suponer que iban a bajar un peldaño más, hacia un estilo de vida donde el compromiso con el medio ambiente del señor Akins aún era menos aplicable. Si la lista del señor Akins anunciaba el futuro, como él le había dicho, entonces, sus hijos eran unos adelantados a su tiempo. Dominaban a la perfección el arte de la frugalidad.

—Pero ¿qué serás tú? —insistió Preston.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué seré cuando sea mayor? Todavía no lo sé. Hay demasiadas posibilidades. Tal vez sea veterinaria, así la gente tendrá que pagarme sesenta dólares solamente para verme bajar de la camioneta.

Preston la miró intrigado, con la lengua por debajo del labio inferior, como desconfiando de que todo fuera una broma.

—De acuerdo, te contestaré en serio —prosiguió ella—. Creo que me gustaría ser científica de algún tipo. Como tú, Preston. Ya sabes: de tal palo, tal astilla.

—Pero ¿seguirás siendo mi mamá?

—¡Claro! Nunca podrás deshacerte de mí.

La voz de Preston descendió a un nivel diferente, como si hubiera notado algo nuevo.

—¿Dónde dormirás papá en ese apartamento?

—Oh... No. Papá se quedará aquí. Cordie y tú vendréis a visitarlo.

Preston la miró como si se hubiera vuelto loca.

—Bueno, a visitarlo no. No he querido decir eso. También viviréis aquí. Ésta será vuestra casa una parte del tiempo: los fines de semana, por ejemplo, o después de la escuela. Y también veréis a los abuelos. Y a los corderitos. Todo el tiempo.

—¿Y también será tu casa?

—No. Yo viviré en el apartamento. Vosotros podréis vivir aquí y allí. Migraréis, como las mariposas. Se supone que la alternancia te vuelve más fuerte. Cordie y tú creceréis tremendamente fuertes y resistentes.

Se dio cuenta de que eso era probable que quedara fuera de su capacidad de comprensión. Pero, después de todo, era Preston. Y no le estaba gustando nada lo que oía. Aún no había vuelto a ponerse el guante que se había quitado y empezó a pasarse un pulgar por los pantalones de pana marrón, frotando en sentido contrario al grano de la tela y produciendo un ruido áspero.

—¿Por qué tienes que irte a ese apartamento? —preguntó—. Papá te matará.

—¡Preston, qué cosa tan fea acabas de decir! Tu padre no le haría daño a una mosca. Él ya sabe todo esto y le parece bien.

—¿Por qué? —insistió Preston sin mirarla y sin dejar de pasarse el dedo por la rodilla de los pantalones de pana, con un ruido más fuerte, como de instrumento de percusión.

A Dellarobia le habría gustado inventar una historia acerca de un futuro mejor. Pero nadie pensaba nunca que los niños querían oír la verdad, y entonces se la contó:

—Bueno, verás —dijo—. Papá y yo nos casamos un poco por accidente.

El entrecejo de Preston se desplomó en un ángulo quebrado, que era de angustia teñida de improbable remordimiento. Con esa expresión y el flequillo caído sobre las gafas, era la viva imagen de su padre. Esas cosas acababan con ella: eran las leyes de la biología, y nunca podría escapar de esa cara. Pensó entonces que no había elegido bien las palabras. No tenía que haber dicho «accidente» porque Preston imaginaría coches chocando en la carretera o niños mojándose los pantalones.

—No fue el fin del mundo, ni mucho menos. Papá y yo os hicimos a ti y a Cordie, y lo hicimos a propósito, porque queríamos. Esa parte fue totalmente buena.

—También hicisteis al bebé muerto.

—Sí —dijo ella, sorprendida de que ya se acordara de su hermano fallecido.

Entonces sus pensamientos hicieron una incursión en terreno prohibido: se acordó del tío amable e influyente y de las sonrientes primas gemelas. Acababa de dismantelar un secreto y ya sentía que otro pugnaba por salir. No estaba segura de poder guardar silencio acerca de la familia Ogle por tanto tiempo como lo había hecho Hester, pero tendría que improvisar. Lo importante era que sus hijos tenían una familia, que había sistemas de parentesco.

—¿Por qué os casasteis por accidente? —preguntó Preston.

—La gente comete errores todo el tiempo, también los adultos. Ya lo verás. Te sorprenderás cuando lo descubras. Tenemos algún tipo de jugo en el cerebro que nos hace pensar solamente en lo que tenemos delante en este mismo instante, aunque sepamos que más adelante pasará otra cosa diferente y que también deberíamos tenerlo en cuenta. El cerebro nos engaña: «Ataca a esa cosa ahora mismo o huye cuanto antes. Mañana no importa», nos dice.

Preston dejó de aporrearse la rodilla con el dedo y pareció reflexionar sobre lo que acababa de oír.

—Si pudiera enseñarte una sola cosa, Preston —prosiguió ella—, me gustaría que fuera esto: nunca dejes de pensar en lo que pasará después. Pero eso se lo dicen todos los padres a sus hijos, aunque no hayan seguido su propio consejo.

El niño permaneció completamente inmóvil mirando la nieve.

—¿Sabes otra cosa? Los adultos jamás admitirán lo que acabo de decirte. Básicamente, son capaces de ensuciar su propia cama y no reconocer que han cometido un error. Incluso los que se creen ciudadanos de primera categoría se quedan ahí como si nada y dicen: «No he sido yo. Ha sido otro el que se ha hecho caca en la cama».

Una mínima sonrisa desvió ligeramente la línea de los labios de Preston, como cuando se abre una carrera en una media.

—Cordie y tú vais a crecer en medio de un montón de problemas, te lo digo desde ya. Ni siquiera podréis elegir. Pero vosotros tendréis que ser diferentes.

En ese momento, el reluciente cartucho amarillo del autobús escolar apareció en la carretera, al pie de la ladera. Se detuvo un momento delante de la casa, por si aparecían Preston o su madre, pero ellos no se movieron, sentados en el campo nevado. No agitaron las manos para saludar, ni para llamar la atención sobre su tardanza, y al final el autobús siguió su camino. Pese a todo y ante la inminencia del fin del

mundo, Dellarobia se sintió de pronto extrañamente afortunada. El sol ya estaba alto en el cielo despejado, y todo parecía indicar que se preparaba un cambio profundo. Restos de nieve caían de los árboles a lo largo de la carretera y se desprendían en silencio del gran arce junto al sendero, del que caían planeando, como pañuelos de papel desgarrados. Tras ellos, en el bosque, se oía el ruido continuo de los carámbanos que caían como alfileres de hielo. El mundo a su alrededor se estaba derritiendo. Dellarobia siguió la mirada de Preston, que buscaba la casa, y pudo leer sus pensamientos como un libro abierto: mamá, papá, el apartamento... Empezaba a asimilarlo: la pérdida o la transformación de todo lo que conocía y de todo aquello en lo que confiaba. Fue un valiente y no lloró, aunque las comisuras de los labios se le curvaron hacia abajo y tuvo que entrecerrar los ojos.

—¿Y si yo quiero que todo siga como está? —preguntó.

—Ahí reside el problema. Los adultos también quieren que todo siga como está. En realidad, por eso se quedan en la cama aunque se hayan hecho caca encima. Y ni siquiera lo estoy diciendo en broma.

Los ojos de Preston se apartaron de los suyos para no ver el veredicto.

—Nada volverá a ser como antes, Preston. Ahora quiero que lo digas, ¿de acuerdo? Si lo dices, te daré el *pod*.

Él la miró, para asegurarse de que lo había entendido bien, y lo dijo:

—Nada volverá a ser como antes.

—Muy bien. —Le dio la tableta—. Eres el mejor.

El viernes esperaba que los niños volvieran a casa a mediodía: Preston, de vuelta de la escuela, y Cordelia, de la casa de Hester, adonde la había llevado su padre mientras Dellarobia preparaba el cumpleaños de su hijo. Pero mucho antes de esa hora, la inundación la sacó de la casa. Dejó un pastel en el horno y muchas cosas sin hacer para salir por la puerta de la cocina en estado de inflamada crispación, como si de pronto se hubiera vuelto demasiado grande y no cupiera en su propia piel. La radio había pasado la mañana entera vomitando noticias extrañas, independientemente de la estación que sintonizara: riadas, alertas por mal tiempo, catástrofes y algo tremendo en Japón, con incendios e inundaciones.

Fuera de la casa, la sorprendió un fulgor acuoso. El suelo se había vuelto esponjoso con la nieve fundida y cedía bajo sus pies. La colina al otro lado de la carretera seguía cubierta de nieve en su azulada penumbra orientada al norte; pero de su lado, donde daba el sol, toda la nieve de la montaña se estaba fundiendo en un torrente impetuoso. Los cauces abiertos en la ladera por el largo invierno lluvioso estaban llenos a rebosar y, al desbordarse, formaron una sola lámina de agua que bajaba por todo el ancho del prado. La autocaravana de Ovid se había

marchado por el fin de semana, antes de la despedida definitiva, y las ovejas habían buscado refugio en el establo, alarmadas por la torrenciosa pendiente y el desusado rugido del agua. Dellarobia estaba sola. El agua le cubría el empeine de las botas, tan fría y cristalina como el hielo que había sido hasta hacía poco. Le entumecía los pies y aplastaba la hierba a su alrededor, el pelaje empapado de una tierra ahogada. Largas varas asomaban de forma intermitente sobre el agua y volvían a sumergirse, como brazos esqueléticos.

Se le hundieron aún más los pies y el agua le llegó a las rodillas mientras la corriente tiraba de ella de un modo que le pareció peligroso. Estaba al lado de su casa y tenía el teléfono en el bolsillo de la sudadera, pero no sabía a quién llamar en esas circunstancias. Puso rumbo hacia un terreno más elevado y avanzó por el agua hasta un lugar donde pudo subirse a un montículo, en lo alto de la ladera, cerca del sitio donde había salvado al cordero. Aquella oveja debía de tener olfato para los lugares más seguros. Era la parte más alta del prado, convertida en un diminuto país con un solo habitante. Estaba completamente rodeada por el torrente. Se volvió para mirar al sur y todo el campo se presentó ante sus ojos como una única lámina de luminosidad reflejada, un océano que bajaba en oleadas y sumergía las rocas sin dejar de crecer. Se sintió invadida por la temeraria emoción de estar en alta mar, quizá como se habría sentido Colón en su nave, tras pasar la vida entera endeudándose, suplicando y sintiéndose acorralado. De no haberse sentido así, jamás habría salido al encuentro de un probable desastre en los límites del mundo conocido. Si alguien podía comprenderlo, era ella.

En lo alto de la colina, a sus espaldas, unos cuervos se fueron posando de uno en uno en los árboles desnudos, disponiendo sus negras figuras sobre el bastidor de las ramas para añadir sus gritos de advertencia a los siniestros sonidos del día. «No hay más, no hay más», graznaban. A su alrededor, se extendía un mundo muerto que estaba aprendiendo a hablar con sonidos disonantes e insoportables. La fina capa de suelo fértil, el escaso margen de beneficios de la granja, la tierra bajo sus pies se escurrían por la ladera. Cuando el agua volvió a cubrirle las botas, empezó a andar otra vez lentamente hacia atrás, en contra de la violencia de la corriente, para encontrar un lugar más seguro. Un estremecimiento de terror la había vaciado de todos los pensamientos más allá de la simple locomoción. Un resbalón podía ser el fin. Se preguntó cómo estarían las ovejas en el establo, pero se concentró en sus propios pies y siguió subiendo poco a poco la ladera para salvar la vida. Cuando sintió la valla a sus espaldas, se alegró de topar con la fría seguridad de la malla de alambre. Se volvió para agarrarse de la alambrada con las dos manos y poder avanzar así a lo largo de la línea de la valla. Al llegar a la verja, en lo alto del prado, metió los dedos de los pies en el tejido de alambre y trepó hasta el otro lado, donde llegó a una extensión de terreno seco, al pie del bosque. Consideró el aspecto de un grupo de árboles jóvenes, de medianas dimensiones, y decidió que cualquiera de ellos podría soportar su peso llegado el caso. Después, miró hacia abajo.

La sorprendió ver que el nivel del agua había llegado al suelo del porche y los umbrales de las puertas de su casa. La base y los peldaños de hormigón ya no se veían; el jardín se había esfumado, y el sendero se disolvía en la carretera. Toda memoria de la particular geografía de su casa se había borrado. Había pasado la mañana entera oyendo el borboteo del agua en el enorme desagüe que pasaba por debajo de la carretera, como una ruidosa amenaza de inundación que parecía reflejar las advertencias de la radio. Pero para entonces el borboteo se había convertido en rugido, la tubería se había desbordado y la carretera se había transmutado en un ancho río fangoso. Algo flotaba en la corriente: varias piezas de madera dispuestas en forma de «v» se movían lentamente hacia el este. Supuso que sería un trozo de tejado que flotaba invertido. Su movimiento se apreciaba tan balanceado y deliberado que parecía inspirado por un instinto migratorio. Notó que su coche también estaba respondiendo a ese impulso y se desplazaba lentamente, sin conductor, en dirección al este.

Comprendía lo que estaba viendo y no podía darle la espalda. Sus hijos estaban lejos, en casa de Hester y en la escuela, y ella sabía que tendrían que hacer frente por otros medios a lo que estaba sucediendo. De momento, su fascinación trascendía las dimensiones corrientes del miedo y el deseo de seguridad. Se dio cuenta de que había estado allí mismo, meses atrás, con los pies inseguros y la mente en llamas, pero imprevistamente había regresado al lugar del que había huido. Recordó que había escudriñado el tejado oscuro y las esquinas blancas de su casa, buscando señales de cambio o sometimiento que entonces eran invisibles, pero que ahora le resultaban evidentes. Una de las esquinas de la casa se inclinó ante sus ojos, haciendo que la estructura se desplazara unos escasos pero perceptibles centímetros sobre los cimientos. Esta vez tuvo que verlo. Pronto toda la casa soltaría el ancla de los peldaños y los cimientos de hormigón, y se haría suavemente a la mar como un transatlántico. Entonces no sería una casa, sino un rígido y rectangular globo aerostático con tejas, revestimientos y puertas castigadas por la intemperie, un globo de improbable serenidad que flotaría gracias al aire cuidadosamente encerrado en su interior. Sus ventanas mantendrían la mirada vacía fija en el panorama giratorio mientras el conjunto de la construcción daría vueltas, despacio, sobre la corriente.

Incluso en ese momento, avecillas oscuras se reunían en los pocos puntos elevados que destacaban por encima de la inundación y removían el barro en busca de lombrices ahogadas, demostrando un afán inverosímil por conservar la vida. Debían de ser estorninos. El día era absurdamente templado y luminoso. La semana anterior, había visto asomar los brotes aguzados de los narcisos, y Preston había encontrado jacintos en el jardín, que ella ni siquiera recordaba haber plantado. Sus haces romos de hojas verdes le habían parecido picos de tortugas que asomaban desde un mundo subterráneo.

Algunos de los estorninos emitieron un metálico grito colectivo y echaron a volar en ángulo bajo a través del campo. «Como las chispas

se levantan por el aire, así nace el hombre para la desdicha», pensó Dellarobia. Eran palabras del libro de Job, hechas para un mundo que marchaba hacia el fuego y las inundaciones. Entre las aves oscuras se veían temblorosos chispazos de luz, del mismo fuego que tan profundamente la había perturbado la primera vez que lo había visto. Ahora le resultaba irresistible. Había subido hasta ahí para ver a las mariposas. Desde el día anterior las había visto levantar vuelo desde las colonias del huerto de melocotoneros moribundos y dispersarse por la ladera, hacia los cedros y los arbustos enmarañados que flanqueaban la carretera. Ahora las veía sobre todos los montículos fangosos que aún no habían quedado sumergidos. Mirara donde mirase, veía grupos de mariposas en los pocos lugares emergentes, formando líneas erizadas a lo largo de las ramas de los árboles y en la línea más alta de la alambrada, congregadas sobre los trozos de madera a la deriva y salpicadas incluso sobre el techo de su coche, que brillaba a lo lejos. Las nubes anaranjadas de las indecisas flotaban por encima de las otras en el espacio aéreo. La vívida mancha emborronada de su reflejo resplandecía en la superficie ondulada del agua. No se distinguían las mariposas individuales, sino únicamente una masa de color líquido y vetado, como una pátina de aceite flotante, pero más brillante, como una colada de lava. ¡Eran tantas!

Dellarobia temía apartar demasiado la vista del suelo donde apoyaba los pies, pero aun así la apartó. Levantó la mirada para verlas pasar por encima de su cabeza. No eran unas pocas, sino legiones, una zoótica fuerza aérea que volaba en formación, como si fuera a la guerra. En la media distancia y en lo alto, volaban todas en la misma dirección, montaña abajo, como la propia inundación, pero en un nivel diferente. Las que volaban a mayor altitud eran rastros tenues de motas elípticas. Su número la dejó boquiabierta. Podían ser un millón. Los añicos de una generación destrozada habían conservado la vida, como un corazón palpitante, sobre los árboles cubiertos de nieve. Ahora parpadeaba el sol, al cabo de un paréntesis imposiblemente largo, y se producía el éxodo. Se reunirían en otros campos y harían frente a otros riesgos, probablemente ni mejores ni peores que los que la esperaban a ella.

El cielo era demasiado luminoso y el suelo demasiado traicionero, por lo que no pudo seguir mirando mucho tiempo hacia arriba. En lugar de eso, fijó la vista en las llamaradas de alas que reflejaba el agua, como un fuego en la inundación. Sobre el lago del mundo, flanqueado por montañas blancas, volaban hacia una nueva tierra.

Nota de la autora

En febrero de 2010, unas lluvias sin precedentes causaron desprendimientos de tierra e inundaciones catastróficas en la localidad montañosa de Anganguero, en México. Treinta personas murieron y miles perdieron sus hogares y sus medios de vida. Para el resto del mundo, Anganguero era sobre todo el punto de partida para visitar las espectaculares colonias de mariposas monarca que pasan el invierno cerca de allí. El pueblo se está reconstruyendo, y toda la población

migratoria de monarcas norteamericanas sigue regresando cada otoño a las mismas cumbres del centro de México. El repentino traslado de las colonias invernales al sur de los Apalaches es una ficción que sólo ha sucedido en las páginas de esta novela.

Por desgracia, el resto de la historia biológica es real, igual que la inundación de Angangueo. Las consecuencias bióticas del cambio climático ponen a prueba la capacidad descriptiva, por no mencionar el coraje, de los que mejor las conocen. He consultado a muchos expertos para que me guiaran en la construcción de un relato ficticio enmarcado en una situación biológica verosímil. Tengo una especial deuda de gratitud con Lincoln P. Brower y Linda Fink, por abrirme amablemente su casa, sus laboratorios, sus registros y, lo más impresionante de todo, su imaginación. Su entusiasta indulgencia con las especulaciones de una novelista fue tan generosa como su dedicación científica al mundo y a la vida que alberga. Cualquier error que haya persistido pese a la cuidadosa tutela de los doctores Brower y Fink es únicamente mío.

También quiero agradecer a Bill McKibben y sus colegas de 350.org el trabajo más importante del mundo y el más interminable. Su libro *Earth* me ofreció importantes puntos de vista, igual que *Four Wings and a Prayer*, de Sue Halpern, y *Requiem for a Species*, de Clive Hamilton. Las notas de Carol Ekarius sobre reanimación de corderos, encontradas en *Guía de la cría de ovejas*, han demostrado ser muy útiles tanto en la ficción como en la vida real. La *Illustrated Encyclopedia of Animal Life*, editada por Frederick Drimmer (1952), fue un hallazgo fortuito. Quiero expresar mi agradecimiento a Rob Kingsolver y Robert Michael Pyle, por su aliento desde los primeros momentos, y al trabajo publicado de otros muchos entomólogos, entre ellos Soni Altizer, Karen Oberhauser, William Calvert y Chip Taylor, fundador de la organización Monarch Watch. Francisco Marín fue un intrépido compañero a través de lo increíble en Angangueo y lo sobrenatural en Cerro Pelón. El doctor Preston Adams fue la primera persona en decirme que yo era científica. No lo he olvidado.

Por sus meditados comentarios del original y su valioso apoyo, mi agradecimiento a Terry Karten, Sam Stoloff, Frances Goldin, Steven Hopp, Lily Kingsolver, Ann Kingsolver, Virginia Kingsolver, Camille Kingsolver, Jim Malusa y, sobre todo, de principio a fin, a Judy Carmichael. Steven y Lily escalaron montañas y descendieron a las profundidades. Margarita Boyd me ofreció perspectivas espirituales, y Rachel Denham me abrió puertas. Walter Ovid Kinsolving es el autor de la fascinante genealogía que me ha proporcionado prácticamente todos los nombres y apellidos que aparecen en esta novela (mezclados), extraídos de mi propio árbol genealógico. Por el espíritu con que responden siempre en todas las ocasiones, desde el comienzo de la escritura de una novela hasta el día de la publicación, todo mi agradecimiento a mi familia. En cuerpo y alma, soy vuestra.

Conducta migratoria

Barbara Kingsolver

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Título original: *Flight Behavior*

© del diseño de la cubierta: Departamento de Arte y Diseño. Área Editorial Grupo Planeta

© de la fotografía de cubierta: Spiros Politis/Corbis/Cordon Press

© de la fotografía de la autora: David Wood

© Barbara Kingsolver, 2012

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© Ediciones Destino, S. A., 2014

Av. Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

© de la traducción del inglés, Claudia Conde, 2014

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2014

ISBN: 978-84-233-4802-2

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.,

www.newcomlab.com

